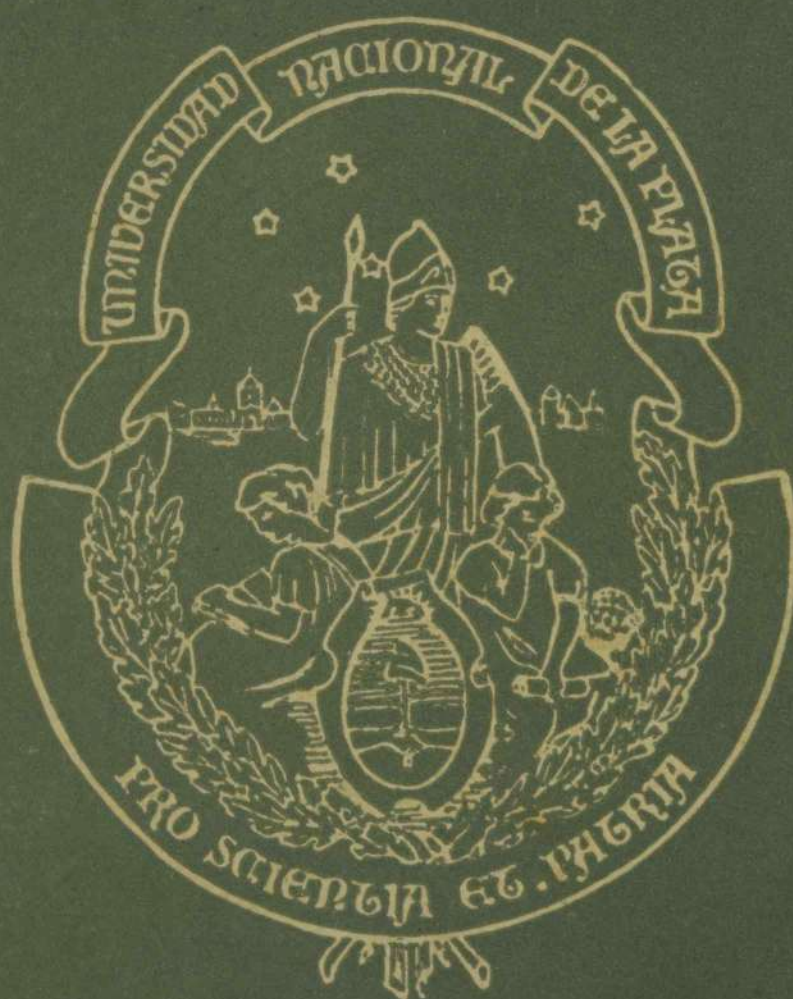


# REVISTA DE LA UNIVERSIDAD



PUBLICACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

REPÚBLICA ARGENTINA

## FACULTAD DE HUMANIDADES

### OBRAS EN VENTA EN LA BIBLIOTECA

#### DEPARTAMENTO DE HISTORIA

\* *Juzgados de paz de campaña de la Provincia de Buenos Aires (1821-1854)*, por Benito Díaz (284 págs.) \$ 240 m/n.

\* *La crisis ganadera. Ideas en torno a un cambio en la estructura económica y social del país (1866-1871)*, por José Panettieri (122 págs.) \$ 270 m/n.

\* *La evolución económica rioplatense a fines del siglo XIX a la luz de la historia del seguro*, por Enrique Wedovoy (355 págs.) .... \$ 1.139 m/n.

\* *Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva en la Argentina (1880-1910)*, por José Panettieri (190 págs.) \$ 520 m/n.

\* *Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz, tomo VII* (619 págs.), \$ 1.500 m/n. Este volumen es el último de la obra completa, cuya dirección estuvo a cargo del extinto profesor don Carlos Heras, jefe del Departamento de Historia.

#### DEPARTAMENTO DE LETRAS

\* *Ramón María del Valle Inclán*. Edición homenaje con motivo del centenario de su nacimiento, conteniendo 27 trabajos de diversos autores (460 págs.) \$ 1.800 m/n.

\* *Rubén Darío*. Estudios reunidos en conmemoración del centenario: 1867-1967. Comprende 27 artículos (520 págs.) .. \$ 2.400 m/n.

\* *Sociedades literarias argentinas (1864-1900)*. Contiene siete ensayos (229 págs.) \$ 1.200 m/n.

\* *Al azar de las lecturas*, por Roberto Payró. Volumen que se publica en homenaje al centenario de su nacimiento: 1867-1967. Contiene una serie de artículos periodísticos (1923-25), material inédito en libro, con un prólogo de Juan Carlos Ghiano (204 págs.) .. \$ 1.025 m/n.

# REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 866928

*Enero 1966 - Julio 1967*





# REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

## 20 - 21



DIRECTOR "AD - HONOREM"

Dr. NOEL H. SBARRA

PUBLICACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA  
REPÚBLICA ARGENTINA

# UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

## *Presidente*

Dr. Santiago Gorostiague

## *Vicepresidente*

Dr. César A. Bustos

## *Secretario Técnico*

Dr. Alberto D. Tettamanti

## *Guardasellos*

Dr. Herberto Prieto Díaz

*Decanos:* Ing. Agr. Benno J. Schnack; Dr. Juan J. Moirano; Ing. Atilio Z. Zanetta López; Dr. Raúl A. Granoni; Dr. Roque Gatti; Ing. Luis A. Bonet; Dr. Axel Bremberg y Dr. Luis De Santis.  
*Delegado en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo:* Ing. Atilio Z. Zanetta López. *Director del Observatorio Astronómico:* Ing. Simón Gershannik.

## *Secretario Administrativo*

Sr. Elioser Ciro A. Rossotti

## *Director de Administración*

Cont. Juan José Zubillaga

## *Tesorero General*

Sr. Rafael F. Arriola

## SUMARIO

DE LA DIRECCIÓN	<i>Nota preliminar</i>	7
N. RODRÍGUEZ BUSTAMANTE	<i>Introducción</i>	11
LEANDRO GUTIÉRREZ	<i>El campo: cincuenta años de expansión</i>	19
OSCAR E. COLMAN	<i>El sector servicios</i>	41
OVIDIO VENTURA	<i>El desarrollo demográfico</i>	97
MANUEL BEJARANO	<i>Tierra y colonización</i>	109
H. PEREYRA Y A. PUCCIARELLI	<i>El contexto estructural de la estratificación social</i>	137
JOSÉ PARADISO	<i>Los cambios en el modo de vida</i>	187
ATAÚLFO PÉREZ AZNAR	<i>La política tradicional y la Argentina moderna</i>	207
ALFREDO GALLETTI	<i>Formación de los partidos políticos modernos</i>	237
JOSÉ BABINI	<i>Las ciencias exactas</i>	263
MAX BIRABÉN	<i>Las ciencias biológicas</i>	273
LUIS FARRÉ	<i>La filosofía</i>	285
ANGEL O. NESSI	<i>El arte</i>	299
JUAN CARLOS GHIANO	<i>La modernización de la literatura</i>	313
A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI	<i>La historiografía</i>	327
RICARDO NASSIF	<i>La educación</i>	337
JOSÉ SAZBÓN	<i>La sociología</i>	355
J. X. MARTINI Y J. M. PEÑA	<i>La arquitectura</i>	369

### TESTIMONIOS

CARLOS A. MONCAUT	<i>Un nuevo Hudson</i>	388
AZUL C. A. DE SAPIN	<i>Hänny Simons en mi recuerdo</i>	396
NOEL H. SBARRA	<i>"El Viejo Pancho" a orillas del río Eo</i>	400
EMILIO J. RINGUELET	<i>El encanto de los países minúsculos de Europa</i>	404
HERNÁN SAN MARTÍN	<i>¿Visitaron los Incas la Polinesia?</i>	412
CEFERINO P. MERBILHAA	<i>Crónica de un viaje al país de mi infancia</i>	415
EUGENIO PUCCIARELLI	<i>Pedro Henríquez Ureña y la filosofía</i>	422
EMILIO AZZARINI	<i>En torno a la ciudad universitaria</i>	434

## REVISTA DE LIBROS

Reseñas de libros por: Jorge Díaz Vélez, Néstor García Canclini, Noel H. Sbarra, Carlos Adam, Delia Zaccardi, Luis Farré, Horacio Otero San Martín y José Sazbón 451

## INDICE GENERAL

Del Nº 16 al Nº 20/21, por materias y autores 473

## DIBUJOS Y GRABADOS

De LIBERO BADIO	40 y 96
De CÉSAR LÓPEZ OSORNIO	108 y 134
De RUBÉN ELÓSEGUI	204 y 284
De EMILIO PETTORUTI	326
De VÍCTOR REBUFFO	354

## ILUSTRACIONES

Retrato de Azorín y esculturas de Gyula Kosice, Libero Badii y Pedro Suñer: cuadernillo en papel ilustración entre las páginas 272 y 273

## NOTA PRELIMINAR

**L**OS ARTICULOS QUE REUNE ESTE NUMERO DOBLE DE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD bajo el título común de *El proceso de modernización de la Argentina (1880-1930)* conforman, en su conjunto, un verdadero texto destinado a examinar, siquiera sea de manera sucinta, medio siglo de la vida argentina. En su defecto, el lector no especializado —toda vez que el plan abarca disímiles campos del conocimiento— debería recurrir a muchas y muy diversas fuentes de información. Por eso ha sido preocupación esencial la de descubrir ante sus ojos una perspectiva lo más amplia posible, presentando el tema central en sus cuatro variables fundamentales: económica, social, política y cultural. De tal modo, se han agrupado en secciones claramente delimitadas los tópicos correspondientes a cada una de las mencionadas variables.

*Infortunadamente para la secuencia lógica del trabajo de conjunto, el autor que tomó bajo su responsabilidad la redacción del capítulo referente al desarrollo de la industria en los anotados cincuenta años demoró desmesuradamente la entrega de su artículo, lo que finalmente no hizo, impidiendo en consecuencia a la Dirección confiar con el debido tiempo a otro estudioso lo referente al sector secundario. Por tales razones se habrá de notar la falta del necesario eslabón entre el sector primario (actividad agropecuaria) y el terciario (servicios), dentro de la variable económica.*

*La orientación general del trabajo de conjunto está dirigida a la presentación de hechos, es decir de lo acaecido —suerte de inventario—, aunque, por supuesto, sin dejar de lado el análisis de los mismos —sus*



*causas generadoras y sus proyecciones— a partir de 1880, hito aceptado por la mayor parte de los investigadores, aunque no unánimemente, para señalar el comienzo del proceso de modernización de la sociedad argentina. No puede negarse la importancia que en la vida toda del país tiene ese momento —ya definido de manera terminante por “el 80”—, consumado el de la organización nacional, en cuanto se crean los basamentos económicos, políticos, culturales y sociales sobre los que se apoyó, y en buena medida se apoya, la Argentina de nuestros días. De allí parte, describiendo una parábola, la “gran expansión” —caracterizada por vertiginosas transformaciones—, que comienza a decrecer después de la primera guerra mundial y termina su ciclo en 1929-30 con los serios problemas que se abaten sobre el país coincidiendo con la crisis de la economía mundial. Marca esa fecha, sin duda, un nuevo hito que separa claramente dos períodos de la vida nacional. De aquél, que abarcó media centuria, quedan indagaciones y constancias en las páginas que van a leerse —cuya conjugación significa un esfuerzo valedero—, a través del pensamiento de un grupo de autores de relevante significación intelectual, en su mayor parte miembros del cuerpo docente de nuestra Universidad.*

# EL PROCESO DE MODERNIZACIÓN DE LA ARGENTINA

1880 - 1930



## Introducción

NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE

*NACIDO EN BS. AIRES en 1918. Profesor de filosofía graduado en el Instituto Nacional del Profesorado (Bs. Aires). Fue profesor adjunto de sociología en la Universidad de Tucumán y de sociología y psicología social en la Universidad del Litoral. Actualmente es profesor de sociología argentina y americana y director del Instituto de la Filosofía y del Pensamiento Argentino en la Universidad de La Plata. Profesor de teoría sociológica en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. PUBLICACIONES: Korn y el problema de la cultura nacional; La filosofía social de Alberdi; Un esquema sociológico de la Argentina; La filosofía social de Sarmiento; El problema del carácter nacional argentino; La filosofía política de Mariano Moreno; Las consecuencias sociales de la automatización; Teoría sociológica y sociedad de masas, entre otras varias.*

**E**N las viejas civilizaciones los pueblos que se inscriben en su trayectoria, forjan mitos que prevalecen y fijan en un pasado remoto, por lo común idealizado en una “edad de oro”, los momentos del tiempo colectivo en que el esplendor y la perfección fueron logrados y conciben el presente bien como una decadencia o expulsión de aquellas condiciones idílicas, bien como sostenido por las lejanas raíces de la gesta común. Las sociedades emergentes de los procesos en que se inscriben las nuevas estructuras de la convivencia a partir de la época moderna, resultantes del esfuerzo colonizador europeo, situadas en el clima de las revoluciones burguesas y posburguesas, en sus proyectos de afirmarse como naciones autónomas ponen forzosamente en el futuro las metas y programas que les permitirían su cabal realización. “La edad de oro de la República Argentina —decía Alberdi— no ha pasado; está adelante; está en la perfección del orden social: Nuestros padres no la han visto: nuestros hijos la alcanzarán un día; a nosotros nos toca abrir la ruta. Alborea en el

fondo de la Confederación Argentina, esto es, en la idea de una soberanía nacional, que reúna las soberanías provinciales, sin absorberlas en la unidad panteísta, que ha sido rechazada por las ideas y las bayonetas argentinas”<sup>1</sup>.

Así fue que el país se puso en marcha saliendo del letargo de sus siglos coloniales y de las luchas civiles por la organización nacional. El mito de “la nueva y gloriosa nación” presidía nuestros destinos. Hoy sabemos que “los ganados y las mieses” no daban motivos sólo para las odas del poeta, sino que, hasta culminar las posibilidades de explotación de la pampa húmeda, posibilitaron la inserción de la República en la órbita de la economía capitalista y aseguraron un crecimiento expansivo que los estudiosos prolongan hasta 1920 y cuyos signos visibles de ruptura se hallan en coincidentes determinantes externos e internos, en el año 1930.

A inventariar ese período se ha dedicado este número de la REVISTA DE LA UNIVERSIDAD, con el sugestivo título de *El proceso de modernización de la Argentina (1880-1930)*.

Sin perder el encuadre histórico en que se inscriben los acontecimientos, aquí se trata de mostrar la conformación de los distintos niveles de la estructura del país, haciéndose eco del concepto antropológico de cultura: el modo total de vida de un pueblo. Así los aspectos objetivos, las condiciones materiales se integran con el nivel simbólico de la conducta, bajo el supuesto de la juiciosa advertencia de David Bidney: si definimos la cultura por sus procesos simbólicos y la confinamos en ellos, caemos en símbolos que se liberan de su contexto y corremos el riesgo de perder su significado. Prácticamente: privamos a los símbolos de su significado, al no situarlos en las circunstancias reales que los condicionan de manera necesaria, aunque no suficiente.

La compleja trama del conocimiento científico, de la filosofía, de la técnica, del arte, de la historia, de la literatura, de las ideas y los métodos educativos queda correlacionada, en variables grados de dependencia y autonomía, con el sistema de relaciones sociales surgido de un sistema de producción y de las coordenadas de poder que así se originan.

La cultura resulta, pues, no el juego de las abstracciones, no la afirmación de un espíritu descarnado o de unas ideas que se hallaran ajenas al trabajo colectivo, sino que se insertan en él, pierden su independencia idealista respecto de la urdimbre histórica: esa empresa que, ante todo,

<sup>1</sup> JUAN BAUTISTA ALBERDI: *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, en: “Obras completas”, Edición oficial, Buenos Aires, 1886-87, tomo I, Buenos Aires, pág. 116.



## **Introducción**

consuman los hombres, no los oscuros designios de factores suprapersonales, no controlables por el conocimiento positivo; historia cuyo sentido resulta del esfuerzo liberador en las batallas de cada tiempo y de cada generación.

Y bien, el sumario de temas desarrollados despliega ante nuestra vista el hecho cierto de una Argentina moderna que arranca del impacto inmigratorio y crece con las vertiginosas transformaciones que se suceden hasta el momento en que la economía mundial entra en una de sus más serias crisis y el panorama de la vida nacional, después de un lapso de relativa calma y de encauzamiento civil, empieza a ser conformado por la presencia casi regular del poder militar que interfiere en la conducción política.

Este período de expansión económica y social, presenta algunos rasgos que los distintos colaboradores se ocupan de considerar en forma circunstanciada y que nosotros aquí nos limitamos a esquematizar. Subrayemos primeramente que se trata del cumplimiento del plan alberdiano, posibilitado por la estructura normativa jurídico-política de la Constitución de 1853, reformada en 1860, 1866 y 1898: "La población y cuatro o seis puntos con ella relacionados es el grande objeto de la Constitución. Tomad los cien artículos —término medio de toda Constitución— separad diez, dadme el poder de organizarlos según mi sistema y poco importa que en el resto votéis blanco o negro".

La Argentina moderna es hija de la inmigración, no podría ser explicada sin ella, todas las transformaciones del país resultan de la penetración de elementos foráneos: contingentes humanos, capitales, ciencia y tecnología, ideologías conexas al régimen del Estado-nación, variadas utopías referidas a la superación del mismo por cualesquiera de las fórmulas de democracia masiva.

Hubo un plan consciente, una ideología de nacionalización del país; pero a partir de las condiciones clásicas de una sociedad moderna, que abandona los resabios coloniales. Se buscó de un modo deliberado el paso de una cultura teocrática a una cultura laica, en la fórmula acuñada por Ricardo Rojas. La ideología democrático-liberal que forjaron los hombres de la generación de 1837, en su mayoría proscriptos por Rosas, se originó en su experiencia de exiliados en Europa y en los países vecinos, a través de un lapso de más de veinte años, en que meditaron y pudieron comparar las experiencias de las naciones europeas de vanguardia y los

Estados Unidos, con miras a construir un modelo de estructuración de la Argentina.

Como lo señalara José Luis Romero, esa generación de 1837, integrada por Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, López y Mitre, entre otros componentes de la que fue denominada Asociación de Mayo y que se repartían por todo el país, tuvo un pensamiento eficaz, porque surgido de una interpretación de la realidad "justa y profunda": "Nada o casi nada de lo que en esa realidad era decisivo y fundamental se ocultó a su análisis, y el examen severo de sus diversos elementos proporcionó una imagen clara de la sustancia de la nación, imagen esquematizada acaso, pero fiel en lo primordial y significativo"<sup>2</sup>.

Los rasgos salientes de esa política de los proscriptos se evidenciaban en su carácter conciliatorio respecto de las divisiones heredadas del pasado inmediato y por su realismo, en cuanto a saber discernir el meollo de las cuestiones principales que afectaban a nuestro destino colectivo.

¿Y cuál era el plan de las nuevas élites que se reincorporan a la vida del país, luego de la caída de Rosas? Nada más y nada menos que un primer proyecto orgánico, para desarrollar las potencialidades argentinas. En la síntesis que propone Germani, un plan basado en tres fundamentos:

- 1) inmigración masiva;
- 2) educación universal y obligatoria;
- 3) importación de capitales y de formas de producción modernas con la creación de una agricultura, una ganadería y una industria, y con la implantación de una red adecuada de transportes.

Pero esas concreciones no eran independientes del contrato implícito que el país establecía con los numerosos contingentes inmigratorios de ultramar, que incorporaba, contrato contenido en la parte primera de la Constitución Argentina, con sus Declaraciones, derechos y garantías. Allí se estipulaban:

- \* la forma de gobierno republicana, representativa y federal,
- \* el sistema rentístico,

<sup>2</sup> JOSÉ LUIS ROMERO: *Las ideas políticas en la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1946, pág. 135.

## **Introducción**

- \* las relaciones entre el poder federal y los poderes provinciales,
- \* los derechos civiles y políticos de los habitantes y los ciudadanos,
- \* el régimen de las personas y de la propiedad,
- \* la política inmigratoria,
- \* el libre tránsito de los ríos interiores.

Si hubiera que dar un esquema muy genérico de este primer momento de la vida colectiva en el país moderno, correspondería mencionar hechos como éstos:

- \* penetración inmigratoria masiva y cosmopolitismo resultante del choque de usos, costumbres, creencias, ideas, idiomas, de los inmigrantes con las pautas y valores establecidos de la cultura y formas de vida hispano criollas que regían en el país o, dicho en forma gráfica, con la prosa insuperable de Alejandro Korn: “(un) ambiente hispano-criollo, transformado por el sudor y el esperma del gringo”;
- \* crecimiento económico del país, que surge “como el más rico de los estados latinoamericanos y como influencia económica respetable en el mundo occidental” (McGann), por la incrementación de su agricultura y ganadería;
- \* consolidación de la escuela primaria que promueve la alfabetización acelerada de la población y se convierte en la base de la integración nacional por sus normas igualitarias y su espíritu democrático;
- \* articulación relativa de la educación secundaria y superior, con apertura de la universidad a los sectores populares, a partir de la reforma universitaria de 1918;
- \* formación de una sólida clase media, la más antigua y numerosa de América Latina;
- \* lenta formación de un proletariado urbano;
- \* desarrollo temprano de la industria, desde la década de 1870-1880, con un impulso coyuntural a partir de la primera guerra mundial;

- \* saneamiento de las prácticas electorales por sucesivas reformas hasta llegar a la ley Sáenz Peña, en 1912, que implanta el sufragio universal, individual y obligatorio, por lista incompleta (en garantía de los derechos de la minoría), libre y previa inscripción en el padrón electoral;
- \* gobiernos de orientación radical, a partir de 1916, con ampliación de la participación en el poder de los sectores de clase media.

El inventario de logros y de problemas que nuestra evolución colectiva nos depara, plantea la necesidad de allegar las nuevas ideas y los nuevos métodos de las ciencias sociales y humanas para esclarecerlos y adquirir así ese momento de la conciencia, sin el cual no seremos más que “un conglomerado inorgánico de metecos”,<sup>3</sup> en las certeras palabras de Korn. Asimismo, para no quedarnos en él, morosamente, y comprender que el conocimiento sigue a la toma de conciencia y lleva a la acción tanto como surge de ella.

<sup>3</sup> ALEJANDRO KORN: “Filosofía Argentina”, *Obras*, Volumen III, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940, pág. 260.

**EL PROCESO DE MODERNIZACION DE LA ARGENTINA  
(1880 - 1930)**

**LA VARIABLE ECONÓMICA**

---

1. **EL CAMPO: CINCUENTA AÑOS DE EXPANSIÓN**  
por el Lic. LEANDRO GUTIÉRREZ
  
2. **EL PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN**  
por el Dr. JAVIER VILLANUEVA
  
3. **EL SECTOR SERVICIOS: SU EXPANSIÓN  
COMPLEMENTARIA**  
por el Prof. OSCAR E. COLMAN
  
4. **EL DESARROLLO DEMOGRÁFICO**  
por el Dr. OVIDIO VENTURA
  
5. **TIERRA Y COLONIZACIÓN**  
por el Prof. MANUEL BEJARANO





# El campo: cincuenta años de expansión

LEANDRO GUTIÉRREZ

*NACIDO EN BS. AIRES en 1935. Licenciado en historia en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Fue profesor en la Universidad del Litoral, donde tuvo a su cargo seminarios sobre "Métodos de investigación histórica" y "Estudio de la realidad social, política y económica de la Argentina". Actualmente es asistente de investigación en el "Centro de Investigaciones Sociales" del Instituto Torcuato Di Tella. Ha realizado diversos trabajos de investigación: Aspectos financieros y crecimiento urbano: 1850-1900 (Facultad de Filosofía y Letras de Bs. Aires); Investigación sobre el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata (Departamento de Sociología de la Universidad de Bs. Aires); Grupos económicos y su papel en la economía y la sociedad (CONADE). Ha publicado diversas notas en revistas de historia y de sociología.*

LA actividad agrícola-ganadera tuvo en los cincuenta años que median entre 1880 y 1930 su etapa de florecimiento. Fueron años pródigos durante los cuales prácticamente todos los sectores de la actividad nacional marcharon al ritmo impuesto por los trastornos de la economía rural; años de riqueza recordados con nostalgia por quienes creen posible su reedición. Fueron también los tiempos en que se formaron y consolidaron todos los anacronismos presentes. En las páginas que siguen nos proponemos esbozar los lineamientos más generales del desenvolvimiento de la agricultura y de la ganadería puntualizando algunas de sus causas y destacando de entre las innumerables consecuencias resultantes, aquellas que estimamos más relevantes. Así, en el primer capítulo —*Agricultura*— analizaremos la producción de cereales, los volúmenes exportados y las causas y consecuencias del desarrollo agrícola. Y en el segundo —*Ganadería*—, reseñaremos los cambios operados por esta actividad, sin duda de mayor significación que los ocurridos en el desarrollo de nuestra agricultura.

## I. AGRICULTURA

La primera manifestación estadística de la actividad agrícola se registra en el año 1872. Entonces, efectivamente, se contabilizan 580.000 hectáreas de tierras cultivadas en todo el país. El dato es casi un hecho aislado; hasta 1888 no se apunta otro. Tampoco ofrece, por otra parte, muchas posibilidades de especulación: es un cálculo global posible de descomponerse sólo atendiendo a la distribución geográfica y al tipo de cultivo aunque de manera muy imperfecta. En efecto, atendiendo a la primera de las variables el cuadro que se ofrece es el siguiente:

### SUPERFICIE CULTIVADA TOTAL

Jurisdicción	miles de hectáreas
Buenos Aires	177
Santa Fe	62
Córdoba	78
Entre Ríos :: .....	34
La Pampa	—
Resto del país	229
<i>Total del país</i>	<b>580</b>

FUENTE: GIBERTI, HORACIO C. E.: *El desarrollo agrario argentino*, pág. 20.

La geografía económica resultante de estos cuadros difícilmente podría ser supuesta desde la actual. La pobre significación del dato registrado, pobreza que de ser efectivamente tal no hubiera justificado su inclusión, se transforma en la manifestación estadística de un cambio gigantesco si se recuerda que hasta entonces el trigo llegaba de Chile y la harina de Estados Unidos, y que pocos años después (1878) nuestras praderas producían tanto como para satisfacer el mercado interno, un mercado en crecimiento acelerado, y 2.547 toneladas más para exportar. Junto al trigo, que mantuvo siempre su posición destacada, otros cereales y especies destinadas al forraje comenzaron a extenderse por las tierras aptas hasta alcanzar sus límites y a penetrar más hondo en ellas cuando éstos fueron infranqueables. Los años iniciales del proceso, los treinta últimos del siglo

### ***El campo: cincuenta años de expansión***

pasado, muestran una estructura productiva diferente a la que se habrá de consolidar posteriormente. De alguna manera pueden definirse como años de pruebas y ensayos en un proceso semejante al verificable en la producción ganadera.

La producción agrícola, por ser novedosa, no recibió tratamiento estadístico adecuado hasta 1899 por lo cual los análisis posibles de realizar hasta entonces se resienten en cuanto a la precisión.

#### **LA PRODUCCIÓN DE CEREALES Y LINO**

Conviene recordar que la genérica denominación de "cereales" incluye a las siguientes especies: trigo, maíz, avena, cebada, centeno, alpiste. También puede incluirse en tal condición, como lo ha hecho Tenenbaum<sup>1</sup>, al lino fundándose en criteriosas consideraciones. Para nuestro interés, sin embargo, los únicos que importan son el trigo, el maíz y el lino. Ellos ocuparon la porción más grande del total de tierras bajo cultivo: el punto más bajo de la participación en dicho total correspondió al 54,4 % registrado en el año agrícola 1921-22.

Una idea del desarrollo de los cultivos cerealeros puede proporcionarlo el siguiente cuadro formado por las extensiones registradas en algunos años del período que estudiamos.

Años	Cereales y lino miles de hectáreas
1899-00	4.697
1904-05	9.937
1909-10	10.978
1914-15	13.626
1919-20	13.453
1924-25	15.056
1929-30	19.450

FUENTE: TENENBAUM, JUAN L.: *Orientación económica de la agricultura argentina*, pág. 21-22.

<sup>1</sup> TENENBAUM, JUAN L.: *Orientación económica de la agricultura argentina*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1943, pág. 95.

El desenvolvimiento de la producción cerealera a lo largo de estos cincuenta años puede dividirse en tres grandes etapas diferentemente caracterizadas. La primera, con finalización en el año 1913, observa un crecimiento acelerado; entre 1913 y 1921 transcurre la segunda con un notorio estancamiento de las áreas cultivadas; sucede, por último, una recuperación y nuevo crecimiento con límites finales posteriores a 1930<sup>2</sup>.

La casi totalidad del área afectada al cultivo se localizó en cinco provincias: Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y La Pampa. La denominada "zona cerealera" no desbordó los límites de ellas sino, por el contrario, ocupó sólo partes de sus territorios. Esta configuración fue consolidándose al mismo tiempo que regiones con tradición agrícola reducían sus cultivos (la provincia de Santiago del Estero, por ejemplo) o, al crecer a un ritmo menor iban perdiendo importancia relativa. Estas dos circunstancias permiten afirmar que cuando la explotación cerealera adquirió importancia se encontró fuertemente concentrada en el litoral.

Obviamente la gravitación relativa de cada una de las provincias mencionadas fue distinta. Las extensiones cultivadas en Santa Fe fueron hasta 1903 mayores que las registradas en las restantes. En segundo término se ubicaba Buenos Aires y luego Córdoba. Las diferencias entre ellas permiten agruparlas aparte de las dos restantes que, bastante cercanas una de otra en cuanto a extensiones bajo cultivo, ocuparon lugares muy alejados de las tres primeras. En el mencionado 1903 Buenos Aires desplaza a Santa Fe con 3.162.000 hectáreas contra 2.694.300 hectáreas de esta última. Esta alteración en el orden fue la primera registrada: diez años después Córdoba con 3.017.000 hectáreas ascendió al segundo escalón mientras Santa Fe ocupaba el tercero con 2.864.800 hectáreas.

Estos trastornos están vinculados muy estrechamente con los diferentes papeles que la producción de cereal jugó en la estructura productiva general del país y, además, manifiestan importantes consideraciones relacionadas con la situación de grupos socio-económicos distintos como se verá más adelante.

#### COMPOSICIÓN DEL ÁREA CULTIVADA CON CEREALES Y LINO

En este aspecto también se verificaron cambios a lo largo de estos cincuenta años. En los inmediatos a 1880, por ejemplo, el maíz ocupó el lugar más destacado. Pocos años después sin embargo, las extensiones

<sup>2</sup> TENEMBAUM, JUAN L.: *Op. cit.*, p. 14.



### ***El campo: cincuenta años de expansión***

Las áreas dedicadas se estabilizaron muy por debajo de las dedicadas al trigo que fue, como es conocido, el cereal que más atención mereció de parte de los cultivadores. Es significativo apuntar el proceso seguido por las explotaciones dedicadas al lino. Esta planta mereció hasta 1908 un empeño suficiente como para que ocupase el tercer lugar después del trigo y el maíz. A partir de tal año su posición se afirma tanto que no sólo desplaza al maíz de su colocación sino que llega incluso a superar a las extensiones trigueras. También en el caso del lino la influencia de la explotación pecuaria se hace visible. Horacio C. E. Giberti, para quien las exportaciones agrícolas “deben considerarse en buena parte subproducto de desarrollo ganadero”<sup>3</sup> describe el proceso en el que participa el lino, dando al mismo tiempo explicación a las posiciones relativas por él ocupadas, de la siguiente manera: “En efecto, el lino se cultivaba preferentemente el primer año, sobre campo virgen, para seguir al año siguiente con trigo y cerrar el ciclo con siembras conjuntas de lino y alfalfa. Por tanto el aumento de ésta influirá más sobre la oleaginosa que sobre el trigo”<sup>4</sup>.

Para la avena el año 1908 marcaría el comienzo de una etapa de insólito crecimiento. Pero también aquí, como había ocurrido con los cultivos de lino, tal crecimiento se verificó en función de la nueva etapa de la ganadería: el de las carnes enfriadas. Sin duda alguna esta dependencia frustró el desarrollo agrícola. Sus productos, mientras tanto, jugaron un importante papel en la economía nacional a través, sobre todo, de su participación en el comercio exterior.

### **LOS CEREALES Y EL COMERCIO EXTERIOR**

Efectivamente buena parte de los granos cosechados eran destinados al comercio exterior y fueron ocupando una parte cada vez mayor en el total de nuestras exportaciones. Los volúmenes crecieron salvo cuando las condiciones climáticas adversas lo impidieron.

El primer hecho significativo en la exportación de cereales se apunta en 1900 cuando adquirió una importancia semejante a la de la lana. Desde esa fecha hasta 1930 los volúmenes exportados, por quinquenios, fueron los siguientes:

<sup>3</sup> GIBERTI, HORACIO C. E.: *El desarrollo agrario argentino*. EUDEBA, Buenos Aires, 1964, pág. 32.

<sup>4</sup> Id. id., pág. 31.

(EN MILLONES DE TONELADAS)

Períodos	Trigo	Maíz	Lino	Avena, cebada centeno	T o t a l
1900-04	1,5	1,5	0,5	0,02	3,5
1905-09	2,8	2,0	0,8	0,2	5,8
1910-14	2,1	3,2	0,7	0,6	6,6
1915-19	2,4	2,2	0,6	0,6	5,8
1920-24	3,7	3,5	1,2	0,6	9,0
1925-29	4,2	5,5	1,6	0,8	12,0

FUENTE: ORTIZ, RICARDO M.: *Historia económica de la Argentina*, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1964, T. II, pág. 89.

Como puede observarse los volúmenes exportados no registran las convulsiones de la crisis de 1930. Sin embargo, observa Ricardo M. Ortiz: "Una conclusión distinta se saca si analizamos la cotización de los productos agrícolas durante ese lapso. La del trigo bajó, desde \$ 12,20 por 100 kg en 1926, a 11,30 en 1927, a 10,50 en 1928, a 9,70 en 1929, a 8,80 en 1930, etc.; hasta llegar al mínimo de 5,30 en 1933. La del maíz descendió a partir de 1928, año en que su cotización fue de \$ 8,50, hasta su punto mínimo de 1931 cuando se cotizó a 3,94. Otro tanto puede comprobarse con el lino, avena, cebada, el primero descendió de \$ 15,70 en 1926 a su mínimo de \$ 9,32 en 1932; la avena de \$ 8,90 en 1928 a 3,93 en 1933; la cebada de \$ 9,10 en 1928 a 3,41 en 1933"<sup>5</sup>. La situación apuntada expresa con dramatismo los resultados desventajosos de la posición argentina en el mercado internacional: difícilmente pudo influir en la fijación de los precios para los productos que remitía. Los trastornos que ello implicaba no asumieron su verdadera gravedad mientras el aumento en los volúmenes pudo compensar la caída en los precios pero, cuando ello no fue posible, su magnitud real se hizo visible. Al respecto Di Tella y Zymelman en libro de reciente aparición, señalan que "A pesar de esta íntima correlación del crecimiento agrícola con el comercio internacional, es dable observar la baja correlación que existe entre las oscilaciones de los precios internacionales de los productos agrícolas y los volúmenes producidos"<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> ORTIZ, RICARDO M.: *El aspecto económico-social de la crisis de 1930*. En: *Revista de Historia*, Nº 3, Buenos Aires, 1958, pág. 64.

<sup>6</sup> DI TELLA, GUIDO y ZYMELMAN, MANUEL: *Las etapas del desarrollo económico argentino*. EUDEBA, Buenos Aires, 1967, pág. 238.

## ***El campo: cincuenta años de expansión***

### **CAUSAS Y CONSECUENCIAS DEL PARTICULAR DESARROLLO AGRÍCOLA ARGENTINO**

El despegue agrícola se asentó, en lo interno, en tres puntos más que en cualquier otro: ferrocarriles, inmigración y tierras disponibles. Ellos funcionaron, sin embargo, con diferente intensidad según las épocas. Las dos primeras, ferrocarriles e inmigración, operaron decisivamente en los primeros años del proceso y particularmente en la provincia de Santa Fe.

Efectivamente, fueron los territorios santafesinos el destino del grueso de los colonos europeos llegados al país sobre todo en los años precedentes a la instalación de la colonia Esperanza. Con su instalación se abre una nueva etapa en la evolución de la agricultura, fundada particularmente en el cultivo de trigo que concluirá abriendo la ruta del comercio exterior para los cereales argentinos. A propósito de este fenómeno James Scobie ha escrito las siguientes palabras expresando la significación del mismo: "Fue en realidad el cultivo triguero de estas colonias lo que aumentó sustancialmente la producción y, finalmente, excedió las necesidades de la creciente población urbana. Las importaciones de trigo se redujeron al insignificante valor de 2 ó 3 mil toneladas a principios del 70. En 1878, por primera vez, las exportaciones resultaron mayores que las importaciones. Al año siguiente, el presidente Nicolás Avellaneda en su mensaje anual dio a conocer la exportación a Europa de 4 mil toneladas de trigo, y en setiembre acentuó aún más la importancia de este desarrollo con una visita oficial a las colonias santafesinas"<sup>7</sup>.

El crecimiento de estas colonias y de sus producciones agrícolas estaba favorecido por las condiciones de transporte y en sus proximidades se instalaron muy rápidamente centros de industrialización dependientes de los productos allí recogidos: el primer molino harinero, por ejemplo, inició allí sus actividades.

Al hablar de la distribución geográfica de los cultivos dijimos que las posibilidades de Santa Fe se agotaron prontamente. Las razones de su prematura declinación son, a no dudar, numerosas. Puede no obstante, afirmarse que sobresalen el que los campos de las colonias no eran los más aptos para los cultivos que emprendían con el agravante que "Los métodos de cultivo del trigo constituyeron el aspecto final de la decadencia de las colonias santafesinas y la consolidación del sistema arren-

<sup>7</sup> SCOBIE, JAMES: *Significación del trigo en el desarrollo argentino*. En: *Revista de Ciencias Económicas*. Año XLVIII, oct.-dic., Buenos Aires, 1960, pág. 400.

datario. Aun en las primeras colonias, los nuevos chacareros tenían una formación o experiencia agraria. La mayoría de ellos, de escasísimos recursos, eran aldeanos suizos, trabajadores traídos desde ciudades alemanas, y aumentados después de 1870 desde las grandes ciudades italianas. Las compañías colonizadoras, los dueños de las tierras, y menos que nadie, el gobierno argentino, no se esforzaron por instruir a los recién llegados en la técnica agrícola. En consecuencia, el cultivo del trigo en la Argentina se desarrolló de manera deficiente. El suelo apenas fue removido por el arado, la semilla puesta en tierra y luego abandonada a su destino contra las sequías, las plagas y las malezas. Alternación de cultivos, selección de semillas, sistemas intensivos o diversificados de agricultura constituyeron enigmas para los colonos y arrendatarios. La completa falta de sistemas científicos en la agricultura había reducido los rendimientos en Santa Fe desde 12 a 17 hectolitros por hectárea en los primeros tiempos, a 4 a 7 hectólitos en 1895”<sup>8</sup>. Durante esta primera etapa, el crecimiento agrícola y el predominio santafesino fueron coincidentes. Durante esos años, asimismo, la posibilidad de adquirir la tierra en pequeñas parcelas alcanzó su expresión más acabada.

Esta estructura productiva no tardó en ceder frente a los resultados emergentes de la explotación de tierras vírgenes, recién conquistadas y distribuidas generosamente entre los ganaderos más prominentes. Estos, como veremos más adelante con mayor detención, estaban inquietos, unos por la desaparición de los tradicionales mercados de los subproductos vacunos, en particular el tasajo, y otros, por los no muy seguros negocios posibles de efectuar con la hacienda ovina. Un principio de solución asoma con la exportación de animales vivos al mercado inglés. La conquista del mismo sólo fue posible en tanto los productos ofrecidos mejoraron su calidad notablemente. La mestización del vacuno se impuso y las tierras recién conquistadas y las antiguas de pastos naturales fueron sometidas al régimen de cultivos propuesto por un avisado ganadero en los “Anales de la Sociedad Rural Argentina”. El mismo hacía la proposición siguiente: “La tierra se divide previamente en potreros alambrados de 1.600 a 2.000 hectáreas, y en seguida se subdivide en lotes amojonados y numerados de 200 hectáreas, sin alambrado intermedio. Estos lotes se arriendan a chacareros italianos con elementos y recursos propios, a razón de \$ 4 m/n la hectárea, por el término de 3 años, con la obligación de dejar el terreno sembrado con alfalfa al finalizar el contrato, siendo de cuenta del establecimiento proporcionar la semilla de alfalfa”.

<sup>8</sup> SCOBIE, JAMES: *La significación del trigo...* Citado en nota 7; pág. 405.

## ***El campo: cincuenta años de expansión***

Los resultados del empleo del método propuesto fueron importantes desde dos puntos de vista. Uno de ellos es el señalado también por Scobie cuando recuerda que fue por entonces que los cultivadores de trigo aparecieron "sirviendo" a los intereses ganaderos<sup>9</sup>. Otro lo constituye el papel secundario que los mismos cultivos asumieron a partir de entonces. Ambos, sin embargo, se encuentran estrechamente vinculados.

La ocupación de la tierra por arrendatarios contratados en condiciones tan poco favorables tuvo su período de auge entre los años 1904 y 1912. Las fechas coinciden con las primeras exportaciones de carnes congeladas y la ocupación completa de los campos disponibles. A partir de entonces el crecimiento de los cultivos agrícolas se detiene y las alternativas de su evolución comienzan a ser exactamente las contrarias a las verificadas en los alfalfares. Esta circunstancia es la que le permite afirmar al ingeniero Tenenbaum que la verdadera causa de la interferencia al desarrollo de la agricultura no debe buscarse en la Primera Guerra Mundial sino en "...que los ganaderos habiendo llenado su objeto de alfalfar sus campos, van retirando las ventajas concedidas a los colonos, y reduciendo las cantidades de tierras dedicadas al cultivo"<sup>10</sup>. Bien podría afirmarse que en el año mencionado puede datarse la finalización definitiva de la agricultura como actividad independiente.

En lo que a la propiedad de la tierra y condiciones de poblamiento rural respecta, los efectos fueron también sin duda profundos y el alcance de las distorsiones entonces generadas se sienten aún hoy. Las reacciones contra las mismas no se hicieron esperar puesto que en el mismo año 1912 los graves sucesos iniciados con el "Grito del Alcorta", durante los cuales se organizó la Federación Agraria Argentina, no son otra cosa. Es sintomático que entre las demandas de los arrendatarios movilizados ocupasen lugar destacado las destinadas a conseguir plazos mayores en la contratación y disminución del arriendo. Cabe señalar que además de las exigencias apuntadas los arrendatarios sufrían perjuicios de otro orden que, aunque menores, son sin duda importantes. Es el caso, por ejemplo, del no reconocimiento por parte del propietario de los gastos efectuados por el arrendatario para mejorar las instalaciones. Esto ha constituido un decidido aporte a la consolidación del panorama de desolación y pobreza característico, durante mucho tiempo, de nuestra campaña.

Una forma elocuente de expresar los resultados de la utilización de la agricultura para los fines apuntados lo constituye el cuadro siguiente:

<sup>9</sup> SCOBIE, JAMES: *La significación del trigo...*; pág. 403.

<sup>10</sup> TENENBAUM, JUAN L.: *Orientación económica de la agricultura argentina*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1943, pág. 54.

## CHACRAS CON GRANOS FINOS EN LA REGION PAMPEANA

Jurisdicciones	1899/00		1905/06		1916/17	
	Nº de chacras	% de propietarios	Nº de chacras	% de propietarios	Nº de chacras	% de propietarios
Buenos Aires .....	8.179	40	18.286	26	22.682	29
Santa Fe .....	11.471	39	16.154	36	14.569	33
Córdoba .....	2.451	39	8.512	28	10.765	27
<i>Totales</i> * .....	26.144	42	51.427	32	56.506	31

\* Incluye también La Pampa, San Luis y Entre Ríos.

FUENTE: GIBERTI, HORACIO C. E.: *El desarrollo agrario argentino*, op. cit. pág. 34.

En él se observa claramente de qué manera la expansión agrícola no determinó una igual extensión del número de propietarios por su sujeción a la política de pasturas. Por esta razón estimamos acertadas las afirmaciones de Giberti cuando dice que "Quedaba solucionado el problema de implantar pasturas y rotar la agricultura con ganadería para aumentar la productividad de la tierra, pero a costa de una vida nómada para miles de agricultores"<sup>11</sup>.

El acceso a la propiedad de la tierra así limitado avisa de la existencia de grandes propiedades fundiarias. La exigencia ganadera con cuyo desarrollo vamos a continuar, en este sentido fue reforzada por una agricultura practicada con técnicas rudimentarias que reclamaba igual situación.

## II. GANADERIA: RESEÑA DE SU DESARROLLO Y CAMBIOS OPERADOS

Los cambios registrados en la producción ganadera son, sin duda, de mayor significación que los habidos en la agricultura. La ventaja estriba, fundamentalmente, en el carácter independiente que la ganadería obtuvo mientras la agricultura se transformaba en su subsidiaria. Además de esta distinción existe otra muy importante: mientras la agricultura, con las formas adquiridas en la década de 1880, resultaba francamente una actividad novedosa, la ganadería, tal como entonces se ma-

<sup>11</sup> GIBERTI, HORACIO C. E.: *El desarrollo agrario argentino*, op. cit., pág. 33.

### ***El campo: cincuenta años de expansión***

nifiesta, no deja de ser la transformación de una actividad antigua en el Río de la Plata.

Podría afirmarse, no obstante, que las modificaciones operadas constituyen el paso de una estructura económica en la caza del animal a otra con alto grado de racionalidad, y especialización donde se opera un aprovechamiento al máximo de los recursos.

Nuestro país producía artículos ganaderos desde tiempos muy remotos. Siempre sin embargo, la explotación se circunscribía a algunos de los productos posibles de obtener y, en general, la obtención de los mismos resultaban de una muy elemental elaboración. En primer lugar, y desde los tiempos coloniales, fueron los cueros el objeto de las transacciones comerciales y el empeño de quienes se preocupaban por la explotación pecuaria. La forma de obtención de los mismos no difería notablemente de la cacería de animales semisalvajes. La utilización única del cuero habla elocuentemente del desperdicio resultante. El mismo se redujo con la aparición del saladero, considerado justamente como la primera forma de manufactura pecuaria. Se combinaban allí formas de trabajo por entonces modernas con otras heredadas de los tiempos pretéritos. Se obtenía con ellas un producto, el tasajo, vendible casi únicamente en los centros esclavistas pues, por su calidad y saber, su consumo era posible donde fuese obligatorio. Los años de mayor florecimiento del saladero los ubica Giberti<sup>12</sup> entre 1810 y 1850 aunque, como ha puntualizado Montoya<sup>13</sup>, su actividad se prolongó hasta fines del siglo pasado con niveles de producción y exportación considerables. Es cierto, sin embargo, que para mediados de la década los saladeros argentinos soportaban con cierta desventaja la competencia de los brasileños en especial.

A partir de entonces se inició, conforme a la periodización corrientemente aceptada, la etapa del ovino. Sus productos, la lana, grasa y sebo especialmente, dominan en la economía ganadera. Factores internos, como la finalización de las guerras interiores, concurren junto a la creciente demanda de alimentos y materias primas originadas en el impulso industrialista de entonces, para que los negocios con los productos derivados del ovino superaran a los proporcionados por el ganado vacuno<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> GIBERTI, HORACIO C. E.: *El desarrollo agrario argentino e Historia económica de la ganadería argentina*. Raigal, Buenos Aires, 1954.

<sup>13</sup> MONTOYA, ALFREDO: *Historia del saladero*. Raigal, Buenos Aires, 1956.

<sup>14</sup> Para un detenido análisis del papel de esta variable ver: CORTÉS CONDE, ROBERTO y GALLO, EZEQUIEL: *La formación de la Argentina moderna*. Paidós, Buenos Aires, 1967, págs. 33 y ss.

## EL PREDOMINIO OVINO

Comenzó entonces el “ciclo lanar” que “...con sus múltiples altibajos, dominó toda la primera parte, la más dura, del proceso de adecuación de la economía argentina a las nuevas pautas internacionales”<sup>15</sup>.

Las exportaciones de lana crecieron rápidamente. Francia, Inglaterra y Estados Unidos se destacaban entre los compradores de los mismos. El destino final de ellas exigió, al requerir un tipo de lana particular, el cambio de la raza dominante en los rebaños: el proceso conducente a ese fin se ha denominado “merinización” por ser los merinos franceses los agentes de mestización aceptado en virtud de poseer un largo de fibra adecuado.

Los ovinos mantuvieron su hegemonía hasta los primeros años de este siglo. Las lanas, por ejemplo, participaron en el total de las exportaciones como ningún otro producto lo hacía. Esto no quiere decir que la coyuntura favorable al ovino transcurrió sin sobresaltos. Muy por el contrario las penurias que la signaron fueron numerosas y, en circunstancias, graves.

El primer contratiempo importante tuvo su origen en el cierre del mercado norteamericano por la imposición de tarifas aduaneras con que el gobierno de aquel país protegió a los productores locales. “Fueron las restricciones aduaneras implantadas por este último país (Estados Unidos), abandonando un librecambio defendido a todo trance —dice Giberti— las que provocaron de 1868 a 1874 pronunciada baja de precios en el textil;...”<sup>16</sup>. La situación originada revistió la gravedad que hacen presumir las demandas elevadas y las soluciones propuestas por los productores: Las más importantes fueron: 1) solicitaron medidas punitivas semejantes para las importaciones de origen norteamericano, y 2) propiciaron la instalación de una fábrica de paños donde utilizar las lanas del país<sup>17</sup>. Por cierto ni una cosa ni la otra se concretaron. Un principio de solución fue, en cambio, la utilización de ovejas en la producción de grasa y sebo que tuvo entonces un crecimiento insólito. El consumo de carne ovina en la población local fue hasta la década del 1870 casi nulo. Por esta razón buscar allí compensaciones resultaba

<sup>15</sup> CORTÉS CONDE, ROBERTO y GALLO, EZEQUIEL: *op. cit.*, pág. 62.

<sup>16</sup> GIBERTI, HORACIO C. E.: *Historia económica de la ganadería argentina*. Ed. Raigal, Buenos Aires, 1954, pág. 145.

<sup>17</sup> CHIARAMONTE, JOSÉ CARLOS: *La crisis lanera de 1866 y el proteccionismo argentino de la década del 80*. En: “Demografía retrospectiva e historia económica”. Anuario del Instituto de Investigaciones históricas. Universidad Nacional del Litoral, Nº 6, págs. 162-63.



### ***El campo: cincuenta años de expansión***

inútil. Sin embargo “La ampliación de la demanda de carne ovina logró superar la depresión, y los precios lanares comenzaron a repuntar al iniciarse la década del 70, sucediendo lo mismo con las pieles ovinas y con la carne”<sup>18</sup>.

La etapa del predominio lanar en la explotación ganadera fue, respecto a la población rural y a la propiedad de la tierra, lo que la colonización agrícola santafesina en el desarrollo de la agricultura. La cría del lanar pobló la campaña bonaerense como no lo había hecho ni la haría el vacuno. Es ésta una circunstancia reconocida por uno de los prohombres de la ganadería argentina: Ricardo Jurado. Las afirmaciones transcritas por Giberti son elocuentes: “Mientras que con el ganado vacuno silvestre —dice— la campaña tenía una tercera parte de la población que la ciudad y con el ganado manso una población igual o poco menos, con la oveja alcanza hoy una población doble que aquélla —500.000 habitantes—, y sobre una superficie que no es sino cuatro veces mayor que cuando teníamos allí 15.600 habitantes y tres veces mayor que cuando teníamos de 40 a 45.000 habitantes”<sup>19</sup>. Esta densidad mayor en la población rural se originó en un abundamiento mayor de pequeños establecimientos en relación a las extensiones dominantes en las estancias tradicionales.

Todo el norte de la provincia de Buenos Aires, el mismo que luego se orientó al cultivo del maíz, se pobló de vascos, irlandeses y escoceses preferentemente que, utilizando el sistema de contratación más difundido, llegaron a poseer manadas propias por emplear su habilidad como pastores en establecimientos ya constituidos. La participación del nativo en este sector de la actividad fue irrelevante.

La lana ocupó el lugar más destacado en la composición de las exportaciones hasta 1900. Desde entonces fue cediendo posiciones progresivamente. También para fines de siglo dejó de ser el objeto principal de las preocupaciones de los criadores ya que éstos habían iniciado pocos años antes un nuevo proceso de mestización de sus rebaños a efectos de satisfacer los requerimientos de un nuevo demandante: el frigorífico.

En 1883, en efecto, Eugenio Terrasón instala el primer establecimiento frigorífico congelando carneros que exporta a Europa. Otras empresas se suman a él en los años sucesivos. En 1886 se cuentan cuatro establecimientos: Terrasón y Sansinena, sostenidos por capitales argentinos, Nelson y Las Palmas, de inversionistas ingleses.

<sup>18</sup> CORTÉS CONDE, R. y GALLO, E.: *op. cit.*, pág. 63-64.

<sup>19</sup> GIBERTI, H. C. E.: *Historia económica de la ganadería argentina*, pág. 147.

Estos establecimientos se caracterizaron por su modestia en cuanto al capital invertido y, consecuentemente, en lo que a su capacidad de producción respecta. A esta peculiaridad se agregaba otra quizás más importante: producían solamente carnes congeladas. Las mismas, al término de los manipuleos imprescindibles para poder ser consumidas, resultaban un alimento sólo apreciado por los sectores de menores ingresos. Esta circunstancia presionaba sobre los precios deprimiéndolos hasta el punto que la capacidad adquisitiva de la demanda pudiera absorberlo. Esto puede explicar la preferencia por el ovino puesto que, aunque el productor obtuviese beneficio reducido por la carne, podía compensar los quebrantos por medio de la comercialización de las lanas.

El desarrollo de la nueva actividad originó la transformación en los rebaños que apuntamos más arriba. Al respecto apunta el ingeniero Giberti que "La valorización de la carne ovina (el frigorífico pagaba el 50 % más que la grasería), hace que los criadores busquen animales de más aptitudes carniceras que el merino. El Lincoln, que con el apoyo de las graserías venía luchando tímidamente contra aquél, pasa ahora a primer plano"<sup>20</sup>.

La etapa destacada de esta actividad abarca el período comprendido entre los años 1883 y 1904. Un indicador elocuente de su evolución lo constituye la serie de volúmenes exportados anualmente:

Año	Toneladas	Año	Toneladas
1883	11.412	1894	36.486
1884	35.159	1895	41.882
1885	2.862	1896	45.105
1886	7.351	1897	50.894
1887	12.039	1898	59.833
1888	18.248	1899	56.627
1889	16.532	1900	56.412
1890	20.414	1901	63.013
1891	23.278	1902	80.073
1892	25.436	1903	78.149
1893	25.041	1904	88.616

<sup>20</sup> GIBERTI, H. C. E.: *Historia económica de la ganadería argentina*, pág. 181.

## ***El campo: cincuenta años de expansión***

### **EL GANADO VACUNO DURANTE LA PREDOMINANCIA DEL OVINO**

En tanto los campos se poblaban de ovejas los vacunos continuaban brindando los antiguos productos, entre los que se destacaba el tasajo, y servía de instrumento mejorador de las pasturas destinadas al ovino.

La aparición de los primeros frigoríficos no significó para los criadores de vacunos una nueva opción. El grado de mestización de las tropas no era el más adecuado para la faena y cualquier intento de transformarlas implicaba un proyecto de largo plazo.

Se les ofreció, en cambio, un desemboque a través de la exportación de ganado en pie. Esta alternativa no era desconocida a nuestro comercio exterior, lo novedoso se ubicaba en los destinos del mismo: hasta entonces el mercado más destacado había sido el Uruguay mientras que ahora los compradores se localizan en Europa. Enfrentados al rechazo del vacuno por parte del frigorífico “vuelve entonces la atención —dice Giber-ti— hacia las exportaciones en pie a Europa; los primeros antecedentes de éstos lo constituyen animales embarcados para consumo a bordo, que llegan a Inglaterra sin ser consumidos y se venden sin mayor dificultad: queda así demostrada la practicabilidad del sistema. En escala comercial los envíos comenzaron con cargamentos exploratorios que la Sociedad Rural Argentina, auxiliada por el gobierno, embarcó en 1889”<sup>21</sup>. Entre esa fecha y 1900 en que se prohibió el ingreso de animales argentinos a causa de la aftosa, se comerciaron las siguientes cantidades:

Año	Cabezas	Año	Cabezas
1889	139.600	1895	408.000
1890	150.000	1896	382.500
1891	171.000	1897	238.000
1892	125.500	1898	359.000
1893	201.600	1899	312.000
1894	220.500	1900	150.000

<sup>21</sup> GIBERTI, C. E.: *Historia económica de la ganadería argentina*, pág. 164.

## EL FRIGORÍFICO

Es a principios de siglo cuando el frigorífico comienza a dibujar su fisonomía y a signar la estructura productiva de la campaña argentina. Hemos apuntado que entre 1883 y 1886 se instalaron cuatro frigoríficos y nos extendimos en torno a sus actividades. Una nueva etapa de instalación comenzó en 1902 y se mantuvo con ritmo sostenido durante algunos años: "En 1902 —dice Ortiz— la Compañía Sansinena, propietaria del establecimiento de Avellaneda, inauguró uno en Cuatrerros, situado en la proximidad de Bahía Blanca; y ese mismo año fue instalado el establecimiento La Blanca, en Avellaneda. Entre los años 1904 y 1905 inauguran los suyos la Compañía Swift en La Plata, la Smithfield en Zárate y la Wilson en Avellaneda. Hay luego un pequeño paréntesis, «hasta 1911» en que ocurre la instalación del Swift en San Julián; en 1912 es el Swift de Río Gallegos y en 1914 el Armour de La Plata. Durante los años 1916 y 1917 se instalan respectivamente el River Plate en Zárate y el Tierra del Fuego en Río Grande; en 1920 comienzan a funcionar el Armour en Santa Cruz; en 1922 el de puerto Deseado y finalmente en 1924 ocurre la inauguración del establecimiento de la Compañía Saladeril en Concordia y la unidad del Swift en Rosario; y en 1926 la de la Compañía Anglo en Dock Sud"<sup>22</sup>.

Al finalizar esta segunda etapa la configuración de la industria frigorífica observa notable diferencia con el punto de partida tanto en lo referente a los orígenes de los capitales invertidos cuanto al producto que obtienen de su trabajo. También son visibles importantes transformaciones en el área de las relaciones entre productor y empresa manufacturera y en la conformación del sector ganadero derivadas de la acción de las empresas.

En cuanto al primero de los puntos mencionados, el origen de los capitales ocupados en la industria, en 1926 "... la industria frigorífica ofrecía el siguiente panorama: el capital norteamericano disponía de ocho establecimientos, los de Swift y Armour y los Wilson y La Blanca de Avellaneda; el valor de instalación de los mismos era de 56,7 millones de pesos y el capital suscrito y realizado, de 123 millones; sus cámaras y depósitos frigoríficos disponían de un volumen de 330 mil m<sup>3</sup>. El capital británico operaba en cinco establecimientos, el Anglo Dock Sud, los Smithfield y River Plate de Zárate y el Anglo Las Palmas; el valor

<sup>22</sup> ORTIZ, RICARDO M.: *Historia Económica de la Argentina*. Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1964, T. II, pág. 10-11

### ***El campo: cincuenta años de expansión***

de instalación, excluyendo al primero que es filial de una empresa residente en Londres, es de 44 millones y el capital realizado de 30 millones; dispone de una capacidad de cámaras de 278 mil m<sup>3</sup>. El capital argentino se desempeña en cinco establecimientos, los dos de Sansinena de Avellaneda y Bahía Blanca, los de Deseado y Tierra del Fuego y el de la Compañía Saladeril Concordia; el valor de instalación y el capital realizado eran respectivamente de 27,1 y 29,7 millones de pesos y su capacidad total de cámaras de 86 mil metros cúbicos”<sup>23</sup>.

La incorporación del capital yanqui se caracterizó por sus firmes propósitos, manifestados desde los inicios, en procura del dominio absoluto, de la actividad. En favor de estas pretensiones se alineaba la deprimida situación que los productores soportaban como resultados de la acción monopolista practicada por los frigoríficos anglo-argentinos. En efecto, la discrecionalidad de los mismos en la fijación de los precios del ganado significaba utilidades poco satisfactorias a la par que alimentaba un disconformismo cada vez más acentuado entre los productores de ganado. Las empresas norteamericanas, en cambio, ofrecieron, desde el comienzo, precios más remuneradores y obtuvieron, gracias a ello, el favor de los ganaderos en la lucha que habría de iniciar contra los competidores argentinos e ingleses.

Esta lucha es sin duda uno de los capítulos más crudos de la historia de nuestra dependencia económica. Sus características fueron puntualizadas con acierto envidiable por Ricardo M. Ortiz<sup>24</sup>. En una primera etapa, verificada entre los años 1902 y 1911, se registró la adquisición, por parte de los norteamericanos, de un grupo de establecimientos a los que modernizaron en procura de condiciones de producción favorables para competir. A partir de entonces se cuentan tres grupos de establecimientos: uno británico, uno argentino y el recientemente constituido norteamericano. A fines de 1911 desaparecieron las tensiones derivadas de la competencia entre ellos mediante un acuerdo que adjudicaba el 41,35 % de los embarques a los frigoríficos norteamericanos; el 40,15 % a los británicos y el 18,50 % a los argentinos. Los términos de este acuerdo se cumplieron hasta principios de 1913 en que se produce la ruptura y el comienzo de un interregno que dura hasta 1915. En este año se verificó un nuevo pacto redistribuyendo los porcentajes con evidente ventaja para el grupo norteamericano. Por el nuevo reparto se concedían el

<sup>23</sup> ORTIZ, RICARDO M.: *id. id.*, pág. 12.

<sup>24</sup> ORTIZ, RICARDO M.: *Historia económica de la Argentina*. T. II, págs. 23 y ss.

58,5 % a los norteamericanos, el 29,64 % a los ingleses y el 11,86 % a los frigoríficos argentinos. Estas adjudicaciones se mantuvieron hasta 1925. A un nuevo interregno sucedió una recomposición del acuerdo, verificado en 1927, que fijó el 60,90 % para los norteamericanos; 29,09 % para los británicos y sólo 10,0 % para los establecimientos argentinos.

Conviene señalar que las rupturas de los acuerdos ocurrió cuando uno de los grupos, el norteamericano en particular, al fundar nuevas plantas o mejorar las técnicas de producción, se capacitaba para aumentar su producción. Sin embargo en 1927 las capacidades de los grupos norteamericano e inglés eran casi semejantes. La cesión de una parte que este último hace al primero se explica, según Ortiz, porque "...se compensaba mediante los transportes, cuyo monopolio continuaba ejerciendo (el capitalismo británico)"<sup>25</sup>. Quien, sin duda, careció de compensaciones a las sucesivas quitas realizadas fue el sector frigorífico nacional.

#### INTRODUCCIÓN Y DIFUSIÓN DEL "ENFRIADO"

El cierre del mercado para el ganado en pie determinó que, desde 1900, se utilizasen vacunos en la factura de carnes congeladas. La tendencia se acentúa desde 1902 superando desde entonces este producto a los volúmenes exportados de carne ovina congelada. Sin duda la mayor capacidad técnica, traída por los establecimientos norteamericanos, contribuyó a ello. No obstante, el hecho es relativamente considerable puesto que lo francamente revolucionario en lo que respecta a la industria frigorífica y a la producción rural argentina fue la introducción del método del "enfriado" en la manufactura de carnes.

La carne enfriada "...supera mucho en calidad a la congelada, tanto que resulta similar a la carne fresca. Su inconveniente radica en que no puede conservarse más allá de los 40-45 días posteriores al sacrificio del ganado, mientras la congelada lo hace indefinidamente si no abandona las cámaras frigoríficas"<sup>26</sup>. Por esta condición, dicho producto reclama una oferta constante y regular de materia prima de alta calidad, un sistema de transportes eficiente y una estructura de comercialización ajustada para no sufrir pérdidas.

<sup>25</sup> ORTIZ, RICARDO M.: op. cit., T. II, pág. 29.

<sup>26</sup> GIBERTI, HORACIO G.: *El desarrollo agrario argentino*, op. cit., pág. 46.

### ***El campo: cincuenta años de expansión***

La evolución de las exportaciones de uno y otro producto vacuno fue la siguiente:

#### EXPORTACIONES DE CARNE VACUNA (promedios anuales en millones de toneladas)

Años	Enfriada	Congelada
1905-09	1,5	165,8
1910-14	27,7	304,2
1915-19	14,7	402,1
1920-24	207,4	269,8
1925-29	402,2	201,8
1930-34	353,2	56,4
1935-39	371,9	65,1

FUENTE: GIBERTI, HORACIO C. E.: *El desarrollo agrario argentino*, pág. 47.

Como puede observarse el crecimiento de los envíos de carne “enfriada” fue acelerado e interrumpido sólo por la Primera Guerra Mundial cuando por razones múltiples las exigencias del mercado consumidor se redujeron considerablemente.

#### CRIADORES E INVERNADORES: LA DIVISIÓN DEL TRABAJO EN EL MARCO NACIONAL

Al tratar el desarrollo agrícola hemos visto de qué manera el mismo estuvo condicionado al ganadero. Dentro de este sector se produjeron también trastornos de significativa importancia.

La producción de “chilled” originó cierta división del trabajo por la cual los ganaderos, resultaron divididos en dos grupos con funciones bien diferenciadas determinantes de intereses potencialmente contrarios. Esta división del sector ganadero proviene de la apuntada exigencia del “enfriado” de una oferta constante y de alta calidad de materia prima. “Se erige entonces —apunta Giberti— en casi dueño de la situación el invernador, que ya no es tal por encontrarse cerca de Buenos Aires (como

en la época del saladero), sino por disponer de buenos pastos en invierno y en verano. Tal tipo de ganadero resulta esencial para el frigorífico por ser el único capaz de asegurarle entregas constantes y voluminosas”<sup>27</sup>.

Este sector ganadero gozó de tratamiento especial por parte de los frigoríficos constituyéndose, además, en subordinante del otro, el de los “criadores”. Aunque ambos grupos tienen en común ser dependientes del frigorífico la situación de los invernadores es decididamente más favorable. El frigorífico conocía la demanda de carnes, puesto que podía incluso regularla, y, en consecuencia, controlaba la oferta de animales vivos. Los invernadores pertenecientes al círculo de los frigoríficos satisfacía esta oferta con animales preparados por ellos. Por conocer las necesidades de las fábricas este grupo de ganaderos compraba a los criadores tan solo lo suficiente para satisfacerlas. Vale decir que los únicos sujetos a las alternativas del mercado resultaban ser los criadores sobre quienes, según Ricardo M. Ortiz, se volcaron los efectos de la crisis de 1930 al formularse el pacto de Londres de 1933<sup>28</sup>.

#### LA GANADERÍA ARGENTINA Y LA CRISIS DE 1930

Los efectos de la crisis de 1930 en la ganadería argentina se hicieron sentir a causa de su dependencia del mercado exterior. Nuestro país no tuvo tampoco en la ganadería capacidad para hacer sentir su influencia en el mismo. Mejor aún tanto en lo referente a precios como respecto a los volúmenes negociados su papel fue receptivo y dependiente. La crisis de 1930 operó sobre ambos aspectos deprimiendo notablemente el nivel de las negociaciones.

En cuanto a los precios “...si fijamos su valor en 100 en 1926, comienza a decrecer pausadamente a partir de 1930 luego de haber estado en 1928 y 29 sobre la base, para llegar a su mínimo en 1933 con 47”<sup>29</sup>.

Los volúmenes por su parte comenzaron a descender en 1927 y continuaron su caída hasta muchos años después. La caída de las exportaciones en los años que nos importan respondió en buena medida a la im-

<sup>27</sup> GIBERTI, HORACIO C. E.: *El desarrollo agrario argentino*, op. cit., pág. 47.

<sup>28</sup> ORTIZ, RICARDO M.: *El aspecto económico-social de la crisis de 1930*. En: *Revista de Historia* N° 3, Buenos Aires, 1958, pág. 59.

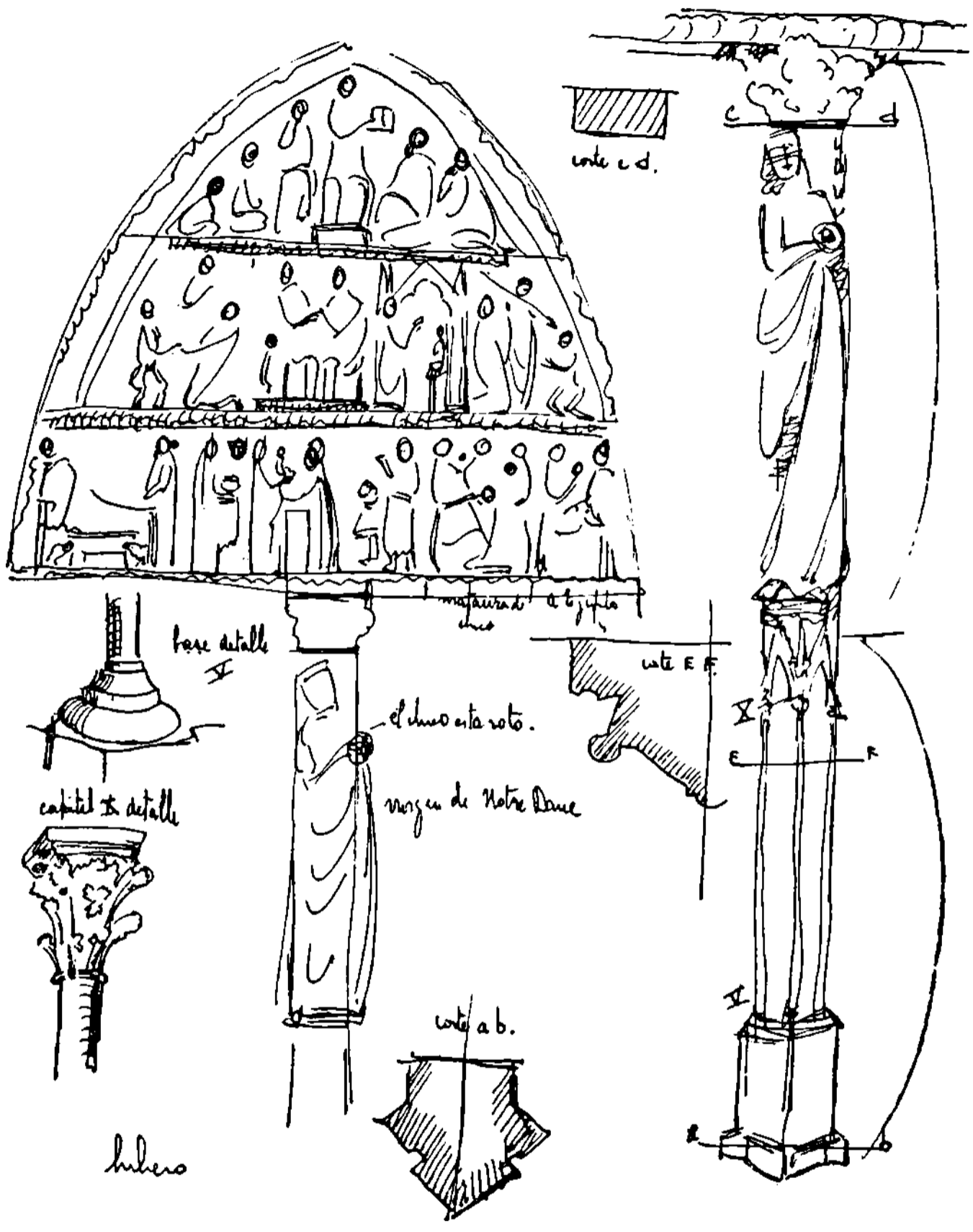
<sup>29</sup> Id. id., pág. 59.



### ***El campo: cincuenta años de expansión***

sición de pesadas cargas aduaneras en Europa. Por esta razón “Las importaciones francesas, por ejemplo, cayeron de 98.190 toneladas en 1925, a 22.000 en 1928; las belgas, de 82.570 a 50.650 toneladas; las italianas, de 105.000 a 54.950 toneladas, y las alemanas, de 123.500 a 87.700 toneladas (esta última debido al reemplazo de la carne argentina por la brasileña)”<sup>30</sup>. De esta manera se cerró la edad de oro de nuestro sector rural. Dejó como secuela una campaña despoblada, con enormes extensiones en manos de un grupo no muy nutrido de propietarios cuyo poder económico es significativo.

<sup>30</sup> DI TELLA, G. y ZYMELMAN, M.: *Las etapas del desarrollo económico argentino*, op. cit., pág. 391.



Apuntes de viajes (Catedral de Notre Dame, París), dibujo por LIBERO BADII.

# El sector servicios: su expansión complementaria

OSCAR E. COLMAN

## 1. INTRODUCCIÓN

### 1.1. Breve caracterización del modelo estructural.

*NACIDO EN LA PLATA en 1939. Graduado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente pertenece al personal docente de la cátedra de sociología general de dicha facultad (Instituto de historia de la filosofía y del pensamiento argentinos). Es asimismo asesor social de la Dirección de Promoción y Desarrollo de la Comunidad del Ministerio de Bienestar Social de la provincia de Buenos Aires. PUBLICACIONES: Modelo de interpretación del nivel de desarrollo de una comunidad en transición: Villa Santa María, Lanús, Pcia. de Bs. Aires. (Investigación sobre una tipología de villas de emergencia de la que fue director y coordinador); Relevamiento social de un área del Gran Buenos Aires y Tipología para una caracterización de las villas de emergencia.*

**E**L presente trabajo se inserta en un programa de investigaciones parciales acerca de la conformación de la estructura social argentina en el período 1880-1930. Es por ello que su actual fundamentación debe basarse en una serie de hipótesis provisorias que habrán de confirmarse en la medida en que avancen los distintos análisis emprendidos, las que, no obstante, han permitido a los profesores Horacio Pereyra y Alfredo Pucciarelli esbozar en este volumen un modelo estructural para el período al que habremos de hacer referencia. Nuestra intención no es abordar sino someramente aquellos elementos que consideramos indispensables para la delimitación y caracterización del modelo escogido:

#### 1.1.1. El período.

Si aceptamos a Marchal<sup>1</sup>, cuando sostiene que: "La estructura se define por el período y éste por la intensidad de la toma de conciencia de los cambios ocurridos", habremos

de convenir en considerar al período de análisis que hemos escogido como aquel que está delimitado por dos definidas actitudes de la única clase "para-sí" (autoconciente) que existe en el país: la clase alta; la primera, aquella que da origen al período, está relacionada con los proyectos de modernización que sucedieron a la unificación nacional y que se plasmaron con todo su contenido liberal en la Generación del 80. Es precisamente este grupo dirigente el que, conciente del cambio producido a nivel internacional, busca la modernización de la estructura productiva del país (utilizando para ello la inversión de capitales, inmigración, educación, etc.), para adecuarla al nivel de producción que está requiriendo el comercio internacional. Su estrategia, al coincidir con la de los grupos extranjeros que promueven la expansión industrial europea, fortalece las relaciones de dominación que ligan al país con el mercado internacional. La segunda: la decisión tomada por las clases dirigentes luego de la revolución del 30, a consecuencia de la crisis que se desencadenara en dicha época: la reasignación de los recursos de origen agrícola-ganadero al sector de la industria sustitutiva de importación que se observa en la década del 30. El régimen de tenencia de la tierra que regulara la propiedad en el país y que da origen al latifundio en las zonas más fértiles, permitió a la burguesía terrateniente implementar el proyecto de expansión productiva, utilizando para ello dos medios: a) el sistema de producción extensiva, impuesto a las nuevas regiones incorporadas luego de las Campañas al Desierto; b) la utilización de los sectores inmigratorios como mano de obra contratada bajo el sistema de arrendamiento rural<sup>2</sup>, que les impedía el acceso a la propiedad de la tierra<sup>3</sup>. Esto trajo aparejado un incremento de la producción con características extensivas, por una parte y una gran diversificación de cultivos por la otra; es decir que se logra una mayor producción sin necesidad de una tecnificación del campo. Esto determina que la crisis del mercado internacional de 1929 hallara a nuestro país imposibilitado de ampliar la producción o por lo menos, reducir su costo, de manera que pudiera competir. Limitada la incorporación de tierras, se arriba al máximo nivel que la producción extensiva le fija al sistema. Sin tecnificación adecuada, la posibilidad de los sectores dirigentes de absorber el deterioro de los términos de intercambio es prácticamente nula; de allí surgirá como alternativa el cambio de estrategia inversora de nuestras clases he-

<sup>1</sup> MARCHAL, ANDRÉ: *Estructuras y sistemas económicos*, Ed. Ariel, Barcelona, España, 1961.

<sup>2</sup> CORTÉS CONDE, R. y GALLO, E.: *El crecimiento económico de la Argentina*, en "Demografía Retrospectiva", Publicación de la Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1966.

<sup>3</sup> FORNI, FLOREAL: *Estructura de la Región Pampeana*. Rev. "Cuadernos Latinoamericanos de Economía Humana", n° 15, Montevideo, 1964, pág. 227.

## ***El sector servicios***

gemónicas, que reasignan sus capitales hacia la actividad de la industria sustitutiva de importaciones<sup>4</sup>. Es en este marco que intentamos caracterizar el núcleo estratégico de variables estructurales que orientará al sistema.

### **1.1.2. *El modelo estructural.***

Como pudo ya advertirse, el “*sistema productivo*” nacional, preeminentemente agrícola-ganadero, asentado sobre un régimen de tenencia de la tierra que favoreció el latifundio, y la “*clase alta*” que emergiera de él, son dos de los elementos estructurales que por su permanencia y significación caracterizarán al período.

La orientación exportadora de todo el sistema lo liga al mercado internacional, a través de lo que Perroux definirá como “*relaciones de dominación*”, constituyendo de esta manera el tercer factor cuya presencia constante servirá para definir la estructura. A él concurre la “*ideología liberal*” que anima la acción de las clases dirigentes, como verdadero pivote de la articulación que se da entre el país y el mercado internacional, convirtiéndose en la cuerda variable estructural que conforma el núcleo estratégico, y, por último, “el dualismo regional”, fenómeno de polarización entre Buenos Aires, su puerto exportador y su zona fértil de influencia por un lado y el interior del país, por el otro, como regiones que participan con ritmo desigual en el proceso de modernización que se manifiesta en el período<sup>5</sup>.

Sin embargo, es menester aclarar que las “relaciones de dependencia” experimentan un proceso muy singular. Si bien es cierto que, como variable, su presencia se mantiene inalterable durante todo el período, redefiniendo y reorientando a todas aquellas estructuras parciales, elementos estructurales o coyunturales con los que entra en relación directa, también lo será que el sector económico extranjero que originalmente cumpliera ese rol con respecto al país —Inglaterra— comenzará a ser desplazado con posterioridad a la Gran Guerra, luego de los años 20, por los EE. UU.<sup>6</sup>. Sin embargo no se evidencian modificaciones en las relaciones articuladas entre las distintas estructuras parciales, como así tampoco

<sup>4</sup> DI TELLA y ZYMELMAN: *Las etapas del desarrollo Económico Argentino*. En “Argentina Sociedad de Masas”. EUDEBA, Bs. As., 1965, pág. 194.

<sup>5</sup> PEREYRA y PUCCIARELLI: cf. op. cit.

<sup>6</sup> BEVERACCI ALLENDE, WALTER M.: *El servicio de capital extranjero y el control de cambio*. Fondo de Cultura Económica, México, 1954, pág. 61.

entre aquellas vinculaciones que se establecen en el interior de cada una de ellas.

No obstante, nuestro trabajo se limitará al año 1914, debido, fundamentalmente, a: 1º) las restricciones que nos plantea la carencia de información censal referida al período posterior a 1914. Pese a ello, intentaremos ampliar el análisis más adelante, con el particular aporte de otras fuentes de información que arrojen luz sobre el período; 2º) que el desplazamiento de Gran Bretaña como eje de la "dominación", implica el desarrollo de todo un sistema de relaciones que tienen a los Estados Unidos como centro, que deberá ser objeto de una especial investigación.

Nuestro objetivo será, entonces, determinar la función que juega la expansión del sector de los servicios y comercio en el marco de este sistema. Debemos para ello, comenzar por delimitar los alcances de la categoría "servicios y comercio" utilizada. Para ello, acudiremos a Colin Clark<sup>7</sup>, quien define a las "industrias de servicios" como aquellas que se "agrupan de manera natural en edificación y construcción, transporte y comunicaciones, comercio y finanzas, servicios profesionales, administración pública y defensa, y servicios personales, dentro de los cuales el servicio doméstico privado se diferencia de los servicios prestados comercialmente, tales como las peluquerías y cafés, etc.". Por otra parte, considera necesario "hacer otra distinción, que divide cada una de las categorías que acabamos de ver: servicios prestados directamente al comprador final (consumidor, inversionista o Estado) y servicios que se utilizan para complementar otros procesos de producción, tales como el transporte de mercancías, comercio al por mayor, servicios prestados por los contables y oferta de transporte de viajeros o de servicios hoteleros con fines de negocio". Es precisamente este aspecto del concepto "servicios" el que habremos de desarrollar en el presente trabajo, dado que intentaremos demostrar la complementariedad que corresponde a la expansión del sector.

## 1.2. *Imagen de la expansión económica: orientación de la inversión.*

Enfocar el análisis del sector servicios en el período que fuera delimitado, significa hacer una referencia al fenómeno de expansión del sistema económico que regulaba la actividad industrial de la metrópolis europea.

<sup>7</sup> CLARK, COLIN: *Las condiciones del progreso económico*. Alianza Ed. Madrid, España, 1967, pág. 513.

## ***El sector servicios***

Este aspecto, que ha sido ampliamente analizado —en especial por Celso Furtado—<sup>8</sup> tiene como elementos articuladores a las variables “inversión”, “inmigración” e “intercambio comercial”.

Es precisamente a través de dichos indicadores que podemos medir el grado de incidencia de la economía europea y principalmente la inglesa, en la estructura económica nacional.

Si nos atenemos a la evolución del intercambio comercial y a la correlación que existe entre éste y las expansiones demográfica y de la inversión, (relación que se observa en los cuadros n° 1 y 2), podremos advertir la presencia de dos momentos bien definidos en el proceso: el 1º, aquel que se da en la década del 80, donde la población se amplía en casi un millón de habitantes y el intercambio se incrementa en un 135 %. El 2º, el que comienza en 1904-05, con un ritmo de crecimiento sostenido, no sujeto a las fluctuaciones observadas en el período anterior, indicio del origen estructural del fenómeno.

En lo que respecta a la inversión bruta en el país, su incremento coincide con el del intercambio comercial, ya que en el período 1905-1909, también crece en un 170 % en relación al lapso anterior, notándose además un aumento de la inversión nacional, cuyos reales alcances habremos de analizar posteriormente. Gran Bretaña, pese a su paulatino desplazamiento, se constituye durante todo el período en el principal país inversor.

Es oportuno señalar que las dos etapas de inversión que se mencionan se corresponden con sendas tendencias de complementación del sector extractivo-exportador de la economía nacional y con los sistemas de inversión directa o a través de sociedades anónimas,<sup>9</sup> respectivamente. Estos aspectos alcanzan a visualizarse en el cuadro n° 3. Concluimos que:

1º) El sector de servicios y comercio es el que absorbe la mayor proporción de capitales invertidos en el país (con una media del 73 %).

2º) La etapa 1905-09 concentra la mayor inversión en el sector servicios, con un 77 % del total.

<sup>8</sup> FURTADO, CELSO: *Desarrollo y Subdesarrollo*. Capítulo IV. EUDEBA, Buenos Aires, 1964.

<sup>9</sup> Obsérvese, según CEPAL en fuente citada, la tendencia de la inversión bruta fija por sector económico, que para los períodos 1901-04; 1905-09 y 1910-14, concentra sobre el total en Transportes, Comunicaciones y Energía, el 14 %, 24 % y 20 %, respectivamente; alcanzando en los tres períodos para Comercio, Finanzas, Servicios Personales y Vivienda, un promedio del 42 %.

CUADRO I

COMERCIO EXTERNO DE LA ARGENTINA: 1870-1914

A ñ o	Población	Importación	Exportación	Intercambio comercial	Saldo de la balanza comercial	Importación por habit.	Exportación por habit.	Diferencia de import./expor. por habit.
1870	1.882.615	49.124.613	30.223.084	79.347.691	- 18.901.529	26,1	16,0	-10,1
1880	2.492.866	45.535.880	58.380.787	103.916.667	+ 12.844.907	18,2	23,4	+ 5,2
1890	3.377.780	142.240.812	100.818.993	243.059.805	- 41.421.819	42,1	29,8	-12,3
1895	3.984.911	95.096.438	120.067.790	215.164.228	+ 24.971.352	23,8	30,1	+ 6,3
1900	4.512.342	113.485.069	154.600.412	268.085.841	+ 41.115.343	25,1	34,2	+ 9,1
1905	5.106.378	205.154.420	322.843.841	527.998.261	+ 117.689.421	40,1	63,2	+ 23,1
1910	6.586.022	351.700.656	372.626.055	724.396.711	+ 20.855.399	53,4	56,6	+ 3,2
1914	7.784.644	271.817.900	349.254.141	621.072.041	+ 77.436.241	34,9	44,8	+ 9,9

FUENTE: LAZTINA, F.: *El comercio argentino antaño y hogañeo*. III Censo Nacional (1914). Vol VIII, pág. 16.

CUADRO 2

INVERSION BRUTA FIJA: 1900 - 1914 (% sobre los totales consignados)

	1900-04	1905-09	1910-14
Inversión			
Argentina	42,9 %	67,9 %	50,0 %
Extranjera	57,1 %	32,1 %	50,0 %
TOTAL .....	100,0 %	100,0 %	100,0 %
	en millones \$	(2.789)	(7.658)
	%		(8.403)

FUENTE: CEPAL: *El desarrollo económico argentino*, Santiago de Chile E/CN. 12/429, 30 de junio de 1958



**CUADRO 3**

**INVERSION EXTRANJERA EN SOCIEDADES ANONIMAS**  
*(Por sectores de la producción) — 1914*

Sector de la Producción	Capital emitido (\$ m/n.)	%
Extractivo	192.903.960	4,7 %
Transformador    Manufacturero	280.306.789	7,0 %
Servicios	3.413.493.447	83,0 %
Varios	216.966.134	5,3 %
<b>TOTAL</b>	<b>4.109.670.330</b>	<b>100,0 %</b>

FUENTE: III Censo Nacional (1914), Tomo X, pág. XVI.

3º) Cuando se extiende el sistema de inversión a través de sociedades anónimas, el grado de concentración en el sector servicios se agudiza hasta tal punto que llega a absorber el 83 % de los capitales totales invertidos en tal concepto.

Estos serán entonces, los puntos principales sobre los que basaremos nuestro análisis de la expansión del sector “servicios”.

**2. ANÁLISIS DE LA EXPANSIÓN DEL SECTOR SERVICIOS**

La falta de criterios homogéneos en la realización de los I, II y III Censos Nacionales, nos impide realizar sobre dichas fuentes un análisis comparativo de la modificación global del sector servicios en los distintos períodos comprendidos por dichas investigaciones. Pese a esta limitación, hemos podido rastrear el proceso de transformación que sufrió el sector entre 1895 y 1914, incorporando en algunos casos fuentes accesorias y restringiendo el análisis a sólo algunos de los rubros más importantes, los que no obstante, servirán como modelo de modificación para el sector en su generalidad, dado el alto grado de asociación entre los diversos ritmos de crecimiento observados.

## 2.1. EL COMERCIO.

## a) Análisis global.

De acuerdo con los resultados arrojados por el II Censo Nacional, realizado en 1895, (cuadro n° 4), el número de establecimientos comerciales en todo el país ascendía a 44.100, cifra que se duplica en los próximos 19 años que preceden al Censo de 1914, observándose un crecimiento superior al 100 %. Este hecho, de por sí ya altamente elocuente en cuanto expresión de un sostenido ritmo de expansión, es reafirmado por

CUADRO 4

## CENSO DEL COMERCIO EN LA ARGENTINA — 1895

R e g i ó n	Nº Estable- cimientos	P r o p i e t a r i o s			P e r s o n a l	C a p i t a l
		Argent.	Extranj.	Mixtos		
Capital Federal . . . .	(100 %)	(14,7 %)	(85,3 %)			
Prov. Bs. Aires . . .	29.341	4.312	25.029	—	117.599	462.966.559
Prov. Santa Fe . . . .	66,4 %	37,5 %	76,5 %		69,1 %	78,9 %
	(100 %)	(48,0 %)	(52,0 %)			
Resto del país . . . .	14.759	7.137	7.622	—	52.234	123.224.527
	33,6 %	62,5 %	23,5 %		30,9 %	21,1 %
	(100 %)	(25,9 %)	(74,1 %)			
Total del país . . . .	44.100	11.449	32.651	—	169.833	586.191.086
	100,0 %	100,0 %	100,0 %		100,0 %	100,0 %

el análisis del incremento del personal ocupado en el rubro; en él, puede apreciarse que éste indicador manifiesta un proceso similar que el referido al número de establecimientos, manteniendo —con leves diferencias— los mismos porcentajes de aumento: de los 169.833 empleados ocupados en 1895, pasamos a 318.773 en 1914 (cuadro n° 5), es decir, un incremento de casi el 85 %. Pero la diferencia más notable se establece en lo

**El sector servicios**

**CUADRO 5**

**CENSO DEL COMERCIO DE 1914**

R e g i ó n	Nº Establecimientos	P r o p i e t a r i o s			Personal	Capital
		Argent.	Extranj.	Mixtos		
Capital Federal . . . .	(100,0 %)	(20,0 %)	(80,0 %)			
Prov. Bs. Aires . . .	60.887	12.185	47.792	890	225.995	1.598.656.917
Prov. Santa Fe . . . .	67,1 %	50,0 %	73,3 %	68,7 %	70,8 %	75,6 %
	(100,0 %)	(40,0 %)	(60,0 %)			
Resto del país . . . .	29.903	12.138	17.391	404	92.778	515.748.739
	32,9 %	50,0 %	26,7 %	31,3 %	29,2 %	24,4 %
	(100,0 %)	(26,7 %)	(71,9 %)	(1,4 %)		
Total del país . . . .	90.790	24.323	65.183	1.294	318.773	2.114.405.656
	100,0 %	100,0 %	100,0 %	100,0 %	100,0 %	100,0 %

relacionado al capital básico de los comercios en ambos censos, ya que el aumento entre 1895 y 1914 se aproxima al 260 %. A través de estos datos, encontramos los primeros indicios acerca del origen de tan singular proceso de expansión, cuya fundamentación trataremos de desarrollar en el transcurso del presente trabajo, utilizando para ello hipótesis relacionadas a la orientación del crédito y la inversión como políticas de complementación de la estructura económica vigente en el período.

En varios trabajos se ha insistido acerca del papel que le cupo a la corriente inmigratoria europea en el proceso de expansión del período. Si bien las consecuencias del impacto inmigratorio sobre la realidad económico-social del país denuncian una presencia transformadora, es discutible la profundidad real de ese poder modificador que se le asigna. Queremos indicar con esto que la inserción del inmigrante en el país ha visto restringida su incidencia a niveles fundamentalmente coyunturales, sin promover modificaciones más profundas en la estructura económica nacional. Un elemento que tiende a probar la hipótesis sustentada anteriormente, es el que surge de la descripción de la propiedad de los comercios según la nacionalidad de sus dueños.

En ella se advierte prácticamente duplicado el número de los negocios de propietarios argentinos y extranjeros, los cuales continúan conservando las mismas relaciones de proporcionalidad entre uno y otro censo. Lo mencionado nos lleva a sostener que el fenómeno de expansión del comercio tiene fundamentalmente características cuantitativas limitadas a la coyuntura, ya que no llega a modificar a la estructura en sus relaciones internas.

Este aspecto es remarcado por el análisis de la concentración regional de los comercios en uno y otro censo. El número de establecimientos de la denominada zona Este (Capital Federal; provincias de Buenos Aires y Santa Fe) y los correspondientes al resto del país, sufren para 1914 (en relación a 1895) un incremento aproximado del 100 %, manteniendo entre sí las mismas relaciones en cuanto a su participación regional, ya que la zona Este, que en 1895 contaba con el 66,4 % del total de los comercios del país, reúne para 1914 al 67,1 %.

El mismo fenómeno se advierte con relación a los capitales y al personal empleado. Ya la distribución de los mismos evidenciaba en 1895 una fuerte concentración en la zona Este, que absorbía el 69,1 % del personal y el 78,9 % del total de los capitales invertidos en el rubro, situación que persiste en 1914, aunque notándose cierto desplazamiento hacia el interior del país de la distribución de capitales, que no basta para alterar la imagen que venimos mostrando, ya que se continúa manteniendo en términos generales la misma proporcionalidad.

Ambos indicadores observan un nivel de crecimiento bastante similar en las dos regiones, hecho que apoya lo sostenido precedentemente. Sin embargo, varios aspectos significativos surgen al analizar la distribución en el país de los comercios con propietarios argentinos y extranjeros. Así es que, si analizamos la concentración regional de los propietarios argentinos, notaremos que la misma sufre un desplazamiento pronunciado hacia la zona Este: mientras que en 1895 sólo el 37,5 % de los comerciantes criollos se nucleaba en esta región, para 1914 encontraremos en ella al 50 % del total de comerciantes de origen nacional, poniendo en evidencia de esta manera un diferenciado nivel de crecimiento en una y otra zona; en tanto los propietarios argentinos del Este se incrementan en un 185 % entre 1895 y 1914, los del resto del país lo hacen en un 70 %.\*

\* Encontramos aquí un nuevo elemento cuya caracterización económica habrá que buscar en la orientación de la política crediticia del país: el acceso del criollo (tal vez en gran proporción el hijo del inmigrante) a uno de los canales de movilidad social más activos: el comercio, de cuyos servicios requiere la urbe en expansión y la estructura económica predominante, la que —por otra parte— no peligrante ante su avance, sino que, por el contrario, manifiesta su cohesión con esta apertura que tiende a complementarla.

## ***El sector servicios***

El segundo aspecto importante es el que muestra cierta tendencia al desplazamiento hacia el interior de los propietarios de origen extranjero, hecho visualizable en la diferencia de ritmo de crecimiento entre uno y otro censo en cada zona. Mientras que en el Este el incremento alcanza al 91 %, en el resto del país llega al 128 %. De alguna manera, al observar estos datos, vemos en ellos reflejados los esfuerzos pioneros de los negociantes extranjeros al frente de sus "almacenes de ramos generales" instalados en las áreas recién incorporadas al incipiente mercado nacional.

Las tendencias apuntadas anteriormente logran un mayor grado de explicitación cuando analizamos la proporción en que participan los propietarios argentinos y extranjeros sobre el total de comerciantes de cada zona, ya que advertimos que, mientras que en 1895 la correlación establecía un 15 % de argentinos y un 85 % de extranjeros, en 1914 los propietarios nacionales representaban algo más del 20 % y los de origen inmigratorio menos del 80 %.

En el resto del país nos encontraremos con una relación inversa: en 1895 el 48 % de los comerciantes eran argentinos y el 52 % extranjeros; en 1914 la proporción se modifica, pasando los propietarios extranjeros a representar el 60 % del total de los propietarios del interior.

### ***b) Análisis de la expansión del comercio, por ramos.***

Describir la evolución del comercio a través de los distintos ramos que componen el rubro significa plantearse un serio problema metodológico, como es el que nos presentan los diferentes criterios con los que los mismos fueron clasificados en los Censos Nacionales de 1895 y 1914, de la Capital Federal. Si bien esta limitación nos enfrenta al riesgo de forzar el análisis, consideramos que un confrontamiento de aquellos ramos que no nos presenten dudas respecto a sus contenidos pueden satisfacer la finalidad propuesta en este trabajo y que sus alcances pueden ser considerados como representativos para todo el rubro. Ateniéndonos a esto, es dable apreciar entonces que el ritmo de crecimiento del comercio en la Capital Federal coincide con el ya observado para el total del país, ya que entre uno y otro censo su incremento supera levemente el 100 %, pasando de 12.931 negocios en 1895 a 27.761 en 1914. Pero al volcarnos al análisis por ramos (con las limitaciones ya consignadas) advertimos varios hechos de importancia:

## —Estructura del rubro: distribución de los negocios.

1º) En la estructura del rubro para 1895, el ramo de la "Alimentación" figuraba como preponderante, ya que representaba el 57,9 % del total de los negocios de la ciudad de Buenos Aires. Es necesario considerar que dicho ramo abarcaba a los comercios dedicados a la expedición de bienes alimenticios y a aquellos destinados a brindar alojamiento. Pese a tener un incremento del 70 %, su participación sobre el total del rubro descende en un 12,4 %, representando en 1914 el 45,5 % de los comercios de Capital Federal. Si bien esta disminución es significativa de cierto saturamiento de la plaza para con el ramo, es conveniente advertir que en 1914 ya no se considera dentro de él a cierto tipo de negocios destinados al alojamiento, como casa de huéspedes, amueblados, etc. No obstante lo consignado, el ramo de la alimentación sigue —para 1914— siendo con holgura el preeminente (ver cuadros n<sup>os</sup>. 6 y 7).

## CUADRO 6

CLASIFICACION DE LOS COMERCIOS POR RAMOS  
CAPITAL FEDERAL — CENSO DE 1895

R a m o	Nº esta- blecim.	Capital	%	Prom. cap./est.	Nº em- plead.	%	Prom. emp./est.
I. Alimentación ..	7.484	57.460.879	22,6	7.677	28.179	50,6	2,7
II. Vestido .....	1.414	50.690.860	20,0	35.820	7.118	12,6	5,0
III. Construcción ..	328	21.435.830	8,5	65.353	2.587	4,7	7,9
IV. Higiene .....	974	12.034.957	4,7	12.356	3.358	6,0	3,4
V. Transporte ....	498	13.140.035	5,2	33.015	4.545	8,2	11,4
VI. Comisiones ....	1.086	20.978.218	8,2	19.317	3.647	6,6	3,3
VII. Letras y artes ..	217	6.087.478	2,4	28.052	797	1,5	3,6
VIII. Ornato y recreo	48	739.058	0,3	15.397	134	0,2	2,7
IX. Mixtos .....	882	71.579.440	28,1	81.155	5.333	9,6	6,0
<b>TOTAL .....</b>	<b>12.831</b>	<b>259.146.755</b>	<b>100,0</b>	<b>19.807</b>	<b>55.698</b>	<b>100,0</b>	<b>4,3</b>

FUENTE: II Censo Nacional (1895).

CUADRO 7

CLASIFICACION DE LOS COMERCIOS POR RAMOS  
CAPITAL FEDERAL — CENSO DE 1914

R a m o	Nº esta- blecim.	Capital	% s/total	Prom. cap./est.	Personal	% s/total	Prom. pers./est.
1. Alimentac. ....	12.630	179.121.154	18,0	14.182	44.492	40,3	3,5
2. Vest. y Toc. ....	5.899	212.502.009	21,3	37.701	26.051	23,3	4,4
3. Construc. y an. ..	1.001	105.544.007	10,6	105.438	7.817	6,3	7,8
4. Habit. y mob. ..	806	31.853.230	3,2	39.520	3.123	2,6	3,8
5. Educ. y Enseñ. ..	1.049	15.859.260	1,6	15.118	3.129	2,6	2,9
6. Arte y ornato ...	567	28.107.087	2,8	49.571	2.029	1,7	3,5
7. Loc. y Transp. ..	1.049	50.062.175	5,0	33.690	8.372	6,5	7,9
8. Med. e Higiene ..	546	35.341.769	3,5	64.728	2.827	2,2	5,1
9. Recreo y Sport ..	301	8.443.211	0,9	28.050	1.570	1,5	5,2
10. Publicidad .....	46	4.468.271	0,5	97.136	896	0,8	19,5
11. Bancos y Seg. ..	9	1.123.898	0,1	124.877	194	0,1	21,5
12. Cambios y Lot. ..	285	3.626.810	0,4	12.725	716	0,4	2,7
13. Remat. y Consig.	668	114.723.871	11,5	171.742	2.965	2,5	4,4
14. Diversos .....	2.905	205.616.731	20,6	70.780	12.497	9,2	4,3
<b>TOTAL .....</b>	<b>27.761</b>	<b>996.393.483</b>	<b>100,0</b>	<b>35.891</b>	<b>116.813</b>	<b>100,0</b>	<b>4,2</b>

2º) Otro tanto sucede con el ramo "Vestido y tocador". En 1895 era el que seguía en orden de importancia al de "Alimentación", con 1.414 negocios, que representaban el 11 % del total de los existentes en la Capital. Su incremento está entre los más importantes que se observan en el rubro, dado que se eleva en un 317 %, pasando a contar para 1914 con 5.899 comercios, que representan el 21,3 % del total. Esto nos está marcando bien a las claras dos hechos sumamente importantes: a) una ampliación del mercado, y b) una diversificación del consumo. Obviamente que del primero participa la población inmigratoria, cuya integración al mercado supone también la segunda consecuencia. Además, a esta última concurre la demanda incrementada de los sectores sociales tradicionales en la Argentina, la clase alta, cuya expansión económica encuentra en el ramo a uno de los preferidos para satisfacer su consumo suntuoso.

Puede observarse, en síntesis, que el rubro comercio no sufre, en lo referente a su estructura interna, ninguna transformación significativa, más que las ya enunciadas, de carácter preponderantemente cuantitativo, o a lo sumo, con modificaciones que no alteran la conformación interna del rubro, vista desde la perspectiva de la proporción en que participa cada ramo sobre su total.

—*Nacionalidad de los propietarios.*

Analizando la estructura del comercio a partir de los datos de nacionalidad de los propietarios, distribuidos por ramos, podemos advertir a través de los distintos renglones comparables entre uno y otro censo, que existe una notable tendencia al incremento de participación de los propietarios argentinos, hecho ya anteriormente citado. En el ramo "Alimentación", por ejemplo, su participación se eleva en un 5,2 %, pasando del 10,6 % en 1895, al 15,8 % en 1914. Lo mismo se observa en ramos como "Vestido y Tocador" (del 9,2 % al 12,7 %), "Construcciones" (del 23,5 % al 34,4 %) y "Locomoción y Transporte" (28,2 % al 29,2 %). Pero donde se torna más significativo es en el de "Higiene y Medicina", que se incrementa en un 39,1 %, pasando del 10,5 % en 1895 a constituir el 49,6 % de los propietarios del renglón para 1914. Puede considerarse que en general este aumento de participación de los propietarios argentinos obedece a dos hechos principales: 1) a su reacomodamiento en los sectores de comercialización diaria, es decir, negocios minoristas, y 2) a la ya mencionada incorporación del hijo criollo del inmigrante a la actividad comercial. Pese a esto, la proporción global de participación de los propietarios argentinos sobre el total desciende entre 1895 y 1914 en un 3,6 % (del 14,7 % al 11,1 %).

—*Capital y Personal: análisis de los sectores estratégicos.*

Al hablar en párrafos anteriores de sectores estratégicos, dábamos por supuestos los resultados de un análisis que ahora debemos realizar. Sus alcances son de enorme importancia, dado que de él deberán surgir las pautas de posibles desplazamientos del peso específico dentro del rubro.

a) Si bien la considerable expansión que sufre el número de establecimientos comerciales entre uno y otro censo en la Capital Federal (de casi un 115 %) fue largamente tenida como imagen del desarrollo del



## ***El sector servicios***

país, será apenas un pálido reflejo de lo que se expresa a través del capital básico del rubro. Aquí el ritmo de crecimiento es asombroso, alcanzando a un 292 %, lo que señala la orientación del proceso inversor, cuyos reales alcances recién podremos advertir más avanzado el presente trabajo.

Considerando la participación que le cabe a cada ramo sobre el capital básico del rubro, advertimos ciertos desplazamientos en la conformación de su estructura interna en lo que respecta al rol hegemónico que jugaban algunos ramos en el censo de 1895. Así vemos que el renglón "Alimentación" reunía en 1895 el 22,6 % de los capitales del rubro, siendo el de mayor concentración. Lo seguían "Vestido y Tocador", con un 20,0 %; "Construcciones", con un 8,5 % y "Comisiones y Cambio", con un 8,2 %, reuniéndose bajo el renglón "Varios", el 28,1 % de los capitales. En 1914 surge, a la luz de una mayor especificación en la clasificación de los negocios por ramos, no sólo una distinta conformación, sino renglones nuevos que manifiestan un peso de importancia en la estructura de capital del rubro. Pasa así a primer lugar el ramo del "Vestido y Tocador", que concentra el 21,3 % del total de los capitales, seguido por los renglones "Alimentación", que reúne el 18 %, "Remates y Consignaciones", con un 11,5 % y "Construcciones y Anexos", con un 10,6 % (ver cuadros n<sup>os</sup>. 6 y 7).

Pero este análisis no nos debe llevar a errores cuando se pretenda determinar los sectores considerados estratégicos dentro del rubro, ya que al introducir dos nuevas categorías (las que describen el promedio de capital y de personal, por establecimiento), surge a luz la magnitud real del peso de cada ramo en la estructura del comercio. Estamos ahora sí en condiciones de delimitar con mayor precisión aquellos sectores comerciales considerados como estratégicos para la estructura económica global del país, a partir de la preeminencia que caracteriza su participación.

Así, el renglón "Bancos y Seguros", con 9 establecimientos, ubicado en el segundo lugar en lo que respecta al promedio de capital por establecimiento (\$ 124.877) y que ocupa el mayor número de empleados por establecimiento (21,5 empleados), surge encabezando el sector estratégico dentro del rubro, con hegemonía sobre el ramo "Remates y Consignaciones", que le sigue en el orden de importancia, con 668 establecimientos, ya que cuenta con un promedio de \$ 171.742 y 4,4 empleados por casa comercial. El renglón "Publicidad", con 46 establecimientos, ocuparía el tercer lugar de importancia, al contar con un promedio de \$ 97.136 de capital y 19,5 empleados por negocios. En cuarto lugar, encontramos al ramo

de "Construcciones y Anexos", con 1.001 casas comerciales, un promedio de \$ 105.438 de capital y 7,8 empleados por establecimiento. Si comparamos el sector estratégico del comercio en 1914, compuesto por: 1. Bancos y Seguros; 2. Remates y Consignaciones; 3. Publicidad; y 4. Construcciones y Anexos, con los componentes estratégicos de la estructura del rubro en 1895 (1. Construcciones; 2. Transporte; 3. Vestido; y 4. Letras y Artes), advertimos con claridad que se ha producido un notable desplazamiento hacia actividades armonizadas con el proceso de expansión de la estructura económica nacional, como lo son las financieras, inmobiliarias y publicitarias, adoptando el comercio a través de ellas, el carácter de variable coyuntural funcionalmente complementaria del núcleo de variables estructurales que la enmarcan. Obviamente, la extensión de este trabajo nos impide abundar en este análisis, pero a fin de salvar el vacío que pudiera notarse en él, nos remitiremos al trabajo de los profesores Pereyra y Pucciarelli en este mismo número, cuya fundamentación —desde luego compartida— nos proporciona una descripción más detallada que la que aquí pudiera esbozarse.

—*Dimensión económica de los comercios.*

Resuelto el problema metodológico que nos planteaba el hallar criterio adecuado para describir la dimensión económica de los establecimientos, a través de una media estadística de los capitales y personal de los diversos tipos de negocios que componen cada ramo, confrontados con datos relacionados a su envergadura económica, tal como lo describen publicaciones de la época (Anuario del diario "La Nación" de 1910; Anuario Peuser, etc.), convenimos en realizar los siguientes cortes:

- 1) hasta 5 empleados,
- 2) de 5 a 10 empleados,
- 3) más de 10 empleados,

para los niveles *bajo*, *medio* y *alto* de capacidad de empleo de cada establecimiento, respectivamente; y

- 1) menos de \$ 30.000 de capital,
- 2) de \$ 30.000 a \$ 75.000 de capital,
- 3) más de \$ 75.000 de capital,

### **El sector servicios**

para el año 1895; y

- 1) menos de \$ 50.000 de capital,
- 2) de \$ 50.000 a \$ 99.999 de capital,
- 3) más de \$ 100.000 de capital,

para el año 1914, para los niveles *bajo*, *medio* y *alto* de capital, por establecimiento respectivamente, que nos permitió elaborar el siguiente cuadro:

*Cuadro representativo del análisis por ramo*

		NIVEL DE EMPLEO		
		BAJO	MEDIO	ALTO
NIVEL DE CAPITAL	BAJO	A	B	C
	MEDIO	D	E	F
	ALTO	G	H	I

Sobre la base de dicho cuadro, clasificamos los distintos establecimientos, siguiendo este criterio:

*Negocios pequeños:* Bajo capital y bajo y medio nivel de empleo (A y B); capital medio y bajo nivel de empleo (D).

*Negocios medianos:* Bajo capital y alto nivel de empleo (C); capital medio y nivel de empleo medio (E); y alto capital y bajo nivel de empleo (G).

*Negocios grandes:* Capital medio y alto nivel de empleo (F) y alto capital y medio y alto nivel de empleo (H, I).

## CUADRO 8

CLASIFICACION DE LOS COMERCIOS POR RAMOS  
CAPITAL FEDERAL — CENSO DE 1895*Dimensión económica*

R a m o s	Nº esta- blecim.	% s/to- tal del ramo	% propset. s/total del ramo		Pequeños	Medianos	Grandes
			Arg.	Ext.			
1. Aliment. y aloja- miento	7.484	57,9	10,6	89,4	7.481 (99,9 %)	3 (0,1 %)	—
2. Vestido y toca- dor	1.414	11,0	9,2	90,8	1.289 (92,2 %)	—	125 (8,8 %)
3. Construcciones	328	2,7	23,5	76,5	—	297 (90,6%)	31 (9,4 %)
4. Higiene y medi- cina	974	7,5	10,5	89,5	966 (99,2 %)	8 (0,8 %)	—
5. Locomoción y transportes	498	3,9	28,2	71,8	314 (61,2 %)	105 (21,0 %)	79 (17,8%)
6. Comisiones y cambio	1.086	8,2	29,0	71,0	980 (90,2 %)	106 (9,8 %)	—
7. Letras y artes	217	1,6	23,5	76,5	217 (100,0 %)	—	—
8. Ornato y recreo..	48	0,3	14,6	85,4	48 (100,0 %)	—	—
9. Mixtos y diversos	882	6,9	9,8	90,2	594 (67,4 %)	—	288 (32,6%)
<b>TOTAL</b>	<b>12.931</b>	<b>100,0</b>	<b>14,7</b>	<b>85,3</b>	<b>11.889</b> <b>(91,9 %)</b>	<b>519</b> <b>(4,0 %)</b>	<b>523</b> <b>(4,1 %)</b>

Dicho procedimiento nos permitió elaborar los cuadros nos. 8 y 9 que muestran la clasificación de los negocios, por ramo, de acuerdo a su dimensión económica. En ellos advertimos que lo enunciado en los puntos anteriores tiende a confirmarse por el alto grado de asociación que se evidencia, incorporando un nuevo aspecto al análisis oportunamente

CUADRO 9

CLASIFICACION DE LOS COMERCIOS POR RAMOS  
CAPITAL FEDERAL — CENSO 1914

*Dimensión económica*

R a m o s	Nº esta- blecim.: 100 %	% de propiet. s/total rubro		% ramos s/total	Clasificación según dimensión económica: % sobre total		
		Arg.	Ext.		Pequeños	Medianos	Grandes
1. Alimentación ..	12.630	15,8	84,2	45,5	12.531 (99,2 %)	—	99 (0,8 %)
2. Vestido y toca- dor .....	5.899	12,7	87,3	21,3	3.540 (60,0 %)	2.124 (86,0%)	235 (4,0 %)
3. Construcciones y anexos .....	1.001	34,4	65,6	3,7	—	672 (67,1%)	329 (1,6 %)
4. Habitación y mo- biliario .....	806	19,0	81,0	2,9	768 (95,2 %)	26 (3,2 %)	12 (1,6 %)
5. Educación y En- señanza .....	1.049	23,9	76,1	3,8	988 (94,1 %)	—	61 (5,9 %)
6. Arte y Ornato	567	15,6	84,4	2,0	542 (95,5 %)	13 (2,3 %)	12 (2,2 %)
7. Locomoción y Transporte ....	1.049	29,2	70,8	3,8	693 (66,0 %)	272 (25,9 %)	84 (8,1 %)
8. Medicina e hi- giene .....	546	49,6	50,4	2,0	426 (78,1 %)	—	120 (21,9 %)
9. Recreo y Sport	301	18,0	82,0	1,0	273 (90,6 %)	22 (7,3 %)	6 (2,1 %)
10. Publicidad ....	46	33,4	66,6	0,1	22 (47,8 %)	16 (34,7%)	8 (17,5 %)
11. Bancos y Segu- ros .....	9	22,3	77,7	0,0	5 (55,5 %)	—	4 (44,5%)
12. Cambio y Lo- tería .....	285	29,5	70,5	1,0	285 (100,0 %)	—	—
13. Remates y Con- signaciones ...	668	46,7	53,3	2,4	340 (50,8 %)	190 (28,4%)	138 (20,6%)
14. Diversos .....	2.905	11,3	88,7	10,5	2.501 (82,5 %)	—	404 (14,0 %)
<b>TOTAL .....</b>	<b>27.761</b>	<b>11,1</b>	<b>81,9</b>	<b>100,0</b>	<b>22.914 (82,5 %)</b>	<b>3.335 (12,0%)</b>	<b>1.512 (5,5 %)</b>

esbozado, como es el de la magnitud de los sectores antes considerados como estratégicos, cuyos establecimientos tienden a participar en mayor proporción entre los clasificados como "Grandes". Tales son los casos de los renglones "Bancos y Seguros", "Construcciones", "Remates y consignaciones", y "Publicidad", en el Censo Nacional de 1914, a los cuales se incorpora el ramo de "Medicina e Higiene", que halláramos en el 5º lugar de importancia en el cuadro nº 7, y los de "Transportes", "Construcciones" y "Vestidos", en el Censo de 1895.

Otras consecuencias importantes que surgen del cuadro en cuestión son las que señalan: a) una notable movilidad en las relaciones internas del rubro, con desplazamientos hacia los medianos establecimientos, ya que en 1895 los negocios pequeños representaban un 91,9 % del total de los establecimientos comerciales y los medianos sólo un 4 %, pasando a constituir en 1914 el 81,9 % y el 12 %, respectivamente; b) no obstante, puede sostenerse que el impacto expansivo del comercio es un fenómeno que nos muestra dos facetas: por una parte, el peso cuantitativo del proceso recae sobre el comercio minorista, con cierto movimiento en algunos ramos ("Vestido", "Locomoción") hacia el tipo de comercios medianos; por la otra, su aspecto cualitativo se orienta a los sectores estratégicos, con predominancia de grandes establecimientos o en algunos ramos ("Construcción", "Remates"), con desplazamientos del mediano al gran establecimiento. Concluimos, siguiendo a Marchal, en que la estructura orienta a la coyuntura, o sea, que el desplazamiento advertido en el marco de las relaciones internas del rubro comercio, está guiado por la funcionalidad de los sectores aquí considerados como estratégicos con respecto al núcleo estructural, al que tienden a complementar. Su vinculación e integración con las variables estructurales es necesaria. La expansión de las actividades financieras, inmobiliarias, etc., suponen la presencia de categorías como "Relaciones de dominación", "Dualismo estructural", "Sistema productivo extractivo-exportador", "Clase Alta" e "Ideología Liberal", ya que puede sostenerse que ha sido "endógena por la estructura, con una orientación funcional de complementación", como sostenemos con los profesores Pereyra y Puciarelli.

## 2.2. LOS "SEGUROS".

Hemos visto más arriba que la participación del renglón "Seguros" en el sistema de relaciones del rubro "Comercio", fue desplazándose hacia el sector considerado como estratégico en su vinculación con las variables

CUADRO 10

COMPAÑÍAS DE SEGUROS EN ARGENTINA

(Establecimientos creados por períodos)

	1865-1879		1880-1889		1890-1899		1900-1909		1910-1916		Total Nac.		
	Est.	%	Est.	%	Est.	%	Est.	%	Est.	%			
Argent.	Ext.	1	16,6	6	42,8	5	30,0	14	35,9	15	37,5	41	35,3
	Int.	—	—	1	7,2	1	5,3	21	53,8	18	45,0	41	35,3
Extranjeras	5	83,4	7	50,0	11	64,7	4	10,3	7	17,5	34	29,4	
TOTAL	6		14		17		39		40		116		
			+ 130		+ 21		+ 130						

FUENTE: III Censo Nacional (1914).

estructurales operantes hacia 1914, las que lo determinaron en su caracterización, como sector funcionalmente complementario.

En el cuadro n° 10, podemos observar el proceso de instalación de las compañías de Seguros en la Argentina por períodos. De él surgen dos hechos de suma importancia: el primero, referido al incremento y el segundo, a la participación sobre el total de compañías, de las sociedades argentinas y extranjeras. En lo concerniente al primero, podemos ver que el proceso expansivo comienza en el período 1880-89, en el cual la instalación de nuevos establecimientos alcanza un nivel de crecimiento del 130 % con respecto al período anterior, igual que en el lapso comprendido entre 1900 y 1909, luego del cual el proceso de instalación de nuevas firmas tiende a estabilizarse.

Sin embargo, el análisis adquiere significación cuando introducimos la variable "nación de origen de las compañías", la que nos revela que mientras que en el primer período de expansión (1880-89) las compañías extranjeras representaban el 50 % del total de las casas instaladas en el país en dicho lapso, en el siguiente (1890-99) su participación ascendió al 64,7 %, para decaer en el segundo período expansivo (1900-09) en proporciones tan alarmantes (llegando sólo a representar el 10,3 % del total de las empresas creadas en el período), que creemos enfrentarnos a un hecho no meramente coyuntural, es decir, con implicancias más profundas que las que puede indicar una simple variación estadística. En el período 1880-89, se produce la corriente más explosiva de instalación de compañías extranjeras de seguros en el país: 11 nuevas compañías. Consideramos, con Domingo Borea, que el evidente coto a su crecimiento está dado por la Ley de Patente, que instituyó el depósito en garantía de \$ 300.000 m/n. para la empresa extranjera de seguros que deseara instalarse en el país y que suscribiese pólizas contra incendios; \$ 150.000 para aquellas que efectuasen otro tipo de seguro y operasen sobre un solo riesgo, incrementando en \$ 100.000 m/n., por cada uno de los riesgos que asegurase, garantía depositada en títulos de la deuda pública ante la Caja de Conversión o en el Banco de la Nación<sup>10</sup>. A ésta, se debe agregar la "Ley de impuestos a las Compañías de Seguros", que al mismo tiempo que exige determinadas garantías al funcionamiento de estas compañías, fija un impuesto sobre las primas de los seguros que se efectúan en el país.

<sup>10</sup> BOREA, DOMINCO: *Los seguros en la República Argentina*. III Censo Nacional (1914). Volumen VIII, pág. 88.



## ***El sector servicios***

Coincidimos con Alberto B. Martínez<sup>11</sup> y el mismo Dr. Borea<sup>12</sup> en lo relacionado a la importancia del rol inversor que cumplían las compañías de Seguros extranjeras. A fin de capitalizar sus fondos orientó su inversión hacia bienes inmuebles o valores mobiliarios e hipotecarios. Es evidente que las citadas leyes limitaron este proceso, lo que da lugar a la formulación de dos hipótesis provisionales, cuya conformación dará lugar a otro trabajo:

1º) Que en sus orígenes la inversión extranjera en empresas de Seguros fue una de las tantas máscaras gestadas en el país para configurar la imagen positiva de la inversión como promotora del desarrollo y que muestra uno de los tantos aspectos de la interrelación que las variables estructurales mantienen entre sí, como puede observarse en este caso, ya que ha sido probada la instalación de sucursales de grandes compañías extranjeras, que no contaban con respaldo financiero, donde la base de su actividad era dada por el "prestigio" de la firma y los fondos de los clientes argentinos.

2º) Que las inversiones inmobiliarias y en valores realizadas por las compañías aseguradoras extranjeras en el país, eran por lo tanto potencial y activamente conflictivas con respecto a aquellos sectores nacionales interesados en la misma actividad, ya que no significaban sino operaciones realizadas con dinero de sus propios asegurados para cubrir las espaldas en casos de siniestros, convirtiendo los dividendos de dichas especulaciones, más las naturales diferencias que produce la actividad aseguradora, en ganancias puras con un doble destino: a) la casa matriz en Europa; y b) la reinversión especulativa, dada fundamentalmente a través de los bienes inmuebles (cf. el sideral incremento del valor de los bienes inmuebles en el período).

Es éste un ejemplo evidente de cómo, cuando uno de los elementos que conforman una variable coyuntural como la "expansión del sector servicios" cumple un papel conflictivo en el marco de las relaciones estructurales, puede ser limitado desde el poder político que representa y refleja ese núcleo de relaciones dominante que orienta la estructura; es decir que se produce un proceso de articulación en el cual las situaciones conflictivas o disfuncionales respecto del núcleo son reabsorbidas por el sistema, a través de medidas adoptadas por el Poder Político. Pero esto no signi-

<sup>11</sup> MARTÍNEZ ALBERTO B.: *Consideraciones sobre el Censo de los valores mobiliarios*. III Censo Nacional (1914), volumen X, pág. XXIV.

<sup>12</sup> BOREA, DOMINGO: *op. cit.*

fica decir que la expansión del renglón "Seguros" sea "disfuncional y conflictiva", con respecto al núcleo estructural, sino que por el contrario, como venimos sosteniendo, consideramos que su incremento está orientado por la estructura, tendiente a cumplir funciones de complementación.

Para probar los párrafos anteriores, hemos preparado el cuadro n° 11 que nos muestra la modificación producida entre los años 1899 y 1914, distribuida por regiones y por nacionalidad de origen de las compañías.

CUADRO 11

COMPAÑIAS DE SEGUROS — 1899 y 1916

Región	Nacionalidad	1 8 9 9			1 9 1 6			Diferencia	% Crecimiento
		% s/total reg.	Total Cías.	% sobre total	% s/total reg.	Total Cías.	% sobre total		
Cap. Federal y Pcia. Bs. Aires . . . . .	Arg.	34,3 %	12		54,6 %	41		29	211
	Ext.	65,7 %	23		45,4 %	34		11	48
	Total	100,0 %	35	97 %	100,0 %	75	65 %	40	114
Resto del país	Arg.	100,0 %	1		100,0 %	41		40	4.000
	Ext.	—	—		—	—		—	—
	Total	100,0 %	1	3 %	100,0 %	41	35 %	40	4.000
Total del país	Arg.	36,1 %	13		70,6 %	82		69	530
	Ext.	63,9 %	23		29,4 %	34		11	48
	Total	100,0 %	36	100,0 %	100,0 %	116	100 %	80	322

FUENTES: II y III Censos Nacionales (1895 y 1914).

Los resultados que el mismo refleja nos permite reafirmar lo expresado. Las compañías de Seguros en el país sufren un crecimiento del 322 % en 17 años. En el mismo lapso (1899-1916), las empresas de origen nacional se incrementan en un 530 %, mientras que las extranjeras sólo lo hacen en un 48 %.

## ***El sector servicios***

Esto configura un profundo cambio en lo que se refiere a la significación alcanzada dentro del total del rubro, por las empresas nacionales y extranjeras, ya que surge que estas últimas, que constituían el casi 64 % del total en 1899, no alcanzan al 30 % en 1916, siendo desplazadas por las empresas nacionales.

En lo que respecta a la distribución regional, es dable observar que en tanto que en 1899, la concentración en la zona de Capital Federal y Provincia de Buenos Aires, comprendía al 97 % de las empresas de seguros del país, en 1916 sólo representará el 65 %, o sea que disminuirá en un 32 % en beneficio del resto del país, que recibe un incremento estimado en un 4.000 % (una compañía en 1899 y 41 en 1916), mientras que la zona bonaerense se incrementa en un 114 %.

Así como anteriormente nos referimos al fenómeno del desplazamiento de las compañías extranjeras por las argentinas del rol hegemónico en el rubro, analizado desde la perspectiva del incremento cuantitativo de los establecimientos, podemos observar ahora un elemento más que corrobora nuestra apreciación: aún en la zona bonaerense, donde tuvieron su centro de actividad, las compañías extranjeras fueron desplazadas —en cuanto a su número— por las nacionales. De abarcar el 65,7 % de los establecimientos actuantes en la zona en 1899, pasan a concentrar el 45,4 % en 1916. Si medimos este hecho a través del nivel de crecimiento experimentado por los establecimientos de acuerdo a su nacionalidad de origen, veremos que mientras que las empresas nacionales se incrementan en un 241 %, las de origen extranjero sólo lo hacen en un 48 %, pero la diferencia se tornará aún más acentuada cuando realizamos el análisis sobre la correlación en el interior del país. En él advertimos que las empresas nacionales crecerán en un 4.000 % (el total del incremento de la región), no evidenciándose crecimiento en las extranjeras.

Queda así demostrado que a partir de 1900 se genera un extraordinario proceso de ampliación del rubro (ya veremos luego a través de qué mecanismo jurídico-financiero), cuyas principales características hasta ahora son: 1) ruptura de la polarización en la zona bonaerense; 2) desplazamiento de las compañías extranjeras por las nacionales.

Pero una vez más debemos advertir que el análisis meramente estático y cuantitativo del problema, si bien nos permite aprehender cada momento del proceso de expansión de los Seguros, no sólo no agota los aspectos realmente significativos de su génesis y desarrollo, sino que puede indu-

cirnos a serios errores de apreciación. Tal es así, que hemos resuelto introducir un elemento cualitativo de análisis, con el cual esperamos conformar una imagen más acabada del rubro. Se trata de un resumen de las actividades de las distintas compañías, al 31 de diciembre de 1913, tal como figura en el II Censo Nacional, tomo VIII, pág. 106 y siguientes.

De su análisis surge que, pese a representar sólo el 30 % de las empresas actuantes en el país, las extranjeras absorben el 39 % de las pólizas vigentes al 31 de diciembre de 1913, contando con un promedio por establecimiento considerablemente superior al de los establecimientos argentinos. También llegan a efectuar el 48 % de los seguros realizados en el país, por un valor promedio de \$ 51.690.000 por establecimiento, que duplica el de las compañías nacionales. No obstante la paridad reflejada en las actividades referidas al cobro de primas y pago de siniestros, queda evidenciada la incidencia preponderante de las empresas extranjeras. Todo esto nos permite elaborar a modo de hipótesis, conclusiones provisionales que tienden a coincidir con el fenómeno descrito en el rubro "Comercio", cuyas fundamentales características trataremos de exponer más adelante. Las mismas se orientan a puntualizar que: a) se produce en el país una expansión inusitada de los establecimientos dedicados a Seguros, que supera el 300 % en el lapso de 17 años; b) dicha expansión busca nuevas áreas, extendiéndose hacia el interior del país, rompiendo aparentemente la polarización tradicionalmente dada a nivel de los restantes sectores económicos; c) se modifica la correlación interna entre las compañías argentinas y extranjeras, ya que aquéllas pasan a predominar en número y nivel de crecimiento sobre sus competidoras; d) no obstante, son las empresas extranjeras las que continúan controlando el mercado, contando para ello no con el respaldo financiero que debiera prestarle la inversión de las casas centrales europeas, sino con aquel que —promovido por su prestigio— aporta su clientela nacional.

Este fenómeno, cuya descripción no pretendemos agotar aquí, deberá ampliarse en futuras investigaciones, enfocando el análisis de la interrelación que los factores estructurales mantienen entre sí y con relación a aspectos coyunturales. Por ahora, hemos visto cómo, en su articulación, aquellos generan nuevos procesos orientados a su complementación, aunque (como en el presente caso) surjan en ellos algunos elementos conflictivos que, pese a no alcanzar a modificar la tendencia general marcada por la estructura, denotan situaciones económicas y sociales que obligan al régimen a adoptar medidas que aseguren su cohesión interna.

### 2.3 *EL PRESUPUESTO DE GASTOS DE LA ADMINISTRACION NACIONAL.*

Otro de los aspectos del sector que hemos tomado como indicador es el referido a los gastos presupuestarios del gobierno nacional en el período que media entre 1875 y 1914 (cuadro n<sup>o</sup> 12).

Volvemos a encontrar aquí un reflejo del crecimiento que caracterizara al país en el lapso estudiado, al observar el incremento presupuestario a través de distintos períodos. Ya entre 1885 y 1894 se nota con relación al período precedente (1875-1884), un crecimiento del 35,7 %. Pero es en el lapso siguiente (el que va de 1895 a 1904), donde se evidenciará un incremento realmente significativo, que ascenderá al 91,5 %. Esto nos lleva a concluir que a partir de 1895, la Argentina trata de adecuar su marco presupuestario a las nuevas exigencias que la expansión económica le presenta. Es evidente que existe un esfuerzo orientado a modernizar el aparato estatal, creando nuevos "items" y desplazando los centros de gravedad presupuestarios, lo que tiende a apuntalar las actividades consideradas como estratégicas para dicha etapa. El período que arranca de 1905 y llega hasta 1914 así parece tender a demostrarlo, pues reitera el ritmo de incrementación, que asciende al 86,4 en relación al período anterior.

Los aspectos que resaltan como más significativos en todo el proceso de modernización visto a través del incremento presupuestario de la Nación, son:

- a) El peso gravitatorio que la atención de la deuda pública adquiere en los presupuestos de todos los períodos. Entre 1875 y 1904, su participación en el Presupuesto oscila alrededor del 30 % del total para decaer al 22 % entre 1905 y 1914. Una hipótesis que pretende explicar dicho cambio, funda su contenido en el proceso inversor que caracterizará los años posteriores al gobierno de Juárez Celman, que sufriría un desplazamiento hacia las actividades privadas complementarias, a través de las sociedades anónimas, hecho que se enlaza con un cambio de política oficial, respecto al papel del Estado como promotor de la expansión. En otras palabras, el Estado de la generación del 80 adoptando el impulso del sistema internacional emergente de la Segunda Revolución Industrial, se propone modernizar la estructura de la nación. El comercio exterior, verdadero centro nervioso de la

CUADRO 12

GASTOS EN ADMINISTRACION NACIONAL — 1875 - 1914

Ministerio o Dependencia	1875-1884	%	1885-1894	%	1895-1904	%	1905-1914	%
1. Del Interior .....	36.004.211	124	71.063.353	17,6	74.749.453	9,7	144.125.835	10,0
2. De Relaciones Exteriores ..	1.936.740	0,6	5.125.471	1,2	7.336.422	0,9	18.305.231	1,2
3. De Hacienda .....	13.701.350	4,6	21.175.283	5,3	30.724.929	4	65.769.455	46
4. Justicia, Culto e Instruc- ción Pública .....	21.136.881	7,0	35.029.249	8,7	54.311.134	7,1	176.584.466	12,2
5. De Guerra y Marina .....	62.981.252	21,1	60.512.402	15,0	112.654.859	14,6	184.700.113	12,7
6. Deuda Pública .....	92.977.487	31,1	112.875.991	28,0	244.669.890	31,6	317.594.993	22,0
7. Ejército .....	33.713.794	11,0	33.999.645	8,5	68.088.085	8,8	101.633.135	7,0
8. Marina .....	4.558.324	1,6	11.561.819	2,9	42.027.131	5,4	83.167.008	5,7
9. Congreso .....	5.764.440	2,0	6.103.212	1,6	9.928.964	1,2	18.705.513	1,3
10. Pensiones, Jubilaciones y Re- tiros .....	6.520.780	2,3	6.520.781	1,7	18.230.068	2,3	38.648.963	2,6
11. Correos y Telégrafos .....	6.944.734	2,3	14.042.754	3,4	25.281.765	3,3	64.520.416	4,4
12. Admin. de Justicia .....	3.210.431	1,3	6.003.960	1,4	12.124.560	1,7	28.305.559	2,0
13. Enseñanza, 1º, 2º y Normal	8.149.735	2,6	18.978.894	4,7	26.262.425	3,4	91.878.566	6,3
14. Min. de Obras Públicas ..	—	—	—	—	35.987.824	(1) 4,7	(3) 78.730.983	5,4
15. Min. de Agricultura .....	—	—	—	—	9.554.468	(2) 1,3	(4) 36.345.666	2,6
<b>TOTAL .....</b>	<b>297.603.152</b>	<b>—</b>	<b>403.002.814</b>	<b>—</b>	<b>771.931.977</b>	<b>—</b>	<b>1.449.016.402</b>	<b>—</b>

FUENTE: III Censo Nacional (1914).

(1) y (2): 1899-1906 — (3) y (4): 1907-1914.

## **El sector servicios**

dominación, encuentra en el país un campo de inversión prometedor (como lo encontrará en Australia, Nueva Zelandia, Sudáfrica, etc.), y decide invertir, contando para ello con los gobiernos nacionales, a los que concede amplios créditos que terminan por saturar su capacidad financiera, dada la baja productividad del sistema económico. Sin garantía suficiente, el capital extranjero busca nuevas vías de inversión, ya que al gobierno nacional se le hace imperioso abandonar su política de pionero y traslada el crédito al sector privado. Así es como vinculamos este hecho con el surgimiento de las sociedades anónimas que, entre sus tantos papeles, cumple con aligerar a la Nación el peso que significaba la atención de la deuda pública.

- b) Los esfuerzos de modernización requerían una minuciosa y persistente acción en el interior. La actividad política desplegada en el período 1885-1894, al ser analizada a través de la partida presupuestaria que corresponde al Ministerio del Interior manifiesta un ritmo desusado, no sólo en relación al período que la precede, sino también referida a los dos que la sucederán. Mientras que en el lapso en cuestión la gestión del Ministerio del Interior requería una participación del 17,6 % en el Presupuesto Nacional, en los restantes momentos sólo oscilará entre los 9,7 y 12,4 %.
- c) Justicia y Educación son dos de los ítems que van adquiriendo mayor importancia relativa hacia el último de los períodos analizados, así como Obras Públicas, todo lo cual nos brinda una imagen de la modernización del sector público que tratan de encarar los hombres de gobierno.
- d) Los rubros de la acción militar (Ministerios de Guerra, Marina y Ejército) denuncian, a través del constante decrecimiento de su participación presupuestaria, el desplazamiento que han ido sufriendo. El nivel alcanzado durante el primer período (1875-1884), que ascendiera al 21,1 % para Guerra y Marina y 11 % para Ejército, no sólo no fue superado en el resto de los períodos, sino que sufrió un ritmo constante de decrecimiento que los llevará a una participación del 12,7 % para Guerra y Marina y 7,0 % para Ejército, en el lapso que media entre 1905 y 1914. Es obvio advertir que la actividad militar no es ya para este momento, la actividad estratégica de los años 80 a 90, sino que va restringiéndose al cuidado de fronteras.

e) Prácticamente, el resto de la estructura presupuestaria mantiene sus mismas proporciones de participación durante los cuatro períodos. Las pequeñas fluctuaciones sólo pueden ser consideradas como variaciones coyunturales que no afectan ni modifican mayormente la distribución del presupuesto nacional.

## 2.4 LOS TRANSPORTES.

### 2.4.1 Los ferrocarriles.

El proceso de expansión de los ferrocarriles en la Argentina, es uno de los aspectos del período de modernización más estudiado. Trataremos entonces de no insistir sobre hipótesis de explicación que desde hace tiempo forman parte de nuestra bibliografía tradicional. Consideraremos en tal sentido bastante suficiente la mención que hace Scalabrini Ortiz de la cita de Allen Hutt en su obra *El fin de las crisis*, cuando sostiene que: “la construcción de los ferrocarriles en las colonias y países poco desarrollados, no persigue el mismo fin que en Inglaterra, es decir, que no son parte —y una parte esencial— de un proceso general de industrialización. Estos ferrocarriles se emprenden simplemente para abrir esas regiones como fuentes de productos alimenticios y materias primas, tanto vegetales como animales. No para apresurar el desarrollo social por un estímulo a las industrias locales. En realidad, la construcción de ferrocarriles coloniales y de países subordinados es una muestra del imperialismo, en su papel anti-progresista que es su esencia”<sup>13</sup>.

Hay una correlación ajustada entre los intereses de los sectores inversores y aquellos que guían los actos de gobierno de las clases dirigentes. Como dice Ortiz, la influencia es obviamente recíproca. El ferrocarril tiene dos objetivos: 1) buscar primero carne y luego cereales. Para ello deberá llegar hasta el punto que le permita satisfacer dichas necesidades. 2) Expandir todo el sistema productivo y de comercialización de la gran metrópoli; impidiendo el desarrollo de la industria manufacturera con la que financian nuestro abastecimiento: el producto nacional atenta contra las ganancias de una industria inglesa, de la compañía naviera que realiza el transporte de ultramar y de los ferrocarriles.

<sup>13</sup> SCALABRINI ORTIZ, RAÚL: *Política británica en el Río de la Plata*. Ed. Fernández Blanco, Buenos Aires, 1957, pág. 233.



## ***El sector servicios***

Así se da el encuentro, naturalmente, entre los contenidos que caracterizan a un tradicional sistema productivo (el régimen de tenencia de la tierra en que se apoya la presencia hegemónica de la burguesía terrateniente, como única clase "para sí" —con conciencia de tal— desarrollando su estrategia a través de una ideología liberal adecuada al nuevo orden, nucleada en Buenos Aires, de espaldas al país) y su centro de dominación internacional, con su sistema de intercambio comercial y las actividades que habrán de complementarlo, como el ferrocarril.

Nuestras clases dirigentes no pretendían más que aquello que se les requería; sus objetivos eran concretos e inmediatos: incrementar la producción agrícola ganadera para adecuarse a la nueva demanda. El ferrocarril hizo el resto, ahogando todo intento de desarrollo industrial que pudiera surgir en el interior. Juan Alvarez lo expresó en 1919: "Estos ferrocarriles, enemigos natos del puerto del interior que podría abreviar sus kilometrajes, crean tarifas de competencia para quitarles cargas y cerrar espacio a los buques de ultramar", desnudando así el mecanismo a través del cual se materializa la dominación del ferrocarril sobre la economía nacional: las tarifas de transportes.

Como podrá observarse en el cuadro n<sup>o</sup> 13 es precisamente este aspecto de la expansión de actividades del ferrocarril (la carga), el que expresa un mayor nivel de crecimiento. Entre 1880 y 1900, el transporte de carga se incrementó en un 1.545 %. Para ello fue necesario expandir la extensión de las vías férreas en un 624,9 % con respecto a 1880 e invertir un 774,5 % más de capitales que los que en dicha fecha representaban el total de la inversión.

Como consecuencia inmediata de esta acción, surgió la incentivación de los viajes por tren, en un 574 % y por ende, la ganancia en pesos oro se incrementó en casi un 400 %.

Es importante reintroducir aquí los elementos analizados en el punto 1.1.2, cuando medimos la orientación de la inversión extranjera en el país, así como adelantar algunos datos referidos a las sociedades anónimas.

A través de ellos<sup>14</sup> veremos que aproximadamente un tercio de la inversión extranjera en el país (de la cual Gran Bretaña representa el 80 %), se orienta hacia el ferrocarril.

<sup>14</sup> CEPAL: *El desarrollo económico argentino*. Chile, 1958, pág. 259.

WILLIAMS, JOHN H.: *El comercio internacional argentino en un régimen de papel moneda inconvertible. 1880-1900*. Cambridge, Mass., 1920. H. U. Press.

CUADRO 13

EVOLUCION DE LOS FERROCARRILES ARGENTINOS — 1880 - 1914

	1 8 8 0			1 9 0 0			1 9 1 4			Difer. c/1900	% sum.
	Monto			Monto	Diferencia	% aumento	Monto	Difer. c/1880	% aumento		
Ext. en Km. vías	2.313	16.767	14.454	624,9	34.534	32.321	1.460,5	17.767	106		
Capital (\$ oro) . .	62.964.486	551.515.980	488.551.494	774,6	1.434.724.576	1.371.760.090	2.177,3	883.208.596	160		
Pasajeros transp.	2.751.570	18.296.422	15.544.852	574,0	75.386.228	72.634.658	2.690,0	57.089.806	317		
Tonelad. de carga	772.717	12.659.831	11.887.114	1.545,4	34.561.520	33.788.803	4.388,1	21.901.689	168		
Ganancia (\$ oro)	3.488.232	17.324.264	13.836.032	395,1	36.352.752	32.864.520	939,0	19.028.488	112		

## **El sector servicios**

En el cuadro n<sup>o</sup> 19, donde se analizan las actividades mobiliarias, advertimos que los capitales de las empresas ferroviarias son aportados en un 40 % por sociedades anónimas y que dentro de éstas, representa el 31 % del total de los capitales invertidos en el país.

Con relación al sector servicios, que absorbe el 83 % de las inversiones realizadas por sociedades anónimas, los ferrocarriles representan el 40 %, todo lo cual configura una imagen clara de la importancia que el sistema de comunicación ferroviaria tiene para la inversión extranjera.

Estas indicaciones sirven para explicar el inusitado despliegue de las actividades de las empresas ferroviarias que se visualizan en 1900 y con mayor amplitud aún en 1914. Si tomamos esta fecha como centro de análisis y la comparamos con el punto de partida de 1880, tendremos un reflejo fiel de lo transcurrido en los 34 años más activos de la vida económica nacional. Ampliando la red vial en un 1.460 % y los capitales en un 2.177 % con respecto a 1880, las empresas ferrocarrileras expandieron hacia 1914 su capacidad de transporte de carga y de pasajeros en un 4.388 % y 2.690 % respectivamente, acrecentando sus ganancias en pesos oro en casi un 940 %.

Resulta obvio señalar que estos niveles de crecimiento son excesivamente magnificados por el descapitalizado punto de partida que se ha escogido. Tal es así que volvemos a retomar el nivel que a través de todo este trabajo se ha venido reiterando, en el período 1900-1914, donde se advierte que un incremento del 160 % en la capitalización de las empresas, aunado a una ampliación de la red vial en más del 100 % con relación a 1900, traen como consecuencia la extensión del servicio de transporte de pasajeros y de carga en un 317 % y un 168% respectivamente, lo que implicará un aumento de las ganancias en pesos oro superior al 110 %.

Podemos sostener, a manera de conclusión provisoria, que:

- a) El centro de la inversión extranjera recae sobre el sistema ferroviario con el objetivo de crear las bases de expansión del comercio internacional, obteniendo un índice de capitalización y de ganancia elevado.
- b) La incorporación de nuevas áreas productivas al sistema internacional implica además la apertura de nuevos mercados, los que en virtud de su creciente giro interno, se convierten en cen-

tros consumidores de manufacturas. Por otra parte, la demanda de éstas se ve diversificada por la presencia en el mercado de una gran masa inmigratoria cuyas pautas de consumo aceleran la necesidad de la importación. El papel del ferrocarril en este proceso es asumido, como lo sostuviera Juan Alvarez, a través del trazado de la red vial y del sistema tarifario, que son los pivots sobre los que se apoyará la acción de las empresas, destinada a: 1) incorporar nuevas áreas; 2) promover determinados sectores productivos destinados a la exportación; 3) desalentar la actividad industrial del interior; 4) desarticular el sistema de transportes ligado a la industria artesanal; 5) promover un desarrollo de la actividad de la industria transformadora (ingenios azucareros, molinos harineros, establecimientos vitivinícolas, frigoríficos, etc.), complementaria de la producción agrícola-ganadera, desarrollo en el que no solo volcará el sistema ferroviario sino también sus capitales; 6) acentuar la polarización en la zona litoral y el puerto de Buenos Aires, convirtiendo a éste en el centro exportador-importador por excelencia, en la llave maestra que regulará toda la vida económica del país, aportando o restringiendo beneficios sobre el interior, promoviendo o ahogando sus actividades, en la medida en que convenga al sistema de comercio internacional.

- c) Surgirá, como consecuencia de ello, un período de alta expansión para las empresas ferrocarrileras, donde la inversión en equipos y ampliación de la extensión de líneas buscará abarcar un mayor número de áreas, cumpliendo con el objetivo de incrementar la carga y por ende, encontraremos que entre 1900 y 1905 (en sólo cinco años) la exportación se duplicará, pasando de \$ 154 millones a \$ 322 millones. Consideramos que debemos centrar en este aspecto todo el proceso expansivo que se da en la economía nacional y en el sector económico que estamos analizando. El salto que se advierte en 1905 tiene su disparador en la inversión ferrocarrilera que al ampliar sus servicios logra un incremento de carga superior al 1.500 % respecto a 1880. De la expansión del comercio internacional surgirán consecuencias económicas de trascendencia para el resto del sector servicios, especialmente en lo que respecta al comercio, la banca, los seguros, etc., o sea en lo que se relaciona con la articulación complementaria de todos los servicios que apoyan la actividad productiva de las clases hegemónicas y el sistema de comercio internacional.

## ***El sector servicios***

### ***2.4.2 Las compañías de tranvías.***

La aparición del transporte tranviario de pasajeros en la Argentina estuvo ligada en sus inicios a las actividades del ferrocarril. Antes de 1870 tres compañías ferroviarias mantenían sus servicios de transportes tranviarios en Buenos Aires hasta las instalaciones centrales de las estaciones de ferrocarril. La actividad tranviaria era así de complementariedad de la ferroviaria. "Sólo en 1870 se fundó una compañía de tranvías que tenía la única finalidad de prestar un servicio de transporte en Buenos Aires"<sup>15</sup>. Su pionero, Mr. Drabble, vaticinó grandes beneficios para las empresas. Y en realidad, no se equivocó. La Compañía de Tranvías Ciudad de Buenos Aires, a la que más tarde se le agregó la Compañía Nacional de Tranvías, entre aciertos y errores, dieron las bases del sistema de transporte que en pocos años tuvo un acelerado crecimiento.

En el cuadro n° 14, hemos volcado los resultados de los censos de 1895 y 1914, donde se pueden advertir fenómenos de polarización altamente demostrativos del grado de complementariedad que caracteriza al servicio tranviario. Ya en 1895, el 72 % de las compañías estaban establecidas en el litoral (Capital Federal, Pcia. de Buenos Aires y Santa Fe), tendencia que se acentúa para 1914, cuando encontramos al 77 % de las empresas prestando sus servicios en la misma región. Si bien en lo que respecta al número de compañías se ha observado una disminución, consideramos que la dimensión de los servicios que prestan y la alta capitalización con la que se desenvuelven sufren un cambio cualitativo. Tal es así que duplica la extensión de líneas y se triplica el número de coches en servicio entre uno y otro período. Pese a la disminución de empresas, el transporte de pasajeros se incrementa en un 442 % pasando de transportar 88 millones de personas en 1895 a 477 millones en 1914.

Como podrá advertirse, la renovación de equipos y la capitalización correspondiente puede medirse tomando como datos el número de caballos y de coches que son utilizados en uno y otro año. De los 10.017 caballos encargados de la tracción en 1895, sólo quedarán 658 en 1914, un porcentaje elevado de los cuales el 32 % se encuentra en el interior del país. Por el contrario, los 1.385 coches utilizados en 1895 se transforman en casi 4.000 para 1914. Otro elemento importante nos es aportado por el personal empleado en las distintas empresas tranviarias, ya que los 4.583

<sup>15</sup> FERNS, H. S.: *Gran Bretaña y la Argentina en el Siglo XIX*. Solar-Hachette, Bs. As., 1ra. edic. 1966, pág. 357.

CUADRO 14

COMPANIAS DE TRANVIAS — CENSOS 1895 - 1914

Censo (Años)	Región	Nº de Cías.	Ext. líneas Km	P e r s o n a l			Nº de caballos	Nº de coches	Nº pasajeros trasladados
				Arg.	Ext.	Total			
1895	Capital Federal, Buenos Aires y Santa Fe	28 (72 %)	654 (88 %)	1.164 (87 %)	3.173 (98 %)	4.337 (95 %)	9.527 (95 %)	1.299 (94 %)	85.517.127 (96 %)
	Resto del país	11 (18 %)	86 (12 %)	186 (13 %)	60 (2 %)	246 (5 %)	490 (5 %)	86 (6 %)	2.789.739 (4 %)
	<b>TOTAL</b>	<b>39</b> (100 %)	<b>740</b> (100 %)	<b>1.350</b> (100 %)	<b>3.233</b> (100 %)	<b>4.583</b> (100 %)	<b>10.017</b> (100 %)	<b>1.385</b> (100 %)	<b>88.306.866</b> (100 %)
1914	Capital Federal, Buenos Aires y Santa Fe	23 (77 %)	1.133 (90 %)	2.187 (88 %)	11.505 (99 %)	13.692 (96 %)	410 (62 %)	3.834 (97 %)	467.304.309 (98 %)
	Resto del país	7 (13 %)	117 (10 %)	320 (12 %)	157 (1 %)	477 (4 %)	168 (38 %)	130 (3 %)	10.412.222 (2 %)
	<b>TOTAL</b>	<b>30</b> (100 %)	<b>1.250</b> (100 %)	<b>2.507</b> (100 %)	<b>11.662</b> (100 %)	<b>14.169</b> (100 %)	<b>658</b> (100 %)	<b>3.964</b> (100 %)	<b>477.716.531</b> (100 %)

## ***El sector servicios***

empleados de 1895, se elevan a 14.169 en 1914, casi 10.000 empleados más en 20 años. De ellos, se advierte que la mayor proporción del incremento recae sobre los empleados extranjeros, que crecen en un 266 % en dicho lapso, en tanto que los de nacionalidad argentina sólo llegan al 92 %.

Conviene insistir que a través del análisis de todas estas variables, se concluye que el fenómeno de polarización tiende a enfatizarse, adquiriendo similares y hasta superiores valores en la mayoría de los casos, que los que surgían en 1895. Una media nos permitiría deducir que alrededor del 92 % de los distintos aspectos que caracterizan al servicio se nucleaban en la región. Este, al abrigo del crecimiento de las poblaciones urbanas en la zona.

Precisamente, en el cuadro nº 15, hemos pretendido realizar un análisis más pormenorizado del proceso de extensión del servicio en la región litoraleña. De las 28 compañías que funcionaban en la zona para 1895, 17 o sea el 61 %, eran nacionales. En 1914 éstas se ven reducidas a 15, pero su participación sobre el total se eleva al 66 %. En este último año puede advertirse un hecho de suma importancia, como lo es el del desplazamiento de las empresas extranjeras (o su desaparición) hacia un nuevo tipo de explotación (empresas mixtas, de capitales nacionales y extranjeros). De las 11 compañías extranjeras que funcionaban en 1895 y que representaban el 39 % del total, sólo encontraremos 4 en 1914 (representando sólo el 17 % del total). Las 4 empresas mixtas, pese a tener una participación reducida (17 %), absorben en 1914 el 63 % de la extensión de líneas tranviarias, en tanto que las compañías restantes (que representan el 83 % del total) sólo contarán con el 36 % de la red vial trazada en ese momento. El mismo tipo de proceso advertimos en lo relacionado a la dotación de coches de cada empresa. En tanto que en 1895 las compañías extranjeras poseían el 85 % de los coches en servicio, en 1914, aunadas con las nacionales, sólo contarán con el 25 %, poseyendo en cambio las empresas mixtas el 75 % restante.

Si continuamos con el análisis, veremos que similares características reúnen aspectos como "Capitales" de las empresas y "Nº de pasajeros transportados". Es decir que en la explotación del servicio tranviario se evidencia una transferencia hacia un nuevo sector, cuya composición podremos descubrir incorporando oportunamente la participación de las Sociedades Anónimas al análisis. Provisoriamente, diremos que ciertas compañías originalmente nacionales y extranjeras que sufren un alto grado de capitalización y de tecnificación, cambian respecto al sistema





## ***El sector servicios***

de explotación. Para aclarar esto, debemos demostrar que las empresas que no se alteran en cuanto a su propiedad, aparentemente no se modernizan en la misma medida que las restantes. Utilizaremos para ello dos indicadores: nacionalidad del personal empleado y número de caballos utilizados. Podremos advertir entonces que mientras que en 1895 las empresas argentinas empleaban al 40 % de todo el personal argentino que prestaba servicios en el sector, en 1914 absorberá al 58 % del total de la mano de obra argentina. Por otra parte, mientras que en 1895 utilizaban el 25 % de los caballos que realizaban la tracción del servicio, en 1914 todavía mantendrán el 80 % de la dotación equina utilizada en la tracción de los coches tranviarios. Estos dos elementos significan claramente el grado de tecnificación de las empresas nacionales que funcionaban en el sector: la mano de obra nacional, no calificada, estaba compuesta principalmente por corneteros, cuarteadores, mayoresales, etc., especializados en el manejo de los tradicionales tranvías a caballo. La presencia de éstos en la proporción consignada refuerza la imagen. Por otra parte, las 4 empresas mixtas que incorporarán los primeros tranvías eléctricos, emplearán en 1914 al 77 % de la mano de obra extranjera que trabaja en el sector concentrando el 80 % de los capitales totales del servicio y el 86 % de los pasajeros transportados.

Nos queda planteado así otro de los interrogantes que nos hemos formulado en relación a la expansión del sector servicios y comercio: si las empresas argentinas y extranjeras, nominalmente, no son las encargadas de promover la extensión de los servicios, ¿a través de qué sistema financiero se dará la modernización del sector? Ya hemos adelantado una respuesta, que esperamos ampliar en otra oportunidad.

### ***2.5 CENTROS Y SERVICIOS SOCIALES: LAS SOCIEDADES DE SOCORROS MUTUOS.***

Hemos querido cerrar el análisis de algunos aspectos de la expansión del sector servicios, con una referencia a instituciones de índole social, a fin de determinar su grado de participación en el proceso de modernización. Escogimos para ello a las Sociedades de Socorros Mutuos por considerarlas unas de las más extensivas y representativas de las que funcionaban en el país en el período y en las que se cristalizan las primeras formas de solidaridad social que acompañan el proceso de urbanización.

## CUADRO 16

## CENSO DE SOCIEDADES DE SOCORROS MUTUOS 1895-1914

Regiones	1 8 9 5					1 9 1 4				
	Nº so- cied.	%	Nº de socios	%	Pr. soc /socios	Nº so- cied.	%	Nº de socios	%	Pr. soc. /socios
Cap. Fed., Bs. As., Sta. Fe .....	415	81	152.170	92	366,6	910	76	460.016	90	505,5
Resto del país .....	96	19	12.891	8	134,2	292	24	47.621	10	163,0
TOTAL..	511	100	165.061	100	323,0	1.202	100	507.637	100	414,0

Como lo demuestra el cuadro n° 16, en los veinte años que separan ambos censos el número de sociedades mutuales se duplica, pasando de 511 en 1895 a 1.202 en 1914. Paralelamente, se advierte un creciente ritmo de afiliación que alcanza al 214 %, ya que mientras que en 1895 las sociedades amparaban a 165.061 afiliados, en 1914 reciben el aporte de 507.637 individuos. Esto determina que el promedio de afiliados por sociedad se acreciente en 91 miembros, teniendo en consideración los 323 adherentes de promedio que contaba cada sociedad en 1895, a los 414 que comprendía en 1914.

En lo que respecta a la incidencia regional de la mutualización, no encontramos diferencias notables en comparación con otros sectores. En 1895 el 81 % de las sociedades con el 92 % de los afiliados se concentraban en la zona Este de Capital Federal, provincias de Buenos Aires y Santa Fe. Sólo 96 entidades con 12.891 socios, que representaban el 19 % y el 8 % respectivamente del total del país, se hallaban en el interior de la república. Para 1914, pareciera advertirse una leve tendencia a la descentralización de los servicios ya que la concentración del litoral disminuye proporcionalmente al 76 % del total de las sociedades y al 90 % de los afiliados, distribuyéndose en el interior el 24 % de las entidades restantes y el 10 % de los socios del país. Es dable advertir, por otra parte, que el nivel de crecimiento del promedio de socios por insti-

## El sector servicios

tución se eleva en la zona litoraleña al 37 % alcanzando en cambio en el interior del país sólo al 21 %.

Es necesario convenir que el grado de expansión de los servicios mutuales no sólo no guarda una relación directa con el crecimiento observado en otros sectores, sino que la índole misma de su actividad no lo vincula al proceso inversor que desata el desarrollo en los restantes aspectos de los servicios. Sólo como consecuencia de uno de los elementos que componen la modernización: la inmigración y la concentración urbana, puede explicarse la complementariedad de este tipo de instituciones sociales. Las necesidades de la vida urbana y la experiencia mutualista de los contingentes inmigratorios serán los disparadores de este proceso, hasta el punto de que las instituciones más representativas sean aquellas que surgen de las distintas colectividades extranjeras y círculos obreros afincados en el país con una capitalización y amplitud de servicios adecuado a cada grupo social amparado (ver cuadro n° 17).

### CUADRO 17

#### SOCIEDADES DE SOCORROS MUTUOS

##### CLASIFICACION SEGUN NACIONALIDAD MAYORIA SOCIOS — CENSO 1914

Nacionalidad	Nº de sociedades	Nº de socios	Capital social
Argentinos .....	172	65.188	5.398.939
Extranjeros .....	1.030	442.449	27.816.096
TOTAL .....	1.202	507.637	33.215.035

Pero es precisamente este hecho el que le confiere al rubro especiales características, como puede apreciarse en el cuadro n° 18, organizado con el mismo criterio que el utilizado en la elaboración de los cuadros nros. 8 y 9, el 75 % de dichas sociedades de acuerdo a su clasificación por dimensión económica, deben ser consideradas como pequeñas, en tanto que sólo el 19 % (45) de los centros reúne condiciones que nos

permiten considerarlos como grandes, o sea con \$ 150.000 m/n de capital y más de 1.000 socios o más de \$ 50.000 de capital social y más de 10.000 socios.

CUADRO 18

DIMENSION DE LAS SOCIEDADES DE SOCORROS MUTUOS  
CAPITAL FEDERAL — CENSO DE 1914

D i m e n s i ó n	Nº de sociedades	%
Pequeñas .....	184	75 %
Medianas .....	15	6 %
Grandes .....	45	19 %
TOTAL .....	244	100 %

3. EL PAPEL DE LAS SOCIEDADES ANÓNIMAS EN EL PROCESO DE EXPANSIÓN

Para 1880, la ideología de la clase dirigente del país estaba ya preparada para admitir y promover la modernización. Emilio Mitre lo reafirmará más tarde: "No puede haber en la economía de una nación fenómeno más interesante por sus consecuencias benéficas, que la introducción de capitales del exterior para ser aplicados en su territorio a obras de progreso". Es basándose en esta concepción que Ferns sostendrá (op. cit., pág. 487): "los intereses que dominaban en la Argentina buscaron en primera instancia a capitalistas extranjeros; no fueron los capitales extranjeros los que invadieron la República Argentina", como pretendiendo ignorar el momento de expansión del sistema capitalista inglés que sucedió a la segunda revolución industrial.<sup>16</sup> Tampoco suenan como convincentes las frases que el mismo Ferns dedica a nuestra oligarquía,

<sup>16</sup> FURTADO, CELSO: *Desarrollo y Subdesarrollo*. EUDEBA, Buenos Aires, 1964, cap. IV, pág. 159.

## *El sector servicios*

haciéndole el cargo de haberse reservado la mayor tajada de los beneficios aparejados por la modernización (pág. 287). Nuestra ingenuidad no llega a tanto. Admitimos el “legado” de nuestros mayores pero con la humildad que nos caracteriza, sólo le asignaremos el rol de “socios menores”, en la gran empresa.

A los “civilizadores” les concederemos el mayor mérito y —por supuesto— también los mayores beneficios.

Pese a esta discusión, Alberto B. Martínez<sup>17</sup> sostendrá que el papel más importante en el proceso expansivo “lo cumplen las sociedades anónimas, que constituyen ‘la gran palanca de los tiempos modernos’, porque sin ellas no se habrían podido llevar a cabo todas las obras que han transformado fundamentalmente las bases económicas en que descansa la sociedad contemporánea”. Sin embargo, para compatibilizar las apreciaciones de Ferns y Martínez es necesario admitir que el impacto de la sociedad anónima sólo alcanza significación en el país en lo que podríamos nominar como segundo momento del proceso de modernización o sea el que va de 1905 a 1914, diferenciándolo de la gestión económica desplegada por la banca inglesa, a través de empréstitos e inversiones directas en el lapso 1880-1900. Es importante hacer esta referencia, dado que la orientación de las sociedades anónimas será la que determinará el ritmo y dirección de todo el proceso económico.

Si en Europa, su momento de mayor incidencia está signado por la necesidad de una tecnificación tendiente a abaratar los costos de producción de la actividad industrial, y surge desplazando la propiedad nominal como forma de aportar el capital básico indispensable para dicho desenvolvimiento, ¿cuál será el papel que jugará en los países nuevos, de baja capitalización y pobre nivel de tecnificación?

Para intentar medir esta incidencia tomaremos el III Censo Nacional, de donde surgen las distintas etapas de creación de las sociedades anónimas en el país<sup>18</sup>. Las 34 sociedades creadas hasta 1879 se convierten veinte años más tarde en 131, es decir que en dicho lapso se crearon 97 nuevas sociedades, lo que comparativamente significa un 185 % más que en el período anterior. Las compañías de seguros ocupaban en 1879 el lugar hegemónico entre las sociedades anónimas fundadas hasta esa

<sup>17</sup> MARTÍNEZ, ALBERTO B.: *Consideraciones sobre el censo de los valores mobiliarios*. III Censo Nacional, Tomo X, pág. IX.

<sup>18</sup> III Censo Nacional. Volumen X, págs. 2 a 41.

fecha, con 18 establecimientos, lo que equivalía al 53 % del total creado en el período. Dijimos que entre 1880 y 1899 se instalaron 97 nuevas sociedades anónimas. En este segundo momento del proceso de instalación que estamos analizando, aparecen asumiendo un rol preeminente rubros como "Agricultura y ganadería", con 19 sociedades y "Bancos" con 15 establecimientos, a los cuales se agregan los seguros, con 14 entidades. Puede advertirse ya cuál es la tendencia que marca las sociedades anónimas en relación a los que aparecen como rubros estratégicos para la inversión.

Pero es realmente en el lapso que va entre 1900 y 1914 donde la creación de nuevas sociedades anónimas adquiere el carácter propulsor que servirá para definir el período. En este interín se crean 568 nuevas compañías lo que representa un 485 % más que en la etapa anterior. Los Préstamos y Construcciones, Agricultura y Ganadería, Bancos y Seguros, son los rubros que reciben los aportes más importantes. Pero aparecen varios más, como Industrias varias, Electricidad y Gas, Comercios varios y compra-venta de inmuebles, etc., que son promovidos por la ola inversora.

Hemos mostrado así que la significación del proceso inversor volcado en el país a través de las sociedades anónimas recién alcanzará sus reales contenidos a partir de 1900.

En el cuadro n<sup>o</sup> 19 tratamos de organizar los datos disponibles por sectores de la producción, a fin de medir la incidencia que sobre ellos tienen las sociedades anónimas.

Surge allí que el sector de los servicios y comercio es el destinatario principal de la nueva corriente de inversión, ya que reúne el 55,1 % de las sociedades constituidas y el 83,2 % de los capitales invertidos en este tipo de actividad económica. El sector extractivo lo sigue en importancia, con el 14,7 % de las sociedades existentes y el 4,7 % de sus capitales, reuniendo el sector de transformación y manufactura sólo el 12 % de las asociaciones y el 6,9 % de los capitales. El análisis interno de la incidencia de las sociedades anónimas sobre cada sector arroja los siguientes resultados:

CADRO 19

SOCIEDADES ANONIMAS

Sector Primario	Nº de sociedades	% sobre total sector	Capital emitido	% sobre total sector	% del sector s/total
10. Explot. forestales .....	14	13,5	34.682.327	17,7	
11. Agricultura y Ganadería	82	78,8	147.353.550	76,6	
21. Minas y canteras .....	8	7,7	10.868.083	5,7	
<b>Total del Sector .....</b>	<b>104</b>	<b>100,0</b>	<b>192.903.960</b>	<b>100,0</b>	<b>4,7</b>
% sobre el total gral. ..		14,7			
<u>Sector Secundario</u>					
9. Industria Azucarera ...	12	14,4	58.197.270	20,3	
12. Soc. Vitivinícolas .....	8	9,6	31.602.000	11,1	
14. Frigoríficos .....	11	13,0	81.244.041	28,3	
15. Molinos de harina .....	9	10,7	6.778.000	2,3	
17. Ind. lechera y deriv. ..	9	10,7	11.088.532	3,9	
18. Cerveza, bebidas, hielo..	14	16,7	43.006.446	15,0	
25. Tabacos y cigarrillos ...	7	8,3	10.338.100	3,7	
26. Metalurgia .....	5	6,0	23.688.000	8,3	
27. Fab. bolsas, lonas, alpar.	5	6,0	6.352.000	2,2	
28. Elaborac. de fósforos ..	2	2,3	5.260.000	1,8	
31. Fabricación de papel ..	2	2,3	8.752.400	3,1	
<b>Total del Sector .....</b>	<b>84</b>	<b>100,0</b>	<b>286.306.789</b>	<b>100,0</b>	<b>6,9</b>
% sobre el total gral. ..		12,0			
<u>Sector Terciario</u>					
1. Bancos .....	69	17,8	682.921.559	20,0	
2. Préstamos y construc. ..	87	22,4	520.427.136	15,1	
3. Compra-venta muebles..	24	6,1	45.730.600	1,3	
4. Seguros .....	71	18,3	296.903.282	8,6	
5. Importac. Exportación	30	7,7	30.337.491	0,8	
6. Tranvías .....	7	1,8	232.795.455	6,7	
7. Ferrocarriles .....	11	2,8	1.377.694.212	40,2	
8. Transporte .....	4	1,0	5.740.000	0,1	
13. Consumos .....	14	3,5	10.375.802	0,3	
15. Mercados .....	9	2,3	18.889.929	0,4	
19. Navegación .....	8	2,0	45.090.500	1,2	
20. Teléf., telégr., radiotel. ..	9	2,3	52.856.380	1,1	
22. Electricidad y Gas ....	30	7,7	100.786.358	2,8	
23. Obras de riego .....	8	2,0	8.759.723	0,2	
24. Sanatorios .....	1	0,3	1.194.000	—	
29. Puertos .....	2	0,5	20.425.000	0,5	
30. Aguas corr. y aguas hidr.	6	1,5	15.422.400	0,4	
<b>Total del Sector .....</b>	<b>390</b>	<b>100,0</b>	<b>3.466.349.827</b>	<b>100,0</b>	<b>83,2</b>
% sobre el total gral. ..		55,1			
Varios .....	129	18,2	216.966.134	—	5,2
<b>TOTAL GENERAL .....</b>	<b>707</b>	<b>100,0</b>	<b>4.162.526.710</b>	<b>—</b>	<b>100,0</b>

FUENTE: III Censo Nacional (1914).

### 3.1 *IMPACTO DE LAS SOCIEDADES ANÓNIMAS SOBRE LOS DISTINTOS SECTORES PRODUCTIVOS.*

#### 3.1.1 *El sector extractivo.*

Habíamos visto que el sector extractivo reunía el 14,7 % de los establecimientos y el 4,7 % de los capitales totales invertidos en S. A.; de ellos, la actividad agrícola-ganadera será la que recibirá el mayor aporte, absorbiendo el 78,8 % de las sociedades y el 76,6 % de los capitales correspondientes al total del sector. Las explotaciones forestales y mineras se reparten el resto. Es obvio que la orientación de la inversión en el sector favorece a la actividad tradicionalmente exportadora, intentando incorporar, a través de su capitalización, nuevos elementos de modernización de la producción. Por otra parte, trataremos de dar una imagen coherente de la homogeneidad que muestra a la investigación todo el sistema de complementación que monta la actividad inversora, tejiendo una trama económica totalmente articulada, cuyo principal destino le es dado por la exportación y por la implementación de los distintos sectores que ésta requiere.

#### 3.1.2 *El sector de transformación y manufacturero.*

Lo dicho anteriormente obtiene un elemento más de confirmación cuando accedemos al análisis del sector transformador. La tendencia que ya fuera observada por Dorfmann en su trabajo sobre la "Evolución de la Economía Argentina" vuelve a aparecer: los rubros industriales que reciben en mayor cantidad el aporte inversor que posibilitará su desarrollo son aquellos ligados a la actividad extractiva: los frigoríficos, que reúnen el 13 % de las sociedades y el 28,3 % de los capitales del sector; la industria azucarera, con el 14,4 % de los establecimientos y el 20,3 % de los capitales del sector; la industria cervecera, con el 16,7 % de las empresas y el 15 % de los capitales, etc.; en síntesis, actividades industriales complementarias de la producción extractiva, afuncionales con respecto a un proceso de desarrollo, pues tienen marcos estrechos de tecnificación y requerimientos de mano de obra no calificada, hechos que —como es fácil suponer— no son precisamente un estímulo para el desarrollo de una industria básica y una ampliación de la educación a los sectores populares, y que caracterizan, por otra parte, a las economías dependientes.



## ***El sector servicios***

### ***3.1.3 El sector de servicios y comercio.***

Hemos visto que la inversión en el sector representa el 83,2 % del total realizado en sociedades anónimas. Los \$ 3.466 millones que mueven al sector servicios superan en un 398 % al total de las inversiones en los restantes sectores. Cuatro rubros: Bancos, Préstamos y Construcciones, Seguros y Ferrocarriles, conforman el nudo estratégico que nuclea al 61,3 % de las sociedades del sector (34 % del total de establecimientos sujetos al régimen de sociedades anónimas del país) y el 84 % de los capitales (70 % del total de capitales invertidos en este tipo de empresas). Puede advertirse entonces la concentración de la inversión y su carácter de complementariedad, al consignar los sectores estratégicos.

## ***3.2 INCIDENCIA DE LAS SOCIEDADES ANÓNIMAS SOBRE LOS RUBROS ESTRATÉGICOS DEL SECTOR SERVICIOS Y COMERCIO.***

### ***3.2.1 Bancos.***

Los 69 establecimientos bancarios que denuncia el censo de 1914, no comprenden a la totalidad de los que funcionan en el país, sino que es necesario suponer la presencia de un gran número de instituciones con capitales de origen extranjero que escapan a los alcances del Censo por no estar inscriptas en el Registro General de Comercio como Sociedades Anónimas<sup>19</sup>, por lo que se presenta como difícil medir el real impacto de las mismas sobre el rubro. A esta dificultad debe sumársele otra de mayor trascendencia, que ya fuera expuesta oportunamente: que los bancos de origen extranjero realizan proporcionalmente una reducida radicación de capital, lo que determina que sus operaciones se efectúen fundamentalmente con capitales aportados por clientes nacionales.

No obstante, podríamos puntualizar algunos aspectos que hacen a la importancia alcanzada por el mercado financiero a través de las sociedades anónimas, que lo lleva a convertirse en el segundo en importancia dentro del sector.

En primer lugar es necesario consignar que el rubro participa con un 20 % sobre el total del capital del sector, integrados por 69 estableci-

<sup>19</sup> MARTÍNEZ, ALBERTO B.: Op. cit., pág. XIX.

mientos que representan el 17,8 % del total del sector, de los cuales 57 o sea el 83 % contaba con capitales de origen nacional. De estos establecimientos, el 75 % estaba concentrado en la zona de Capital Federal, provincias de Buenos Aires y Santa Fe, lo que nos indica el tipo de actividad a la que orientaban sus objetivos<sup>20</sup>.

Y por último, será importante puntualizar el enorme incremento que se advierte en las operaciones bancarias con posterioridad a 1905, fecha en que comienza a visualizarse el momento de mayor incidencia de las Sociedades Anónimas.

### 3.2.2 *Préstamos y Construcciones.*

Tercero en importancia dentro del sector, los 87 establecimientos del rubro representan el 22,1 % y sus 520 millones de pesos papel, el 15,1 % sobre el total del sector. Es necesario consignar que de los 87 establecimientos, 50, o sea el 57 %, son extranjeros y participan con un capital de 342 millones de pesos papel, que constituyen el 65 % del capital total del rubro. Es importante la observación que al respecto hace Alberto B. Martínez en el trabajo ya citado, cuando observa que este capital no concuerda con la investigación que llevó a cabo una comisión especial del Poder Ejecutivo Nacional en 1915, cuyos resultados hacen elevar el capital de las empresas extranjeras a \$ 1.136.399.914 pesos papel.

Lo expuesto basta ya para darnos una imagen de la incidencia de las sociedades anónimas sobre el rubro. El alto grado de inversión extranjera en préstamos hipotecarios y para la construcción está dado por el elevado interés que deparaba este tipo de operaciones y por la sólida garantía sobre la cual se otorgaba el préstamo. Sus consecuencias, si bien en algunos aspectos sirvieron para capitalizar la producción, en la generalidad de los casos determinaron una tremenda inflación en la propiedad inmueble, llevando a la crisis aún vigente alrededor de 1915.

### 3.2.3 *Seguros.*

Las deficiencias apuntadas por Martínez en relación al censo de sociedades anónimas, en lo que respecta a la falta de inscripción en el Re-

<sup>20</sup> MARTÍNEZ, ALBERTO B.: *idem*.

### *El sector servicios*

gistro General de Comercio de un gran número de sociedades extranjeras, nos obligan a utilizar para el análisis la investigación censal que comenta el Dr. Borea en el tomo VIII. Del mismo surge<sup>21</sup> que de las 116 compañías que actuaban en 1914, 90 ó sea el 77,5 %, eran sociedades anónimas de las cuales el 65 % eran argentinas. Pese a ello, puede afirmarse que aproximadamente el 35 % de compañías extranjeras restantes aportaba el 85 % del capital total del rubro<sup>22</sup>. Lo importante a consignar es que las sociedades anónimas de seguros realizaban el 92,8 % de las pólizas vigentes al 31 de diciembre de 1913 y que las casas extranjeras efectuaron el 48 % del total de seguros, realizados por las sociedades anónimas aseguradoras.

Puede concluirse entonces, que el impacto de las sociedades anónimas ha sido de vital importancia para el desarrollo del rubro y lo que es más, que las empresas extranjeras, sin un aval real de capital, eran las que realizaban las operaciones más significativas, o sea las de mayor peso específico dentro del rubro.

#### *3.2.4 Ferrocarriles.*

El desarrollo de la red ferroviaria en el país, como ya fuera analizado, debe una parte importante de su capitalización a las sociedades anónimas. De acuerdo con el análisis hecho por Martínez, aproximadamente el 40 % de los capitales invertidos en ferrocarriles en la Argentina fue aportado por sociedades anónimas. Analizando el cuadro n<sup>o</sup> 19, vemos que el rubro con sólo el 2,8 % de participación sobre el total de las empresas del sector absorbe el 40 % de los capitales totales en él invertidos. Pero más aún, representa el 33 % del total de las inversiones realizadas a través de este tipo de sociedades. Si ligamos estos datos al análisis realizado en el parágrafo 2.4.1, lograremos totalizar la imagen que sobre el desarrollo del sector pretendemos esbozar. En ella concluimos el circuito de complementariedad esbozado, al determinar de qué manera y en qué proporción las sociedades anónimas imprimen un ritmo acelerado de crecimiento al sector, especialmente en este rubro, a través del cual se desata todo el proceso expansivo que ampliará el sistema productivo nacional, adecuándolo a marcos de dependencia que en el largo plazo limitarán el desarrollo económico del país.

<sup>21</sup> III Censo Nacional, Vol. VIII, pág. 124.

<sup>22</sup> MARTÍNEZ, ALBERTO B.: Op. cit., pág. XXIV.

### 3.2.5 *Tranvías.*

El último de los rubros que compone el núcleo estratégico de los servicios promovidos por las sociedades anónimas es el que corresponde a las empresas tranviarias. Del III Censo Nacional<sup>23</sup> hemos extraído los datos que analizaremos y de donde se concluye que el 60 % de las empresas estaban organizadas bajo el sistema de sociedades anónimas, aportando el 98 % de los capitales invertidos en el rubro. Es evidente, por otra parte, que la coparticipación de capitales nacionales y extranjeros en empresas mixtas es el vehículo que permite la alta capitalización de este tipo de compañías que son las que de esta manera introducen la modernización del sistema tranviario, incorporando los coches eléctricos en la Capital Federal, Pcias. de Buenos Aires y Santa Fe. El bajo capital con el que se desenvuelven las restantes empresas es un indicador de la carencia de tecnificación de sus servicios, en su mayoría manejándose aún con tranvías a caballo.

Consideramos ocioso seguir insistiendo en la magnitud del aporte de las sociedades anónimas al proceso de modernización. Pero nos resta, para concluir, analizar el otro aspecto considerado como vital para la complementación de la expansión del sector servicios, como es el de la orientación del crédito.

## 4. PAPEL DEL CRÉDITO EN LA EXPANSIÓN DEL SECTOR SERVICIOS

La Argentina había basado, hasta el reconocimiento nacional de Buenos Aires en 1862, todo su sistema productivo en los márgenes de capitalización que para algunos sectores podía arrojar el saldo favorable de la balanza de cambios. Este período, definido por Latzina como período de desenvolvimiento sin base metálica, es superado después de 1870, a través de la política seguida por los hombres que gestarán las bases para la generación del 80. La formulación de un proyecto nacional de desarrollo económico, implicaba la necesidad de contar con un aparato financiero más dinámico y seguro que aquel con que hasta entonces se contaba. La capitalización sobre base metálica, aportada por la banca extranjera, determinó que durante el transcurso de los últimos veinte años del siglo XIX, las instituciones bancarias no fueran lo que estaban llamadas a ser, dado que el insuficiente desarrollo de la estructura productiva imposibilitaba la reinversión en el sistema, lo que deter-

<sup>23</sup> III Censo Nacional, Vol. VIII, págs. 123 y siguientes.

## *El sector servicios*

minó una orientación hacia la especulación como única manera de capitalización, originándose de esta manera la base del crack de 1891 y las crisis económicas subsiguientes. De aquí surgió la necesidad de reorientar la inversión hacia sectores que garantizaran los dividendos y que además agilizaran el tránsito comercial con la metrópoli europea. De esta manera, la orientación del crédito externo hacia la inversión en obras de infraestructura (ferrocarriles, puertos, aguas sanitarias, etc.) así como hacia sectores estratégicos de la economía nacional, reencauzó la corriente inversora, dirigiendo el sistema circulatorio a la complementación del intercambio comercial<sup>24</sup>.

Así puede verse cómo en 1905 el crédito bancario estaba orientado principalmente a implementar la actividad comercial y la explotación ganadera, teniendo en tal sentido primacía la agricultura sobre la industria. Pero para 1914, se definen más claramente las tendencias enfatizándose la corriente crediticia hacia los sectores comerciales y de producción agropecuaria, pero notándose ya cierto apoyo a la industria, que será principalmente —como se viera oportunamente— aquella ligada a la transformación de materias primas extraídas en el país (molinos harineros, frigoríficos, ingenios, bodegas, etc.) sin dejar por supuesto de lado a algunos pequeños sectores de industrias sustitutivas de manufacturas de importación, que modernizadas bajo el sistema de sociedades anónimas, no llegan a modificar el núcleo estructural estratégico de la economía nacional<sup>25</sup>.

### *4.1. INCIDENCIA DEL INCREMENTO PRODUCTIVO SOBRE EL SISTEMA CREDITICIO NACIONAL.*

Si bien puede sostenerse que la expansión de la actividad financiera no es un indicador del grado de capitalización alcanzado por el país, ya que como pudo advertirse anteriormente, sólo una parte de los capitales es reorientado a través del crédito al sistema productivo, sí cabe aceptarlo como indicador del giro generado por la expansión del intercambio comercial.

El III Censo Nacional<sup>26</sup> documenta el alto grado de asociación exis-

<sup>24</sup> Cfr. *El Banco de la Nación Argentina en su cincuentenario, 1891-1941* Págs. 251 y sigtes.

<sup>25</sup> V. LATZINA, FRANCISCO: *El comercio argentino antaño y hogaño*. III Censo Nacional (1914). Vol. VIII. Pág. 19.

<sup>26</sup> III Censo Nacional, Vol. VIII, pág. 84.

tente entre el incremento de las exportaciones en el período 1900-1914, los depósitos bancarios y los préstamos otorgados.

Allí puede verse cómo la inversión en infraestructura movilizó el sistema productivo nacional, gestando la expansión de las exportaciones y como lógica consecuencia, el incremento de los depósitos bancarios que son reorientados en créditos al comercio, completando de esta manera el circuito económico del sistema. Retomaremos aquí un elemento anteriormente esbozado en relación al papel cumplido en este proceso por los bancos extranjeros.

Ya Latzina citaba la máscara de radicación de capitales que traían dichos establecimientos al instalarse en el país como sucursales o agencias de casas matrices europeas. Los establecimientos bancarios extranjeros operan sobre la abundancia de depósitos argentinos, ya que los capitales denunciados por las Casas madres, sólo funcionan como garantía que les permite movilizar con mayor libertad el dinero de la clientela nacional.

#### 4.2. *CARACTERÍSTICAS DEL MOVIMIENTO MONETARIO.*

Tomando los balances del Banco de la Nación Argentina es posible determinar la índole de los depósitos y la vinculación que existe entre éstos y la expansión del sistema productivo. Considerando que en términos generales la clientela preeminente de la Casa Central estaba constituida por comerciantes mayoristas, importadores-exportadores, etc., y en sus sucursales del interior principalmente por productores agropecuarios, podemos comprender la significación del mayor movimiento de cuentas corrientes que se manejan en la Casa Matriz, así como los depósitos en las cuentas de Cajas de Ahorros que se evidencian en las sucursales del interior, como característica del tipo de giro con el que se desenvuelven los distintos sectores que se articulan en el sistema de producción-comercialización. En el cuadro n<sup>o</sup> 20, observamos el salto evidenciado en los dos últimos períodos en las cuentas de ahorro de las sucursales del interior y la correlativa agilización del movimiento de cuentas corrientes en Casa Central. Por otra parte, el modelo de complementación que estamos diagramando, se refuerza en el análisis del tercer período considerado (1904-1909), donde se advierte la gran movilidad de la actividad comercial como consecuencia del incremento productivo.

**CUADRO 20**

**DEPOSITOS**

DETALLE DEL MOVIMIENTO DEL BANCO DE LA NACION ARGENTINA 1892-1915  
(en millones de pesos)

Período	Cuenta Corriente		Plazo fijo		Caja de Ahorros	
	Central	Sucur.	Central	Sucurs.	Central	Sucursales
1892-1897	178.02 (11,8 %)	62.57	36.51	12.93	14.83	20.53
1898-1903	176.17 (11,6 %)	83.93	54.42	28.87	51.24	104.86
1904-1909	361.05 (23,9 %)	157.02	83.98	74.59	97.77	313.83
1910-1915	793.34 (52,7 %)	456.02	167.65	85.01	290.14	918.93
TOTALES ..	1.508.58 (100,0 %)	759.54	342.56	201.40	453.98	1.358.15

FUENTE: III Censo Nacional (1914).

En el cuadro nº 21, hemos condensado otro aspecto característico de la complementación financiera del sector. En él observamos cómo los depósitos generales en las sucursales del interior van desplazando paulatinamente, en la medida que se acercan al período de la expansión exportadora, a los depósitos de la Casa Central. Así como anteriormente vimos en qué medida los depósitos en cuentas corrientes en Casa Central del Banco de la Nación Argentina definían el alto nivel transaccional alcanzado por el sector comercial en el período 1905-1912/13 y el ahorro en las cuentas de las sucursales del interior demostraban la expansiva capitalización de los productores agropecuarios, encontramos ahora similar disposición respecto al crédito, cuya ampliación es correlativa a la del depósito.

En el período 1900-1904, el Banco de la Nación ocupaba el tercer lugar en relación con los depósitos, detrás de los demás bancos argentinos y los bancos extranjeros, situación que se sigue manteniendo en el

## CUADRO 21

## BANCO DE LA NACION ARGENTINA

## RELACION ENTRE CASA CENTRAL Y SUCURSALES (JUDICIALES EXCLUSIVE)

(en millones de pesos)

Fecha	Depósitos generales		Préstamos	
	Central	Sucursales	Central	Sucursales
1893-1897	199.41	89.04	112.95	172.17
1898-1903	282.84	217.66	210.42	265.28
1904-1909	542.80	571.62	505.90	671.96
1910-1915	1.251.13	1.460.26	1.218.69	1.316.88

período siguiente (1905-1909). Pero en la tercera etapa (1910-1914) ya ha desplazado a los bancos extranjeros y acosa a la suma de los restantes bancos nacionales. Similar tendencia se manifiesta con relación a los préstamos. Todo lo cual está evidenciando la presencia de la mayor red de sucursales diseminadas en el interior, con las cuales alimenta el régimen crediticio en expansión que promueve, aunque es necesario destacar que de esta tendencia participan también las restantes instituciones bancarias<sup>27</sup>.

4.3. *ORIENTACIÓN DE LA POLÍTICA CREDITICIA.*

Culminando el desarrollo de nuestra tesis acerca de la complementariedad del sector servicios, nos encontramos con el cuadro n° 22 que muestra el tipo de operaciones crediticias preponderante en Casa Central y Sucursales del Banco de la Nación.

De él extraemos consecuencias convalidantes para nuestra hipótesis. Es así que surge que: a) los préstamos a plazo fijo, amortizables al

<sup>27</sup> III Censo Nacional, Vol. VIII, págs. 70 y siguientes.



CUADRO 22

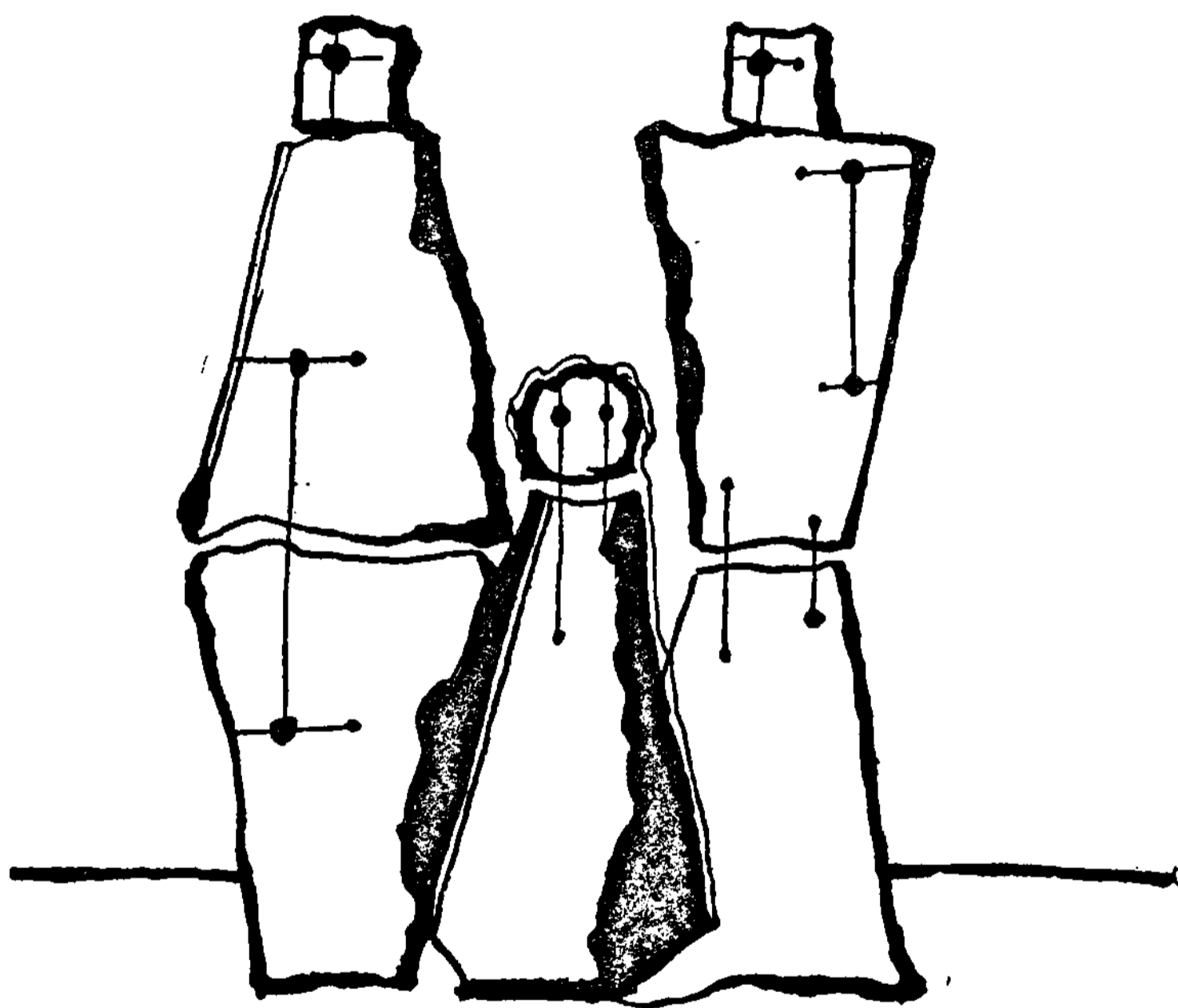
BANCO DE LA NACION ARGENTINA

DETALLE DE LOS PRESTAMOS

(en millones de pesos)

Fecha	Pagars		Letras a pago íntegro		Létras amortizables		Adelantos en Cta. corriente	
	Cent.	Suc.	Cent.	Suc.	Cent.	Suc.	Cent.	Suc.
1894-1897	18.19	50.35	1.35	3.22	75.69	91.46	0.14	—
1898-1903	38.05	81.14	13.18	13.32	150.29	170.82	9.01	—
1904-1909	70.22	169.09	84.13	145.54	231.97	317.61	119.17	36.68
1910-1915	190.23	310.01	380.85	353.04	366.83	580.34	218.78	73.48

25 % trimestral, es el tipo de operación que predomina en las sucursales del interior, concedidos a los productores agropecuarios, así como las letras amortizables, característicos de los préstamos habilitadores; b) por el contrario, en la Casa Central el tipo corriente de operación crediticia está constituido por Adelantos en Cuentas Corrientes y Letras a pago íntegro, reembolsables en plazo fijo (90-180 días). Se promueve así, sobre la base metálica incorporada por la expansión productiva que posibilita un incremento de la exportación, la actividad del sector comercial, complementando de esta manera la estructura económica del país y acentuando la relación de dependencia que nos liga al comercio internacional.



*Libero  
Octubre 1962*

Boceto en tinta china para la escultura "La familia", por LIBERO BADI  
(Véase esta escultura entre páginas 272 y 273).

# El desarrollo demográfico

OVIDIO VENTURA

*NACIDO EN BS. AIRES en 1916. Graduado en la Universidad de Bs. Aires, completó y perfeccionó sus estudios con prácticas sobre temas económicos y demográficos en el Instituto "Alejandro E. Bunge" de Investigaciones Económicas. Organizó la Dirección de Estadística de la provincia de Salta (1943) y el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de Corrientes (1944). Fue subsecretario de Gobierno y luego de Salud Pública y Acción Social de la provincia de Salta. Ocupó la dirección del Instituto Sanitario de la Población, dependiente del ex Ministerio de Salud Pública de la Nación. Es profesor de demografía y problemas de la población en la UCA. PUBLICACIONES: Síntesis demográfica de la capital federal, Tendencias y estructuras de la población, La estructura actual de la población trabajadora argentina (1954), entre otros trabajos.*

**A**DEMÁS de ser característico de un país nuevo, el aumento de población en la Argentina durante el período en consideración (1880-1930), es un hecho sin precedentes en América latina, que apenas si ha sido superado en su ritmo por el registrado en Australia y Nueva Zelandia. En efecto, durante esos cincuenta años el país pasó de una población de 2.400.000 habitantes —es decir, un territorio prácticamente despoblado, con una densidad de 1,2 habitante por kilómetro cuadrado— a 11.700.000. O sea, que había sido quintuplicado su caudal demográfico, pasando a ocupar el tercer lugar en Latinoamérica, únicamente precedido por Brasil y México. Este rápido crecimiento de la población argentina, unido a las elevadas inversiones de capital extranjero y al ritmo acelerado con que aumentaban nuestras exportaciones, creó una mentalidad familiarizada con los números crecientes, propensa a las fáciles euforias acerca del porvenir económico del país y de sus posibilidades futuras. Así se creó la imagen del país que antes de

finalizar el siglo xx habría de alcanzar los 100 millones de habitantes y que mediante la utilización y explotación de sus quiméricos recursos y las ventajas que ofrecía la multiplicidad de sus climas llegaría a alcanzar y hasta superar la prosperidad de los Estados Unidos de Norteamérica.

Las causas de este inusitado ritmo de crecimiento demográfico deben buscarse fundamentalmente en el aporte masivo de la inmigración europea, principalmente de origen italiano y español, que contribuyó a la formación de una nueva sociedad argentina, tanto por su presencia directa, como por el aporte acumulativo de nuevas generaciones de descendientes, al engrosar, por su gran proporción de adultos, la proporción de población en edades reproductivas.

El crecimiento vegetativo de la población argentina, dado por la diferencia entre los nacimientos y las defunciones, nunca resultó demasiado alto, ya que mientras las tasas de fertilidad se mantuvieron elevadas, el nivel también elevado de la mortalidad, principalmente infantil, neutralizaba gran parte del aporte adicional de los nacimientos. Posteriormente, y a partir de los años veinte de este siglo, el rápido descenso de la mortalidad general, coincidió con un prematuro descenso de la natalidad, como consecuencia de las pautas de modernización introducidas por el factor inmigratorio en la sociedad en transición.

De esa manera, el impulso vital, o vitalidad, característica común de todos los núcleos demográficos en rápido desarrollo, en el caso argentino, durante este período, fue generado por iniciativa de las corrientes migratorias que, en cantidades masivas, se volcaban en un territorio poco menos que desocupado.

Este hecho es de singular importancia en el desarrollo demográfico argentino de esta época y también en el que tendrá lugar en los años futuros hasta nuestros días, ya que las modificaciones que se operarán tanto en la estructura demográfica del país, como en sus connotaciones geográficas, sociales y económicas, llevarán impresas las señales indelebles del factor inmigratorio.

## EL RITMO DE CRECIMIENTO

La primera característica que llama la atención en el desarrollo demográfico argentino de esta época, es su rapidez. Salvo en los momentos que siguieron a la crisis económica de 1890 ó los años comprendidos por la Primera Guerra Mundial, en que la corriente migratoria de

## ***El desarrollo demográfico***

ultramar parece atenuarse o arroja saldos negativos, durante el resto del período en consideración las tasas de crecimiento anual de la población oscilan entre un 3 % y un 4 % anual, en una época en que el aumento de la población mundial era de apenas un 0,7 %.

La proporción elevada de población adulta incorporada por la inmigración, principalmente compuesta por varones de más de 20 años, y las altas tasas de capitalización, originadas en las inversiones de capital extranjero y en la fácil incorporación de tierras arables de la pampa húmeda, fueron, por lo menos hasta 1914, los factores que hicieron posible y tornaron compatible este ritmo de crecimiento demográfico con un desarrollo económico satisfactorio.

Las tasas de crecimiento vegetativo de la población argentina de esta época alcanzan su culminación con el 1,9 % anual, durante el período que media entre la última década del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, para declinar luego hasta nuestros días. Esa tasa "record" del crecimiento vital de la Argentina puede considerársela relativamente baja, si se la compara con las actuales de los países subdesarrollados, que oscilan entre el 3 % y el 4 % anual, y aún resulta inferior a la actual tasa de crecimiento de la población mundial que es del 2,1 % anual.

Si bien hasta la primera década del siglo XX se estima que las tasas de natalidad habrían alcanzado para todo el país niveles superiores al 40 por mil, comunes a casi todos los países subdesarrollados de la actualidad, las tasas de mortalidad no habrían resultado inferiores al 20 por mil, o más, si se tienen en cuenta las deficiencias de los registros, principalmente en el caso de la mortalidad infantil.

Este moderado crecimiento vegetativo de la población argentina, aún en su época de mayor auge, hizo que resaltara más la incidencia que, tanto sobre el crecimiento de la población total como sobre la estructura demográfica argentina, tuvo el aporte migratorio de ultramar.

### **LA INMIGRACIÓN Y SUS CONSECUENCIAS**

La historia de la inmigración en la República Argentina, forma parte de las corrientes migratorias mundiales que tuvieron lugar entre el siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX. Las mismas respondieron a factores de incitación, como el rápido crecimiento de la población europea y las buenas oportunidades económicas que ofrecían

los nuevos mundos, y a factores de habilitación, que sirvieron para promover una corriente espontánea como consecuencia de la ausencia de frenos y limitaciones, tanto de parte de los países de emigración como de los de inmigración.

La coincidencia de estos factores, produjo el movimiento de masas más importante de la historia del mundo. Desde 1800 hasta nuestros días, se desplazaron desde el continente europeo 57 millones de personas, de las cuales más de la mitad se dirigieron hacia los Estados Unidos de Norteamérica. Hasta 1880 el grueso de esta corriente migratoria provino del oeste y norte de Europa y su composición étnica fue predominantemente sajona. Posteriormente, el origen de dicha corriente se desplaza hacia el sur y el este de este continente, y está compuesta por latinos, eslavos, judíos, griegos, etc. A esta segunda etapa pertenece la corriente inmigratoria que recibe nuestro país.

Contribuyeron a favorecerla las siguientes motivaciones:

- a) las excepcionales oportunidades económicas y sociales que presentaba nuestro país a partir del año 1880;
- b) los problemas económicos y la inseguridad política del continente europeo;
- c) largos períodos de estabilidad institucional en la República Argentina. Conviene recordar al respecto que entre 1890 y 1930, no se produce en nuestro país ninguna alteración del ordenamiento institucional existente.

La escasez de mano de obra nativa y la inmensidad de los recursos a explotar, unido a la fácil colocación de los saldos exportables, operan como estímulo para la atracción del inmigrante europeo.

La mentalidad liberal de los hombres de la organización nacional y la convicción casi fanática de la superioridad del elemento humano de origen europeo, influyeron para impedir todo intento de encauzamiento de la corriente inmigratoria, ya fuera en su localización y distribución, como en su selección cuantitativa y cualitativa.

La ley N° 817 del año 1876, en vigencia hasta nuestros días, establece como única limitación a la entrada de inmigrantes ciertas condiciones sanitarias y de conducta, de difícil control y aplicación. A su vez, la legislación de residencia hizo de nuestro país un lugar de privilegio para la radicación y el desenvolvimiento de los extranjeros. La verdadera filo-

## ***El desarrollo demográfico***

sofía de esta legislación está expresada en la frase de Alberdi: "gobernar es poblar", aunque más que poblar la real intención fue la de *substituir*, ideal al que tendieron los esfuerzos de todos los hombres que de una u otra manera decidieron la suerte del país en aquellos años. El resultado fue la substitución de una sociedad de características tradicionales por otra donde el amalgamiento de clases y la movilidad social son sus notas más salientes.

La amplia receptividad que nuestro país brinda a la inmigración queda concretada en varios períodos, durante los cuales ingresan alrededor de siete millones de europeos, de los que permanecerán aproximadamente la mitad. La característica más notable de esta corriente inmigratoria está dada por el breve lapso en que se realiza, ya que solamente en el medio siglo comprendido entre 1880 y 1930, ingresaron en el país seis millones de inmigrantes, lo que hizo que en determinados períodos, como los de las décadas de 1880 y de 1900, el crecimiento migratorio resultara mayor que el vegetativo.

Esto trajo como resultado un crecimiento demográfico sin precedentes, como se ha señalado anteriormente, y el auge de la actividad económica queda patentizada por la rápida extensión del área sembrada y el aumento vertiginoso de las exportaciones. Como contrapartida, la falta total de encauzamiento de la corriente inmigratoria contribuye a consolidar una fuerte concentración urbana y una deficiente distribución de la población en el resto del país. Mientras que desde el punto de vista social el excesivo cosmopolitismo es la nota más saliente de la nueva sociedad en transición. De acuerdo con las cifras del censo de 1914, en la Capital Federal, de cada 10 varones de más de catorce años de edad, 8 eran extranjeros<sup>1</sup>.

La excesiva concentración de los inmigrantes en las actividades terciarias (comercio y servicios) y la dificultad que se les presentaba para tener acceso a la propiedad rural, impidió la formación de una gran clase media agrícola, como hubiera sido deseable, y fomentó la sobreexpansión de actividades urbanas de baja productividad.

Otra característica esencial de las consecuencias que el aporte inmigratorio de ultramar tuvo para nuestra conformación demográfica, estuvo dada por la relativa homogeneidad del grupo étnico y racial que lo com-

<sup>1</sup> Proporción de extranjeros por cada 100 habitantes: 1869 (I Censo) 12.1; 1895 (II Censo) 25.5; 1914 (III Censo) 30.3; 1920 (estimado) 24.0; 1930 (estimado) 23.5; 1940 (estimado) 18.4 y 1947 (IV Censo) 15.3. FUENTE: GINO GERMANI: *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1962.

ponía. El hecho que en un 76 % estuviera integrado por inmigrantes de origen italiano y español, relevó a este país de ciertos problemas de asimilación, expresados por la formación de colonias o colectividades, que como en el caso de los Estados Unidos de Norteamérica han gravitado poderosamente en las relaciones de convivencia social.

La fácil asimilación de la inmigración, su articulación a la sociedad en transición y la creciente gravitación cuantitativa sobre el núcleo demográfico del país, unido a las favorables condiciones económicas que se dieron aquí durante la mayor parte de ese medio siglo, permitieron la formación de un clima y una mentalidad proclive al fácil optimismo acerca del futuro del país y del éxito de las grandes empresas nacionales, que entonces se consideraban vinculadas a la expansión de las exportaciones de productos tradicionales.

Ese impulso vital que la inmigración transmitió al resto del país y que era consecuencia del espíritu de aventura implícito en el bagaje que traía cada inmigrante, estuvo en el origen del progreso que experimentó la República Argentina durante ese período y que por extraña coincidencia se atenúa casualmente cuando a partir de los años 1930, se detiene la corriente migratoria masiva y se pierde el gusto por las grandes empresas.

Desgraciadamente ese impulso vital viene a faltar en el momento en que el país debe iniciar una nueva etapa de su desarrollo económico, quizás la más importante, es decir la de la industrialización. Por ello, tal vez, el proceso de industrialización para el que el país estaba maduro desde los años 1920, no surgió como una iniciativa espontánea y al conjuro de una clara y deliberada política de desarrollo, sino antes bien como una negativa posición de autodefensa, dictada por la necesidad de equilibrar la balanza de pagos, y en virtud de factores exógenos que impidieron a partir de la crisis internacional de los años 1930, la prolongación de una política abierta, inspirada en el esquema tradicional.

#### LOS CAMBIOS ESTRUCTURALES

La estructura demográfica argentina experimenta cambios de importancia durante el período en consideración. El estudio comparativo de las pirámides de población correspondientes a los censos, nos revela una tendencia hacia la acentuación de la masculinidad, cuya tasa en el auge del proceso migratorio, alcanza a 115,5 %, es decir un excedente de casi 16 varones por cada 100 mujeres. Este desequilibrio se hace más notable



## ***El desarrollo demográfico***

en las edades activas, donde se registran excedentes que van de 30 a 40 varones por cada 100 mujeres. En la Capital Federal, es donde el efecto de la inmigración se hace más patente, como que el excedente de varones sobre mujeres alcanza al 50 %, y más para ciertos períodos de edades activas.

La concentración de la población en estos últimos períodos de edades es otra de las consecuencias de la inmigración de ultramar, principalmente en lo que a los varones se refiere, mientras que el grupo de niños de 0 a 9 años se reduce de un 30 % del total de la población a un 27 %. Participan de estos cambios, no sólo el abultamiento de las edades adultas, como consecuencia de la inmigración, sino también el aumento de la vida media y una prematura declinación de la natalidad, que se hace sentir particularmente en la Capital Federal y otras ciudades del litoral.

De esta manera, la coyuntura demográfica argentina de este período resulta particularmente favorable en razón de que al crecer la población activa a un ritmo mayor que el de la población pasiva, niños y ancianos, la carga económica y social que debe soportar aquélla resulta proporcionalmente menor. Mientras que en el censo de 1895 cada 100 personas en edad activa debían mantener 73 personas en edad pasiva, ese coeficiente había descendido a 69 en el censo de 1914 y a sólo 53 en 1947 (cuarto censo nacional). Es decir que en algo más de medio siglo la carga que debía soportar la población activa se había reducido en un 27 %.

Según los mismos relevamientos censales, la población ocupada en el país en actividades lucrativas ha ido creciendo durante el período a un ritmo muy rápido, impulsada por los nuevos efectivos que anualmente aportaba el crecimiento vegetativo de la población residente y por la fuerza del trabajo que en forma menos regular llegaba de ultramar.

Es así que los 857.000 trabajadores censados en el año 1869 casi se habían duplicado a la fecha del segundo censo nacional de 1895, alcanzando a 1.646.000. Una nueva duplicación de los efectivos laborables se operó en el segundo intervalo intercensal que media entre 1895 y 1914, llevando la fuerza argentina del trabajo a los 3.233.000 personas ocupadas. Teniendo en consideración ambos períodos, podemos concluir que en menos de medio siglo, la población laboral argentina se había cuadruplicado, lo que da una idea del extraordinario impulso vital que ese hecho ponía de manifiesto, así como del empuje económico que lo respaldaba, como lo demuestra la brillante prosperidad que caracteriza a este país al celebrarse sus, en 1916, cien años de vida independiente.

Debe destacarse como factor determinante de ese desarrollo, el aporte de la fuerza laboral de ultramar que, durante casi todo el período en consideración, superó a veces en más de un 50 % a la fuerza laboral agregada por el crecimiento vegetativo de la población residente.

#### LA ARGENTINA PAÍS ABANICO Y EL PROBLEMA DEL GRAN BUENOS AIRES

La distribución de la población argentina ha seguido la tendencia característica de casi todos los núcleos demográficos de Latinoamérica, es decir de una gran concentración en pocos centros urbanos, que adquieren así proporciones gigantescas.

En el caso de nuestro país, el proceso se anticipa y se acentúa, como consecuencia de varias causas concurrentes: 1) El carácter extensivo de nuestra explotación agropecuaria, principalmente ganadera, que no permite la adecuada absorción del crecimiento vegetativo en tareas laborales productivas; 2) La falta de acceso a la propiedad rural, por encontrarse la tierra productiva totalmente ocupada, aunque no adecuadamente explotada, en la época en que llegan al país las corrientes migratorias de ultramar, lo que impedirá la formación de una *clase media de propietarios rurales*, que en cambio tiende a arraigarse en los centros urbanos, principalmente en la Capital Federal y otros centros del litoral argentino, al amparo de las oportunidades que le ofrecen la expansión de las actividades terciarias primero y secundarias después; 3) La concentración de la actividad económica alrededor del puerto de Buenos Aires y otros puertos litorales, con vistas a la exportación de nuestros principales productos básicos. Son éstas, entre otras, algunas de las causas que contribuyen a acelerar un prematuro proceso de concentración urbano, antes que un adecuado desarrollo industrial permita la absorción de los contingentes rurales internos y los migratorios de ultramar, en condiciones tales que aseguren un aumento de la productividad y un equilibrio en la distribución geográfica de la población.

De esta manera, el censo de 1914, que refleja la estructura de la población argentina en pleno auge del proceso migratorio, pone de manifiesto que más de la mitad de la población vive en centros urbanos de más de 2.000 habitantes, mientras que al comienzo del período en consideración, esa proporción no alcanzaba al 30 %. El proceso tiende a acentuarse con posterioridad, de manera que puede estimarse que al final del período, no menos del 55 % de la población argentina residía en centros urbanos.

## *El desarrollo demográfico*

En ese medio siglo, pues, nuestro país se ha transformado de un país predominantemente rural, en otro de mentalidad urbana <sup>2</sup>.

Mientras al comienzo del período no existía más que un solo centro urbano con más de 100.000 habitantes, la ciudad de Buenos Aires, el censo de 1914 demuestra la existencia de cuatro ciudades de esa dimensión mínima, que incluyen en su conjunto más de dos millones de habitantes.

Sin embargo, excluyendo las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, el resto del país se mantiene predominantemente rural y ciertas jurisdicciones territoriales como Misiones y Neuquén, mantienen un 80 % de su población viviendo en zonas rurales.

La característica saliente del proceso de urbanismo en la Argentina, así como en la mayor parte de los países latinoamericanos, ha sido la excesiva concentración en un solo centro de proporciones gigantescas. El gigantismo urbano del Gran Buenos Aires se patentiza diciendo que en el curso de los cincuenta años del período en consideración, pasó a concentrar del 14 % del total de la población argentina, a una proporción casi doble —27 %— al aproximarnos al año 1930, con lo que mantuvo una proporción que osciló entre el 45 % y el 50 % de la población urbana.

Al establecer una correlación entre la distribución de la población argentina y su capacidad económica, el ingeniero Alejandro E. Bunge comprobaba en un estudio realizado en 1924 que un tercio del territorio de la República, abarcado dentro de un arco de círculo de 780 kilómetros de radio con centro en la Capital, comprendía ocho décimos de la población y nueve décimos de la capacidad económica. Al renovar ese estudio a fin de conocer la relación en 1938, le pareció conveniente hacer el examen dividiendo el país en tres zonas formadas con arcos de círculo trazados siempre con centro en Buenos Aires. La primera con radio de 580 kilómetros, la segunda con radio de 1.000 y la tercera abarcando las regiones que están más allá del segundo arco. El ingeniero Bunge, llegaba a la conclusión de que se formaba así un "abanico" que revela cómo la densidad de la población, la capacidad económica, el nivel cultural y el nivel de vida van disminuyendo a medida que aumenta la distancia de la Capital.

<sup>2</sup> Proporción entre población urbana y rural. I Censo (1869): rural, 72 % y urbana, 28 %; II Censo (1895): rural, 63 % y urbana, 37 %; III Censo (1914): rural, 47 % y urbana 53 por ciento. La desproporción, en favor de la concentración urbana —fenómeno por cierto mundial— se acentúa a partir de esa última fecha.

CONCLUSIONES ACERCA DEL DESARROLLO DEMOGRÁFICO  
EN EL PERÍODO 1880-1930

El estudio del desarrollo demográfico de nuestro país durante estos 50 años de consolidación de la organización nacional, permite comprobar el éxito acerca de los objetivos perseguidos por los hombres que constituían la clase dirigente que instrumentó ese proceso, por lo menos en lo que respecta a la rapidez con que se consiguió el poblamiento de una parte importante del vasto territorio de la República.

Asimismo es dable comprobar cómo las corrientes migratorias de ultramar, principal factor de dicho crecimiento, influyeron en el desarrollo económico del país y en el cambio que se produce de una sociedad tradicional hacia una sociedad en transición con pautas modernizantes.

La medida de los resultados alcanzados y la rapidez con que se produce el proceso de cambio, transmiten una impresión de euforia y de optimismo, como consecuencia del impulso vital que la inmigración crea en una sociedad en plena expansión. El entusiasmo por las grandes empresas, el espíritu de aventura y la eficiencia que introduce en las distintas actividades del país, la incorporación masiva de una mano de obra calificada y educada para la vida, producen una mentalidad inspirada en el progreso indefinido y en la superación y dominio de todos los obstáculos que la naturaleza podía oponer al triunfo de la inteligencia y de la voluntad.

Sin embargo, la ausencia de una política que tendiera a encauzar, tanto geográfica como profesionalmente, las corrientes migratorias de ultramar y a facilitar su acceso a la propiedad rural, impidieron la creación de una importante clase media rural y por lo tanto su arraigo a la tierra.

Como consecuencia, su concentración en la zona del litoral argentino y particularmente en el Gran Buenos Aires, tiende a acentuar, lejos de corregir, la tendencia hacia el gigantismo urbano, que en el caso de nuestro país ya era favorecido por la insuficiente absorción laboral de la actividad agropecuaria realizada sobre bases extensivas.

En el interín, la estructura demográfica argentina experimenta cambios que acentúan la tendencia hacia el desequilibrio en la relación de los sexos en la composición de la población, aumentando el excedente de varones hasta niveles pocas veces registrados en grandes núcleos sociales. En la Capital Federal, principal sede de residencia de las corrientes migratorias, estos desequilibrios alcanzan contornos sensacionales, contribuyen-

## ***El desarrollo demográfico***

do a crear una psicosis social muy particular, de la que se hicieron eco los autores y comentaristas de la época.

El abultamiento de los sectores de edades activas promueve un rápido aumento de la fuerza del trabajo, y con ello determina una coyuntura demográfica favorable, donde la carga de las edades pasivas tiende a reducirse por unidad laboral. Todo ello promueve el desarrollo económico del país, favorecido por los excepcionales recursos naturales aún poco explotados, y hace relativamente fáciles las relaciones sociales.

Como contrapartida, el excesivo cosmopolitismo, que se manifiesta en forma notable en los varones en edades activas, y la sobreexpansión de actividades terciarias en los principales centros urbanos, se constituyen en aspectos pasivos de la nueva sociedad en transición, dificultando la consolidación de una conciencia nacional, sobre la base de un consenso popular que dé bases sólidas y duraderas a una deliberada política de desarrollo económico y social.

Simultáneamente, las pautas de modernización introducidas por las corrientes migratorias de ultramar y su afán de progreso y bienestar, contribuyen al mejoramiento de los índices de mortalidad, principalmente infantil, lo que contribuye a la prolongación de la vida media o "esperanza de vida" de la población. Este hecho, unido al abultamiento de las edades activas motivado por el ingreso de inmigrantes, origina un desplazamiento de la edad media de la población.

Sin embargo, estas pautas de modernización introducidas por la inmigración influyen también sobre la fertilidad de la población en edad reproductiva, determinando un descenso de las tasas de natalidad, a pesar del aumento de la proporción de esos grupos de edades sobre el total de la población. En este prematuro descenso de la natalidad deben encontrarse las pautas del posterior estancamiento de la población argentina a partir de los años 1930, es decir tan pronto como los estímulos de la inmigración y las favorables condiciones de la economía argentina han dejado de actuar como factores de incitación en el rápido desarrollo demográfico argentino.



Dibujo en tinta china (1965), por CÉSAR LÓPEZ OSORNIO.

# Tierra y colonización

MANUEL BEJARANO

*NACIDO EN LA PLATA. Consagrado a la investigación histórica, se especializó en temas de historia social y económica. En 1961 integró el grupo de trabajo que en la cátedra de historia social de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires llevó a cabo una investigación sobre "El impacto de la inmigración masiva en la sociedad y la cultura argentinas". En 1963 fue becado por la OEA para realizar en Brasil estudios comparativos de historia social y económica, residiendo un año en San Pablo. Actualmente es director de Museos, Monumentos y Lugares Históricos de la Prov. de Buenos Aires. PUBLICACIONES: La política colonizadora en la prov. de Buenos Aires, 1854-1930; Las nuevas actitudes económicas a fines del siglo XIX; El impacto inmigratorio en la estructura demográfica de La Plata. (1884-1914), entre otras varias de historia económica.*

**D**ESPUÉS de las duras restricciones impuestas por la crisis de 1890, el país iniciaba nuevamente al promediar esta década una era de expansión y progreso. En 1914 la población se había duplicado respecto de 1895, al pasar de 3.954.911 habitantes a la cifra de 7.885.237. El número de extranjeros aumentó en el mismo lapso de 1.004.500 a 2.358.000, o sea que mientras en 1895 representaba el 25,4 % del total de la población, en 1914 esa proporción era del 29,9 %. El saldo inmigratorio entre 1901 y 1914 había sido de 1.700.000 individuos, en forma aproximada. Esta cifra era superior a la totalidad de los inmigrantes radicados en el país entre 1857 y 1900. La evolución económica revelaba las mismas características por su ritmo acelerado. Así, por ejemplo, la superficie cultivada que en 1895 abarcaba una extensión de 4.892.004 hectáreas, llegaba en 1914 a la cantidad impresionante de 24.317.199 hectáreas. El avance ininterrumpido de los cultivos durante este período marcó sin duda el comienzo de una verdadera revolu-



ción en nuestro comercio internacional. En efecto, en 1880 los productos de la ganadería representaban el 89,5 % sobre el valor total de las exportaciones y la agricultura solamente el 1,4 %. Pero en los años posteriores se observa el siguiente fenómeno en el porcentaje de los artículos ganaderos y agrícolas sobre el valor total de las exportaciones: año 1890, ganadería 60,8 y agricultura 25,4; año 1900, ganadería 46,9 y agricultura 50,1; año 1910, ganadería 43,2 y agricultura 52,8; año 1912, ganadería 39,1 y agricultura 57,9. Al mismo tiempo que se alcanzaban estos resultados, la expansión ferroviaria permitía el aprovechamiento de las enormes superficies de tierras que hasta poco antes se hallaban incultas y poco menos que despobladas. La construcción de vías férreas debió acelerarse a medida que la agricultura y la ganadería exigían el máximo aprovechamiento de nuevas zonas de explotación ante la creciente demanda de productos agropecuarios impuesta por los mercados extranjeros. En 1895 las líneas de ferrocarril tenían una extensión de 14.222 kilómetros, y en 1914 llegaban a tener más de 33.000 kilómetros.

Tanto en materia de inmigración, producción agrícola, división de la tierra, transporte ferroviario, etc., lo realizado por el país sólo en la primera década del siglo XX era considerablemente superior al balance arrojado por toda la segunda mitad del siglo XIX. Esta expansión era en verdad tanto más sorprendente cuanto que la misma se alcanzó en una época en que el estado se había desligado por entero de sus compromisos con la política colonizadora e inmigratoria practicada en el pasado. El gran impulso operado durante esos años decisivos —el “despegue”, en términos de Rostow—, presentaba un marcado contraste con los limitados objetivos logrados por el país en épocas anteriores, a través de innumerables medidas de carácter oficial. La convicción de los economistas y de los políticos liberales de que esa gigantesca expansión sólo había sido posible cuando el estado decidió finalmente no hacer nada para promoverla, parecía estar plenamente confirmada por los hechos. No debe sorprendernos, por consiguiente, que un vocero del gobierno se expresara sobre semejante desarrollo de la siguiente manera:

“Cuando se recorre la voluminosa bibliografía dedicada a este asunto, causa asombro comprobar los inauditos esfuerzos realizados en todas las épocas para fomentar la inmigración y procurar la distribución de la tierra. ¿Y qué se ha ganado con todo esto, durante más de ochenta años, o sea hasta el año 1895? Escasamente 5.000.000 de hectáreas cultivadas y una población de cuatro millones de indi-



## **Tierra y colonización**

viduos. Esto es, en resumidas cuentas, el resultado de todas las leyes dictadas y de todos los caudales invertidos en este objeto. Ahora bien: desde el año 1895 hasta hoy (1905) no se ha sancionado ley alguna de fomento; el estado no ha donado tierras y las que se venden del fisco o de particulares, alcanzan precios inusitados... Y es justamente durante este período en que la inmigración viene espontáneamente por su propia cuenta y sin alicientes oficiales. Es durante este período de diez años que la agricultura, con sus propios elementos, fracciona, puebla y cultiva más de 7.000.000 de hectáreas de tierras nuevas, cuando en más de medio siglo (hasta 1890) apenas si alcanzó a cultivar 3.000.000 de hectáreas”<sup>1</sup>.

¿Cómo pues se había producido esta gran expansión? ¿Qué factores la hicieron posible en tan corto espacio de tiempo? ¿Y en qué medida este “despegue” contribuyó al proceso de modernización de la Argentina?

Para responder, de alguna manera, a estas preguntas, debemos considerar en primer término las causas externas o exógenas que, por su naturaleza, no estaban dadas en épocas anteriores y llegaron a conformar ciertos caracteres de la Argentina moderna. Esas causas residen sobre todo en la notable expansión de la economía mundial, operada principalmente entre las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera gran guerra, que llega a influir con poderoso impulso en la vida del país hasta modificar una parte de sus estructuras tradicionales. El cambio experimentado por esas estructuras obedece al papel que la Argentina fue llamada a desempeñar dentro de una nueva coyuntura histórica, o sea a su incorporación al área en que se desplegaba no sólo el capitalismo moderno, en la época de su apogeo, sino también una forma de vida capitalista. Como consecuencia de ello, sus grandes reservas o riquezas pasivas fueron efectivamente movilizadas, como elementos activos, por aquellas formas económicas que se fundaban en la producción y explotación ilimitadas de nuevas fuentes de capital. Se sabe que tanto las materias primas requeridas por la industria moderna, como los medios de subsistencia que debían extraerse de la tierra, alcanzaron durante ese período una demanda sin precedentes en los mercados internacionales. El volumen de la producción aumentó entonces con ritmo acelerado en momentos en que los nuevos terri-

<sup>1</sup> LAHITTE, EMILIO: *Informes y estudios de la Dirección de Economía Rural y Estadística, del Ministerio de Agricultura de la Nación*. Año 1916, t. I, p. 335.

terios sumados a la economía mundial no debían sufrir todavía los efectos de la competencia y la guerra de precios. En la medida en que Europa se industrializaba, hallábase asimismo ante la necesidad imperiosa de exportar cada vez más sus productos manufacturados y de obtener, a través de las importaciones, las materias primas y los artículos alimenticios de que carecía en cantidad suficiente. La expansión agrícola norteamericana había provocado, o más bien acelerado, el derrumbe de la economía agraria europea. La disolución de las comunidades agrarias del viejo mundo fue la consecuencia del impacto de una nueva economía, esencialmente industrial, urbana y capitalista. Esto provocó un éxodo creciente de las masas campesinas a las ciudades y a los países de ultramar. La pérdida de cohesión de los grupos campesinos, como resultado de ese formidable impacto, liberó al agricultor europeo de las viejas ataduras que lo habían ligado a las comunidades agrícolas tradicionales, acentuándose en cambio el individualismo y los fenómenos de desplazamiento. Si desde el punto de vista del comercio internacional el proceso de industrialización de los países europeos y el desarrollo agrícola de los Estados Unidos daban lugar a un intercambio económico jamás alcanzado antes, en sus aspectos demográficos inauguraba la era de un éxodo sin precedentes en la historia de las migraciones humanas.

En el caso particular de Italia, la unificación política de 1860 tuvo consecuencias decisivas dentro de ese proceso de disgregación de las comunidades agrícolas tradicionales. Se inició un éxodo masivo hacia países como la Argentina, Brasil y los Estados Unidos. El llamado reino de las dos Sicilias, en la región meridional, se vio en las peores condiciones económicas y sociales imaginables motivadas por el mayor grado de desarrollo y poder de absorción del norte. Su pequeña industria, casi artesanal, no pudo soportar la competencia de la del norte, produciéndose así un excedente de mano de obra que iba a hacer presión sobre la tierra. Con evidente razón se ha sostenido que esta presión de mano de obra sobre la tierra hizo que la solución migratoria surgiera como verdadera válvula de escape. La pobreza general se agudizó cada vez más a causa de los mismos impuestos. Entre 1873 y 1881, más de 60.000 pequeñas propiedades fueron tomadas por el fisco por falta de pago de impuestos, y entre 1884 y 1901 el número de propiedades perdidas por los *contadini*, por causas análogas, se elevó a la cifra de 215.759<sup>2</sup>. Existen a este respecto numerosas descripciones sobre el pauperismo reinante en los cam-

<sup>2</sup> IANNI, CONSTANTINO: *Homens sem paz. Os conflitos e os bastidores da emigração italiana*. Edit. Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1963, p. 73.

## **Tierra y colonización**

pos de Italia, sobre la desesperación de las familias campesinas, viviendo en chozas miserables, sobre el hambre que golpeaba a las puertas de los hogares. Emigrar era el menor de los males.

En los Estados Unidos, la mayor inmigración de agricultores se produjo a partir de la promulgación de la famosa ley de tierras públicas y de colonización de 1862. Esta ley, debida a la iniciativa de Lincoln, permitió la subdivisión y ocupación de centenares de millones de hectáreas de tierras incultas, transformando la economía agraria de la nación. En el corto transcurso de dieciocho años, hasta 1880, se habían trasladado a este país más de siete millones de inmigrantes, entregándose al cultivo de parcelas de 20 a 400 hectáreas en los nuevos territorios sumados a la economía, en las lejanas zonas del Oeste. A partir de 1900, aproximadamente, comenzó a declinar la exportación estadounidense de productos agrícolas a los pueblos europeos. Pero para esa fecha el crecimiento demográfico y el alto nivel de desarrollo urbano alcanzados, fueron suficientes para absorber la mayor parte de esa producción. Al mismo tiempo que la expansión agrícola acusaba un ritmo de crecimiento más lento, se aceleraba el impulso industrial de la nación. Durante este período se produce un cambio notable en cuanto a la composición étnica de los grupos inmigratorios —la llamada “nueva inmigración”, con notable aporte italiano—, pero lo que es más interesante todavía es que ya no emigraban colonos europeos a los Estados Unidos. Este es el momento en que muchos inmigrantes que buscaban aún tierras en propiedad, sin disponer de un pequeño capital, decidieron finalmente trasladarse de los Estados Unidos al Canadá.

Los italianos, sobre todo, habían llegado demasiado tarde al reparto de tierras en el Oeste. En parte ese hecho significaba una nueva perspectiva para la radicación de colonos en países como la Argentina y Brasil. Puede admitirse muy bien que la inmensa mayoría de los inmigrantes italianos que recibieron estos dos pueblos, a partir de la penúltima década del siglo XIX, se hallaban animados por la creencia en un fácil acceso a la posesión de la tierra, y, naturalmente, por el deseo de alcanzar un bienestar económico y social que resultaba imposible o problemático en el país de origen. La idea de lograr en las nuevas naciones la condición de colonos libres era sin duda mucho más interesante para ellos que la de ser meros asalariados en una Europa que se industrializaba vertiginosamente o en cuyos campos imperaba la más tremenda pobreza. Desde este punto de vista, lo que ocurre al comenzar el siglo XX es sobre todo una inmigración europea destinada a satisfacer la demanda

de mano de obra impuesta por la expansión industrial estadounidense y la existencia de grandes extensiones de tierras vírgenes que poseía todavía la Argentina, y también otros países. Tales esperanzas por lo que hace al nuestro podían considerarse fundadas si se piensa que sus terrenos fértiles y aptos para la agricultura, con una extensión estimada en ochenta millones de hectáreas en el litoral, apenas se hallaban cultivados en su décima parte en el año 1900. De esta manera, la creciente demanda de productos agrícolas en los mercados exteriores y la abundancia de tierras desocupadas y feraces en esta parte del continente debían constituir los estímulos más efectivos para la incorporación de una inmigración masiva, que ningún gobierno había logrado atraer hasta entonces, con la única excepción del corto período comprendido entre los años 1887 y 1889.

Pero cuando la Argentina estuvo en situación de recibir el caudal inmigratorio más grande de su historia, las mejores tierras con que había sido favorecida por la naturaleza ya pertenecían al dominio privado de los grupos tradicionales. Las zonas verdaderamente aptas para la agricultura, próximas a los puertos de ultramar, de fáciles medios de comunicación y mayores recursos, se hallaban en su casi totalidad en poder de los grandes terratenientes y ganaderos del país. Fue así como los centenares de miles de colonos que decidieron trasladarse a nuestro territorio no tardaron en comprobar, con sorpresa, que las tierras prometidas tenían dueños, y es cosa sabida que en nuestro código los terrenos escriturados no tienen límite alguno en cuanto al dominio y la forma de explotación. La importante ley de colonización de 1876, debida a Avellaneda, y demás disposiciones oficiales tendientes a incrementar la colonización, quedarían sin posibilidad alguna de ser aplicadas en la práctica. La actividad colonizadora en el litoral, objeto de tantas preocupaciones en el pasado y en el espíritu de los estadistas, quedó reducida a la mera iniciativa o interés de los particulares. Con todo, entre la década de 1880 y el año 1930, aproximadamente, la Argentina se convirtió en uno de los mayores graneros del mundo. Se habían dado, como se expresara antes, las condiciones históricas y de orden externo para que ello ocurriera, y falta ahora señalar en forma esquemática los factores internos o endógenos que permitirían ese desarrollo agropecuario en la época en que el país, de un modo u otro, iniciaba un proceso de modernización cuyos rasgos históricos resultan en verdad contradictorios cuando se mira lo que ocurría en las zonas urbanas y en las zonas rurales. Hay contradicción evidente, porque ese proceso de modernización se centró principalmente en la capital de la república, en tanto en el campo seguían impe-

## Tierra y colonización

rando las rígidas estructuras tradicionales. Entre la urbe y el campo existió un *hiatus*, un corte transversal, una verdadera antinomia, que debía desgarrar por dentro el desarrollo integrado de la Argentina moderna<sup>3</sup>.

## II

Para comprender históricamente el fenómeno de la colonización con inmigrantes en la zona del litoral, a partir de la década de 1880, es preciso echar una mirada retrospectiva que, partiendo de los años inmediatos a Caseros, nos muestre los grandes lineamientos de dos políticas económicas diferentes: la de la Confederación y la de la provincia de Buenos Aires. La segregación de Buenos Aires tuvo una enorme importancia en la naturaleza del proceso, cuyos efectos se iban a percibir muchos años más tarde, como hemos demostrado en otro trabajo<sup>4</sup>.

Tanto Entre Ríos, como Santa Fe, y Córdoba más tarde, tenían, aparte del interés nacional, fundadas razones para estimular la radicación de inmigrantes y proceder al fraccionamiento de sus mejores campos. Se ha mostrado muy bien que los ganados de Entre Ríos, por ejemplo, eran evidentemente de inferior calidad y que sus estancias no poseían, al promediar el siglo XIX, el valor comercial de las de Buenos Aires. Resultaba claro que sus haciendas, juntamente con las tierras, podían valorizarse mucho más logrando el establecimiento en su territorio de pobladores laboriosos, venidos de los países europeos para generalizar la práctica del cultivo agrícola. Santa Fe y Córdoba carecían, asimismo, de importantes recursos en materia de explotación ganadera, de modo que se sentían igualmente inclinadas a estimular una política inmigratoria y colonizadora de vastas proyecciones, como algo impostergable y de promisorios resultados para la defensa de los intereses locales. No eran menos decisivas las razones de orden demográfico, derivadas del lento crecimiento de la población de estas provincias y de un ininterrumpido éxodo hacia la ciudad de Buenos Aires y su campaña. Mientras esta zona contaba para su desarrollo con la mayor parte de la migración interior que se operaba en el país —como ocurre en nuestros días—, el resto de las provincias

<sup>3</sup> Ese "hiatus" entre algunos grandes centros urbanos y las zonas rurales es advertido en nuestros días por J. Medina Echavarrya como un obstáculo para el desarrollo económico. (Véase: *El Desarrollo Social de América Latina en la postguerra*. Edit. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1963).

<sup>4</sup> *La política colonizadora en la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Cátedra de Historia Social, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1962.

debía compensar con el aporte extranjero el desplazamiento de sus hombres de trabajo que buscaban mayor bienestar en el lugar más próspero del territorio nacional. Era la zona del "centro", que vivía a costa de la zona de la "periferia", para hablar en términos modernos. Podía observarse, en consecuencia, que la solución al problema económico y demográfico era encarada por el gobierno de la Confederación a través de la colonización agrícola y extranjera, en tanto Buenos Aires parecía entonces mucho más dispuesta a resolverlo mediante la colonización ganadera y el trabajador nativo.

Mientras en el resto del litoral se ponía en práctica la creación de colonias agrícolas, de núcleos de inmigrantes, dividiéndose la tierra para la agricultura y ser entregada en propiedad, en Buenos Aires se imponía lo que hemos designado en otro trabajo como "colonización ejidal". Las leyes de ejidos que se sancionaron con este objeto no estimularon la agricultura ni la radicación del colono europeo. El tipo de establecimiento suburbano o ejidal respondía, en suma, a la necesidad de *reservar* las más grandes superficies a las formas y estructuras económicas que habían prevalecido hasta esos años y debían imponerse aún en el futuro. Factores de diversa índole hicieron que el sistema iniciado por la Confederación no alcanzara los resultados previstos, pero el principal de ellos fue que el predominio económico de Buenos Aires, acentuado al finalizar el siglo XIX, hizo que sus propios puntos de vista en torno al problema de la colonización, el uso de la tierra pública y privada, se impusiera fatalmente en todo el resto del litoral. El cambio de rumbo en cuanto al uso del suelo en esta provincia constituye, sin duda alguna, uno de los capítulos más apasionantes en la historia de nuestro desarrollo económico. Que los estancieros y el gobierno de Buenos Aires modificaran sus actitudes, de una manera radical, frente al inmigrante y la explotación de la tierra; que además de la ganadería y el simple pastoreo, se procurase también extender y generalizar el cultivo agrícola representa un hecho de fundamental importancia en nuestra vida agraria y en la formación de las actuales estructuras rurales.

El signo más claro y evidente de ese cambio de actitudes por parte del gobierno y los ganaderos de Buenos Aires fue la ley de centros agrícolas sancionada en 1887. A primera vista, se trataba de una verdadera ley de colonización y de inmigración, de bases científicas, cuya finalidad esencial no era otra que extender la agricultura en los campos de la provincia, más allá de las limitadas zonas de ejidos en que hasta entonces se habían venido practicando los cultivos en escala limitada. Ahora se procu-

## **Tierra y colonización**

raba cultivar en los campos mismos de pastoreo. Para interpretar el verdadero sentido de ese instrumento de orden legal es menester tener en cuenta que su real objetivo era mantener a toda costa las estructuras tradicionales, o sea fortalecer la organización agraria en que se apoyaban los ganaderos y terratenientes. En efecto, la acción colonizadora y agrícola prevista en la ley de 1887 no hará sino enderezar la concurrencia de los inmigrantes, con todas sus ventajas, hacia los nuevos objetivos de una *organización rural preexistente*, lo que hoy día la investigación histórica puede demostrar en forma palmaria e irrefutable. El colono recién llegado representará en lo sucesivo la indispensable mano de obra destinada a robustecer aún más las características peculiares de cierta forma de vida social y económica. Indirectamente, este proceso contribuyó al proceso de modernización del país, como se verá más adelante. Tanto el nuevo trabajador rural como la misma agricultura iban a librar, al finalizar la década de 1880, una lucha dramática con los convencionalismos y los prejuicios de la época.

La aparente conciliación de los intereses en pugna, no obstante la ley de 1887, surgirá sólo en el momento en que la industria ganadera sufre una radical transformación en los procesos de producción viéndose obligada a aceptar, como algo vital a su propia existencia, el concurso de la agricultura, y, por consiguiente, el máximo aprovechamiento de la mano de obra extranjera. El nuevo ciclo económico, iniciado en la provincia de Buenos Aires durante esta década de transición, no exenta de una modificación en las actitudes sociales correspondientes, llega a generalizarse en toda la región del litoral. La conciliación de objetivos económicos, considerados hasta esos momentos como antinómicos e irreductibles, no ocultaría del todo, sin embargo, los sentimientos de franca hostilidad y de menosprecio con que los más empeñados tradicionalistas debían mirar todavía a los grupos inmigratorios que procuraban radicarse en los campos de pastoreo y lograr en las faenas agrícolas el tan anhelado bienestar económico. Pero las actitudes hostiles se atemperan, o más bien se encubren, sólo cuando el "recién llegado" aparece como el único trabajador rural capaz de impulsar los cultivos para crear, en el menor tiempo posible, las enormes *praderas artificiales* que comenzaban a exigir perentoriamente el refinamiento y el engorde del ganado, impuestos por la industria del frigorífico y la competencia en los mercados internacionales. El punto de partida de la nueva era que se inicia entonces para la agricultura y para el inmigrante apto para producir esa transformación en los grandes campos entregados al simple pastoreo, es la propia ley de centros agrícolas de 1887, no obstante su posterior fracaso.

Ahora es cuando podemos ver con mayor claridad las verdaderas causas que habían determinado la elaboración de ese ambicioso proyecto o sistema de colonización agrícola. Oficialmente se expresa el siguiente punto de vista sobre los verdaderos fundamentos de la ley:

“Es con los centros agrícolas que se resolverá el problema de la exportación del ganado, *problema en que está detenida toda nuestra industria ganadera*. Sólo numerosos agricultores podrán ofrecer a los distintos mercados animales en pie de la calidad, engorde y docilidad necesarios”<sup>5</sup>.

Luego de señalar la situación bien crítica porque atravesaba la ganadería en el momento de presentarse el proyecto de ley, motivada por la mala calidad de los planteles y la insuficiencia de los pastos naturales, el ministro Gonnet declaraba enfáticamente, en su Memoria a la Legislatura de 1888, los reales motivos de la ley de centros agrícolas sancionada el año anterior:

“La naturaleza y el estado de nuestras haciendas no permitían asegurar el consumo en el extranjero, sino a condición de solucionar un problema previo: *la creación y fomento de pastos artificiales* en la provincia, como un medio de transformar nuestra mala producción bovina en elemento de exportación aceptable. Tal era nuestra situación al inaugurar el actual período administrativo, del cual se dio perfecta cuenta el Poder Ejecutivo presentando el proyecto de ley de centros agrícolas en vigencia”<sup>6</sup>

La conveniencia de crear praderas artificiales había comenzado a verse, en realidad, mucho antes, como consecuencia de las sequías que ocasionaban grave daño a la explotación del ganado. Pero el momento de llevar concretamente a la práctica una acción enérgica en ese sentido, en escala poco menos que ilimitada, aún no era el más propicio. Por consiguiente, los argumentos en su favor sólo serían decisivos cuando, como ocurría en la década de 1880, no pudo ya demorarse el aprovechamiento integral de los lanares y del vacuno. En el mismo censo levantado por la provincia en 1881, al analizarse las cifras relativas a la producción agrícola y cantidad de hectáreas sembradas, se anotaba el siguiente comen-

<sup>5</sup> Mensaje del gobernador a la H. Legislatura. 1888.

<sup>6</sup> Memoria presentada a la H. Legislatura de la provincia por el Ministro de Obras Públicas Manuel B. Gonnet. 1888.



## Tierra y colonización

tario: "El desarrollo de la labranza, y el aumento de los cultivos de plantas forrajeras, tienen que impulsar el mejoramiento de las razas y aumentar indefinidamente la actual riqueza pastoril"<sup>7</sup>. La agricultura comienza así a ser vista como una industria auxiliar de la ganadería, y no como un factor económico independiente de esta riqueza, como algo destinado solamente a incrementar el desarrollo pecuario en una era de crisis ligada a las exportaciones de carne. A este respecto es bien significativo el artículo publicado por la Sociedad Rural en 1883, en el que se hace referencia al mismo tiempo al trabajo de los inmigrantes en favor de la agricultura, a la agricultura como producción de forrajes:

"Todos los días se nos canta la necesidad de mejorar las razas de animales domésticos, olvidando que del perfeccionamiento de la agricultura pende, y que *sólo ella lo hará posible*. Seamos una vez lógicos. Inspirémonos en el ejemplo de los ingleses, cuyo genio veneramos y reconocemos. Si queremos producir razas privilegiadas suministremos a nuestros animales alimentos ricos y abundantes, y para ello *trabajemos el suelo*. Aseguremos un porvenir a estos inteligentes agricultores de Europa que nos tienden los brazos"<sup>8</sup>.

Tenembaum sostiene que en la década de 1880 se hizo mucha propaganda para el cultivo de la alfalfa, y que Emilio Frers, ex Ministro de Agricultura de la Nación, fue uno de los pioneros en ese sentido<sup>9</sup>. En 1887, Frers alegaba que "para asegurar el resultado de la mestización y los engordes han de generalizarse más los alfalfares y empezar a explotar más los prados artificiales"<sup>10</sup>. Tenembaum, como más tarde Giberti, reproducen las recomendaciones del hacendado Benigno del Carril a los ganaderos de la provincia para lograr esos resultados:

"La tierra se divide previamente en potreros alambrados de 1.600 a 2.000 hectáreas, y enseguida se subdivide en lotes amojonados y numerados de 200 hectáreas, sin alambrado intermedio. Estos lotes

<sup>7</sup> *Censo general de la provincia de Buenos Aires, demográfico, agrícola, industrial, comercial, verificado en 1881.*

<sup>8</sup> D. BERNIER: *Inmigración y agricultura*. En: "Anales de la Sociedad Rural Argentina", 1883, pág. 177.

<sup>9</sup> TENEMBAUM, JUAN L.: *Orientación económica de la agricultura argentina*. Buenos Aires, 1946, pág. 89.

<sup>10</sup> FRERS, EMILIO: *Prados artificiales de alfalfa*. En: "Anales de la Sociedad Rural Argentina". 1887.

se arriendan a *chacareros italianos* con elementos y recursos propios, a razón de cuatro pesos la hectárea, por el término de tres años, con la *obligación* de dejar el terreno sembrado con alfalfa al finalizar el contrato, siendo de cuenta del establecimiento proporcionar la semilla de alfalfa”<sup>11</sup>.

Los cultivos iniciados en gran escala en favor de la ganadería, siguiendo este sistema, particularmente en Rojas y Pergamino, se extendieron con rapidez hasta Junín y casi toda la región del noroeste de la provincia de Buenos Aires, y luego al resto del litoral. En la marcha de este proceso, es menester destacar la falta de aptitudes de los ganaderos para resolver por sí solos el problema de la creación de prados artificiales. El afán de innovar no era frecuente en ellos y se prefería seguir el camino ya trazado de antemano, por el hábito o una técnica elemental, heredados de muchas décadas atrás. El cambio, la alteración en los procesos de producción, ligados a las explotaciones rurales, no eran mirados con entusiasmo por los viejos hacendados. La actividad económica en general estaba regida en su comportamiento específico por un espíritu conservador, por una actitud tradicionalista y decididamente empírica. Estas modalidades del trabajo rural pudieron ser mantenidas hasta fines del siglo XIX. Pero era evidente a todas luces que la moderna zootecnia y los severos requisitos que no tardarían en imponer las exportaciones en gran escala o la competencia en el mercado internacional de carnes debían modificarlas por entero. Como era previsible, el ganadero no estaba preparado para afrontar la nueva situación, y el elemento criollo dedicado al trabajo de las estancias desconocía en absoluto los de la agricultura. Si la clase alta de origen ganadero quería en verdad salvar las bases de su riqueza, esas fuentes primarias de acumulación del capital, era menester que cambiara sus hábitos ancestrales y todo el sistema de actitudes. La inmigración masiva llega a fines del siglo XIX porque ese cambio se produjo, lo que fue más visible al comenzar la siguiente centuria<sup>12</sup>. Como quiera que se mire la naturaleza de esta profunda transformación —que implicaba, en parte, un

<sup>11</sup> DEL CARRIL, BENIGNO: *Praderas de alfalfa*. En: “Anales de la Sociedad Rural Argentina”, 1892, pág. 273.

<sup>12</sup> “En 1908, decía Godofredo Daireaux, la estancia argentina está todavía en pleno proceso de transformación. La mayor parte de los establecimientos, grandes o pequeños, se están volviendo puros alfalfares. La mayor parte de los propietarios dan su campo a colonos, por tres, cuatro o cinco años, durante los cuales éstos le pagarán como precio de arrendamiento, un tanto por ciento, del 7 al 15 % más o menos de su cosecha. En la estancia, pues, la agricultura no tiene más objeto que la creación de praderas artificiales en los campos vírgenes, pasando para ello por el cultivo momentáneo del trigo o del lino” (*La estancia argentina*. En: “Censo agropecuario nacional”. 1908, t. III).

## Tierra y colonización

proceso de modernización en el campo—, es preciso reconocer que la mano de obra italiana evitó a la aristocracia tradicional un derrumbe a breve plazo, tanto desde el punto de vista económico como social<sup>13</sup>. Esa mano de obra produjo los necesarios forrajes para los animales a ser exportados, y, de una manera indirecta, se generalizó el cultivo de los cereales, del lino y otras plantas, pero girando todas ellas en torno a la alfalfa, esto es, a la estancia. El inmigrante, que hasta esos momentos no había logrado franquear los límites de las zonas agrícolas comprendidas en los ejidos de los pueblos de la campaña, hallaría así la oportunidad de cultivar aquellas inmensas superficies que hasta esos años le habían sido vedadas por los ganaderos. El estanciero le ofrecerá una parte de su campo, a condición de que lo cultive con forrajes, y también con trigo y lino, sin desprenderse de su propiedad. La alfalfa, que es un cultivo más o menos permanente, se sembraba en el último año del contrato respectivo, luego de lo cual el colono podía ser despedido. Nada expresa mejor esta situación como el texto que se consigna seguidamente:

“Esta solución, fruto de las circunstancias, se transforma, con rapidez, en sistema que se generaliza. Adquiere el nombre *sui generis* de sistema por mediero, y no sólo resuelve el sistema del alfalfado, sino que se transforma en *factor único* en el avance de los cultivos. El nuevo sistema es adoptado por casi la totalidad de los ganaderos, y como existe escasez de “gringos”, empiezan las facilidades que se dan a los que quieren ir, suministrándoles animales de trabajo, abriéndoles créditos para la adquisición de implementos agrícolas, y como las condiciones son sumamente ventajosas, la afluencia de inmigrantes con el objeto de dedicarse a las faenas agrícolas aumenta de una manera vertiginosa. Es indudable que sólo por sus propios intereses los estancieros se vuelven tan hospitalarios con los millares de inmigrantes que vienen por consejo de los parientes que se hallan en el país o traídos por la propaganda que se efectúa en el extranjero”<sup>14</sup>.

La presencia masiva de una población inmigratoria en el medio rural comienza a ser, a partir de ese sistema, una realidad. La agricultura, limitada antes a las tierras de “pan llevar”, invadirá sin tardanza el campo de

<sup>13</sup> Poco se cultiva entre nosotros la historia comparada, dentro del contexto latinoamericano. Si se estudiara, por ejemplo, la situación crítica de las fazendas de café del estado de San Pablo, en Brasil, cuando en 1888 fueron liberados los esclavos, se vería que a partir de ese año la inmigración masiva de italianos salvó a la vieja aristocracia paulista de un derrumbe seguro. La mano de obra italiana reemplazó a la mano de obra esclava en los cafetales, los que se extendieron aún más mejorando la calidad del producto.

<sup>14</sup> TENEMBAUM, JUAN L.: Op. cit., pág. 49.

las estancias, cuya extensión se mide por millares de hectáreas. Empezaba así, y en todo el litoral, una nueva forma de colonización, al margen de la acción oficial, con características muy peculiares. Las viejas colonias fundadas en Santa Fe y Entre Ríos, por ejemplo, se enquistan o se urbanizan, pierden su significado histórico y hasta su razón de ser. Queda en claro, sin embargo, el hecho fundamental que recién cuando las viejas estructuras rurales debieron ser modificadas —en el aspecto comercial de la industria pecuaria—, para poder subsistir y desarrollar aún más su predominio, fue posible iniciar en la Argentina la era de la colonización y de la explotación agrícola en gran escala. Tanto la agricultura, como el nuevo tipo de trabajador rural, habían sido finalmente aceptados para servir únicamente a esas estructuras, a esos intereses de viejo cuño histórico, y no a otros. “El porvenir indicado de la República Argentina, se dice en 1901, es de ser una inmensa fábrica de carne, cuyo motor será la agricultura”<sup>15</sup>.

### III

El tipo de establecimiento de la población inmigratoria en las áreas rurales, el régimen, uso y división de la tierra, han tenido que depender en su evolución posterior de las estructuras básicas que le fueron impuestas, originariamente, por las nuevas modalidades adoptadas por la industria pecuaria a fines del siglo XIX. La misma agricultura extensiva fue una consecuencia de la ganadería extensiva. Si debemos admitir que ha existido en nuestra vida rural un grado tal de dependencia de la agricultura frente a la industria pecuaria, no queda sino reconocer, del mismo modo, una situación análoga de dependencia del agricultor —del inmigrante radicado en el campo—, respecto del terrateniente y del hacendado. La sujeción de la economía agrícola a la economía ganadera significó, en otros términos, una sujeción virtual e inevitable de la chacra a la estancia, del colono al ganadero. Hasta la naciente industria de los medios urbanos se subordina a los elementos constitutivos de ese proceso, la clase terrateniente y el estanciero le marcan, como a la agricultura, sus rasgos propios y su incontrastable fuerza histórica.

Al comenzar la agricultura extensiva en la provincia de Buenos Aires y casi todo el resto del litoral, se observa el siguiente fenómeno demográfico: las áreas de dispersión del elemento inmigratorio son cada vez mayores, mientras las distintas nacionalidades se diluyen en una masa considerable de colonos, cuyos caracteres étnicos resultarían difíciles de esta-

<sup>15</sup> DAIREAUX, GODOFREDO: *Manual del agricultor argentino*. Buenos Aires, 1901, pág. 114.

## Tierra y colonización

blecer con alguna precisión si pretendiéramos trazar líneas divisorias, con criterio ecológico, en un mapa. Es evidente que la agricultura, tal como ella se desarrollaba a fines del siglo XIX, era también una agricultura nómada, por el ininterrumpido proceso de desplazamiento de los inmigrantes en las zonas rurales de trabajo. Los diversos tipos de desplazamiento de este nuevo campesinado respondían, por lo general, a un mismo factor determinante: el régimen de la tierra. En Buenos Aires, con excepción de algunos pequeños grupos de orden local (ruso-alemanes en Olavarría, de dinamarqueses en Tandil y partidos más próximos, de suizos en Baradero y de franceses en Pigüé) no existían sino chacras individuales y dispersas. Por lo demás, las características de estas unidades agrícolas aisladas, representadas por lo regular por una vivienda de emergencia, de uso precario, no tenían casi ningún punto de contacto con la típica granja de otros países, dotadas generalmente de construcciones sólidas y permanentes, de animales propios de trabajo, de pequeños cultivos para el consumo doméstico, todo lo cual forma sin duda el hogar seguro y estable de las familias campesinas de larga tradición y dueñas del suelo. El tamaño de los terrenos que empezaban a cultivarse, y se cultivaron mucho más tarde, era suficiente para mostrar, por sí solo, la situación de total aislamiento en que se encontraban los labradores, sin mencionar los problemas de aculturación. La chacra, después de todo, no era más que el campo cultivado. Los contratos de arrendamiento, de breve duración, no permitían construir nada para el futuro, para un futuro incierto. Los contratos de arrendamiento en Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, tenían en 1914 la siguiente duración:

Duración de los contratos	Buenos Aires	Santa Fe	Córdoba
Menos de 3 años .....	54,8	62,6	42,7
De 3 años .....	16,0	14,8	15,0
De 4 años .....	13,5	10,4	13,5
De 5 años .....	10,7	8,4	19,2
De más de 5 años .....	5,0	3,8	9,6

FUENTE: Tercer Censo Nacional, 1914.

La provincia de Córdoba era la que ofrecía en ese año contratos algo más ventajosos, desde el punto de vista de la duración de los mismos. En

efecto, los contratos de 5 y más años representaban el 28,8 del total, mientras que en Buenos Aires representaban el 15,7, y en Santa Fe el 12,2 %. Por consiguiente, los que tenían una duración de cuatro años y menos, daban los siguientes porcentajes: 71,2, 84,3 y 87,8, respectivamente. No se pueden leer estas cifras porcentuales sin experimentar asombro. Ellas son suficientes para explicar lo que se ha denominado agricultura nómada en toda la pampa húmeda. La agricultura nómada y la agricultura de rapiña tenían su origen en este sistema de tenencia de la tierra. El precio del arrendamiento, por su parte, mostraba un cuadro similar en el año 1914, como se demuestra a través de las siguientes cifras relativas:

Precio de arrendamiento	Buenos Aires	Santa Fe	Córdoba
Menos de 5 pesos la hectárea .....	2,8	1,4	3,9
De 5 a 10 pesos la hectárea .....	18,2	3,3	6,1
De 11 a 20 pesos la hectárea .....	23,3	13,3	5,8
De 21 a 30 pesos la hectárea ...	12,2	12,8	2,3
De más de 30 pesos la hectárea .....	10,8	8,4	4,7
Al 10 % de la cosecha ...	0,4	0,4	1,3
Al 20 % de la cosecha .....	11,3	11,2	50,1
Al 30 % de la cosecha .....	10,4	37,4	23,4
De más del 30 % de la cosecha	10,6	11,8	2,4
	100,0	100,0	100,0

FUENTE: Tercer Censo Nacional, 1914.

En la provincia de Buenos Aires la totalidad de los contratos de arrendamiento con pago en dinero efectivo representaban el 67,3 %, y los que se pagaban con un tanto por ciento de la cosecha el 32,7 %. En Santa Fe las proporciones eran del 39,2 y del 60,8 %, mientras que en Córdoba eran del 22,8 y del 77,2 %. Resulta fácil advertir, en consecuencia, que la colonización en tierras de propiedad privada, comercial, directa y sobre la base del arrendamiento al tanto por ciento de la cosecha, se había generalizado mucho más en la provincia de Córdoba. Para la gran mayoría de los colonos que carecían de un pequeño capital, estas formas contractuales tenían sin duda caracteres más ventajosos, y esto explica en parte el

## **Tierra y colonización**

rápido desarrollo alcanzado por los cultivos en esta provincia. Se comprueba también que tanto por la duración de los contratos, como por la forma de pago estipulada en los mismos, Córdoba ofrecía a los inmigrantes condiciones de trabajo algo más tentadoras que el resto de la región de los cereales. La conclusión más clara que puede extraerse de todo esto es la constante valorización de la tierra y el subido precio de los arrendamientos. Esto hizo que en 1912, por ejemplo, se haya producido una huelga general de agricultores (el denominado "Grito de Alcorta"), y que el gobierno tuviera que intervenir para lograr un entendimiento entre colonos y terratenientes. El alza de los precios, con todo, no se detuvo, contribuyendo a fortalecer poderosamente la posición de los propietarios. Puede decirse que entonces ese valor aumentaba sin cesar por el aporte de la mano de obra de origen inmigratorio, por la presencia en el campo de una población extranjera, en lugares donde pocos años antes los indios ejercían un dominio absoluto.

La incorporación de una enorme masa de trabajadores para las labores transitorias de la agricultura encareció considerablemente el costo de producción y trajo como consecuencia una sensible disminución en la ganancia líquida del colono. El mismo censo agropecuario de 1908 revelaba ya el crecido número de inmigrantes que se hallaban afectados a las tareas temporarias impuestas por una explotación de formas extensivas, tan opuestas a la unidad agrícola de tipo familiar. En las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, el personal ocupado durante las cosechas ascendía a 407.754 hombres, 33.276 mujeres y 32.389 niños. La sola mención de estas cifras es suficiente para demostrar que las unidades familiares representaban un porcentaje muy bajo, y que la mayoría de los trabajadores se trasladaban a la campaña sin sus familiares o estaba constituida por gentes que no los tenían aún. El caso particular de la provincia de Buenos Aires resulta más impresionante si se considera que el número de hombres era diez veces mayor que el de las mujeres y niños juntos. La composición del mismo personal ocupado todo el año en las explotaciones agrícolas no deja de llamar la atención por la notable desproporción entre el número de hombres y el de las mujeres y niños. La chacra familiar, explotada sólo por el colono y su familia, que había caracterizado la colonización de Santa Fe y Entre Ríos, por ejemplo, durante la primera época, fue reemplazada por una verdadera explotación empresaria con numerosa mano de obra asalariada. Se había creado todo un sistema para incorporar brazos, y nada más que brazos, para producir artículos exportables. Pocos agricultores se fijan a la tierra que trabajan y la llamada "inmigración golondrina" se generaliza en desmedro de nuestro desarrollo.

La época en que una provincia como Santa Fe podía ofrecer a los inmigrantes las ventajas de una colonización efectiva había cesado prácticamente a partir de 1890. Con la crisis económica y financiera de ese año la mayor parte de las empresas particulares de colonización quebraron, sus capitales se disolvieron y el negocio de dividir las tierras para ser vendidas a los agricultores no pudo ya realizarse con las mismas facilidades de antes. De este modo, la adquisición de terrenos para colonos sin capital sería tan problemática en Santa Fe como en cualquier otra zona del litoral. Una vez que la práctica del arrendamiento prevaleció frente al sistema de propiedad, el desarrollo de la agricultura y la radicación del elemento inmigratorio tenían que alcanzar, necesariamente, mayor intensidad en aquellos lugares que contaban con un mercado de arrendamiento más amplio y ventajoso, como ocurrió en diversas zonas de la provincia de Buenos Aires —particularmente en el sur y el oeste—, y también de Córdoba y la Pampa Central. Pero Buenos Aires se vería beneficiada por la rápida expansión de sus vías férreas, la importancia y comodidad de sus puertos, la existencia de mayores superficies de tierras vírgenes y apropiadas a la agricultura. En 1895 Santa Fe disponía de 3.301 kilómetros de vías férreas y Buenos Aires de 4.522 solamente, pero en 1914 las extensiones respectivas eran de 4.800 y 12.103 kilómetros. Como se ha sostenido muy bien, el desarrollo de la actividad colonizadora no se debía a las empresas de ferrocarril —que eran colonizadoras por la compra y entrega de la tierra en propiedad—, sino *al ferrocarril*, cuyas zonas tributarias se ensanchaban cada vez más. Las líneas de comunicación ferroviaria con una ciudad como Bahía Blanca, por ejemplo, dotada de un puerto que ofrecía las máximas ventajas para la exportación de los productos agropecuarios, permitió a la provincia de Buenos Aires colonizar una vasta región de influencia en el sur y el oeste. Por otra parte, los mayores capitales se concentraban en esta provincia, destinados a la comercialización de las cosechas al comenzar el siglo actual, hallándose empeñados en acelerar el ritmo de las explotaciones agrícolas como consecuencia de la creciente demanda impuesta por los mercados exteriores. Finalmente, la agricultura y la inmigración se vieron favorecidas en Buenos Aires por el vertiginoso derrumbe de la industria lanar. Hasta 1899, más o menos, el ganado ovino había experimentado un ininterrumpido ascenso que se traducía en el comercio de exportación de lana. Pero el precio del textil crudo, que justamente en ese año alcanzó una altura nunca igualada en el país, sufre una caída poco menos que vertical. Al mismo tiempo una epidemia de fiebre aftosa hizo los mayores estragos en las majadas. En casi toda la zona sudoeste las condiciones atmosféricas, traducidas en continuas lluvias, produjeron



## **Tierra y colonización**

grandes inundaciones y la pérdida de ovinos llegó entonces a la cantidad de 6.000.000 de cabezas. Mientras tanto el vacuno proporcionaba considerables beneficios económicos a los hacendados, y el sistema del arrendamiento con fines agrícolas, comenzaba a valorizar rápidamente las tierras. Como resultado de todo ello, se produce la liquidación inevitable de muchas majadas, quedando mayor espacio en las estancias para ubicar al ganado vacuno y extender la agricultura. De 52.630.000 ovejas con que contaba Buenos Aires en 1895 se llega a 34.605.000 en 1908. Puede decirse entonces que el desplazamiento y la pérdida de dieciocho millones de ovinos resolvió de una vez por todas el problema de una agricultura que reclamaba con insistencia las más vastas superficies para su explotación<sup>16</sup>.

Las nuevas formas adoptadas por la colonización en todo el litoral, a partir de esos años, fueron totalmente extrañas a todo tipo de reglamentación oficial. Esta ausencia de normas legales liberó al propietario de la tierra de compromisos con el colono. No existía ninguna ley, digna de mencionarse, que fijara responsabilidades al supuesto "colonizador" y asegurase la estabilidad y bienestar del agricultor. Los mismos datos que hemos anotado sobre la duración de los contratos de arrendamiento, señalan a través de sus términos la libertad de decidir sobre las propias conveniencias de que hacía uso el dueño de la tierra. Por lo demás, en una elevada proporción, estos contratos no eran formales ni se suscribían ante escribano público. Generalmente el dueño del campo otorgaba un permiso verbal al inmigrante para que cultivase un determinado número de hectáreas, atento solamente a sus propios intereses y necesidades. La colonización se había transformado así en un mero sistema de explotación agrícola, enteramente libre y directo, de arrendamiento rural con fines comerciales. En los casos en que el agricultor debía pagar el uso de la tierra con un porcentaje de la cosecha, el propietario se desligaba de todo compromiso frente a las posibles pérdidas que pudieran sufrir los sembrados<sup>17</sup>. Para dar al sistema

<sup>16</sup> Véase GIBSON, HERIBERTO: *La evolución ganadera*. En: Censo agropecuario de 1908, t. III, p. 84.

<sup>17</sup> "Los terratenientes y los empresarios de colonización, decía Emilio Lahitte, son muy dueños de hacer con sus tierras y sus capitales lo que mejor les convenga, pero también se encuentran en estas condiciones las sociedades anónimas y sin embargo la ley las sujeta a la aprobación de sus estatutos por el Poder Ejecutivo, o la inspección oficial y especiales disposiciones legales. Las empresas de ferrocarril y otras que afectan al interés público son también regidas por leyes especiales. ¿Por qué las empresas de colonización, la colonización particular no había de estar regida por disposiciones legales pertinentes? ¿Por qué la colonización se ha de hacer sin gobierno... más aún, contra los propósitos del gobierno y contra el interés nacional?" (LAHITTE, EMILIO: *La colonización y el conflicto agrario*. En: *Informes y Estudios*, ob. cit., 1912, pág. 224).

de colonización particular bases más justas se presentaron algunos proyectos tendientes a modificar el código civil. De acuerdo con los mismos, todo contrato al tanto por ciento de la cosecha debía ser considerado como "contrato de colonización particular", sujeto a prescripciones de orden legal. Pero ninguno de esos proyectos tuvo sanción legislativa.

#### IV

El sistema, como era previsible, debía impulsar los éxodos rurales en gran escala. Echando una mirada retrospectiva y comparando el resultado de los censos de 1869 y 1895, con datos sobre las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, se comprueba hasta qué punto la colonización contribuyó a nuestro desarrollo urbano, partiendo de dos causas diferentes. En efecto, al practicarse el censo de 1869 se reveló que la provincia de Santa Fe contaba solamente con seis centros de población que podían considerarse urbanos. En 1895, en cambio, el número de estos centros ascendía a ciento cuarenta y dos. Durante el mismo lapso, Buenos Aires pasó de cincuenta y uno a noventa y cuatro centros urbanos. Es verdaderamente asombroso que en el corto transcurso de algo más de dos décadas y media, la primera hubiese experimentado un proceso tan vertiginoso de urbanización, justamente en la época de su expansión agrícola. La explicación del fenómeno puede hallarse únicamente en el mismo sistema de colonización aplicado en su territorio, es decir, en la forma de establecimiento de la población inmigratoria dentro de las áreas rurales. No puede existir ninguna duda de que en su mayor parte los núcleos de población urbana formados entre 1869 y 1895 tuvieron su origen en las mismas colonias agrícolas. Por lo menos durante el transcurso de ese período puede decirse que el proceso de urbanización de Santa Fe resultó diametralmente opuesto al de Buenos Aires. En primer lugar, el crecimiento urbano de esta última debe ser visto, en lo fundamental, como el fruto de un continuo éxodo del campo hacia los pueblos y ciudades ya existentes. En otros términos, la población urbana de la provincia de Buenos Aires se acrecentó cuando el elemento inmigratorio, al perder toda posibilidad de radicarse en la campaña, se desplazó hacia las ciudades, en forma individual o como grupo heterogéneo. En Santa Fe, por el contrario, el núcleo urbano se constituyó la mayoría de las veces, a través de la colectividad agrícola integrada por la colonia, cuando ésta fue adquiriendo mayor densidad y cuando la propiedad de la tierra, muy subdividida en pequeños lotes, aseguró una permanencia definitiva en el lugar. En consecuencia, podría muy bien asentarse la siguiente premisa: el proceso de urbanización aparece en Santa

## ***Tierra y colonización***

Fe, durante dicho lapso, como un resultado del éxito y desarrollo de su colonización, mientras que en Buenos Aires este mismo proceso surge como resultado del fracaso de su colonización agrícola. A partir de 1890, aproximadamente, estos éxodos de la campaña hacia las ciudades adquieren un carácter homogéneo en todo el litoral. La rigidez de las estructuras rurales arrojó centenares de miles de hombres a las ciudades, la ciudad de Buenos Aires fue el caso típico para toda la república, y Rosario para el caso particular de Santa Fe.

De esta manera, y por una singular paradoja, las viejas estructuras rurales contribuyeron, indirectamente, al proceso de modernización de la Argentina, sobre todo si identificamos ese fenómeno con el de urbanización. Verdad es también que, por otra parte, en las primeras décadas del siglo XX el campo se mecanizaba más rápidamente, que la agricultura se practicaba con procedimientos más avanzados y que en las mismas cabañas, tanto la cría como la mejora de las razas, se iban acentuando en forma notable. Pero toda esta organización agraria, dotada de algunos elementos modernos, estaba destinada como hemos dicho a satisfacer el vital renglón de las exportaciones. La expansión de una economía volcada por entero hacia el mercado interno fue vista como una necesidad por unos pocos espíritus clarividentes. La Argentina en este aspecto de su desarrollo económico seguía las huellas de sus hermanas dentro del contexto latinoamericano. El continuo deterioro en los términos del intercambio no sería motivo suficiente para modificar el rumbo de la economía y propender a una colonización efectiva y a un serio proceso de industrialización. Cambio que debió producirse después de 1930, cuando la crisis mundial y la detención de las grandes corrientes inmigratorias mostraron que era impostergable transformar radicalmente el curso de los acontecimientos y dilatar las posibilidades internas del país a través de un desarrollo integrado y autónomo.

La política inmigratoria y colonizadora operó en las zonas rurales nuevas formas de estratificación social que, particularmente para el período 1890-1930, no han sido vistas con suficiente claridad. La falta de conceptos y de una sistematización de ideas al respecto obedece a dos motivos fundamentales. Por una parte, la realidad misma mostraba entonces rasgos imprecisos, heterogéneos, acaso por estar sometida a cambios vertiginosos, y, por otra, se ha carecido hasta ahora de un conocimiento histórico adecuado, capaz de señalar sus verdaderas modalidades con la mayor objetividad posible, facilitando ciertos marcos de referencia o perspectivas susceptibles al mismo tiempo de verificación documental y empírica. Por lo

demás, el criterio que podría seguirse para graduar las distancias o posiciones alcanzadas por los sectores inmigratorios, en estas zonas rurales, no podría hacerse mediante la aplicación de conceptos que sólo son válidos para sociedades agrarias de mayor rigidez estructural. La realidad muestra durante el período estudiado una serie inconexa de segmentos yuxtapuestos, antes que una estructura social claramente definida. Entre las distintas capas o estratos sociales, compuesta por inmigrantes, no se advierten mayormente las interrelaciones que podrían ligar a sus miembros, desde el punto de vista de los criterios comúnmente utilizados en la definición de un sistema de clases. Esto era sobre todo visible en las capas de mayor volumen demográfico. Se advertía en ellas no sólo la falta de cierto grado de cohesión y homogeneidad, sino también de continuidad en la rigidez que caracteriza o tipifica una clase social. La masa de la población rural, integrada en un elevado porcentaje de inmigrantes o descendientes en segunda generación, revestía los rasgos de un conglomerado informe, inconexo y disperso. Los diversos tipos de movilidad social, en sentido horizontal y vertical, constituían los hechos de mayor frecuencia dentro de esa masa indiscriminada, pero también, y acaso de un modo más decisivo, los tipos varios de desplazamiento antes mencionados. En este sentido, puede decirse que los grupos de origen inmigratorio no lograron disolver las estructuras rurales preexistentes, no hallaron una coyuntura histórica favorable que les permitiera reemplazarla por otra, de acuerdo con sus propias conveniencias, expectativas e intereses. La distribución diferencial del poder económico, fundado en la propiedad del suelo, había sido precedida, en este sentido, por una distribución diferencial del poder político, el rango, honor y prestigio sociales. Consecuentemente, el criterio para graduar las distancias o posiciones que grupos extraños podrían alcanzar algún día, dentro de una sociedad sometida a cambios radicales, fue prontamente establecido y fijado con la máxima rigidez. De esta manera quedaba limitada la posibilidad de todo fácil acceso a la propiedad territorial, por parte de los "recién llegados", en tanto esta forma de dominio podía significar un factor peligroso de poder. En la medida en que la élite pudo esgrimir, con indudable eficacia, el derecho intransferible a conservar una situación de prioridad y mantenimiento de estos objetivos económicos, procedió con la mayor rapidez a la clausura interna del grupo mediante ciertas limitaciones impuestas al matrimonio con inmigrantes, el estrechamiento de los lazos sociales entre sus miembros y los vínculos de sangre, como así también a través de una comunidad de ideales y de valores tradicionales e históricos. Un hermetismo de tal índole debía ser suficiente, sin duda, para impedir que la élite se destruyera a sí misma en una pluralidad

## **Tierra y colonización**

de direcciones, intereses económicos distintos y rasgos antagónicos de carácter, culturales o étnicos, que podrían derivarse del espíritu de empresa, capacidad de trabajo, formas ocupacionales y expectativas de los núcleos extranjeros en general. Así, este conjunto de normas convencionales, ligado a un tipo de existencia o estilo peculiar de vida y honor social, dentro de un contexto histórico en escala nacional, significó una manera, tácita o explícita al mismo tiempo, de regular las cuotas de ingreso a la clase alta. Indirectamente, este hecho llegó a afectar a niveles económico-sociales mucho más modestos, los que se tornaron de difícil acceso para la mayoría de los inmigrantes radicados en las áreas rurales.

La incidencia de estos factores ligados al poder, en todas sus manifestaciones, y al prestigio social, tuvo alcances más decisivos en la vida rural que en la vida urbana. En las ciudades, en efecto, los niveles económico-sociales más altos —con exclusión del de la élite—, fueron efectivamente alcanzados por los inmigrantes, dentro de cauces más dilatados y mayores oportunidades de vida. El cambio de su estructura económica pudo significar, correlativamente, un cambio en la estructura social. Ello hizo posible, por ejemplo, la formación de una burguesía urbana y moderna, antes desconocida, y cuyo espíritu de empresa, éxito en los negocios, en las actividades comerciales e industriales, lograría determinar una nueva situación social de conjunto en que la riqueza y las nuevas fuerzas o recursos del capital, acumulado *desde abajo*, por gran número de inmigrantes, desempeñaran en poco tiempo un papel decisivo en las actitudes y los cambios estructurales. En los centros urbanos la clase alta tradicional no tuvo interés alguno en competir con esos grupos dentro de un campo de posibilidades económicas que, por su mismo estilo de vida, había desdeñado de antemano y en que no podían existir ciertos y determinados factores de prestigio, inherentes a la posición social que la diferenciaba del “recién llegado”. Se desprende de esta circunstancia histórica que la burguesía urbana de nuevo cuño, de origen inmigratorio, logró concentrar en sus manos gran parte del poder económico, incluso los terrenos edilicios; pero en las zonas rurales el antiguo patriciado criollo había logrado monopolizar, desde tiempo atrás, la propiedad territorial, como algo más positivo para su estabilidad como élite.

Es obvio señalar, asimismo, que aparte de los hechos que se han mencionado, el ascenso social y mayor bienestar de la población inmigratoria radicada en la campaña estuvieron limitados por la falta de oportunidades en materia cultural y de enseñanza. Estas oportunidades, de que gozaron ampliamente las colectividades extranjeras de los centros urbanos, le estu-

vieron en gran parte vedadas a las familias colonizadoras. Los agricultores carecieron por lo general de los medios de conocimiento, a veces más elementales, aplicados al trabajo agrícola y a los métodos de cultivo más modernos, que diversas instituciones públicas y privadas suministraban, en cambio, a los encargados de las explotaciones ganaderas. Tratábase, por consiguiente, de una situación de verdadera inferioridad, que afectaba la vida de los grupos familiares, y, en especial, la educación y el futuro de los hijos, acentuada aún más por la forma de establecimiento de la población inmigratoria o sistema de unidades agrícolas dispersas, la agricultura extensiva e inestabilidad permanente del agricultor sometido al régimen generalizado de los arrendamientos a corto plazo. En las ciudades, los inmigrantes habían podido agruparse de acuerdo con la nacionalidad, intereses económicos, objetivos culturales y sociales comunes. Las colectividades extranjeras lograron integrar a una gran mayoría de sus miembros dentro de organizaciones homogéneas, dotadas de cohesión interna y sólidos vínculos de solidaridad. Los núcleos comparables a estas agrupaciones urbanas estuvieron representados en el campo por las "colonias" que se organizaron durante algún tiempo en el litoral, pero con raras excepciones en la provincia de Buenos Aires. Lo mismo que en los centros urbanos, los agrupamientos rurales de esta índole contribuyen, sin duda, a mantener por cierto tiempo la fidelidad de los colonos a las tradiciones culturales del país de origen, que un proceso de adaptación y asimilación debía disolver más tarde. El sistema de colonias agrícolas hizo posible, en ciertos casos, la aplicación de medidas oficiales de protección y el establecimiento de centros de enseñanza; pero a partir de 1890, aproximadamente, tanto el reclutamiento individual de los agricultores como el sistema de chacra dispersa hicieron impracticable una acción de este carácter. No obstante, el proceso de asimilación y de aculturación adquirió entonces un ritmo mucho más acelerado que durante la época de las colonias, por la falta de contactos recíprocos y vecindad entre las familias colonizadoras.

Atendiendo al carácter de algunas actitudes vinculadas a los objetivos económicos, principalmente al afán de rápido enriquecimiento, la inmensa mayoría de los sectores inmigratorios radicados en el campo fue juzgada con indudable severidad y también con injusticia. Hasta comienzos del siglo actual, los rasgos psicológicos y nacionales de estos grupos fueron estudiados desde el punto de vista racial, naturalista o positivista de la época, sobre todo por los que hablaban de la necesidad de traer a nuestro territorio trabajadores *étnicamente superiores*. Los factores históricos y culturales no fueron tenidos en cuenta para interpretar los fenómenos de la personalidad que en nuestros inmigrantes podían acusar signos negativos.

## ***Tierra y colonización***

No se consideró la posibilidad de *orientar un sistema de actitudes* hacia los objetivos deseables y más modernos. No se crearon las instituciones ni los medios necesarios para plasmar y reacondicionar la conducta social de muchos de los colonos radicados en el campo, como ocurría en casi todos los países europeos y en los Estados Unidos. Durante los años en que la colonización terminó siendo una empresa meramente comercial, los fines perseguidos no eran ni podrían ser otros que la simple valorización de la tierra de propiedad privada, y la preparación del suelo para la producción de ganados de mejor calidad. La rápida expansión del mercado exterior, con la demanda al parecer ilimitada de nuestros productos agropecuarios, habían conducido las actitudes en general, sin mayores distinguos, hacia la formación de un espíritu puramente mercantil y la ganancia como un fin en sí misma. Puede agregarse, como corolario, que las grandes extensiones de tierras fértiles a cultivarse tuvieron muchas veces el tipo de agricultor extranjero que imponían tanto su régimen como las circunstancias históricas y sociales. Y esto equivale a expresar también que por sus peculiares características la demanda debía crear, en un mercado heterogéneo e indiscriminado de trabajo, el valor correlativo o razonable de la oferta.





Dibujo en tinta china (1965), por CÉSAR LÓPEZ OSORNIO.



EL PROCESO DE MODERNIZACION DE LA ARGENTINA  
(1880 - 1930)

**LA VARIABLE SOCIAL**

---

1. EL CONTEXTO ESTRUCTURAL DE LA  
ESTRATIFICACIÓN SOCIAL

por los Profs. HORACIO PEREYRA y  
ALFREDO PUCCIARELLI

2. LOS CAMBIOS EN EL MODO DE VIDA

por el Lic. JOSÉ PARADISO



# El contexto estructural de la estratificación social

HORACIO PEREYRA y ALFREDO PUCCIARELLI

## I. MODELO PRÓVISORIO DE LA ESTRUCTURA SOCIAL ARGENTINA EN EL PERÍODO 1880-1930

### 1. *Consideraciones metodológicas.*

EN LOS NUMEROS 17 y 19 de esta revista el lector podrá encontrar amplias referencias acerca del profesor Horacio J. Pereyra, director del departamento de ciencias sociales de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de La Plata y profesor titular de sociología en la Facultad de Humanidades de la misma universidad. Su colaborador, prof. Alfredo Pucciarelli (1935), se graduó en filosofía en 1963 en la Universidad de La Plata. Es profesor titular de introducción a las ciencias sociales en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Provincial de Mar del Plata y jefe de trabajos prácticos de sociología en la Facultad de Humanidades de La Plata. Asesor social en el programa de desarrollo de la Región del Comahue. Ha publicado diversos trabajos sobre temas de investigación social y educacional, y conferencias sobre asuntos afines.

DEBIDO a que este trabajo es parte de una investigación aún en vías de realización, la exposición estará basada en ciertas hipótesis, las cuales, discutidas o no, han logrado alto margen de comprobación y permiten la articulación de un conjunto de elementos fundamentales para la elaboración del modelo. Aportes posteriores confirmarán la validez del mismo. La necesidad de caracterizar una época histórica con criterio sociológico, plantea la difícil tarea de lograr un método que permita distinguir los fenómenos sociales fundamentales, que como tales, constituyen la base organizativa de la sociedad. Estos fenómenos "privilegiados" tienen las siguientes cualidades: 1) se mantienen relativamente estables en el desarrollo histórico argentino a partir de la época de la Independencia; 2) condicionan —en tanto actúan en última instancia— al resto de fenómenos sociales, y 3) pueden modificarse cuantitativamente pero, para el análisis, interesan las modificaciones que afecten su relación funcional dentro de la estructura. Para la construcción

del modelo dichos fenómenos tienen el carácter de variables estructurales. Asimismo cada una de estas variables pueden ser analizadas como “estructuras parciales”, puesto que en sí están constituidas por un conjunto de elementos que mantienen una relación interna dinámica de ajuste y desajuste, y que a su vez, se relacionan con otras estructuras. Esto permitirá evaluar en qué medida —como consecuencia de la dinámica histórica— la agregación de nuevos elementos en la sociedad modifica las relaciones internas y externas y en qué grado algunas estructuras advierten mayor o menor permeabilidad. Aquí el estudio adquiere complejidad. Los fenómenos que tienen el carácter de estructurales, lo son respecto de una unidad de tiempo: el que transcurre entre la época de la Independencia y la crisis de 1929-1930. Los elementos que se agregan o generan están dentro de una unidad de tiempo menor, comprendida en la anterior, aproximadamente entre 1880 a 1914. En el análisis histórico estos últimos adquieren el carácter de fenómenos coyunturales. Si recurrimos a la teoría económica, ésta nos dirá que en un primer momento la estructura orienta a la coyuntura y que a largo plazo, todo se vuelve coyuntural.<sup>1</sup> Trasladadas al campo histórico, las relaciones entre fenómenos estructurales y fenómenos coyunturales nos permitirán advertir en qué medida se producen modificaciones que, a la postre, derivarán en un nuevo ordenamiento de la sociedad.

### 1.1 *La unidad de análisis.*

Delimitada cronológicamente la época por fechas aceptadas generalmente como marco dentro del cual se producen transformaciones, corresponde distinguir la unidad en tanto área, donde la concurrencia de las variables fundamentales definen un tipo de estructuración dominante para la sociedad global. Esto surge de la necesidad de estudiar nuestra sociedad contemplando su diferenciación interna y la existencia de relaciones de dominación entre partes desiguales.

Es obvio que en la Argentina, desde el punto de vista regional, no existe equilibrio y que la situación de privilegio de Buenos Aires y la Pampa Húmeda condicionan este hecho. Por otra parte, resulta innegable la relación entre Argentina y Europa que se establece a través de Buenos Aires. Por ello, y sin tratar de reducir el complejo de las relaciones

<sup>1</sup> ANDRÉ MARCHAL: *Estructuras y sistemas económicos*. Barcelona, Ed. Ariel, 1961.

## ***Estratificación social***

que caracterizan a una sociedad a un área geográfica, el conjunto de variables utilizadas para la elaboración del modelo tiene una concurrencia obligada en Buenos Aires, como área pivote, núcleo del conjunto de variables estructurales que afectan al resto de la sociedad.

### ***1.2 Urbanización y modernización.***

La teoría sociológica establece una íntima conexión entre estos dos conceptos. Conviene una aclaración sobre el significado del término modernización, puesto que es común identificar cambio social con modernización y urbanización y en general esto se advierte en la literatura sociológica que estudia la sociedad argentina en el período 1880-1914. Así se entendería que esta época, en su dinámica, termina con la etapa denominada de la "sociedad tradicional" y genera cambios que introducen a la Argentina en la etapa de la "sociedad urbano-industrial". Este cambio se opera en virtud de un proceso de secularización que, según la exposición de Germani, es derivado de la modificación de partes y aspectos de la estructura social como consecuencia de la aceptación de una acción social de tipo electivo, del "despliegue institucional" y de la institucionalización del cambio.<sup>2</sup> El mismo autor expresa que la secularización se correlaciona —a través de índices— con la urbanización y el desarrollo económico, y aunque advierte que hay que contemplar las particularidades propias, históricas de cada sociedad, este esquema ha logrado vasta difusión y aceptación, dando lugar a deformaciones interpretativas.

Dos conceptos o criterios, a nuestro juicio, constituyen la base fundamental del error: 1) la aceptación de la "sociedad tradicional" como categoría universal, válida para las distintas historias nacionales. En este aspecto creemos que el concepto varía según el sistema económico y la situación, respecto de la distribución del poder, de las unidades nacionales que participan en él. En consecuencia, la situación que corresponde a una sociedad, difiere si la ubicamos en la época de predominio del capital comercial o en el siglo XIX, de plena expansión europea y primacía del capitalismo industrial y financiero. Al ser la secularización fruto de un proceso que parte de la sociedad tradicional para configurar la urbano-industrial, el condicionamiento de la primera varía según los

<sup>2</sup> Véase: GINO GERMANI: *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Ed. Paidós, 1962. Del mismo autor: *Urbanización, secularización y desarrollo económico*. Trabajos e investigaciones del Instituto de Sociología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Public. Interna n° 65.

casos á puntados. Esto adquiere mayor importancia si consideramos los factores externos que afectan a la sociedad tradicional, especialmente si los analizamos a través de las relaciones de dominación en el mercado internacional. Así, el pasaje varía según se parta de una unidad que genera los agentes del cambio o de la que sufre modificaciones por agentes externos. 2) la ciudad y el proceso de urbanización es considerada como agente fundamental de la modernización. La relación funcional entre lo urbano y la estructura social, difiere según niveles de desarrollo y grado de dependencia, y esto se hace evidente en el caso de la Argentina y la mayoría de países latinoamericanos de organización urbana temprana, por dos razones: a) porque la ciudad como organización es previa a lo rural; b) porque su función —en el caso de la gran ciudad, después metrópoli— está orientada desde afuera.

La teoría de la modernización, tal cual ha sido expresada en la mayoría de los estudios de la sociología contemporánea, debe ser restringida a los países de alto nivel de desarrollo. Creemos que en el caso de la Argentina, como país periférico de cambio exogenerado, la modernización afecta a elementos superestructurales advertibles fundamentalmente en Buenos Aires y área litoral, sin que ello suponga un cambio estructural.

Otro problema que es una constante en la sociedad argentina, por sobre la caracterización que se intenta establecer de la “sociedad tradicional” y la “urbano-industrial”, es su falta de homogeneidad, y en consecuencia de integración por la situación de predominio de Buenos Aires con respecto al resto del país. Este hecho condiciona el proceso histórico convirtiéndose Buenos Aires en un agente del dualismo estructural. A partir de esta situación, Buenos Aires y su área de influencia, ejercen una dominación sobre otras áreas que se agudiza en el período 1880-1914. Por ello, y reiterando conceptos anteriores, hacemos de la pampa húmeda y ciudad-puerto el pivote de nuestra historia y el sector de la sociedad argentina donde confluyen las variables estructurales para la elaboración del modelo.

### 1.3 Variables estructurales.

Las variables estructurales que consideramos aquí logran una articulación definida a partir de la década de 1870. Conforman un núcleo que para la sociedad global, actúa como un cuerpo autónomo respecto del cual las demás variables tienen una relación de dependencia. El núcleo está integrado de la siguiente manera:

## ***Estratificación social***

### ***1.3.1 Relaciones de dominación.***

Establecidas a través del mercado internacional entre las economías dominantes (especialmente Inglaterra) y la economía dominada: Argentina. Aceptamos la definición de Perroux en el sentido de que lo que él denomina “efecto de dominación” configura una relación disimétrica e irreversible.<sup>3</sup> Este efecto se amplía a su vez, por el “efecto de demostración” que le da una mayor magnitud al criterio de Perroux por entender que la dominación no debe limitarse al análisis de las relaciones a través del mercado internacional, sino también considerarlas respecto de las pautas de consumo, modos de vida, símbolos de prestigio, etc. Esta relación se establece a través de Buenos Aires, ciudad-puerto. Entendemos que es de suma importancia el estudio del “efecto de dominación” desde el punto de vista económico y sociocultural que se establece entre las economías dominantes sobre la sociedad argentina, donde Buenos Aires cumple la función de nexo. Asimismo y a modo de comentario, y desde este punto de vista, la sociología no ha sabido extraer experiencias de importancia para el estudio de los países subdesarrollados de la temática de la difusión cultural que, en Antropología, enriquece las relaciones entre culturas dadoras y culturas receptoras.

### ***1.3.2 Efecto de dominación de Buenos Aires (en su relación con la sociedad global).***

En función de su acción reguladora sobre el mercado interno, como polo de desarrollo primordialmente retardador, según la tesis de Gannagé<sup>4</sup>. Esta relación genera formas dualistas en la estructura social argentina, que se acentúan en la época que estudiamos por ser Buenos Aires el centro por donde se establece la dominación exterior, es decir, la relación establecida en el punto 1.3.1.

<sup>3</sup> FRANÇOIS PERROUX: *La economía del siglo XX*. Barcelona, Ed. Ariel, 1964.

<sup>4</sup> ELÍAS GANNAGÉ: *Economía del desarrollo*. Buenos Aires, Asociación de Economistas Argentinos, 1964. Este autor distingue lo que denomina como “efectos retardadores” y “efectos de propulsión”, referido a la función que cumplen los centros regionales de crecimiento sobre el resto del territorio. Estimamos que uno u otro efecto no se dan con exclusividad, pero sí que el efecto retardador predomina con las consiguientes consecuencias para el desarrollo argentino.

### 1.3.3 Predominio de la actividad agrícola-ganadera.

Sobre las otras actividades económicas y orientada hacia las necesidades de las economías dominantes. El sector se caracteriza por un sistema de explotación extensivo. Según lo muestran en distintos trabajos Bagú, Scobie, Giberti y Gori, el área de la pampa húmeda estaba dominada por grandes terratenientes o propietarios de grandes extensiones que no siempre explotaban personalmente la tierra. Remitimos al lector a la lectura de los trabajos citados donde se fundamenta la significación que adquiere la propiedad de la gran extensión y la falta de permeabilidad de esta estructura que en la sociedad rural contrasta con cambios de la sociedad urbana. Así, se podrá advertir que el arrendatario, el mediero, y otras formas intermedias que no afectan la propiedad proliferan en el período, sin que esto suponga una alteración profunda en las relaciones de producción.<sup>5</sup>

### 1.3.4 Clase alta.

Relativamente flexible por no existir una aristocracia secular y para posibilitar el reclutamiento de nuevos miembros. Integrada por grandes propietarios agrícolas, titulares de la Banca y del comercio de exportación, miembros de grandes sociedades anónimas y profesionales de prestigio reconocido. Salvo raras excepciones —como corresponde al tipo de articulación con las otras variables— predominan en las actividades agrícola-ganaderas y servicios, especialmente en comercio y finanzas. Algunos, no todos, consolidan su poder en el desempeño político. Aunque esto

<sup>5</sup> GASTÓN GORI: *El pan nuestro*. Buenos Aires, Ed. Galatea, 1958. Este autor calcula en forma global que el 69 % de los inmigrantes incorporados por el proceso de colonización no alcanzaron la propiedad de la tierra.

JAMES R. SCOBIE: *Una revolución agrícola en la Argentina*, en: *Desarrollo Económico*, abril-septiembre 1953, Vol. 3, Nros. 1-2, dice: "En 1903, solamente un 39 por ciento de los campesinos de Santa Fe y Buenos Aires eran propietarios de su tierra. Sin embargo, seis años más tarde, a medida que los cultivos anuales se expandieron hacia el sur y oeste de las pampas, la proporción de propietarios llegó a declinar a un 37 por ciento en Santa Fe y a un 26 por ciento en Buenos Aires —y esto a pesar de haberse triplicado el número de establecimientos." A su vez: SERGIO BAGÚ: *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, Publicación del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, año 1961, opina lo siguiente sobre la actitud del Estado respecto a las tierras públicas: "El Estado utilizó la tierra pública para acrecentar el haber de los propietarios territoriales ya establecidos, para crear otros nuevos y para pagar servicios militares. Intentó inclusive solucionar con su venta en Europa en gran escala la crisis iniciada en 1890."



## *Estratificación social*

requiere una confirmación por vía empírica, creemos que la mayoría de los miembros de la clase alta no tienen participación activa en política; vía inversa, algunos profesionales, sobre todo abogados, logran su incorporación a la clase por el peldaño de la política. En la época surgen o se consolidan las instituciones de exclusividad de la clase: "Club del Progreso", "Jockey Club", "Sociedad Rural", etc.

### *1.3.5 Ideología liberal.*

Entendida como estructura de encuadramiento, cohesiona los grupos a través de un sistema de ideas-creencias, que difundidas y expresadas por un aparato periodístico que en el Buenos Aires de 1914 era comparable al de Nueva York, conciliaba los intereses de la clase alta, los grupos financieros internacionales y el comercio exterior. A la vez, actuaba como orientación de la acción política en un Estado de neto corte liberal. La ideología liberal se constituyó en argumento de defensa de los "intereses creados", según la expresión de Parsons<sup>6</sup>, desempeñando en este caso una función latente que amparaba la clase alta.

Estas cinco variables estructurales no son exclusivas de la época que estudiamos. Se manifiestan genéticamente en 1810, logran una mayor definición cuando Rosas toma el poder en su segunda gobernación, pero se articulan —y aquí la singularidad del momento histórico— después de 1880 como respuesta a la situación coyuntural conjugada en Europa y que coincide con la Segunda Revolución Industrial. Que la coyuntura juegue un papel importante en Europa no significa que las mismas causas y efectos se den en la sociedad argentina; el hecho de que la relación Argentina-Europa se amplíe no supone que los elementos claves de la estructura varíen de posición y alteren sus proporciones. Así, la integración del país como productor de materias primas en el Mercado Internacional originará variaciones cuantitativas sin alterar la significación, el lugar privilegiado, que a cada una de las variables corresponde en la estructura del país. En consecuencia, el núcleo adquiere una mayor soli-

<sup>6</sup> TALCOTT PARSONS: *El sistema social*. Madrid, Ed. Revista de Occidente, 1966. Dice el autor al respecto: "Se trata fundamentalmente del interés en mantener la gratificación implicada en un sistema establecido de expectativas de rol, que son, dicho sea de paso, gratificaciones de disposiciones de necesidad, no de 'inclinaciones' en el puro sentido hedonístico. Claramente comprende el interés que está de acuerdo con las expectativas institucionalizadas, de tipo afectivamente neutral y, con frecuencia, moral". Más adelante agrega: "El fenómeno de los intereses creados puede ser tratado, en consecuencia, como parte constante del telón de fondo del problema del cambio social".

dez, su condicionamiento será más efectivo no obstante que la nueva situación pueda generar un “despliegue” institucional y una ampliación y especificación en el sistema de roles.

#### 1.4 Variables coyunturales.

Distinguiremos un conjunto de fenómenos que potencialmente, en el corto plazo, adquieren una significación tal que permiten prever, en virtud de la relación interfuncional entre variables, un cambio de la estructura en el largo plazo.

Entendemos que lo generado y/o agregado a la estructura, puede ser estudiado a partir de dos situaciones: a) por incorporación de nuevos elementos a través de una relación dentro del sistema internacional; b) o por lo generado como derivación de esta relación con elementos existentes en la estructura.

Asimismo, los nuevos elementos, pueden establecer una relación funcional o disfuncional respecto de las variables estructurales integradas en el núcleo. Serán funcionales cuando actúen como complementarias y disfuncionales, respecto del núcleo, cuando en primera instancia tiendan a alterar las relaciones entre dichas variables estructurales y de éstas con el resto de variables, por ejemplo, industrialización, surgimiento del movimiento obrero, etc.

Debemos aclarar que decimos potencialmente disfuncionales, de tal manera que la absorción o control de una disfuncionalidad en el proceso histórico, evidenciará la significación de las variables articuladas en el núcleo, como también su mayor o menor permeabilidad, y nos permitirá como última consecuencia, demostrar en qué aspecto el cambio resulta más aparente que real.

Las variables coyunturales serán consideradas dentro de estas cuatro categorías:

- a) Generadas por relación dentro del sistema internacional.
- b) Endogeneradas por la estructura.
- c) Funcionales de complementación.
- d) Potencialmente disfuncionales.

Las variables coyunturales son las siguientes:

## ***Estratificación social***

### **1.4.1 *La inmigración* [categorías a) y c)].**

Este es un caso típico mediante el cual puede ejemplificarse, en el caso argentino, cómo la estructura orienta y limita a la coyuntura.

Es sabido que Argentina recibió a partir de 1857 aproximadamente cuatro millones de extranjeros; la proporción de los que se agregan en años posteriores con respecto a la población nativa de 1857 es de 4 sobre 1. Según estima Bagú<sup>7</sup>, esta proporción es mayor que la que corresponde a Norteamérica en período similar, lo que muestra la magnitud del impacto inmigratorio en la Argentina, que alcanza mayor significación si consideramos que el condicionamiento interno obliga en primer término a la litorización del extranjero y, posteriormente, a partir de 1900 —en forma coincidente con la década de mayor saldo inmigratorio— a su urbanización.

No es objeto de esta exposición detallar el proceso inmigratorio en la Argentina, cuya bibliografía es de por sí extensa. Interesa consignar la relación funcional de la variable inmigración en su correspondencia a la formulación del modelo. Thomas<sup>8</sup>, en su trabajo sobre “Migraciones internacionales y desarrollo económico”, explica cómo durante el siglo XIX y principios del siglo XX existe una coincidencia entre la salida de población y de capital financiero desde las economías dominantes en dirección a los “espacios abiertos”, es decir a aquellos de baja densidad de población y alto potencial en la producción de materias primas. Este autor entiende que el desplazamiento fue orientado por Inglaterra en su carácter de economía dominante del siglo XIX y principios del XX. El capital financiero, volcado en inversiones sobre la infraestructura, actuaba de complemento de la actividad primaria y en función de las necesidades y beneficios del mercado y grupos financieros europeos. Dice textualmente Thomas: “Estas condiciones se realizaron en el sistema internacional del siglo XIX, y constituyeron un firme estabilizador automático en el sentido de que Gran Bretaña, el principal país acreedor, mantenía sus capitales en el circuito internacional, bien por medio de préstamos al extranjero, o por ascendentes importaciones. El mecanismo implicaba además una relación inversa entre la migración interna y la externa.” En definitiva, el autor concuerda con Myrdal, para quien en corresponden-

<sup>7</sup> SERGIO BAGÚ: *La clase media argentina*, en: *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*. Publicación de la Unión Panamericana, Tomo I, Buenos Aires, 1954.

<sup>8</sup> BRINLEY THOMAS: *Migración internacional y desarrollo económico*, UNESCO, 1961.

cia a este proceso los países subdesarrollados resultan víctimas de la división internacional del trabajo. Los países manufactureros son los beneficiarios directos, como asimismo los propietarios de tierras en la pampa húmeda, los pocos agricultores extranjeros que lograron la propiedad de la tierra y el grupo de comerciantes y financieros de actuación en Buenos Aires con el carácter de intermediarios.

El mantenimiento de un régimen de distribución de la tierra con alta proporción de arrendatarios extranjeros dedicados a la agricultura —según datos del censo de 1914—, la proletarización del inmigrante en las zonas urbanas y el surgimiento de una industria artesanal, fundamentalmente en manos de inmigrantes, constituye una muestra de cómo la estructura limitó las posibilidades de este fenómeno coyuntural.

En definitiva, la incorporación del inmigrante a las zonas rurales no alteró la situación de poder de la clase alta como propietaria de tierras y en sus vinculaciones con la comercialización. El sistema de explotación se favoreció con la incorporación de nuevas tierras, ciclo que según autores termina aproximadamente para 1920 y que permitió el crecimiento de beneficios en el sector primario, originando el mito del “país con un enorme potencial de recursos naturales y humanos, un país dotado providencialmente y que sólo requiere la puesta en explotación de sus recursos, para continuar un proceso de crecimiento sostenido”, según dice Cortés Conde en comentario a expresiones de Rodríguez Bustamante<sup>9</sup>.

#### 1.4.2 *Inversiones. Capital financiero* [categorías a) y c)].

La afluencia de grandes capitales comenzó en la década 1880-1890, dice Beveraggi-Allende<sup>10</sup>. Coincide esto con la apertura de lo que en la Argentina, a partir de 1880, llamamos inmigración masiva.

Hasta 1910 el capital invertido se estimaba aproximadamente en 2.256.500.000 pesos oro. La distribución que el autor citado hace por rubros muestra en forma inequívoca de qué manera la inversión se volcaba en el sector Estado e infraestructura. En los tres años subsiguientes se invirtieron otros 1.000.000.000 de pesos oro, que no alteraron el tipo de

<sup>9</sup> NORBERTO RODRÍGUEZ BUSTAMANTE Y OTROS: *Los intelectuales argentinos y su sociedad*, Buenos Aires, Ed. Libera, 1967.

<sup>10</sup> WALTER M. BEVERACCI ALLENDE: *El servicio del capital extranjero y el control de cambios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

### ***Estratificación social***

distribución. La primera Guerra Mundial permitió cancelar al país unos 200.000.000 de la deuda exterior, recomenzando luego a partir de 1920, la contratación de empréstitos. En forma global, desde 1913 hasta 1931, las nuevas inversiones extranjeras alcanzaron a otros 1.000.000.000 de pesos oro. Si bien se advierte a partir de 1920 una mayor participación en las inversiones por parte de Norteamérica, la situación de privilegio ostentada por Gran Bretaña no se altera, puesto que a ella corresponde más del 50 % de las inversiones totales desde 1910 a 1931. Este lugar de privilegio de Inglaterra corresponde al funcionamiento del sistema de división internacional del trabajo, donde dicho país como economía dominante, condicionaba las relaciones dentro del Mercado Internacional. Un gráfico del autor ya citado muestra las tendencias de la red ferroviaria en su expansión, del área sembrada y del valor de las exportaciones. Puede advertirse que el crecimiento y relación entre estas tres tendencias logra cierta estabilización entre 1920 y 1925, lo que concuerda con la opinión ya citada de otros autores, en el sentido de que la etapa de crecimiento del país se cierra aproximadamente en 1920, cuando se limita la acumulación de tierras para su explotación en la pampa húmeda. Por ello, y no obstante los beneficios logrados, en la década del 20, resultó al país sumamente difícil atender sus obligaciones financieras, “cada vez que no pudo obtener excedente suficiente en su balanza comercial o cuando no se contó con nuevas inversiones extranjeras en las proporciones necesarias”, dice Beveraggi-Allende. En este aspecto Cortés Conde<sup>11</sup> señala muy acertadamente, que al limitarse la incorporación de tierras el crecimiento se detuvo —y aquí el condicionamiento de lo estructural— y que faltó capacidad para optar por un modelo alternativo que ampliase la actividad productiva del país.

#### ***1.4.3 El proceso de industrialización [categorías b) y d)].***

Si las inversiones están ligadas directamente a la inversión y exportación, la industria emergente es una respuesta a necesidades del mercado interno, donde la población extranjera tuvo una activa participación. A simple vista, pareciera que el inmigrante se constituyó en agente directo de este nuevo sector de la actividad económica; el 85 % de los propietarios de industria, en 1895, era de origen extranjero.

<sup>11</sup> ROBERTO CORTÉS CONDE: *El modelo del progreso agropecuario indefinido y las resistencias ideológicas al cambio*, en Norberto Rodríguez Bustamante y otros: “Los intelectuales argentinos y su sociedad”.

El lector encontrará un análisis más detallado en la segunda parte del trabajo. Sin embargo, cabe considerar que las estadísticas han exagerado la significación del sector secundario. Por otro lado, la utilización de las categorías de Collin Clark<sup>12</sup>, no han sido tenidas en cuenta por distintos investigadores, y asimismo la aceptación del modelo de Clark que corresponde a sociedades desarrolladas resulta de difícil aplicación a sociedades en desarrollo. Este define a la industria como “la transformación continua, en gran escala, de materias primas en productos transportables”. Aclara que el adjetivo “continua” excluye procesos como confección de trabajos a mano, reparación de calzados y similares, es decir, excluye las actividades que comúnmente se denominan artesanales. Esto plantea una revisión de los criterios, puesto que en la clasificación de los sectores ocupacionales, el sector secundario figura con porcentajes muy amplios que, aparentemente, hacen suponer al lector no advertido un desarrollo que el país estaba muy lejos de alcanzar.<sup>13</sup>

Dorfman<sup>14</sup>, de enfoque más realista, dice que la industria desempeñó un papel secundario en el período 1895 a 1914 en comparación con el aumento y significación de las importaciones. Diferencia las industrias en las que, de acuerdo a su nivel técnico, define como fabriles y no fabriles. Las primeras, producen para un mercado y adquieren una organización que permite caracterizarla como empresas. Las segundas, son artesanales en manos de trabajadores que realizan su tarea por encargo y que aunque utilizan máquinas modernas en algunos casos, en general son deficientes.

Para 1914, alrededor del 50 % de los establecimientos eran considerados industrias fabriles; el resto estaba dentro de las categorías de las no fabriles. Dentro de las fabriles, existía un predominio por parte de las industrias extractivas, es decir aquellas que benefician el producto tal como viene del proceso inicial y que tienen un muy bajo grado de mecanización. Estas, fundamentalmente agropecuarias, —frigoríficos, moliendas de trigo, lavado de lanas— eran complementarias del sector primario. Las manufactureras, aquellas que tenían un alto nivel técnico y mayor importancia desde el punto de vista del crecimiento económico moderno, aparecían disminuidas en relación con las artesanales y extractivas. Dorfman, que no deja de significar que las industrias fabriles repre-

<sup>12</sup> COLIN CLARK: *Las condiciones del progreso económico*. Madrid, Alianza Editorial, 1967.

<sup>13</sup> Remitimos al lector a la parte II, punto 1.

<sup>14</sup> ADOLFO DORFMAN: *Evolución industrial argentina*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1942.

## ***Estratificación social***

sentan un “índice inequívoco del adelanto técnico nacional”, muestra el valor que comparativamente tienen las industrias extractivas a través del índice de producción por obrero: en éstas el término medio, según datos del censo de 1914, alcanzaba a \$ 7.000, para las manufactureras el índice se elevaba a \$ 4.200. Frigoríficos, ingenios, molienda, constituían las principales industrias e indicaban la complementareidad del sector secundario con el sector primario. Y agregaremos, siguiendo al mismo autor, que, si bien la Primera Guerra Mundial obligó a una restricción en las importaciones que favorecía a la industria local, posteriormente en 1923, la industria argentina abasteció al mercado interno en proporciones similares a 1913. El acrecentamiento de la capacidad productiva de las industrias alimenticias articuló intereses financieros internacionales con grupos financieros y ganaderos argentinos. En correspondencia con los intereses articulados los hombres que asesoraban al poder político mostraban una actitud negativa para la industria manufacturera. Uno de los personajes más talentosos del régimen, Joaquín V. González, tuvo como asesor a Juan Bialeto Massé, que no le iba en zaga en cuanto a capacidad de observación y a formulaciones sobre aspiraciones de progreso para el país; sin embargo obsérvense algunas reflexiones de este último. Consideraba a la burguesía industrial como “exótica”: “Apenas si empieza a entrar —decía— en la sociabilidad argentina, aunque avance con asoladores empujes, con podredumbres de enormes capitales que no vienen al país con otros anhelos que la conquista del dividendo”, agregando: “Aquí se trata de un pueblo ganadero y agricultor, sus industrias apenas nacen; aquí no hay más burgueses que algunos extranjeros de reciente formación, que se han enriquecido en industrias rudimentarias, salidos en general de la clase más pobre y plebeya de los inmigrantes, careciendo de toda ilustración que las rutinas de sus laboreos”.<sup>15</sup>

Bialeto Massé, asesor del ministro Joaquín V. González en la redacción del proyecto de Ley del Trabajo, muestra ideológicamente un rechazo a la incorporación de una actividad económica que podía poner a prueba la estructura “pastoril” de la sociedad argentina y, como consecuencia, promover el cambio.

<sup>15</sup> JUAN BIALETO MASSÉ: *El socialismo argentino. El espíritu de la Ley Nacional del Trabajo* (Conferencia dictada en la Biblioteca de la Universidad Nacional de Córdoba, el 27 de julio de 1904), Buenos Aires, Imprenta Adolfo Grau, 1904. Para una consideración más amplia, desde el punto de vista político, véase José Panetieri: “Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva en la Argentina 1870-1910”. Publicación del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata 1966; y Horacio J. Pereyra: “El hombre de Estado y el cambio social” en *Revista de la Universidad. Universidad Nacional de La Plata* (Número de homenaje a Joaquín V. González). Nº 17. La Plata, 1963.

#### 1.4.4 Partidos políticos. Sectores medios [categorías b) y d)].

Partimos de la hipótesis de que ante la imposibilidad de la formación de sectores medios significativos en las áreas rurales —como consecuencia de la rigidez del sistema de propiedad de la tierra— y de la debilidad del sector secundario para favorecer la conformación de un sector empresarial diferenciado del que actúa complementando a la actividad primaria, es a través de la ampliación del sector terciario que se facilita, fundamentalmente en los medios urbanos, el ascenso social mediante los canales que se abren en virtud del crecimiento de la burocracia estatal, del comercio al por menor, de las profesiones liberales, la burocracia financiera, la educación y otras actividades típicas del sector terciario. Una vez más la complementareidad se hace evidente. La ampliación del sistema de roles no origina una movilidad estructural en la Argentina por no estar ésta respaldada por una ruptura del sistema tradicional basado en el crecimiento industrial y, como derivación, una alteración del sistema de relaciones de producción. Por ello, la emergencia de sectores medios no origina situaciones de conflicto, no obstante la alteración del sistema de estratificación social.

En este aspecto, la llamada clase media argentina, en su origen surge con una relación de dependencia de la clase alta teniendo en ella su grupo de referencia. Por ello la aplicación del modelo de desarrollo de los países de crecimiento espontáneo y su consecuente transformación del sistema de estratificación social no puede ser aplicado al estudio de la sociedad argentina.

Sin embargo, los nuevos sectores habrían de coincidir con el nuevo proceso político abierto a partir de 1890. De los nuevos partidos políticos, el Radical fue el que logró una mayor aceptación a nivel electoral, sobre todo aquellas áreas que sufrieron modificaciones por aporte de la mano de obra extranjera.

Gallo y Sigal<sup>16</sup>, muestran cómo el reclutamiento de sus dirigentes corresponde a la clase alta y sectores medios, hecho que confería gran heterogeneidad al radicalismo en cuanto a las definiciones de sus cometidos políticos. No obstante, en un principio, planteó disidencias a la minoría

<sup>16</sup> SILVIA SIGAL Y EZEQUIEL GALLO (h.): *La formación de los partidos contemporáneos. La Unión Cívica Radical (1890-1916)*, en: *Desarrollo Económico*, abril-septiembre, 1963.



## ***Estratificación social***

que detentaba el poder haciendo suponer la posibilidad de un conflicto. Si en el análisis consideramos las características y origen de los dirigentes políticos del radicalismo y la base popular preferentemente urbana que constituía su potencial electoral, muy pocas posibilidades quedan para asignarle validez en cuanto al logro de transformaciones a largo plazo, como consecuencia del conflicto.

Dahrendorf observa que en la sociedad contemporánea el conflicto puede ser institucionalizado<sup>17</sup>. Ya en 1902, Joaquín V. González había inspirado una fórmula para absorber el conflicto mediante la Ley de Circunscripciones Electorales<sup>18</sup>. Posteriormente en 1912 la nueva Ley Electoral permitiría el ascenso al poder del partido de mayor importancia en el país. Sin juzgar los motivos que llevaron a una decisión de tal magnitud (nos referimos a la Ley Electoral) al observar la conducta política del radicalismo en el poder, entendemos que éste no dio lugar a situaciones conflictuales que alterasen las relaciones de las variables estructurales y su articulación.

En este aspecto hay coincidencia entre las funciones que al partido corresponden en su correlato con las aspiraciones de los sectores medios. En un último trabajo, un investigador norteamericano, Peter Smith<sup>19</sup>, en coincidencia con la tesis de Gallo y Sigal, expone de qué manera el Gobierno Radical no afectó los intereses ganaderos y cómo la Sociedad Rural influyó en la política económica del radicalismo. Dice el autor: "Estos informes, en conjunto, indican firmemente que los dirigentes radicales, reclutados entre los sectores de las clases alta y media, identificaron sus intereses con los de la aristocracia ganadera. En ese entonces —agrega— no plantearon ninguna oposición de clase media urbana a los orgullosos reyes de la carne". Aunque entendemos que esto requiere una más amplia información y demostración, en principio estos dos fenómenos coyunturales, sectores medios y Partido Radical, no alteraron la consistencia de las variables estructurales articuladas en el núcleo.

Cabe aclarar, al terminar esta exposición sobre las cinco variables coyunturales, que no se ha mencionado en forma expresa un fenómeno que,

<sup>17</sup> RALF DAHRENDORF: *Sociedad y libertad*, Madrid, Ed. Tecnos, S. A., 1966.

<sup>18</sup> HORACIO J. PEREYRA: *La reforma electoral del año 1902. Proyecto de Joaquín V. González*, en *Trabajos y Comunicaciones* n° 7, La Plata, 1957.

<sup>19</sup> PETER SMITH: *Los radicales argentinos y la defensa de los intereses ganaderos (1916-1930)*, en *Desarrollo Económico*, abril-junio, 1967, n° 25.

para algunos autores tiene el carácter de coyuntural y es el de crecimiento del saldo exportable argentino que permite la integración del país al Mercado Internacional. Sin descartar su significación, consideramos que el fenómeno está contenido en las variables estructurales y que si bien provoca alteraciones cuantitativas, no da origen a un cambio en las relaciones, por el contrario, tiende a darles una mayor solidez.

1.5 Las cinco variables coyunturales consideradas han sido clasificadas de la siguiente manera:

- a) *Generadas por relación dentro del sistema con funciones de complementación*: inmigración, inversiones y capital financiero.
- b) *Endogeneradas por la estructura y potencialmente disfuncionales*: industrialización, emergencia de sectores medios y partidos políticos.
- c) Aunque no ha sido tratado especialmente, debemos consignar la existencia de una tercera categoría que entendemos como: *Endogenerada por la estructura y con funciones de complementación*, donde ubicamos fundamentalmente al sector servicios, especialmente en sus ramas: comercio exterior, banca y sociedades anónimas, burocracia estatal, educación.

Si volvemos a los criterios enunciados al principio de esta monografía, y atentos a la distinción entre lo estructural y lo coyuntural, extraemos como consecuencia fundamental que en la descripción de este modelo, *lo estructural orienta y limita a lo coyuntural*; que los nuevos elementos agregados en la sociedad carecen de fuerza suficiente para provocar alteraciones a largo plazo. Por esta razón aceptamos en principio lo afirmado en la teoría económica por Marchal, en el sentido de que la estructura orienta en un primer momento a la coyuntura pero, advertimos que, en el análisis socio-histórico de la sociedad argentina entre 1880 y 1930, en el largo plazo, la estructura no se vuelve coyuntural. Por lo tanto, esta descripción basada en hipótesis nos permite elaborar el siguiente: *Modelo Provisorio de una sociedad de crecimiento con dependencia y sin cambio estructural*.

Diremos que en la sociedad argentina hay cinco variables estructurales, articuladas, que condicionan al resto de variables. A este conjunto lo denominamos *núcleo* y está integrado por: a) Relación de dominación ejer-

## ***Estratificación social***

cida a través del Mercado Internacional; b) Predominio de la actividad agrícola-ganadera, caracterizado por un sistema de explotación extensivo; c) Efecto de dominación de Buenos Aires como "polo de desarrollo retardador"; d) Clase alta, flexible en cuanto a la recepción de nuevos miembros, cerrada en cuanto a la alteración de la distribución del poder por transformaciones en las relaciones de producción; e) Ideología liberal, como estructura de encuadramiento.

La posibilidad de seguir con la investigación nos permitirá probar la validez de este modelo y enriquecerlo mediante el estudio de la mayor o menor flexibilidad y permeabilidad de las estructuras consideradas.

### ***1.6 Modelo de la estructura y clases sociales.***

El modelo será utilizado como marco de referencia para el estudio de las clases sociales. De él surge con nitidez la clase alta diferenciada por la permanencia de factores que asignan prestigio y poder a sus miembros y por ocupar una situación polar en la estructura. Así como se puede distinguir a la clase alta, resulta mucho más difícil hacerlo con las otras que integran el sistema, fundamentalmente porque éstas están en un momento de gestación, condicionadas por las variables estructurales del modelo. Por ello, nos circunscribimos al estudio de las clases en la ciudad de Buenos Aires, donde según lo apuntado anteriormente, se articulan dichas variables estructurales.

La investigación socio-histórica restringe el número de criterios utilizados para evaluar las clases y su dinámica al eliminar la posibilidad de aplicar el método por encuesta. Sobre este tema, la teoría sociológica entiende que existen dos métodos y criterios que son denominados como objetivo y subjetivo.<sup>20</sup> El primero —que en sus fundamentos teóricos es el que más se relaciona con nuestro modelo de estructura— nos permite distinguir categorías socio-ocupacionales como elementos objetivos de base, los cuales no son suficientes para una caracterización global de la clase pero sí punto de partida para su estudio.

<sup>20</sup> KURT MAYER: *La teoría de las clases sociales*, en Estudios Sociológicos (Estratificación y movilidad sociales). Segundo Congreso Mundial de Sociología. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1953. Véase además Ruth Rosner Kornhauser: *La estratificación social según Warner y Seymour M. Lipset y Reinhard Bendix: Status Social y Estructura Social: un nuevo examen de datos e interpretaciones*, en: Boletín n° 15 del Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1959; y Gino Germani: *Clase social subjetiva e indicadores objetivos de estratificación*. Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, 1963.

Esto nos lleva a investigar las ocupaciones en dos niveles: a) según actividades económicas, dentro de las cuales se distinguen sectores superpuestos de acuerdo a la relación de dependencia o autonomía de la ocupación, al empleo y monto del capital, al nivel técnico y tipo de servicio; b) según categorías socio-ocupacionales, entendidas como sectores que dentro de un orden jerárquico, común a las distintas actividades económicas, en su superposición, nos aproximan al sistema de estratificación social.

La simple descripción de las categorías socio-ocupacionales en un momento dado, en la historia de la sociedad (como dato) daría lugar a un estudio estático de la estratificación, pero estudiadas esas categorías históricamente (como variable) como resultantes de modificaciones de la estructura, marco dentro del cual las clases se comportan como variables dependientes, metodológicamente el estudio de la estratificación se integra al modelo dinámico, histórico, de la sociedad global.

En este aspecto resulta significativo el aporte de Marx y la ampliación y mayor sistematización, de acuerdo a exigencias de la teoría sociológica actual, que formularan en primer término Weber y posteriormente Lipset y Bendix.<sup>21</sup> Estos últimos reconocen que objetivamente la población se estratifica de acuerdo a su posición económica, en relación con el mercado y con la producción de artículos materiales y de servicios, hecho que parte del sistema ocupacional como primer variable del análisis objetivo de la clase. A esta primer variable y por considerar el carácter multidimensional de la estratificación social, debemos agregar las variables status o prestigio y dominio, que evidentemente alcanzan alto grado de correlación con la primer variable, pero que en la medida en que la sociedad adquiere un mayor nivel de complejidad institucional y heterogeneidad en el sistema de roles, exige la integración del estudio mediante el cual se complemente la ocupación con la renta, nivel educacional, prestigio, poder y dominio, etc.

Los límites, de los cuales ya se ha advertido al lector al mencionarse que esta investigación es parte de otra de más largo aliento, nos han permitido considerar solamente la variable ocupación para la ciudad de Buenos Aires a través de los censos nacionales de 1895 y 1914 y censos de la ciudad de Buenos Aires de 1904 y 1910.

<sup>21</sup> Además de los trabajos citados de Mayer y Lipset y Bendix, consúltese MAX WEBER: *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

## II. ESTRUCTURA OCUPACIONAL Y CATEGORÍAS SOCIO-PROFESIONALES

### 2. *La teoría sobre la estructura ocupacional y sus limitaciones para el caso argentino.*

La mayor parte de los estudios referidos a la estructura ocupacional realizados hasta ahora, parten de la clásica división sectorial enunciada en forma sistemática por Colin Clark en 1940. Economistas y sociólogos han basado los análisis de su evolución reuniendo las diversas actividades del trabajo en tres grupos fundamentales: Agricultura, Industria y las demás actividades que no son agrícolas ni industriales.

Esta clasificación lleva implícito el manejo de varios criterios, que unas veces son usados simultáneamente y otras en forma alternativa. Una primera distinción descansa en la separación entre el sector productivo —agricultura e industria— y el sector improductivo, que reúne las actividades de distribución y servicios. Otro criterio, complementario del anterior, toma en cuenta la naturaleza del desempeño de las actividades: Agricultura e Industria reúnen fundamentalmente a los trabajadores manuales y el sector Servicios a los trabajadores intelectuales, aunque esta división entre trabajadores manuales e intelectuales es desmentida reiteradamente por la realidad.

Se puede afirmar que existe una cierta correspondencia entre los sectores y la naturaleza del desempeño de las actividades. En verdad, estas clasificaciones no descansan en ningún principio de explicación sistemática de la evolución de la estructura ocupacional, ni establecen relaciones profundas entre ella y la evolución de la actividad económica en su conjunto. Son criterios puramente convencionales, elaborados para establecer correlaciones simples y ubicar un marco común de referencia destinado a hacer estudios comparativos entre distintos países.

No ocurre lo mismo con la teoría enunciada por E. Fischer, recogida y sistematizada por C. Clark y desarrollada por otros autores, con el objeto de medir, a través de la estructura ocupacional, el grado de desarrollo obtenido por la estructura económica y las posibilidades de transformación futura, en función de los recursos humanos con que cuenta un país en un período histórico determinado.

La incidencia de la estructura económica sobre la estructura ocupacional, especialmente en la distribución y movilidad de la mano de obra en cada uno de los sectores, se opera por la mediación de factores

vinculados a las dos grandes categorías en que se divide la actividad económica: la producción y el consumo.

Según J. Fourastié<sup>22</sup>, los productos de valor económico lanzados a la relación de intercambio adquieren un "comportamiento" que es influenciado por la acción alternativa o conjunta de dos tipos de causas: el nivel de "la productividad media" que indica el comportamiento en materia de producción, y la ley de "elasticidad de la demanda", que determina el comportamiento en la esfera del consumo. Por la combinación de estos dos factores, puede caracterizarse a los sectores ocupacionales de la siguiente forma: en el sector I, los productos agropecuarios tienen un nivel medio de receptividad a la introducción de nuevos elementos técnicos y una demanda limitada; en el II, los productos manufacturados presentan los valores más altos de productividad y la demanda es de carácter elástico; el sector servicios manifiesta una receptividad casi nula hacia los elementos técnicos, pero son de consumo limitado.

El comportamiento de los productos de cada sector influye, entonces, sobre el monto global de la mano de obra ocupada en ellos y determina el ritmo y el momento de traslación horizontal o vertical de uno a otro, de acuerdo al grado de desarrollo en que se encuentran las fuerzas productivas y al nivel y composición de los ingresos medios por habitante. De esta manera, la composición de la estructura ocupacional se convierte en un indicador del grado de desarrollo y su evolución refleja la naturaleza de las transformaciones que se han operado en la estructura durante un período histórico determinado.

En última instancia, este criterio se utiliza para clasificar a través de estudios comparativos a las distintas sociedades nacionales según etapas de desarrollo, de acuerdo al porcentaje de mano de obra contenida por cada uno de los sectores ocupacionales. Así las sociedades con menor grado de desarrollo, ocupan la mayor parte de sus recursos humanos en el sector I, las que tienen un proceso de industrialización avanzado trasladan parte de ella al sector II y, en menor medida al terciario y las más desarrolladas, convierten al terciario en el sector más receptivo, a medida que el secundario va perdiendo plasticidad.

Sin embargo, esta ubicación de los países en distintas etapas de desarrollo por la composición de su estructura ocupacional, presenta las mismas limitaciones de todas las teorías encaminadas a universalizar los

<sup>22</sup> JEAN FOURASTIÉ: *La distribución de la mano de obra*, en: G. Friedmann y P. Naville: "Tratado de sociología del trabajo". México, Fondo de Cultura Económica, 1963. Tomo I. Del mismo autor: "La productivité" Paris, Presses Universitaires de France, 1952.

## ***Estratificación social***

resultados de experiencias extraídas de los estudios de las modificaciones históricas ocurridos en los países de desarrollo temprano, aunque por otra parte, estas categorías son en muchos casos estrechas y equivocadas para el estudio de su propio ámbito. Las etapas de desarrollo transitadas por estos países no se repiten en todos los casos y la naturaleza de sus transformaciones obedece a un conjunto de causas que no pueden ser trasladadas sin más a los que, por circunstancias más o menos comunes, quedaron relegados del proceso y que por el contrario, han sido permanentes tributarios de las relaciones de dominación que ellos les han impuesto. Un ejemplo lo da el análisis de la estructura ocupacional de nuestro país en 1914. En ese año, el sector primario contenía el 31 %, el secundario el 31,2 % y el terciario el 37,8 % de la población ocupada.<sup>23</sup> Para comparar, tomemos las ocupaciones en Francia, en el año 1955, que se distribuían del siguiente modo: primario, 28 %; secundario, 37 % y terciario 35 %.<sup>24</sup> Como se ve, son muy pocas las diferencias entre los dos países. Haciendo un uso no muy exagerado de esta teoría, nos sentiríamos tentados a deducir que la estructura económica de ambos, tiene características similares, incluso nos llamaría la atención que el terciario —receptor de población en la última etapa de desarrollo— es en Argentina más voluminoso que los dos restantes y además más importante que su similar en Francia. Es obvio que razonamientos de este tipo y muchos más que pueden conectarse lógicamente, no tienen ninguna validez debido a que el conocimiento empírico más rudimentario pone rápidamente en evidencia las profundas diferencias en cuanto al grado de desarrollo y a la

<sup>23</sup> GINO GERMANI: *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Raigal, 1955.

<sup>24</sup> ANDRÉ MARCHAL: *Obra cit.*

SERCIO BAGÚ: Hace una comparación similar comentando lo siguiente: "El símil nace de un simple equívoco. En la rama secundaria, el 37,7 por ciento en la Argentina en 1914 no cumple la misma función productiva que el 37,2 por ciento en la Francia de 1954". [Aclaramos que Bagú toma información para su comparación del trabajo de las Naciones Unidas: "Informe sobre la situación social en el mundo", Nueva York 1957, por lo que no existe la misma correspondencia con los datos expresados en el texto]. Agrega el autor citado: "El primero está distribuido entre numerosos talleres artesanales, pequeñas fábricas manufactureras y algunos grandes establecimientos de la época, todos ellos sin gran significación. En la rama terciaria, el 35,4 por ciento en la Argentina en 1914 tampoco cumple la misma función que el 35,3 por ciento de Francia en 1954". Por nuestra parte, nos parece conveniente advertir que en general, aceptar la clasificación de C. Clark sin un análisis pormenorizado de los sectores, origina una visión deformada de la sociedad argentina. Por ejemplo el Instituto Torcuato Di Tella en: "Informe preliminar sobre oferta de mano de obra especializada", Buenos Aires, 1962, estimaba los siguientes porcentajes por sectores para la población trabajadora: Sector primario: 29,1 por ciento; secundario: 33,7 por ciento; servicios: 37,2 por ciento. A simple vista, Argentina aparece como un país desarrollado, cuando la realidad muestra una deformación del sector terciario —que la misma publicación explica en una cita de la O.I.T.— y una exageración del sector secundario por no evaluarse debidamente la parte que corresponde a la industria de formas artesanales.

composición de la estructura interna que existe entre nuestro país en esa época y Francia en 1955, sociedad capitalista plenamente desarrollada que ejerció y ejerce relaciones de dominación sobre colonias y mercados en distintas partes del universo económico. Y todo ello es posible porque no se ha tomado debida cuenta de que los países con estructura dependiente han generado una conformación estructural muy singular, que impone —para conocerla con cierta profundidad— la elaboración de nuevos instrumentos teóricos que permitan poner de manifiesto la naturaleza de sus transformaciones históricas.

No entraremos aquí en el tratamiento de un tema harto difícil que por otra parte ha sido enunciado al principio de este trabajo. Nos basta por ahora con mostrar que el criterio tradicionalmente usado para estudiar la estructura de las ocupaciones y su relación con la producción económica y con la estratificación social, no se adapta a las exigencias de nuestro objeto de estudio. Como no podemos utilizar todavía una teoría de las ocupaciones que contemple todos los aspectos que hemos mencionado, nos limitaremos a describir la evolución de la estructura ocupacional en nuestro país repitiendo la clasificación que figura en la mayoría de los censos. Esta clasificación es tan arbitraria como las demás, pero a pesar de sus notorias imperfecciones, tiene la ventaja de permitirnos, por la ampliación de rubros que presenta, hacer ciertos tipos de correlaciones, necesarias para el estudio de las clases sociales.

El sector Agricultura y Ganadería, debe ser entendido como el sector primario, repitiendo la clasificación de C. Clark. El grupo Industria y Actividades Manuales, engloba a las ocupaciones que se desarrollan en establecimientos industriales y a las distintas formas de producción artesanal, características de la época. Como se sabe, entre ellas existen talleres fundamentalmente dedicados a la producción de artículos de consumo; algunos solamente realizan reparaciones y otros se dedican a la venta de productos que sufren un proceso de transformación muy limitado antes de ser puestos en el mercado.

Estos subgrupos que se encuentran en la frontera entre el comercio y la industria debido a que las dos actividades están indisolublemente unidas, serán estudiados en forma separada en próximo trabajo.

Los sectores Jurisprudencia, Salud Pública, Bellas Artes y Letras y Ciencias, comprenden actividades de servicio que podrían agruparse en un solo rubro. Sin embargo, preferimos dejarlo desagregado para hacer más comprensiva la visualización del proceso de modificación que ha sufrido cada uno de ellos y la influencia que tienen en el conjunto. La



## ***Estratificación social***

denominación de los demás sectores define con claridad el tipo de actividad que comprende.

En los cuadros 1 y 2 puede verse en cifras absolutas y relativas, cómo crece cada sector en los años 1895 y 1914, tomando como base de referencia el año 1869, que marca aproximadamente el momento inicial del proceso. El cuadro 2 indica lo mismo para el período 1895-1914 pero discriminado por nacionalidades. En el cuadro 1 hay varios fenómenos que se ponen en evidencia. a) En primer lugar el total de la evolución de la población ocupada, crece a un ritmo que observa cierta regularidad: 92 % en los 24 años que van de 1869 a 1895 y 96 % en los 19 años que van de 1895 a 1914. El crecimiento relativo en todo el período es de 274 %.

2.1 En forma diferenciada, el sector agropecuario crece a un ritmo mayor a la media general entre 1869 y 1895 y disminuye en forma notable para el período intercensal siguiente al 34 %. Esto indica que sólo logra alcanzar algo más de una tercera parte del índice del crecimiento total. Para el período, el crecimiento del sector agropecuario tiene valores más bajos que los del total: 179 %. Estos altibajos pueden explicarse en primer lugar por el impulso que, en los años correspondientes al primer período intercensal tiene la colonización en áreas del Litoral; para el segundo período, el decrecimiento está relacionado a la extinción de la etapa colonizadora que Scobie<sup>25</sup> da como finalizada en el año 1895. Asimismo, el sistema de arriendo que los propietarios de la tierra imponen fundamentalmente en la provincia de Buenos Aires, no permite la radicación a largo plazo de agricultores.

2.2 La industria representa el grupo más numeroso de actividades en 1869, un poco más del 30 % sobre el total, debiendo advertirse que para esta primera fecha la actividad se caracteriza por un amplio predominio de la actividad artesanal. Hacia 1895 se incrementa solamente en un 30 % de su volumen y decrece su participación relativa al 27 %. Esto pone de manifiesto la desintegración de algunas actividades artesanales del interior. Posteriormente para 1914, la industria acrece en forma notable, alcanzando un índice de 130 % que supera el valor del incremento total. Sin embargo, y esto es muy significativo, queda por debajo del promedio total del crecimiento que corresponde a todo el período, a pesar de que en 1914 constituye el grupo de actividades más numeroso.

<sup>25</sup> JAMES R. SCOBIE: *Significación del trigo en el desarrollo argentino*, en *Revista de Ciencias Económicas*, año XLVIII, octubre-noviembre-diciembre, 1960.

## CUADRO 1.

## AUMENTO DE LOS SECTORES CON RESPECTO A 1869 EN EL PAIS

	1869	1895			1914		
	Poblac. ocupada	Poblac. ocupada	Diferencia		Poblac. ocupada	Diferencia	
			Nº	%		Nº	%
A. Ganadería	187.923	393.948	206.025	109	529.866	331.943	179
Industria y A. M.	280.540	366.087	85.547	30	841.237	560.607	200
Comercio	39.815	143.363	103.548	264	293.646	253.831	648
Transporte	29.429	63.006	33.577	110	110.617	81.188	270
Rentistas	5.389	28.445	23.056	425	63.470	58.081	1085
Serv. doméstico..	120.162	222.774	102.612	85	218.619	88.447	73
Adm. Pública	4.294	23.934	19.640	405	108.852	104.558	2600
Culto	1.413	3.013	1.540	104	5.631	4.158	283
Jurisprudencia	1.232	5.661	4.429	366	9.078	7.846	616
Prof. Sanitarias	2.548	4.946	2.398	106	14.763	12.215	488
Inst. y Enseñanza	5.229	18.358	13.129	255	83.184	77.955	1500
Bellas Artes	570	2.648	2.028	350	14.192	13.622	2385
Letras y Ciencias	580	2.479	1.971	327	8.809	8.229	1413
Varios - S. Es- peciales	323.684	354.016	184.023	79	901.489	577.805	248
Defensa	9.062	13.102	4.040	114	9.641	579	6
<b>TOTAL....</b>	<b>857.167</b>	<b>1.645.831</b>	<b>788.663</b>	<b>92</b>	<b>3.213.253</b>	<b>2.356.086</b>	<b>274</b>

FUENTES: Todos los cuadros que ilustran el trabajo han sido elaborados sobre la base de los siguientes censos: *Censos Nacionales* de 1869, 1895 y 1914. *Censos de la Ciudad de Buenos Aires* de 1887, 1904 y 1910.

2.3 En el sector comercio se opera una evolución distinta. En 1869 no ocupa más del 4 % de la población total, creciendo para 1895 en un 264 %, casi tres veces sobre el índice total y representando algo más del 9 %. Entre ese año y 1914 se incrementa en un 105 %. Para todo el período el índice es de 648 %, alcanzando en el último censo a concentrar un 10 % sobre el total de las actividades.

2.4 El grupo en el cual se observa el crecimiento más espectacular, tanto por su crecimiento relativo como por su magnitud global, es el de la administración pública. Ocupaba en 1869 a 4.294 personas que para 1914 alcanzaban la cifra de 104.558 personas, representando en este último año el 4 % sobre el total de la población ocupada. El ritmo de

CUADRO 2

POBLACION OCUPADA - CRECIMIENTO ENTRE 1895/1914 - TODO EL PAIS

	1 8 9 5			1 9 1 4			D i f e r e n c i a					
	Población ocupada			Población ocupada			Argentinos		Extranjeros		T O T A L	
	Arg.	Ext.	TOTAL	Arg.	Ext.	TOTAL	Nº	%	Nº	%	Nº	%
A. Ganadería	248.798	145.150	393.948	317.702	212.164	529.866	68.904	28	67.014	46	135.918	34
Industrias	210.822	155.265	366.087	468.082	373.155	841.237	257.260	122	217.890	140	475.150	130
Comercio	55.125	88.238	143.363	111.600	182.045	293.646	56.475	102	93.807	106	150.282	105
Transportes	29.242	33.764	63.006	55.570	55.204	110.617	26.328	90	21.440	63	47.768	76
Rentistas	18.814	9.631	28.445	41.086	22.386	63.470	22.254	118	12.755	132	35.009	123
Serv. doméstico..	167.066	55.708	222.774	110.513	108.106	218.619	- 56.553	- 34	52.398	94	- 4.155	- 1,8
Adm. Pública	16.819	7.115	23.934	89.661	19.191	108.852	72.842	433	12.076	169	84.918	355
Culto	1.506	1.507	3.013	2.590	3.041	5.631	1.084	72	1.534	102	2.618	87
Jurisprudencia	3.787	1.874	5.661	7.912	1.166	9.078	4.125	109	- 708	- 38	3.417	60
P. Sanitarios	2.247	2.699	4.946	7.934	6.829	14.763	5.687	253	4.130	153	9.817	198
Instruc. y Educac.	14.020	4.338	18.358	70.793	12.391	83.184	56.773	405	8.053	186	64.826	353
Bellas Artes	544	2.154	2.698	5.650	8.542	14.192	5.106	938	6.388	296	11.494	426
Letras y Ciencias	901	1.578	2.479	4.817	3.992	8.809	3.916	434	2.414	153	6.330	256
Varias	229.477	124.539	354.016	446.724	454.765	901.489	217.247	95	330.226	265	547.473	155
Defensa	12.244	858	13.102	8.980	661	9.641	- 3264	- 26	- 197	- 27	- 3.461	- 26
<b>TOTAL.....</b>	<b>1.016.482</b>	<b>634.414</b>	<b>1.645.831</b>	<b>1.749.614</b>	<b>1.463.639</b>	<b>3.213.253</b>	<b>1.733.132</b>	<b>83</b>	<b>829.225</b>	<b>131</b>	<b>1.463.639</b>	<b>96</b>

CUADRO 3

POBLACION OCUPADA EN CAPITAL FEDERAL -- POR NACIONALIDAD

	1869			1887			1895			1904			1910			1914			
	Total	Arg.	Ext.	Total	Arg.	Ext.	Total	Arg.	Ext.	Total	Arg.	Ext.	Total	Arg.	Ext.	Total	Arg.	Ext.	
1. A. Ganadería .....	2.529	992	2.013	3.005	1.783	4.762	6.545	1.834	2.779	4.613	2.694	4.348	7.078	3.275	5.539	8.814	3.275	5.539	8.814
2. Industria .....	32.675	14.807	60.915	75.622	19.773	82.560	102.338	38.637	88.607	127.244	75.649	142.628	217.677	85.806	187.334	273.140	85.806	187.334	273.140
3. Comercio .....	14.133	7.729	25.180	32.909	16.864	39.981	56.845	28.708	61.406	90.114	42.664	79.093	121.747	30.892	65.774	96.666	30.892	65.774	96.666
4. Transportes .....	7.124	2.111	5.166	7.277	4.888	18.937	23.315	4.540	11.281	15.821	6.797	15.090	21.887	13.843	31.858	45.201	13.843	31.858	45.201
5. Rentistas .....	1.369	--	--	--	4.960	4.294	9.254	5.483	5.246	10.729	7.180	6.262	13.442	7.227	6.505	13.432	7.227	6.505	13.432
6. P. Servicio .....	11.833	15.463	23.514	39.037	14.541	29.718	44.259	19.965	37.233	57.248	70.084	80.490	150.574	30.682	67.170	97.852	30.682	67.170	97.852
7. Defensa .....	2.924	2.271	224	2.495	2.787	271	3.058	1.329	110	1.439	3.250	194	3.444	3.644	112	3.756	3.644	112	3.756
8. Adm. Pública .....	1.692	5.324	3.812	9.137	6.096	3.780	9.876	17.003	9.890	26.893	24.322	12.015	36.337	41.689	11.693	53.388	41.689	11.693	53.388
9. Cultos .....	354	71	246	317	547	644	1.191	780	947	1.728	1.018	1.171	2.189	1.009	1.075	2.054	1.009	1.075	2.054
10. Jurisprudencia .....	609	915	345	1.260	1.365	811	2.176	1.867	577	2.444	2.239	542	2.781	3.144	576	3.720	3.144	576	3.720
11. P. Sanitarias .....	424	417	588	1.005	759	1.156	1.915	1.584	1.947	3.531	2.793	2.712	5.505	3.818	3.355	7.176	3.818	3.355	7.176
12. Inst. y Educación .....	1.977	749	750	1.499	5.614	2.040	7.654	10.598	2.958	13.556	12.109	3.510	15.619	24.751	5.671	30.422	24.751	5.671	30.422
13. Bellas Artes .....	377	211	1.369	1.580	325	1.389	1.714	895	2.050	2.945	1.158	2.863	4.021	2.668	5.015	7.686	2.668	5.015	7.686
14. Letras y Ciencias .....	223	289	556	845	454	847	1.301	1.396	2.006	3.402	2.954	3.345	6.300	2.595	1.605	4.201	2.595	1.605	4.201
15. Varias .....	12.625	3.258	24.026	27.284	4.222	25.960	30.182	11.029	44.096	55.125	25.442	52.078	77.520	24.635	119.885	144.523	24.635	119.885	144.523
TOTAL .....	91.068	54.607	148.665	203.272	84.478	217.150	301.628	145.648	271.184	416.882	280.343	406.178	686.121	279.678	512.383	792.061	279.678	512.383	792.061
SIN PROFESION ..	--	41.264	55.304	96.568	62.159	117.903	180.274	88.209	126.155	214.364	98.217	121.274	219.491	127.361	212.635	339.991	127.361	212.635	339.991
POBLAC. ACTIVA	--	95.871	203.969	299.840	146.637	335.053	481.902	293.857	397.339	631.196	378.560	527.052	906.615	407.039	725.013	1.132.052	407.039	725.013	1.132.052

## ***Estratificación social***

crecimiento se acentuará en forma notable en el primer período intercensal, como lo muestra el índice de 425 %; correspondiendo al segundo período un incremento del 355 %. Para todo el período es el grupo que más acrece: 2.600 %, lo que equivale a nueve veces más que el incremento total.

2.5 Algo similar ocurre con el crecimiento de las actividades denominadas como “Bellas Artes” que alcanzan un índice de 2.385 % para todo el período, siendo su influencia menor en razón de que su magnitud global —14.192 personas para 1914— tiene mucha menor significación respecto del total de la población ocupada.

2.6 Otros tres sectores, además de los dos mencionados en último término, superar el 1.000 % del crecimiento: son los “rentistas” y las profesiones agrupadas en “Letras y Ciencias” y en “Instrucción y Educación”. Las dos primeras crecen más en el primer período intercensal; la segunda, en el último período.

2.7 “Jurisprudencia” y “Salud Pública” crecen con valores superiores al 100 % del índice general, observándose su mayor aumento en el período 1869-1895.

2.8 El sector “Transporte” es importante ya para 1869 y se incrementa en un ritmo más alto que la media general hasta 1895. En el segundo período sufriría un decrecimiento relativo del 20 %. Asimismo el incremento entre 1869 y 1914, sufre una disminución que, aunque pequeña, lo coloca por debajo de la media del total. La diferencia observada entre el primer y segundo período intercensal, muestra la significación que existe a partir de la década del 70 entre la producción del sector primario y la incrementación de saldos de la exportación con la ampliación de inversiones en la infraestructura.

2.9 Entre los grupos que disminuyen su porcentual sobre el total, se destacan: “Defensa del país” y “Servicio Doméstico”. El primero se mantiene prácticamente estancado entre 1869 y 1914. El segundo aumenta para todo el período en sólo un 73 %, es decir, tres veces menos que el total. Entre 1869 y 1895 crece a un ritmo que apenas supera a la media, pero en el posterior período observa un decrecimiento del —1,8 %. Creemos que existe una disparidad de criterios en los censos para evaluar la población calificada como Servicio Doméstico, pero ateniéndonos a los datos y, como se verá más adelante, este proceso se invierte para la Capital Federal.

2.10 Respecto a la composición por nacionalidades, el incremento de la población ocupada de origen extranjero es casi dos veces más alto que el de la población nativa. Los sectores donde la participación de extranjeros crece con valores superiores al total de la misma nacionalidad son, entre otros: Industrias, 140 %; Rentistas, 132 %; Administración Pública, 169 %. A su vez, en Industria y Comercio el incremento absoluto y la participación relativa de los extranjeros es superior al de los argentinos. En Transporte y Servicio Doméstico, la participación es similar, sin embargo en este último los extranjeros aumentan en 52.398 personas, en tanto que los argentinos disminuyen en 56.533 personas.

Esta incorporación masiva de extranjeros en los rubros de servicio personal, es un síntoma demostrativo del estado de rigidez que caracteriza la estructura ocupacional a partir de 1900, especialmente en los sectores dedicados a la producción de bienes materiales, obligando a un número cada vez mayor de población activa extranjera a desplazarse de los sectores menos estratégicos de la actividad económica, con la consecuente disminución del valor promedio total de la productividad del trabajo y sus repercusiones en el ritmo de crecimiento y transformación de la misma, generando un proletariado urbano con dependencia de las actividades terciarias, que crece más aceleradamente que el proletariado industrial.

### 3. *La estructura ocupacional en la ciudad de Buenos Aires*

En primer lugar, veamos la significación que alcanza Buenos Aires, en correspondencia con el resto de la sociedad durante el transcurso de este período. Para ello, en el cuadro N° 4 se indican los valores de participación porcentual de la población ocupada en la ciudad con respecto a todo el país, clasificada según argentinos y extranjeros.

En 1895, la Capital Federal concentraba el 18 % de la población ocupada en el país, lo que equivalía al 9 % sobre el total de trabajadores argentinos y el 35 % de los extranjeros. En 1914 aumenta la concentración en Buenos Aires, que alcanza al 22 % de la población ocupada, pudiéndose observar que, si bien los inmigrantes mantienen su nivel de participación, la población nativa se incrementa al 14 %.

Los rubros de mayor concentración corresponden, como podría suponerse, al sector Servicios. En primer lugar, las profesiones liberales, administración pública y transportes, que suman en conjunto alrededor del 37 % del total en el país; el sector industria, alcanza un 28 % y ser-

## ***Estratificación social***

vicio doméstico, 20 %. En 1914, se producen sensibles variaciones; algunos sectores disminuyen su participación, especialmente las profesiones liberales, educación y comercio; en otros hay un notable incremento, como en administración pública, transporte, servicio doméstico e industria.

En cuanto al índice de radicación de población extranjera ocupada en la Capital Federal, que es muy alto, se da a un nivel no menor del 30 % en todos los sectores, alcanzando entre el 40 y 60 % el que corresponde a la mayoría de las actividades, donde las más significativas son industria, comercio, transporte, servicio doméstico y profesiones liberales. Puede observarse también que en 1914 la participación relativa de extranjeros en aquellos sectores donde representaban una amplia mayoría, sufre una disminución que está en relación inversa con el incremento de la población nativa. Así, en la industria, en tanto disminuye la participación de extranjeros, hay un aumento del 50 % de la población nativa. En comercio, se advierte un descenso similar de argentinos y extranjeros; en transporte los extranjeros mantienen su nivel de participación, hay un fuerte aumento de la población nativa que lleva de 15 % al 70 %.

Analizaremos ahora la composición interna de la estructura ocupacional en Buenos Aires y los cambios que se han operado durante el período 1869-1914 (Cuadros Nros. 5 y 6). Contamos para ello con las cifras de los tres censos nacionales y con los censos municipales de 1887, 1904 y 1910.

Antes de continuar, debemos aclarar que nos es imposible realizar una comparación rigurosa entre cada uno de ellos, puesto que —como ya ha sido indicado por otros autores —los criterios clasificatorios de las ocupaciones no son siempre similares. Sin embargo, aunque las ocupaciones no son agrupadas de la misma manera y la definición de muchas de ellas no es muy clara, nosotros creemos haber salvado en parte estos inconvenientes con la utilización de material monográfico y periodístico de la época, que nos ha aproximado al conocimiento de las condiciones técnico-económicas en que se desempeñaba la mayoría de ellas. Además, el problema de la heterogeneidad en el contenido de los grupos, ha sido solucionado con el manejo de cada profesión en forma individual, de tal manera que hemos podido diseñar un criterio uniforme para todos los censos, a fin de poder efectuar comparaciones entre ellos. Por otra parte, la intención de este estudio es aproximar los datos más generales de la evolución sufrida por la estructura ocupacional, sin entrar en el análisis de aspectos más específicos para los cuales habrá que desarrollar en el futuro técnicas más refinadas y particulares para cada caso.

## CUADRO 4

PARTICIPACION PORCENTUAL: CAPITAL FEDERAL EN LA ESTRUCTURA  
OCUPACIONAL DEL PAIS 1895-1914

	1 8 9 5			1 9 1 4		
	Argenti- nos	Extran- jeros	T o t a l general	Argenti- nos	Extran- jeros	T o t a l general
A. Ganad. ....	0,1	3	2	1	2	1
Industria .....	9	53	28	18	50	32
Comercio .....	31	45	40	28	36	33
Transporte .....	15	56	37	70	57	41
Rentistas .....	26	44	32	18	29	22
Serv. Doméstico .....	9	53	20	28	62	45
Adm. Pública .....	36	53	41	46	61	49
Culto .....	36	43	39	39	35	37
Jurisprudencia .....	36	43	38	40	49	41
Prof. Sanitarias .....	34	42	39	48	49	49
Instruc. y Enseñanza ...	40	47	42	35	46	37
Bellas Artes .....	60	64	63	47	59	54
Letras y Ciencias .....	50	54	52	54	40	48
Varias y S. Espec. ....	8	31	15	10	29	18
Defensa .....	23	31	23	41	16	39
TOTAL.....	9	35	18	14	34	22

En el cuadro N° 7 hay un fenómeno que aparece y resalta como muy significativo: es la escasa variación en todo el período de la participación relativa de cada sector con respecto al total de la población ocupada.

Las ocupaciones que contienen mayor número de personas y, consecuentemente las más influyentes en las posibles modificaciones de la estructura, no sufren cambios de consideración. En efecto, los sectores industria, comercio y servicio doméstico, concentran en 1914 el 59 % del total; el grupo clasificado como "varios", suma el 18 %, debiéndose aclarar que en este rubro el 85 % es denominado como "jornalero"; para las ocupaciones restantes queda un 23 %.



## ***Estratificación social***

Si comparamos con 1869 advertiremos que los tres primeros sectores mencionados sumaban un 64 % y el grupo "Varios", un 13 %; la suma de estos dos sectores arroja un porcentaje del 77 % que resulta similar al de 1914.

Esta comparación, evidencia con suma claridad que la estructura ocupacional, analizada por sectores, no modifica sustancialmente su composición interna. Queremos decir con esto que no hay modificaciones de carácter cuantitativo, sólo un ritmo parejo de crecimiento en los grupos estratégicos que desarrollan durante todos estos años, una imagen ya prefigurada al comienzo del período. Sin embargo, es necesario insistir en que este tipo de medición no desestima la influencia que puede haber tenido la incorporación de nuevas formas técnicas y organizativas, especialmente en el plano de la producción industrial, y su incidencia en las formas de desempeño del trabajo en cada sector y en muchas profesiones, aunque —como veremos más adelante— esta incidencia no parece ser tan importante.

Si bien los adelantos técnicos influyeron en las formas de desempeño creando mejores condiciones para la aplicación de métodos basados en la división y racionalización del trabajo, ha sucedido que este aumento de productividad en la industria y la ampliación de los sectores de servicios, apoyados en el crecimiento de la actividad económica en el país, no han favorecido —por lo menos cuantitativamente— una redistribución significativa de la población ocupada en cada una de ellas.

En cuanto al ritmo de crecimiento entre períodos intercensales, aparece con la tasa más alta el lapso comprendido entre 1869-1887: 123 %. El mayor incremento absoluto se da entre 1904 y 1910, con 269,289 personas, que supera en el doble al período anterior.

Las tasas de crecimiento —siempre refiriéndonos a la población ocupada en Buenos Aires— son muy distintas para cada período aunque todos se caracterizan por ser decrecientes con respecto al primero, que sólo es superado entre 1904 y 1910. Allí confluyen una diversidad de nuevos factores como, por ejemplo, aumento sustancial de las exportaciones, de la población a causa de la inmigración, de las inversiones y de la producción agropecuaria e industrial. Para el grupo de años siguientes, 1910-1914, se nota una declinación del ritmo, que es correlativa a la extinción gradual de lo que se ha dado en llamar "la euforia del Centenario"; la tasa es del 15 %, la más baja de todo el período.

## CUADRO 5

## PARTICIPACION PORCENTUAL POR SECTORES

*Ciudad de Buenos Aires*

	1869	1887	1895	1904	1910	1914
A. Ganad.	2,8	1,5	2,2	1,11	1,03	1,1
Industria	35,8	22,4	33,9	30,53	31,72	34,5
Comercio	15,6	16,2	19,8	21,62	17,47	12,2
Transporte	7,2	3,6	7,7	3,80	3,19	5,70
Rentistas	1,5	—	3,1	2,57	1,96	1,7
P. Servicio	12,9	19,2	14,7	13,73	21,90	12,35
Defensa	3,2	1,2	1,1	0,4	0,5	0,5
Adm. Pública	1,8	4,5	3,3	6,4	5,3	6,7
Cultos	0,5	0,4	0,5	0,4	0,3	0,3
Jurisprudencia	0,7	0,6	0,7	0,6	0,5	0,5
P. Sanitarias	0,5	0,5	0,6	0,85	0,80	0,9
Inst. y Educación	2,2	0,7	1,4	3,25	2,28	3,8
Bellas Artes	0,4	0,8	0,6	0,7	0,6	0,9
Letras y Ciencias	0,2	0,2	0,4	0,8	0,9	0,5
Varias	15,0	13,4	10,0	13,22	11,30	18,2

Si consideramos el crecimiento por sectores estratégicos, como se advierte en el cuadro N° 6, las tasas que corresponden a períodos internos entre 1869 y 1914 permiten advertir diferencias. La industria supera a la media total en 1869-1887, se mantiene aproximadamente en un tercio por debajo de la misma entre 1887 y 1904 y supera nuevamente la tasa media entre 1904 y 1914. Esto parece señalar la existencia de un período depresivo que se inicia alrededor de 1890 y que mantiene la tendencia del ciclo hasta principios del siglo xx, momento a partir del cual logra su mayor auge, alcanzando una relativa estabilidad en el período 1910-1914. El sector comercio, por su parte, no sigue el mismo proceso. En el primer período su aumento es equivalente al de la industria: 131 %; pero

### ***Estratificación social***

entre 1887 y 1914, aunque disminuye su valor anterior, se mantiene a niveles bastante superiores a la media general.

Cuando la industria y el total modifican su ritmo, a partir del año 1904, el comercio comienza un proceso de declinación que se mantiene hasta 1914. Es posible que las estadísticas censales que permiten esta evaluación, hayan sido elaboradas con errores que corregiremos en el futuro. De cualquier manera, el valor del incremento del comercio para 1910 ya era de un 50 % inferior al de la media general. El personal de servicio sigue una curva de crecimiento independiente de los anteriores y también del total. Así, entre 1869 y 1887, supera ampliamente el promedio general con un índice del 230 % y disminuye en forma espectacular en el período siguiente, con un índice del 13 %. A partir de este período crece, con excepción del último período, en que sufre un decrecimiento absoluto de 52.722, lo que equivale a un —32 %, que significa un —32 % respecto de los guarismos de 1910.

La administración pública constituye el sector que tiene la tasa de crecimiento más alta para todo el período. Entre 1869 y 1914 se incrementa en un 3.155 %, más de tres veces la media total.

El ritmo, en los períodos intercensales, es de 440 % para el primero, estacionario para el segundo y se eleva en forma notable entre 1895 y 1904. A partir de este último año, lo encontramos por debajo de la media, para superar 1½ veces a la misma, en 1910-1914.

#### ***4. Análisis de las profesiones.***

Como ya lo hemos indicado, la clasificación de ocupaciones puede realizarse en varios sentidos, según los objetivos propios de cada estudio. Hasta aquí hemos utilizado un criterio sectorial, basado en el agregado o suma de ocupaciones diversas desempeñadas en forma independiente o en establecimientos que cumplen con funciones económicas similares. Sin embargo, los establecimientos incorporados a los distintos sectores de la actividad económica, exigen el desempeño de roles ocupaciones que son comunes a todos ellos, especialmente en los niveles menos clasificados y en los que tienen una definición poco explícita como, por ejemplo, jornaleros, peones, cadetes, empleados, etc. Todos encuentran ubicación en la industria, el comercio, los transportes u otros tipos de servicios, indiferentemente.

CUADRO 6

CRECIMIENTO RESPECTO A 1869

*Ciudad de Buenos Aires*

	1 8 6 9	1 8 8 7	1 8 9 5	1 9 0 4	1 9 1 0	1 9 1 4
A. Ganad. ....	100	118	259	182	279	348
Industria .....	100	231	313	389	666	835
Comercio .....	100	232	402	637	861	683
Transporte .....	100	102	323	222	307	634
Rentistas .....	100	—	675	783	981	981
P. Servicio .....	100	329	374	483	1.272	826
Defensa .....	100	85	104	49	117	128
Adm. Pública .....	100	540	583	1.589	2.147	3.155
Cultos .....	100	—	336	488	618	588
Jurisprudencia .....	100	206	357	401	456	610
P. Sanit. ....	100	237	451	832	1.298	1.692
Inst. y Educación .....	100	98	387	685	790	1.538
Bellas Artes .....	—	419	454	781	1.066	2.038
Letras y Ciencias .....	100	378	583	1.525	2.825	1.883
Varias .....	100	216	239	436	614	1.144
<b>TOTAL.....</b>	<b>100</b>	<b>223</b>	<b>331</b>	<b>457</b>	<b>753</b>	<b>869</b>

De esta manera, al seccionamiento vertical de la estructura ocupacional, le sucede lógicamente un análisis horizontal que permita poner de manifiesto la naturaleza de los estratos ocupacionales, haciendo abstracción de los sectores donde están incorporados. Pero antes de llegar a ello, vamos a estudiar su composición profesional y su estructura interna, para tratar de determinar el grado de influencia que han tenido en la evolución posterior, algunos de los factores internos y externos que se agregan, a causa de la expansión y complejización de la actividad económica en su conjunto.

CUADRO 7

CRECIMIENTO ABSOLUTO Y RELATIVO DE LOS SECTORES OCUPACIONALES  
DURANTE PERIODOS INTERCENSALES

Ciudad de Buenos Aires

	1869/1887		1887/1895		1895/1904		1904/1910		1910/1914	
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%
A. y Ganad.	476	19	3.540	117	-1.932	-29	2.465	55,43	1.736	24
Industria	42.942	131	26.711	35	24.911	24,3	90.433	71,07	55.463	25
Comercio	18.776	133	23.936	73	33.269	58,5	31.633	35,10	-25.081	-21
Transporte	153	2	16.038	220	-7.494	-32,1	6.006	38	23.314	106
Rentistas	—	—	—	—	1.475	15,9	2.713	26	-10	-0,7
P. Servicio	27.204	204	5.222	13	12.989	29,3	93.326	61	-52.722	-35
Defensa .....	-429	-15	563	22	-1.619	-53	2.005	139	312	9
Admin. Pública	7.445	440	739	8	17.017	172	9.444	35	17.051	47
Cultos .....	-37	-10	874	275	537	45	461	27	-105	-5
Jurisprudencia	651	106	916	73	268	12	268	11	576	21
P. Sanitarios .....	581	137	910	90	1.616	84,4	1.974	55,90	3.358	60
Inst. y Educación	-478	-24	6.155	410	5.902	77,1	2.063	15,22	14.803	95
Bellas Artes .....	1.203	319	134	85	1.231	72	1.076	36	3.665	91
Letras y Ciencias	622	279	456	53	2.101	161	2.898	62	2.099	33
Varias .....	15.019	119	2.900	11	24.944	83	22.395	11,30	67.003	86
TOTAL.....	112.204	123	98.356	48	115.204	38	269.289	65	105.904	15
	—	—	83.706	87	34.090	19	5.127	2	120.500	55
Pobl. Activa	—	—	182.062	61	149.294	31	274.416	43	226.440	25

La aparición de nuevas técnicas de producción y la división del trabajo industrial; la modificación y ampliación de las empresas y sus nuevas formas organizativas; la ampliación de la demanda en todos los campos de la actividad, tienen que haber producido cambios significativos en las condiciones generales de trabajo, que todavía no han sido cuantificadas debidamente. De allí, que surja continuamente un repertorio de interrogantes acerca de la naturaleza de la actividad económica en cada rubro, según hayan sido impactados con mayor o menor intensidad por uno o algunos de estos nuevos agentes de cambio.

En este primer desbrozamiento del tema, nos dedicaremos a analizar los sectores más complejos y dinámicos para hacer emerger los fenómenos más importantes, en base al material estadístico que nos aportan los distintos relevamientos censales.

#### 4.1 La industria.

En este sector nos interesa determinar cómo ha influido la evolución del aparato técnico productivo sobre el volumen y distribución de las profesiones tradicionales —oficios desempeñados artesanalmente— y estimar también su incidencia en la ampliación y creación de nuevos roles ocupacionales y el papel que juegan éstos en la modificación posterior de su estructura interna.

Para medir el alcance de estas modificaciones, comenzamos por separar en el censo del año 1914, las ocupaciones de mayor significación cuantitativa: son las que superan el 0,4 % de la población ocupada en el sector. Según este agrupamiento, 45 profesiones, el 21 % del total comprendido en actividades industriales y artesanales, concentran 232.632 personas que significa el 81,5 % de la población ocupada en dicho sector.

CUADRO 8

	OCUPACIONES		POBLACIÓN OCUPADA	
	Nº	%	Nº	%
Reúnen más del 0,4 % de la población ocupada .....	45	19	232.632	81,5
Reúnen menos del 0,4 % de la población ocupada .....	---	81	40.508	18,5
<b>TOTAL</b> .....		100	273.140	100

## *Estratificación social*

El cuadro pone de manifiesto con toda claridad que la ampliación de la estructura ocupacional registrada a partir especialmente del censo de 1904, tiene escasa significación cuantitativa en lo que respecta a la nueva mano de obra que demandan. Además, como veremos a continuación, la mayor parte de esas 45 profesiones son tradicionales y vinculadas a la producción artesanal, situación más consistente todavía si le agregáramos otro grupo de similares características, que no han sido consignadas por no haber alcanzado el 0,4 %, fijado como límite.

Llamamos “profesiones tradicionales” a aquellas que han sido registradas en por lo menos uno de los tres relevamientos censales —es decir 1869, 1887 y 1895— y “profesiones nuevas” a las que aparecen a partir del censo de 1904 y subsiguientes. Partiendo de esta clasificación, construimos el cuadro siguiente, que comprende las 45 profesiones seleccionadas anteriormente:

CUADRO 9

	OCUPACIONES		POBLACIÓN OCUPADA	
	Nº	%	Nº	%
Ocup. tradicion. ....	38	85	217.727	92,8
Ocup. nuevas ....	7	15	16.760	7,2
TOTAL .....	45	100	232.632	100

Las ocupaciones tradicionales concentran el 85 % del total en tanto que las nuevas representan solamente el 15 %. Este margen tan reducido de ocupaciones nuevas, que además comprende nada más que el 7,2 de la mano de obra, nos permite pensar que la expansión del sector industrial se ha basado, para todo el período, en el crecimiento cuantitativo de los oficios artesanales desempeñados con anterioridad a 1895.

Para arrojar un poco más de claridad y afirmarnos en esta idea dándole un grado mayor de confiabilidad, clasificaremos a las “profesiones tradicionales” en dos tipos: a) “típicamente artesanales”, como sastre, carpintero, joyero, etc., que se caracterizan por no ser receptivas a la incorporación de técnicas innovadoras, tendientes a aumentar la productividad del trabajo y porque además, consecuentemente con ello, no modifican el sistema de organización del trabajo y los métodos de comercia-

lización de los productos, manteniéndose en general dentro de las características de un régimen de producción precapitalista. b) Otras actividades que, en principio, pueden tener características similares a las anteriores pero que presentan además la posibilidad de modificarse en respuesta a las exigencias de las nuevas técnicas productivas incorporadas en esos años, para reemplazar los métodos de la vieja artesanía. Es el caso de la industria del tabaco, sumamente adelantada para la época del Centenario, de los nuevos establecimientos dedicados a la confección de vestidos, de la transformación operada en las antiguas fábricas de productos alimenticios, etc. Denominamos a este grupo: "ocupaciones que tienden a la modernización".

Las 34.967 personas empleadas en profesiones que podemos considerar transformadas en actividades fabriles, más las 16.760 ocupadas en profesiones nuevas del cuadro anterior, constituyen para la época el grupo

CUADRO 10

	OCUPACIONES		POBLACIÓN	
	Nº	%	Nº	%
Ocup. típicamente artesanales .....	32	82	182.750	84,0
Ocupac. que tienden a la modernización ..	7	18	34.967	16,0
Ocup. tradicionales .....	39	100	217.727	100,0

de mayor nivel técnico y, consecuentemente, el más moderno del sector industrial. Sumados, representan el 18,9 % del total de mano de obra distribuida en el 22 % de las profesiones seleccionadas, aunque posiblemente estas cifras de por sí tan poco importantes, sean aún más pequeñas, debido a que una parte no cuantificable de las ocupaciones que tienden a la modernización se desempeñe todavía en los viejos establecimientos artesanales.

Sin ninguna duda, aquí se muestra que el índice de modernización y sus repercusiones en la distribución y en el desempeño de la mano de obra ocupada, es muy bajo para este período, en el centro urbano más importante y más receptivo de las nuevas técnicas incorporadas para la transformación de la actividad industrial.



### *Estratificación social*

Por otra parte, un análisis por separado de las profesiones más importantes de este sector, nos llevará a conclusiones similares. Distinguiremos, también para el año 1914, las profesiones en 3 grupos fundamentales: 1) las que ocupan entre el 5 y 10 % de la población total; 2) las que ocupan entre el 1 y 4,9 % y 3) las que van del 0,4 % al 0,9 % del total. Con ese criterio, elaboramos el cuadro siguiente:

CUADRO 11

Porcentaje de mano de obra que contienen las ocupaciones	OCUPACIONES			POBLACIÓN OCUPADA		
	Nº	% sobre 45 ocupac.	% sobre total	Nº	% sobre 232.632	% sobre total
5 a 10 % .....	8	17,8	3,7	128.818	55,4	47,2
1 a 4,9 % .....	15	33,4	7,0	79.016	34,0	28,9
0,4 a 0,9 % .....	22	48,8	10,7	24.798	10,6	9,1
<b>TOTAL .....</b>	<b>45</b>	<b>100,0</b>	<b>21,0</b>	<b>232.632</b>	<b>100,0</b>	<b>85,2</b>
Menos de 0,4 % ..	168	—	79,0	40.508	—	14,8
<b>TOTAL GENERAL ...</b>	<b>214</b>	<b>—</b>	<b>100,0</b>	<b>273.140</b>	<b>—</b>	<b>100,0</b>

Del cuadro surge que 8 profesiones ocupan el 47,2 % de la población total en el sector, y 22 profesiones que significan solamente el 10,7 %, sobre el total, emplean el 76,1 % de la mano de obra; en tanto que las 171 profesiones restantes —90,5 %— emplean el 23,9 % de la mano de obra.

Estas cifras manifiestan en forma elocuente nuevamente un aspecto que define y caracteriza el proceso de expansión de la estructura ocupacional. Contra lo que puede suponerse, en 1914 la enorme cantidad de profesiones que se agregan a las existentes y la evolución, más aparente que real, de la economía industrial de la ciudad de Buenos Aires, el gran incremento de la población ocupada, mantiene los rasgos fundamentales que los caracterizaban en los últimos 30 años del siglo anterior. Se observa un crecimiento en cifras absolutas respecto de ciertas actividades; ellas son las que reciben el caudal siempre creciente de mano de obra orientada hacia la producción industrial. Sin embargo, la forma en

que se desempeñan esas actividades no difiere cualitativamente en relación a la época en que se inicia el crecimiento industrial. De las ocho profesiones que emplean el 47,2 % de la población, hay por lo menos seis que, por definición, tienen el carácter de oficios desempeñados en forma artesanal. Las dos restantes, suponemos deben contener población que en proporción, es muy difícil de estimar, se distribuyen parte en establecimientos modernos y otra parte en pequeños talleres. Además, todas ellas están dentro del grupo que denominamos "tradicionales", es decir que ya figuraban preponderantemente en los relevamientos realizados anteriormente.

Esta conclusión que evidencia la estaticidad de la estructura, debe ser corroborada con análisis que llevaremos a cabo en el futuro pero merece nuestra atención como para insistir en la formulación de una hipótesis, enunciada en otros trabajos: el incremento de la mano de obra industrial en este período, se debe más que a la ampliación de establecimientos existentes y a la creación de establecimientos nuevos, a la gran proliferación y desarrollo de pequeños talleres que ocupan poca mano de obra y requieren inversiones de bajo capital.

Además, paralelamente a este proceso de multiplicación de talleres pequeños y medianos, se observa un proceso de monopolización y concentración de la producción fabril en muy pocos establecimientos. Es sabido que los transportes, el suministro de energía de distinta naturaleza, los grandes establecimientos transformadores de la materia prima producida en el país, son propiedad de miembros de la clase alta argentina y de representantes del capital extranjero. Estas empresas se caracterizan por tener el mejor equipamiento y ser las que aplican métodos más racionales para elevar la productividad media de la mano de obra.

Los grandes establecimientos concentran la mayor parte del capital aplicado en el sector y la mayor parte del volumen físico producido en cada especialidad; sin embargo es muy posible que el monto total de mano de obra ocupada sea notoriamente inferior al que se emplea en los establecimientos más pequeños, diseminados en todas las ramas de la producción, equipados en forma precaria y que en consecuencia, generan un volumen global de escasa significación respecto del total.

Resumiendo, la estructura y distribución de las ocupaciones en el sector industrial, revela un significativo predominio de muy pocas ocupaciones que absorben la mayor parte de la mano de obra correspondiente a dicho sector. Esas ocupaciones, que no alcanzan a representar más del 10 %

## *Estratificación social*

sobre el total, están vinculadas a la producción manufacturera de carácter no fabril, como es el caso de sastres, zapateros, modistas, carpinteros, etc. Sólo una o dos de ellas pueden admitir un desplazamiento parcial a formas más adelantadas desde el punto de vista técnico, como sería el caso de costureras, mecánicos, electricistas.

Esto indica, desde la perspectiva ocupacional, que el proceso de crecimiento y ampliación de la mano de obra empleada en la industria se da en su mayor parte por el aumento de pequeños establecimientos de carácter tradicional, similares a los creados en las dos o tres últimas décadas del siglo anterior. Estos talleres seguirán proliferando en años posteriores y co-existirán con las fábricas modernas creadas fundamentalmente por la radicación de capital extranjero, y si bien estos últimos generan la mayor parte del volumen físico en el sector, los pequeños establecimientos y el desempeño individual de oficios tradicionales concentran la mayor parte de la mano de obra que se incorpora a la industria en el correr de este período.

### *4.2 Profesiones liberales.*

Las profesiones liberales, como sector ocupacional, presentan modificaciones profundas, aunque cuantitativamente representan una proporción limitada respecto del total. Este sector reúne los rubros denominados Bellas Artes y Letras y Ciencias, en los relevamientos censales, donde se discriminan todas las profesiones liberales que en su mayoría se vinculan al crecimiento de las actividades de carácter cultural y, como respuesta a las exigencias de mayor nivel técnico en la industria y en la construcción. En el análisis se incluyen las profesiones que suponen preparación de nivel universitario, las de nivel medio —especialmente técnicas— y algunas otras que, por exigir aprendizaje y desempeñar funciones auxiliares, pueden ser asimiladas a las anteriores.

En el mismo orden de clasificación, son incluidas las llamadas profesiones sanitarias y de jurisprudencia, aunque éstas no acusan, como en el caso de las anteriores, cambios de importancia en su estructura interna.

Del conjunto nos interesa cuantificar por ahora a las profesiones de nivel universitario, relacionarlas proporcionalmente con el total y medir su crecimiento entre las fechas de los dos últimos relevamientos censales; para ello, en el cuadro siguiente contabilizamos las ocupaciones que reúnen más del 1 % sobre el total:

CUADRO 12

	1 8 9 5				* 1 9 1 4				CRECIMIENTO	
	OCUPAC.		POBL. OCUPADA		OCUPAC.		POBL. OCUPADA		OCUP.	POBLAC.
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%	%	%
Prof. Uni- vers. ....	9	52,9	3.280	53,7	9	43	8.847	42,6	—	131
Resto de las profesiones	8	47,1	3.286	47,1	12	57	11.934	57,4	50	380
TOTAL..	17	100,0	7.106	100,0	21	100	20.781	100,0	23	192

#### 4.3 Servicio doméstico.

El sector personal de servicios, agrupa a las ocupaciones vinculadas con Servicio doméstico, a los mozos y personal "vario" de casas de bebida y comida y algunas otras que no alcanzan una especificación precisa pero son asimilables, por existir una afinidad con las anteriores. Del total de 97.852 personas ocupada en el sector, 62.469 o sea el 63 %, lo hacen en actividades vinculadas al servicio doméstico, 3.856 o sea el 0,3 % son mozos y el resto desempeña ocupaciones no especificadas claramente.

#### 4.4 Transportes.

Este grupo es probablemente el que sufre cambios de mayor importancia en su composición y dinámica interna. Las modificaciones técnicas introducidas y la notable expansión de los transportes, cambia totalmente el valor de las ocupaciones vinculadas al sector. Así, el surgimiento del ferrocarril como medio de transporte regional y el tranvía como medio de transporte urbano, provocan la decadencia de los sistemas tradicionales, impulsando el crecimiento de nuevas funciones creadas para satisfacer sus propias exigencias.

Un índice muy elocuente de este fenómeno es la comparación de la participación porcentual de "carreros" y "cocheros" en los dos extremos del período; en 1869 significaban el 50 % del total, en 1914 descienden al 26 %. En comparación el grupo de actividades vinculadas al transporte mecánico, representan en ese año el 50,4 % de todo el sector.

## ***Estratificación social***

### **4.5 Comercio.**

Las actividades comerciales, según lo expuesto anteriormente, crecen aceleradamente hasta 1904, año a partir del cual se estabilizan. A pesar de ello, en cuanto al tipo de ocupaciones que le corresponden, no observamos cambios en las proporciones entre Patrones, Empleados, Dependientes, Tenedores de Libros, etc.

Estas funciones se mantienen, en general, invariables, exceptuándose la incorporación de algunas nuevas ocupaciones de carácter complementario que no alteran el cuadro general.

### **5. Categorías socio-profesionales.**

En los párrafos anteriores hemos analizado la modificación de las ocupaciones, agrupándolas en grandes sectores de la actividad, sin tener en cuenta la diferencia de niveles existente entre cada una de ellas. Así, en Comercio o en Industria están sumados los propietarios de grandes establecimientos con los medianos y pequeños propietarios, junto a quienes desempeñan ocupaciones como dependientes en el carácter de empleados, cadetes y peones. De la misma manera en otros sectores no se hacen diferencias entre profesionales universitarios, técnicos de nivel medio y personas que desempeñan funciones auxiliares. Este método nos introduce someramente en el estudio de la actividad económica de la ciudad de Buenos Aires, abriendo perspectivas de análisis posteriores en varias direcciones. Una de ellas se refiere a la evolución de las empresas industriales, comerciales y de servicios para poder determinar sus características y estratificarlas según tamaño, grado de modernización, volumen de la producción, ubicación estratégica o no dentro del marco general en que se desempeñan, etc. Esto permitirá medir el número e importancia relativa de cada grupo de propietarios en los respectivos sectores y establecer niveles en cuanto a su poder económico y características psicosociales. Entendemos que este análisis es de primordial importancia, más aún si tenemos en cuenta que estudios anteriores han caracterizado a esta época por la emergencia de sectores medios autónomos, fundamentalmente a partir de la existencia de medianos productores independientes en la industria y en el comercio. Por nuestra parte observamos que el grupo de empresarios que alcanza una situación intermedia y que sería representante típico de un grupo emergente autónomo, carece de mayor importancia y peso relativo a medida que transcurren los años dentro del

período, después de haber sido favorecidos por un momento de auge que no se extiende más allá de la década 1895-1905. Este decrecimiento y/o estancamiento significa un retroceso respecto de la ampliación del sistema productivo y a su vez respecto de la emergencia de sectores medios, acontecimiento que en última instancia favorece a los grandes establecimientos los cuales, si bien no aumentan numéricamente, logran un crecimiento notable en su participación porcentual sobre la producción total. Como contraparte, las estadísticas muestran la proliferación asombrosa de pequeños establecimientos cuyos propietarios, que aparentemente pueden ser considerados como grupo de clase media autónoma, en razón de su bajo nivel de ingresos, de la forma en que desempeñan su actividad, de su limitada integración cultural al medio, son desplazados a límites inferiores de la clase. En la industria son, en su mayor parte, artesanos con distintos niveles de calificación que desarrollan una actividad industrial y comercial simultáneamente, realizando trabajos por encargo sin incidencia mayor —a pesar de su crecido número— en el volumen de la producción.

En la otra actividad, es el comercio minorista, el pequeño “boliche” de barrio, atendido personalmente o con ayuda de un dependiente o familiar, de escaso capital y giro comercial insignificante, el sector que en un símil con lo expuesto recientemente respecto de la industria, tiene gran importancia numérica, y en relación inversa, baja influencia económica.

Para construir la primera estratificación de los establecimientos industriales y comerciales hemos tomado resultados de los censos de Industria y Comercio de los años 1895 y 1914 agrupando los establecimientos en tres niveles, de acuerdo a la energía que consumen, al monto de capital que poseen y al número de establecimientos que utilizan:

#### *Comercio.*

- 1) Grandes establecimientos: Los que poseen más de \$ 100.000 de capital y más de 10 empleados.
- 2) Medianos establecimientos: Los que poseen entre \$ 50.000 y \$ 99.000 de capital y de 5 a 10 empleados o más de \$ 100.000 de capital y menos de 10 empleados.
- 3) Pequeños establecimientos: Los que poseen menos de \$ 50.000 de capital y hasta 10 empleados y \$ 50.000 a \$ 99.000 de capital y menos de 5 empleados.

## **Estratificación social**

### **Industria.**

- 1) **Grandes establecimientos:** Los que consumen más de 50 HP de energía eléctrica y emplean más de 100 obreros.
- 2) **Medianos establecimientos:** Los que consumen de 20 a 50 HP de energía eléctrica y emplean de 31 a 100 obreros o los que consumen más de 50 HP y emplean menos de 30 obreros.
- 3) **Pequeños establecimientos:** Los que consumen de 0 a 20 HP y emplean de 1 a 30 obreros o los que consumen más de 20 HP y emplean menos de 10 obreros.

Si suponemos, provisoriamente, que el número de propietarios es igual al número de establecimientos, ordenamos el siguiente cuadro que nos da una idea aproximada del número y proporción en que se distribuyen los pequeños y grandes propietarios del comercio y la industria:

**CUADRO 13**

INDUSTRIA Y COMERCIO	1 8 9 5		1 9 1 4	
	Nº	%	Nº	%
Grandes propietarios .....	1.200	5,5	2.645	6,8
Medianos propietarios .....	3.150	14,7	6.679	17,5
Pequeños propietarios .....	17.120	79,8	28.712	75,7
<b>TOTAL .....</b>	<b>21.470</b>	<b>100,0</b>	<b>38.036</b>	<b>100,0</b>

El cuadro muestra con claridad que los establecimientos y propietarios de nivel medio tienen poca significación sobre el total. Falta verificar si esta escasa participación cuantitativa se refleja en otros niveles, por ejemplo en ingreso, producción, etc. Investigaciones futuras nos darán la pauta de ello; por el momento el uso de estas cifras nos permite construir categorías socio-ocupacionales. En efecto, contando con una distribución aproximada del número de propietarios según su importancia, dato que obviamente no aparece registrado en ninguno de los censos, podemos elaborar una escala respecto de la cual se agrupen las ocupaciones de

los distintos sectores por "orden de importancia". Esto nos dará un primer punto de partida para la delimitación de las clases sociales. Según lo expuesto anteriormente, las categorías socio-ocupacionales son un elemento imprescindible para el estudio de la estratificación por representar el nexo entre la estructura social y la estratificación y por ello, un buen conocimiento de los diferentes niveles posibilita plantear las primeras hipótesis referidas al sistema de clases.

En los cuadros 14 y 15 a partir de siete niveles, se ordenan ocupaciones superpuestas jerárquicamente según lo extraemos del estudio de las ocupaciones que los precede. Entendemos que este ordenamiento no debe suponerse como definitivo hasta tanto la investigación incorpore otras variables como lo hemos anunciado, sin embargo entendemos que a pesar de estas limitaciones, la escala que aquí se presenta responde en rasgos generales a las características fundamentales de la estratificación y su dinámica entre 1895 y 1914.

Los siete niveles agrupan distintas ocupaciones en categorías, que son la resultante de la combinación de tres criterios fundamentales: a) propiedad de medios de producción y clasificación en orden de importancia; b) nivel de ingresos, inferido a través de la definición de la ocupación; c) condiciones de trabajo para la época y su posible correlación con variables que permitan medir aspectos de la conducta social. La composición de los siete niveles es la siguiente:

- Nivel 1:* Grandes propietarios de industria, comercio y servicios.
- Nivel 2:* Medianos propietarios de industria, comercio y servicios; profesionales universitarios; oficiales de las Fuerzas Armadas; rentistas; administradores y gerentes de grandes establecimientos.
- Nivel 3:* Pequeños propietarios de industria, comercio y servicios; técnicos de nivel medio; maestros; estudiantes.
- Nivel 4:* Empleados de industria, comercio y otros servicios; empleados de la Administración Pública; auxiliares técnicos en todos los sectores.
- Nivel 5:* Obreros de la industria, trabajadores del sector Transporte; artesanos no clasificados.
- Nivel 6:* Peones, cadetes, etc., en todos los sectores; servicio doméstico.
- Nivel 7:* Ocupaciones marginales; jornaleros.



### **Estratificación social**

El siguiente cuadro muestra las proporciones que corresponden a cada nivel en el sistema de la estructura socio-profesional y el crecimiento absoluto y relativo de cada uno de ellos.

CUADRO 14

	1 8 9 5		1 9 1 4		CRECIMIENTO	
	Nº	%	Nº	%	Absoluto	Relativo
Nivel 1	1.200	0,6	2.645	0,3	1.445	120,4
Nivel 2	19.182	6,4	33.044	4,0	13.862	72,3
Nivel 3	29.010	9,7	67.879	8,4	38.869	134,0
Nivel 4	47.694	16,0	129.765	16,1	82.071	172,1
Nivel 5	109.887	36,8	288.812	35,7	178.925	162,8
Nivel 6	61.327	20,5	142.282	17,6	80.955	132,0
Nivel 7	30.132	10,0	144.523	17,9	114.391	379,6
<b>TOTAL</b>	<b>298.432</b>	<b>100,0</b>	<b>808.950</b>	<b>100,0</b>	<b>510.518</b>	<b>171,1</b>

Se advierte que en los cuatro niveles inferiores de la escala quedan incluidos los trabajadores dependientes —asalariados— en todos los sectores de la actividad económica; en conjunto representan el 83 % de la población ocupada en 1895. De ellos, el grupo más importante está en el *nivel 5*, donde predominan los obreros de la industria y del transporte. No es desdeñable la importancia que tiene el nivel inmediato inferior, que ocupa el 20 % del total, compuesto en su mayor parte por personal empleado en el servicio doméstico. Las ocupaciones marginales y las de carácter temporario alcanzan un porcentaje excesivo, si se tiene en cuenta que en esta fecha la estructura urbana se encuentra en medio de un proceso de expansión y ampliación de roles ocupacionales.

En la contraparte están los tres niveles superiores que agrupan las categorías más calificadas de la actividad económica, desde los grandes propietarios de industria, comercio y servicios hasta los técnicos de nivel medio. Entre los tres no alcanzan a cubrir el 16 % del total. En su mayoría son las ocupaciones que podríamos denominar autónomas o indepen-

dientes. El orden de magnitud, en ellas es proporcional al orden de importancia dentro de la escala socio-ocupacional. De tal manera el grupo más numeroso está constituido por los pequeños propietarios quienes, sumados a los profesionales universitarios y otras actividades menores, ya sean dependientes o independientes, son proporcionalmente de poca significación cuantitativa. Llama poderosamente la atención que en su conjunto no alcancen a cubrir el 10 % del total, lo que nos hace prever la necesidad de una redefinición en el análisis de la estratificación social en la ciudad de Buenos Aires. También llama la atención que en el nivel 1, donde se concentran las actividades estratégicas en cuanto a ingresos y poder dentro de la estructura, no alcanza a representar el 1 %.

Lo apuntado corresponde al año 1895, y contrariamente a lo que podríamos suponer, este diseño de la estructura ocupacional salvo excepciones de poca monta, se repite para 1914. Para el momento comprendido entre la fecha de los dos relevamientos censales, no se observan modificaciones sustanciales en la distribución y agrupamiento de las categorías socio-ocupacionales. Es un lugar común en los estudios sobre el tema afirmar la existencia de un proceso de ampliación y transformación de la estructura que se corresponde con la redistribución de la población en clases sociales, sin embargo nosotros observamos algunos cambios de poca importancia cuantitativa, lo que consolida la exposición teórica de la primera parte de este trabajo. Aún más, hay cambios que se operan en una dirección opuesta a lo que generalmente se supone puesto que en el marco de un crecimiento explosivo que alcanza un índice de 171 % para el total en el término de 19 años, los tres niveles superiores sufren una contracción en su participación porcentual de alrededor del 4 %, porcentaje que paradójicamente se traslada al séptimo nivel, que absorbe los decrecimientos correspondientes a los niveles 5 y 6. Es interesante destacar que la disminución en las categorías correspondientes a medianos y pequeños propietarios está indicando la existencia de un proceso de concentración de la gran propiedad que, suponemos, se acentúa en años posteriores. Sin embargo, el crecimiento absoluto en esos niveles es importante, y posiblemente lo que comúnmente llamamos "emergencia de sectores autónomos" no sea nada más que la resultante de su crecimiento vegetativo, que evidenciaba una declinación desde 1895. Por el contrario, los empleados muy numerosos ya para 1895 crecen a un ritmo mayor para 1914, y son los únicos que mantienen un ritmo de crecimiento similar al crecimiento del total. El grupo del nivel 7 aumenta del 10 al 17 %, ratificando esta modificación observaciones hechas en forma más o menos intuitiva en trabajos anteriores, en el sentido de

### *Estratificación social*

que la estructura ocupacional pierde flexibilidad con el correr de los años limitando su capacidad de absorción en relación al ritmo de crecimiento de la población activa en la ciudad de Buenos Aires. Un gran porcentaje de trabajadores migrantes de otras regiones del país e inmigrantes frustrados en sus expectativas de agricultores, que sufren las consecuencias de la rigidez del régimen de tenencia de la tierra y del sistema de explotación agropecuaria dominante en el área de la pampa húmeda, son arrinconados en el nivel inferior de la escala a pesar de que presumiblemente, buena parte de ellos, constituyeran un sector apto para desempeñar tareas más calificadas.

Del cuadro 14, y reiterando al lector lo expresado en el sentido de que las clases sociales no pueden ser estudiadas con un criterio unidimensional, diferenciamos tres sectores que resultan de la agrupación de niveles y nos dan una primera aproximación al sistema de estratificación social. Entendemos que en el nivel 1 están aquellos que corresponden a la clase alta y que en los niveles 2,3 y 4 se agrupan las actividades, que en un amplio espectro, se identifican con la típica heterogeneidad de los sectores medios, y por último, que en los niveles restantes encontramos las actividades que globalmente pueden ser caracterizadas como asalariados y, en consecuencia, conforman la clase obrera.

CUADRO 15

	1 8 9 5		1 9 1 4		CRECIMIENTO	
	Nº	%	Nº	%	Absoluto	Relativo
Nivel 1	1.200	0,6	2.645	0,3	1.445	120,4
Nivel 2, 3 y 4	95.886	32,1	230.688	28,3	134.802	140,5
Nivel 5, 6 y 7	201.346	67,3	575.617	71,1	374.271	185,9
TOTAL	298.432	100,0	808.950	100,0	510.518	171,1

El cuadro nos permite observar que la clase alta disminuye en un 50 %, cifra que estimamos resulte exagerada, a pesar de que como dijimos anteriormente, hay un proceso de concentración de la gran propiedad con absorción de los establecimientos de mediana envergadura. Por otro lado debemos reconocer que los censos no permiten evaluar la

cantidad de propietarios de grandes extensiones de tierra, en razón de que su residencia no siempre está fijada en la ciudad de Buenos Aires. Los grupos intermedios también sufren una disminución que, entendemos, se correlaciona con un aumento de la clase obrera, que, en definitiva, es la única que en su desarrollo alcanza un nivel superior al crecimiento medio del total.

### III. CONSIDERACIONES FINALES.

La relación entre la investigación empírica, referida a la estructura ocupacional, y la formulación del modelo de la estructura a partir de hipótesis, posibilita enriquecer teóricamente el análisis sociológico en la medida en que se logre comprensión sobre el hecho de que la sociedad argentina escapa a los modelos clásicos del desarrollo. El relevamiento de la estructura ocupacional, por el momento no nos obliga a una reformulación del modelo y nuestra primera conclusión es que la variable estructural "*relación de dominación*" adquiere gran significación en su articulación con las restantes y condiciona, limitando las transformaciones internas de la sociedad global, como lo muestra la estaticidad de la estructura ocupacional.

Este condicionamiento también afecta al sistema de estratificación social; la investigación muestra un crecimiento en el sector terciario, con funciones fundamentalmente de complementación,<sup>26</sup> que permiten el crecimiento de sectores medios de autonomía muy limitada.

Nuestra segunda conclusión sería, en este aspecto, que no hay modificaciones estructurales de base que generen transformaciones en el sistema de estratificación social, sino que las modificaciones son la resultante de un crecimiento cuantitativo en las categorías socio-profesionales sin que se alteren sustancialmente las distintas relaciones que la estructura condiciona entre las clases sociales.

Por último, se observa que las mayores modificaciones —para el caso de la ciudad de Buenos Aires— ocurren entre el primer y segundo censo. A nivel de hipótesis estimamos que sería interesante comprobar modificaciones anteriores al primer censo nacional para medir cualitativamente su significación.

<sup>26</sup> Véase en este mismo número de la Revista el trabajo de Oscar Colman sobre el sector servicios.

# Los cambios en el modo de vida (1880 - 1914)

JOSÉ PARADISO

“Es tan agitada la vida de ahora, se vive tan aprisa y son tan enervantes las emociones que los teatros y otros espectáculos colaterales y afines nos proporcionan en este incesante movimiento del siglo de la electricidad.”

LUCIO V. MANSILLA: *Mis Memorias*, 1904.

## EL PROCESO DE MODERNIZACIÓN

*NACIDO EN BS. AIRES en 1937. Se graduó de licenciado en sociología en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Actualmente es auxiliar docente en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Dentro de la sociología se ha dedicado especialmente a estudiar la sociología del tiempo libre y sociología de los medios de comunicación de masas. Ha participado en numerosas investigaciones de campo, entre las que, por su importancia, corresponde citar la realizada con el profesor Luis Costa Pinto sobre el tema “Modernización y desarrollo económico” y la llevada a cabo bajo la dirección del prof. N. Rodríguez Bustamante sobre “El uso del tiempo libre en la ciudad de La Plata”. Tiene terminados dos trabajos: Tango y Sociedad y Deporte y Sociedad, y en preparación un tercero sobre Nacionalismo y cambio social, todos los cuales aparecerán próximamente.*

**S**EGURAMENTE, los habitantes de la Argentina finisecular a quienes les había tocado ser testigos y protagonistas de los últimos años de su historia hallaban, a cada paso, sobrados motivos para reflexionar acerca de los acontecimientos que se sucedían ante sus ojos. Dos décadas atrás, la unificación política había clausurado el ciclo de los conflictos internos y a partir de entonces, puesto el país bajo la invocación del lema “paz y administración”, la afluencia de capitales e inmigrantes, la asimilación de las conquistas tecnológicas y el desarrollo de la red de transportes y del sistema de comunicaciones, habían hecho posible su integración en el mercado mundial como abastecedor de productos agropecuarios. Los cambios involucrados en este proceso alcanzaban a todas las esferas del quehacer social, pero no a todas con la misma magnitud e intensidad. En lo que hace a la estructura económica, por ejemplo, las mudanzas eran menos expresivas —más cuantitativas que cualitativas— que en el campo de las ideas, las formas instituciona-

les y los modos de vida. El aumento de volumen de la producción y la reorientación de las inversiones no altera sustancialmente el carácter de la economía argentina, cuya gama de actividades se mantiene prácticamente igual<sup>1</sup>. En cambio, sí eran profundas y significativas —tanto cuantitativas como cualitativas— las modificaciones de los patrones de consumo y de comportamiento, de las instituciones y de las ideas, de los valores, de los usos y de las costumbres.

Estas circunstancias le otorgan, a las transformaciones registradas a partir del 80, más las características de la modernización que las del desarrollo<sup>2</sup>, esto es, configuran un proceso en el cual los niveles estructurales de la economía y de la sociedad resultan menos afectados que los niveles culturales, actitudinales e institucionales.

El cambio en el modo de vida, en el trazado y contenido del quehacer cotidiano, era el resultado inmediato de la acción de una serie de factores concurrentes, entre los cuales pueden señalarse:

- 1) crecimiento económico;
- 2) expansión urbana;
- 3) desarrollo científico y tecnológico;
- 4) contactos de sectores locales (clase dirigente) con las sociedades más desarrolladas y modernas;
- 5) incorporación de grupos provenientes de medios sociales y culturalmente diferentes:
  - incorporación masiva de inmigrantes venidos de los países menos desarrollados de Europa;
  - incorporación de sectores provenientes de los países más avanzados (EE. UU., Inglaterra, Alemania).

<sup>1</sup> H. S. FERNS: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*. Solar - Hachette. Buenos Aires, 1966.

<sup>2</sup> La distinción entre modernización y desarrollo ha sido expuesta reiteradamente por el sociólogo brasileño Luis A. Costa Pinto. Entre los trabajos más difundidos de este autor figuran: *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*. Eudeba, Buenos Aires, 1963; *Estructura de clases y cambio social*. Paidós, Buenos Aires, 1964.

## *Los cambios en el modo de vida*

### BUENOS AIRES: EPICENTRO DE LA MODERNIZACIÓN

Mientras el crecimiento económico se confía sin especulaciones a la fertilidad pampeana, la ciudad-puerto se vuelve también ciudad-escaparate. Optimista y presuntuosa, con el empuje y la conciencia de una gran urbe, Buenos Aires, "fuente de donde mana el torrente de trigo y carne para Europa y boca de descarga de las mercaderías que ingresan desde el otro lado del Atlántico"<sup>3</sup>, parece complacerse exhibiendo, en descomunal desorden, todas las consecuencias de la modernización. En muy pocos años, la gran aldea del pasado reciente se convierte en tema de evocación. Las calles de piedra bruta se cubren de asfalto, el gas es reemplazado por la electricidad, el teatro y el circo ceden sus públicos al cine y a los espectáculos deportivos, el tango desplaza al vals, la polca y la mazurca, la construcción chata y homogénea deja su lugar a los edificios de pisos y a la mezcla de estilos; la ciudad toda, en fin, se cubre de ese aire sofisticado y rutilante, dinámico y bullicioso que hace de ella "señuelo para el inmigrante y farolero orgullo para el nativo"<sup>4</sup>.

Concentración vital de actividades comerciales, financieras y administrativas, la metrópoli lo será también de razas, costumbres y lenguas. El aporte ultramarino, la irrupción de ese caudal masivo de italianos, españoles, polacos, alemanes, hombres y mujeres acuciados por la esperanza de abrir perspectivas nuevas para sus destinos individuales, hace que su población aumente superando holgadamente todas las previsiones<sup>5</sup> y la obliga a expandirse en todos los sentidos. Hacia el norte, el oeste y el sur, la frontera urbana avanza sobre un contorno hasta ayer descampado incorporándose algunos núcleos independientes —Barracas, Belgrano, Flores—, y trazando los límites de su franja suburbana. "El suburbio se poblaba —recuerda un testigo de tal crecimiento—. Las manzanas desiertas se llenaban de casas, los huecos desaparecieron, las quintas divididas y vendidas no tardaron en hacerse ciudad"<sup>6</sup>. Coincidiendo con esta expansión horizontal, la zona central, densa y multitudinaria, debe buscar una válvula de escape en el crecimiento vertical. En 1895 apenas existen unas

<sup>3</sup> THOMAS F. MCGANN: *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano*. Eudeba, 1960.

<sup>4</sup> A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI: *Mentalidades Argentinas*. Eudeba, 1965.

<sup>5</sup> En 1887 se calculaba que 25 años después, la población de la ciudad de Buenos Aires se aproximaría a los 900.000 habitantes. M. A. PELLIZA: *Crónica abreviada de la ciudad de Bs. As.* Buenos Aires.

<sup>6</sup> FRANCISCO SICARDI: *Horas de evolución. La República Argentina y su desenvolvimiento*. Buenos Aires, 1938.

mil casas de dos pisos —las más altas—; veinte años después, Buenos Aires cuenta ya con 1.636 edificios de tres a seis pisos.

POBLACION DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

1880	305.285
1887	433.000
1904	950.000
1909	1.231.000
1914	1.575.000

EVOLUCION DE LA EDIFICACION EN BUENOS AIRES

	1904	1914
Total de casas	82.540	131.742
Planta baja	72.092	105.570
Un piso	8.499	20.752
Dos pisos	961	3.737
Tres pisos	262	906
Cuatro pisos	60	368
Cinco pisos	40	224
Seis pisos	38	138

Casi todos los viajeros extranjeros que pasaron por Buenos Aires hacia fines del siglo XIX y principios del actual, la describen como la ciudad más emprendedora, próspera y rica de Sudamérica. William Curtis dice de ella que era el único lugar del continente donde la gente parecía estar siempre apurada<sup>7</sup>, y Georges Clemenceau la define como una gran ciudad europea que da por todas partes la sensación de un crecimiento prematuro<sup>8</sup>. Arquitectos italianos, franceses y alemanes la cubren de construcciones modernas sobre modelos tomados de todas las capitales del mundo<sup>9</sup>. Aquí y allá surgen palacios residenciales y edificios públicos, hoteles y paseos, teatros y bancos, sanatorios, hospitales, grandes tien-

<sup>7</sup> WILLIAM E. CURTIS: *The capitals of Spanish América*. N. York, 1888. Citado por Thomas F. McGann.

<sup>8</sup> GEORGES CLEMENCEAU: *Notas de viaje por la América del Sur*. Buenos Aires, 1911.

<sup>9</sup> Ver: *La arquitectura en Buenos Aires*. Instituto de Arte Americano. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Buenos Aires, 1965.



## *Los cambios en el modo de vida*

das. Cuando aún faltaba algo más de un lustro para doblar el siglo la capital porteña estrena su primera gran arteria, a cuyos lados se alinearán muy pronto todos los detalles de la sofisticación y del dinamismo urbano y de la que se dirá algunos años después: “La Avenida de Mayo, parece un boulevard parisiense. A uno y otro lado filas de árboles, cafés lujosos con mesitas en la vereda, almacenes espléndidos, cines, teatros y casas altísimas de mejor o peor gusto arquitectónico. Circulan por la gran vía millares de automóviles, coches, peatones y todo ello contribuye a darle semejanza con cualquier avenida central de Londres o París”<sup>10</sup>.

Ya en 1895, los habitantes de Buenos Aires se habían convencido de que sus calles resultaban “de una exigüidad increíble para dar abasto a la circulación y el tráfico cotidiano”<sup>11</sup>; un tráfico que continúa creciendo sin pausa. En 1897 se inaugura el primer servicio de tranvías eléctricos y trece años después la ciudad cuenta con 11 compañías —ocho de tracción a sangre y tres a electricidad— que recorren más de cuatrocientos kilómetros y le imprimen ese ritmo “agitado y febril” que inspirara tantas reflexiones:

“Lo que antes duraba una hora y era duro —recuerda Lucio V. Mansilla—, ahora se hace en pocos minutos y es ameno. No hay más que tomar el «tramway», o el tranvía, como dicen en España. Si nuestros abuelos se alzarán de sus tumbas sagradas y vieran estos cambios inesperados como decoraciones teatrales, desde luego que empezarían por restregarse los ojos, por olfatear y parar la oreja; lo primero, para asegurarse de que no eran víctimas de una ilusión óptica; lo segundo, para percibir bien los efluvios; lo tercero, para que los tímpanos vibraran sin confusión de las ondas sonoras.

”Ahora, tarde de noche, todavía se estremecen las paredes; temprano, aun antes de rayar la aurora, los cornetines y las vibraciones comienzan, y con ellos la agitación febril de la metrópoli, que como todas las grandes ciudades populosas, tiene sus vistas propias, sus olores peculiares y sus rumores propios”<sup>12</sup>.

El registro de los datos objetivos que originan tales conmociones en las personas, lo hallamos en el siguiente cuadro:

<sup>10</sup> JAVIER BUENO: *Mi viaje a América*. París, 1913.

<sup>11</sup> Diario LA NACIÓN. Buenos Aires, 4 de abril de 1895.

<sup>12</sup> LUCIO V. MANSILLA: *Mis Memorias*. Buenos Aires, 1904.

MOVIMIENTO DE TRANVIAS  
(Coches en servicio y pasajeros transportados)  
1898 1912

Año	Coches en servicio	Pasajeros transportados
1898	841	105.964.631
1900	886	122.886.803
1902	927	126.231.759
1904	1.003	148.279.097
1906	1.170	200.700.247
1908	1.648	255.073.896
1912	2.055	360.600.000

FUENTE: A. R. CARTAVIO: *Geografía Comercial Argentina*. Buenos Aires, 1913.

En 1913, al inaugurarse la línea de subterráneos que une Plaza de Mayo con Once, se cierra una nueva etapa en el proceso de modernización del sistema de transportes; etapa que se había abierto con el tranvía eléctrico y en cuyo transcurso se produjera la espectacular aparición del automóvil<sup>13</sup>.

La comparación de las cifras correspondientes al tráfico urbano en 1900 y 1912 es, en este sentido, suficientemente ilustrativa:

TRAFICO URBANO Y VEHICULOS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES  
(Según las patentes expedidas para uso exclusivo en la Capital)

Clase de vehículo	1900	1912
Automóviles particulares	—	2.497
Automóviles de alquiler	—	1.030
Automóviles de transporte	—	102
Carruajes particulares	2.182	1.680
Carruajes de cochería	575	994
Carruajes de plaza	2.234	1.785
Carros	13.936	26.230

FUENTE: A. R. CARTAVIO: op. cit.

La sociedad urbana, desprovista de recelos e inhibiciones, se ofrece como un mercado receptivo y ávido para la técnica moderna, cuyos-apor-

<sup>13</sup> Ya en 1892 se había importado un primer coche con propulsión a caldera, y en 1896 se introducen los primeros vehículos accionados con motor a explosión; pero es a lo largo de la primera década del nuevo siglo cuando se produce el verdadero "boom" del automóvil.

## Los cambios en el modo de vida

tes acumulados transforman radicalmente las condiciones en que se desenvuelve la vida material de sus miembros: instalaciones sanitarias, gas, electricidad, aguas corrientes, telégrafo. Las innovaciones tecnológicas tardan escasísimo tiempo en ser incorporadas y asimiladas. En las postrimerías de 1880, cuando sólo habían transcurrido cuatro años desde el hallazgo de Alexander G. Bell, un representante de la Société du Pantéléphone de Locht, de capitales belgas, instala el primer servicio telefónico, entre cuyos beneficiarios figuran la Sociedad Rural y el célebremente aristocrático Club del Progreso; de ahí en más, la expansión de la red y la multiplicación de los abonados constituirá un indicador inmejorable del ritmo de la modernización:

### EXPANSION DE LOS SERVICIOS TELEFONICOS <sup>14</sup>

Año	Línea de abonados
1881	280
1885	2.115
1890	4.723
1895	5.510
1900	9.387
1905	15.417
1910	29.762
1915	46.498

FUENTE: NICOLÁS BARBARÁ: *Origen y evolución del teléfono en la República Argentina*. En: "Estadística Argentina". Año 1, N<sup>o</sup> 1. Buenos Aires, 1929.

## EL CAMBIO DE LAS COSTUMBRES

Las páginas de José A. Wilde constituyen un temprano testimonio de la transformación de los modos de vida que acompaña al crecimiento económico, la expansión urbana y la rápida asimilación de las innovaciones técnicas. Agudo observador de su contorno, el autor de "Buenos Aires desde setenta años atrás" descubre, como un rasgo característico de su época, la paulatina desaparición de lo que él denomina "las mejores costumbres locales"; el trato franco, la sencillez, la intimidad, la honradez, la frugalidad, son todos componentes de un tipo de comportamiento que

<sup>14</sup> Los datos consignados corresponden sólo a la Compañía Unión Telefónica, la más importante de las que prestaban servicios durante el período considerado.

tiende a hacerse menos frecuente. “No pretendemos decir que estas recomendables disposiciones hayan desaparecido —señala— pero ciertamente han disminuido. Nos hemos vuelto más europeos, más dados a las presentaciones formales, a la etiqueta, a la reserva”<sup>15</sup>.

Algunos años después y reemplazando el tono nostálgico de Wilde por la preocupación y el reproche, J. Balestra retoma el tema: “Los hábitos francos y los jugosos gustos criollos —dice—, son desplazados por lo exótico y amanerado. Y como resaca de tamaño oleaje, la corrupción, las cortesías, la juglería de los jovencuelos, el descoco de los viejos y todas las extravagancias del vicio, ostentadas para escarnio de las viejas costumbres”<sup>16</sup>.

Tanto Wilde como Balestra registran las primeras manifestaciones de un cambio que con el tiempo se irá ahondando. Presentaciones formales, etiqueta, reserva, lo exótico y lo amanerado constituyen, en el lenguaje testimonial de la época, la formalización de pautas de relación social características de las modernas sociedades urbanas. La expansión física de la ciudad se complementa con la emergencia de una configuración cultural que le es propia. El aumento de la población y de las tasas de densidad hacen que cada vez sea mayor el número de personas que interactúan bajo condiciones que dificultan su vinculación como personalidades completas. Los contactos personales, francos y espontáneos, cálidos y permanentes, llenos de identificaciones mutuas y simpatías, pierden importancia ante las relaciones segmentadas, impersonales, superficiales, transitorias y utilitarias. El mundo de los amigos y conocidos tiende a ser desplazado por el de los desconocidos, físicamente próximos pero socialmente distantes y cada uno depende de más personas para satisfacer las necesidades inmediatas, pero depende menos de determinadas personas y la dependencia se circunscribe a esferas parciales y muy especializadas<sup>17</sup>.

La novela, el ensayo autobiográfico, las descripciones costumbristas, tomaron para sí la responsabilidad de dar cuenta de esta transformación de las relaciones sociales, de esa desaparición de las costumbres del pasado que algunos celebran, otros deploran y la mayoría se limita a vivir sin demasiadas especulaciones.

<sup>15</sup> JOSÉ A. WILDE: *Buenos Aires desde setenta años atrás*. Eudeba, Buenos Aires, 1960.

<sup>16</sup> JUAN BALESTRA: *El Noventa*. Buenos Aires, 1935.

<sup>17</sup> Sobre las características de la configuración social y cultural de los conglomerados urbanos puede verse: LOUIS WIRTH: *El urbanismo como modo de vida*. Ed. 3. Buenos Aires, 1962; KINGSLEY DAVIS: *La Sociedad Humana*. Eudeba. Buenos Aires, 1965. LEWIS MUMFORD: *La cultura de las ciudades*. Emecé, Buenos Aires.

## ***Los cambios en el modo de vida***

Junto a Wilde, a Balestra, a Mansilla y a tantos otros autores, se ubica la figura de Lucio V. López, en cuyas páginas es posible encontrar, entre mucho material de valor sociológico, una deliciosa y muy aguda descripción de las transformaciones registradas en el ámbito de las relaciones comerciales:

“Las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él a guisa de esfinge. ¡Oh, qué tiendas aquéllas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos, cuyas piezas avanzaban dos o tres metros al exterior sobre la pared de la calle; y entre las piezas de percal, la pieza de pekin lustroso de medio ancho, clavada también en el muro, inflándose con el viento y lista para que la mano de la marchanta conocedora apreciase la calidad del género entre el índice y el pulgar, sin obligación de penetrar a la tienda.

”Aquella era buena fe comercial y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto.”

“¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia. No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los más afectuosos saludos a la rueda de contertulianos, sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento. Y cuando las lindas transeúntes penetraban a la tienda, el dueño dejaba a sus amigos, saludaba a sus clientes con un efusivo apretón de manos, preguntaba a la mamá por ese caballero, echaba algunos requiebros de buen tono a las señoritas, tomaba el mate de manos del cadete y le ofrecía a las señoras con la más exquisita amabilidad; y sólo después de haber cumplido con todas las reglas de este perfecto prefacio de la galantería, entraban clientes y tenderos a tratar de la ardua cuestión de los negocios”<sup>18</sup>.

Los párrafos anteriores dan cuenta de una tendencia que rápidamente se va a generalizar haciendo, de la vida comercial de fines de siglo, algo muy diferente de lo que era pocas décadas atrás. En la gran ciudad, las actividades del comerciante se orientan menos hacia una categoría de “vecinos”, gente con las que frecuentemente mantiene un trato casi diario y no

<sup>18</sup> LUCIO V. LÓPEZ: *La Gran Aldea*. Eudeba, Buenos Aires, 1960.

exclusivamente en función de su quehacer específico, que hacia un público anónimo y multitudinario constituido por compradores circunstanciales a los que la mayoría de las veces no volverá a ver y que necesita atraer por medio de procedimientos especiales. En estas circunstancias, el desarrollo de las técnicas publicitarias, la aparición del reclame y de la gran vidriera, no constituyen un problema de “fe comercial”; son todos mecanismos vinculados a un mismo proceso de despersonalización de las relaciones en un ámbito específico de la vida social, a la vez que símbolos de una transformación cuya importancia no escapa a ninguno de los cronistas de la época: “En la calle Florida —observa uno de éstos—, veredas llenas de gente, deslumbrantes vidrieras llenas de lujosas confecciones, casas de moda exhibiendo artículos de última moda. En la Avenida de Mayo, a un rumbo y a otro, en toda su extensión, interminables hileras de carteles groseramente coloreados, una explosión asombrosa de la fiebre del reclame; hojas azules, blancas, encarnadas, luciendo aquella la figura de una mano de chistera, frac rojo y guantes blancos, que aprieta entre sus dientes el cigarro, cuya bondad y baratura pregonan a gritos de muerte sus agentes o fabricantes”<sup>19</sup>.

#### LA VIVIENDA, LAS COMIDAS, EL VESTIDO

Todas las pautas sobre las que se organiza y regula el transcurrir de la vida cotidiana son alcanzadas por los cambios involucrados en el proceso de modernización: el lenguaje, la higiene y el cuidado de la salud, la vivienda, el vestido, la alimentación, el uso del tiempo libre.

La vivienda, el más importante de todos los símbolos de “status” en un medio que comienza a caracterizarse por las oportunidades de ascenso social que brinda a importantes núcleos de su población, se convierte, tanto en lo que hace a sus aspectos exteriores como al equipamiento interior, en la esfera en donde el contraste entre la sencillez y frugalidad de la sociedad tradicional y la entusiasta ostentación de la sociedad moderna, adquiere mayor densidad.

Todas las manifestaciones literarias del período abundan en descripciones, más o menos precisas, de los palacios que se levantan por docenas en las zonas residenciales de mayor prestigio<sup>20</sup>, palacios cuya ampli-

<sup>19</sup> MARCOS F. ARREDONDO: *Croquis bonaerenses*. Buenos Aires, 1896.

<sup>20</sup> Entre otras muchas, pueden recordarse las descripciones de las mansiones del Dr. Montifiori, el Dr. Glow y de la familia Esteven, contenidas, respectivamente, en las obras de L. V. LÓPEZ (*La Gran Aldea*), JULIÁN MARTEL (*La Bolsa*) y CARLOS MARÍA OCANTOS (*Quilito*).

## *Los cambios en el modo de vida*

tud y lujo sobrepasa, frecuentemente, ya no las exigencias del "tout confort" francés, sino aún las posibilidades de habitabilidad de sus arrogantes propietarios<sup>21</sup>. En cuanto a sus interiores, basta recordar los comentarios de Balestra: "El interior doméstico, hasta entonces más decorado por el recuerdo de los antepasados y por la virtud y lo útil que por lo sensual, se vuelve ostentoso: cuadros, mármoles, bronce, tapices, decoran los salones. Todo lo que imita el refinamiento de los viejos pueblos es adquirido más por novelería que por comodidad y buen gusto"<sup>22</sup>.

Algo parecido ocurre con relación a la comida. Cuando Wilde puntualiza las costumbres alimenticias del Buenos Aires de antaño, se siente obligado a agregar un comentario a modo de explicación: "Quién sabe si dentro de algunos años —señala—, no llegará a ser una verdadera curiosidad, en vista del ascendiente, entre nosotros, de la comida extranjera"<sup>23</sup>; y algún tiempo después es Mansilla el que vuelve sobre el tema dedicando algunas páginas de sus memorias a la prolija enumeración de "lo que se podía comer antes de la irrupción internacional"<sup>24</sup>.

Como en otros campos, aquí coinciden, como factores del cambio, tanto la incorporación masiva de contingentes inmigratorios que introducen, cada uno, sus propios hábitos y fórmulas culinarias, como la disposición a adoptar todo lo nuevo de que hacían gala algunos sectores locales: "Los representantes de casas de afirmadas tradiciones —recuerda un testigo—, comenzaban a manifestar sus gustos y preferencias por todo lo que procediera de París. Y tanto, que de no pocas mesas quedaban ya excluidos el locro y la carbonada, el puchero y, entre otros platos de muy renovada aceptación porteña, los niños envueltos y las albóndigas con arroz. Por aquellos días conocí algunas familias ya despegadas por completo del mate con hojitas de cedrón"<sup>25</sup>; claro que, frecuentemente, algunas de las costumbres particularmente arraigadas pero eliminadas de los nuevos códigos sociales, se cultivaban en la intimidad, lejos de las miradas de los extraños<sup>26</sup>.

En lo que hace al universo de la moda, la particularidad de los "nuevos tiempos" se vincula menos al contenido de los cambios que al ritmo,

<sup>21</sup> Georges Clemenceau, refiriéndose al palacio construido por el director de La Prensa, don Ezequiel Paz, dice: "necesita por lo menos la corte de Luis XIV, o la de Jerjes, para llenar su fastuoso domicilio". G. CLEMENCEAU: op. cit.

<sup>22</sup> JUAN BALESTRA: op. cit.

<sup>23</sup> J. A. WILDE: op. cit.

<sup>24</sup> L. V. MANSILLA: op. cit.

<sup>25</sup> RICARDO M. LLANES: *El barrio de Flores*. Cuadernos de Buenos Aires. Buenos Aires, 1964.

<sup>26</sup> L. V. MANSILLA: op. cit.

frecuencia e intensidad de los mismos. “No diremos que en aquellos tiempos no variaban los trajes a impulso de la moda —apunta Wilde refiriéndose al período anterior al ochenta—, pero los cambios eran menos bruscos y más limitados. Las señorãs vestían a la española, aún no nos habían invadido las gorras y los sombreros ingleses ni las «altas novedades» de París, así es que, prescindiendo de una que otra aberración, el traje era sencillo a la vez que elegante”; y agrega más adelante: “Tal es hoy el furor, que aún no ha dado la modista la última puntada en la última novedad, cuando ya otra viene surcando los mares a dar ocupación a la máquina y a sus diligentes dedos”<sup>27</sup>.

Lo cierto es que la prontitud con que se recogen las sugerencias, las normas, los modelos emanados de los centros universales, le proporcionan a importantes contingentes de la población urbana —trátese de hombres o de mujeres—, la oportunidad de mostrar ante los ojos de propios y extraños, el grado de buen gusto, refinamiento y elegancia que eran capaces de cultivar. “Buenos Aires —informa en 1900 un cronista de los más altos círculos porteños—, va siendo un segundo París en cuanto a moda y novedades. La Maison Laborde importa quincenalmente de París sus productos y fija una tarifa acomodada. Ha traído un nuevo Coiffeur de París y ahí está su casa, en la esquina de Lavalle y Florida, peinando a nuestra distinguida sociedad femenina, que se ondula *comme il faut*”<sup>28</sup>.

## EL USO DEL TIEMPO LIBRE

Con frecuencia se escucha a algunos hombres maduros, recordar las formas de diversión y entretenimiento que se conocieron y practicaron durante las primeras décadas del siglo, contrastándolas con las que predominan en la actualidad; pero, por lo general, quienes asumen esta actitud suelen pasar por alto un hecho, cuyo sentido es preciso evaluar correctamente: en esta materia, la distancia entre los usos y costumbres de hoy y los que ellos evocan no es mayor ni mucho más significativa que la que media entre éstos y los que caracterizaron a la sociedad tradicional.

La configuración social y económica de la Argentina moderna se asocia, en lo que hace al tiempo libre, tanto a transformaciones de cantidad como de contenido. Por un lado, la sociedad urbana, diversa y compleja, ofrece, en cuanto a la relación trabajo - no trabajo, una amplísima gama

<sup>27</sup> J. A. WILDE: op. cit.

<sup>28</sup> OCTAVIO BATOLLA: *Anuario Aristocrático*. Buenos Aires, 1900.



## *Los cambios en el modo de vida*

de combinaciones —desde los inmigrantes que tan sólo distraen al trabajo el tiempo mínimo indispensable para reconstituir sus energías, hasta los alegres y despreocupados descendientes de la clase dirigente, dedicados casi exclusivamente al disfrute del ocio—; por otro lado, esa misma sociedad urbana y, en modo especial, las innovaciones técnicas con las que se entrelaza en su desarrollo, modifican sustancialmente las condiciones dentro de las cuales cada grupo utiliza el tiempo libre de que disponen<sup>29</sup>.

Es cierto que los habitantes de la ciudad seguirán practicando con entusiasmo algunas costumbres de larga data, tales como las tertulias familiares, los paseos al aire libre o las veladas teatrales, pero aun en estos casos, el impacto del cambio se hará sentir modificando, tanto las condiciones generales en que ellas se desenvuelven, como las motivaciones y actitudes de quienes las cultivan.

De todas maneras, no serán estas “actividades tradicionales” —aun admitiendo los cambios—, las que sirven para caracterizar a los “tiempos nuevos”, sino otras, las que se articulan en torno de los espectáculos colectivos, llámense éstos teatro, circo, cine o reuniones deportivas. Es este tipo de espectáculo el que, cada vez en forma más definida, tomará para sí el rol de representar la forma de diversión y esparcimiento predominante en la sociedad moderna.

Hasta la aparición del cinematógrafo, las preferencias de los porteños se volcaban decididamente hacia el teatro:

### CONCURRENTES A LOS TEATROS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES 1890-1894

Año	Concurrentes
1890	1.073.747
1891	938.815
1892	1.082.788
1893	1.373.108
1894	1.777.890

FUENTE: “Anuario Estadístico de la ciudad de Buenos Aires”. Buenos Aires, 1895.

<sup>29</sup> La importancia de la relación tecnología - uso del tiempo libre, se desprende claramente del siguiente aviso publicado por los diarios en 1899: “Grafófonos - Fonógrafos: El teatro en casa con los nuevos grafófonos que cantan y hablan en alta voz y reproducen los sonidos. Para el que compra un grafófono, el aburrimiento se hace imposible en casa, en el campo, en los baños, pues cuando lo desee podrá oír las mejores óperas, canciones, bandas militares, orquestas, monólogos, etc. Tenemos siempre en depósito un surtido de más de 15.000 cilindros, cantados por los mejores artistas.”

En la misma fuente, puede hallarse un cuadro en el que se discriminan los concurrentes del último año —1894—, según el tipo de espectáculo:

Tipo de espectáculo	Concurrentes
Dramas y comedias	241.242
Dramas y comedias en italiano	58.630
Operas y óperas cómicas	188.720
Operas y óperas cómicas en francés	19.063
Operetas en italiano	30.066
Operetas en francés	11.516
Operetas y zarzuelas	56.714
Zarzuelas por secciones	731.332
Varios	418.253
Dramas criollos	22.354

La lectura de estas cifras le arranca, al cronista del diario *La Nación* encargado de comentarlas, una sugestiva observación: “El gusto del público de la capital —señala—, está decididamente pronunciado por las diversiones ligeras, vacías, por las que si no dañan los sentimientos honestos no producen ningún bien para el espíritu y el espectador sale del teatro sin pensar en ninguna tesis social ni moral”<sup>30</sup>. Por lo visto, ya en la última década del siglo pasado, la población porteña mostraba una marcada inclinación hacia los espectáculos “de evasión”.

La aparición y difusión del cinematógrafo<sup>31</sup> marca una nueva etapa en el proceso de transformación de las actividades del tiempo libre; a la vez, a él debe atribuirse, en gran medida, que a lo largo de la primera década del siglo se produjera una auténtica revolución del espectáculo colectivo, una revolución que queda atestiguada por los siguientes datos:

<sup>30</sup> Diario LA NACIÓN. Buenos Aires, 3 de junio de 1895.

<sup>31</sup> En 1900 se inaugura la primera sala cinematográfica, el Salón Nacional, ubicado en el 400 de la calle Maipú y con capacidad para 250 espectadores. Trece años después, el Censo Nacional registra, para la Capital Federal, 148 establecimientos “de recreo y diversión”, en 128 de los cuales se ofrecen espectáculos cinematográficos.

## **Los cambios en el modo de vida**

### **-CONCURRENTES A TEATROS Y PRINCIPALES LUGARES DE DIVERSION 1905-1913**

<b>Año</b>	<b>Concurrentes</b>
1905	2.638.334
1906	3.216.968
1907	4.897.450
1908	6.301.620
1909	8.424.220
1913	11.974.601

FUENTE: 1905 a 1909: A. R. CARTAVIO: op. cit.; 1913: "Tercer Censo Nacional", Buenos Aires, 1914.

### **CONCURRENTES SEGUN TIPO DE ESPECTACULO EN 1909**

<b>Tipo de espectáculo</b>	<b>Concurrentes</b>
Operas y operetas	959.090
Zarzuelas	1.155.810
Comedias y dramas en español	750.836
Comedias y dramas en italiano	605.715
Comedias y dramas en francés	327.628
Comedias y dramas nacionales	468.830
Acróbatas	374.290
Atracciones varias	1.169.151
Cinematógrafos	2.430.870

FUENTE: A. R. CARTAVIO: op. cit.

Muy pronto, al lado del cine y del teatro, compitiendo por la atracción de multitudes entusiastas, harán su aparición los espectáculos deportivos. En 1893 queda constituida la Argentine Football Association League, institución que ese mismo año organiza el primer campeonato de la especialidad iniciando, de esta manera, la historia del que terminaría por convertirse en uno de los fenómenos más relevantes de la vida de la ciudad. Algo similar ocurre con las reuniones hípicas, que si bien cuentan con una tradición que se remonta más allá del ochenta, serán

protagonistas de una expansión espectacular durante los primeros años del siglo, en que triplican el número de asistentes y cuadruplican el monto de lo apostado:

REUNIONES HIPICAS DESDE 1900 A 1909

Año	Concurrentes	Monto de lo jugado
1900	223.600	17.643.492
1901	210.300	17.114.628
1902	184.900	17.183.152
1903	277.100	24.681.018
1904	321.700	27.474.626
1905	438.100	36.327.092
1906	519.000	47.218.602
1907	606.500	58.840.261
1908	606.128	59.649.496
1909	693.980	71.812.583

FUENTE: A. R. CARTAVIO: op. cit.

LA CLASE DIRIGENTE: VANGUARDIA DE LA MODERNIZACIÓN

Todo este proceso de modernización que hemos intentado describir en un apresurado resumen de sus rasgos más destacados encuentra, en la clase dirigente, su núcleo pionero. Ganaderos, grandes comerciantes, banqueros, abogados, promotores y comisionistas, sus esposas y sus hijos, son los primeros en trasponer la frontera de las "antiguas costumbres" sumergiéndose, con la confianza que les otorgaba el enriquecimiento fácil, en una renovada ráfaga de europeísmo<sup>32</sup>. Pero lo que les atrae no es ya la Europa productora de ideas que encandilara a los círculos intelectuales desde los tiempos de la colonia y que le hiciera exclamar a J. M. Gutiérrez en la cúspide del entusiasmo ilustrado: "Para un americano y particularmente para aquél que ama y busca la ciencia, no hay mejor felicidad que la de poder verificar un viejecito a la fuente de toda luz y de toda verdad de este siglo"; lo que ahora interesa es la Europa sede y emporio de la mo-

<sup>32</sup> GUSTAVO BEYHAUT: *Raíces contemporáneas de América Latina*. Eudeba, Buenos Aires, 1964.

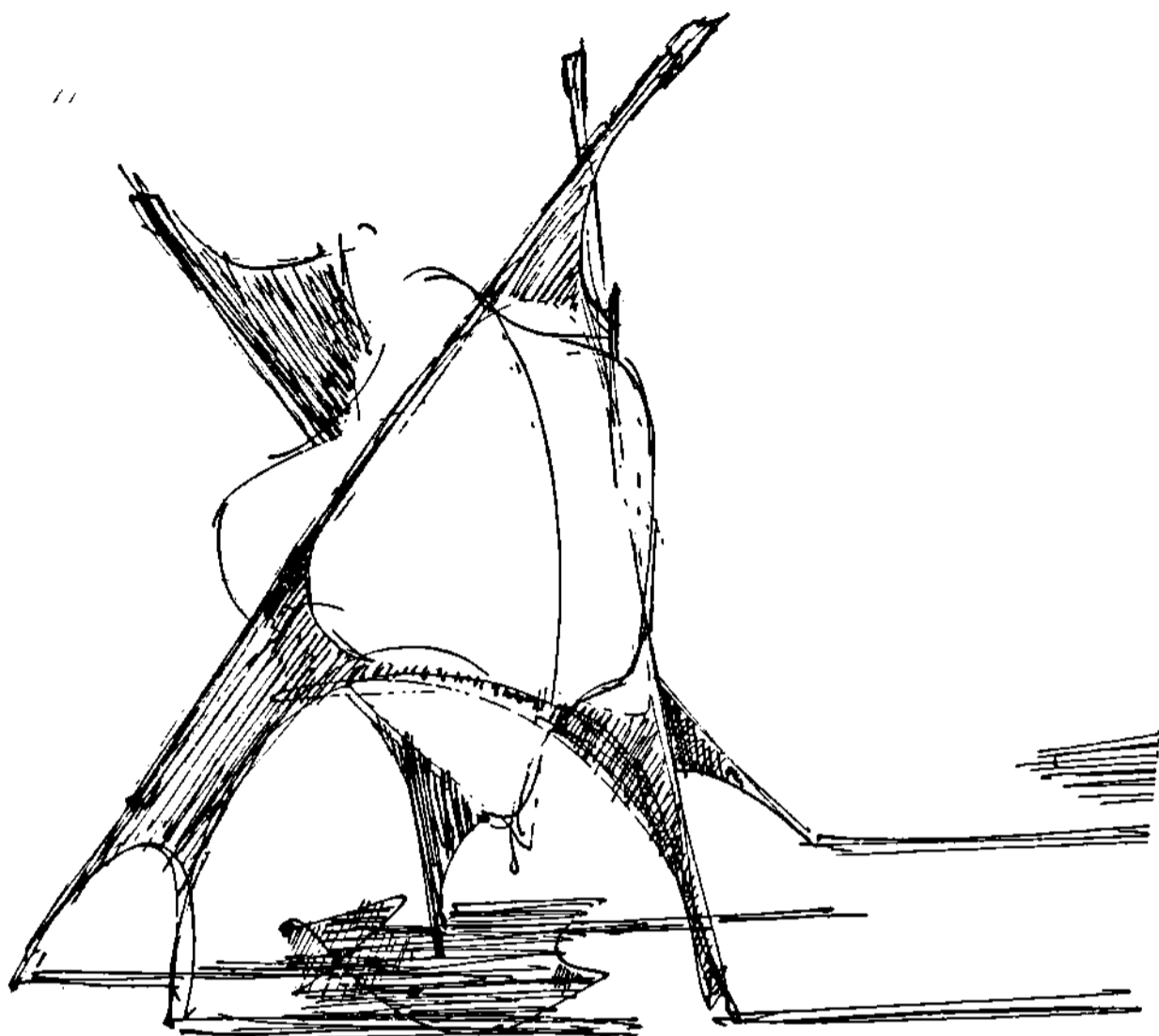
### ***Los cambios en el modo de vida***

derinidad, París o Londres como deslumbrantes y desprejuiciadas, elegantes y frívolas metrópolis en las que se forjan, se difunden y se abandonan, los gustos, las modas, las costumbres. Al empezar el nuevo siglo, los miembros de la élite, convertidos en "seres mundanos", en "viajeros contumaces", se preocupan menos por la búsqueda de consignas ideológicas que por el hallazgo de símbolos de "status", de instrumentos de autoidentificación y de diferenciación social.

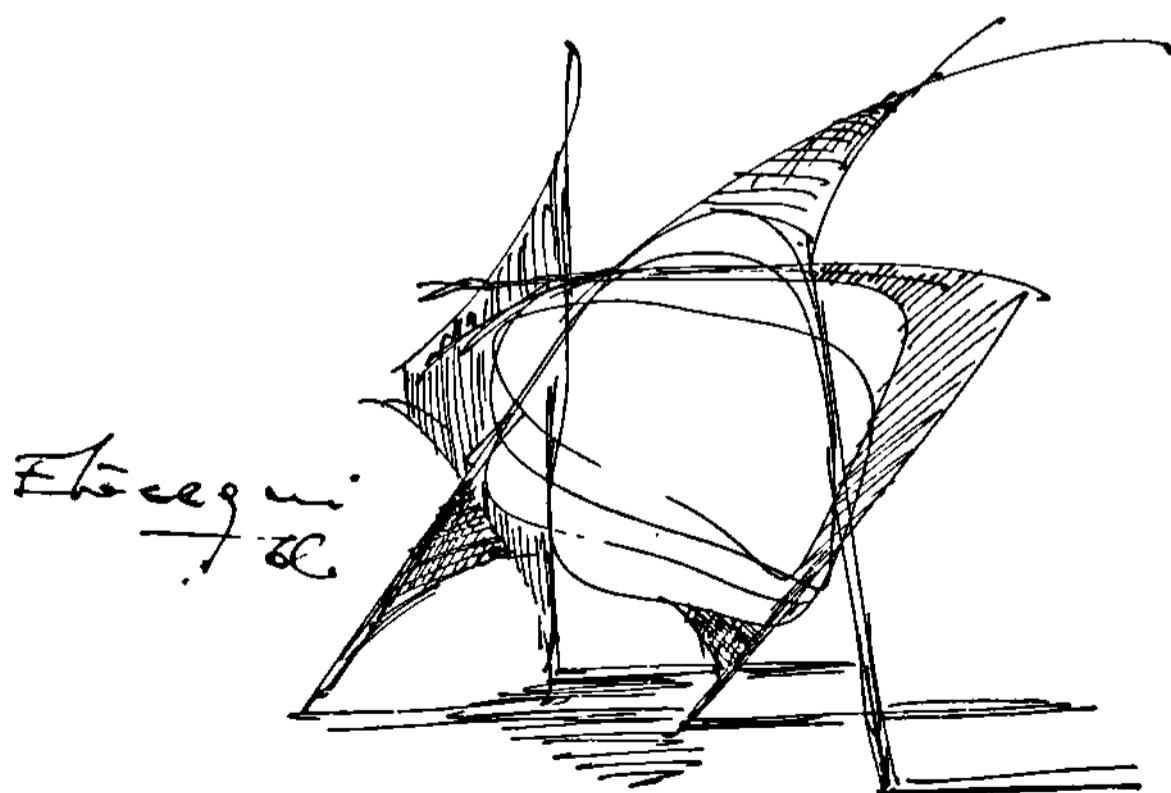
El viaje a Europa se convierte en un acontecimiento rutinario, la feliz e imprescindible peregrinación a la fuente de todo lo que socialmente debe ser tenido en cuenta; allí se va por negocios, a estudiar, a divertirse o a curar la salud quebrantada: "Un día del año 1889 —recuerda Adolfo Bioy—, se embarcaron para Europa mis padres, con mi hermana Marcelina de diecisiete años y Augusto, el benjamín de la familia, de tres. Los llevaban diversos motivos; desde luego, visitar la exposición universal de París, que atrajo a medio Buenos Aires, traer a mis hermanos, Juan Bautista y Pedro Antonio, que estaban en un liceo de Francia desde 1885, y hacer una cura en Eaux-Bonnes, conveniente para los bronquios de mi padre"<sup>33</sup>.

Pero si es cierto que la élite se constituyó en la avanzada de la transformación del modo de vida, si entre sus filas se reclutaron los grupos que más velozmente adoptaron los patrones de comportamiento y de consumo que ofrecían como modelo las sociedades más avanzadas; también lo es que las particularidades del desarrollo argentino hicieron que este proceso no quedara circunscripto al estrecho ámbito de la clase dirigente y sus acólitos. Por un lado, la expansión urbana y el crecimiento económico que acompañaron a la modernización, se asocian a un alto grado de movilidad social; por otro lado, los sectores que lograban concretar sus aspiraciones de ascenso merced a un enriquecimiento más o menos rápido, lo primero que hacían para consolidar su nuevo "status", era adoptar aquellos patrones de consumo y de comportamiento. De esta manera, por vía de la movilidad social y en estrecha vinculación con el desarrollo tecnológico, las pautas de la modernización se difunden por casi todo el cuerpo social otorgándole, al proceso de cambio, una dimensión cuyos efectos condicionarán, por largos años, la vida del país.

<sup>33</sup> ADOLFO BIOY: *Antes del Novecientos*. Buenos Aires, 1958.



Marmol e hierro



Elósegui  
7/66

Boceto para escultura (hierro y madera, 1966), dibujo en tinta china, por RUBÉN ELÓSEGUI.

**EL PROCESO DE MODERNIZACION DE LA ARGENTINA  
(1880 - 1930)**

**LA VARIABLE POLÍTICA**

---

**1. LA POLÍTICA TRADICIONAL Y LA  
ARGENTINA MODERNA**

por el Dr. **ATAÚLFO PÉREZ AZNAR**

**2. FORMACIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS  
MODERNOS**

por el Dr. **ALFREDO GALLETTI**





# La política tradicional y la Argentina moderna

ATAÚLFO PÉREZ AZNAR

## INTRODUCCIÓN

*NACIO EN CHASCOMUS (prov. de Bs. Aires) en 1910. Inició estudios universitarios en ciencias biológicas y filosofía, que abandonó por el derecho y las ciencias sociales. Actualmente es profesor titular interino de Derecho Político en la Universidad de La Plata y profesor asociado de Derecho Constitucional en la Universidad de Buenos Aires. Titular de la cátedra de Historia Argentina Contemporánea en la Escuela Superior de Periodismo (La Plata). Fue rector-organizador de la Universidad Provincial de Mar del Plata y en 1956 rector del Colegio Nacional de la Universidad de La Plata. En esta misma universidad fue profesor de Historia de las Instituciones Políticas Argentinas y Derecho Público Provincial y Municipal. Fue diputado provincial (Bs. Aires) en 1946, ministro de Educación de la Provincia (1958), senador provincial (1961) y diputado nacional (1965).*

UNA comprensión más profunda y, podríamos añadir, la propia investigación rigurosamente científica de la historia argentina, se hallan afectadas por nuestra propensión a excluir por hábito mental factores significativos, o a adoptar por la misma razón estereotipos que distorsionan la comprensión integral del proceso histórico. En lo que hace a los factores excluidos, debe destacarse el olvido sistemático de una situación que trasciende toda la problemática política, económica y social de la Argentina en el siglo XIX: la de que nuestro país vivió en estado de guerra permanente desde 1810 hasta 1880<sup>1</sup>. En esta larga guerra, librada a nuestras propias fuerzas, en la que se confunden los sacrificios por conquistar la Independencia con los esfuerzos para impedir la secesión y la desintegración nacional, se produjo una movilización total de recursos materiales y humanos que paralizó en definitiva el desarrollo demográfico, mantuvo a “los pueblos en la postración”, como acostumbraban a decir los hombres de la época, dejó indefensas las fronteras

con el indio y con los estados limítrofes, despobló las campañas, desorganizó la producción rural y artesanal, y afectó gravemente los hábitos de trabajo de las gentes del pueblo<sup>2</sup>, impidiendo la formulación de una política nacional coherente y estable.

Un pueblo que debe concentrar todas sus energías en una guerra agotadora para lograr sobrevivir, soportando insurrecciones, invasiones y bloqueos, mientras trata de fundar simultáneamente el Estado nacional y la República representativa sobre las ruinas del sistema virreinal, no se halla en condiciones de promover su desarrollo por el ahorro interno, ni de crear condiciones suficientes de estabilidad institucional y seguridad jurídica para las inversiones en el campo industrial. La guerra que, según la opinión de distinguidos economistas y sociólogos, actúa como estimulante para las innovaciones tecnológicas y el cambio social, se transforma en un factor de estancamiento y desánimo cuando deviene el horizonte habitual de un antagonismo interminable y estéril. Debemos admitir que muy otro habría sido el ritmo de crecimiento y expansión de los Estados Unidos si la guerra de secesión se hubiera prolongado veinte años solamente, o se hubiera resuelto a favor del Sur.

Por otra parte, los problemas planteados contemporáneamente a los mismos países industriales, por la movilización y licenciamiento de los contingentes de ciudadanos llamados al servicio de las armas, nos demuestran cómo los desajustes sociales que nuestro país y la América española

<sup>1</sup> La Guerra de la Independencia contra España, que se inicia en 1810, finaliza el 9 de diciembre de 1824 con la batalla de Ayacucho. En febrero de 1814 comienzan, con el decreto de Posadas que desencadena el conflicto con Artigas y los jefes federales del litoral, las guerras civiles entre Buenos Aires y las Provincias, cuya primera etapa concluye con la victoria federal de Cepeda, el 1º de febrero de 1820. Desde diciembre de 1825 hasta agosto de 1828 se desarrolla la guerra contra el Imperio del Brasil, a cuyo término, con la sublevación de Lavalle y Paz en diciembre de 1828, da comienzo la contienda entre unitarios y federales, que se resuelve el 3 de febrero de 1852 en Caseros. En medio de esta lucha se plantean cuatro guerras internacionales: I. Con la Confederación Perú-boliviana (1837-1839); II. Con Francia (1838-1840); III. Con Francia e Inglaterra (1845 a 1849 con Inglaterra. Tratado Arana-Southern) y (1845-1850) con Francia. Tratado Arana-Le Predour); IV. Con Brasil, aliado de Urquiza (1851-1852). Con la secesión de Buenos Aires el 11 de setiembre de 1852 comienza el estado de beligerancia entre Buenos Aires y la Confederación, que concluye con el pacto de San José de Flores, suscripto el 10 de noviembre de 1859. Se reinician las hostilidades, que se extienden desde Pavón (1861) hasta 1880, con los alzamientos de las Provincias, las intervenciones armadas del gobierno central, las revoluciones de López Jordán (1870-1876), de Mitre (1874) y de Tejedor (1880). A ellas deben agregarse las guerras de la conquista del desierto, que alcanzan mayor intensidad entre 1877 y 1879 y la guerra contra el Paraguay, que comienza en mayo de 1865 y concluye el 28 de diciembre de 1868 con la capitulación de Angostura.

<sup>2</sup> Cuando se habla de la indisciplina de los asalariados y se la describe como "uno de los rasgos más escandalosos de la realidad argentina entre 1800 y 1870", como lo hace Tulio Halperín Donghi en el Cap. I del libro *Argentina, sociedad de masas*, de Di Tella, Germani y colab., EUDEBA, Bs. As., 1965, pág. 15, se olvida este aspecto esencial.

## *La política tradicional*

hubieron de padecer a lo largo del pasado siglo no pueden endosarse precipitadamente a la barbarie nativa o a nuestra inferioridad racial. Una investigación ecuánime que profundice en este campo, de la que constituyen valiosos aunque limitados modelos los trabajos de Juan Álvarez sobre las guerras civiles argentinas<sup>3</sup> y de Eduardo Astesano sobre la movilización económica en los ejércitos sanmartinianos<sup>4</sup>, abrirá una perspectiva renovada al estudio de nuestra historia económica y social.

## LOS ESTEREOTIPOS

Nada ha hecho tan difícil la elaboración definitiva de la historia argentina —que debe sortear por igual los riesgos de un historicismo neutro y las deformaciones de los alegatos ideológicos—, como los estereotipos vaciados por la credulidad, la propaganda sectaria y la pereza mental. Rómulo D. Carbia señaló en su *Historia de la historiografía argentina*, allá por el año 1925, la constelación de prejuicios que nubló el entendimiento de muchos historiadores, al denunciar las fuentes contaminadas de la “leyenda negra de España” y la “leyenda roja de la Confederación”. Pero también conspiran contra la posibilidad de reconocernos en nuestra historia y adquirir conciencia plena de nuestro destino como nación, los numerosos estereotipos que disimulan su presencia en las interpretaciones más imparciales. Corresponde apuntar, en relación con la Argentina y dentro de la proyección de nuestro tema, los que se denominan corrientemente como “el monopolio mercantil español”, “la oligarquía terrateniente” y, el más reciente, “la sociedad industrial moderna”. Caracteriza el empleo de tales estereotipos la imprecisión con que, salvo contadas excepciones, se define su contenido conceptual, y la amplitud con que se aplican a nuestra realidad concreta tipologías que corresponden a muy distintas condiciones histórico-culturales y a diferentes estructuras sociales. Consideramos, por tales razones, peligroso utilizarlos dogmáticamente para edificar sobre ellos las hipótesis históricas.

<sup>3</sup> JUAN ÁLVAREZ: *Las guerras civiles argentinas*. EUDEBA, Buenos Aires, 1966.

<sup>4</sup> EDUARDO ASTESANO: *La movilización económica en los ejércitos sanmartinianos*. Ed. El Ateneo, Bs. Aires, 1951. Otros estudios sobre las guerras argentinas han omitido en mayor medida este enfoque social y económico de conjunto. Véase por ejemplo, JACINTO ODDONE: *El factor económico en nuestras luchas civiles* Ed. La Vanguardia, Bs. Aires, 1937; FÉLIX BEST: *Compendio de las campañas militares argentinas más importantes*. Bs. Aires, 1932-34, 3 vol: y las obras del teniente coronel JUAN BEVERINE, en especial *Las campañas de los ejércitos libertadores*. (1839-1852). Bs. Aires, 1923.

## EL MONOPOLIO MERCANTIL ESPAÑOL

Toda una etapa de nuestra historia económica y social, con sus correspondientes proyecciones en el proceso posterior, se ha explicado por el sistema del "monopolio mercantil español", que explotaba el comercio de las Indias en provecho de los mercaderes peninsulares. La verdad es muy otra. Como lo han demostrado las investigaciones realizadas y difundidas desde hace más de veinte años, ya en el siglo XVII la cuota de los españoles en el comercio legal con las Indias no excedía del diez por ciento del total<sup>5</sup>. En cuanto al contrabando, crecía constantemente, impulsado por comerciantes y filibusteros holandeses, franceses y británicos, sin otra participación española que la exigida por los graves funcionarios de las Indias para olvidar el cumplimiento del deber. A este beneficio puede agregarse el monto de las comisiones percibidas por los testaferros españoles que se prestaban a encubrir la verdadera situación.

La debilidad de la burguesía medieval castellana, el carácter y la vocación ético-religiosa —en conflicto teológico con el espíritu capitalista— de la España que dominó América, agregados a la dependencia económica del extranjero a partir de Carlos V, con sus banqueros y mercaderes flamencos, explican que, al independizarnos de España, los representantes del sindicato de prestanombres peninsulares que enmascaraba

<sup>5</sup> Este reducido diez por ciento de participación española constituye la participación más alta entre las que les asignan los investigadores contemporáneos. Las cifras obtenidas por Haring, Dahlgren y Sée en fuentes francesas, dan para 1691 esta distribución: Franceses, 13/14 millones; Ingleses, 6/7 millones; Holandeses, 10 millones; Hamburgueses, 4 millones; Genoveses, 11/12 millones; Flamencos, 6 millones; Españoles, de uno a tres millones. La forma en que funcionaba el sistema de testaferros con la complacencia oficial ha sido referida por José Larraz en *La época del mercantilismo en Castilla*, 2ª ed. Atlas, Madrid, 1943, p. 87 y ss. y por Henri Sée: "Les origines du capitalisme moderne", p. 61 y ss.

Vicente Palacio Atard, en *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*, ed. Rialp, Madrid, 1949, pág. 77, sostiene que, en ese siglo, "la partida más pequeña del comercio indiano la constituía la participación española, nunca superior al 5 % del total". Ver igualmente la clara exposición sobre el fracaso del régimen de monopolio comercial y el auge del contrabando a partir de la segunda mitad del siglo XVI, que hace G. Céspedes del Castillo en la *Historia de España y América* dirigida por J. Vicens Vives, Barcelona, 1961, Tomo III, págs. 553-566.

Sobre las razones, a primera vista extrañas, que determinaron esta humillante dependencia del comercio español, ha dado claras probanzas Claudio Sánchez-Albornoz, en su obra *España, un enigma histórico*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1956, Tomo II, Cap. XIII, "Debilidad de la burguesía en la Castilla medieval", p. 105-161, y Cap. XV, "Fracaso del promisorio despliegue de la burguesía castellana en el siglo XVI", ps. 299-348. La investigación debe integrarse, a nuestro juicio, para la comprensión cabal del proceso, con el estudio del papel que correspondió inicialmente a los consejeros flamencos de Carlos V en la enajenación de importantes recursos españoles a favor de mercaderes y banqueros flamencos, alemanes e italianos, y posteriormente al endeudamiento de la Corona, que llegó a extremos increíbles. En tal sentido resultan definitivos los estudios de Ramón Menéndez Pidal sobre Carlos V, incluido éste en "España y su historia", Madrid, 1957, Tomo II, págs. 65 y ss. y de Ramón Carande, "Carlos V y sus banqueros". 2 vol., Madrid, 1943-1949.

## *La política tradicional*

el "monopolio mercantil" se transformara en una "oligarquía de factores"<sup>6</sup>. Este grupo extiende su poder al gobierno del Río de la Plata en la medida en que pasa a administrar el Puerto y la Aduana de Buenos Aires, sustraídos a la autoridad política de España. Sus integrantes, independizados del sindicato de prestanombres de la península, se benefician de la estructura monopolista como testaferros directos de los comerciantes extranjeros, y del tráfico intérlope como cómplices del alijo.

Si fue posible instalar el sistema de factoría dentro de la monarquía absoluta de los Austrias y consolidarlo en el seno de la administración centralizada de los Borbones, nada puede extrañarnos que su poder se haya tornado omnipotente en América al romperse los controles coloniales y conquistar ésta la independencia precisamente con el apoyo de los poderosos intereses internacionales que manejaban el llamado "monopolio español". Sin embargo, la política inspirada por este grupo privilegiado, que domina la actividad mercantil desde Buenos Aires, va a chocar con las tendencias populares de la Revolución a partir de 1810. Entrará luego en conflicto con los intereses regionales, pero terminará por afirmar su hegemonía, en la segunda mitad del siglo XIX. El constante progreso de su influencia se advierte tempranamente, al establecerse la venta de oficios que permitió a los "pudientes" comprar en pública subasta en Potosí las varas de "regidores perpetuos" y otros cargos importantes.

### COMISIONISTAS Y PRESTANOMBRES

Era un secreto a voces, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, que el grupo mercantil más influyente del Río de la Plata, estaba constituido por representantes a comisión de los prestanombres peninsulares. Wedovoy<sup>7</sup> recuerda algunos testimonios, como el de Tomás Antonio Romero<sup>8</sup>, quien en 1795 denunciaba al Virrey que los comerciantes de Buenos Aires sólo se interesaban "en el beneficio de sus principales

<sup>6</sup> Empleamos la denominación "oligarquía de factores", dando a esta última palabra el significado que le da la Academia Española: "Entre comerciantes, apoderado con mandato más o menos extenso para traficar en nombre y por cuenta del poderdante, o para auxiliarle en los negocios".

<sup>7</sup> ENRIQUE WEDOVY: *Estudio preliminar*, en "Nuevo aspecto del comercio en el Río de la Plata", de Manuel José de Lavardén. Ed. Raigal, Bs. As., 1955, p. 13. Este talentoso investigador ha publicado recientemente un estudio que contiene interesantes noticias sobre el tema: *La evolución económica rioplatense a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX a la luz de la historia del seguro*, Ed. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, Departamento de Historia. La Plata, 1967.

<sup>8</sup> WEDOVY, op. cit. 13.

residentes en Cádiz, de quienes los más son unos meros comisionistas"; los del Conde de Liniers, de Diego de Alvear, de Pedro Antonio Cerviño y de Nicolás de Herrera, los cuales, junto a otras probanzas, lo llevan a afirmar incuestionablemente que "lo que caracterizaba a la clase mercantil rioplatense era el comercio a comisión"<sup>9</sup>. Esta relación de dependencia de segundo orden no favoreció, demás está decirlo, el surgimiento del espíritu de empresa, de la iniciativa mercantil e industrial y ni siquiera de la conciencia del interés nacional en el grupo dirigente formado en los hábitos del factoraje. Tanto el sindicato de prestanombres de la madre patria —que hizo naufragar la idea medieval del imperio español— como la oligarquía de factores que la representa y sucede en Buenos Aires, han influido decisivamente en la mentalidad de los grupos dirigentes de la economía y de la política nacional, en la que siguieron gravitando los intereses y las opiniones de comisionistas y factores. Y ha frustrado los esfuerzos de por lo menos tres grupos generacionales, en el período que va de 1810 a 1880.

El primero de ellos, que se puede distinguir dentro del proceso de la Revolución de Mayo, estuvo empeñado en promover la explotación racional de nuestros productos y su industrialización, y luchó por emanciparnos de toda dependencia comercial extraña mediante la creación de una marina mercante propia. Los propósitos de esta incipiente burguesía nacional, que de algún modo representan Cerviño, Lavardén, Belgrano y Moreno, se frustran paradójicamente con la lucha por la independencia, ya que su proyecto se articulaba mejor dentro de la fórmula mercantilista del declinante imperio español, que dentro de la estrategia económica liberal de su nueva metrópoli británica. En el instante decisivo, las circunstancias favorecieron a la oligarquía de factores.

El segundo grupo, que tal vez no supo o no pudo aprovechar todas las posibilidades que le brindó la coyuntura histórica, está constituido por la llamada generación de 1837. Su pensamiento se halla profundamente influido por las doctrinas del romanticismo social y desemboca prematuramente en una concepción solidarista del Estado que, como lo ha demostrado Oreste Popescu<sup>10</sup>, se anticipa a las fórmulas

<sup>9</sup> WEDOVY, op. cit. 14 y ss.

<sup>10</sup> ORESTE POPESCU: *El pensamiento social y económico de Echeverría*. Ed. Americana. Bs. As., 1954. Para una visión de conjunto del romanticismo social ver Roger Picard: *El romanticismo social*, Ed. F. C. E. México, 1947. El pensamiento de Alberdi, sobre el que señaló las deficiencias de una interpretación escolar Coriolano Alberini, en su estudio sobre *La metafísica de Alberdi*, incluido en reciente edición de la Universidad de La Plata, puede ser ahora seguido con mayor información en el documentado trabajo de Jorge M. Mayer: *Alberdi y su tiempo*, Eudeba, Bs. As., 1963.

### ***La política tradicional***

elaboradas a fines de siglo por Gide, Pesch, Bourgeois y otros. Falta, para completar la visión de conjunto de su programa de transformación nacional, un estudio acabado del pensamiento de Mariano Fraguero, quizás el mejor dotado como estadista de todo el grupo, cuyas ideas acerca de los medios efectivos de capitalizar al país y desarrollar su economía, no pudieron imponerse a pesar del prestigio e influencia de que gozó Fraguero en el país después de Caseros<sup>11</sup>.

### **LA GENERACIÓN DE 1870: UN CAMINO A LA ARGENTINA MODERNA**

En cuanto al tercer grupo, que podríamos denominar, como lo hicimos anteriormente, la generación de 1870, se empeña en dar un contenido nacional y democrático al liberalismo, apoyando el desarrollo industrial, la libertad de sufragio, la enseñanza gratuita y obligatoria y la descentralización política. Aspira a consolidar la República representativa y la independencia económica de la Nación y se inspira en el modelo norteamericano. Su derrota en la década del 80 no compromete la supervivencia de su ideario, que continúa inspirando los movimientos populares a partir de 1890. Formada políticamente dentro del autonomismo alsinista, rompe con su jefe y debe forjar sus propios conductores cuando éste cae en las redes de la "conciliación".

Su doctrina y su estilo políticos se van concretando históricamente a partir del 11 de setiembre de 1852, como un movimiento popular de extracción federalista, que defiende la integridad nacional y postula la incorporación de Buenos Aires a la Confederación dentro del sistema constitucional sancionado en 1853. Tras el fracaso de la tentativa de Lagos, y transcurrido el período de violenta represión posterior, el movimiento resurge y se manifiesta hacia 1856 en la prédica doctrinaria de "La Reforma Pacífica", en la que inician su magisterio cívico Nicolás A. Calvo, Miguel Navarro Viola y José Hernández, orientadores más tarde de la que hemos llamado generación de 1870. En los sectores populares moviliza los grupos federales que dan su colorido aporte al partido "Chupandino". La violencia y el fraude electoral, unidos a las circunstancias desfavorables del proceso que culmina en Cepeda, mantienen alejados del poder a

<sup>11</sup> Las ideas fundamentales de Fraguero, en este aspecto, se hallan expuestas en *Organización del crédito*, aparecido en Chile en 1850, y en *Cuestiones Argentinas*, publicado en 1852. El primer libro fue reeditado por Raigal, Bs. As., 1954, con un estudio preliminar de Ricardo M. Ortiz. En cuanto al segundo, se incluyó en la colección *Grandes Escritores Argentinos*, dirigida por Alberto Palcos (Jackson. Bs. As. s/f) y va precedido por una "Noticia biográfica" de Enrique Martínez Paz.

los militantes de este movimiento, que reaparece en alguna medida inspirando la posición de los que, en la Convención Revisora de la Constitución del Estado de Buenos Aires, postulan la aceptación sin reformas del texto constitucional de 1853.

Los acontecimientos posteriores a Pavón, y muy especialmente el proyecto de federalización de Buenos Aires, repercuten hondamente en la política provincial, trayendo, con el cisma del partido Liberal, la posibilidad de un nuevo ordenamiento de los grupos actuantes, más adecuado para la expresión de sus orientaciones doctrinarias. En la reacción temperamental y ruidosa de los "crudos", enemigos de la federalización, nace el autonomismo que acaudilla Adolfo Alsina, con el apoyo simultáneo de las gentes del pueblo y de la juventud universitaria en la ciudad, y la simpatía de los estancieros en la campaña.

Cuando en enero de 1870, un grupo de jóvenes autonomistas constituye el Club "25 de Mayo", advertimos la presencia de algunos nombres (Del Valle, Alem, Yrigoyen), y de algunos principios (verdad del sufragio, autonomía municipal, abaratamiento y distribución de la tierra pública, abolición del servicio de frontera), que definen tempranamente el perfil histórico de un movimiento generacional. Calvo, Navarro Viola y José Hernández son sus mentores. Rocha (nacido en 1838), D'Amico (1839), Rafael Hernández (1840), Estrada y Alem (1842), Goyena (1843), Pellegrini (1846), del Valle (1847) y por último los más jóvenes, Roque Sáenz Peña (nacido en 1851) e Hipólito Yrigoyen (en 1852), integran el grupo iniciador, que se hace presente en los atrios hacia 1872 constituyendo el "Club Electoral", presidido por Leandro Alem; en las elecciones del 31 de marzo son elegidos diputados a la Legislatura: del Valle, Alem, Pellegrini y Dardo Rocha.

Paralelamente se desarrolla el proceso de reforma constitucional que transforma las instituciones de Buenos Aires, a partir de la sanción de 1873. Y se advierte el surgimiento de un espíritu renovador y pujante, penetrado de contenido nacional, que abarca los más diversos campos de la cultura. En 1872 se publica *Martín Fierro*, se funda la Sociedad Científica Argentina y se abre al público el museo antropológico y arqueológico de Francisco P. Moreno, base del actual Museo de La Plata. Por decreto de 26 de marzo de 1874, se da a la Universidad de Buenos Aires una estructura acorde con la Constitución de 1873, que encierra una reforma sustancial, extendida luego por Avellaneda a la Universidad de Córdoba, y modelo visible de la ley nacional N° 1597, de 1885, que lleva su nombre. En 1875 se constituye el Club Industrial y en 1876 se crea la Sociedad Estímulo



### **La política tradicional**

de las Bellas Artes. La política innovadora que se expresa en la Constitución de 1873, y define en debates iluminados por la elocuencia y el saber la Convención que la sancionó, se continúa en la acción cumplida por la Legislatura de Buenos Aires entre 1874 y 1877. La ley N° 988, de 1875, que establece la educación gratuita y obligatoria y deja a los padres la elección de la enseñanza religiosa; la ley 1067, de 1876, que trata de garantizar el sufragio; la ley orgánica de municipalidades, N° 1079, que tiende a hacer efectiva la autonomía de las comunas; la ley de tierras públicas N° 1083, y numerosas leyes de protección industrial (entre otras las que llevan los números 996, 1022, 1072, 1076, 1095 y 1097) dan una idea suficientemente clara de la amplitud y coherencia del programa que, con el apoyo de la joven generación, impulsa en gran parte Aristóbulo del Valle, desde el Ministerio de Gobierno de la Provincia.

Dentro de los principios de la democracia liberal, que todos los argentinos representativos de la época proclamaron, así fuera teóricamente, la generación del 70 se nos aparece diferenciada por su identificación con las corrientes del federalismo tradicional personificadas en los caudillos. Sin embargo, su nacionalismo popular se armoniza vitalmente, a nuestro juicio, con una auténtica vocación innovadora y una clara inteligencia de la realidad, que configuraron, pese a sus soportes tradicionales, la más alta posibilidad histórica de construir una Argentina "moderna".

### **EL GOBIERNO PATERNAL Y EL CAUDILLISMO FEDERAL**

La lucha de los hombres de la organización nacional contra el caudillismo nos legó otro estereotipo que oscurece el significado del proceso, a través de una imagen tenebrosa del "caudillo". Ya hemos destacado la importancia que tiene en su advenimiento el estado de guerra permanente en que vivió el país durante setenta años. Pero el caudillo como cabeza de un sistema no agota su significación en la jefatura de milicias. Zorraquín Becú<sup>12</sup> ha señalado certeramente cómo, frente a la necesidad de erigir un poder ejecutivo sin trabas ni sanción que procurara "el bien público como un padre de familia el de los suyos, los federales elaboraron la novísima teoría de los gobiernos paternales, que fue aplicada durante muchos años en el país". Cita Zorraquín Becú algunos ejemplos traídos de expresivos documentos, relacionados con las ideas de López y Ramírez (Proclama

<sup>12</sup> RICARDO ZORRAQUÍN BECÚ: *El federalismo argentino*, 2ª ed. La Facultad, Bs. Aires, 1953, págs. 66-67.

de los jefes de las fuerzas federales del 8 de febrero de 1820), de Dorrego (Expresiones en el Congreso de 1824-26) y de Rosas (Proclama del 10 de diciembre de 1829; declaraciones a Quesada en 1873). Podríamos agregar muchos otros, y una indagación cuidadosa revelará la sorprendente difusión de la teoría. Lamentablemente, en las respuestas a la encuesta sobre el caudillo, organizada por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata<sup>13</sup>, pese a que el problema se hallaba implícitamente planteado en el cuestionario, no se consideró especialmente el tema. Incidentalmente hay referencias a la idea del gobierno paternal en las semblanzas de Nazario Benavides (p. 35) y Martín Güemes (p. 110). Otras noticias pueden hallarse en Félix Luna<sup>14</sup>, José María Rosa<sup>15</sup>, Lucas Ayarragaray<sup>16</sup>, Faustino J. Legón<sup>17</sup>, Alvarez Comas<sup>18</sup>, Gabriel A. Puentes<sup>19</sup>, etc. Si bien el caudillismo hispanoamericano ha suscitado numerosos estudios de muy desigual valor, ellos resultan escasamente aplicables a la índole de nuestro caudillismo federal<sup>20</sup>. En el número 2 de la *Revista de Historia* (Buenos Aires, 1957), dedicada a

<sup>13</sup> *Encuesta sobre el caudillo*. Instituto de Historia de la Filosofía y el Pensamiento Argentino. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. La Plata, 1966.

<sup>14</sup> FÉLIX LUNA: *Los Caudillos*. Ed. Jorge Alvarez. Bs. Aires, 2ª ed., 1967, p. 192.

<sup>15</sup> JOSÉ MARÍA ROSA: *Del Municipio indiano a la Provincia argentina*. Ed. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1958. p. 82.

<sup>16</sup> LUCAS AYARRAGARAY: *La anarquía argentina y el caudillismo*. Ed. Lajouane, 2ª ed. Bs. Aires, 1925, p. 127 y ss.

<sup>17</sup> FAUSTINO J. LEGÓN: *Diagrama doctrinal de la política de López*. Ed. V. Abeledo, Bs. Aires, 1938.

<sup>18</sup> MODESTO ALVAREZ COMAS: *Santa Fe, el federalismo argentino y el Patriarca de la Federación*. Ed. Centenario, Bs. Aires, 1938.

<sup>19</sup> GABRIEL ANTONIO PUENTES: *Juan Felipe Ibarra. 1828-1832*. Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, Bs. Aires, 1944.

<sup>20</sup> CECIL JANE: *Libertad y despotismo en América Hispana*, Imán. Bs. Aires, 1942, estudio originariamente editado por la Universidad de Oxford en 1929, es todavía uno de los mejores trabajos sobre el tema. Lo mismo puede aseverarse del libro de Andrés Siegfried: *L'Amérique Latine*, Ed. du Trident. Bs. As., 1944. Traen útiles observaciones: Jacques Lambert: *América Latina. Estructuras sociales e instituciones políticas*, Ed. Ariel. Barcelona, 1964; Julio Ycaza Tigerino: *Sociología de la política hispanoamericana*, Madrid, 1950; José E. Iturriaga: *El tirano en la América Latina*, Ed. El Colegio de México, 1945; Salvador M. Dana Montano: *Las causas de la inestabilidad política en América Latina*, Univ. del Zulia, Maracaibo, 1966; Antonio Carro Martínez: *El caudillismo americano*, en: *Revista de Estudios Políticos*, Madrid, Nº 93, págs. 139-163; Alcides Arguedas: *Los caudillos bárbaros y Los caudillos letrados*, Barcelona, 1923; Laureano Valenilla Lanz: *Cesarismo democrático*, 2ª ed. Garrido. Caracas, 1952, y Francisco García Calderón: *Les Démocraties latines de l'Amérique*, Ed. Flammarion, Paris, 1920. Para una interpretación estrictamente española y actual del caudillaje como encarnación de la fe "en las virtudes heroicas del mando, en su carácter creador y liberador", ver Francisco Javier Conde: *Representación política y régimen español*. Madrid, 1945, págs. 121 y ss. y su folleto *Contribución a la doctrina del Caudillaje*.

### *La política tradicional*

“Unitarios y Federales”, no se trata específicamente el tema del gobierno paternal, pero pueden encontrarse agudas observaciones, que en cierto modo encuadran el problema, en los trabajos de Enrique M. Barba<sup>21</sup> y Juan José Real<sup>22</sup>.

#### LOS ORÍGENES DEL SISTEMA PATERNAL

La Revolución de la Independencia, como casi todos los grandes movimientos revolucionarios populares, tendió a unificar la autoridad militar y la política; comerciantes y profesionales, como Saavedra y Belgrano, se improvisan como jefes de los ejércitos, y militares de carrera, como San Martín y Alvear, se transforman en adalides políticos. No puede desdeñarse la vinculación originaria del caudillo hispanoamericano con la milicia, pero debe tenerse presente para comprender la base de su autoridad en el Río de la Plata, que la milicia se identificaba aquí con el pueblo en armas: estaba muy lejos de constituir una fuerza mercenaria o un mecanismo sin alma; era la movilización de los “vecinos”, originariamente convocados a Cabildo abierto para organizar la defensa común. Tanto la tesis del “cesarismo democrático” como la de la “barbarie feudal” se nutren de una verdad a medias cuando confunden al caudillo con “el más valentón y el más ladino de los criollos” que “concluía por encabezar una hueste, asaltar y acaparar el poder”<sup>23</sup>. Esta tendencia historiográfica, que Augusto Mijares<sup>24</sup> denomina “el sociologismo pesimista de los hispanoamericanos”, ha comprometido con sus prejuicios la validez de las conclusiones en los estudios más conocidos, desde Sarmiento y Alberdi, hasta Carlos Octavio Bunge, Lucas Ayarragaray y Joaquín V. González.

Consideramos sin embargo, errónea la afirmación de Zorraquín Becú, cuando sostiene que la teoría de los gobiernos paternos fue una novedad introducida por los federales argentinos. Muy por el contrario, la doctrina del gobierno paternal entronca con el pensamiento político español, tal como florece en la alta Edad Media en la concepción del “Reino de

<sup>21</sup> ENRIQUE M. BARBA: *Orígenes y crisis del federalismo argentino*: loc. cit. p. 3-22.

<sup>22</sup> JUAN JOSÉ REAL: *Notas sobre caudillos y montoneras*: loc. cit. p. 63-80.

<sup>23</sup> LUCAS AYARRAGARAY: *La anarquía argentina...* cit. p. 128.

<sup>24</sup> AUGUSTO MIJARES: *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Ed. Castilla, Madrid, 1952.

Dios como arquetipo político”<sup>25</sup>. El concepto se halla clara y bellamente definido en las Partidas<sup>26</sup>, al establecer cómo el rey debe “amar e honrrar e guardar a su pueblo”: “Ca pues el es cabeça de todos, dolerse deue del mal que recibieren, assi como de sus miembros. E quando desta guisa fiziere contra ellos, *ser les ha como padre, que cria sus fijos con amor, e los castiga con piedad*, assi como dixerón los sabios”.

La comprensión de la naturaleza del gobierno paternal nos exige distinguirlo del paternalismo y del patriarrealismo, que son sus deformaciones más conocidas, y discernir la diferencia entre el tipo de autoridad paternal que acuñó el derecho romano en la antigüedad y el que se manifiesta en las instituciones del derecho público hispánico, saturado de ética cristiana. El modelo de gobierno paternal como vínculo religioso secularizado, como relación política explicada por el amor, aparece también claramente definido en la filosofía polémica del antimaquiavelismo español, como puede comprobarse en Ribadeneira<sup>27</sup>, Mariana<sup>28</sup>, Saavedra Fajardo<sup>29</sup>, y otros. En la América española la idea aparece expuesta por Bolívar, en 1815<sup>30</sup>, y adquiere permanencia en la “imagen paternal” del presidente, como lo destaca Federico G. Gil<sup>31</sup>.

<sup>25</sup> Véase el interesante estudio de Manuel García Pelayo, así titulado. Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1959. En especial su definición de los conceptos capitales del pensamiento político de la alta Edad Media: Ministerio, Typo y Carisma, págs. 50 y ss.

<sup>26</sup> Partida 2, Título X, Ley II. Seguimos el texto de “Códigos Antiguos de España”, publicada por Marcelo Martínez Alcubilla. Madrid, 1885, Tomo I, pág. 304.

<sup>27</sup> PEDRO DE RIBADENEYRA: *El Príncipe cristiano* (1ª ed. Madrid. 1595). Diferenciando el rey del tirano, dice en el Cap. IX, del Libro II: “El uno (el verdadero rey) es el alma y vida de su pueblo como lo dice la ley, *cabeza del cuerpo de la república y como padre de cada uno de sus súbditos*, el otro (el tirano) es cuchillo, y verdugo y atormentador”.

<sup>28</sup> JUAN DE MARIANA: *Del Rey y de la institución de la dignidad real*. (1ª ed. Toledo. 1599). En el Cap. V. “De la diferencia que existe entre el rey y el tirano” afirma: “*La potestad real que el rey recibe de sus súbditos, la ejerce con singular modestia; a ninguno es gravosa, a nadie molesta sino a la maldad y al crimen. Juzga con toda severidad a los que atentan contra la propiedad y vida de sus súbditos; ama a todos con cariño paternal...*”

<sup>29</sup> DIEGO SAAVEDRA FAJARDO: *Idea de un Príncipe político-cristiano representada en cien empresas* (Ed. definitiva. Milán. 1642). Empresa XX: “si los súbditos no experimentan en el príncipe la solicitud y amor de padre, no le obedecerán como hijos”; Empresa XXII: “acuérdense los reyes que sucedieron a los padres de familias y los son de sus vasallos, para templar la justicia con la clemencia”. Empresa XLI: “No ha de gobernar el príncipe como señor, sino como padre, como administrador y tutor de sus estados”. Conceptos semejantes hallamos en las empresas LV, LVII, CI, etc.

<sup>30</sup> “Los Estados americanos han menester de los cuidados paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra”, V. Vallenilla Lanz, op. cit.

<sup>31</sup> FEDERICO G. GIL: *Instituciones y desarrollo político de América Latina*. Ed. INTAL, Bs. As., 1966, págs. 77-78. Citando a Frank Tannenbaum, que colabora en la obra editada por Asher N. Christensen: *The evolution of American Government*, Holt, Nueva York, 1951 (p. 417), advierte que “Existe una sumisión implícita que inconscientemente impone al presidente el ejercicio de un poder arbitrario. Solo él puede tomar la decisión final. No hay otro poder ni otra autoridad. El que gobierna debe también mandar o no será capaz de gobernar”.

## **La política tradicional**

### **GRANDEZA Y DECADENCIA DEL CAUDILLO**

La índole del gobierno paternal lleva naturalmente a depositar la autoridad en personas de rango y prestigio, como lo fueron la mayoría de nuestros caudillos, y lo señala Juan José Real en su trabajo de la "Revista de Historia"<sup>32</sup>. La insistencia con que se ha denunciado su animadversión hacia la "clase principal" debe atribuirse, más que a resentimiento plebeyo de los caudillos, a la defeción de la llamada "gente decente", que se dejó arrastrar por la oligarquía de factores a posiciones incompatibles con los ideales revolucionarios de la Independencia y con la propia integridad territorial de las Provincias Unidas.

El sistema no era, por otra parte, incongruente con la capacidad de innovar en la estructura económica, como lo prueba el espíritu de empresa de muchos caudillos que impulsaron la industria saladeril (Rosas, Urquiza), la explotación minera (Quiroga) y la empresa rural. Si el país hubiera disfrutado de aquella "paz y tranquilidad" que los caudillos federales reclamaban con insistencia y la oligarquía de factores dificultó porfiadamente, todo nos lleva a suponer que las fuerzas internas de la sociedad tradicional habrían impulsado, mediante fórmulas de participación estatal y capitalización social, el desarrollo económico del país. Las experiencias cumplidas, pese a sus diferentes resultados históricos, por el Paraguay bajo Francia y López, y por el Japón con la revolución "Meiji", nos proporcionan un modelo concreto, que hasta ahora no hemos considerado seriamente<sup>33</sup>. Nuestros caudillos federales fueron algo más que el "sindicato del gaucho", como afirmó con su proverbial gracejo Arturo Jauretche<sup>34</sup>; fueron la imagen del Estado, o mejor dicho la personificación del Estado benefactor, en un pueblo para el que, al igual que para

<sup>32</sup> JUAN JOSÉ REAL: Op. cit., págs. 76-78.

<sup>33</sup> Cfr.: ATAÚLFO PÉREZ AZNAR: *Bases federalistas y comunales de la organización constitucional argentina*, La Plata, 1958, p. 17 y ss. Para la experiencia paraguaya conf. Carlos Antonio López: *La emancipación paraguaya*. Ed. Guaranía. Bs. Aires, 1942; Juan F. Pérez Acosta: *Carlos Antonio López, obrero máximo*. Guaranía. Asunción, 1948; Julio César Chaves: *El Supremo Dictador*. Ed. Difusam. Bs. Aires, 1942. En lo que hace a Japón: André Marchal: *Systèmes et structures économiques*. Ed. Presses Universitaires de France. Paris, 1959. 2ª parte. Tit. III, Cap. III, par. 2; W. Arthur Lewis: *Teoría del desarrollo económico*. Ed. F. C. Económica, México, 2ª ed. 1963, p. 162 y ss.; E. E. Hagen: *Cómo comienza el crecimiento económico: Una teoría general aplicada al Japón*, en "Desarrollo Económico", Vol. 2, N° 2, julio-setiembre 1962, págs. 61-83, y en especial Thomas C. Smith: *Political chance and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880*, Stanford. Cal. 1955.

<sup>34</sup> ARTURO JAURETCHE: *Los profetas del odio y El medio pelo*, Bs. Aires, 1967, p. 64.

el pueblo español, “toda relación social, toda relación humana, es una relación vital individualizada, una relación con la persona, con el individuo”<sup>35</sup>.

Las fórmulas abstractas del constitucionalismo liberal no se conciliaban con las expresiones concretas del federalismo popular, y en la medida en que impusieron su estilo, relegaron al caudillo previamente domesticado a las dependencias de servicio. Al votarse en el Congreso de la Nación la ley que establecía el sistema de elección por circunscripciones para diputados nacionales, en la sesión del 15 de octubre de 1902, el diputado Mariano de Vedia trazó una semblanza del caudillo que equivale a un acto de desagravio de la oligarquía porteña<sup>36</sup>. Claro está que se restringía su autoridad paternal al límite del barrio y su poder político al ejercicio reglamentado del oficio de gestor, que podía pedir al gobierno “hasta la banda de música”. Pero se había modificado, al menos, la imagen sangrienta y bárbara acuñada por los hombres de la emigración.

## LA OLIGARQUÍA

Se suele atribuir la introducción de esta palabra en nuestro vocabulario político a los dirigentes populares actuantes después del 90. Sin embargo, la expresión no aparece utilizada por Alem, Yrigoyen y del Valle, ni es frecuente en los documentos oficiales del radicalismo: la noción de “régimen” la sustituyó con ventaja. En lo que hace al socialismo, en sus distintas corrientes doctrinarias, prefirió usar el término “burguesía” sin mayor precisión. Ha predominado, sin embargo, el criterio, aceptado

<sup>35</sup> JULIO YCAZA TIGERINO: Op. cit., pág. 27. Acerca de los inconvenientes y ventajas de personificación del poder ha escrito, siguiendo la orientación de Adorno, Talmon y otros, Gino Germani: *Las clases populares y las actitudes autoritarias*, incluido en la obra de I. L. Horowitz: *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*, Eudeba, 1964, Tomo II, p. 192-203. En sentido contrario, Burdeau, *Traité de Science Politique*, Tomo I, p. 264-65, Paris, 1949. En el daño que causa al poder institucionalizado la despersonalización de la autoridad, el automatismo introducido en la función gubernativa y la desaparición de lo político tras meras “combinaciones” y de los valores tras los “procedimientos”. La misma preocupación revela Carl J. Friedrich en su ensayo *Lealtad y autoridad*, incluido en el libro “Dilema de la sociedad organización”, por H. M. Ruitenbeck y otros. Ed Paidós, Bs. Aires, 1967, pág. 75-85.

<sup>36</sup> “El caudillo —dijo Vedia— es el hombre útil a sus convecinos, capaz de molestarse por ellos, curioso de sus necesidades, anheloso de satisfacerlas, progresista dentro de su circunscripción, celoso de ella, gran amigo del cura, del juez de paz, del boticario, del periodista y del maestro de escuela, director de todos los festejos patrios, con grandes simpatías entre los extranjeros, generoso, servicial, activo, desprendido, que el lunes solicita la libertad del pobre trabajador que se embriagó el domingo; que a éste le paga la multa cuyo perdón no obtuvo; que al otro le procura un empleo; que llama a todos sus hijos y como a tales los trata; que no se cansa de pedir para su circunscripción y que lo pide todo: el telégrafo, el ferrocarril, el tranvía, la luz eléctrica, el pavimento, las últimas novedades y hasta la banda de música.”

### ***La política tradicional***

en los medios académicos, de aplicar la denominación al grupo unitario porteño, vinculado al monopolio mercantil o a la propiedad latifundista.

Desde el punto de vista histórico, hay quienes advierten la presencia de la oligarquía bajo la dominación española o en el sector saavedrista de la Primera Junta, quienes la identifican con el grupo rivadaviano, quienes la denuncian en el caudillismo federal, y quienes la instalan en el poder con los vencedores de Pavón, con el advenimiento de Roca o con el unicato juarista. Para Bonifacio del Carril se identifica con la clase dirigente o patriciado "que se formó en Buenos Aires, integrada por porteños y provincianos, a partir de la presidencia del General Mitre, hasta el advenimiento electoral de la turbamulta". Y agrega: "Brillaron en ella la cultura y la inteligencia y estuvo casi totalmente integrada por abogados y militares"<sup>37</sup>.

En torno a esta confusión semántica se ha desarrollado la polémica ideológica que abarca desde el panegírico de la "oligarquía esclarecida" hasta el anatema lanzado contra la "oligarquía maléfica". En un trabajo reciente, Jorge Graciarena<sup>38</sup> se ha preocupado por ordenar los conceptos, partiendo de la distinción entre oligarquía y élite, que reconoce, sin embargo, insuficiente. Remitimos al lector al enjundioso ensayo, cuyas conclusiones no compartimos, pero que consideramos uno de los aportes más serios sobre el tema. Coincidimos plenamente con el autor, que confirma nuestra tesis de la *Revista de Historia*, en cuanto considera indispensable elaborar una tipología histórica argentina de las estructuras de poder.

### **LA OLIGARQUÍA PORTEÑA Y EL PLAN GARCÍA**

Tanto lo que hemos llamado el "sindicato de prestanombres", como la "oligarquía de factores", configuran grupos oligárquicos. Sin embargo, para discernir la estructura y sentido de esta última se hace necesario profundizar en los conflictos políticos, económicos y sociales que en el Río de la Plata se suceden a partir de la ruptura entre Artigas y el gobierno de Buenos Aires. Las tendencias se definen de modo inconfundible con el cisma que se opera dentro de la Logia Lautaro, cuando el grupo por-

<sup>37</sup> BONIFACIO DEL CARRIL: *Buenos Aires frente al país*. Ed. Huarpes, Bs. Aires, 1946, págs. 89-90.

<sup>38</sup> JORGE GRACIARENA: *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Paidós, Buenos Aires, 1967, pág. 45 y ss.

teño forma la "Logia Provincial", para obstaculizar el programa de emancipación continental de San Martín, que contaba con la adhesión de Artigas y los caudillos federales.

La oligarquía de factores aspira a consolidarse en un aislamiento cómodo y egoísta, gozando de la prosperidad que el monopolio del Puerto y la Aduana le aseguran a Buenos Aires. Su programa secular fue audazmente anticipado por Manuel J. García, enviado de Buenos Aires en la corte de Río de Janeiro, en nota a su gobierno, de 19 de junio de 1816: "Estoy firmemente persuadido —decía— y aún la experiencia parece haberlo demostrado, que necesitamos, no solamente de la fuerza física y moral de un *poder extraño* para terminar nuestra lucha, sino también *para formarnos un centro común de autoridad capaz de organizar el caos en que están convertidas nuestras provincias*"<sup>39</sup>. Obsérvese que el plan de Manuel J. García, cuya lectura completa recomendamos, precede en pocos días a la Declaración de la Independencia de Tucumán, y proclama desaprensivamente la necesidad de la intervención de "un poder extraño", no sólo para obtener la independencia, sino también para sostener "un centro común de autoridad", es decir para apuntalar la dominación del gobierno porteño y establecer su hegemonía sobre las Provincias. Frente a la posterior ejecución y a la proyección histórica del plan propuesto por García, los antagonismos entre republicanos y monárquicos, o entre unitarios y federales, recuerdan la discusión sobre galgos y podencos de la fábula...

La estrategia sanmartiniana, al servicio de la revolución emancipadora de la América española, entra en oposición irreductible con esta oligarquía localista, cuya política puede sintetizarse en la opción inaceptable que se plantea a las Provincias: "Organización nacional bajo la hegemonía absoluta del grupo porteño, o secesión de Buenos Aires, erigido en Estado soberano". Los términos del dilema explican la importancia que tenía la designación de Capital de las Provincias Unidas: esta circunstancia gravita decisivamente desde 1813, con las exigencias artiguistas, hasta 1880, con la cesión impuesta a la Legislatura de Buenos Aires. La clarividencia de San Martín al respecto queda demostrada en una carta a Godoy Cruz, mencionada por Mitre<sup>40</sup>: "Me muero cada vez que oigo

<sup>39</sup> Este significativo documento fue publicado por Adolfo Saldías en *La evolución republicana durante la Revolución Argentina*, Bs. Aires, Moen, 1906, págs. 418-423. Una atenta lectura del texto nos advertirá que estamos frente a un plan que ha sido rigurosamente seguido por el grupo porteño, y cuya inspiración puede deducirse en el trabajo de H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, traducido recientemente al español por Hachette, Bs. Aires, 1966, págs. 132-139.

<sup>40</sup> BARTOLOMÉ MITRE: *Obras completas*. Ed. oficial, Vol. V, Bs. Aires, 1940, p. 252.



### ***La política tradicional***

hablar de Federación. *¿No sería más conveniente trasplantar la capital a otro punto, cortando por este medio las justas quejas de las Provincias?*” Por otra parte no debe olvidarse la solución propuesta en el proyecto constitucional de la Sociedad Patriótica, integrada por numerosos amigos de San Martín en la Asamblea del Año XIII, de establecer la capital de la República en un lugar “igualmente distante de los extremos del Estado” (Art. 78) <sup>41</sup>.

La oligarquía de factores, “que favoreció la concentración de todo el comercio en el Puerto y la Aduana de Buenos Aires, se acostumbró a disponer de todos sus ingresos, y fue así —como lo hace notar Juan Alvarez— permanentemente alentada al aislamiento” <sup>42</sup>. Cuando la organización del Banco, el manejo de los empréstitos externos y la dirección del ejército bajo el régimen neodirectorial, perfeccionaron el mecanismo del factoraje y consolidaron la dominación política y económica del grupo dirigente “la misma ciudad privilegiada sublevóse ante la idea de que los dineros de su aduana y las armas de su ejército, pasaran a depender de las decisiones de un Congreso en el que los porteños no tendrían mayoría” <sup>43</sup>. Vemos entonces reaparecer al enigmático Manuel J. García, como ministro de Gobierno de la Provincia, propugnando, para aplacar los recelos porteños, una solución tan insólita como desafortunada.

### **EL PLAN SECESIONISTA**

En noviembre de 1824, el Dr. Manuel Moreno, miembro de la Junta de Representantes de Buenos Aires, propone en su seno votar instrucciones para los representantes de la Provincia en el Congreso Nacional, tendientes a asegurar la permanencia de la Legislatura provincial y de un Poder ejecutivo independiente, y establecer para la nación la forma republicana representativa. El proyecto de Moreno, apoyado por Dorrego, origina un largo debate, que comienza en la sesión del 12 de noviembre y continúa el día siguiente. En esta oportunidad hace su aparición en la sala el ministro de Gobierno (García) y propone un texto que resulta sancionado el mismo día como ley. En su artículo 2º se establece que: “la Provincia de Buenos Aires se reserva el derecho de aceptar o rechazar por su parte, la Constitución que presente al Congreso Nacional”.

<sup>41</sup> *Constituyentes Argentinas*, Dirigida por Emilio Ravignani, Tomo VI, 2ª parte, Bs Aires, 1939, pág. 618.

<sup>42</sup> JUAN ALVAREZ: *Las guerras civiles argentinas*. Ed. Eudeba, Bs. Aires, 1966, p. 57.

<sup>43</sup> JUAN ALVAREZ: *Op. cit.*, p. 48.

Es de admirar la frialdad y el disimulo con que García se conduce ante la Legislatura, explotando su patriótica inocencia para colocar en la ley la carga de dinamita que iba a estallar treinta años más tarde. Mediante esta maniobra habilidosa se incorporó en forma expresa el derecho de secesión al derecho público positivo de las Provincias Unidas, ya que el Congreso consideró injusto desconocer a las demás provincias el privilegio que se reservaba Buenos Aires. Por esta razón se introdujo la cláusula en el proyecto de ley fundamental presentado por el diputado José Francisco Acosta, que fue sancionado el 23 de enero de 1825. La oligarquía de factores había impuesto sus designios, y, lo que resulta increíble, esta pérfida treta y sus funestas consecuencias fueron cargadas en la cuenta de los dirigentes federales, que ni siquiera han encontrado quien los defienda de la imputación.

#### ESTANCIEROS Y FACTORES

El plan urdido por el grupo de factores y combatido por los caudillos del interior, se hallaba en pugna con la mentalidad y con los intereses de los estancieros del litoral, advertidos de la escasa atención que aquéllos prestaban a la defensa de los productores rurales. Por otra parte, los grupos tradicionales, los gauchos y los jornaleros que apoyaban a los caudillos federales, estaban en gran medida ganados por los principios políticos y sociales del federalismo artiguista. Las agresiones portuguesas y la conciencia de una solidaridad nacional en la defensa de los ideales emancipadores, constituían otros poderosos factores de cohesión. Dorrego y Rosas representaron aparentemente esta resistencia a la factoría y pudieron actuar como elementos de conciliación entre Buenos Aires y el interior.

El golpe militar de Lavalle y Paz puede considerarse como un hecho comprendido en el plan García. Canter advirtió ya la gravitación de la *Logia Provincial* en los "hombres de casaca negra" que lo instigaron, y decidieron la suerte de Dorrego<sup>44</sup>; y sabemos que Rosas y los estancieros de la campaña calificaban a esos hombres de "especuladores y agiotistas", que explotaban a los productores y se hallaban asociados al interés extranjero.

<sup>44</sup> JUAN CANTER: *Las sociedades secretas y literarias*, en H. de la Nación Argentina de la Acad. Nac. de la Historia. Tomo V, 1ª parte, p. 300: "la existencia de la Logia provincial se halla probada. Tengo la sospecha que en torno de ella se polarizará más tarde la Logia unitaria que impulsó a Lavalle a ejecutar a Dorrego". La publicación posterior de la correspondencia de Zañartú, en el *Archivo de O'Higgins*, Archivo Nacional, Sgo. de Chile, Tomo VI, 1949, p. 177 y ss. ha confirmado la existencia y los propósitos de la Logia provincial. Confróntese igualmente RICARDO PICCIRILLI: *San Martín y la política de los Pueblos*. Ed. Gure, Bs. Aires, 1957.

## *La política tradicional*

A pesar de todo, los dirigentes de la Logia porteña se esforzaron por incorporar a este influyente sector a su sistema, como lo prueba la correspondencia de Lavalle con Rosas<sup>45</sup> y lo justificaban las maniobras de Paz para organizar bajo su jefatura una coalición antiporteña con centro en Córdoba. Rosas, sin embargo, pese al apoyo que prestó al partido neodirectorial, era un estanciero<sup>46</sup>, que si bien estaba vinculado al grupo de capitalistas porteños que apoyó su dictadura y se benefició con ella, dependía en su base de poder de los pobladores de la campaña. Estos últimos admiraban la organización de sus explotaciones rurales, le trataban asiduamente como comandante de milicias y recaudador del diezmo de cuatropesa, y lo consideraban un representante de su clase.

### ESTANCIEROS Y TERRATENIENTES

Para comprender en profundidad la naturaleza del conflicto planteado se hace necesario distinguir dos grupos sociales, que si bien luego aparecen fusionados, son originariamente diferentes. Por una parte los estancieros, que explotaban personalmente sus campos<sup>47</sup> y vivían en ellos y por otra los "terratenientes" provenientes de grupos enriquecidos inicialmente en el factoraje, el contrabando y la proveeduría, que invertían sus ganancias en tierras<sup>48</sup>, entre otros motivos, para encubrir sus actividades más fructíferas, para especular con el aumento de su valor y para con-

<sup>45</sup> Véase la carta de Lavalle a Rosas de 14 de junio de 1829: "Estimado compatriota: Desde que el Gobernador López evacuó el territorio de la Provincia y desde que en la actual lucha no hay sino porteños, no he excusado medio alguno de los que puedan llevarnos a una conciliación, que negué antes al más tenaz y encarnizado enemigo de nuestra Provincia". (Gregorio F. Rodríguez: *Contribución histórica y documental*, Bs. Aires, Peuser, 1921, Tomo II, p. 408). El mismo propósito encierra la posterior correspondencia, reproducida a continuación hasta la pág. 431.

<sup>46</sup> Como lo ha destacado Enrique Barba (*Revista de Historia*, N° 2, p. 16): "el grupo que constituirá el llamado federalismo de Buenos Aires está dirigido por capitalistas, Braulio Costa, por ej. y por hacendados y terratenientes, Anchorena, Terrero, etc. Menos Rosas, que trabajaba personalmente sus campos, sus compañeros de grupo residían en la ciudad".

<sup>47</sup> Al finalizar el siglo XVIII, Aguirre hacía notar en su "Diario", que la mayor parte de los vecinos estancieros residía en sus posesiones: sólo vivía en la ciudad uno que otro que se dedicaba al comercio. "El producto de aquellas —agregaba— es escaso y sólo da para mantenerse estando en ellas". (*Diario de Juan Francisco de Aguirre*, "Anales de la Biblioteca", Tomo IV, p. 173, Bs. Aires, 1905.

<sup>48</sup> THORSTEIN VEBLEN en *Teoría de la clase ociosa*, F.C.E. México, 1944, ha señalado como característica del grupo que analiza, junto al "consumo ostensible", vastamente estudiado posteriormente por los sociólogos, la "acumulación ostensible", menos atendida, pero no menos importante (v. p. 180). La utilidad de los descubrimientos de Veblen para la comprensión de algunas peculiaridades de nuestra oligarquía de factores, no debe ser olvidada.

solidar su "status" social<sup>49</sup>. El virtual antagonismo se hace manifiesto en distintas ocasiones. Así por ejemplo, cuando a fines de 1852 se produce el levantamiento de Lagos, que tiene el apoyo de toda la campaña, para imponer la incorporación de Buenos Aires a la Confederación y la aceptación del texto constitucional de 1853 al grupo secesionista, en el que se abrazaban don Lorenzo Torres, Rufino de Elizalde y los Anchorena, todos entusiastas rosistas antes de Caseros, con los emigrados unitarios. En esa oportunidad el grupo porteñista, cuyo imperio estaba limitado por la calle Boedo y el Riachuelo, se salvó con *su* Banco y con *su* Aduana, que les facilitaron los fondos necesarios para comprar la escuadra de la Confederación, incluyendo en el precio al Comodoro Coe, y algunos oficiales del ejército de Lagos. Años más tarde también se advierte la solidaridad de los hacendados con el grupo republicano que acaudillan del Valle y Alem, al producirse, en 1877, la división del autonomismo, frente a un hombre del prestigio y la fuerza de Adolfo Alsina. La situación se repite en 1893, cuando la campaña de la provincia de Buenos Aires apoya en masa la revolución que encabeza Hipólito Yrigoyen.

La diferencia que separa a los estancieros de la "oligarquía terrateniente" ha sido advertida por algunos estudiosos hace ya tiempo. Tal el caso del injustamente olvidado Rubén Franklin Mayer<sup>50</sup>, de los hermanos Irazusta<sup>51</sup>, y en alguna medida, de Leopoldo Lugones<sup>52</sup>.

Lamentablemente faltan en nuestro medio estudios genealógicos semejantes a los realizados en otros países que nos permiten seguir el proceso de formación de la oligarquía terrateniente como anexo rural de la oligarquía de factores. Si bien existe un trabajo de Enrique de Gandía<sup>53</sup> basado en el archivo del comerciante Gaspar Santa Coloma, anterior a 1810, el tema no ha sido tratado con enfoque sociológico en forma sistemática;

<sup>49</sup> No debe olvidarse, sin embargo, que el comercio concedía aparentemente mayor prestigio social, como lo evidencia el envío de los jóvenes de familias distinguidas a practicar en tiendas y comercios de importación, hasta mucho después de Caseros.

<sup>50</sup> RUBÉN FRANKLIN MAYER: *El país que se busca a sí mismo*, Ed. Claridad, Bs. Aires, 1944. Son importantes para el tema que tratamos los capítulos IX ("La estancia", p. 163-184) y XIX ("Latifundio", p. 358-387).

<sup>51</sup> JULIO IRAZUSTA: *Balance de siglo y medio*. Ed. Theoria, Bs. Aires, 1966, Cap. XX: "La oligarquía vacuna ¿yunque o martillo?", p. 137 y ss. Sostiene Irazusta que se advierte claramente la incongruencia de la política económica sustentada por la oligarquía conservadora con los intereses productores agropecuarios.

<sup>52</sup> LEOPOLDO LUGONES: *El Estado equitativo*. La Editora Argentina, Bs. Aires, 1932.

<sup>53</sup> ENRIQUE DE GANDÍA: *Buenos Aires colonial*. Ed. Claridad, Bs. Aires, 1957.

## ***La política tradicional***

Mayer<sup>54</sup> y Lebedinsky<sup>55</sup> han ordenado algunos elementos significativos, que ponen de manifiesto la necesidad de ampliar las investigaciones. Constituye a nuestro juicio un modelo adecuado la biografía de don Juan Bautista Peña, publicada por Francisco S. Tessi en 1948; el ensayo comienza con la llegada en 1774 a Buenos Aires, procedentes de Vigo, de tres hermanos de la Peña, que venían a tentar fortuna y comienzan a prosperar con una tienda “en la esquina de Don Zacarías del Arroyo”. Luego establecen una barraca en la Vuelta de Rocha y adquieren una flota de varios buques. Don Juan Bautista Peña, hijo de uno de ellos, pasa de rico comerciante a opulento terrateniente en pocos años, y luego se transforma en economista y político de prestigio, que fue director de banco, ministro de Hacienda y gobernador delegado en la provincia de Buenos Aires, y es tronco de una familia que sigue ofreciendo al país, a lo largo de varias generaciones, políticos, diplomáticos, banqueros, hacendados y hombres de negocios de singular gravitación.

Como lo sostuvimos en la *Revista de Historia* (Nº 1, año 1957), y los estudios posteriores lo confirman<sup>56</sup>, la oligarquía terrateniente no es la consecuencia del acceso de los estancieros al poder político, sino que, por el contrario, (para emplear la expresión de Max Weber), nace de la riqueza que da el poder<sup>57</sup>. La tierra pública, el crédito oficial y la especulación monetaria multiplican la riqueza del grupo de factores vinculado al comercio y a la banca internacional, en una compleja trama que se integra con la intervención política más o menos disimulada del Club de residentes extranjeros<sup>58</sup>, algunas logias masónicas, y varios diplomáticos acreditados en Buenos Aires y se completa con el remington y el ferrocarril. El poder político de la oligarquía terrateniente se consolida

<sup>54</sup> RUBÉN FRANKLIN MAYER: *Op. cit.*

<sup>55</sup> MAURICIO LEBEDINSKY: *La década del 80. Una encrucijada histórica*. Ed. Siglo Veinte, Bs. Aires, 1967, p. 22-32.

<sup>56</sup> MANUEL BEJARANO: *La política colonizadora en la Provincia de Buenos Aires (1854-1930)*. Ed. Mimeografiada. Facultad de Filosofía y Letras, Bs. Aires, 1962.

EZEQUIEL GALLO (h.): *Santa Fe en la segunda mitad del siglo XIX. Transformaciones en su estructura regional*, en Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nac. del Litoral. Nº 7, p. 127-164.

<sup>57</sup> *Revista de Historia*, Nº 1, 1957. Rubén F. Mayer, en *op. cit.*, p. 360, demuestra, tomando como base el Registro Estadístico de Trelles, correspondiente a 1854, que la población rural contaba con una cuarta parte de asalariados y los propietarios constituían un tercio del total. Es decir dos peones por cada tres propietarios.

<sup>58</sup> DARDO CÚNEO: *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*. Pleamar, Bs. Aires, 1967, p. 223 y ss. señala la constante intervención de la Bolsa de Comercio, prolongación del Club de Residentes Extranjeros, en la política nacional.

entre 1854 y 1880 como manifestación visible de la prosperidad de la oligarquía de factores. Hasta ese momento resulta a nuestro juicio impropio señalar su presencia identificándola con la clase de los estancieros. En un sistema que requería, después de 1810, una extensión de mil hectáreas para sostener una familia<sup>59</sup>, los valores están condicionados por las limitaciones productivas que impuso una tecnología atrasada y un mercado restringido. Por eso debe desecharse el método simplista que establece una equivalencia aritmética entre el poder de la clase terrateniente y el número de hectáreas que poseen las familias de la clase alta. Las investigaciones de Noel H. Sbarra<sup>60</sup> sobre la historia del alambrado y de las aguadas y molinos, y la de Enrique M. Barba<sup>61</sup> sobre las rastrilladas, huellas y caminos, nos dan elementos suficientes para revisar muchos lugares comunes de la sociología positivista y de la "política científica". Resulta evidente que la dimensión económica de las explotaciones dependía fundamentalmente de la disponibilidad de aguadas, alambrados y vías de transporte. De ahí su tendencia a reconstituirse como unidades económicas de explotación extensiva, a pesar de las trabas opuestas por el régimen sucesorio y el sistema fiscal.

#### EL "ENIGMA" DE LA ARGENTINA MODERNA

Las conclusiones de una investigación histórica en la que se han desestimado factores significativos o se han utilizado negligentemente estereotipos engañosos y tipologías inadecuadas, podrán ser interesantes en algunos casos, pero distarán mucho de ser verdaderas. Algunas veces se reconoce lo inexplicable de ciertos resultados pero se omite someter a una crítica rigurosa los materiales utilizados en la investigación. Gino Germani por ejemplo, nos dice, en un trabajo difundido<sup>62</sup>, que "la profunda crisis política que afecta al país desde hace más de treinta años constituye un verdadero enigma para los estudiosos de la sociología del desarrollo económico". Y enumera los hechos principales que singularizan la situación: a) La rapidez del crecimiento de la sociedad argentina; b) La rápida mo-

<sup>59</sup> La cifra dada por Juan Alvarez, op. cit., p. 68-70, no experimentó mayores modificaciones hasta 1853.

<sup>60</sup> NOEL H. SBARRA: *Historia del alambrado en Argentina*, Raigal, Bs. Aires, -1955, reed. por Eudeba, 1964, e *Historia de las aguadas y el molino*, Ed. El Jagüel. La Plata, 1961.

<sup>61</sup> ENRIQUE M. BARBA: *Rastrilladas, huellas y caminos*, Raigal, Bs. Aires, 1956.

<sup>62</sup> GINO GERMANI: *Hacia una democracia de masas*, en "Argentina, sociedad de masas". Eudeba, Bs. Aires, 1965, Cap. VIII, p. 206-227.

## **La política tradicional**

modernización de aspectos esenciales de la estructura social; c) La mayoría de extranjeros sobre la población nativa, durante varias décadas; y d) La súbita paralización del crecimiento hacia la década 1920-30. Admite luego el fracaso de la tentativa de establecer un "Estado nacional" moderno, y lo vincula a la acción de los caudillos, representativos de una sociedad tradicional resistente al cambio y de un espíritu localista "incapaz de extender su lealtad a la gran comunidad nacional en el sentido moderno" (p. 212-14). La llamada generación de 1837, que se propone "erigir la Argentina en un moderno Estado nacional", advierte que "ninguna reforma política sería posible mientras no se fundara en cambios radicales en el tipo de estructura social". Los medios que considera más adecuados para el logro de sus propósitos son: 1) La educación; 2) La inmigración extranjera; y 3) el desarrollo económico. La realización de este programa queda a cargo de la oligarquía, "una burguesía terrateniente, aunque de inspiración liberal, y sinceramente preocupada por transformar la Argentina en un estado moderno. Su posición en la estructura social debía constituir sin duda la principal fuente de contradicciones en su acción reformadora" (p. 214-15).

Los "enigmas" y las "paradojas" a que se refiere Germani resultan menos inextricables si se reconstruye el proceso nacional teniendo en cuenta los hechos históricos y las situaciones sociales que hemos expuesto anteriormente.

Aplicando técnicas más individualizadas, Horacio J. Pereyra<sup>63</sup> se aproxima a la médula de la realidad cuando pone en duda el significado actual de lo que hemos dado en llamar "el proceso de modernización en la Argentina". Afirma que en el siglo pasado "las relaciones de dominación desde el extranjero se centraron en Buenos Aires, y ésta a su vez, estructuró un mercado nacional, a partir del cual ordenó un sistema de relaciones de dominación con el resto del país". Dentro de este dualismo estructural, Buenos Aires es el agente fundamental de modernización del país, cuya etapa inicial no corresponde a una "sociedad industrial de desarrollo autogenerado sino a una sociedad agraria dependiente, modernizada desde afuera" (p. 163). Nosotros no vacilamos en ir todavía más allá. Consideramos urgente revisar el concepto de que la generación de 1880 ha creado la Argentina moderna; y admitir que en realidad constituyó el mayor obstáculo al programa de modernización concebido por los hombres del 70.

<sup>63</sup> HORACIO J. PEREYRA: *¿Es la Argentina una sociedad de masas?*, en "Revista de la Universidad, N° 19, La Plata, 1965, p. 157-175, V, p. 172 y 163.

## LA GENERACIÓN DEL 80: CAMBIOS SIN MODERNIZACIÓN

En lo que hace a la generación del 80, ya se han formulado algunas objeciones relacionadas con su concepción del desarrollo económico. Ezequiel Gallo y Sylvia Sigal<sup>64</sup> destacan como rasgos característicos: a) El consumo inmediato a todos los niveles, que detiene la inversión productiva; b) la orientación hacia el consumo de los “frutos del progreso técnico”; c) la aceptación de la teoría de la división internacional del trabajo; y d) el rechazo —implícito o explícito— de un proceso de industrialización autosostenido.

En lo que hace a la política educativa de esta generación debe señalarse que su devoción positivista por la ciencia se manifestó, en los hechos, primordialmente, en una política antirreligiosa, de beligerancia con la Iglesia, y en una constante loa retórica al progreso y a las verdades científicas, sin que su fe llegara a promover medidas concretas de estímulo a la investigación y de protección a los hombres de ciencia<sup>65</sup>. Pese a las exhortaciones de maestros como Manuel Augusto Montes de Oca<sup>66</sup>, la ciencia médica argentina demoró la investigación de graves endemias nacionales como el mal de Chagas, y las autoridades pedagógicas diluyeron en un vago utilitarismo la aplicación de la técnica a nuestro desarrollo<sup>67</sup>. Un hombre tan generosamente dotado de inteligencia como Antonio Bermejo, iniciaba en 1891 un plan de economías en el presupuesto de la provincia de Buenos Aires suprimiendo la Facultad de Agronomía y Veterinaria de La Plata, la única del país en ese entonces, ante el estupor y la indignación de Rafael Hernández<sup>68</sup>.

<sup>64</sup> EZEQUIEL GALLO (h.) y SYLVIA SIGAL: *La formación de los partidos políticos contemporáneos: La U. C. R. (1890-1916)*, en “Argentina, sociedad de masas”, cit. Cap. V, p. 133-134.

<sup>65</sup> JOSÉ BABINI llama “la crisis científica del 90” al deterioro de la ciencia argentina que comienza con la generación positivista y se hace visible en la década del 90. Ver *Revista de Historia*, N° 1, 1957, e *Historia de la ciencia argentina*, F. C. E. México, 1949.

<sup>66</sup> OSCAR IVANISSEVICH y R. D'ONOFRIO: *Historia de la primera cátedra de clínica quirúrgica*, Bs. Aires, 1944, pág. 353.

<sup>67</sup> JUAN ALVAREZ: *Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires en la República*. Ed. La Facultad, Bs. Aires, 1936. Ver el amargo análisis, escrito hacia 1914, de la realidad educacional argentina, en la pág. 1147 y conc. Vaya una frase: “Como si el patriotismo sólo hubiera de cimentarse en la vanidad nacional y en la existencia de héroes comunes, la escuela exagera las ventajas del país, oculta sus defectos y necesidades, y atribuye a los próceres importancia incomparablemente mayor que a las instituciones... con lo cual, produce ciudadanos para quienes los problemas nacionales no tienen más explicación que la inepticia de los gobiernos”. No debemos omitir un recuerdo para el ministro Magnasco, que intentó adecuar la enseñanza a las necesidades del desarrollo nacional, y fue cubierto de ridículo y oprobio.

<sup>68</sup> Recomendamos la lectura del debate en el Diario de Sesiones del Senado de la Provincia de Buenos Aires, 1891. En especial el extraordinario discurso de Hernández, que enjuicia la obra de la generación del 80 (págs. 668 y ss.).



## **La política tradicional**

“Los hombres del 80 tenían como única fe, la fe en el destino del país”, ha dicho Alejandro Korn<sup>69</sup>. La frase ha hecho escuela, sin tener en cuenta que esa fe no se alimentaba de la creencia en la bondad de nuestra herencia cultural, de nuestras instituciones o de nuestro pueblo. Como dijo bellamente Luis de Paola de Sarmiento<sup>70</sup>, “los mejores de ellos vivieron para la patria de las cosas, no para la patria del alma”. Su proclamado positivismo<sup>71</sup> encubría en realidad una ideología de justificación; una especie de darwinismo del revés, que justificaba la existencia de la oligarquía como un refinado producto de la evolución biológica, en la que culminaban las perfecciones de la especie.

La fórmula que prestigió a Roca: “Paz y administración”, calcada de la divisa brasileña, “Orden y progreso”, no sugiere como ésta la idea de modernización. Tampoco confiere de por sí modernidad la legislación laicista<sup>72</sup> ni el fomento de la inmigración masiva, cuando falta la capacidad de innovar que Schumpeter ha detectado en las enérgicas minorías empresarias o políticas que impulsaron la expansión industrial. No fueron los hombres del 80, con su vacilante proteccionismo —que a veces estimuló con altos derechos de Aduana la apertura de filiales de empresas europeas que giraban sus altos beneficios al exterior y otras favoreció la corrupción

<sup>69</sup> Ver en ALEJANDRO KORN: *El pensamiento argentino*, Nova, Bs. Aires, 1961, el juicio que le merece la generación del 80 (págs. 191-193). “Las altas funciones que desempeñaron en el gobierno, el brillo con que actuaron en el escenario de la “gran aldea”, el merecido prestigio personal de muchos de ellos, han creado en torno de esta generación una leyenda exagerada. A la muerte de los más conspicuos, la amistad se apresuraba a reunir y publicar las manifestaciones de su talento: discursos y escritos ocasionales. Hoy hojeamos decepcionados estos volúmenes; hacemos justicia alguna vez al hombre de gobierno, apreciamos algún giro oratorio feliz, celebramos la habilidad del periodista o de alguna exégesis constitucional de circunstancias. Rara vez provocan la contradicción, pues siempre dicen lo adecuado, lo del caso, lo trivial. Pero jamás tropezamos con una personalidad superior a un medio, con una inteligencia directora o creadora, con un carácter de envergadura moral”... “Así llevaron casi a sabiendas al pueblo argentino a su más profunda crisis moral. Nunca ejercieron una acción tutelar o previsor. Contribuyeron a intensificar el concepto materialista vulgarizado, dejaron desenvolverse libre y ciegamente el proceso colectivo sin poner una valla al desborde, e indiferentes, vieron relajarse todos los vínculos morales. No fue mérito de ellos si la nacionalidad no zozobró en el fango”.

<sup>70</sup> En *Memorias*, de D. F. Sarmiento, Tomo V, Ed. Culturales Argentinas. Bs. Aires, 1961, p. XIII.

<sup>71</sup> Pese a los aportes de Korn, Alberini, Perelstein, y el muy meritorio y reciente de Ricaurte Soler: *El positivismo argentino*, Paidós, Bs. Aires, 1968, no se ha esclarecido suficientemente el contenido político del pensamiento positivista argentino.

<sup>72</sup> En este error incurre a nuestro juicio Darío Cantón cuando afirma que “Roca, que fue presidente desde 1880 hasta 1886, promulgó algunas de las últimas leyes necesarias para completar el ingreso de la Argentina en el círculo de los estados modernos (sic); es decir aquellas leyes que quitaron a la Iglesia el registro de nacimientos y matrimonios, y establecieron la educación elemental en forma laica y compulsiva” (V. *El Parlamento Argentino en épocas de cambio: 1890, 1916 y 1946*. Ed. Instituto Di Tella, Bs. Aires, 1966, p. 18).

política y creó incertidumbre en los industriales argentinos, con la inestabilidad de los aranceles <sup>73</sup>— los que promovieron el desarrollo industrial. Aceptaron resignadamente su función de intermediarios prósperos en la estrategia de complementación de la economía insular inglesa, porque Gran Bretaña siguió en el Río de la Plata una política de integración extraterritorial de su economía nacional, que debe distinguirse del clásico modelo de inversiones capitalistas en los países coloniales. Continuaron así los positivistas del 80 en el usufructo de los beneficios de la oligarquía de factores, que completaron, con el apoyo del crédito internacional, para erigir la sólida estructura del “régimen”. No tuvimos estrictamente “crecimiento hacia afuera”, sino desarrollo “desde afuera”, cultura “desde afuera”, población “desde afuera”; en suma: política y por lo tanto gobierno “desde afuera”. Esta característica esencial del sistema fue claramente señalada por el primer presidente argentino surgido del sufragio popular al asumir el poder y declarar abolida la era del “régimen”: “La Argentina ha dejado de ser gobernada para gobernarse a sí misma”.

En el orden internacional la política de la generación del 80 tendió a asegurar la paz y estabilizar las fronteras a cambio de concesiones políticas y territoriales que en muy poco beneficiaron al país. El “apostolado del arbitraje” ha llamado Leopoldo Lugones a esta doctrina que no sirvió para ganarnos la gratitud de los favorecidos ni para moderar las exigencias de los insatisfechos. Si bien no puede discutirse su legitimidad como principio, su aplicación resultó poco feliz: el arbitraje en el Sur fue confiado a una potencia estratégicamente interesada en mantener el conflicto de soberanías en la zona del Estrecho, y los conflictos en el Norte, fallados en gran parte por un gobierno predispuesto diplomáticamente a disminuir nuestra significación en América del Sur. Por otra parte, el anti-monroísmo de los dirigentes argentinos, indiscutible como expresión de independencia nacional, resultaba sospechoso a los países alineados en la unión continental, por su afinidad con los intereses británicos en la región.

Los hombres del 80 fueron en gran parte víctimas de su desdén por nuestra historia, nuestra cultura tradicional y nuestro pueblo real; no echa raíces en las arenas del descreimiento ninguna fe profunda en el destino nacional. Fieles al sistema heredado de la oligarquía de factores, impidieron la transformación exigida por la generación del 70 pero tuvieron en cambio la sabiduría del señor de Lampedusa: cambiar algunas cosas, para que todo pudiera quedar como estaba.

<sup>73</sup> JUAN ALVAREZ: Op. cit. La Facultad, Bs. Aires, 1936, p. 217 y 224.

## ***La política tradicional***

### **LA TERCERA OPORTUNIDAD**

Hemos señalado cómo las generaciones de 1810 y 1837 fueron empujadas al fracaso por visibles situaciones adversas. No puede decirse lo mismo de la generación del 70, que dispuso de esclarecidos conductores, de apoyo popular y sobre todo de una favorable coyuntura internacional. Su concepción del desarrollo industrial como fórmula de independencia nacional, se orienta en el mismo sentido que el proceso paraguayo bajo Francia y López y coincide en muchos aspectos con el programa de la revolución Meiji en el Japón de la época. Las leyes nacionales 610 y 736, de 1873 y 1874, señalan la tendencia a proteger las industrias textil y metalúrgica mediante el aporte de capital estatal, tal como lo hizo el Japón de entonces con los ferrocarriles, construcciones navales e industrias básicas. Y ya hemos mencionado las leyes sancionadas en la provincia de Buenos Aires bajo la influencia de del Valle, así como el programa de la juventud autonomista y del Partido Republicano.

Por otra parte, la conciencia industrialista, estimulada por la experiencia de la crisis saladeril<sup>74</sup>, se extendió a todo el Río de la Plata, como lo demuestran los estudios de Vicente Fidel López (1864), Carlos María Ramírez (1871), José Pedro Varela y Francisco Bauzá (ambos de 1876), publicados en Montevideo en esas fechas y editados recientemente por Juan Antonio Oddone<sup>75</sup>. La coyuntura internacional, que supo aprovechar tan cumplidamente el Japón, mostraba a las grandes potencias comprometidas en conflictos y afectadas por desajustes económicos. Gran Bretaña se hallaba envuelta en problemas en Europa, en el Cercano Oriente, en la India y en China; Francia y Alemania en una etapa crítica de sus antagonismos históricos; Estados Unidos restañando las heridas de la guerra civil. Además, como lo destaca Paul Bairoch<sup>76</sup>, se dio en aquella época la última posibilidad de los países insuficientemente desarrollados para formar élites industriales y financiar con recursos accesibles su modernización. A partir de entonces la distancia aumentó constantemente por el

<sup>74</sup> JOSÉ PANETTIERE ha estudiado este momento en *La crisis ganadera. Ideas en torno a un cambio en la estructura económica y social del país (1866-1871)*. Ed. Universidad de La Plata. Facultad de Humanidades y C. de la Educación. Departamento de Historia. La Plata, 1965. Se trata de un valioso aporte que el autor ha completado con *Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva en Argentina. 1870-1910*. También editado por el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades. La Plata, 1966.

<sup>75</sup> JUAN ANTONIO ODDONE: *Economía y Sociedad en el Uruguay liberal*, Ed. de la Banda Oriental. Montevideo, 1967.

<sup>76</sup> PAUL BAIROCH: *Revolución industrial y subdesarrollo*, ed. Siglo XXI, México, 1967, págs. 208 y 21415.

avance tecnológico y la multiplicación del capital necesario para mantener activo un obrero industrial. La generación del 70 quiso hacer del Estado Nacional el impulsor del desarrollo industrial; sabía que, como lo ha dicho hace poco un economista inglés, es “una desgracia para un país atrasado tener un gobierno que se limite al *laissez-faire*, ya sea por indolencia o por convicción filosófica”<sup>77</sup>. Antipositivista por temperamento y por herencia cultural, nadie puede poner en duda su profunda fe en los valores del espíritu. Ni su patriotismo militante y su fe en el pueblo, que para los hombres de la oligarquía sonaba a xenofobia y a rosismo<sup>78</sup>; ni su afán de progreso, que en nada cedía y en mucho aventajaba al progresismo materialista de los positivistas del “régimen”.

## EL “RÉGIMEN”

Cuando los adversarios tradicionales de la política porteña sellaron la “conciliación” para impedir el acceso al poder de la juventud republicana y el libre sufragio del pueblo, la generación del 70 pudo descubrir, tras la máscara de la “oligarquía terrateniente”, el rostro del “régimen”. Advirtió la existencia de una estructura de poder que no se expresaba en la forma de gobierno ni en la organización estatal; que no se agotaba en los privilegios del latifundio ni en el usufructo de las representaciones públicas. Su omnipotencia se sustentaba en una compleja trama de poderes de hecho, contra los que el país se hallaba indefenso en la medida en que el pueblo estuviera alejado del poder.

La ciencia política argentina ha demorado el análisis de la estructura interna del “régimen”, cuyo concepto ha sido indirectamente construido por los que lo combatieron, creando a este fin la táctica de la intransigencia revolucionaria. Para del Mazo<sup>79</sup> el “régimen” queda configurado hacia 1880, con Buenos Aires federalizada “erigida en dominadora decisiva de los intereses provinciales, constituida en fuerza omnipotente de la oligarquía, con su ejército unificado por supresión de las milicias provinciales y su plutocracia también centralizante”. Yrigoyen nos ha legado múltiples

<sup>77</sup> W. ARTHUR LEWIS: *Teoría del desarrollo económico*, Ed. F. C. México, 2ª ed., 1963, p. 451.

<sup>78</sup> Alem era para los hombres de la oligarquía “el prototipo del porteño neto, resumen de la xenofobia rosista, poco amigo de todo lo que alterase la tradición local”. AGUSTÍN RIVERO ASTENCO en *Obras*, de Carlos Pellegrini, Bs. Aires, 1941, Tomo II, p. 423.

<sup>79</sup> GABRIEL DEL MAZO: *El pensamiento escrito de Yrigoyen*, 2ª ed. Bs. Aires, 1945, p. 16.

## ***La política tradicional***

expresiones imprecatorias que bordean su definición sin intentarla<sup>80</sup>. Una de las más directas está incluida en una carta al Dr. Pedro C. Molina: “Es una descomposición de mercaderes donde nada se agita por ideal alguno de propósito saludable, sino por móviles siempre menguados, que se consienten recíprocamente y se abalanzan cuando los intereses se encuentran y no pueden ser compartidos”. Una de las más difundidas se encuentra en el mensaje de apertura del Congreso Nacional, en 1917: “El régimen más falaz y descreído de que haya mención en los anales de las naciones”. Leopoldo Lugones, que hacia 1932 sentía vacilar su fe en la oligarquía del 80 y en sus epígonos, describía, en el Estado equitativo, al “régimen”, sin llamarlo por su nombre: ... “si frigoríficos, mercados a término, ferrocarriles y demás empresas explotadoras de la producción *ejercen su despotismo sin trabas, gobernando al gobierno*, es porque, combinados con los bancos que los respaldan, como directores o como agentes —pues de todo hay— complican en sus actividades financieras a título de accionistas, letrados, asesores o simplemente deudores no pocas veces equívocos y de mero favor, que son por cierto los más fáciles de manejar, una cantidad de personas tituladas con tal fin ‘hombres de negocios’, pero que son en realidad políticos profesionales en los sendos campos de la representación y de la burocracia, donde se eternizan y prosperan, favorecidos por la misma complicidad que habrán de mantener a costa del interés público”<sup>81</sup>.

## **LA PARADOJA DE LA ARGENTINA “MODERNA”**

Definir como “sociedad moderna” a toda estructura que se oponga a la “sociedad tradicional” implica una grave transgresión al método científico, en el que hemos incurrido frecuentemente en la Argentina. No vamos a plantear, por razones de espacio, el arduo problema que envuelve la definición de lo moderno. Pero debemos resaltar, a modo de conclusión, que la toma de conciencia del destino nacional y la voluntad de innovar que caracterizan a la generación del 70, se proyecta en un programa de auténtica modernización. Ese programa abarca desde el plan de desarrollo industrial y agrario hasta la erección de un Estado nacional modelado por las instituciones de la democracia representativa, vale decir de un Estado democrático moderno. Además debe recordarse que se elaboró

<sup>80</sup> Op. cit., pág. 38-42.

<sup>81</sup> L. LUGONES: *El Estado equitativo*, cit., pág. 46-47.

en el contexto de un renacimiento cultural y científico nacional de extraordinario vigor inicial. En este programa se advertía la continuidad histórica de la revolución emancipadora, que se expresaba paradójicamente como en el Japón de 1868, a través de hombres representativos de la sociedad tradicional y en la mentalidad y formas de la política nativa.

Su pensamiento inspira el gran movimiento popular que orientan los conductores de esa generación después de 1890, y que se manifiesta por primera vez en toda su trascendencia nacional, en el estallido revolucionario de 1893. Los hombres del "régimen", en cambio, pese a sus leyes liberales, a la imaginación masiva y a la política de concesiones al capital extranjero, continuaron la tradición del sindicato de prestanombres español y de la oligarquía de factores. Colocaron la iniciativa de toda innovación en un centro extraño de poder e imposibilitaron la erección del Estado democrático moderno en la Argentina. Tal vez no haya sido de ellos toda la culpa: cuando en 1893 los jóvenes del 70 levantaron al pueblo en armas en demanda de la libertad de sufragio y en defensa de la autenticidad nacional, del Valle ocupaba el ministerio de Guerra y Marina y disponía de fuerzas suficientes para asegurar el triunfo de la revolución. En su conciencia de hombre de estado y de jurista se planteó el dilema inexorable entre las aspiraciones populares y las formas constitucionales. Optó por las últimas y sacrificó así, a nuestro juicio, una de las últimas posibilidades que nos ofreció el pasado siglo para edificar la Argentina moderna.

## Formación de los partidos políticos modernos

ALFREDO GALLETTI

*NACIDO EN LA PLATA. Se graduó de doctor en derecho y ciencias sociales en la universidad de dicha ciudad. En la actualidad es profesor adjunto de historia constitucional en la Facultad de Derecho de La Plata y presidente del Colegio de Abogados de la provincia de Buenos Aires. Ha sido conjuer de la Suprema Corte de Justicia y Jury de Enjuiciamiento de magistrados. Es miembro activo de la Asociación Internacional de Derecho Político, de la Inter-American Bar Association, de la Nassau County Lawyer Center, etc. OBRAS: Hechos e ideas políticas, La realidad argentina en el siglo xx, Política y partidos, Vida e imagen de Roca, Labor legislativa del Congreso de Tucumán, etc. Prepara dos libros: Fundamentos de la historia institucional argentina y El pensamiento esencial de Alberdi. Tradujo el Diccionario de Filosofía de Abbagnano (1º y 2º ed. en español).*

**E**L ideal de los procesos políticos anteriores a la vigencia efectiva de la Ley Sáenz Peña era el de una tendencia hacia grandes *calmas* políticas, para efectivizar las reformas que se proponían desde arriba. En efecto, la denominada "Oligarquía" que por mucho tiempo detentara el poder y la riqueza en la Argentina, gobernaba, precisamente, sin el contralor de partidos políticos por medio de los cuales se hiciera sentir la opinión pública. En verdad, los temas que acuciaban a esta generación eran los de "poner el país a la moderna" conforme con esquemas alberdianos. La atracción de los inmigrantes para poblar estas tierras casi desiertas y su ulterior incorporación, así como la instalación de líneas férreas, telégrafo, obras de sanidad, etc., exigían esos períodos de calmas luego de las hondas vicisitudes por las cuales había pasado el país desde los días de la Organización nacional (observemos, de paso, que el proceso de consolidación sólo tiene lugar a partir de 1880, año en que se federaliza Buenos Aires y se soluciona el problema de la Capital).

2. Para Alberdi el problema se centraba en la posibilidad de poblar con elementos "ya formados y preparados". Decía: "Sin grandes poblaciones no hay desarrollo de cultura, no hay progreso considerable; todo es mezquino y pequeño. Naciones de medio millón de habitantes pueden serlo por su territorio; por su población serán provincias, aldeas y todas sus cosas llevarán siempre el sello mezquino de provincia". Y agregaba: "La población —necesidad sudamericana que representa todas las demás— es la medida exacta de la capacidad de nuestros gobiernos: el ministro de estado que no duplica su censo de estos pueblos cada diez años, ha perdido el tiempo en bagatelas y nimiedades". Si se multiplicara la población, en consecuencia, se vería "a los vanos agitadores, desairados y solos, con sus planes de revueltas frívolas, en medio de un mundo absorbido por preocupaciones graves". Aquí quedaba planteado, en rasgos muy firmes, el problema principal del país y de tal manera la necesidad de población y su consecuente absorción para civilizar el país tenía resonancias muy positivistas: era una especie de traducción, en términos del país, del "orden y progreso" comptiano. Las necesidades, pues, eran concretas y reales y de sus esquemas quedaba fuera la concepción política tal como se entiende en las sociedades actuales, dada a través de los partidos políticos modernos.

Observemos, por ejemplo, la política de conciliación de un Avellaneda, por ejemplo, o la desarrollada por las grandes presidencias progresistas de entonces. La conciliación tendía, precisamente, a una pacificación para posibilitar el progreso material del país, entonces retrasado con referencia a otras naciones, en las cuales el proceso de la revolución industrial se había abierto paso resueltamente, ingresando a todo trapo en las líneas de la modernidad. Para Avellaneda, su principal acto de gobierno fue el logro de la exportación de cereales y esto significaba que el país dejaba de ser exportador de carnes solamente; de la "edad del cuero" había pasado a una etapa de exportaciones ganaderas y de allí a una etapa de exportaciones agrícolas: la diversificación implicaba, pues, nuevas metas y posibilidades en este proceso de modernización. Inmigración y colonización se dan como notas correlativas y la Ley N° 817 es, precisamente, de inmigración y colonización: el inmigrante no es solamente el extranjero "artesano" o "industrial" o "agricultor", sino también el "profesor", esto es, el técnico, el hombre de ciencia y de luces que pudiera ayudar en el ordenamiento de un país concebido "a la moderna".

3. Para la mentalidad oligárquica y positivista, que en alguna medida creó un país "a la moderna", con todas sus inconsecuencias y contra-



### **Formación de los partidos políticos modernos**

dicciones, poco importaba la estructura íntima de nuestra nación, la penuria del hombre argentino, casi *alieni* dentro de su propio país. Se creyó, por entonces, y como meta casi indiscutida, en las líneas del progreso humano dadas en notas necesarias. El despego por las verdades últimas, el desdén por la metafísica, el cientificismo de que estaba imbuido, le daba ese tono de esperanza creadora con que se presenta toda idea nueva y renovadora ante las mentes de una generación. Por lo demás, existían las posibilidades de realizaciones concretas dentro de las perspectivas que una nueva y rica realidad ofrecía. El país estaba abierto, sus grandes extensiones desiertas aptas para recibir nuevos brazos. "Orden y Progreso" quedaba traducido en "orden y administración" o "paz y administración", como claves que posibilitarían realizaciones concretas y materiales. El liberalismo positivista de fines del siglo XIX constituyó, en líneas coincidentes, un fenómeno mundial de apogeo de la concentración industrial y del capital bancario. Predominan las ideas liberales y se da primacía a la necesidad y el hombre otorgará, así, primacía al libre juego de la oferta y de la demanda que regirá la distribución de los productos. La conquista del desierto, llevada a cabo por Roca, hizo incorporar una enorme cantidad de tierra que podría ser objeto de explotación agrícola-ganadera y la inmigración, que desde tiempos de Avellaneda se había multiplicado, constituye una necesidad, diremos, orgánica. Esas inmensas praderas despobladas, inhabitadas totalmente por la acción de la conquista a sangre y fuego, necesitan de un nuevo elemento humano y así el inmigrante aparece llenando una función civilizadora, en los lugares donde otrora enseñoreara el indígena. Pero la inmigración no obedecerá a planes, la tierra pública se dilapidará sin medida y la colonización, no obstante las leyes dictadas, se deberá a la iniciativa privada, sin ninguna organización. El auge de la inmigración remueve los presupuestos mentales de los americanos y de tal manera se observa que entre los años 1870 y 1890 se dan, coincidentemente, gobiernos de minorías cultas ilustradas que llevan en sí análogos ideales propios de la época. Los países se sienten llevados febrilmente por las rutas del progreso: agricultura más intensiva, desarrollo de la ganadería, obras de salubridad, ferrocarriles, puertos, inmigración, radicación de capitales, educación popular. Esas ideas se concentran en las clases económicamente fuertes, que en nuestro país no eran otras que las detentadoras de las riquezas agropecuarias. Se produce el fenómeno que anota muy bien Leopoldo Zea con referencia al momento análogo mexicano, cuando, refiriéndose a las ideas de Gabino Barreda, nos dice que el "grupo social al que titulamos burguesía, tuvo que combinar sus intereses con intereses de otros grupos en pugna". En nuestro país

se darían notas igualmente concretas. Para Alberdi las finalidades de una Constitución tenían precisamente motivaciones concretas para la posibilidad de un progreso material acelerado: ni más ni menos, para su época, que los problemas actuales referentes al desarrollo. En el preámbulo de su Proyecto establecía como finalidades: "...reglar las garantías públicas de orden interior, de seguridad exterior y de progreso material e inteligente, por el aumento y mejora de su población, por la construcción de grandes vías de transporte, por la navegación libre de los ríos, por las franquicias dadas a la industria y al comercio y por el fomento de la educación popular...". No cabe duda que en la Constitución quedaban fuera de foco los partidos como posibilitadores de esta programática concreta y realista. Había un programa de acción ya dado de antemano y en ese programa se preconizaba la creación y fomento de la industria fabril mediante estos medios: educación e instrucción, los estímulos y la propiedad de los inventos, la libertad de industria y de comercio, la abstención de leyes prohibitivas y el deber de derogar las existentes y los fines que las leyes, los privilegios y las recompensas que están llamadas a proteger son, para él, la industria, la inmigración, la construcción de ferrocarriles y canales navegables, la colonización de tierras de propiedad nacional, la introducción y establecimiento de nuevas industrias, la importación del capital extranjero y la explotación de los ríos interiores y *basta mencionar estos fines*, dice Alberdi, para reconocer que los medios de protección que la Constitución les proporciona son "la libertad y los privilegios y recompensas conciliables con la libertad". Es decir, se necesitaba orden, paz, libertad, en una palabra: seguridad, para atraer los capitales extranjeros.

4. Esta programática fue tomada a veces literalmente por las presidencias progresistas, y aplicando incoherentemente el esquema alberdiano se llegó a preconizar una especie de progreso "sin más", despojado de altos principios éticos, y sin pensar que el país debió desarrollarse con una mayor cohesión, en líneas más profundamente nacionales y ahincadas con mayor profundidad en nuestras raíces más entrañables. Ese fue uno de los olvidos lamentables de muchos de los intérpretes de esta generación.

Todo esto no significa que el país había estado ausente, hasta entonces, de lo que se denomina *política*, palabra que tiene un sentido muy significativo y que constituye uno de los pilares básicos en el proceso material, moral e intelectual de las naciones; todo indiferentismo político o presunto apoliticismo debe merecer una franca repulsa y, por el contrario, la política como gobierno de la "polis" tiene altísima significación.

### ***Formación de los partidos políticos modernos***

Las luchas políticas entre diferentes fracciones se habían dado enconadamente desde antigua data; las viejas líneas de unitarios y federales desdibújense a través de un proceso de síntesis y superación preconizado por la generación de Mayo. Luego de Caseros perdura el partido federal a través de Urquiza, pero con otro sentido y significado. Pero se abre camino una nueva concepción a través del partido liberal, que triunfa luego de la batalla de Pavón. La lucha de fracciones se irá dando primordialmente en la provincia de Buenos Aires, a través de los partidos nacionalista y autonomista, que no poseen significación social sino que trasuntan un estado de ánimo en el problema de las relaciones entre la Provincia y la Confederación. Así como en el Congreso 1824-27 se habían formulado las teorizaciones de las posturas unitaria y federal, con motivo del debate de la forma de gobierno para la Constitución de 1826, resulta significativo el debate en el seno de la Cámara de Representantes de Buenos Aires con motivo de la discusión de la Constitución del "Estado" de Buenos Aires de 1854 y en el mismo aparece nítidamente expuesta la posición de Mitre (que luego será jefe indiscutido de la fracción "liberal"), que tendía a una mayor "apertura" en el proceso nacional, colocando a la provincia *dentro* de la "nación".

Al advenir las presidencias progresistas se tiende a una clausura del debate político a través de los partidos, para posibilitar, precisamente, la programática concreta a que ya hiciéramos referencia. Y la formación de un partido único, oficial, el P.A.N. (Partido Autonomista Nacional), viene a ser el resultado de esta política. Ello conducirá a lo que se denomina el Unicato. En Roca se concreta el unicato, en Juárez Celman se llega al ocaso. Porque ya el país, acuciado por gravísimos problemas, necesitaba los cauces naturales de expresión a través de partidos políticos. Las condiciones ya apuntadas se señalan en los mensajes presidenciales. Así Roca puede expresar: "Ningún Presidente de la República ha tenido hasta ahora la satisfacción de abrir el Parlamento argentino en época de mayor bonanza y prosperidad que la presente. Todas las riquezas vivas del país, todas las variadísimas fuentes de riqueza que encierra, se desarrollan con un arranque y vuelo extraordinario al amparo de la confianza y crédito general. . . recogemos los frutos de la paz interna, de la consolidación del gobierno nacional, de la marcha regular de la administración, del ejercicio libre y circunspecto de nuestras instituciones, sin los choques, violencias y estrépitos de pasados tiempos, y de la armonía y cordialidad en que reposan nuestras relaciones con las demás naciones. . . La Nación abierta a todas las corrientes del espíritu, sin castas, sin preocupaciones religiosas ni sociales, sin tiranía ni Comuna, nuevo tiempo sobre la faz de la

tierra donde se consagran todas las libertades y todos los derechos del hombre" (En: *Mensajes del Presidente*, Comisión Nacional del monumento al Tte. General Roca, ed. fuera de comercio; Buenos Aires, I, 75). Y en el mensaje de 1884: "Por todas partes no se siente sino el ritmo del trabajo, la animación de los desiertos que se pueblan, el bullicio del comercio, los ferrocarriles que avanzan, y un contento y satisfacción generales, por tantos bienes cosechados a la sombra de paz, que lleva la vida y la abundancia a los más apartados extremos del país" (en: *idem.*, I, 104).

5. Pero este tono optimista muy pronto habrá de cambiar. Vientos de fronda provocados por nuevos problemas que conmueven al país pronto se harían sentir. Ya el propio Roca lo preanuncia con motivo de los procesos electorales, en los cuales, una vez organizadas algunas fuerzas políticas opositoras se recurre al fraude. Y así dice, muy suelto de cuerpo: "...los actos de fraude o violencia de los gobiernos provinciales... se irán corrigiendo poco a poco con la educación de los partidos y la influencia de la razón pública". Acota: "...se habla de violencias, de fraudes, de abuso de autoridad; el gobierno general no es responsable de los actos y conductas de todos los funcionarios de la República que intervienen en el mecanismo electoral y tal vez sería un peligro para nuestra forma de gobierno que pudiera intervenir para corregir actos electorales en las provincias..." (en: *op. cit.*, I, 162/63)

6. Dejemos un poco de lado este capítulo de fraudes y violencias, que fueran, desgraciadamente, norma inequívoca de nuestro proceso político por tantos años, para enfocar el nacimiento de los partidos políticos "modernos". Entendemos por partidos políticos modernos, no a simples fracciones que responden a determinadas personas o caudillos, sino a simples fracciones que responden a determinadas personas o caudillos, sin una programática y sin responder a un momento histórico y social determinado del país. Los partidos responden a necesidades reales y concretas y resultan los medios de expresión de la opinión pública en una democracia representativa. También su posibilidad de actuación y permanencia, no solamente en los períodos eleccionarios, sino a través de una acción responsable y orientadora. En nuestro país los partidos, por lo general, se habían teñido de fuerte personalismo y respondían, más que nada, a directivas e influencias de los caudillos (no otra cosa fueron, en su momento, las fracciones en que se dividiera la opinión pública). Hay otros partidos en los cuales la fuerte tendencia personalista cede a una programática: en el primer caso se despliega una intensa acción durante la campaña electoral, en su decurso se inauguran nuevos centros o comités, que a veces

## ***Formación de los partidos políticos modernos***

reciben el presuntuoso nombre de ateneos o bibliotecas (en un principio se denominaron Clubes, a la manera de los organismos actuantes durante la revolución francesa); al cabo de las elecciones desaparece el andamiaje, algo así como el desarme de los elementos apresuradamente preparados para una función teatral, en donde abunda el papel, el cartón y el engrudo; la acción posterior queda reducida a grupos parlamentarios. En los partidos con bases programáticas, de articulación fuerte, la acción no es solamente con vistas a la propaganda electoral y sigue por sobre el hecho accidental de las elecciones y el armazón continúa pese a las victorias o reveses.

Los partidos de articulación débil (ejemplo típico los partidos conservadores), toman diferentes denominaciones en las distintas provincias y no adquieren arraigo nacional. El radicalismo, si bien de articulación débil aunque en alguna medida programático, tuvo resonancia nacional y es, indudablemente, el primer gran partido nacional de la Argentina moderna.

Su advenimiento obedece a distintas motivaciones, pero es indudable que las propias condiciones dadas en la Argentina de la inmigración masiva provoca el nacimiento de este partido, que es expresión de la clase media formada a través, precisamente, de ese gran impacto inmigratorio.

7. Es indudable que por estos años se agudizan algunos problemas:

a) Existe un proceso de intensa movilidad social. Ella se debe a los cambios estructurales producidos por la inmigración; hay una gran labilidad en los límites de una nueva clase que forman los hijos de inmigrantes. Luego de 1880, año en el cual, según Martínez Estrada "muere el gaucho" y termina lo que J. L. Romero denomina "era criolla", se van acelerando los procesos económicos y la marcha hacia nuevas estructuras. Existe un gran impacto en una sociedad donde aún se daban formas coloniales en algunos aspectos; prontamente los hijos de los primeros inmigrantes se incorporarán a la actividad cívica y con ello comenzarán a formarse núcleos políticos que tendrán gravitación decisiva;

b) En muchos aspectos cambia el viejo estilo de vida y se incorporan elementos que tienden a una dinamización de la sociedad. Aparecen y se desarrollan industrias, con una mayor capacidad de absorción de trabajo manual y que exigirán la mano de obra de elementos especializados. Tal hecho provocará la incorporación, en estos nuevos menesteres, de personas no solamente extranjeras sino provenientes de otros puntos del país y de inmi-

graciones interprovinciales, aunque Buenos Aires será el principal centro de atracción;

c) La mano de obra especializada se hará cada vez más premiosa, la construcción de nuevas ciudades y el desarrollo de otras exigirá un intenso trabajo. En la construcción de La Plata, en la fundación de Bahía Blanca o en el desarrollo de Rosario estará activa la mano de obra extranjera y el trabajo manual será primordialmente ejecutado por inmigrantes. Se incorporará, cada vez en mayor medida, el inmigrante y el país sufrirá un proceso de transformación. La "era aluvial" de la inmigración masiva excediendo la "era criolla", provocará dislocamientos de intensa magnitud; se formarán nuevos grupos sociales, en los cuales los hijos de los inmigrantes harán oír sus voces, ya como argentinos resueltamente incorporados al país;

d) También comienza un proceso de colonización; aumentarán las exportaciones agrícolas y se tenderá a la formación, en algunas provincias como Santa Fe, de una civilización "no pastoril". G. Gori ha estudiado con inteligencia y agudeza este hecho significativo: los ranchos surgen de entre los trigales y ya no quedan solitarios en medio del páramo, y los árboles comienzan a poner manchas en la monótona pampa. Se asiste al crepúsculo del caballo y aumentan carros y carretas; los gringos son malos jinetes y utilizan otros medios de locomoción; se incorporan las herramientas de campo y el arado enseñoorea, se seleccionan semillas, se diversifican los productos, nace la chacra y, aún más, aparecen nuevas diversiones: la pulpería y la taba se ven desplazadas por el tiro al blanco y el almacén de ramos generales, se mezclan músicas, se diversifican lenguas e idiomas;

e) En el período de paz interna (una especie de paz romana de nuestras tierras), durante el cual no existe política pero tampoco pugnas ni pujas, la oligarquía tiene todos los cerrojos del poder. El extranjero no se ocupa de política y sólo tiene objetivos preferentemente económicos. Es evidente que por entonces prolifera (y esto es signo de "modernidad") un *homo oeconomicus*, un *homo faber*, dado al trabajo y a la economía que, en alguna medida, va forjando y sentando las bases de un nuevo estilo de vida. Pero a ese *homo oeconomicus* le suceden, en el escenario del país, sus hijos, ya incorporados y con otro tipo de ideales: se forman profesionales que se angustian ante los problemas del país. Y se entrecruzan dos generaciones, una de las cuales lleva como apéndice la "juventud dorada" producto de una élite un tanto frívola y desencantada, sin fe en las instituciones representativas ("falaz", diría Yrigoyen), sin firmes creencias en los destinos de la patria ("descreída"), pero inteligente y culta, de finas

## ***Formación de los partidos políticos modernos***

y sutiles antenas, sociable y desprejuiciada (Generación del 80). La otra, romántica, llena de fervor cívico, idealista y retórica (Generación del 90): su principal exponente será Leandro N. Alem, caudillo de una "conjunción de voluntades sin definición partidaria, una aspiración nacional", de gran honradez cívica, pero sin sentido de la realidad concreta, que abandona acuerdos o transacciones y se entrega a la dura intransigencia ("que se rompa, pero que no se doble");

f) Existen cambios en el mundo que inciden en los cambios políticos. Todos los hechos precedentemente anotados hacen que la Argentina ya no sea una ínsula apartada y que los hechos del mundo repercutan en ella cada vez más. Las crisis, antes locales, se van generalizando y la del 90 resultará una crisis que toma a todo el país y no sólo a una parcela;

g) También se irá formando una difusa conciencia social, a través principalmente de la incorporación de industrias que exigen obreros especializados, muchos de los cuales habían hecho sus experiencias político-sociales en otros países;

h) Comienza desde entonces un proceso que actualmente se hace irreversible: los cambios en la población rural y urbana. En 1869 la población rural era el 72 %, la urbana el 28 %; en 1895, 63 % y 37 %; en 1914, 47 % y 53 %, con todas sus consecuencias;

Podemos, provisionalmente, sentar estas premisas:

A. Las nuevas condiciones objetivas y reales del país hacen que exista una *ampliación de los objetivos políticos*, anteriormente restringidos y refugiados solamente en un reducido núcleo o élite representativa de la Argentina tradicional;

B. Esta ampliación de objetivos políticos tiende a canalizarse a través de partidos;

C. Los partidos de estructura débil y generalmente reducidos a ámbitos provinciales (de raíces "conservadoras"), reúnen, por lo general, a las clases o grupos sociales tradicionales;

D. Los nuevos partidos, en cambio, que tienden a una estructuración menos débil, reúnen a las clases o grupos de la Argentina moderna, formada a expensas del impacto inmigratorio;

E. Los tres partidos modernos, formados a pocos años de distancia, obedecen a una motivación esencial, pero reunirán, primordialmente, a distintos estratos o grupos sociales: el *radicalismo* se formará a expensas de la inmigración, tendrá prontamente carácter nacional y estará constituido

por elementos de la clase media, producto de esa inmigración masiva; adquirirá raíces populares, ya que esos elementos se incorporarán pronta y definitivamente; el *socialismo* nace como partido de clase y sus principales componentes serán obreros especializados de las grandes urbes industrializadas; la *democracia progresista* (en un principio escisión radical bajo el nombre de Liga del Sur), concretará principalmente las aspiraciones de los colonos agrarios-chacareros, principalmente del sud de la provincia de Santa Fe.

8. Si bien el advenimiento de los partidos políticos modernos resulta, en principio, de reacciones frente a un orden o *status* que no permitía salidas electorales ni tampoco un estilo de vida nacional a través de soluciones "políticas", y principalmente, en lo que al radicalismo se refiere, la posibilidad de dos postulados: "Constitución y sufragio libre", existe —como substrato— un cambio estructural de intensidad mayúscula, dado a través de los hechos señalados en el punto (7). Es indudable que la oligarquía liberal, para mantener sus líneas, había perdido todo escrúpulo de tipo moral y dejado de lado los derechos inherentes a la ciudadanía como tal. En un principio, policías y matones a sueldo efectivizarían nuestros comicios y los legalizarían a través del fraude y de la violencia, repetidas más tarde a través de otros elementos más sutiles. En rigor de verdad, nuestro país no vivió, sino en contadas ocasiones, el clima de verdadera democracia representativa. El fraude tuvo matices, a veces fue descarnado y otras cínico; en el comicio habrían de triunfar, por muchos años, la violencia, la bravura personal, una especie de "machismo": el legendario Juan Moreira no fue más que un matón de las huestes de Valentín Alsina y a su bravura se debió la definición de más de un comicio de la zona del centro de la provincia de Buenos Aires. Su influencia resultó muy dilatada y, cuchillo en mano, podía sacar adelante una elección que en primer momento parecía perdida; posteriormente el sistema se transformará y aperecerá el del soborno, o la compra del voto, que generalmente se combinaba con el más primario —de la violencia lisa y llana— pero a veces más efectivo. Nada menos que un tribuno de la talla de Pellegrini hizo el panegírico del voto comprado: "no hay voto más libre que el que se vende". La libertad electoral, por consiguiente, era un simple mito. Agréguese a todo ello las argucias con que se preparaba el acto, la manera con que se adquirirían las voluntades, las mil y una formas de realización en pequeño de lo que después se haría en gran escala; todo ese mundo de la "política criolla", mezquino y pequeño tan a lo vivo pintado por Roberto J. Payró en sus jugosos cuentos: los favo-



### **Formación de los partidos políticos modernos**

res anotados en la "libreta de préstamos y donativos a los partidarios", "prestado al Gordo, que está sin trabajo, 5 pesos; a Juan para la copa, 0,20; una bandera y un letrero para el comité, 15,50...". Mosaico pintoresco, pero a la vez dramático y cruel, en donde se entremezclaban las costumbres y vicios de la época, pero que resultaba una reiterada estafa a la voluntad popular, estafa puesta en práctica durante decenios y vuelta a realizar aún en épocas en que se creían definitivamente superadas. Dice Sommariva: "Durante varias décadas los comicios tenían un gran cotejo de incidentes sangrientos. Todos los votantes debían concurrir al atrio de las iglesias; los partidos rivales formaban sendas columnas, esperando turno para el sufragio y cada vez se llamaba a un ciudadano de distinto partido; los que se creían perdidos asaltaban las mesas para falsificar las actas o anular la elección o recurrían a discusiones interminables, dilatando el proceso y dejando sin voto a muchos ciudadanos con lo que, al cerrarse el comicio, el resultado quedaba parejo. Si así se desarrollaban los actos públicos, cabe imaginar cuántos enjuages se ponían en práctica en la preparación de los padrones y en los escrutinios".

Es indudable que esta lucha por el sufragio libre fue una de las aspiraciones morales legítimas de toda una generación. Pero la propia lucha por el sufragio retardó la solución de grandes problemas nacionales, estancó al país, creó desánimo y sentido de frustración en la ciudadanía, porque era indudable que por sobre un hecho que debía aparecer como normal, se estaban originando cambios profundos en la sociedad. Todo ello creó desánimo y sentido de frustración, como al final se crea desánimo en todos los hechos injustos presuntivamente apolíticos o en situaciones en las cuales una minoría se apodera del poder, sea por la vía del fraude o de la violencia o de la ruptura del orden constitucional. Para comprender esta lucha y este estado de ánimo que crea el radicalismo es necesario estudiar nuestra historia institucional y las reiteradas rupturas de nuestro orden legal. Pero cuando la ciudadanía pudo votar libremente la expresión de su voto resultó positiva.

Es decir, que en la formación del radicalismo como partido jugaron esos elementos de orden moral. Según del Mazo la formación de un movimiento de este orden de ideas nace en 1891 con Alem al frente (luego de la revolución del 90), como protesta contra todo tipo de pactos o acuerdos, a través de una línea rígida, que cree en los *principios* aunque sin formular programas de acción concreta. Lo guían principios morales: "divisas éticas" es frase muy utilizada por Alem. Su muerte fue consecuencia y corolario de su propia vida: "adelante los que quedan", "que se rompa pero que no se doble", frases algunas de ellas dichas al borde

del suicidio, tienen cabal significación. Es la política alucinada de rígida intransigencia, válida para ciertos momentos de máxima tensión y enconada lucha. Fue positiva sólo en algunas etapas muy difíciles de nuestra historia política, pero su aplicación consecuente motivó algunos tropiezos serios en nuestra evolución.

La generación del 90 tuvo cierto sentido mesiánico que agigantó hasta los hechos menudos, pero dará la tónica a la subsiguiente generación de hombres que formarán la Unión Cívica Radical. El "estilo político" será mantenido a través del tiempo y le costará mucho a esta fuerza desprenderse de sus rasgos iniciales. Contrasta ella, según dijimos, con la generación del 80 de tono escéptico, mesurado, sin desbordante romanticismo, de espíritu burlón y proclive a tomar los hechos por el lado del *humor* y contrastando con la gravedad y seriedad de la generación del 90. Pero es evidente que 1890 constituye un año crucial en nuestra historia política. No es por azar que en esos días actuaran tres personajes, en la misma trinchera, que tendrían profunda preponderancia en la política del país: Hipólito Yrigoyen, caudillo hermético y mesiánico; Lisandro de la Torre, el "fiscal de la patria" que prefirió señalar los errores vinieran de cualquier ángulo, y a quien repugnara todo ademán demagógico que tendiera a halagar, y Juan B. Justo, fundador del socialismo argentino.

En realidad, el Noventa constituye, como dice Juan Balestra, "el punto máximo ascendente de la curva iniciada en el Ochenta", con todas sus contradicciones. El afán del progreso había llegado a insospechados límites y la fiebre económica todo lo conmueve. "Fiebre de progreso" anotada con minuciosidad por Julián Martel en su novela "La Bolsa" y que provoca una honda crisis, también de carácter moral, "cuando se pierde la noción del honor" o "cuando se hunde en el papel moneda, que sin cesar crecía, multiplicándose, a medida que se despreciaba". Las inconsecuencias y contradicciones de todo un sistema aparecían, así, descarnadas y en toda su crudeza. Pero es evidente que existió una deformación del liberalismo de las Bases y no hubo adecuación consecuente de éstas a la realidad del país; y el país, de tal manera, fue envuelto por la invasión de los monopolios extranjeros y el acaparamiento de la tierra pública. Habría que poner atención en estos hechos. No olvidemos que por una parte se incorporaba una enorme masa inmigratoria y formaban la generación "de los hijos de ellos", al decir de Roca, que constituirían una clase media de extraordinaria labilidad y movilidad que pugnaba por el poder. Y, por otra parte, ya las formas tradicionales se iban cerrando en "clercs" cada vez más enduécidas, constituyendo las primeras formas de grupos de presión o factores de poder, que a medida que perdían fuerza popular, se iban centrando

### *Formación de los partidos políticos modernos*

y concentrándose para continuar en el poder y de tal manera tendían a cobrar tanta o mayor importancia que los partidos políticos como conductos naturales de la expresión ciudadana y a rebalsarlos, sea “desde fuera” como “dentro” mismo de sus propias estructuras. A medida que transcurre el tiempo, los partidos —quizás por su propia configuración sociológica— van tomando un espíritu “conservador”, en tanto que se va formando un espíritu de “protesta individual” más que formas colectivas o masivas. Deberá transcurrir un largo período hasta que el advenimiento de las masas a través ya de migraciones internas transforme, en buena medida, esa tendencia. El radicalismo expresará sentimientos más bien difusos, antes que una programática y el socialismo, más teñido de positivismo que de socialismo a través de sus principales voceros, sólo tendrá efímeros éxitos en algunas zonas de la Capital. Quizás el radicalismo se haya teñido de retórica a través de su trayectoria y haya despreciado ciertos elementos “realistas” inherentes a toda política, en tanto el socialismo, a través de su historia, no se haya adentrado en la realidad concreta del país. Es decir, que ambas fuerzas, nacidas como “partidos modernos” perdieron su empuje por falta de una adecuación correcta a las características de nuestro país real y concreto.

9. Pero, según dijéramos, el radicalismo no significó solamente la concreción de esos dos postulados (Constitución y sufragio libre), sino algo mucho más importante, el advenimiento al poder de una nueva clase social. La misma política que el *régimen* había impuesto al país, a través de la posibilidad del logro de formas “modernas” en líneas “progresistas”, hizo variar fundamentalmente su fisonomía. La frase “gobernar es poblar” no constituye una frase más y sí una realidad. Este advenimiento no se produce por azar. Venía gestándose desde tiempo atrás, como consecuencia de una serie de factores que se daban, con sus rasgos más precisos, en el momento político que analizamos. Anota Ernesto Palacio que la vieja raíz montonera había cambiado la fisonomía del pasado, diluyéndose este matiz con la incorporación de las promociones de hijos de inmigrantes en un vasto conglomerado humano “cuya definición más clara consistía en el repudio a los gobiernos de privilegio y el énfasis democrático de su actitud, en el que se unían los antiguos oprimidos con los recién incorporados, que aspiraban a tener su puesto al sol”.

Según dice Germani (en: *La clase media de la ciudad de Buenos Aires*) “. . .ni la profesión ni la posición económica se confunden con la clase. Esta resulta de la existencia de un juicio de valor acompañado por un género concordante de vida, instrucción, educación, gustos, modales, cos-

tumbres, ideas y tendencias, es decir, por un conjunto de ideas objetivas que llamaremos 'tipo de existencia'." Y continúa: "Estos elementos, que son también el resultado de la comunidad de vida creada por la igualdad de funciones, representan al mismo tiempo atributos de la clase, pues también ellos son objeto del juicio de valor". Esto es precisamente lo que se había formado por entonces: un tipo de existencia distinto al anterior, profundamente diferenciado y a cuya formación contribuyó una serie de circunstancias cuyo análisis no corresponde hacer aquí. Ese movimiento ascensional de la clase media, que se acentúa rápidamente, hace que ésta tienda a expansionarse por áreas y ángulos que antes le eran vedados. Existe una expansión, una fuerza centrífuga que tiende por un lado a una incorporación, por otro a un desplazamiento, de las clases por entonces gobernantes. La conquista del poder constituye, así, una meta inmediata. Tal ascenso se ve facilitado por la vigencia de la Ley Sáenz Peña, que tiende a sacar a la situación política de su "punto muerto". El terreno habíase abonado a través de tácticas de revolución y abstención, que si bien no daban sus frutos, a la larga se imponían como consecuencia mediata. Las líneas, sin embargo, no resultan tan simples, ya que en diferentes ocasiones no existen delimitaciones precisas, sólo aproximadas. Así el Noventa, que fuera época crucial de nuestra política, confunde esquemas generales, y hasta en ambos sectores (gobierno y oposición) actúan personas de diferentes extracciones sociales. Pero en el radicalismo tiende a aglutinarse esta nueva clase en pugna por el poder. No es por azar que un humilde maestro de escuelas de provincia llegue a ocupar el ministerio de educación y que los puestos importantes de la administración se encarguen a personas sin significación dentro de lo que se entendía por "altas esferas oficiales". Desde entonces, y salvo la crisis de 1930, profundamente reaccionaria, el poder será detentado por personas de la clase media (tanto en las esferas civiles como militares, salvo excepciones, en cada cambio gubernamental acceden al poder hijos de inmigrantes; varios presidentes de la república son hijos de inmigrantes o nietos de inmigrantes de extracción social humilde; artesanos, chacareros, pequeños comerciantes, etc.).

El país adquiere un matiz, en lo que atañe a esferas oficiales, quizás más grisáceo y opaco, al despojarse de lustrosos apellidos tradicionales y toma un tono más "plebeyo", diríamos, que va impregnando los ambientes. Pasan a primer plano apellidos desconocidos y hay en la realidad, una extraña mezcla de hijos del país e hijos de inmigrantes pero salidos ambos de estratos sociales muy diferentes a los que nutrían las esferas gubernistas anteriores.

## **Formación de los partidos políticos modernos**

10. Todo ello explicará la formación de cuatro hechos significativos:

a) En el campo del trabajo, la formación de una conciencia obrera incipiente, pero que luego tomará inusitado brío;

b) La formación de una conciencia campesina, formada por los pequeños propietarios o arrendatarios, en pugna con los grandes estancieros arraigados en la sociedad tradicional y que, a través del "Grito de Alcorta", sostendrá reivindicaciones del hombre de campo postergado;

c) En la Universidad, la Reforma, que permite el advenimiento de la nueva generación y, consecuentemente, el acceso a las aulas de los jóvenes no pertenecientes a los sectores tradicionales;

d) En lo económico, la polémica del petróleo, que tiende a la efectivización de la independencia económica y del principio de soberanía.

No es extraño que estos cuatro fundamentales hechos se produzcan con el advenimiento del radicalismo, porque constituyen verdaderas banderas de reivindicación en la larga lucha por la formación de nuestra verdadera nacionalidad.

En lo que atañe al campo, se incorporan importantes núcleos de clase media rural. Provincias hubo, como Santa Fe, en donde el predominio del *gringo* llegó a ser decisivo. La agricultura, que tomaba bríos y que tendía a desalojar algunas de sus formas, por lo menos, a la ganadería, tenía tonos definidos. Esperanza, Rafaela, las colonias agrícolas entrerrianas, iban incorporando vastos elementos inmigratorios.

El crecimiento del país se había hecho visible y su población crecía con la clase media:

	Población	Crec. anual medio (por 1.000 habitantes)
I Censo, 1869	1.737.076	30,1
II Censo, 1895	3.954.911	36,8
III Censo, 1914	7.885.231	21,5

Pero al mismo tiempo se producía un fenómeno digno de ser tenido en cuenta. La corriente inmigratoria se había *estabilizado* y ya se estaba formando una nueva generación que si bien participaba de algunas carac-

terísticas de sus mayores, tomaba posiciones dentro del cuadro general del país y se había *argentinado*.

La extraordinaria asimilación sufrida por el hijo del inmigrante hizo que éste tomara perentorio contacto con el país y coparticipara en sus afanes, en sus instituciones. Y si bien, al advenir el radicalismo, el aluvión inmigratorio continuaba en parte, había decrecido en mucho, permitiendo una profunda decantación que permeabilizaba al extranjero y lograba que sus hijos, ya incorporados definitivamente, se sintieran nacionales y componentes de una clase nueva, con todas sus modalidades.

11. Además, y ya lo hemos anotado, esta fuerza política cree en las virtudes del pueblo; nace como una fuerza de sentido idealista: “el interés material será para un pueblo de mercaderes, no para el nuestro”, diría Alem; es decir, que más que en el engrandecimiento material piensa en las posibilidades morales, olvidándose en buena medida que la política, como tal, está apegada además a intereses concretos y realistas: “prefiero una vida modesta, autónoma, a una vida esplendorosa pero sometida a tutelajes”. Aquí hay una definición en contra del espíritu del momento, en el cual los valores económicos y un desenfrenado liberalismo habían conducido al país a una situación crítica de graves proporciones. Una idea nacional austera e inflexible pareciera abrirse paso, una rebeldía, además, en contra de las formas por entonces existentes.

Recordemos que las fuerzas gobernantes habían puesto, en ciertos aspectos, el país *a la moderna*, introduciendo el progreso en gran escala, dentro de ciertas características que hemos intentado definir. Pero frente a ello y ante ese orden de cosas, se pretendía imponer la política —por parte de esta nueva fuerza actuante— como concepción ética de la vida, como afirmación de la vida autónoma argentina y de la libertad ciudadana. Pero esta *idea moral* no queda suficientemente definida y existe una exaltación más de orden sentimental del hombre argentino, sin afirmarse en notas más concretas y esta concepción idealista es retomada por Yrigoyen, el cual manifiesta que el radicalismo no es mero partido sino que “simboliza la grandeza de la nación en sus obras inmortales, frente a las calamidades de los gobiernos” y más aún, encarnaría la patria misma; sería doctrina —aunque no se defina— consubstanciada con “el espíritu y los anhelos del país” y “regeneración bajo el bautizo de los preceptos de la moral política, de la dignidad nacional y de las virtudes ciudadanas...”. Según del Mazo se trata de un partido que responde “a una concepción afirmativa de la vida argentina...”. Es una fuerza que se pro-

### **Formación de los partidos políticos modernos**

pondrá conquistar a la nación, “fuerza de unión de los argentinos, movimiento nacional histórico”. No se trataría de un simple partido, según estos fundamentos, sino una fuerza histórica que consistiría en dar constitucionalidad a la independencia y bases firmes para un desarrollo auténtico de la República y concibe a la República como una *idea moral*. El radicalismo será así, una *causa* que apela al hombre interior reivindicando las líneas espirituales del pueblo y se opondría, de tal suerte, al *régimen*. En un principio, en efecto, era la lucha enconada contra el *régimen*. Como lo expresara el manifiesto del Comité Nacional de fecha 29 de febrero de 1904: “El régimen es el mismo en lo político, en lo económico y en lo administrativo. Desconoce la soberanía popular, para hacer de la autoridad un instrumento de oposición, del voto un comercio bajo, del atrio un campo de lucha sangrienta o el teatro de una parodia burlesca y de la administración pública un patrimonio de partido, prefiriendo sobre los más dignos y competentes los mejores recomendados por su adhesión política. Suprime la autonomía de las provincias, convierte los gobernadores y legislaturas en instrumentos dóciles del poder federal y relega a los ciudadanos a la categoría de cosas. En materia de garantía, las desconoce y elimina a todas, violando en cada caso lo que estorba al cumplimiento de un propósito autoritario o ampara el derecho de una oposición batalladora. Por la supresión de los estímulos o de los prestigios morales, que enaltecen la lucha democrática, la juventud está condenada a optar entre el sometimiento como camino para llegar a las funciones públicas y el abandono de ellas, con la protesta en el espíritu y en los labios, para salvar la integridad de carácter”.

Las presidencias que se habían sucedido con antelación al advenimiento del radicalismo no representaban, en verdad, a partidos, sólo obedían a una modalidad que perduraba: se trataba, en el fondo, de alianzas promovidas para la obtención del poder, pero de alianzas, no de partidos, de situaciones locales colmadas de intereses y el radicalismo se había constituido en única fuerza de carácter nacional.

12. Si observamos los partidos y fracciones en que se dividía la opinión del país se constata fácilmente el aserto del párrafo anterior. El Partido Autonomista Nacional, por ejemplo, de dilatada existencia, cuya virtual acta de fundación podría remontarse a 1874, era una coalición de fuerzas, de situaciones locales que lograban una aparente homogeneidad a través de alguna figura aglutinante, pero que no se constituía, de por sí, en una fuerza programática de carácter nacional. Era la expresión de diversas situaciones en torno a figuras prestigiosas, como lo fue en buena

parte nuestra política. Y si bien el radicalismo podría acentuar tendencias “personalistas” existían, dentro de él, corrientes de opinión —más temperamentales que programáticas sin duda— un tanto indefinidas, pero que en buena parte tenían un estilo propio, traducían necesidades vitales del país en lo político y de alguna manera “lo nacional”, inconcreto, inorgánico si se quiere, como inorgánicas eran las líneas de nuestra incipiente formación sociológica.

13. De los grupos representativos anteriores debiéramos considerar la Unión Nacional, que impusiera a Roque Sáenz Peña y que nuclea una serie de grupos provinciales de diferentes raíces y extracciones. Es indudable que la desaparición del P.A.N. de la escena política implica una ruptura de las estructuras tradicionales, ya que este P.A.N. no podría recomponerse. Los partidos conservadores quedarían, no obstante los acuerdos, como piezas de un rompecabezas que sólo podría ser armado fragmentariamente en cada provincia. En el Noventa quedan tendidas las líneas que por mucho tiempo teñirían nuestra política. Esas líneas se darán a través de fuerzas opositoras, en tanto los núcleos oficialistas no logran, desde entonces, cohesión ni resonancias nacionales. El programa de renovación que las fuerzas conservadoras intentan a través de la *Liga del Sud* se verá prontamente dejado de lado, ya que la tenaz y firme acción de Lisandro de la Torre impondrá una modalidad acentuadamente diferente.

14. En el campo eleccionario la oposición logra por primera vez el triunfo al jugar la Ley Sáenz Peña, aunque con anterioridad obtuviera algunas victorias parciales. Por ejemplo, en la elección de diputados al Congreso, en 1894, el triunfo correspondió al radicalismo, aunque sin obtener mayoría absoluta: en la misma intervienen dos fuerzas, los “cívicos” y los “vacunos”, los gubernistas, autodenominados vacunos, dieron sus votos al candidato cívico Guillermo Udaondo. Por entonces se alegó fraude en contra del radicalismo, al cual se le restó buena cantidad de votos en algunas parroquias. En este caso, el partido gubernista llevaba en sí —y eso es preponderante signo por mucho tiempo en la provincia de Buenos Aires— los defectos de la vieja oligarquía terrateniente, sin el sentido de los cambios modernos; se había estancado en su evolución y estaba ya dando la curva de vuelta, por la cual retornaba a una concepción primaria en donde existía nuevamente, la ganadería como principal y casi único factor de riqueza. Muy distinto fue el significado de la elección de 1904, en donde se ensaya el sistema de circunscripciones unipersonales



## ***Formación de los partidos políticos modernos***

a la inglesa, propiciado por el entonces ministro del Interior Dr. Joaquín V. González y en el cual en una de ellas —la Boca— obtiene su diputación el Dr. Alfredo Palacios, primer diputado socialista de toda América. Pero en elecciones presidenciales recién la oposición obtiene el triunfo, para el período 1916-1922, en el escrutinio del 20 de julio de 1916.

También la vigencia de la Ley Sáenz Peña, por lo menos hasta 1930, traerá una gran movilidad en los cuadros de la política. Si bien el radicalismo obtiene triunfos, no existe una línea continuada en la forma y progresión con que se daban durante el denominado “régimen” y la oposición varía con diferente suerte. Para la elección que consagra a Marcelo T. de Alvear (1922-28) el radicalismo obtiene 235 electores, con 458.457 votos, pero sus cuadros se constituyen, posteriormente, de otra manera. Se van nucleando diferentes organizaciones políticas: los conservadores se nuclean bajo la denominación de Concentración Nacional y, además del radicalismo participa la democracia progresista. Según vemos, proliferan partidos con otro sentido y la formación de sus cuadros se debe a las nuevas condiciones y a los cambios estructurales que se habían producido en el país.

Además existe una lucha entre partidos, una movilidad que reemplaza las líneas estáticas anteriores.

15. En cuanto al Partido Socialista, éste nace en la Argentina como un partido de “clase”. Pero a través de su fundador, Juan B. Justo, se trata de darle un método de acción que lo alejara de lo que se denominara “política criolla”. La “política criolla” resumía, para el Dr. Justo —un hombre severo, de gesto adusto y de moralidad puritana— los vicios y prácticas reñidos con el ejercicio consciente de los deberes y obligaciones ciudadanos. Pero al mismo tiempo esta fuerza política pierde vigor al alejarse de una realidad concreta nacional; si bien posee virtudes que la transforman en una escuela de civismo, prontamente se ve desplazada debido, precisamente, a esa falta de perspectiva histórica. En otro orden de cosas, el socialismo, como partido moderno inaugura un método y ahinca, o pretende ahincar, en los problemas sociales; se quiere despersonalizar a los hechos políticos e inyectarles una mayor dosis ideológica y científica.

Su advenimiento se produce también ante las nuevas condiciones que se dieran en el país. Habíamos visto que la U. C. Radical es la resultante del desarrollo de la sociedad argentina a través de la formación de una clase media nacida o producida por el impacto inmigratorio. Por entonces

existía una población preferentemente rural. Los núcleos obreros, en formación, se hacían fuertes en Buenos Aires principalmente. Pero se va agudizando, desde 1869 en adelante, un proceso de urbanización:

	Población: Cifras absolutas		Porcentaje		Aumento anual	
	Urbana	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural
1869	492.600	1.244.300	28	72	38.000	47.000
1895	1.488.200	2.466.700	37	63	146.000	66.000
1914	4.152.400	3.727.900	53	47	175.000	68.000

De este proceso (en el cual, tomando las cifras de 1869 hasta 1914 ya daba un aumento anual promedio por 1.000 habitantes de la población urbana: 46,3 55,5 : 26,7; y de la población rural 23,0 21,8 14,3) no habían permanecido ajenos los gobiernos que se sentían fuertemente impulsados por la ola del progreso, atrayendo masas inmigratorias, entre las cuales se hallaban no pocos obreros de conciencia evolucionada en sus países de origen, en los que se habían producido ya intensas conmociones sociales.

En la Argentina, en 1896, había 123.739 trabajadores empleados en industrias, empresas de transporte y construcción, de los cuales 93.294 obreros extranjeros y, solamente en Buenos Aires, pocos años después, 523.041 argentinos y 427.850 extranjeros. Es decir, que ya existía una fuerte corriente formada por obreros manuales con una conciencia bastante aguda para esos tiempos, en los que algunos fundamentales problemas económico-sociales comenzaban a afectarlos profundamente.

Por lo demás, existía una tendencia de la población a acumularse en la zona del gran Buenos Aires y Este del país, que había obtenido, entre los censos de 1895 y 1914, una diferencia en más de 4,0 (63,5 a 67,5) orientando la calidad del proceso económico al mismo aumento de población, según lo expresa Ricardo Ortiz. De los 2.400.000 extranjeros que vivían en el país en 1914, el 81 % se había establecido en la zona oriental. Si bien buena parte de ellos eran propietarios existía una gran proporción de trabajadores manuales. Así, por ejemplo, comparando los censos de 1869 y 1895 observamos que los jornaleros crecen en la siguiente forma: 163,9 a 342,5; los rentistas, de 5,4 a 28,4; los funcionarios, de 13,3 a 37,0; los profesionales liberales de 11,6 a 37,1 y en tanto lo que se llama trabajo semi-productivo (que comprende comercio, transportes,

### **Formación de los partidos políticos modernos**

profesiones ambulantes, empleados privados, sirvientes y jornaleros) crece de 41,6 % a 47,2 %, las profesiones productivas decrecen entre ambos censos, de 54,6 % a 45,4 %; las no productivas (rentistas, funcionarios, etc.) crecen de 3,8 % a 6,4 %, es decir, que en vísperas de la plasmación de esta nueva fuerza política la estructura funcional había variado considerablemente y sufrido cambios muy pronunciados. Se incorporan asimismo durante este período, talleres que se basan en la mano de obra artesana, pero en los cuales ya se nuclea cierta cantidad de obreros, pues los artesanos habían hecho algunos progresos que les permitirá tanto la incorporación de obreros como la realización, en pequeña escala, de la división del trabajo. Asimismo comenzaban a industrializarse en pequeña escala, algunos productos derivados de la agricultura (aunque tanto el azúcar, como la vid o la yerba, posteriormente industrializados en gran escala, comienzan a tener influencia años más tarde, tiñendo de modalidades propias los aspectos económicos y sociales de sus zonas de influencia. Ya en 1883-1886 se habían instalado establecimientos frigoríficos en Campana y Avellaneda, pero recién en 1902 se inicia un nuevo período de formación de empresas.

La introducción del maquinismo, así fuera en escalas reducidas, provocaba situaciones no previsibles con anterioridad y así, principalmente en Buenos Aires la industria comienza a florecer, transformándose paulatinamente el artesano en obrero de establecimientos que, si bien relativamente importantes, iban creciendo con el crecer de la población. A este respecto, nos remitimos a lo ya expuesto cuando analizamos los problemas que trajo la inmigración en gran escala y la implantación de las líneas denominadas del *progreso*, de largo alcance y que tuviera su expresión más caracterizada durante el decenio 1880-1890. Es en 1898 cuando precisamente el *progreso técnico* comienza una etapa acelerada, con la incorporación del maquinismo, lo que va provocando, a través de los años, una situación o serie de situaciones inherentes al propio sistema. He aquí las fluctuaciones del censo publicadas en EE. UU. por la "National Industrial Conference Board", para los decenios 1870-1910:

	1870	1880	1890	1900	1910
Población total:	38.558.371	50.155.783	62.622.250	75.994.575	91.972.366
Población obrera:	12.505.928	17.392.099	23.318.183	29.073.233	37.454.000

Lo que da los siguientes aumentos, con relación a 1870:

	Aumento	Porcentaje de la población obrera sobre la población total
1870	—	30,1
1880	30,1	34,7
1890	64,2	37,2
1900	97,1	38,3
1910	138,5	40,7

El problema, pues, cobraba caracteres universales, y por lo tanto nuestro país no podía escapar a una regla de tal naturaleza. Si bien es cierto que en la formación del Partido Socialista contribuye buena parte de obreros extranjeros, a través de grupos, llamémoslos “*idiomáticos*”, también se incorpora al movimiento buena cantidad de trabajadores argentinos que van tratando de concretar sus aspiraciones de mejoras económicas. No olvidemos que recién estamos en comienzos de un proceso que en nuestro país daríase un tanto retrasadamente. El socialismo, como tal —por lo menos en sus inicios— pretendía incorporarse como partido doctrinario y transformador de diversos planos de la humanidad. Pero por sobre los problemas sociales y económicos que en momento crítico se insinuaban con todo rigor y que luego irrumpirían vigorosamente se atendieron, primordialmente, y en eso hubo coincidencia entre las diferentes fuerzas de oposición, los problemas de la moral cívica y de la educación popular.

De lo expuesto surge que los partidos políticos con rasgos modernos, como canales naturales de la opinión pública, se forman y fortalecen en los momentos de formación y fortalecimiento del proceso de transformación del país en líneas modernas.

16. Más tarde, y para preservar en alguna medida un *status* en el cual ya el proceso perdía fuerza y consistencia, se pretenderá desalojar a los partidos de la escena política para dominar los factores de poder y los denominados grupos de presión. A medida que se debilitan los partidos, adquieren fuerza diferentes grupos que pretenden sustituirlos. Pero no se concibe una democracia representativa, y en el país todavía hay mucho que andar a ese respecto, sin la existencia de los partidos como conductos naturales de la opinión. Los substitutos tenderán a formulaciones híbridas en las cuales la opinión pública tendrá el acceso vedado;

### **Formación de los partidos políticos modernos**

los grupos intermedios, los grupos de presión, las diferentes formas de "lobby", sólo tendrían éxito para determinadas circunstancias históricas de orden excepcional. Lo demás deberá seguir los carriles normales y el proceso de modernización exige, también, la modernización de todos los medios de expresión. Pero hay que tener en cuenta algunos hechos nuevos. Si se incorporaran los medios técnicos a la población con el ritmo con que lo hiciera la generación que puso, en algunos respectos, el país "a la moderna" se fortalecerían los medios de expresión de la opinión pública, tal como acaeció en el período examinado. Pero si la incorporación se produjera al ritmo actual es indudable que el país quedaría en evidente desventaja. Es indudable que ya no se puede gobernar a través de esquemas tradicionales y los partidos "modernos" es posible que deban sufrir ahora un nuevo proceso de "modernización" para ponerse a punto en el proceso. En muchos respectos anotemos que aún estamos políticamente adheridos a los esquemas de la sociedad gratos al siglo pasado, con una gran dosis de retórica y una proliferación de esfuerzos que en muchos casos no representan la actual realidad de nuestro mundo. No debemos olvidar, como lúcidamente lo expresa Baran, con referencia a una situación actual de proceso de desarrollo que en ciertos respectos tiene ciertas líneas de coincidencia con el momento histórico examinado, que "lo que denominamos desarrollo económico, históricamente, siempre ha significado una transformación de vasto alcance en la estructura económica, social y política de la sociedad, en la organización dominante de la producción, de la distribución y del consumo... siempre ha sido impulsado por clases y grupos interesados en un nuevo orden económico y social, encontrando siempre oposición y obstáculos por parte de aquellos que pretenden la conservación del *statu-quo*..." (en: *Teoría del desarrollo económico*, pp. 19-20). Es indudable que el mundo actual no se caracteriza, precisamente, por su muelle placidez. Si nosotros observamos el desarrollo de la política argentina desde una fecha clave, 1880, hasta 1930, vemos de seguido que los primeros años significaron en escala reducida, una *pax romana*. El país anduvo por las vías del progreso a través de palabras adecuadas para su momento histórico: "paz y administración", que era algo así como la traducción del "orden y progreso" positivistas. Se recogieron, en parte, los acentos del pensamiento alberdiano.

Más tarde se rompieron los diques y terminó tal período pacífico, optimista, esperanzado. El pueblo, que aún quedaba como telón de fondo del vasto escenario, asistía pasivamente a los acontecimientos; a veces, en las largas administraciones del régimen, (pues política era en buena medida administración) se iba más lejos y nuevos grupos sociales forma-

dos por hijos de inmigrantes y prontamente asimilados, quedaban apartados, un tanto como las glebas. República con patronos, Estado gendarme, excesos del liberalismo. Después la primera gran crisis estructural: la clase media se hace oír, aunque dentro de formas no muy definidas, que aún perduran (canalizada en el radicalismo como partido).

Más tarde la Argentina aluvial traía el espectáculo de su sociedad masiva quebrando los estamentos largamente aquietados. Una intensa movilidad social caracterizaba y caracteriza a las diferentes clases y grupos. Procesos de aceleración, de cambios, crisis frecuentes, en las cuales ya decididamente intervenían factores de poder y grupos de presión desplazando de las soluciones a los partidos políticos. País, el nuestro, que aún no ha entrado enteramente en los moldes de la modernidad y de la revolución tecnológica.

Y el país real, definitivamente incorporado un enorme contingente —ejército de brazos y músculos, sudor e inteligencia— continuó con sus victorias a lo Pirro, formándose a medias. Aún estamos en un proceso socio-político de decantación, pues todavía hallamos mezcladas grandezas y miserias, purezas e impurezas. Hay que esperar, ahora, que se complete el ciclo dentro de las líneas del progreso moral y material que ya Juan Bautista Alberdi lúcidamente entreviera.

**EL PROCESO DE MODERNIZACION DE LA ARGENTINA  
(1880 - 1930)**

**LA VARIABLE CULTURAL**

---

1. **LAS CIENCIAS EXACTAS**  
por el Ing. JOSÉ BABINI
2. **LAS CIENCIAS BIOLÓGICAS**  
por el Dr. MAX BIRABÉN
3. **LA FILOSOFÍA:  
POSITIVISMO/ANTIPOSITIVISMO**  
por el Dr. LUIS FARRE
4. **EL ARTE ARGENTINO**  
por el Prof. ÁNGEL OSVALDO NESSI
5. **LA MODERNIZACIÓN DE LA LITERATURA**  
por el Prof. JUAN CARLOS GHIANO
6. **LA HISTORIOGRAFÍA**  
por el Dr. ANTONIO J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI
7. **LA EDUCACIÓN**  
por el Prof. RICARDO NASSIF
8. **LA SOCIOLOGÍA**  
por el Prof. JOSÉ SAZBÓN
9. **LA ARQUITECTURA**  
por los Arqs. JOSÉ XAVIER MARTINI  
y JOSÉ MARÍA PEÑA





# Las ciencias exactas

JOSÉ BABINI

LA ATMÓSFERA CIENTÍFICA  
Y LOS ESTUDIOS MATEMÁTICOS

*NACIDO EN BS. AIRES en 1897. Se graduó de profesor de enseñanza secundaria (Matemática) y luego de ingeniero civil. Fue profesor de matemática en la Universidad del Litoral (1920-46) y de historia de la ciencia en las universidades nacionales del Litoral (1955-65) y de Buenos Aires (1958-66). Miembro efectivo de la Academia Internacional de Historia de la Ciencia. Director del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (1959-64). Actualmente es presidente del Grupo Argentino de Historia de la ciencia y miembro directivo de la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia. Posee una copiosa bibliografía. LIBROS: Origen y naturaleza de la ciencia, Arquímedes, Historia de la ciencia argentina, Historia de la matemática, Qué es la ciencia, La ciencia en la Argentina, La ciencia del Renacimiento, Bibliografía de los infinitamente pequeños, etc.*

**D**ENTRO del panorama general que ofrece la evolución del pensamiento científico en la Argentina, el período 1880-1930 no fue sin duda de los más brillantes. Los factores políticos y económicos que provocaron la "crisis del 90" y la atmósfera social que surgió de esa crisis, repercutieron en el proceso científico del país, que experimenta un estancamiento en la marcha que había iniciado en forma promisorio después del 60, en especial durante las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, marcha que no mostrará signos visibles de progreso hasta la segunda década de este siglo. En la matemática, típica ciencia pura, ese fenómeno se advierte claramente. La creación o re-creación del Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, propuesta con certera visión por el rector Gutiérrez en 1865, había dado sus frutos. Gracias a la eficaz enseñanza de sus tres profesores: el matemático Bernardino Speluzzi (1835-1898), el ingeniero Emilio Rosetti (1839-1908) y el naturalista Pelegrino Strobel (1821-1895), a

quien pronto reemplazó Juan Ramorino (1840-1876), en 1869 egresa del Departamento el primer grupo de ingenieros argentinos, formado bajo una atmósfera impregnada de cierta "tonalidad científica", para utilizar una expresión de Besio Moreno, que sin duda constituyó uno de los factores del éxito con que ese grupo actuó en el desempeño profesional.

Ese éxito ha de haber influido en el ánimo de Gutiérrez alentándolo a persistir en uno de los propósitos que habían dado origen a la creación del Departamento: la de formar, no sólo profesionales, sino también "profesores", es decir, investigadores, a través de una orientación de "matemáticas puras" que hasta entonces no había contado con alumnos. Y en 1874, con un exceso de optimismo, Gutiérrez propone y logra el desdoblamiento del Departamento en dos Facultades: una "Facultad de Matemáticas" y una "Facultad de Ciencias Físico-Naturales". Pero tal desdoblamiento, para el que los tiempos no estaban maduros, no tuvo efecto alguno, y cuando en 1881 se nacionaliza la Universidad se vuelve a una sola institución, que se denomina Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas, para tomar diez años después el nombre de Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales que conservará más de 60 años.

No obstante, había que reconocer que la pretensión científica que revelaban los sucesivos nombres dados a esa casa de estudios, en lo que se refería a las ciencias físico-matemáticas, no iba más allá del nombre. Por lo demás, a espaldas del nombre oficial, tanto para los de adentro como para los de afuera, esa "Facultad de Ciencias" era, por antonomasia, la "Facultad de Ingeniería", y no deja de ser sintomático que así se la mencione en documentos oficiales y que alguna vez se deslice ese nombre en una resolución universitaria.

El doctorado en matemática o en ciencias físico-matemáticas que invariablemente figuró en sus planes de estudios, no era sino un apéndice de la carrera de ingeniería; y para doctorarse, el escaso número de alumnos que lo cursaban debía aprobar, además de las materias de ingeniería, unas cuantas asignaturas especiales: media docena a lo sumo, que se rendían en exámenes libres, pues sólo se dictaban en forma muy esporádica. En definitiva, la Universidad de Buenos Aires en el primer siglo de su vida (1821-1921) sólo otorgó ocho títulos de esa índole, de los cuales dos *honoris causa*.

Factores diversos influyeron en resultados tan magros. Si es explicable que las condiciones generales del país y las exigencias de la época hicieran fracasar los esfuerzos de ese numen tutelar de los estudios de las ciencias exactas que fue Gutiérrez, y que la "tonalidad científica" que pre-

## *Las ciencias exactas*

tendió imprimir a esos estudios no plasmara en colores firmes, a partir del 80 y hasta los primeros años de este siglo el fenómeno obedeció a otras causas. Por lo pronto, a partir del 85, cuando la casa comienza a ser dirigida por sus propios egresados, los estudios adquieren un carácter cada vez más técnico que, por supuesto, poco ayudaba a estimular vocaciones latentes o a despertar vocaciones científicas. A esta circunstancia cabe agregar los ataques que ciertos sectores profesionales dirigían a la orientación de esos estudios, criticando el exceso de materias científicas y calificándolos, en pos de una formación de "ingenieros prácticos", de estudios de ingeniería "sin ingeniería".

Por supuesto que el tema de la formación del ingeniero y del papel que en esa formación cabe a las ciencias básicas es un tema académico y, como tal, se había discutido en los claustros de Buenos Aires, pero en esta ocasión resonaban en las discusiones académicas ecos del cambio experimentado en la atmósfera cultural del país.

Recordemos que en el período que va del 60 al 80, cuando en el país actúan hombres como Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Gutiérrez, etc., los esfuerzos en el sentido de crear una atmósfera favorable a la cultura científica lograron notables resultados: Colegios Nacionales, Departamento de Ciencias Exactas, Museo de Buenos Aires, Observatorio de Córdoba, Academia Nacional (de la que se desprende en 1878 una Facultad de Ciencias análoga a la de Buenos Aires), Sociedad Científica Argentina, que constituyó un importante centro de actividades científicas; mientras hacen su aparición los primeros naturalistas argentinos: Moreno, Ameghino, y Holmberg.

Pero en la década del 80, y sobre todo después del 90, el país entra en una nueva era: es la era del progreso material y utilitario que relega a segundo plano, cuando no rechaza, toda actividad desinteresada. Y éste es el espíritu que reflejan aquellas discusiones académicas; espíritu que provocó en la ciencia pura cierto estancamiento y un estado de cosas en que las instituciones científicas vegetan y sus publicaciones merman.

Quizá sea conveniente agregar, para acentuar este estado de cosas, que tal estancamiento en las actividades de la ciencia pura contrasta sintomáticamente con el impulso que en la misma época experimentan instituciones y publicaciones técnicas. En efecto, es la época en que nace la Unión Industrial Argentina (1887) y adquieren gran incremento las obras de interés público: ferrocarriles, obras de saneamiento, puertos. Es la época en que se funda el Centro Nacional de Ingenieros (1895) y en la que el país cuenta con tres publicaciones periódicas de índole técnica: la

*Revista Técnica* que funda Enrique Chanourdie (1864-1961) en 1895 y que en sus 22 años largos de vida fue la tribuna en la que se debatieron los grandes problemas nacionales; *La Ingeniería*, órgano oficial del Centro de ingenieros que nace en 1897; y la *Revista Politécnica* (hoy *Ciencia y Técnica*) que funda en 1900 el centro estudiantil "La línea recta".

Sin duda, este contraste entre una ciencia pura estancada y en decadencia y una técnica en plena actividad y florecimiento, fue el síntoma revelador de la llamada "crisis del 90" en el campo del pensamiento científico.

Por supuesto que hubo alguna excepción que, como reza el proverbio, confirma la regla. Esa excepción, en el campo de la matemática, es la figura de Valentín Balbín (1851-1901).

Balbín fue el benjamín del primer grupo de ingenieros egresados del Departamento. Perfeccionó sus estudios en Europa donde residió varios años, regresando al país para iniciar una brillante carrera profesional, docente y científica que su muerte prematura, cierta dispersión de esfuerzos y, sobre todo, el ambiente poco favorable, no permitieron que produjera mayores frutos.

La labor matemática de Balbín fue notable para su tiempo: a través de cursos, conferencias, libros y traducciones, mostró estar al día esforzándose en introducir entre nosotros los conceptos y métodos de la matemática de su época. Pero hoy, a tres cuartos de siglo de distancia, se nos ocurre que uno de los esfuerzos más notables de Balbín, y uno de sus grandes méritos, fue la fundación y dirección durante tres años largos (1889-1892) de la *Revista de matemáticas elementales*, cronológicamente la primera revista matemática argentina.

La "Revista de Balbín", así se la llamó, fue un periódico quincenal que apareció con pasmosa regularidad, proponiéndose, a la manera de revistas extranjeras semejantes, contribuir a la difusión de la matemática, completar los conocimientos adquiridos en la enseñanza secundaria y estimular en la juventud la afición a la investigación matemática. En sus comienzos, además de colaboraciones extranjeras, en general traducciones, contó con alguna producción local de parte de profesores y estudiantes, pero a partir del tercer año esa producción local merma y, como signo de los tiempos, en los últimos momentos ya no aparecen sino apuntes de física y versiones extractadas de un tratado francés de física industrial, que se ocupan de transmisión del calor, conducción de gases, chimeneas...

Entre los colaboradores locales de la "Revista de Balbín" figura Jorge Duclout (1853-1928), de destacada y larga actuación en la Facul-

## ***Las ciencias exactas***

tad como profesor de teoría de la elasticidad, y una de las figuras de mayor relieve en el campo de las ciencias exactas de la Argentina finisecular. De origen alsaciano y formado en la escuela de Zurich, Duclout llegó a la Argentina en 1884 y a partir de 1890, a través de conferencias y de escritos, se esforzó por difundir conocimientos de la matemática de la época (por ejemplo, fue el introductor entre nosotros de las ideas de Klein y de Hilbert), ocupándose además de cuestiones vinculadas con la enseñanza de la matemática en los niveles secundario y universitario.

Otra figura matemática de este período finisecular es Claro C. Dassen (1873-1941) que se doctoró en 1901 y dedicó buena parte de su actividad científica a la matemática, ocupándose en especial de los fundamentos de esta ciencia, así como de la evolución de sus estudios en la Argentina. Por la índole de esta reseña nos interesa destacar su obra: *La Facultad de Matemáticas de Buenos Aires (1874-1880) y sus antecedentes (1939-1942)*, exhaustiva historia de aquella institución, de más de 1.200 páginas, que llenan dos tomos de los "Anales de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales", y cuyo antecedente puede verse en otro escrito de Dassen: *Las matemáticas en la Argentina (1924)*, que integra la colección de memorias editadas por la Sociedad Científica Argentina con motivo del cincuentenario de su fundación; escrito muy bien informado y documentado pero que, como diagnóstico de su tiempo, es un cabal himno al escepticismo.

Hasta ahora hemos hablado de la Facultad de Buenos Aires, único centro de actividad matemática durante el siglo pasado; a comienzos de este siglo asomarán dos nuevos centros: en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario y en la Universidad Nacional de La Plata, respectivamente.

Aunque el Instituto del Profesorado fue creado en 1905, su "Departamento de Matemáticas" no comenzó a funcionar hasta 1910, actuando como director y por pocos años un profesor alemán: el doctor Paul Franck, que también dictó cursos en la Universidad de La Plata. Por su parte, en esta Universidad, desde 1912 hasta 1928 tuvo a su cargo los cursos superiores de matemática Hugo Broggi (1880-1964), matemático italiano que, en su carácter de especialista en matemática actuarial, actuó también en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires.

Mas, no obstante la existencia de centros de estudios matemáticos y hasta de cultores individuales de la matemática, la importante etapa de la formación de matemáticos profesionales en la Argentina no se inicia hasta bien entrado este siglo, cuando una nueva tónica científica impregna la atmósfera cultural.

## LOS NUEVOS TIEMPOS Y REY PASTOR

Esta nueva tónica se puso de manifiesto a través de hechos, instituciones y figuras científicas en diversos campos, que inician una nueva y fecunda etapa en la evolución del pensamiento científico en la Argentina. Así, en el campo de la matemática se produce la feliz coincidencia de la nueva atmósfera con la actuación en Buenos Aires del matemático español Julio Rey Pastor (1888-1962), que llegó al país en 1917 invitado por la Institución Cultural Española.

Una consecuencia de la impresión que produjeron las conferencias y cursos dictados por Rey Pastor ese año y el siguiente, fue la gestión, iniciada por el Centro de estudiantes a pedido de un grupo de alumnos interesados en proseguir estudios matemáticos, para que se contratara a Rey Pastor con el objeto de organizar definitivamente esos estudios en la Facultad.

Esas gestiones tuvieron éxito y en 1921 Rey Pastor se radica definitivamente entre nosotros, iniciando una acción y una labor científicas tan valiosas y beneficiosas que puede considerarse que su arribo a la Argentina señala un momento importante en el desarrollo de los estudios matemáticos en el Plata, y el comienzo de una nueva etapa de los mismos.

Para ceñirnos al período de esta reseña, digamos que, gracias a los esfuerzos de Rey Pastor, a los pocos años de su llegada la matemática argentina ya hace su presencia en los torneos internacionales: en efecto, en las Actas del Congreso internacional de los matemáticos de 1928 figuran trabajos de tres jóvenes (entonces) argentinos, formados al lado de Rey Pastor.

En otros aspectos se manifiesta la actividad matemática desplegada en el país en las tres primeras décadas de este siglo. En 1914 la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de La Plata inicia la publicación de sus "Contribuciones al estudio de las ciencias físicomatemáticas" en las que comienzan a aparecer trabajos de matemática; un par de años después, un grupo de profesores de Buenos Aires trata de repetir el intento de Balbín de un cuarto de siglo antes, y durante dos años aparece bajo la dirección de Manuel Guitarte (1887-1949) una "Revista de matemáticas" que corre igual suerte que su predecesora. En los últimos números de esta Revista colabora asiduamente el licenciado, hoy doctor, Bernardo I. Baidaff (1888-1967) —de nacionalidad rumana—, llegado poco antes al país y

## ***Las ciencias exactas***

que en 1919 funda y dirige una "Revista de física y matemáticas elementales" que trata de extender su acción e influencia hasta las aulas secundarias; periódico que muere en 1923 cuando ya asoman las primeras instituciones matemáticas de carácter privado.

Recordando que ya en 1920 una llamada "Comisión de conferencias de matemáticas", en la cual algo tuvo que ver el que escribe estas líneas, había organizado en la Sociedad Científica Argentina una media docena de disertaciones sobre temas matemáticos, agreguemos que en 1923 nace el "Círculo matemático" del Instituto Nacional del Profesorado secundario, publicando desde entonces una serie de monografías matemáticas, y que en 1924 se funda la "Sociedad Matemática Argentina", que edita la "Revista Matemática", institución y revista que mueren en 1927. Pero éste es el último intento sin éxito duradero, pues en 1928 Baidaff vuelve a la carga e inicia la publicación del "Boletín matemático", aún existente, mientras que unos años después, en 1936, nace la actual "Unión Matemática Argentina" con su "Revista". Terminemos señalando que después del 30 en casi todas las ciudades universitarias del país se fundan instituciones y/o periódicos consagrados total o parcialmente a la matemática.

## **LOS ESTUDIOS ASTRONÓMICOS**

A la certera visión de gobernante de Sarmiento, al crear en 1869 el "Observatorio Astronómico Argentino" de Córdoba que inicia sus tareas dos años después, ha de agregarse un par de factores que contribuyeron decisivamente a su éxito. En primer lugar, las excepcionales condiciones científicas y laboriosidad de su primer director: el astrónomo estadounidense Benjamín A. Gould (1824-1896); y en segundo lugar la ubicación geográfica del Observatorio, que le permitió prestar una contribución decisiva en el conocimiento del cielo austral, poco explorado hasta entonces.

El resultado fue la importante *Uranometría argentina* que Gould publica en 1879 y los catálogos australes de 1884 y 1886. El sucesor de Gould desde 1885: su asistente Juan M. Thome (1843-1908), continuó en esa tarea publicándose bajo su dirección la monumental *Córdoba Durchmusterung (Zonas de exploración de Córdoba)*, catálogo con más de seiscientos mil estrellas, fruto de la colaboración del Observatorio en tareas internacionales.

A la muerte de Thome, en 1909 le sucedió en la dirección del Observatorio el astrónomo estadounidense Carlos D. Perrine (1867-1951), especialista en fotografía astronómica que a fin de mejorar las instalaciones del Observatorio, trató de dotarlo de un gran telescopio refractor, que en definitiva nunca se construyó, y de un gran telescopio reflector que se inauguró 30 años después de haber sido resuelta su construcción. En efecto, ese telescopio, que significó para el Observatorio de Córdoba el pasaje de su "período astronómico" al "período astrofísico", fue inaugurado en 1942 en la "Estación Astrofísica de Bosque Alegre" (Sierras Chicas), cuando desde 1937 el Observatorio estaba dirigido por Enrique Gaviola (n. 1900), que convirtió la institución en un verdadero centro científico.

Con el Observatorio de Córdoba se vinculan también los estudios meteorológicos, ya que la Oficina Meteorológica Nacional, creada en 1872, funcionó anexa al Observatorio y bajo la dirección desinteresada de Gould hasta 1884, separándose del Observatorio el año siguiente y trasladándose a Buenos Aires en 1901.

En cuanto al segundo, cronológicamente, de los grandes observatorios argentinos: el de La Plata, fundado en 1883, cabe decir que durante el siglo pasado y el primer decenio de éste su actividad científica fue escasa, debido a factores circunstanciales pero sobre todo a la crisis económica que redujo notablemente los recursos y el personal. Digamos de paso que si esa crisis no afectó mayormente a las tareas del Observatorio de Córdoba, fue debido a los compromisos internacionales que había contraído la Institución.

Al incorporarse el Observatorio de La Plata a la Universidad en 1905 las cosas no mejoraron mayormente, sobre todo en los primeros años, en vista de las dificultades que ocasionaba su dependencia de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas. A partir de 1910 la labor científica del Observatorio se acentúa; entre 1911 y 1915 asume la dirección el estadounidense William J. Hussey (1862-1926), director del Observatorio de Michigan, que en La Plata realizó interesantes observaciones de estrellas dobles e inició la colaboración en tareas internacionales; siguiéndole el astrónomo argentino Félix Aguilar (1884-1943) que dirigió el Observatorio hasta 1919 y más tarde nuevamente en 1934. Es en esta segunda dirección que Aguilar logró en 1936 la aprobación de una ley, por la cual se disponía la realización en el país de una empresa científica de gran envergadura: la medición de un arco de meridiano a lo largo de todo el país, empresa de la cual fue el director y animador hasta su muerte.



## **Las ciencias exactas**

A la salida de Aguilar siguió interinamente al frente del Observatorio el estadounidense Bernhard H. Dawson (1890-1960), astrónomo que había traído Hussey, hasta que en 1922 dirige el Observatorio el alemán Juan Hartmann (1865-1936) con el cual La Plata entra en el "período astrofísico". Por lo demás, desde 1920 el Observatorio se había separado de la Facultad organizándose como Instituto independiente.

Terminemos mencionando que también en 1920 se funda en Buenos Aires una próspera "Sociedad de Amigos de la Astronomía", que ha instalado un Observatorio y realiza una importante labor científica y de divulgación.

## **LOS ESTUDIOS FÍSICOS Y QUÍMICOS**

En la Argentina, los estudios físicos pasan de la etapa de la enseñanza a la etapa de la investigación en la primera década de este siglo. El primer signo del cambio lo ofrece en 1906 la creación del Instituto de Física de la Universidad de La Plata que, bien provisto e instalado científicamente, contó desde 1909 con la eficaz dirección del físico alemán Emil Hermann Bose (1874-1911), aunque lamentablemente por poco tiempo, siguiéndole otro notable físico: Richard Gans (1880-1954) que dirigió el Instituto hasta 1925 (y más tarde entre 1947 y 1951). Fruto de los esfuerzos de Bose y Gans es el primer grupo de físicos argentinos, entre los cuales cabe citar (para no mencionar sino a los fallecidos) Ramón G. Loyarte (1888-1944) sucesor de Gans en la dirección del Instituto en 1925, y Teófilo Isnardi (1890-1966), ambos de destacada actuación científica y docente en Buenos Aires y en La Plata.

En Buenos Aires la evolución hacia la investigación en el campo de la física fue más lenta y posterior a este período. Recordemos que entre 1909 y 1914 el licenciado francés Camilo Meyer (1854-1918) llegado al país en 1895, dictó en la Facultad de Ciencias un curso libre de física matemática y en la Sociedad Científica un ciclo de conferencias, parafraseando el conocido libro de L. Brunschwig: *Les étapes de la philosophie mathématique*, ante un escaso público, revelador de la indiferencia del ambiente de la época.

En cambio, en el norte del país surge otro centro de estudios físicos en 1925, al crearse el Instituto de Física de la Universidad de Tucumán bajo la dirección del físico alemán José Würschmidt (1886-1950).

En cuanto a los estudios químicos, en virtud de su propia índole y de las exigencias de la época, en casi todo este período ellos se manifestaron a través de sus aplicaciones a la farmacia y al análisis de los alimentos, de las aguas y de los minerales. Por lo demás es en esta época cuando actúan los pioneros de los estudios químicos entre nosotros: el español Miguel Puiggari (1827-1889) de ya larga actuación anterior; el argentino Pedro N. Arata (1849-1922) y el escocés Juan J. Jolly Kyle (1838-1922), químicos de relevantes condiciones científicas que ejercieron una notable influencia en los estudios de su especialidad.

Por otra parte, la importancia de esos estudios se puso de manifiesto a través de la creación de facultades o carreras universitarias especializadas: el doctorado en química en la Facultad de Ciencias de Buenos Aires (1896); la Facultad de Ciencias Químicas (más tarde de Química y Farmacia) en la Universidad de La Plata (1919); y la Facultad de Química Industrial y Agrícola (más tarde de Ingeniería Química) de la Universidad Nacional del Litoral (1920). Numerosos egresados de estas carreras y facultades tuvieron luego destacada actuación científica entre nosotros: mencionemos entre ellos únicamente a Enrique Herrero Ducloux (1877-1962), primer egresado del doctorado de Buenos Aires, y Horacio Damianovich (1883-1959), director y organizador, en 1929, del Instituto de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Facultad de Química del Litoral, primer instituto universitario sin función docente.

Por último, anotemos que en 1912 los químicos argentinos, en su doble aspecto: científico y profesional, se agruparon en una "Sociedad (hoy Asociación) Química Argentina", cuyos "Anales" aparecen desde el año siguiente.

Con la física y con la química se vincula el vasto campo de la técnica, cuyo desarrollo e importancia en este período ya señalamos; entre las instituciones privadas de carácter técnico que contribuyeron al progreso del país y que nacen en este período, citemos la "Asociación Argentina de Electrotécnicos" de 1913, que edita la "Revista Electrotécnica", y el "Círculo Argentino de Inventores" de 1922.

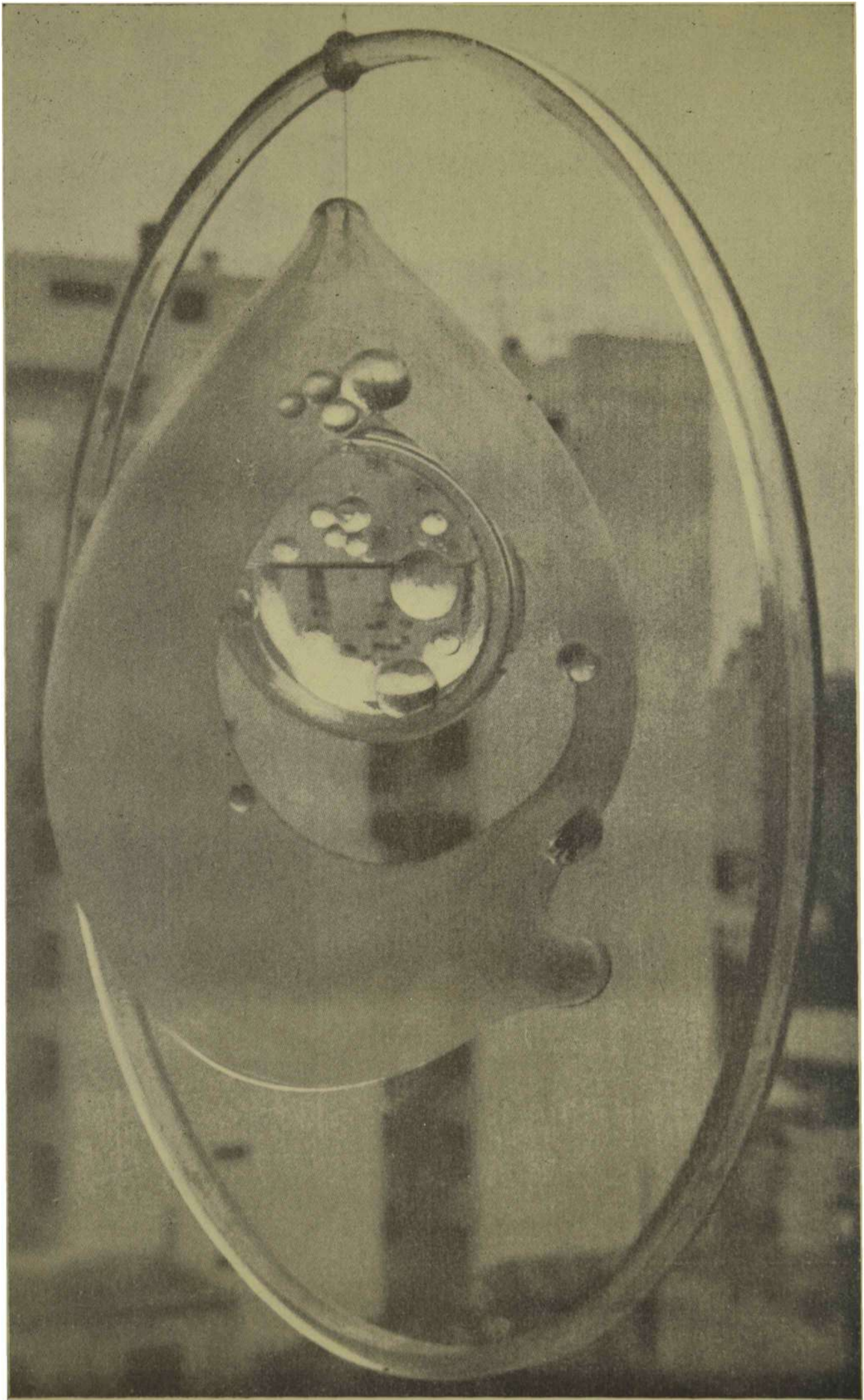
Terminemos recordando una interesante iniciativa de orden técnico y científico surgida en 1922 del seno de la Academia de Ciencias de Buenos Aires y que contó con el apoyo oficial: el estudio de la utilización de las mareas de la costa patagónica, realizándose al efecto trabajos en la Argentina y fuera de ella, llegándose a la conclusión, según el informe de 1929, de que esas mareas son utilizables.





José Martínez Ruiz, maestro de las letras hispanas universalmente conocido por Azorín, falleció en Madrid el 2 de marzo de 1967 a los 94 años de edad. "Revista de la Universidad" rinde homenaje al último representante de la generación del 98 — que él mismo bautizara así — con la publicación de esta fotografía inédita tomada en la propia casa del autor de "Los pueblos" y "Alma castellana", por C. Moneo Sanz.





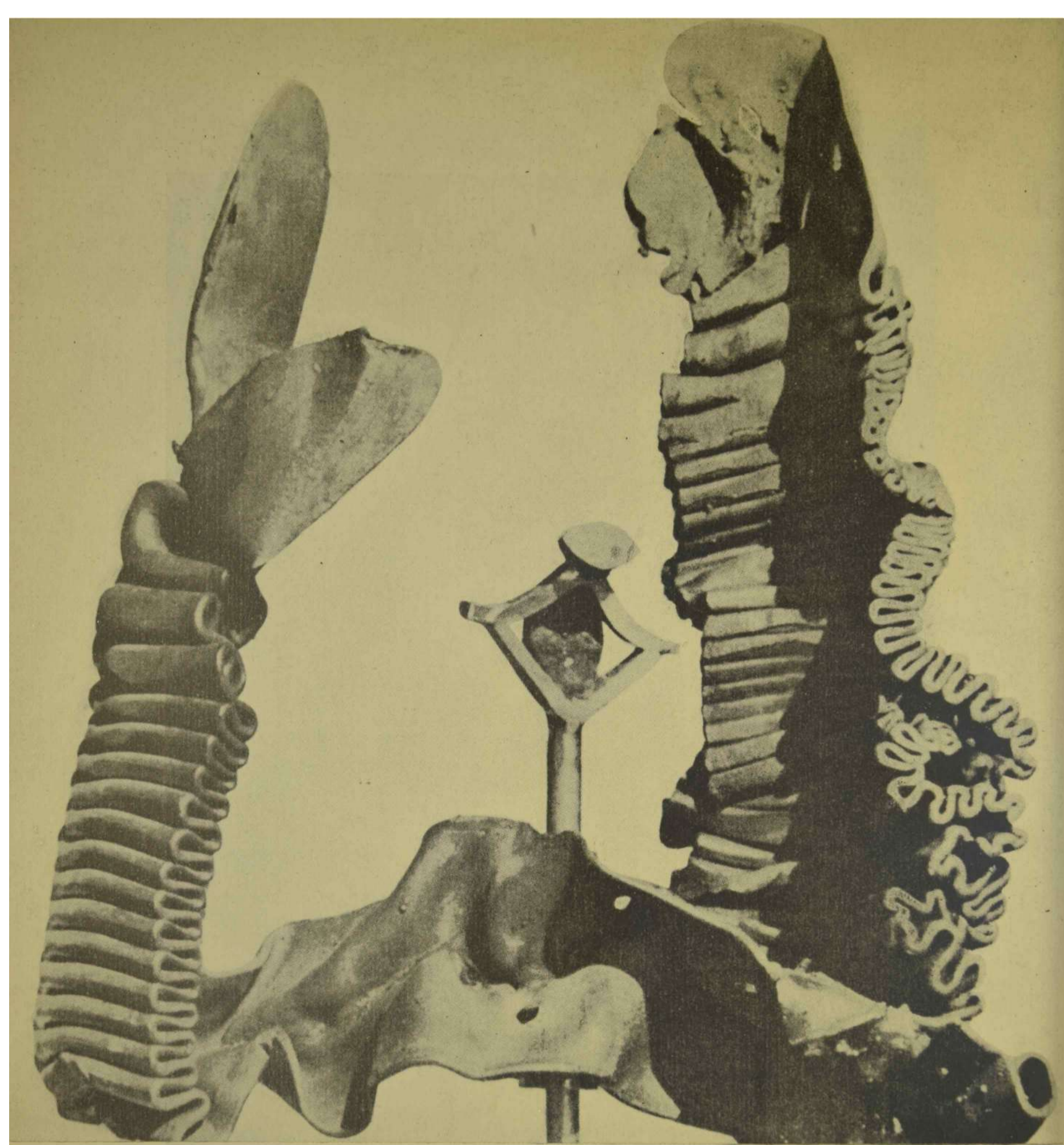
**"Deformación de la gota circunvalada", plexiglás, agua, diámetro cincuenta centímetros (1967), por GYULA KOSICE, argentino contemporáneo.**





**"La familia", piedra blanca de Córdoba (1962),  
por LIBERO BADIU, argentino contemporáneo.**





**"Una idea brillante replegaba su contorno", escultura en hierro (1967), por PEDRO SUÑER, artista argentino contemporáneo. Cursó estudios en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata.**

## Las ciencias biológicas

MAX BIRABÉN

*NACIDO EN BS. AIRES en 1893. Se doctoró en ciencias naturales, especialidad zoología, en la Universidad Nacional de La Plata en 1917. En 1919 ingresó en la docencia en la cátedra de embriología e histología normal de la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata, de la que fue titular desde 1930 a 1946. Fue profesor titular de zoología en la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata desde 1930 hasta 1946, año en que renunció. Volvió a la docencia en 1956, siendo designado decano-interventor de la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata. Actualmente es director del Museo Argentino de Ciencias Naturales, de Buenos Aires. Presidente de la Sociedad Entomológica Argentina y de la Sociedad Ornitológica Argentina. Es autor de numerosos trabajos sobre anfibios, microfauna de agua dulce y microarañas argentinas, entre otros temas de su especialidad.*

**N**O podríamos referirnos a las ciencias biológicas en el período de cincuenta años que finaliza en 1930, sin señalar previamente cuál era la situación existente en el país anterior a 1880, porque, precisamente, en esos pocos años las actuaciones de Domingo Faustino Sarmiento, primero como ministro de Bartolomé Mitre y después como Presidente de la República, crearon las condiciones propicias para que la Argentina abriera el camino de su desarrollo científico. Los pilares en que éste se asentó fueron la designación de Burmeister en 1862 como director del Museo Público de la provincia de Buenos Aires y la constitución de la Academia Nacional de Ciencias Exactas en Córdoba. La llegada al país en 1857 de un naturalista de los quilates de Germán Burmeister (1807-1892), permitió en poco tiempo que se organizara el Museo Público, creado muchos años antes, y que tendría ahora a su frente a uno de los hombres de ciencia más renombrados del mundo. A los tres años de actuación apareció, en gran formato, el primer volumen de los

“Anales”, y en el término de escasamente seis años otros dos, realizados prácticamente en su totalidad por Burmeister. Era algo inusitado para el país, dormido en lo que respecta a la investigación de las ciencias naturales.

En años anteriores, la valiosa obra de Francisco Javier Muñiz (1795-1871) había abierto el surco en que seguiría Burmeister. La investigación en el campo virgen de la paleontología absorbió al gran entomólogo en sus primeros años de residencia en el Plata. Tan excepcional era este notable hombre de ciencia, que fue poco menos que el único realizador de la obra escrita e ilustrada durante los treinta años de su actuación al frente del Museo Público de Buenos Aires —situado entonces en la calle Perú esquina Alsina—, más tarde Museo Nacional Argentino y hoy Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, que se levanta en el Parque Centenario, de la Capital Federal.

Sarmiento no se había equivocado en la elección y halló en él, al realizador de la obra que el país tanto necesitaba. Por ello, a los seis años de actuar al frente del Museo Público y llevado aquél a la primera magistratura, apeló a Burmeister para que encarase en base a sus ideas la renovación de la instrucción pública científica en este país y principalmente encarase la necesidad de reformar la Universidad Nacional de San Carlos, en Córdoba, agregándole una Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas, con el doble fin de formar maestros aptos para enseñar dichas ciencias en los colegios nacionales y reunir, en el centro principal de la enseñanza superior, un conjunto de sabios aptos para estudiar y dar a conocer las riquezas naturales del país.

Tardó en constituirse la Facultad de la Universidad de Córdoba. No fue tarea fácil conseguir profesores alemanes que dictaran sus asignaturas en castellano; el primero llegó en 1870 y los demás lo hicieron posteriormente. Burmeister fue designado director de la Academia de Ciencias Exactas de la Universidad de Córdoba, en el deseo de continuar aprovechando los importantes servicios gratuitos que prestaba a la Nación el infatigable director del Museo Público de Buenos Aires.

Las designaciones de los primeros profesores recayeron en los doctores Max Siewert, para la cátedra de Química y Botánica; P. G. Lorentz, Weyrnbergh, para Zoología; Carlos S. Sellack, para Física; Cristian A. Vogler para Geodesia e Hidrotécnica; Alfredo Stelzner para Mineralogía y Geología y Adolfo Doering como director sustituto de Burmeister. Motivos diversos significaron el alejamiento de la mayoría de ellos y en reemplazo de los mismos fueron designados, Jorge Hieronymus en Botánica, Oscar Doering, Ludovico Brackebusch, G. Bodenbender y Hermann



## ***Las ciencias biológicas***

V. Ihering, quien después de ser designado optó por quedar en San Pablo (Brasil), donde fue personalidad de primera línea en zoología sudamericana. Academia y Facultad de Ciencias Exactas (1873-1878), y Academia Nacional de Ciencias, se llamó posteriormente ese organismo dependiente del gobierno nacional.

Con fecha junio de 1874, una vez reconstituido el cuerpo docente de la Academia Nacional de Ciencias, eleva Burmeister su renuncia a Sarmiento, para dedicar todo su tiempo únicamente al Museo Público de Buenos Aires manifestando que no podrá seguir ayudando a sus colegas venidos a este país invitados por él, y que espera seguirán el camino que les abriera e imitarán el ejemplo que les diera de trabajo perpetuo, sin intereses personales por el progreso científico de la Argentina y para dejar recuerdo honroso de la nación alemana en que nacieron.

Dos publicaciones caracterizaron a esa Academia, las *Actas*, publicación a gran formato que apareció esporádicamente y, con mayor regularidad, el *Boletín*. Después de un período de gran florecimiento, de 1874 a 1879 siguió una etapa de decadencia, de 1890 a 1914, fecha en que surgió en plena prosperidad hasta 1930.

En 1875 la Academia se incorporó a la Universidad de Córdoba como Facultad y los profesores de la misma formaron parte del claustro universitario. En el año 1878 volvió a recuperar la autonomía como Academia de Ciencias y el cuerpo docente quedó en la Universidad como Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas. En ese ambiente trabajaron Pablo Lorents, Jorge Hieronymus, H. Weywnbergh, Alfredo Stelzner, Adolfo y Oscar Doering, Federico Kurtz, Luis Brackebusch, Guillermo Bodenbender, Federico Schickendanz, etc., los cuales orientaron la investigación de la fauna, la flora, la minería y la geología del país.

El tercer acontecimiento y de muy grande importancia en el desarrollo de las ciencias biológicas en la República Argentina lo constituyó la creación del Museo de La Plata. Una vez federalizada la Capital Federal las autoridades de la provincia de Buenos Aires se trasladaron a la nueva capital, La Plata.

Contando con la base de las colecciones privadas de Francisco P. Moreno, que fueron donadas por el mismo en 1877, en mayo de ese año el ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires D. Vicente G. Quesada, en mensaje dirigido a las Honorables Cámaras Legislativas, decía: "Si el tesoro público lo permitiese, os propondría la creación de un Museo de antigüedades americanas para guardar en él las curiosidades arqueológicas y antropológicas que se descubran en nuestros territorios

todavía inexplorados, vestigios de un pasado perdido y cuyas reliquias clasificadas científicamente, servirían para la solución de complicados problemas. Hago votos para que esta institución pueda crearse, cuya base podría ser el Museo formado por el señor Francisco P. Moreno. Lo que ha hecho el interés individual a favor de la ciencia, podría hacerlo con más amplitud la autoridad”.

La ley, promulgada el 17 de octubre de 1877 en Buenos Aires, aceptó la donación de D. Francisco P. Moreno, y éste fue designado Director del Museo Antropológico y Arqueológico de la provincia de Buenos Aires. Transcurrieron varios años y por decreto de 19 de septiembre de 1884, la Biblioteca y el Museo Público de la Provincia, dirigido éste por Burmeister, fueron transferidos al gobierno de la Nación. La provincia de Buenos Aires, sin pérdida de tiempo, empezó a formar los establecimientos que habrían de reemplazar a los cedidos.

El 19 de noviembre de 1882 tiene lugar la fundación de La Plata e inmediatamente el gobernador D. Carlos d'Amico le encargó a Francisco P. Moreno, proyectase, en mayo de 1884, un Museo para reemplazar en el más corto espacio de tiempo el Museo Público de Buenos Aires, pasado a depender del gobierno nacional en local cedido por la Universidad.

Moreno procedió a trasladar su propio Museo Antropológico y Arqueológico a la flamante capital de la Provincia, aún sin caminos adecuados, empleando para ello los rudimentarios carros de entonces, pero movido por un entusiasmo excepcional y una férrea voluntad. Escribía: “He sido tratado de megalómano porque he pensado dotar a mi provincia natal de un gran Museo dedicando mi vida a conseguirlo. Es cierto que he pensado grande y que lo que he publicado sobre ello puede entrar, o más bien entra como una institución ideal, pero quien conozca la rápida marcha adelante de este país y las sorpresas que sus mismos hijos hemos experimentado al notar sus grandes progresos, en los que muchas veces hemos sido actores inconscientes, debiéndolos en mucha parte a los favorabilísimos medios físicos en que nos desenvolvemos, no se sorprenderá de la tentativa mía, y aún más, puede que la considere realizable como yo lo creo”. Y luego añade: “Alguna razón había sin embargo para considerar demasiado vasto este plan cuando sólo se conocía aquí el Museo Público de Buenos Aires, inmensa acumulación de riquezas reunidas en un reducido edificio, donde por la escasez del local, se encuentra la faja ensangrentada del general Lavalle al lado de una magnífica mandíbula de mastodonte y donde se refleja el esqueleto de un Scelidoterio en el cristal que

## ***Las ciencias biológicas***

cubre los restos de una momia egipcia cargada de geroglíficos; museo en el que su sabio director recién empieza a ver reconocido su continuo sacrificio, (por que lo es y grande el tener que presenciar tal promiscuidad de elementos sin poder poner remedio) con la entrega de las varias salas de la antigua Universidad que se le ha hecho últimamente como principio de un gran ensanche que permita el arreglo conveniente de tantas y tan valiosas colecciones, relegadas a los depósitos por falta de local adecuado. Pienso que no he perdido el tiempo y que el Museo de La Plata puede considerarse como ya nacido. Lo que necesita ahora es darle fuerza para crecer. Los elementos para conseguirlas empiezan a reunirse y si la labor actual continúa del mismo modo como hasta el presente, progresando en la misma proporción con los mayores recursos con que se le ha de dotar pronto, espero poder decir en breve tiempo que el primitivo plan se ha realizado y que Sud América cuenta con algo que se aproximará en cierta manera a la gran institución Smithsoniana del Norte". Y agrega, que la situación geográfica de la República Argentina nos facilita la tarea. Las condiciones de su extenso suelo que contiene casi todas las formaciones geonósticas conocidas, favorece la reunión de materiales paleontológicos de un valor científico verdaderamente grandioso, y harán que el establecimiento que se consagre a reunirlos, sea un centro indispensable de investigación. Añade además, que toda persona que se dedique a escudriñar el pasado austral forzosamente deberá examinar sus colecciones y los que inquieren la vida humana pre-colombiana harán igual cosa. Sin el conocimiento paleontológico y antropológico de lo que es hoy la República Argentina, no es posible trazar, ni siquiera a grandes rasgos, el pasado de América porque esto solo puede hacerse examinando las riquezas acumuladas en el Museo Público de Buenos Aires (hoy Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia) y en el de La Plata.

Fundado el Museo de La Plata en septiembre de 1884, fue tarea de pocos años construir su magnífico edificio, dotarlo de vitrinas y de riquísimas colecciones, donadas por el propio fundador y reunidas por él mismo y por los primeros colaboradores, y por cierto en una época en que no era fácil viajar en el país, sin medios de comunicación porque el mismo no era conocido suficientemente y el problema del indio en esa época significaba un riesgo indudable.

El mismo Moreno conocía mejor que nadie la Patagonia desde su famoso viaje de 1877, cuando descubrió el Lago Argentino, en Santa Cruz, y en nuevos viajes personales o expediciones realizadas con la colaboración de Santiago Pozzi, Clemente Onelli, Juan Iovich, Francisco Larumbe, Carlos Ameghino, Antonio Steinfeld y Eduardo Botello.

Nuevas exploraciones en la provincia de Buenos Aires dotaron al Museo de La Plata de colecciones inestimables de paleontología que se enviaron por carro, —no había otra forma de hacerlo— la campaña del desierto fue posterior, no era cosa simple, aún viajar, por la provincia de Buenos Aires. Hubo además donaciones importantes como la de Estanislao S. Zeballos que comprendió todas las piezas que formaban su rica colección antropológica particular, considerada como la más valiosa que hubiera recibido el Museo de La Plata en los seis años transcurridos desde su fundación. Dice Moreno: “El decreto de fundación del Museo de La Plata lleva fecha de septiembre de 1884, como se ha dicho, y desde esa fecha transcurrieron cinco años para que el edificio estuviera terminado en su interior y he instalado en él nuestras principales colecciones. Para obtener este resultado he trabajado incesantemente dedicándole todo mi tiempo y mis fuerzas sin titubear ante tarea tan ardua como lo es la de reemplazar el Museo de Buenos Aires, y debo declararlo, no lo hubiera llevado a cabo como creo haberlo conseguido sin la eficaz colaboración de los poderes públicos y la labor inteligente y entusiasta, salvo desgraciadas excepciones, del reducidísimo personal que he tenido a mis órdenes, el que con mucha generalidad ha duplicado diariamente el horario que rige en la administración de la Provincia.”

El largo conocimiento de Francisco P. Moreno, que actuara como perito argentino en la cuestión de límites con Chile, le permitió reunir una colección fabulosa, particularmente de mamíferos fósiles, que significaron para el nuevo Museo disponer ya desde su iniciación del más preciado tesoro. La extraordinaria actividad desarrollada por el escaso personal de taxidermistas, osteoarmadores, preparadores, permitió con inusitada celeridad, dar cima al más extraordinario museo, tanto, que en pocos años más fue conceptuado uno de los más importantes del mundo.

Para comprender bien el valor del esfuerzo cumplido, en esos escasos cinco años en que se construyeron los cimientos y sus tres plantas monumentales y hermosas, se instalaron las vitrinas de madera que hubieron de traerse de Europa, que en poco tiempo más se vieron llenas por millares de piezas llegadas por pésimos caminos, venciendo distancias de centenares de kilómetros y sorteando los peligros habituales de la época.

La visión de Moreno fue tan extraordinaria, que al mismo tiempo que se planeaba, se coleccionaba y se organizaba todo lo que compete a un museo de historia natural y no se olvidó la parte de impresión por cuanto en 1890, apareció el primer tomo de la revista, realizado totalmente en los propios talleres del Museo, donde se imprime también la parte ilustrada.

## ***Las ciencias biológicas***

A pasos agigantados el gran museo estaba en camino. Desde años antes, se hicieron venir los investigadores europeos que bien pronto elaboraron sus trabajos, tanto, que en el tomo primero aparecen trabajos de Alcides Mercerat, encargado de la Sección Paleontología, que estudia material patagónico obtenido por Francisco P. Moreno y Carlos Ameghino. En el mismo tomo aparecen trabajos de Félix Lynch Arribalzaga, Samuel Lafone Quevedo. En años sucesivos, contando el Museo de La Plata con los especialistas que se hicieron venir de Europa, la producción científica fue acrecentándose; trabajaron también para el Museo investigadores que habían venido al país para actuar en problemas vinculados a la cuestión de límites con Chile: Fernando Lahille, Carlos Spegazzini, Carlos Bruch, Julio Koslovski, Santiago Roth, Roberto Lehmann-Nitsche.

Al constituirse la Universidad Nacional de La Plata, fueron sus puntales los dos grandes institutos provinciales: el Museo y el Observatorio Astronómico. Más de quince años había durado el esfuerzo de Francisco P. Moreno, pero el progreso del país tuvo sus exigencias ya que dos universidades nacionales no eran suficientes para satisfacer la necesidad de estudios superiores. El Museo tuvo que transformar sus secciones para que se pudieran impartir las enseñanzas respectivas y se constituyeron en el mismo las Escuelas de Ciencias Naturales, de Ciencias Químicas (en la que se cursaba Farmacia) y la Escuela de Dibujo. Los profesores fueron algunos de los que habían actuado en el instituto provincial, como los doctores Carlos Bruch y D. Santiago Roth y los nuevos, el doctor Miguel Fernández y el farmacéutico Augusto Scala, que enseñaba botánica.

Primer director en la naciente época universitaria es designado Samuel Lafone Quevedo, lingüista y arqueólogo, que había actuado desde los primeros tiempos del Museo provincial. Le sucedió en 1920 el doctor Luis María Torres, arqueólogo y etnógrafo, que quedó al frente del Instituto hasta 1932 en que fue designado director el doctor Joaquín Frenguelli, investigador múltiple, botánico, zoólogo y geólogo, cuyos estudios sobre diatomeas le dieron justo renombre. El doctor Frenguelli quedó en la dirección hasta algunos años después de 1930.

El Instituto del Museo de La Plata quedó transformado en Facultad de Ciencias Naturales, exclusivamente, al constituirse la Facultad de Ciencias Químicas y al pasar a Bellas Artes la primitiva Escuela de Dibujo, que funcionó como dependencia de la Escuela de Ciencias Geográficas. Evidentemente el gran número de estudiantes que se inscribieron en el doctorado en Ciencias Naturales, incidieron en el Museo en su condición específica.

En lo que respecta a la enseñanza, jugó un papel trascendental, desde la primera hora, la influencia del doctor Miguel Fernández, joven investigador que se incorporó al Museo de La Plata en 1906, precisamente al nacionalizarse la universidad local.

Fernández se había formado en los centros más importantes de Europa, especialmente en Alemania y en Suiza, en cuya Universidad de Zurich había seguido las enseñanzas de un maestro extraordinario como Arnold Lang, quien, consultado en 1905, respondía que consideraba a Fernández como la persona indicada desde todo punto de vista para desempeñar el cargo de zoólogo; que había sido uno de sus mejores alumnos, si no el mejor, y que había realizado una tesis muy superior, publicada en una de las revistas alemanas más nombradas, y destacaba que había obtenido su título con la clasificación de sobresaliente, lo que en Zurich raramente acontece. De él dijo: "Es muy inteligente y una cabeza superior". Esta fue la presentación del que juzgo el profesor de zoología más extraordinario que ha tenido nuestro país. Fernández sostenía que era imposible ser investigador de las ciencias naturales sin la especialización, y logró imponer su punto de vista de modo que en el doctorado en Ciencias Naturales había que hacer los cursos correspondientes a zoología, botánica, geología y antropología.

No existía paralelo alguno de la enseñanza de la zoología que impartía el insigne maestro, con el de las otras especialidades. Por ello no era raro que a sus clases superiores concurrieran los que fueron después destacados profesores universitarios de diversas especialidades, como Lorenzo Parodi, Vicente y Carlos Ruiz, Herberto Prieto Díaz, María Isabel Hylton Scott, Ernestina Langmann, Albina Bonjour, etc. Defendiendo su convicción sobre la necesidad de la especialización en carreras como las ciencias naturales, dejó sus cátedras de zoología y de anatomía comparada de la Universidad de La Plata, donde actuara brillantemente durante casi 20 años, y se trasladó a la Universidad de Córdoba, en la cual se había creado un clima que colmaba sus aspiraciones y, por 17 años más, continuó impartiendo enseñanza este sabio profesor, prácticamente hasta el momento de su muerte ocurrida en 1950.

Para dar una idea de la calidad de Fernández, quiero destacar los cursos que seguimos los que fuimos sus alumnos entre 1911 y 1916: zoología general, anatomía comparada, embriología de vertebrados, invertebrados, biometría, genética y evolución; además, dos años de trabajos prácticos en zoología, con concurrencia diaria al laboratorio y la tesis dos años bajo la dirección permanente del excepcional profesor. Quiero

## ***Las ciencias biológicas***

destacar con esto lo que se hacía hace más de 50 años en la enseñanza de la zoología en el Museo de La Plata; evidentemente, después de eso, hemos ido hacia atrás. Agreguemos, en unas pocas líneas, al recordar al eximio maestro, la trascendencia de su obra impar: descubrimiento de la poliembrionía específica en los mamíferos; origen mesodérmico del aparato vascular de los vertebrados; origen del pelo y de las placas dérmicas en los desdentados, entre otras importantes investigaciones.

### **EL "PERIÓDICO ZOOLOGICO"**

Muy ligado al *Boletín* de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba aparece en 1874 el *Periódico Zoológico*, con el subtítulo de Órgano de la Sociedad Entomológica Argentina, modificado al año siguiente por Órgano de la Sociedad Zoológica Argentina. Era la primera publicación de ese carácter que se publicaba en nuestra República. El primer tomo es puesto bajo la advocación de Sarmiento: "A son Excellence M. le docteur "D. F. Sarmiento, president de la Republique Argentine, le promoteur "zélé de la civilisation et des Sciences. Le premier tome de ses Archives "Zoologiques lui est dédié avec la plus haute consideration de la Societé "Entomologique Argentine. Mai 1874."

Su promotor es el doctor H. Weyenbergh y una comisión que él preside, formada por D. H. Oldendorff, Dr. Adolfo Doering y D. M. Argüello, y una comisión honoraria por el Dr. R. H. Philippi, de Santiago de Chile; Prof. Dr. L. J. R. Agassiz, de New Cambridge; Dr. Carlos Darwin, de Londres y E. Oldendorff, jefe del Departamento Nacional de Agricultura y como miembros activos, entre otros, los doctores Guillermo Rawson y Dr. Eduardo Ladislao Holmberg. Aparecen artículos en su mayoría de H. Weyenbergh, de diversa índole particularmente entomológicos; de Adolfo Doering sobre moluscos; de Eduardo L. Holmberg sobre arácnidos.

### **SOCIEDAD ARGENTINA DE HORTICULTURA**

En 14 de enero de 1877 se fundó en la ciudad de Buenos Aires la Sociedad Argentina de Horticultura, encargada de velar por los intereses generales de la horticultura y de estudiar la flora argentina en sus aplicaciones en la medicina y en la economía. En 1879 inició la publicación de sus "Anales" y su primera comisión directiva estuvo presidida por el general Julio de Vedia y por el doctor Carlos Berg.

## SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA

El 28 de julio de 1872 se constituyó la Sociedad Científica Argentina por la acción de un grupo de estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, encabezados por Estanislao Severo Zeballos (1854-1923), reunidos en el Colegio Nacional y fue designado su presidente el ingeniero Luis H. Huergo. Los fines que perseguía la entidad fueron establecidos por Estanislao S. Zeballos en sus Estatutos: 1) Fomentar el estudio de las ciencias matemáticas, físicas y naturales, con su aplicación a las artes, a la industria y a las necesidades del país. 2) Estudiar las publicaciones, inventos o mejoras científicas y en especial las que tengan una aplicación práctica en el país. 3) Reunir con este objeto a los ingenieros argentinos y extranjeros, a los estudiantes de Ciencias Exactas y a las demás personas cuya ilustración científica responda a los fines de la corporación.

De acuerdo con esos objetivos la casi centenaria Sociedad Científica Argentina ha realizado una meritísima labor en el campo de las Ciencias Naturales, ya que las primeras figuras científicas actúan en ella desde la primera hora. Baste citar los nombres de Germán Burmeister, Carlos Berg, Florentino Ameghino, Angel Gallardo, Eduardo L. Holmberg, los Lynch Arribálzaga, Francisco P. Moreno, Cristóbal M. Hicken, Carlos Spegazzini, Juan B. Ambrosètti, Martín Doello-Jurado, sólo para citar unos pocos. Los *Anales* son un real testimonio de lo que aquí brevemente se enuncia.

## SOCIEDAD ARGENTINA DE CIENCIAS NATURALES

La Sociedad Argentina de Ciencias Naturales se constituye como Sociedad *Physis* el 1º de julio de 1911 y sus bases son aprobadas el 10 de agosto del mismo año, con la presidencia del Dr. José María de la Rúa y la secretaría general de Marina Doello-Jurado, que funciona en el laboratorio de zoología de la Facultad de Ciencias Naturales, en Perú 222. Con fecha 30 de abril de 1912 aparece el primer número del "Boletín de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales", bajo la dirección del presidente de la Rúa, el segundo tres meses después y al finalizar el año 1912, el tercero.

Se completa el primer volumen con más de 600 páginas, en ocho partes, hasta el año 1915, con artículos de Angel Gallardo, Eduardo L. Holmberg, Carlos Marelli, Cristóbal M. Hicken, J. M. de la Rúa, Juana G. de Dickmann, Juan Brethes, Horacio Damianovich, Carlos Lizer, Carlos Bruch, Martín Doello-Jurado, Guido Bonarelli, Pedro Serié, etc. Es decir que la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales llegaba con su



## ***Las ciencias biológicas***

revista *Physis* a llenar un vacío para los jóvenes investigadores argentinos. En cambio las publicaciones del Museo Público de Buenos Aires, las del Museo de La Plata y de la Academia de Córdoba, recibían sobre todo el aporte de excelentes investigadores extranjeros, y habían abierto el surco que tan grandes frutos daría pocos años después.

En 1916 se realizó la Primera Reunión Nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, en la ciudad de Tucumán. Fue su presidente el doctor Angel Gallardo y el Secretario Martín Doello-Jurado. Sus secciones fueron: Geología, Geografía y Geofísica: Ing. Enrique Hermitte; Paleontología, D. Carlos Ameghino; Botánica, Cristóbal M. Hicken; Zoología, Dr. Eduardo L. Holmberg; Biología General, Anatomía y Fisiología, Prof. Juan Nielsen; Antropología, Juan B. Ambrosetti; Ciencias Físico-Químicas, Enrique Herrero Ducloux.

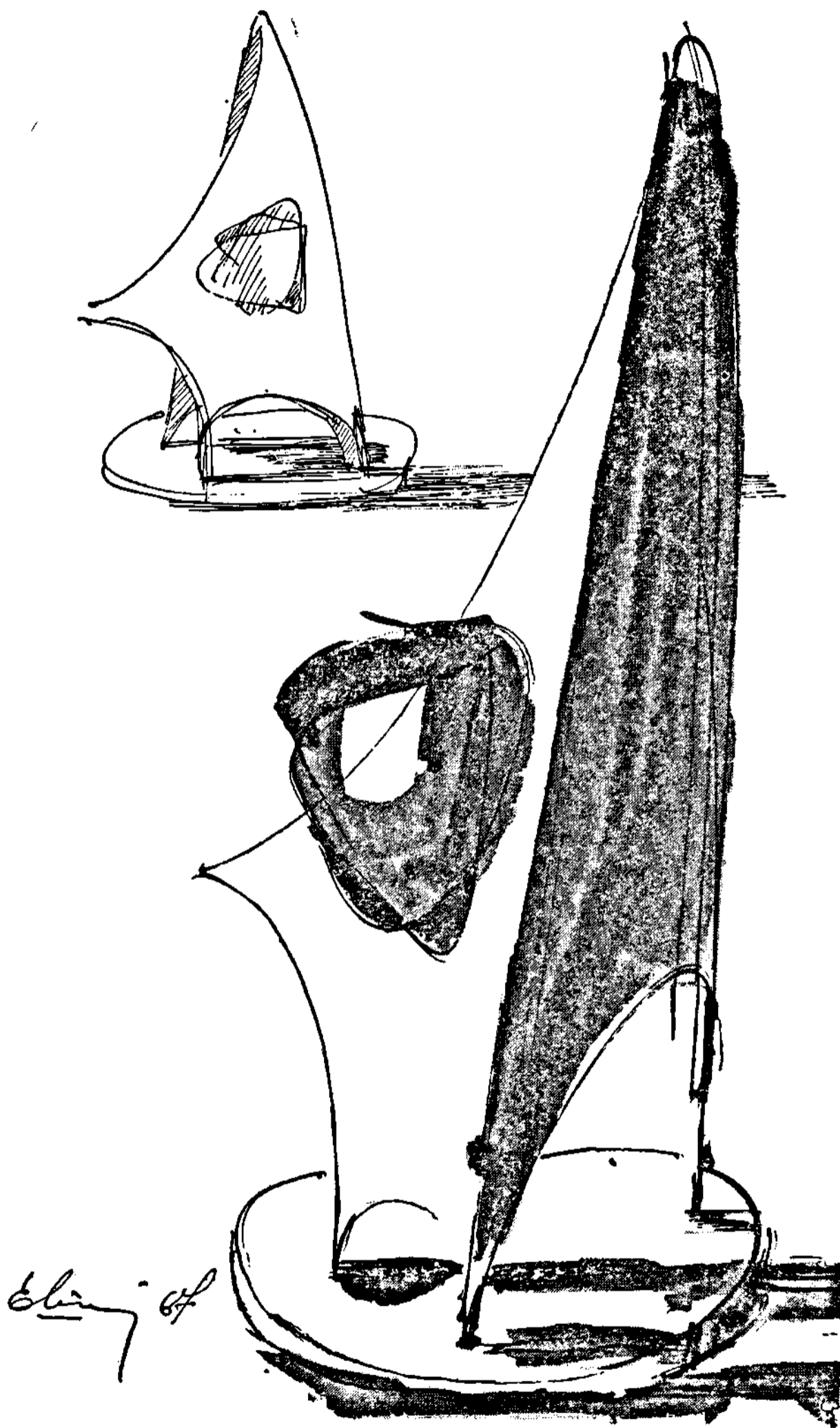
La Sociedad que había nacido cuando poco estímulo existía en el país para el cultivo de las ciencias naturales por argentinos, se acreditó extraordinariamente por la acción tesonera de Angel Gallardo, Florentino Ameghino, Eduardo L. Holmberg, Cristóbal M. Hicken, para citar sólo los que deben figurar en primera línea. Sus presidentes hasta 1930 fueron: José María de la Rúa, Martín Doello-Jurado, Franco Pastore, Angel Bianchi Lischetti, Juan José Nájera, Carlos Lizer, Milcíades Alejo Vignati, José F. Molfino, Lorenzo Parodi, Lucas Kraglievich, Angel Cabrera.

### **SOCIEDAD ORNITOLÓGICA DEL PLATA**

La Sociedad Ornitológica del Plata fue constituida el 28 de julio de 1916 por un pequeño grupo de ornitólogos reunidos en el Museo, por iniciativa de Angel Gallardo y con sede en el Museo Argentino de Ciencias Naturales. Su revista se llama *El Hornero* y apareció regularmente hasta el año 1930. Su primer presidente fue el ornitólogo Dr. Roberto Dabbene, que dirigía, asimismo, *El Hornero*, y sus presidentes, sucesivamente, Martín Doello-Jurado, Pedro Serié y Jorge Casares.

### **SOCIEDAD ENTOMOLÓGICA ARGENTINA**

La Sociedad Entomológica Argentina fue fundada el 4 de septiembre de 1925, siendo su primer presidente el Dr. E. D. Dallas. Los propósitos de su creación son el estudio sistemático, biológico, económico y aplicado de los insectos en general de la República Argentina. El 30 de junio de 1926 aparece su Revista. En 1927 es elegido presidente don Alberto Breyer, que por muchos años dirigió la institución.



Boceto para escultura (madera y aluminio pulido, 1967), dibujo en tinta china,  
por RUBÉN ELÓSEGUI.

## La filosofía: positivismo/antipositivismo

L U I S F A R R E

*EN LA UNIVERSIDAD Nacional de Córdoba se graduó de doctor en filosofía. Desde 1947 hasta 1957 fue profesor de estética y de historia de la filosofía antigua en la Universidad Nacional de Tucumán. En 1957 obtuvo por concurso las cátedras de filosofía antigua y filosofía medieval en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. En la misma casa de estudios es también, desde 1960, profesor de antropología filosófica con dedicación exclusiva. LIBROS: Estética, Cincuenta años de filosofía en la Argentina, Teoría de los valores y filosofía antigua, Categoría estética y antropología filosófica, entre otros. Publica asiduamente en varias revistas filosóficas y culturales del país y del extranjero. Colaborador del diario "La Nación", de Buenos Aires. Ha dictado numerosas conferencias sobre temas de su especialidad en la Capital Federal y en ciudades del interior.*

**L**A evolución cultural, en cualesquiera de sus aspectos, es casi siempre progresiva, con rapidez mayor o menor, de acuerdo con las circunstancias. Un cambio total, incluso en las revoluciones más enérgicas y mejor programadas, sólo en apariencia destruye lo tradicional, por estar profundamente arraigado, modificará las novedades y las constreñirá a que no le sean totalmente adversas. Es una norma que advertimos especialmente en la zona de las ideas y de los valores. El filosofar de un pueblo, naturalmente, no puede ser una excepción. Entiendo por este tipo de filosofar una concepción del universo y del hombre preferida por los más destacados pensadores en una época determinada. Me referiré en este artículo al positivismo argentino y a las consiguientes réplicas, ocasionales o sistemáticas, a que dio lugar. Ocurre dentro de los años, no demasiado precisos, de 1880 a 1930. Es un período en que prevalecen doctrinas emparentadas con los diversos sistemas de positivismo europeo, ya por entonces en decadencia, simultáneamente con preferencias

que son un desvío o notable modificación de aquél. A veces el afán de clasificación o la ausencia de un adecuado conocimiento de las doctrinas ha inducido a que cataloguen a los últimos como reacción antipositivista. Confieso que no está totalmente exenta de esta falla la apreciación que, años atrás, yo mismo hiciera de la filosofía argentina <sup>1</sup>.

Una abierta reacción antipositivista, de hecho extemporánea, sólo tuvo lugar ya muy entrado el siglo xx, cuando en algunos sectores las simpatías por una filosofía basada en la experiencia y en la ciencia se habían diluido en doctrinas que defienden fervorosamente la metafísica y la espiritualidad. Y este tipo de reacción, agregaré, no responde a la necesidad de combatir ideas que ya prevalecían, sino a exigencias intrínsecas de una modalidad filosófica, el escolasticismo, que vigila y rechaza cualquier sistema, no sólo el positivismo, simpatizante con opiniones adversas a una metafísica que fundamente una trascendencia auténtica.

El positivismo en nuestro país, cumplida su misión cultural, que sería muy injusto desconocer, iba perdiendo rigidez, incluso en adictos como Carlos Octavio Bunge (1875-1918) y José Ingenieros (1877-1925). Pero no advertimos, sino sólo en expresión, en frase irónica, por ejemplo en Coriolano Alberini, un conjunto ideológico que lo combata seriamente. Tan extensa y profundamente se había difundido por el país que de hecho nadie, a no ser un advenedizo extraño del todo a su cultura, podía desatenderlo. Fue realidad argentina en el más amplio sentido; político, educacional, jurídico, literario y hasta ambiental y costumbrista. Para explicar una presencia tan envolvente que, por otro lado, no fue privilegio de la Argentina, sino que, tal vez en menor medida, tuvo lugar en otras naciones americanas, reconozcamos que expresó precisamente lo que requería el momento histórico que se estaba viviendo.

La Argentina, durante el siglo xix, despertaba del sueño colonial. Había llegado el momento de atender a su estructura histórica concreta. No estaba gobernada por extraños y experimentaba el regocijo de valorizar o, por lo menos, de depurar ideas, sistemas, métodos de vida y hasta apreciaciones científicas y culturales que nunca asimilara totalmente. El positivismo constreñía a lo presente, a las exigencias de lo que ahora es y acontece, apagadas las ensoñaciones metafísicas. Que a veces fue extremado, no dejaré de reconocerlo; pero era un extremo que replicaba al otro extremo

<sup>1</sup> Me refiero principalmente a mi libro, *Cincuenta años de Filosofía en Argentina*, Ediciones Peuser, 1958, Capítulos III, IV y V. También a los ensayos, "Diez años de filosofía argentina", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, enero-marzo de 1950, pp. 141-222 y "La filosofía en Argentina", *Revista de Filosofía*, Madrid, t. XII, N° 44, 1953.

## **La filosofía**

que había prevalecido durante siglos. Es en este sentido que Sarmiento y Alberdi pueden ser calificados de positivistas.

Sin embargo, reconocidas sus ventajas circunstanciales, no era conveniente, para el progreso y la evolución del país, su estabilización. No obstante la profecía optimista de José Ingenieros, de que expresaba adecuadamente la modalidad argentina, llegó un momento en que debió ceder el paso a sistemas menos terminantes y que abarcaran en todas sus dimensiones las inquietudes del espíritu humano. Con todo, creo que un filósofo argentino no debe olvidar estos orígenes y, menos todavía, rechazarlos como si hubieran sido retroceso u obstáculo.

La simple insistencia en el filosofar hubiera avanzado más allá del positivismo. Contribuyeron, además, la vitalidad y el dinamismo con que el país se iba gestando a fines del siglo XIX y principios del XX. Fue la época de la gran apertura hacia Europa y Estados Unidos. Nos visitaron personajes de otras naciones, filósofos, científicos y literatos, quienes, en conferencias y por su sola presencia, despertaron nuevas inquietudes. Es un aspecto que ha puesto muy de relieve Coriolano Alberini quien vivió fervorosamente estos intercambios. Por otro lado, también eran más frecuentes e inquisitivos los viajes de argentinos, especialmente a Francia, cuna del positivismo pero, ya por aquel entonces, agitada por otras problemáticas. Y agrégase, finalmente, la ingente inmigración portadora de tradiciones ideológicas que, por lo menos, obligaban a la confrontación.

### **CARÁCTER DEL POSITIVISMO ARGENTINO**

De buen grado, me adhiero a las siguientes palabras de Francisco Romero quien, refiriéndose al positivismo, escribía: "Va llegando la ocasión de la crítica serena y comprensiva, que juzgue principios y doctrinas, que tome en cuenta los valores duraderos, que estime la significación de sus hombres, muchos de los cuales unieron al ejercicio de las ideas una notable preocupación por el bien público, y de quienes ha recibido una contribución inolvidable el progreso intelectual y social del país"<sup>2</sup>.

Se ha repetido en exceso, y Alberini es en parte reponsable de ello, que nuestros positivistas no fueron sino importadores de sistemas que, ya en Europa, estaban en franca decadencia, sino superados. Por de pronto, no es misión del filósofo buscar a todo trance la originalidad, sino adhe-

<sup>2</sup> FRANCISCO ROMERO: "Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina", en *Cuadernos Americanos*, enero-febrero, 1950, pp. 93-115.

rirse a aquellos conceptos, procedan de donde procedan, que le resulten más convincentes. Nuestros positivistas, en una época en que las tareas especulativas eran muy escasas, transfirieron para el análisis de nuestros problemas un sistema y un método, ciertamente de origen extranjero; aunque, a su parecer, el más adecuado para comprender la realidad y el ambiente en que vivían.

No fueron, sin embargo, miméticos, repetidores de lo que otros dijeron, ausentes de sentido crítico. Dada la oportunidad, expresan su disconformidad, incluso frente a enfoques clásicos; y, sobre todo, advertimos un noble afán de comprobar en hechos la validez de las doctrinas. De ahí su constante preocupación por cuestiones pedagógicas, económicas, sociológicas, psicológicas y cuanto, en alguna forma, significaba evolución y progreso en una Argentina a la búsqueda de conseguir una expresión noble y digna en el conjunto de las demás naciones. Es uno de los méritos del libro de Ricaurte Soler<sup>3</sup>, en el concienzudo análisis que hace de nuestro positivismo, haber puesto de realce este aspecto.

Formados en una generación surgida del colonialismo y, por lo tanto, eufórica por la libertad, no podían admitir las formas excesivamente mecanicistas y duras de algunos pensadores europeos y, menos todavía, el determinismo evolucionista. Aníbal Ponce, amigo, discípulo y continuador en parte de la obra de José Ingenieros ve en éste “el punto de partida de dos modas filosóficas: la del positivismo expirante, que le precediera, la del espiritualismo naciente que le sucedió”<sup>4</sup>. A Héctor P. Agosti le insatisface la inclinación de Ingenieros a formular una metafísica: “el robusto pensador científico se internaba en la selva sorprendente de las creencias...”<sup>5</sup>. Ciertamente, Ingenieros anuncia una metafísica en *Principios de psicología*, la estructura con mayor decisión en el ensayo *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía* y promete ulteriores ampliaciones en libros y artículos que no llegó a escribir, truncadas tales esperanzas por la muerte<sup>6</sup>. La sola mención del vocablo metafísica hubiera escandalizado a un pensador positivista de la escuela francesa, precisamente cuando Comte escribió su sistema para superar y vencer toda tendencia trascendente.

<sup>3</sup> RICAURTE SOLER: *El positivismo argentino, pensamiento filosófico y sociológico*. Imprenta Nacional, Panamá, 1959.

<sup>4</sup> ANÍBAL PONCE: “José Ingenieros, su vida y su obra”, en *Revista de Filosofía*, enero de 1926, año XII, p. 1.

<sup>5</sup> HÉCTOR P. ACOSTI: *José Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Edit. Futuro, Buenos Aires, 1945, p. 105.

<sup>6</sup> Intento demostrarlo en el libro *Cincuenta años de Filosofía en Argentina*, edic. cit., pp. 77-82.

## **La filosofía**

El representante más notorio del sistema, J. Alfredo Ferreira (1863-1938), teme que los adherentes al positivismo se estanquen en las doctrinas de Augusto Comte. En una carta enviada a Emilio Corra y Augusto P. Edgar, dice: "se hace girar demasiado a la humanidad alrededor de Augusto Comte, cuando debería ser al revés. El hombre es poco; aun el grande hombre es una abstracción"<sup>7</sup>. En el mismo Agustín Alvarez (1857-1914), preocupado de extraer del positivismo una moral, comprobamos que, por vías indirectas, regresa a algunos principios que verbalmente repudiaba, pues no es raro encontrar en sus obras influencias evangélicas<sup>8</sup>.

Florentino Ameghino (1854-1911) opina que la evolución culmina con el hombre; y que en éste se podrá establecer una especie de inmortalidad: "Creo que al hombre le será dado algún día retardar poco menos que indefinidamente la producción de ese fenómeno que se cree debe llegar fatalmente en determinada época de la vida (la muerte)"<sup>9</sup>. Carlos Octavio Bunge, quien intentaba erigir una metafísica positivista basada precisamente sobre los datos psicobiológicos primigenios, admitía una realidad incognoscible. Carlos Octavio Bunge, lo mismo que Rodolfo Senet, lejos de atenerse a un estricto determinismo cree en la posibilidad de lo imprevisible. Instintivamente, el positivismo argentino rehusa aquellas teorías que podrían ser una mengua para una libertad auténticamente interpretada.

Ha sido Ricaurte Soler, un panameño, quien ha estudiado más en detalle este aspecto de nuestro positivismo; aunque no podría estar de acuerdo con todas sus conclusiones. Es cierto, como escribe, que "El positivismo argentino no se presentó dependiente, ni como continuación, sino como superación del mecanicismo de Spencer, superación que trajo consigo el desarrollo de concepciones evidentemente anti-intelectualistas"<sup>10</sup>. He aquí uno de los aspectos digno de analizarse a fondo en nuestro positivismo, mal interpretado, a mi parecer, no menos por quienes lo consideran como una decidida reacción antiespiritualista o por quienes lo condenan, apenas sin conocerlo, como materialista, determinista y mecanicista.

<sup>7</sup> La carta se encuentra en el libro *Iniciación positivista, filosofía de la ciencia y moral social*, Biblioteca Racionalista, Buenos Aires, 1938.

<sup>8</sup> AGUSTÍN ALVAREZ: *La creación del mundo moral*, segunda edición con una introducción de Joaquín V. González, La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915.

<sup>9</sup> FLORENTINO AMEGHINO: *Doctrinas y descubrimientos*, especialmente *Mi Credo*, (pp. 237-262), La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915.

<sup>10</sup> RICAURTE SOLER, obra citada, p. 256.

## SUPERACIÓN DEL POSITIVISMO

Tal es el carácter de nuestro positivismo: holgado, abierto, dispuesto a aceptar conclusiones o problemas que las clásicas escuelas europeas rechazaban apriorísticamente, casi como una exigencia fundamental. No busquemos, por lo tanto, en los pensadores que les fueron más cercanos y que no participaron de sus doctrinas, propiamente una reacción. Comprobaremos disconformidad parcial, no un decidido propósito de combatir doctrinas con las cuales, a veces, estaban de acuerdo. Comprendían intuitivamente y algunos lo declaraban, por ejemplo Alejandro Korn, que un cierto positivismo fuera una modalidad mental lo más apropiada para el momento histórico argentino, y punto de partida para un filosofar serio.

Pensemos en Rodolfo Rivarola (1857-1942), primer profesor de filosofía, año 1896, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Su larga existencia, vivió ochenta y cinco años, permitiéndole seguir el auge y predominio del positivismo, y luego su paulatino oscurecimiento<sup>11</sup>. Fue hombre dotado de un fino sentido crítico y, por ende, comprendía la imposibilidad de quedar retenido en un filosofar poco afecto a la especulación. Concedor de Kant, Schopenhauer, y Bergson, está, sin embargo, muy dispuesto a ensalzar los méritos de Herbert Spencer, Lévy Brühl y Emile Durkheim y otros muy afectos al positivismo. No logrará convencerlo, excepto en aspectos que no afectan la raíz esencial de su filosofar; adoptó más bien una actitud de crítica imparcial y de ponderación. El Spencer que admira no es el clausurado en un sistema, sino el abierto a posibilidades de conocimiento que incluso pueden ser el antípoda intelectual de sus ideas. No quiere ceñirse a los hechos; considera que la inteligencia, a través de ellos, puede vislumbrar un mundo de conceptos que no serán menos reales, aunque no pueden demostrarse mediante las ciencias positivas.

Menos todavía podría considerar reacción antipositivista al pensamiento de Alfredo Franceschi (1886-1942), autor de un *Ensayo sobre la teoría del conocimiento*<sup>12</sup>. Reivindica el realismo, sin que se profese distintamente aristotélico o tomista. Es una serena voz argentina que se une a la de eminentes pensadores europeos, como la de Nicolai Hartmann, que vuelven por los fueros de una tradición filosófica que se desviara con las sutilezas extremas del idealismo y con la ingenuidad, exenta de profundi-

<sup>11</sup> RODOLFO RIVAROLA: *Escritos Filosóficos*, edición y palabras preliminares de Luis Juan Guerrero, Instituto de Filosofía, Buenos Aires, 1940.

<sup>12</sup> Publicado por la Universidad Nacional de La Plata, año 1925.



## La filosofía

dad, del positivismo. Reconocía, sin embargo, que pensadores como Hume y similares, afectos al empirismo, obligaron a un tipo de filosofar que tuviera en cuenta los postulados de la ciencia. Lo comprueba él mismo en el análisis del movimiento donde simpatiza con las ideas entonces pre-  
valecientes de Einstein. Su realismo mal podía ser decididamente antipositivista, cuando acude de continuo a las enseñanzas del sentido común y de la ciencia.

Tal vez alguien piense en el espiritualismo de Alberto Rougés (1880-1945) como una clara reacción antipositivista. Al igual que en los dos autores mencionados, hay en él, desde que se iniciara en el filosofar, propósitos de más amplia apertura. Se puede advertir en una obra poco conocida, su tesis doctoral, donde inquiere por el *valor psíquico absoluto*. Hay en esta tesis un evidente esfuerzo por querer superar el relativismo de la valoración, malograda por el estrecho círculo de autores a que podía por entonces acudir, casi todos positivistas, como Ribot y Spencer. Fue Rougés un asiduo lector de filosofía, sin olvidar a los clásicos; pero, sobre todo, un pensador. No podía atenerse a las normas positivistas, pero, simpatizante de Bergson, tampoco desconocía lo que significara para un filosofar más aplomado<sup>13</sup>.

La vocación filosófica del país, en los dos primeros decenios del presente siglo, fue oscilante y confusa. Los problemas especulativos no interesaban directamente, convertidos en directa reflexión de la mente; se presuponían para hacer sociología, derecho, economía, etc. Quedaban subordinados a la practicidad o eran supuestos, apenas discutidos, de disciplinas culturales. Actitud explicable en el siglo pasado y principios del actual; y sólo bajo este aspecto podríamos admitir la opinión de Alberdi, de que la mentalidad argentina es esencialmente práctica y no siente interés por la especulación pura. Los tres pensadores y otros que podríamos agregar, Luis Juan Guerrero (1896-1956) y Saúl Taborda (1885-1945), mostrarían como, sin renunciar totalmente a los beneficios de un positivismo amplio, se iba estructurando una filosofía más seria y profunda.

No hay en este período una decidida oposición al positivismo. Existen divergencias, críticas parciales; pero casi todos dan por supuesto que su influencia fue, por lo menos parcialmente, beneficiosa. Una reacción total y formal hubiera tenido lugar en el supuesto de que prevaleciera la filosofía escolástica. Esta, a lo más, se enseñaba en conventos y semina-

<sup>13</sup> ALBERTO ROUGÉS: *Las jerarquías del ser y la eternidad*, Universidad Nacional de Tucumán, 1942. Sobre Rougés, ver el estudio exhaustivo de Diego F. Pró, *Alberto Rougés*, Valles Calchaquíes, 1957.

rios; pero no toma estado público hasta muy entrado el siglo xx, cuando el positivismo de hecho había dejado de ser predominante. Recién en 1927, se creó en la Universidad de Buenos Aires la cátedra de Filosofía Medieval, siendo su primer profesor el doctor Tomás D. Casares (n. 1895) quien exponía más bien el neotomismo del Cardenal Mercier, especialmente en ontología y criteriología. Pensadores escolásticos meritorios, como Derisi, Sepich, Castellani y Meinvielle no tenían necesidad de combatir un positivismo inexistente, cuando otras doctrinas no menos adversas a la filosofía católica estaban difundándose en los ambientes cultos argentinos.

#### EL ANTIPOSITIVISMO DE KORN Y ALBERINI

Hay dos hombres que contribuyeron a la ampliación de nuestra filosofía, tanto por las doctrinas que enseñaron como por la influencia ejercida en los ambientes universitarios: Alejandro Korn (1860-1936) y Coriolano Alberini (1886-1958). Pero ambos, especialmente Korn, reconocieron los méritos del positivismo y no pudieron librarse totalmente de su influencia. El platense conservaba innegables afinidades con el mismo; era, sin embargo, un pensador suficientemente agudo para darse cuenta de que las ideas no debían quedar encerradas entre las mallas de un sistema evidentemente pobre y que no satisfacía los anhelos especulativos de un auténtico filosofar.

Lo somete directamente a análisis, para comprenderlo mejor y, en lo que fuera posible, aprovecharse de aquellos aspectos que pudieran contribuir al progreso. Distingue en el mismo tres grandes doctrinas, expresadas por Comte, Spencer y Marx que son, por otra parte, los que mayor influencia han dejado sentir en Argentina. Considera a Sarmiento, Mitre y especialmente a Alberdi, más que como representantes de un positivismo teórico, entusiastas por el sentido que el sistema daba al progreso y al afán de nuevas conquistas materiales. La generación del ochenta apenas si vio en esta filosofía la confirmación del pensamiento alberdiano. Exige que se reconozcan sus méritos: "No podemos continuar, escribe, con el positivismo, agotado e insuficiente, y tampoco podemos abandonarlo. Es preciso, pues, incorporarlo como un elemento subordinado a una concepción superior que permita afirmar, a la vez, el determinismo del progreso cósmico como lo estatuye la ciencia y la autonomía de la personalidad humana como lo exige la ética"<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> ALEJANDRO KORN: *Obras*, tres volúmenes, Universidad Nacional de La Plata, 1938-1940, editadas por Francisco Romero, Eugenio Pucciarelli y Aníbal Sánchez Reulet, Volumen III, p. 291.

## **La filosofía**

A su parecer, disminuía al hombre, al reducir la cultura a leyes ineludibles de la materia. Pretendían demostrarlo todo desde una evolución puramente biológica, externa, sin entrar en el estudio de lo que constituye una superación tanto en lo inorgánico como en lo orgánico. Considera también un mito la pretendida unidad de las ciencias. "Las doctrinas positivistas en su intelectualidad exagerada, pese a la previsión de sus más altos exponentes, descuidaron dos hechos reales tan importantes como la necesidad metafísica y el sentimiento religioso que arraigan en la naturaleza racional y afectiva de la especie y no se suprimen con fingir que se ignoran o desdeñan"<sup>15</sup>. Pero, advierte: "Su abandono implicaría una recaída en la declaración romántica, funesta sobre todo en las ciencias históricas y sociales"<sup>16</sup>.

Doctrinalmente le debe mucho; más de lo que estaría inclinado a admitir quien analizara a la ligera sus doctrinas. Dejo a otros la tarea de ahondar el tema, no menos en Korn que en otros pensadores a quienes, con excesiva ligereza, consideramos poco menos que totalmente ajenos a su influencia. Korn rechaza el valor genérico y abstracto de los conceptos universales. Los últimos son instrumentos que utilizamos en el conocer, simplemente relaciones que, en un esfuerzo imaginativo, aislamos para considerarlos en sí. Un análisis detenido demostraría que en su gnoseología se dan cita tanto el positivismo como el pragmatismo, puesto que el conocer es un quehacer y sólo tiene valor en cuanto tal. Nos explicamos, por tanto, la antipatía que sintiera por Husserl quien tiende a fijar ideas y conceptos estables, independientes y válidos más allá de la conciencia.

La influencia no es menos evidente en su axiología, una de las doctrinas más difundidas y elogiadas por Korn. En definitiva, se reduce a subjetividad, estimación de la realidad: "valoración —escribe, es la reacción de la voluntad humana ante un hecho". Los valores son reacciones del hombre ante el mundo: necesidades que se ve precisado a satisfacer y que organiza en escalas apreciativas. Lo único que considera más o menos estable, en axiología, es el fondo biológico del hombre, aunque de hecho también sometido a la evolución. Los valores en definitiva, se explicarían psicológica y socialmente, conclusión con la cual estarían de acuerdo los positivistas. Algo análogo podría decirse en cuanto a la libertad; no se trata de algo metaempírico, sino simplemente de ausencia de

<sup>15</sup> *Obras*, Vol. II, p. 204.

<sup>16</sup> *Obras*, Vol. II, p. 206.

coerción. Es sólo absoluta como ideal; pero relativa en cada caso particular <sup>17</sup>.

Korn es un filósofo en tránsito. Ve fallas en el positivismo; pero es incapaz de librarse totalmente de su influencia. La lectura de otros pensadores, le ofrece vías de escape; pero sólo los utiliza parcialmente, urgido por extremos que no sabe como conciliar. Las opiniones de Bergson, de Boutroux, de Renouvier y, más a lo lejos, de Kant, Descartes y San Agustín deberían, a mi parecer, haberle otorgado mayor vuelo. Hizo algunas salidas exitosas, aunque se recluía de nuevo, extremadamente temeroso de caer en un dogmatismo antifilosófico.

Es otra la actitud de Coriolano Alberini; aunque, a mi parecer, su antipositivismo ha sido exagerado. De seguro que encontramos en sus escritos, especialmente los destinados a analizar la evolución de la filosofía en Argentina, frases bastante duras contra el sistema <sup>18</sup>. Empeñado más bien en buscar y establecer la relación y la dependencia ideológicas respecto de pensadores europeos, descuidó el detenido análisis de las doctrinas en sí mismas para advertir las peculiaridades y lo que éstas podrían significar para una tradición filosófica nacional. Por otro lado, su crítica e ironía se extendieron más allá del positivismo; no perdonó al diletantismo filosófico ni a los amagos de los pseudo-espiritualistas. Su obra escrita es reducida y difícil de coordinar; pero sin duda, por sus cargos y prestigios fue, como escribió de él Carmelo M. Bonet: "El centinela despierto que avizoraba al horizonte para captar, antes que nadie, las ideas filosóficas dominantes más allá de nuestro campanario" <sup>19</sup>.

Muchas de sus monografías son antes bien de finalidad crítico-analítica. Uno de los mejores trabajos es *El pragmatismo*, no totalmente adverso al sistema, con miras a destacar su significado tanto para los positivistas que exaltaban su forma utilitaria, como para aquellos que se inclinaban por su forma espiritualista. En 1911 publicó una reseña, bastante severa, contra el libro de Carlos Octavio Bunge *El Derecho*, y rechazaba su fundamentación demasiado positivista. Cual fuera, en definitiva, el pensamiento filosófico de Alberini es muy difícil de precisar <sup>20</sup>. Donde

<sup>17</sup> Expone su doctrina sobre los valores en "Axiología", *Obras*, Vol. I.

<sup>18</sup> Estos escritos han sido reunidos por el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de La Plata en *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*, 1966.

<sup>19</sup> *Verbum*, año XXI, Buenos Aires, 1928, p. 97.

<sup>20</sup> Lo he intentado en el libro ya citado *Cincuenta años, etc.*, pp. 136-149. Véase Diego F. Pró, *Coriolano Alberini*, Valles de los Huarpes, 1960.

## **La filosofía**

mejor lo expresa es en su artículo *Introducción a la axiogenia*. Va mucho más allá del positivismo. La filosofía no se reduce a la axiología o subjetividad, según lo afirmara Korn, sino todo lo contrario, es un producto intelectual irreductible a valor, base de un conocimiento objetivo. Tampoco el pensamiento, en contra de Bergson, es contrario a la vida, pues aun en la misma vida existen estimación y juicios selectivos. Adverso a todo relativismo, admite una objetividad racional, fundamento de la ciencia y de la filosofía.

Evidentemente, el paso que diera Alberini es mucho más decisivo que el de Korn. Ha quedado vencido aquel desvío o recelo por la metafísica; y el filosofar argentino, angostado por el positivismo, amplióse al entrar en contacto con pensadores como Bergson, Renouvier, Blondel, Maine de Biran, Dilthey, Croce, Gentile, Hamelin, Boutroux y muchos otros. En parte de acuerdo con los positivistas, creía Alberini en la necesidad de aprovechar los valores y tradiciones vernáculos, sin dejar, por eso, de permanecer abiertos a sugerencias e ideas foráneas. “La filosofía —escribía<sup>21</sup>—, debe fomentar al convencimiento de que todo pueblo así sea el más humilde, ha creado y crea valores susceptibles de contribuir al enriquecimiento espiritual de la humanidad, y, lo que no es menos evidente, todo pueblo, aun el más grande y en el mejor de sus momentos, jamás ofrece intuiciones axiológicas completas, pues sus valores, con ser relevantes, no logran agotar las intuiciones posibles ni reemplazar los creados por otros pueblos”.

### **LA LECCIÓN DEL POSITIVISMO**

Hoy el positivismo es un recuerdo; y nadie, incluso los simpatizantes con el materialismo dialéctico, aspiran a revalorizarlo. Fue, tal vez, lo adecuado, como reconoce Korn, en un momento de nuestro evolucionar cultural; pero, a la postre, hubiera sido antiprogresista detenernos en los moldes de un filosofar que limita los vuelos y las audacias del espíritu. Lo presentían los mismos adictos quienes, nacidos en una tierra de grandes posibilidades y arraigada en la libertad, buscaban más allá de las estrictas normas, excesivamente empiristas, a que parecían obligar los principios del sistema. Nuestros mismos positivistas, creo que es hora ya de que lo reconozcamos, prepararon la superación del sistema.

<sup>21</sup> CORIOLANO ALBERINI: “La filosofía y las relaciones internacionales” en *Verbum*, Nº 69, 1927.

Hay reacción ante la terquedad o la negativa fanática a reconocer nuevas modalidades de pensamiento. No fue esta la conducta de nuestros positivistas, por lo menos los más prestigiosos. En la "Revista de Filosofía", fundada por Ingenieros, colaboraban incluso simpatizantes con el espiritualismo. En una carta a Zérega Fombona, enrolado al neoespiritualismo francés, le dice: "En ella, en la *Revista de Filosofía*, escriben idealistas, positivistas, espiritualistas, escépticos y teósofos, pero principalmente educacionistas; con esto deseo recordarle que la revista no es particularmente adicta a ninguna de esas viejas escuelas y sólo aspira a despertar el gusto por actividades mentales que no se limitan al campo de la ciencia estricta, ni al de la simple imaginación literaria". Quienes lo estudiaron imparcialmente no le desconocieron valores afirmativos, pero tenía que llegar un momento en que cediera el paso a ideologías menos terminantes que abarcaran en todas sus dimensiones las inquietudes del espíritu humano. Pero estas últimas no deben olvidar, como quería Alberini, lo histórico y concreto. "Si esto se olvida —escribe— entonces veremos que, a la postre, tanto el nacionalismo pasivo e imperialista, como el internacionalismo abstracto comprometen precisamente lo que pretenden defender"<sup>22</sup>.

#### GERMINAN FECUNDAS POSIBILIDADES

Sería erróneo, ya lo hemos indicado, reducir el período que corre entre 1880 y 1930 exclusivamente a una lucha, oscilación o crítica entre positivismo y antipositivismo. Gracias a esa antinomia y a otros factores, acontecidos dentro de la época mencionada, se fue preparando el prestigio, la diversidad y la expansión que logró el filosofar en el país. La solidez del filosofar posterior se debe, en gran parte, a la seriedad con que se analizó el positivismo que otrora fuera prevaleciente. Mencionaré, aunque no sea sino a la ligera, los acontecimientos de mayor relieve.

En 1896, superada una intensa oposición, se fundó en la Universidad de Buenos Aires la Facultad de Filosofía y Letras. El primer profesor de filosofía fue el Dr. Rodolfo Rivarola. Merece recordarse el discurso que pronunciara al hacerse cargo de la cátedra, pues en el mismo señala la amplitud y libertad requeridas por un verdadero filosofar. "El estudio de la filosofía —decía— reclama, más que el de cualquier otra ciencia, una alta y serena independencia de espíritu". Deben acompañarla la tole-

<sup>22</sup> En el artículo citado en la nota anterior. Expresó análogos conceptos en su comunicación al primer congreso nacional de filosofía. Véase en *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*. Universidad Nacional de Cuyo. Vol. I, pp. 62-80.

## **La filosofía**

rancia y la seriedad, “con la verdadera aplicación del pensamiento a buscar la verdad”. Reconoce, incluso, a pesar del desprestigio en que lo tenían los intelectuales de la época, innegables méritos al escolasticismo “bajo un descrédito quizá inmerecido”.

Por iniciativa del Dr. José Nicolás Matienzo el Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata crea, a fines de 1913, la Facultad de Ciencias de la Educación (hoy Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación), pasando a funcionar como Facultad las secciones de Pedagogía, Filosofía e Historia —creadas en 1904— de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. El Poder Ejecutivo aprobó la creación de la nueva facultad por decreto del 30 de mayo de 1914. Su primer decano fue el profesor Víctor Mercante.

El carácter positivista de la facultad platense perduró durante varios años, aunque jamás se negó la posibilidad de que pudieran exponerse otras ideas (En 1921 se creó la cátedra de metafísica). Alejandro Korn fue el hombre que más contribuyó a esta amplia apertura, continuada por Francisco Romero, Eugenio Pucciarelli y varios otros.

En 1915 José Ingenieros fundó la *Revista de Filosofía*. A pesar de las abiertas simpatías de su fundador por el positivismo, invitó a colaborar en ella a hombres de ideas diametralmente opuestas. Ha sido, sin duda, la mejor en su género que ha existido en el país y, también, la que duró más tiempo. Desde 1923, Ingenieros compartió la dirección con Aníbal Ponce. Fue empresa de particulares entusiastas, carentes de apoyo oficial. El primer número apareció el 1º de enero de 1915 y el último en noviembre de 1925.

La vieja Universidad de Córdoba a pesar de su tradición escolástica careció de Facultad de Filosofía y Letras hasta muy cerca de la mitad de este siglo. Sin embargo, hombres como Martínez Paz, Martínez Villada, Saúl Taborda, Raúl Orgaz y Nimio de Anquín se distinguieron por sus preocupaciones especulativas en el primer tercio de la centuria —que es la etapa final de nuestro período— y contribuyeron al restablecimiento de estudios que prestigiaron a la Casa de Trejo en la época colonial.

La vocación filosófica en el país, en los dos primeros decenios del siglo, fue oscilante y confusa. Hemos señalado en otra oportunidad (*Cinuenta años de filosofía en la Argentina*) los primeros tanteos de superación, representados por Alejandro Korn; más firmes, objetivos y claros en Coroliano Alberini y con una plena liberación, incluso en el método, en Alberto Rougés y Alfredo Franceschi. A todos ellos hay que agradecerles

—decía—, y por todo esto sus nombres ocuparán un dignísimo lugar en la historia de la cultura argentina, el que hayan acuciado al estudio de las disciplinas especulativas.

Este despertar filosófico trae aparejado el deseo de ver en el país a algunos de los hombres que, en aquel momento, señalaban directivas a la cultura occidental. De los españoles, mencionaremos principalmente a Eugenio D'Ors y José Ortega y Gasset. “La presencia de Ortega y Gasset —dice Korn— en el año 1916 fue para nuestra cultura filosófica un acontecimiento”. El joven filósofo (tenía entonces 33 años) reveló aquí a Husserl, Max Scheler y a varios otros filósofos alemanes. Entre 1916 y 1920 se comenzó, pues, a dejarse sentir la influencia de la filosofía alemana especialmente por obra de Carlos Astrada —buen conocedor de Husserl, Heidegger y Max Scheler—, Francisco Romero —quien acentuó el interés por Dilthey y Nicolai Hartmann— y Alberini, que en 1930 frecuentó personalmente a algunos de los más célebres filósofos de Alemania.

Desde entonces la filosofía europea, en sus diversas escuelas, goza de plena consideración en el país. En la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y en otros centros culturales del país dieron conferencias Einstein, Ortega y Gasset, Langevin, Koehler, Maritain, Hans Driesch, Dessoir, Booglé, Severix, Roustan, Dumas, Janet, Blondel, Keyserling, García Morente, entre otros. Después de 1925 se produce una extraordinaria vigencia filosófica.

Sería, sin embargo, injusto desconocer la influencia que ha tenido en la expansión y profundidad de la filosofía nuestro positivismo, amplio y vigilante, y la crítica serena y selectiva que los mismos argentinos hicieron de esa corriente. Gracias a esta influencia positivista, depurada, el filósofo argentino, en general, busca comprender sus profundas raíces. Nos queremos conocer a nosotros mismos; conocer al ambiente, al mundo en el cual vivimos, sus últimos principios y razones, sin previos compromisos, con plena pureza original. Ardua tarea reservada para pocos; pero estos pocos no deben faltar. De ellos únicamente podría decirse que son filósofos.



# El arte argentino

ÁNGEL OSVALDO NESSI

**NACIO EN CHIVILCOY** (provincia de Bs. Aires) en 1915. Doctor en letras graduado en la Facultad de Humanidades de La Plata. En la actualidad es profesor titular de historia del arte en la Escuela Superior de Bellas Artes y en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Fue consejero académico en la Facultad de Humanidades, miembro del consejo consultivo de la Escuela Superior de Bellas Artes y director de artes plásticas de la provincia de Buenos Aires. PUBLICACIONES: Situación de la pintura argentina (1956), Malharro (1957), Tendencias actuales de la escultura (1959), Pettoruti (1961), El atelier Pettoruti (1963), Fundación actual del museo (1964), entre otras. Tiene en preparación Técnicas para la investigación en historia del arte, que publicará la editorial Nova. Ha dictado numerosas conferencias sobre arte y literaturas sobre cuestiones de arte y temas de literatura.

**E**L período 1880-1930 está signado por el positivismo y las reacciones que suscita. No precisamente como doctrina sino como puesta en obra. Se alarga hasta bien entrado el siglo, con excluyente consagración a problemas políticos y sociales, y, dentro de ese marco, a una orientación pragmática. Este último acento se lo da el paso al cientificismo, que procura una ciencia útil, aplicada. El barco frigorífico "Charles Tellier" —1878— que permitirá exportar las carnes argentinas, es todo un símbolo que los entusiasmos denuncian. Son los "intelectuales" del 80, la gente que construyó el país en su desarrollo material y en sus instituciones, acuñando los dos "slogans" que la apuntalan y justifican: *Civilización y barbarie*, de Sarmiento; *Gobernar es poblar*, de Alberdi. Repercute lo que Coriolano Alberini ha llamado "teoría historicista del progreso" que en las doctrinas de Herder es inmanente a la historia y no impuesto por ella. Sin embargo, al aproximarse el final del siglo XIX este aporte comienza a ser mirado como sofocante: problemas éticos a nivel

nacional son denunciados por la Revolución del 80. Esta revolución, derrotada por las armas, era el testimonio de algo nuevo, surgido en el seno mismo de la mentalidad progresista, y cuyo clímax prosperó en los doce años que terminan con la presidencia fecunda de Nicolás Avellaneda, sucesor y discípulo predilecto de Sarmiento.

Avellaneda es un artista de la palabra que posterga su vocación innata para consagrarse a las tareas más urgentes del gobierno. Su conducta, como la de su mujer, que dirige el Salón más importante después del de Mariquita Sánchez, es todo un síntoma de la época. Mitre, dedicado su ocio a las traducciones poéticas, confirma ese síntoma. El clima social del 80 es complejo. La vida latente del arrabal despierta de golpe. La aparición del tango como danza popular en los Corrales Viejos del Abasto es un filón muy seductor para una antropología cultural argentina. Prolonga la línea del "machismo" rural, opuesto a la cultura de los salones porteños, a la que siente como afeminada; pero sobre todo anuncia la clara conciencia de una clase popular que aspira a ascender. La oposición de ambas mentalidades ha sido explotada por el verso y la plástica: todavía en el tercer decenio del siglo XX un pequeño grupo escultórico de Hernán Cullen Ayerza, que representa a una pareja desnuda bailando intenta ser, con su título, una crítica del tango. Antes de evolucionar hacia la música porteña de cabaret o del teatro de variedades, el tango afirma su ascendencia gauchesca: *La morocha*, *El choclo* (1913). La milonga del Sur ironiza y pone en ridículo el afrancesamiento de los medios aristocráticos: "el voulez-vous con la soda / que es la irrisión más entera / pa la chinasa campera / y el gaucho de boleadoras".

El tango celebra sucesivamente el "tranway" de caballos, el organito, el farol del alumbrado público, pero sobre todo la vida del cabaret. Su filosofía es una adaptación de las ideas que traen los inmigrantes italianos: "La donna e mobile...", etc. En 1926 Pettoruti cruza sus *Bailarines* dentro de un campo visual futurista; años después *Pisarro en París* estira el fuelle en la imagen de Juan Mateo; y Badii, Castagnino y López Anaya efigian a su turno los fantasmas de una época que va entrando en el mito.

#### LA MANÍA DE LAS FUNDACIONES

La gente del 80 está en el hacer. Acaso piense que las ideas sólo existen cuando se las pone en obra, sin detenerse a pensar que la acción consciente sucede a la idea. En cuanto a los artistas, imitan o preceden

## ***El arte argentino***

a los gobernantes en la tarea de *fundar*: fundar, aun antes que crear. Antes de que Rocha funde la ciudad de La Plata (1882) comienza la serie de fundaciones que institucionalizan la cultura.

En 1876 se funda la Sociedad "Estímulo de Bellas Artes"; en 1906, la Escuela de Dibujo de la universidad platense. Entre ambas han transcurrido exactamente treinta años, por los que se pasa de las vocaciones precursoras a la organización definitiva de nuestras artes. A lo largo de esa época se suceden la Donación Sosa para abrir un museo público (1877), la Academia libre de "Estímulo" y la primera revista especializada, *El arte en el Plata* (1878); la Colmena artística; el Ateneo (1893); la Facultad de Filosofía y Letras (1894); la Comisión Nacional de Bellas Artes "Prilidiano Pueyrredón" y el Museo Nacional, obras de Joaquín V. González, a la sazón ministro de Instrucción Pública (1905).

La consigna es arbitrar medios, confiando en que los medios proveerán a los fines. Una metafísica del progreso se afana por dotar a la sociedad, de instituciones que llevan a concretar los ideales de una "fuerte y nueva, aunque oscura, axiología colectiva". Se fundan escuelas normales, facultades de agronomía y veterinaria, se explica y aplica a Spencer, a Comte, se dibuja con modelo vivo, se pinta la vida diaria con sentido radical: *Le lever de la bonne* (1887), de Sívori; *La vuelta del malón* (1882), de Della Valle; *La sopa de los pobres* (1883) de Giudici; *Sin pan y sin trabajo* (1894), de Cárcova... preparan las visiones posteriores del documento histórico, del paisaje, a menudo en la evocación arqueológica: Alice, Quirós, Bermúdez, Fader después de Malharro.

A partir de 1880 pueden reconocerse en las artes argentinas los siguientes períodos:

a) La generación anterior, la de Sarmiento, Mitre y Alberdi, quienes, en cierto modo, suponen una ruptura con la tradición luminista y teórica: "Ya pasaron los tiempos de la filosofía en sí" —escribe Alberdi; lo que para Mitre significa "extender la labor intelectual pero de intención pragmática". En plástica corresponde a la superación del costumbrismo, a la necesidad de organizar la enseñanza artística; en literatura es *Martín Fierro*. Se plantea una problemática de *lo nacional*: "una forma específicamente argentina de progreso universal" (Alberini, C.: *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*, ed. Facultad Humanidades de La Plata, Instituto de Filosofía, 1966, p. 34).

b) La generación de 1850 (nacida antes y después de Caseros) "padecía el tedio de la disquisición abstracta". En filosofía son exposi-

tores; en arte, académicos. En ambos dominios dan a la enseñanza un carácter “exclusivamente profesional”: Lucio Correa Morales (1852-1923), maestro de Yrurtia, Zonza Briano y Curatella Manes, permanece, en su principal obra, *La cautiva*, en la temática del *Martín Fierro*; Angel Della Valle (1852-1903) profesor de la “Estímulo”; Reinaldo Giudici (1853-1921); Eduardo Sívori (1847-1918); Eduardo Schiaffino (1853-1935), los tres fundadores de *El Ateneo*.

c) La generación de 1870 completa el ciclo positivista. Vuelve a la filosofía “con la esperanza de hallar en una doctrina orgánica la disciplina que falta a la vida nacional” (Korn, A.: “El positivismo”, en *Obras*, ed. Universidad Nacional de La Plata, vol. III, 1940, p. 228). El arte se acerca a la naturaleza, a los efectos de luz, con una serie de artistas menores: Collivadino (1869), Lynch (1870), Del Campo (1873), Ripamonte (1874), Prins (uruguayo, 1876), Bernareggi (1878), Alberto M. Rossi (italiano, 1879) —a cuya cima se halla el “impresionismo” de una gran figura: Martín A. Malharro (1865).

En todos los casos aparece una generación de maestros. A Joaquín V. González (1863), fundador de la Universidad Nacional de La Plata, se agregan el uruguayo Rodó (1871-1917), “maestro de la juventud americana”, y Lugones (1864-1938) en las letras; Alberto Williams (1862) en música; los “normalistas” de la Escuela de Paraná, de cuño naturalista y anticlerical derivado del Risorgimento italiano (precisamente a Italia van los graduados de la “Estímulo”, formados aquí por el italiano Francesco Romero (1840-1906), entre otros Ernesto de la Cárcova, fundador de la Academia Superior de Bellas Artes que hoy lleva su nombre). Malharro, que va a París en 1899-1900, es precursor de una educación por el arte.

Todo esto prende aquí porque encuentra un terreno muy abonado. En plástica pasa algo similar a lo que se advierte en filosofía: “El positivismo argentino ya era un hecho cuando la generación del 80 decidió apoyarlo con el ejemplo europeo” (Korn, A.: *Ibid.*, p. 262). Claro está que, como advierte Alberini, se trata más de un “credo” que de una filosofía. Lo mismo podría decirse del naturalismo en la plástica, a la que el romanticismo había dado una fuerte dosis de arraigo en la tierra. Con mejor oficio se insiste en el color local, trocando la epopeya por el malón, el combate de la guerra civil —con las desdichas que las décimas para guitarra evocan doloridamente— por la tarea rural o la huelga: *Sin pan y sin trabajo* es como el comentario “social” de la Revolución del 90.

## ***El arte argentino***

d) Modernismo y "art nouveau". Frente a las preocupaciones económicas la cultura vuelve por sus fueros. La presencia de Rubén Darío en Buenos Aires no puede sino indicar, a pesar de sus quejas, que un ambiente favorable le permite desarrollar su idealismo esteticista, aparentemente extemporáneo. Estas "quejas" son las reiteradas crisis de existencia que traducen el difícil arraigo de la creatividad en el humus positivista, inspirado, según la frase lapidaria de Alejandro Korn, por "las dos almas más desprovistas de sensibilidad estética: Spencer y Comte".

### **FACTORES E INSTRUMENTOS DEL CAMBIO**

¿Cómo pudo brotar en este cuadro una cultura "desinteresada"? Es muy posible que ello se deba a una compleja sumación de factores; pues más allá de la historia visible de cada época, existe siempre una intrahistoria que conduce a los enunciados verdaderos.

Cuando pensamos en los nombres agregados a la "Estímulo", aristócratas-coleccionistas "dispuestos a cubrir el déficit de la Sociedad con filantrópica elegancia", otras preguntas nos acosan: ¿Qué relación existe entre ellos y los artistas? ¿Cómo conciben la obra de arte? ¿Qué debe el arte nacional a su entusiasmo?

La simple relación amistosa no basta. Sin duda, la obra todavía es un lujo; y el mecenazgo se siente como factor de prestigio, acaso ya como una buena inversión... En términos generales, artistas y aficionados realizan la primera síntesis de lo *argentino* con lo  *europeo*, implícito en la filosofía de Alberdi. A esto debe asignarse una importancia decisiva. Creo que se ha exagerado la calificación de europeizante en el sentido despectivo, y me parece necesario volver sobre la tesis de mi *Situación de la pintura argentina* (1956). País de inmigración, era imposible concebirlo como una continuidad de lo autóctono —que en arte apenas existía— sino como una comunidad nueva que era preciso organizar, poblar, civilizar. Todo parece claro cuando la problemática es referida al conglomerado aluvional que sucede a la Colonia. El sustrato ideológico es de trasplante; la estética que lo traduzca no podría ser infiel a esta premisa. La Sociedad "Estímulo", con su naturalismo academizante, no hacía otra cosa que concretar la fracasada tentativa de Sarmiento de crear la Academia Nacional (1874) cuyos planes fueron confiados al profesor Aguyari: por una lógica interna y fatal, el organismo surge

treinta años después, como queda dicho, al oficializarse la Academia libre en 1905.

Hacia 1894 *Sin pan y sin trabajo*, *La vuelta del malón*, *Le lever de la bonne* parecen cerrar un ciclo. La presencia de Rubén Darío en Buenos Aires abre otro, que la fundación del Ateneo (1893-1897) en cierto modo inaugura.

“Esta asociación —escribe Darío en *Autobiografía*— que produjo considerable movimiento de ideas en Buenos Aires, estaba dirigida por reconocidos capitanes de la literatura, de la ciencia y del arte, Zuberbühler, Alberto Williams, Julián Aguirre, Eduardo Schiaffino, Ernesto de la Cárcova, Sívori, Ballerini, Della Valle, Correa Morales y otros animaban el espíritu artístico; Vega Belgrano, don Rafael Obligado, don Juan José García Velloso, el doctor Oyuela, el doctor Ernesto Quesada, el doctor Roberto Piñeiro y algunos más fomentaban las letras clásicas y nacionales, y los más jóvenes alborotábamos la atmósfera con proclamaciones de libertad mental”. El capítulo sigue con la guerra al dogmatismo, al anquilosamiento académico, a lo pseudo clásico, a lo pseudo romántico, a lo pseudo realista y naturalista... “Un día apareció Lugones, audaz, joven, fuerte y fiero como un cachorro de hecatónquero... A poco estaba ya con Ingenieros, redactando un periódico explosivo, en el cual mostraba un espíritu anárquico, intransigente y candente”. Lugones publicó *La voz contra la roca* (1897) donde resuena un estro de agresivas reivindicaciones que lo acercan a Almafuerde.

A la vuelta del siglo Malharro es una figura puente en la plástica: introduce el impresionismo. Aun con los retrasos naturales, la imagen precede a la idea, pues todavía nadie habla aquí de Bergson.

Tampoco de Kant. El arte “desinteresado” no suscita resistencias ni aprobaciones: simplemente se lo ignora. En 1902 y 1908 las dos exposiciones de Malharro en Witcomb pasaron inadvertidas —a pesar de que en la segunda Malharro pronunció conferencias, quizás las primeras *visitas guiadas*, ante sus obras. En otro lugar hemos dado las razones de este silencio (Cf. nuestro *Malharro*, La Plata, 1957, p. 34-35).

Y eso que Malharro hacía la parábola impresionismo-simbolismo-art nouveau. Gente como Travascio, el catalán Anglada Camarasa, Francisco Bernareggi, Faustino Brughetti, Atilio Boveri prolongan la estética “Jugend”. Con ella, en cierto modo, triunfa la pintura de Bermúdez, de Gutero y la escenografía de Rodolfo Franco.

## ***El arte argentino***

### LA CARGA EMOCIONAL DEL CENTENARIO

El resumen de todo esto puede sintetizarse en pocas palabras. La proximidad del Centenario va cambiando las cosas: con la entrada en escena de la generación nacida en el 80, el Centenario sugiere un balance. La introspección acota "...cierta degeneración materialista de la vida nacional, el imperio exclusivo de las finalidades económicas, el descuido de las normas éticas" que "reclamaban el correctivo de una cultura más elevada y espiritual. Las peripecias de este conflicto ideológico ocuparon la historia intelectual de este primer cuarto de siglo" (Korn, *Ibíd.*, p. 266).

El propósito de dar una continuidad a la exhibición de obras de arte lo concreta la Sociedad Artística de Aficionados que realiza cinco exposiciones anuales (1905-1909). Su actuación, presidida por Cupertino del Campo, se cierra con la Exposición internacional del Centenario.

En este clima se funda el "Nexus" (1907), quizá a imagen y semejanza de la "Brücke" alemana. Formaban en la nueva Sociedad: Fernando Fader (1882-1935), Cesáreo Bernaldo de Quirós (n. 1881), Rogelio Yrurtia (1879-1950), Alberto Lagos (n. 1885), Arturo Dresco (1875-1960), Pío Collivadino (1869-1945), Justo Lynch (n. 1870) y Carlos P. Ripamonte (n. 1874). Como verá el lector, se trata de jóvenes del 80 y veteranos del 70. El "Nexus" viene a ser, literalmente, lo que la "Brücke" (el Puente) en Alemania: tuvo la intención de *conectar* el pasado con el mundo nuevo. Se hablaba otra vez de arte *nacional*: Fader, *Posibilidad de un arte argentino y sus probables caracteres*, conferencia citada por Chiappori, cuyo texto ignoramos. El movimiento logró hacer dos exposiciones en 1907 y 1908 en la Sala Costa "y una de blanco y negro en la Galería Witcomb" (Pagano, J. L.: *Historia del arte argentino*, L'Amateur, Buenos Aires, 1944, p. 189).

Quirós y Bermúdez coinciden en un arte nacional por el tema; Dresco y Lagos permanecen dentro del simbolismo "nouveau", tal vez porque les permite no romper con la academia. Yrurtia reniega de un clasicismo virtuoso para renovarse con el ejemplo de Rodin: sus figuras crecen dinámicamente desde dentro con una actitud temporal transitiva que imita la vida pero la trasciende. Fader, en fin, da a su realismo rural una trastienda metafísica, una poiesis que incorpora la tradición, la *soledad* y el *silencio*, diques de nuestra inoportunidad y desencuentro. Es, creo, la nota existencial que falta a Quirós.

Esta generación se aparta del positivismo, acentuando las reacciones que afloran después del 90. La Revolución de este año es, ciertamente,

el testimonio visible de un cambio a fondo. Con inflexible severidad ética lo expresa la pluma de Groussac: "Estas generaciones siguen alimentándose con fórmulas huecas, paradojas y afirmaciones gratuitas... que todos repiten y en las que nadie cree. Sabiduría de contrabando... la juventud bebe el descreimiento en las mismas fuentes de la fe: toman la toga viril ya saturada de escepticismo".

Una constante Argentina parece ser la negación del pasado. Se adopta la actitud como si todo empezase con cada uno, con cada generación: Mayo, Caseros, el Noventa... Quizás esta conducta pueda explicarse por la ruptura con España, a la que se identificaba con todos los males; quizás por la falta de una verdadera tradición milenaria. Lo cierto es que todavía hoy los artistas niegan a sus maestros: sólo unos pocos se precian de haber sido alumnos de Pettoruti, de Cartier... En crítica, nadie cita a nadie. La más reciente publicación de conjunto, *Argentina en el arte*, carece de bibliografía. Evocamos las palabras de Giusti: "Todo vuelve a empezar lo mismo que si el mundo hubiese nacido con ellos" ("Una generación sin maestros", en *Literatura y Vida*, Nosotros, Bs. Aires, 1939, p. 360). La gente que prospera es irreverente y aun iconoclasta; cosa que también ocurre y ha ocurrido en el orden social. Claro está que en ciertas esferas, a la familia sólo se le debe el apellido, y, acaso, la vocación contrariada. La razón, que Giusti atribuye a la falta de maestros, puede estar en una filosofía según la cual cada uno es el hijo de su esfuerzo.

Estas premisas no tienen, sin embargo, un funcionamiento uniforme. Desde 1906 hasta 1924 el país recoge la tarea propia de las generaciones cumulativas. Lugones habla por primera vez de las pinturas rupestres del Cerro Colorado, próximo a su ciudad natal, Villa de María del Río Seco —lo que abona su fina intuición: baste recordar que, en ese mismo año, precisamente, Picasso descubre el arte negro. Luego se funda la Sociedad de Escritores, acontecimiento que Darío glosa desde París ("La Nación", 23-II-1907); el Salón nacional (1910) complemento de la Academia, cuyos graduados iniciarán en 1911, año del primer salón, la carrera de los honores. Silva, discípulo de Malharro, y Fader, aportan "series" impresionistas a la pintura argentina. El Primer Centenario, 25 de mayo de 1910, se presta a la introspección tradicionalista; a la tentativa, también, de *medirnos* con los demás pueblos cultos a quienes invitamos a la fiesta:

a) La Exposición internacional de Arte, ya citada, con participación argentina, en la que Antonio Alice, Emilio Caraffa y Hernán Cullen obtienen sendas medallas discernidas a *La muerte de Güemes*, *Retrato*



## ***El arte argentino***

*de niña* y *Remordimiento*, respectivamente. El cuadro de historia, el verismo y el simbolismo neoclásico y post-romántico definen la estética "oficial" del Centenario;

b) Las nutridas embajadas culturales y personalidades, a cuya cabeza está la Infanta Isabel de Borbón —primer indicio de un retorno a España;

Las publicaciones: Joaquín V. González, *El juicio del siglo*, donde analiza, en cien años de historia argentina, las causas de "la discordia" nacional, mostrando asimismo una interesante evolución de su pensamiento desde un regionalismo acendrado hasta el universalismo que los años de la Guerra le confirman (J. C. Ghiano); Malharro, *El dibujo y la educación estética*, en la escuela primaria y en la enseñanza secundaria, libro esencial para su tiempo, editado por la Dirección de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires; Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*; Leopoldo Lugones, *Odas seculares*, inspiradas en el *Carmen seculare* de Horacio; Roldán, *Discursos*, prédica nacionalista y xenófoba.

El 12 de octubre Sáenz Peña asume la presidencia de la Nación; prepara, desde el gobierno, la Ley de sufragio universal y obligatorio que se aplicará en 1912. El tango ha entrado en los salones y el pueblo vota. De acuerdo con el principio de Hauser, la democracia debería llevar al triunfo del naturalismo y del racionalismo por un lado y, por otro, sobre la afectación y los convencionalismos del arte, tal como se practicaban hasta entonces.

Entre los dos Centenarios (1910-1916), las tentativas por individualizar una fisonomía del país puede decirse que menudean. En 1913 Lugones pronuncia dos conferencias en el teatro Odeón —*A campo y cielo*— en las que ahonda en el concepto de la nacionalidad. Los artistas describen la geografía de las provincias, creyendo que *lo argentino* está en la breve historia o en el interior incontaminado— idea romántica que el tiempo se encargaría de pulverizar.

Un signo de las tendencias que militan en el orden artístico lo da la agrupación *El Templo*, fundada en 1914 por el escultor Hernán Cullen Ayerza (1879-1936), los pintores Alberto Rossi y Ana Weiss de Rossi y el crítico José María Lozano Moujan. Se da en ellos una orientación simbolista, que posiblemente deriva de los "Nabis". Se trata de un simbolismo intelectual, no numinoso, con un cierto énfasis en los valores plásticos de la obra. Cullen repudia las formas sintéticas y recapitulativas de Zona Briano, afirmando que a las obras de éste, muy en auge hacia 1914, él podía ejecutarlas con los pies... (Así modeló, efectiva-

mente, en presencia de testigos y de escribano público, un busto de Alem que tituló *Símbolo de una democracia*). El Templo corresponde a una "religión de la Belleza", consistente en ocupar las horas del ocio ("sacerdotes", "hermanos" y "zánganos" son grados que se obtienen o pierden por méritos): creación matizada de "boutades" y "entretiens" propios de una pseudo bohemia, ya que sus principales miembros eran un verdadero grupo de decisión, con larga residencia europea. Al "Gran sacerdote", Hernán Cullen Ayerza, debemos el bronce de *Joaquín V. González*, sedente como un tribuno, el gesto cansado y como decepcionado que transparentan el escepticismo elegante de aquel profesor, colega de Fernán Félix de Amador, Rodolfo Franco, Carlos López Buchardo, Lola Juliáñez Islas, Rafael Peacan del Sar, las hermanas Blanca e Isabel Curubeto Godoy en la Escuela Superior de Bellas Artes fundada en 1924 por el entonces presidente de la Universidad de La Plata, don Benito Nazar Anchorena, quien encarna la oposición a la Reforma universitaria de 1918.

Los años que preceden a la Guerra de 1914-18 son tiempos de frivolidad en Europa; y es lógica su repercusión en la Argentina. Al margen de las escuelas de vanguardia, que aquí no conocimos, un idealismo algo trasnochado agota hasta la cursilería el espiritualismo hegeliano, que el "art nouveau" había puesto de moda. El decorativismo de un Anglada Camarasa, emulado por Atilio Boveri y tantos otros, da el tono con su éxito en los salones y en las revistas literarias que, como *Plus Ultra*, acogen todo eclecticismo. Un testimonio bien sarcástico es el de Pettoruti: "Cuando partí (agosto de 1913) reinaban en La Plata, Vargas Vila y el Claro de Luna".

En el rápido calidoscopio de la última presidencia "vacuna" (1910-1916) desfilan la muerte de Malharro, el viaje de Ramón Silva (1890-1919) a Europa (que le sugiere las *Parvas*, series al uso de Monet), el Primer Salón nacional (1911); el regreso de Jorge Bermúdez (1912) quien trae de España su óleo *En Castilla la Vieja*, después de estudiar con Zuloaga (éste le había aconsejado "instalarse con 40 metros de tela en la región de su país donde existe el verdadero carácter de la raza"); la partida de Emilio Pettoruti (1913) a Italia, donde encuentra a los futuristas y expone, en 1914, los dos primeros dibujos abstractos ejecutados por un argentino... La Exposición internacional de San Francisco (EE. UU.) a la que concurren Fader y Cullen, recompensados con sendas medallas de plata, y Alice, cuya obra *Confesión* merece el Gran Premio de Honor de la muestra (1915); el regreso de Ramón Silva con obras que, como *El bosque*, y más aún, *Paisaje de Córdoba*, muestran su

## ***El arte argentino***

nueva orientación panteísta (1916) y la instalación de Fader en Córdoba durante este mismo año. Se ha producido un cambio de visión, se sustituyen, diríamos, los asuntos por las apariencias: el mundo se convierte para el pintor en espectáculo, en comunión —a veces ¡ay! tan sólo en inmersión— en la luz del paisaje. Esto ya lo habían hecho los impresionistas franceses, y aquí llega tarde; pero trae un saludable oreo bergsoniano —filosofía del “élan vital” que es como el horizonte metafísico del paisaje impresionista. El espectáculo está en las provincias, donde se alía fácilmente con las tradiciones de tierra adentro (Gramajo Gutiérrez, además de los nombrados; López Buchardo en la canción culta; más tarde Francisco De Santo, pintor intuitivo de amplitud americana).

### **ACCESO A LA PLÁSTICA NUEVA**

En 1916 hemos recibido la visita de Ortega y Gasset, quien “hizo despertar a algunos de su letargo dogmático”. Europa, sin embargo, no es para nosotros una garantía de sincronización con el arte contemporáneo. El mismo año que Pettoruti pinta *Mi ventana en Florencia* (1917) con un “collage” y perspectivas que introducen en el cubismo la dimensión metafísica, Fader expone *Sinfonía de Otoño* y *La vida de un día*, y Lugones publica *El libro de los paisajes*. Los comentarios huelgan. Estos años conocen también el sabroso intimismo de Thibon de Libian, cuyas escenas de bambalinas anudan la vida bohemia con el cabaret y el cafetín de Buenos Aires. Poco tiempo después, en 1921, el país concurre a Venecia con la *Sala argentina*: triunfo y liquidación, simultáneamente, del impresionismo y del clásico naturalismo que tenía su más alto exponente en Alice, pintor de historia. Pero el horizonte no está limpio, y menos aún el ojo que debe percibirlo: puede decirse que en todo reina una confusión insuperable, y que tal confusión ha sido engendrada por el rápido voltear de los ismos europeos, cuyas actitudes de vanguardia obedecían a un instrumental ideológico surgido de experiencias de que aquí no disponíamos. El prestigio de Rubén —que no comprendió a los artistas nuevos— seguía aleccionándonos desde el diario “La Nación”. En literatura pasaba algo semejante; en filosofía, la llegada de Ortega deja perplejos a muchos profesores. De Hegel se pasa a Taine, a Husserl, a Scheler o Heidegger... según los casos. Verdad es que la segunda década corresponde a un despertar del pensamiento: pequeños núcleos universitarios, discípulos de Alberini y Korn intentan conciliar el intuicionismo y vitalismo con el neoidealismo italiano (V. Virasoro: “Filosofía”, en *Argentina 1930-1960*, Sur,

Buenos Aires, 1961, p. 276). Pero, ¿cuántos argentinos han oído hablar de lógica matemática antes de 1924? ¿Cuántos conocen la abstracción? ¿Cuántos han comprendido el cubismo? Aun la gente de avanzada, un Curatella Manes, confiesa que lo comprendió ¡en 1923!, año en que Pettoruti exponía en la Galería Sturm de Berlín. Qué decir de las academias de arte, donde Cárcova y Alice son los maestros indiscutidos. Con ellos la calidad media del cuadro mejora: se aprende un buen oficio, aun el oficio espectacular. Desgraciadamente la formación del artista no siempre tiene que ver con el oficio. A lo más, el graduado de la academia se detiene en la imitación del ismo de turno; de tal modo, no ha de sorprender que lo único que en esos años se practica sean las variantes del naturalismo. Lozano Moujan pudo complacerse en 1922 de que “la anarquía de Europa no nos ha llegado... No hemos tenido las fantochadas cubistas, dadaístas, expresionistas”. (*Apuntes para la historia de nuestra pintura y escultura*, ed. García Santo, Buenos Aires, 1922, p. 217). Basta para no compartir el juicio generoso de Córdova Iturburu sobre las cualidades de Lozano: “crítico sereno”, etc.

La maduración del ambiente —que ha sido lenta—, aparece en la tercera década en una serie de hechos muy significativos: la Colección Sosa, que ha dado tantas vueltas desde la donación en 1876, encuentra por fin el museo de arte a que estaba destinada al fundarse el Museo de Bellas Artes de La Plata, con Ernestina Rivademar y Francisco Vecchioli como directora y secretario, respectivamente (1923). Un año después se funda la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad, en La Plata, y Amigos del Arte en Buenos Aires, y Ricardo Rojas publica *Amerindia*: palabra acuñada para traducir “la migración de los hombres y las culturas de Europa a las Indias, Amerindia es el nombre de este nuevo misterio etnográfico; y la Argentina es sin duda el órgano más fecundo de tal creación”. Finalmente, el regreso de Emilio Pettoruti al país, después de once años, sus dos exposiciones en Witcomb y La Plata y su contacto con el recién fundado grupo literario “Martín Fierro”, haciendo que la poesía y el arte se sincronicen por fin, con las corrientes contemporáneas.

La imitación del arte europeo importa una contradicción interna del viejo sistema de desarrollo, contradicción que en vez de ser superada, parece que la propia estructura del *progreso* la produce sin cesar. La *montación* de mecanismos e instituciones no cambia de por sí las cosas puesto que lo que debe cambiar para ello es la vida, la ideología, la visión del mundo que es su resultante. Mientras buscábamos románticamente diferenciarnos de Europa, rivalizar con ella, la repetíamos a destiempo. Cuan-

## *El arte argentino*

do nos incorporamos a ella, hemos producido la obra valiosa, y a su hora. El único inconveniente es que la competencia en ese terreno se hace a altísimo nivel, casi al par de la genialidad.

La presencia, creativa y docente de Emilio Pettoruti halla, a pesar de todo, un ambiente de expectativa entre los jóvenes, entre otros, los martinfierristas, influidos por el originalísimo pensamiento de Macedonio Fernández, para quien el ser se identifica con el estado sensible; un aspecto muy sugestivo para esclarecer las relaciones de la filosofía con la plástica es la amistad de Emilio Pettoruti con Carlos Astrada. El futuro expositor de Heidegger coincidía con el pintor empapado de ideología futurista, quien, por eso mismo, también halla una tenaz oposición de los grupos conservadores. La historia estaba, empero, de su parte. En 1926, el año de *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes, Antonio Sibellino (1891-1960) ejecuta la primera escultura abstracta de América, el relieve *Composición de formas*. Este mismo año, el gobierno de Córdoba adquiere un cuadro "futurista": *Los bailarines*, —de Emilio Pettoruti— con destino al Museo de la Provincia. En 1927 Raquel Forner, Pedro Bigatti y Pedro Domínguez Neira fundan el Taller Libre, sobre las huellas de Gutierrez (1882-1932), quien proviene de la Secesión novecentista. Forner, ex discípula de Othon Friesz, deriva a un expresionismo dramático. También expresionista, pero de raíz clásica, es la obra de Lino Enea Spilimbergo (1896-1965), la de Antonio Berni (n. 1905), orientada hacia un realismo social, la de Curatella Manes (1891-1962), quien estudió en Florencia con el argentino Dresco y en París con Bourdelle, y, a partir de 1923, con André Lhote. En la década del 20 la obra de todos estos artistas, aunque muy significativa, no se sincroniza concretamente con el arte nuevo. Los nombres, en escultura, serán Sibellino —más tarde Lucio Fontana (1899) y Vitullo (1899-1953) olvidado por los argentinos. La plástica "constructiva" tiene en *Muñeco* (1931) de Gómez Cornet (1898-1963) un testimonio expresivo de lo que pasa con algunas personalidades a quienes les alcanza, en cierto modo, el concepto estructuralista de "límite": Gómez Cornet abandona esa visión fecunda y se vuelve a su provincia. ¿*Amerindia*, *Martín Fierro*, *Don Segundo Sombra*? Quizás. De todos modos, la rebelión de un arte basado en el sustrato antropológico, capaz, por tanto, de un acceso a los símbolos primordiales del indio, debe esperar hasta Gambartes (1909-1963) quien queda, por sus fechas, más acá de nuestro enfoque.

El arte "nuevo" de los 20 años carece de anécdota, es "plástico" en el sentido más propio de la palabra, reemplaza el asunto por el "motiv"

—arlequines, naturalezas muertas, formas abstractas. Tiende a lo que Mondrian llama lo universal. La formación aluvional de la Argentina, que se convierte en una sociedad de masas, influye en su arte. Una mirada retrospectiva de conjunto permite aclarar el proceso. Se diría que entre 1880 y 1930 no se ha hecho otra cosa que prepararlo: periodismo, “mass media” (la “radio” aparece hacia 1923), normalismo, academismo son el cañamazo de un desarrollo sobre el que sigue pesando la idea del progreso. En tales condiciones, el arte de vanguardia no puede ser popular. Los estratos sociales en que prende lo colocan al margen de la masa, como ocupación altamente especializada de una minoría, y sin mercado inmediato. Por eso la vida del artista ha sido difícil y el reconocimiento tardío no hace sino ratificar esa epopeya silenciosa que hoy permite al país afrontar sin desmedro la comparación más exigente.

# La modernización de la literatura

JUAN CARLOS GHIANO

*NACIDO EN NOGOYA (prov. de Entre Ríos) en 1920. Actualmente es profesor de literatura argentina y de literatura iberoamericana en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata. Director del Instituto de Literatura Argentina de la misma Facultad. Últimamente ha publicado: Ricardo Güiraldes (1966), que obtuvo el premio Ricardo Rojas instituido por la Municipalidad de Buenos Aires. Más recientemente "El Matadero", de Esteban Echeverría y la realidad nacional, además de diversas monografías sobre Andrés Bello, José Martí, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Enrique Larreta y Manuel Gutiérrez Nájera. En los últimos tiempos ha tenido a su cargo ediciones de Echeverría y Darío. Tiene en preparación una historia de la literatura hispanoamericana y una obra de teatro, género que también ha cultivado con éxito. (Narcisa Garay, mujer para llorar).*

EN el siempre útil *Diccionario de Autoridades* se define a "moderno" como "lo que es o sucede de poco tiempo a esta parte. Es del latino *modernus*, que en la baja latinidad significa lo mismo". Como segunda acepción se agrega: "en los Colegios y Universidades vale lo mismo que nuevo". De acuerdo con el sentido castizo del término, la modernización de la literatura sería un concepto válido para los contemporáneos que, en un momento determinado, reconocen un cambio, terminante o no, con respecto a lo habitual. Entre las fechas fijadas —1880-1930—, tendrían que señalarse varias etapas de "modernización". Al menos, tres: la del 80, la de los últimos años del siglo y la de 1920 y su década. Para los observadores de cada uno de esos momentos, la literatura argentina ofrecía elementos novedosos, que venían a sumarse a rasgos rescatables de la tradición inmediata, o a contradecirlos en aspectos no siempre fundamentales.<sup>1</sup> Para un estudioso europeo las literaturas de nuestra América del siglo XIX presentan una continuidad menos pro-

blemática que la manifiesta por las letras europeas del mismo período. Esta diferencia, fácil de reconocer a lo largo de la centuria, se basa en razones sociales y políticas, matizadas en los distintos países, sin destruir la continuidad central. La literatura fue preocupación de grupos minoritarios, aislados en sus repúblicas respectivas a pesar de los muchos compromisos inmediatos que los escritores manifestaron. La conciencia de una minoría de vocación expresiva hizo que los nuevos movimientos no atacaran con violencia a los precedentes, inclusive en las etapas de más profunda renovación. La mejor lección en tal sentido la dieron los modernistas, aparecidos y afirmados en los últimos tres lustros de la centuria: los rechazó, evidentes desde su posición esteticista, no empeñaron la lucha con los últimos románticos, sino contra los incomprensivos de siempre, como si la solidaridad con el grupo minoritario anterior borrara las diferencias literarias.

Esa conciencia de solidaridad minoritaria de cada grupo con el anterior, parece contradecir la dificultad para situarse en una tradición viva, que no siempre han sabido resolver los literatos hispanoamericanos. La hispanofobia de los años de la independencia y de casi todos los románticos hizo que en la Argentina se rebuscara la originalidad local como punto de partida de las nuevas actitudes. Resulta muy significativo que los prosistas y poetas del 80 se afanaran en revisar las producciones escritas desde 1830 en adelante, buscando así el valor de las letras nacionales. Los modernistas supieron recuperar también los valores amplísimos y sugerentes de la mejor herencia española, tan propia de los peninsulares como de los hijos de América. A pesar de las búsquedas de arraigo gentilicio, los resultados nuevos fueron movidos por influencias extranjeras, en primer término por el pensamiento y la literatura de Francia. De tal manera, que la "modernización" reiteró el expediente que habían afirmado ya los iniciadores románticos.

A través de Francia, los argentinos se asomaron al panorama amplísimo de las letras europeas modernas, con una decisión que repitieron pocos países del continente. Nuestra literatura, desde los años de Esteban Echeverría (1805-1851), fue la más atenta a lo nuevo de Europa, y a la vez la más variada en soluciones. Tales modalidades se acentuaron con motivo del cierre del siglo XIX y la apertura a la centuria nueva, a través de esa corriente literaria que recibió el ambiguo nombre de modernismo.

<sup>1</sup> La apertura del espacio obliga a sintetizar el panorama sobre sus elementos más destacados. Por ello han debido descartarse los matices que animan el período reseñado y las pruebas de los cambios. La insistencia en la bibliografía propia sirve para compeltar esta síntesis, con los análisis que aquí no pueden presentarse.



## ***La modernización de la literatura***

Eje alrededor del cual se ordena el proceso de modernización que había comenzado a marcarse con algunos motivos del 80.

El más abarcador y comprensivo de los historiadores del modernismo, Federico de Onís, ha valorado los orígenes hispanoamericanos de un movimiento que a poco se extendió a España. En el juego de las relaciones culturales entre la Península y sus hijas americanas, el modernismo representó la posibilidad de un diálogo de igual a igual, que reanudó una comprensión espiritual tantas veces desvirtuada por motivos políticos inmediatos. Onís reconoce en el modernismo “la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX”<sup>2</sup>. El mismo historiador indica que esa forma de cambio se manifestó en el arte, la ciencia, la política y la religión, para extenderse a todos los aspectos de la vida. Onís no apunta con la suficiente claridad el aporte que ese siglo en disolución dejó a los escritores nuevos, aunque en otros pasajes de sus estudios insista en las bases románticas del modernismo, advirtiendo el ingrediente fundamental de un movimiento que concilió elementos de procedencias muy diversas. Tal vez el problema no resuelto por Onís derive de la acatación evidente a los cuadros de la ordenación histórica europea, que deben modificarse para entender sin deslices el desarrollo hispanoamericano<sup>3</sup>.

A pesar de haber vivido de reflejos durante casi toda su historia, la literatura de nuestra América acomoda estímulos e influencias a perspectivas que ya no aceptan las explicaciones válidas para los orígenes europeos. El romanticismo vino a la Argentina a través del camino francés, con el arrastre de otras literaturas que centralizaba Francia, pero muy de inmediato, motivos nacionales —la tiranía rosista y sus consecuencias— hicieron que los escritores seleccionaran determinados modelos, con la muy voluntaria exclusión de otros, y que los estímulos facilitados por esos patrones fueran puestos al servicio de las interpretaciones nacionales. Los aspectos sociales del romanticismo dominaron sobre los restantes, y sus modalidades sirvieron para expresar las preocupaciones por el presente

<sup>2</sup> ONÍS, FEDERICO DE: *Antología de la poesía española e hispano-americana (1882-1932)*. Madrid, Revista de Filología Española, 1934.

Cfr.: GHIANO, JUAN CARLOS: “El modernismo entre América y España” (en: *Ramón M. del Valle Inclán, 1866-1966 (Estudios reunidos en conmemoración del centenario)*). La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1967, ps. 163-197).

<sup>3</sup> V.: HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Traducción de Joaquín Díez-Canedo. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1949; y ARRON, JOSÉ JUAN: *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1963.

del país y la búsqueda de un porvenir mejor, en que se restablecería la línea de progreso indefinido que casi todos creyeron la característica raigal del siglo. Las razones nacionales de los románticos se transformaron en motivos personales para los modernistas, pero éstos no se desentendieron de los primeros. Lo prueba con abundancia el variado desarrollo literario e ideológico de Leopoldo Lugones (1874-1938), el más ambicioso de sus representantes.

Si la primera condición que unifica a las distintas corrientes literarias argentinas del siglo XIX es la nacionalización de sus estímulos, se explica la obsesiva preocupación por el lenguaje, con insistencia que no aparece en los demás países de nuestra América. En ninguno de ellos tuvo tanto prestigio y tantas afirmaciones coincidentes el equívoco problema del "idioma nacional"<sup>4</sup>.

Sobre los elementos nacionales, deben situarse otros rasgos, sorprendentes para los observadores europeos. En primer término, los desajustes cronológicos con que se desarrollan movimientos que en Europa se han cumplido con un ritmo más natural. Aquí, se prolongan hasta la última agonía, o se aprietan sin dar los frutos esperables. Pareciera como si el atraso cultural con respecto a Europa obligase a los argentinos a una carrera de apuestas con sus propias posibilidades, en confusiones notables de perspectivas y proyecciones valederas. La mejor ejemplificación de la prueba continua exigida por sí mismo la da Lugones en el período de su obra que va desde 1897 a 1920, con una serie de cambios que parecen ir quemando etapas, con eliminación de algunos de los modelos hasta ayer reverenciados, en búsqueda de estímulos que muchas veces se quedaron en la aproximación superficial. Frente a esta vocación de estar al día, tan argentina, sorprende la prolongación centenaria de los principios románticos, no menos nacional que la prisa desmesurada de Lugones.

Por todos esos motivos deben desdeñarse las clasificaciones de "escuelas literarias". Los cambios se desarrollan como "movimientos", en "corrientes" donde es posible discriminar algunos elementos esenciales, de influencia más prolongada, y muchos rasgos momentáneos, que no por esto dejan de pesar en la suma total. Estas condiciones se refuerzan con el

<sup>4</sup> Cfr.: GOSTA ÁLVAREZ, ARTURO: *Nuestra lengua*. Buenos Aires, Sociedad Editorial Argentina, 1922; CASTRO, AMÉRICO: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su explicación histórica*. Buenos Aires, Losada, 1942; ALONSO, AMADO: *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*. Buenos Aires, Losada, 1943; y ROSENBLAT, ÁNGEL: *Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología Hispánica "Dr. Amado Alonso", 1961.

## *La modernización de la literatura*

modernismo, cuya cronología básica se ciñe a un período breve, el que transcurre de 1896 a 1905, con la producción de interesantes poetas individuales.

Si se toma como eje de la modernización literaria argentina el triunfo porteño del modernismo, la fecha clave del mismo señala a Buenos Aires como la capital de la literatura nueva de lengua española en 1896. Este año se afirma con la publicación de los dos libros en los cuales Rubén Darío, huésped de nuestro país, concretó la madurez juvenil de su estilo y la afirmación decidida de su influencia. En *Los Raros* el nicaragüense reunió semblanzas de escritores de distintos países, en su gran mayoría franceses, que se convirtieron en el breviario estético de los jóvenes, deslumbrados por este camino de acceso a la literatura empeñada en la reconquista de la Belleza —con la significativa mayúscula de época. En *Prosas profanas*, poemario admirable desde el nivel de sus búsquedas, el autor encarnó la ejemplificación incitante de maneras expresivas que hasta entonces parecían ajenas al español<sup>5</sup>.

Con un criterio simplista, todavía presente en los manuales de historia literaria, el modernismo ha sido opuesto al romanticismo, señalando al primero como el signo de la literatura que se abre al siglo xx, y al segundo como la dominante del xix. Precizando más el desarrollo de estas dos corrientes, la influencia romántica se extiende desde 1832, con la publicación de *Elvira o La novia del Plata*, hasta la mal llamada “generación del 80”, en la cual se desea ver el primer alejamiento del romanticismo a través de la adhesión al positivismo, el realismo y el naturalismo. Se olvida así que los escritores del 80, mucho más los poetas que los prosistas, fueron románticos, sobre cuya educación fundamental destiñeron modelos de otros orígenes, que no alcanzaron a transformar la disposición esencial. Como se olvida también que los modernistas fueron románticos, y que desde esa condición surgen los aspectos mejores de su lírica confesional.

Las dos promociones literarias más importantes del siglo xix se sitúan en relación con la política del país. La del 37, encabezada por Echeverría, con la tiranía rosista; la del 80, con la federalización de Buenos Aires, que cerró el proceso mayor de la organización nacional. Pero, de inmediato, deben apuntarse las diferencias básicas entre los escritores de una y otra época. Desde Echeverría a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), los escritores que Ricardo Rojas llamó con acierto “proscriptos”, se sitúan en una relación activa y fecunda frente al rosismo. Posición que desarrolla

<sup>5</sup> Cfr.: GHIANO, JUAN CARLOS: *Análisis de “Prosas profanas”*. Buenos Aires, Centro Editor de América latina, 1968.

el aspecto más perdurable de su pensamiento. En Juan Manuel de Rosas y su política, los proscriptos encontraron estímulos que dieron unidad y novedad a las influencias extranjeras de sus planteos literarios. Sarmiento lo reconoció muchas veces, como si concretara una experiencia de época a la cual se rindieron todos sus contemporáneos importantes. Desde las dimensiones de un presente, el de la tiranía, agrandado y problematizado por el destierro, los proscriptos afirmaron su compromiso con el futuro nacional. Todos ellos confiaron en el porvenir, y por ello planearon en grande, desprendiéndose de los elementos sombríos nacidos de su situación de expatriados. Desde mucho antes de Caseros escribieron apoyados por su fe en la caída de Rosas y la conciencia de las funciones importantes que desempeñarían en la organización patria. En la obra de Sarmiento se reconocen, por veces con desmesura muy peculiar, tales elementos de apoyo.

Muchos de esos rasgos nacionales alientan aún en José Hernández (1834-1886), menor edad que los proscriptos; al menos desde las perspectivas de *La vuelta de Martín Fierro*, 1879, y sus últimas manifestaciones políticas.

Por el contrario, los hombres más típicos del 80 fueron ensombreciendo la visión del país futuro, sobre una regularizada idea del fracaso de los principios alentados por los proscriptos. Motivos nacionales y situaciones personales coincidieron en esos resultados, que ilustran hombres tan distintos como Lucio V. Mansilla (1831-1913), Miguel Cané (1851-1905), Eugenio Cambaceres (1843-1888), José Manuel Estrada (1842-1894) y Pedro Goyena (1843-1892).

Los escritores del 80 todavía fueron hombres públicos, que ocuparon cargos importantes en el país, o como representantes en el extranjero, pero ya no se sintieron los protagonistas de la vida nacional, como había ocurrido con Sarmiento, o Bartolomé Mitre (1821-1906). Con la presidencia de Nicolás Avellaneda (1836-1885), el tercero de los gobernantes del país constitucionalizado, se acaban los hombres de letras en tal función. Desde Julio A. Roca (1843-1914), la Argentina tiene en la presidencia a políticos o militares afortunados, más flexibles que los intelectuales frente a las condiciones nuevas de la nación, como a los juegos de las componendas partidarias. Mansilla exasperó la condición de postergado que compartieron casi todos sus coetáneos en la literatura, vueltos con insistencia a las quejas por un país que se traicionaba a sí mismo, desdeñando a sus hombres de pensamiento<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> V.: MANSILLA, LUCIO V.: *Entre-nos*. Introducción de Juan Carlos Ghiano. Buenos Aires, Hachette, 1963.

## *La modernización de la literatura*

A medio camino entre la política y la literatura, los del 80 se sintieron estafados en la primera y no alcanzaron a considerarse plenamente satisfechos como escritores. Esta situación ayuda a entender el sentido fragmentario de sus obras, como si la dispersión de intereses fuera una lealtad expresiva a su posición en el país. Fragmentario que, por otra parte, resulta coherente con las dimensiones de sus conciencias, tanto en la interpretación aristada del presente, como en la idealización del pasado inmediato y en la desconfianza con respecto al futuro. Vieron a la Argentina como una nueva Cartago materialista, cerrada a los reclamos más altos del espíritu; sintieron que se habían quebrado las estructuras sociales que se arrastraban con placidez desde la colonia y se sintieron avasallados por las manifestaciones de una sociedad que no alcanzaron a comprender. La avalancha inmigratoria y las formas de la prosperidad económica aparecieron para ellos como el resultado de una crisis moral, que no supieron situar en sus perspectivas, como si su modernidad de pensamiento se encerrara en el nivel de los planteos intelectuales y estéticos, no en los sociales. Cabría hacer una excepción con el muy alerta Eduardo Wilde (1844-1913).

En el 80 se acentuó la idea de un grupo minoritario, apretado por una mayoría que ignoraba a esos aristos. Con este resquemor olvidaron preguntarse qué hacían ellos para comprender al país y hasta dónde fueron capaces de nuclear a la misma clase de la que se consideraban los representantes mejores. Tanto los liberales como los católicos se divorciaron del pueblo, con un aristocraticismo que motivó los tonos más personales de su literatura, en las páginas de memorias y los relatos de viajes. En las primeras, mostrando un antes de ayer mejor que el presente; en los segundos, con implícitas o explícitas comparaciones con una Argentina que se les cerraba en el perímetro ostentoso de Buenos Aires, ciudad quemadora de etapas de crecimiento. De ahí que, antes que la de argentinos, sintieran con orgullo la condición de porteños, asumida sin titubeos hasta por aquellos no nacidos en la ciudad capital.

Por sentirse representantes de un grupo selecto, porteño y de la clase más elevada del país, los escritores del 80 afirmaron las comprensiones del grupo, impuestas sobre sus diferencias religiosas y mentales. Por esas coincidencias abundan en sus páginas los sobrentendidos y las alusiones, dirigidos a quienes vivían en la misma situación. Con tales medidas, redujeron las perspectivas del periodismo nacional, en la función básica de su modalidad de escritores; a la vez, alcanzaron un tono intimista en las columnas de los periódicos. Su amplitud de intereses intelectuales los llevó

con frecuencia al diletantismo; a pesar de la formación universitaria de muchos de ellos, pocos se ajustaron a su educación específica, como si la amplitud de curiosidades fuera otra de las condiciones definitorias del grupo. A ellas deben agregarse ambiguos anhelos cosmopolitas, con los cuales se adelantaron a uno de los elementos propios del modernismo.

La formación literaria del 80 fue romántica. Sobre esta base se sumaron principios positivistas y científicistas, y atracciones que les permitieron comprender e imitar modelos realistas y naturalistas, de Inglaterra y Francia. En el eclecticismo de sus lecturas, los románticos preferidos son poetas que ya habían gustado a Echeverría y sus discípulos: Byron, Víctor Hugo, Lamartine... A ellos se agregan algunos españoles, en particular Espronceda y Bécquer. Tales predilecciones no dejan de reconocer las diferencias entre las ambiciones de sus admirados, y las que ellos reservan para su literatura, mucho menos empinadas. En la mayoría de los prosistas fue creciendo una suerte de desconfianza frente a la poesía, que se declara abiertamente en Wilde, y se matiza, con menor decisión, en declaraciones de Mansilla. Tal parece ser una de las salidas del romanticismo subjetivo y sus atracciones, ya marcada por algunos de los mayores prosistas de la generación del 37.

El positivismo, antes en lo pedagógico que en filosofía, y la atracción de las ciencias experimentales permitió la apertura a las novedades del naturalismo francés. A propósito de Zola y sus principios narrativos, surgieron sin embargo reacciones correctivas en nombre de la moral; entre ellas pueden citarse las de Martín García Mérou (1862-1905), el crítico más definido del período. La atracción naturalista motivó una modernización de la novela, que tuvo su representante más equilibrado en Cambaceres, aunque no siempre sus libros superan los encarrilamientos impuestos por las tesis.

Frente a las variantes en el desarrollo de la prosa, los poetas se volvieron cronológicamente hacia atrás, como desdeñosos de la gran lección de originalidad concretada por Hernández. Olegario Víctor Andrade (1839-1882), rendido admirador de Hugo, retoma los temas de los versificadores de la Independencia y trata de exaltar una mitología nacional, apoyado en motivos envejecidos para sus años. Ricardo Gutiérrez (1838-1896), discípulo de Byron y Lamartine, vacila entre la confesión sentimentalizada, tantas veces lacrimosa, y la leyenda nacional, en donde las relaciones con la realidad no pasan de la nomenclatura localista. Rafael Obligado (1851-1920), declarado continuador de Echeverría y admirador de Bécquer, divide su producción entre las suaves evocaciones del

## *La modernización de la literatura* ..

pasado familiar y los relatos de origen legendario o folklórico. Para estos escritores parece que no hubiesen ocurrido las novedades de la poesía europea desde 1850. A algunos de esos cambios se asomó Carlos Guido y Spano (1827-1918), el más depurado de los líricos del 80, y prosista excelente. Pero resulta aventurado considerarlo un precedente modernista; las calidades de su expresión nacen de un sentido musical y una tarea de lima no habituales entre sus contemporáneos. Guido y Spano, junto con Obligado, representan una saludable reacción en contra de los descuidos expresivos que se cargaban a cuenta de la inspiración<sup>7</sup>.

Lo nuevo de los escritores del 80 ha de buscarse en los prosistas fragmentarios, particularmente en sus páginas de recuerdos y memorias, las de Mansilla, Wilde, Cané, Guido y Spano, Bartolomé Mitre y Vedia (1845-1900), Santiago Estrada (1841-1891). En las especies de ficción se adelantan Wilde, nuestro primer cuentista moderno, y Cambacères, el mayor de los novelistas del naturalismo, sin desdeñar los cuadros de costumbres que se diseñan en tantas novelas, como *La gran aldea*, de Lucio V. López (1848-1894). Estos escritores fueron grandes conversadores —“*causeurs*”, como ellos preferían— y de tales rasgos surgen los aspectos más vivaces de sus estilos, los que ofrecen una posibilidad de enriquecimiento, ajena a los principios de grandilocuencia e hinchazón en que se había encerrado el romanticismo venido a menos.

Aunque los modernistas, al menos los primeros y más decididos, no hayan señalado sus relaciones con los escritores del 80, una línea interna los aproxima, pero no sirve para señalarlos como herederos. La limpieza de retóricas cumplida por los prosistas del 80 dejó la vía abierta a los afanes estetizantes del modernismo, que no tuvo que descargarse de estilos prestigiosos. Algo semejante ganó para los nuevos la poesía de Guido y Spano.

La preocupación esencial de los escritores aparecidos en los últimos años del siglo se manifiesta como obsesión de estilo, que se acrecentó en resuperación de la Belleza. Surge así nuestro primer grupo de literatos cuyas existencias se colman con el quehacer expresivo. No vivieron de sus libros, sino del periodismo o la enseñanza, pero se desprendieron de la multiplicidad de tareas públicas que había sido caracterís-

<sup>7</sup> V.: ROJAS, RICARDO: *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora “Coni”, 1922, t. IV, *Los modernos*; Varios. *Historia de la literatura argentina*. Dirigida por Rafael Alberto Arrieta. Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1959, ts. III y IV; y CASTAGNINO, RAÚL H.: “La vida literaria argentina entre 1862 y 1930” (en: Academia Nacional de la Historia. *Historia argentina contemporánea, 1862-1930*. Buenos Aires, “El Ateneo”, 1966, t. 13, vol. II, ps. 53-193).

tica de la generación anterior. La nostalgia de la política activa fue desvelo constante en Lugones, tan desdeñoso de la opinión pública y el comité; pero ese anhelo apenas se insinúa en sus coetáneos, conformes con la actuación literaria a la cual confiaban su justificación.

Las lecturas más estimulantes de los nuevos fueron las francesas. La devoción a algunos románticos —al frente el infaltable Hugo— fue superada por el fervor que despertaban parnasianos y simbolistas. A la vez se afirmó el culto de la prosa artística, desde Flaubert en adelante. Pero tales lecturas no se presentan con caracteres absorbentes; los jóvenes del modernismo se acercaron a libros de muchos países europeos, contemporáneos y antiguos; también descubrieron los clásicos castellanos, desde los más viejos a las grandes individualidades de los siglos de oro; entre los románticos, permaneció la admiración becqueriana.

La obsesión del estilo relacionó a los creadores más originales del momento, cualesquiera sean sus temas y sus diferencias ideológicas. Los más lúcidos triunfos fueron alcanzados por la poesía, el ensayo y el cuento; sólo Enrique Larreta (1875-1961) alcanzó prestigio con la novela. El mayor novelista de la época, Roberto J. Payró (1867-1928), prolonga y ahonda la lección realista, por influencia de maestros del género y por convencimiento de que ése era el estilo más adecuado a la interpretación del presente y el pasado nacionales. Lo mismo ocurrió con el teatro, que tuvo un período brillante a partir de 1903, con el estreno de *M'hijo el doctor*, drama del uruguayo Florencio Sánchez (1875-1910), asimilado a la Argentina. Sánchez y Gregorio de Laferrère (1867-1913) son los representantes más originales del grupo de escritores teatrales, que definió una época abundante en temas, pero limitada por las modalidades de la verosimilitud escénica<sup>8</sup>.

Los modernistas no prefirieron ninguna especie literaria. En poesía, fueron de la lírica a la épica, unificados sus intentos por la dignidad verbal; en la narrativa, reiteraron la leyenda, la tradición, el cuadro costumbrista, la novela histórica; en el ensayo, prefirieron la actitud impresionista, con sensibilidad alerta a símbolos y matices. El teatro quedó al margen de sus intereses, como si reafirmaran así la condición minoritaria del movimiento.

Lugones fue el primer literato que extremó en la Argentina la vigilancia minuciosa de la expresión, sobre un criterio relacionado con un ideal español del siglo XIX, que había admirado la abundancia del vocabu-

<sup>8</sup> V.: ORDAZ, LUIS: *El teatro en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Leviatán, 1957.



## **La modernización de la literatura**

lario sobre todos los rasgos del estilo. Tal amplitud de voces, muchas veces creadas con afán de lexicólogo, apoyó la idea de un nuevo mester de clerecía. En la rebúsqueda verbal debe buscarse la explicación de la impopularidad lugoniana, la misma que rechazó a muchos cultores de idéntica obsesión. Contra los alardes exteriores reaccionaron los poetas más lúcidos de principio de siglo, en particular Enrique Banchs (n. 1888), Baldomero Fernández Moreno (1886-1950) y Alfonsina Storni (1892-1938). Menos original resulta la evolución de Arturo Capdevila (1889-1967), Rafael Alberto Arrieta (n. 1889) y Arturo Marasso (n. 1890).

Al margen del modernismo más acentuado deben considerarse los dos poetas más populares que ha tenido el país: el desmesurado y oratorio *Almafuerte*, Pedro B. Palacios (1854-1917), y el sentimental Evaristo Carriego (1883-1912). Las diferencias que se marcan entre Lugones y esos dos poetas señalan un conflicto largamente latente en nuestra literatura: la del escritor artista, que escribe para sus pares, y la del escritor que busca lectores con el contenido de su obra. El mismo Lugones tuvo conciencia del conflicto; sus finales *Romances del Río Seco* indican la búsqueda de una popularidad que no le habían alcanzado sus variados intentos anteriores<sup>9</sup>.

Surgido en las huellas poéticas de Lugones, Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) maduró su personalidad después de 1930, con ensayos y relatos de incitantes planteos, más aptos para la polémica que para la adhesión incondicional.

El esteticismo modernista creó pronto una retórica, de posibilidades fáciles para los imitadores aplicados. Si hacia el '96 escribir poesía en la Argentina se manifestaba como discipulado de *Prosas profanas*, las variedades de los poemarios lugonianos ampliaron tentadoramente los riesgos de imitación. Los segundones sin talento se entretuvieron en remedar tales ejemplos, concluyendo en el ajardinamiento de la expresión, limitada a unos pocos temas, considerados poéticos con anterioridad a la escritura. Creció así una literatura fina, perfilada en la pulcritud verbal, y desprendida de la realidad inmediata. De esta manera se había estrechado el concepto del modernismo, que en su genial iniciador, José Martí, fue propuesto como renovación ideológica, que llevaba naturalmente a un estilo nuevo. En las dos primeras décadas del siglo XX se agrandó el estanca-

<sup>9</sup> V.: GIUSTI, ROBERTO F.: *Nuestros poetas jóvenes. Revista crítica del actual movimiento poético argentino*. Buenos Aires, Edición de "Nosotros", 1911; OBLIGADO, CARLOS: *La cueva del fósil*. Buenos Aires, La Facultad, 1938; BORGES, JORGE LUIS y EDELBERG, BETINA: *Lugones*, Buenos Aires, Troquel, 1955; GHIANO, JUAN CARLOS: *Lugones escritor (Notas para un análisis estilístico)*. Buenos Aires, Raigal, 1955.

miento mental de los literatos argentinos, que escribían mejor pero sin sustancia. La situación se hizo más anacrónica a propósito de los sucesos internacionales que se encadenaron a partir de los comienzos de la guerra del 14, y se fueron multiplicando en los años siguientes, hasta la crisis económica del 29. Las literaturas nuevas de Europa y de los Estados Unidos del Norte parecían ajenas a los intereses argentinos; mucho más grave era la distancia ideológica con respecto al pensamiento contemporáneo.

El primer síntoma del cambio se manifestó con el balance negativo del modernismo. Jorge Luis Borges prefirió señalarlo como el “rubenismo”, aludiendo así a la influencia de *Prosas profanas*, con sus tentaciones exóticas y sus refinamientos de métrica y vocabulario. La condena de esa extranjería fue extendida a Lugones, y a otros modernistas, menores. Aunque las referencias resulten menos explícitas, el rechazo se dirigió también contra el realismo narrativo, englobando en él a Payró, Manuel Gálvez (1882-1962) y Horacio Quiroga (1878-1937), con la indiscriminación de una juventud apresurada y combatiente, para la cual la literatura argentina se agotaba en provincialismos sin dimensiones perdurables.

Poco después del 20 comenzaron a organizarse los jóvenes, centrando sus campañas en el perímetro porteño. Un grupo, fundamentalmente poetas, encontró su manifestación generacional en las páginas del periódico *Martín Fierro*, aparecido entre 1924 y 1927. A treinta años de su publicación, las entregas parecen más vivas en sus secciones de combatividad desprejuiciada, aunque en ellas aparecieron los poemas primeros de importantes líricos de nuestro siglo, y también interesantes aportes narrativos y críticos. Los renovadores encontraron apoyo y guía en algunos mayores, con obras ya apreciables; entre ellos se destacan nítidamente Macedonio Fernández (1874-1952), Ricardo Güiraldes (1886-1927) y Oliverio Girondo (1891-1967).

La producción martinfierrista más importante se concretó en la poesía, con decidida posición lúdica. Más valederos que los temas locales —adelantados por Lugones, Carriego y Fernández Moreno—, resultan el versolibrismo y la imagen, convertidos en las formas innovadoras que desataron las polémicas de Lugones, ceñido a un formalismo que encontraba apoyo en el verso regular y la rima. El contenido de la literatura martinfierrista, o de Florida —por referencia topográfica a la calle donde tenían su centro de reunión—, se desinteresó de los compromisos extraliterarios, como si la alegría de la creación justificase de sobra la euforia de novedad. Salvo algunos ejemplos aislados, la obra perdurable de esos escritores se dio después del 30, al acentuarse la conquista personal de sus

## ***La modernización de la literatura***

estilos. De esta tarea surgió la lírica de Ricardo E. Molinari (n. 1898), Francisco Luis Bernárdez (n. 1900), Eduardo González Lanuza (n. 1900), Raúl González Tuñón (n. 1901), Luis L. Franco (n. 1898), Conrado Nalé Roxlo (n. 1898), Carlos Mastronardi (n. 1901); la producción poética y narrativa de Jorge Luis Borges (n. 1899), Leopoldo Marchal (n. 1900), Norah Lange (n. 1906); el ensayo y la narrativa de Eduardo Mallea (n. 1903) <sup>10</sup>.

Si las influencias de ingeniosos creadores europeos (de León Paul Fargue a Valéry Larbaud, de Paul Morand a Gómez de la Serna) alentaron a los martinfierristas, otro grupo de escritores encontró estímulo en los teóricos del socialismo y la literatura del pacifismo y el proletariado. Son los jóvenes preocupados que reunió la revista *Claridad*, de larga vida, entre 1926 y 1941. Grupo llamado también de Boedo, por la calle proletaria en que tenían sus reuniones.

Las novedades del pensamiento político de los boedistas y su compromiso con verdades sociales del país y el extranjero no comportó una parecida audacia expresiva. Por lo general sus cultores remedaron modelos naturalistas y realistas, alcanzando su mayor eficacia en el relato breve.

Un tanto al margen de los afanes esenciales de Boedo, Roberto Arlt (1900-1942) se convertiría en el representante mayor de algunas actitudes postuladas por esos comprometidos, aunque su preocupación básica fuera más existencial que social <sup>11</sup>.

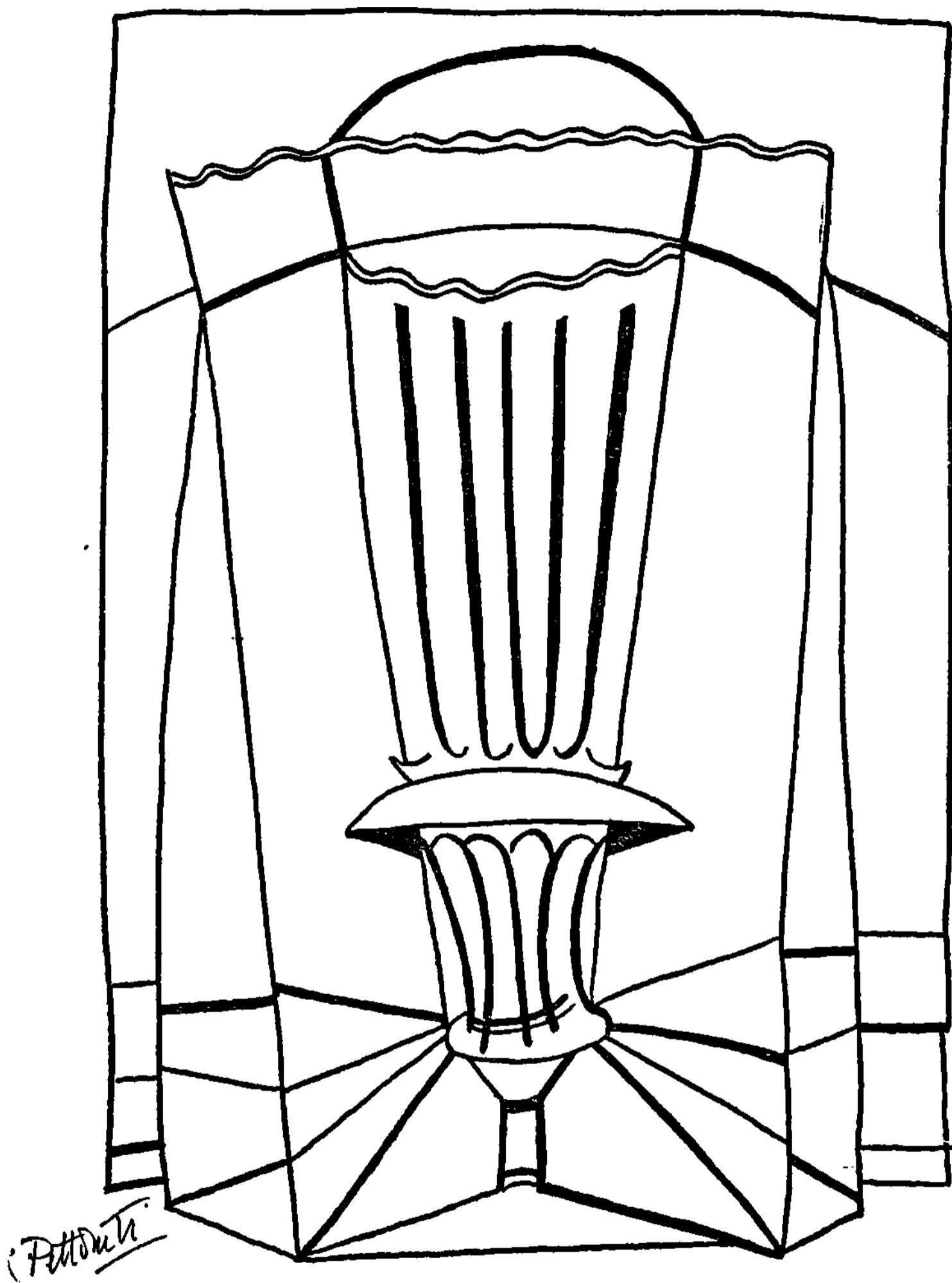
Con Florida y Boedo —dos grupos porteños— se abre realmente el siglo XX en la literatura argentina, certificando la terminación del estiradísimo ciclo romántico, que habían depurado los modernistas sin modificarlo en sustancia.

Los escritores más válidos de la época actual pueden ordenarse a lo largo de las líneas que inauguraron, no siempre con nitidez, los intentos juveniles de martinfierristas y boedistas. Con ellos comienza el presente de nuestra literatura, justificado —como siempre— por las creaciones individuales de los escritores memorables <sup>12</sup>.

<sup>10</sup> V.: GHIANO, JUAN CARLOS: *Poesía argentina del siglo XX*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1957.

<sup>11</sup> Cfr.: GHIANO, JUAN CARLOS: *Testimonio de la novela argentina*. Buenos Aires, Leviatán, 1956.

<sup>12</sup> V.: ANDERSON IMBERT, ENRIQUE: *Historia de la literatura hispanoamericana*. II. *Época contemporánea*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1961.



Dibujo en tinta china, por EMILIO PETTORUTI (París, 1967).

# La historiografía

ANTONIO J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI

## I. LAS CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS

*NACIDO EN BS. AIRES en 1921. Doctor en filosofía y letras graduado en la Universidad de Buenos Aires. Es director del Departamento de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Bs. Aires. En la misma casa de estudios dicta introducción a la historia e historia del pensamiento y de la cultura argentinos. Ha sido profesor en las universidades nacionales de Córdoba, La Plata, Sur (Bahía Blanca) y Universidad del Salvador (Bs. Aires). PUBLICACIONES: Del épos a la historia científica —libro laureado—, Qué es la historia; Las fuentes de la historia; La "Carta de Lafont" y la perceptiva historiográfica; Ideología y acción de San Martín y Mentalidades argentinas, 1860-1930. Ha colaborado en las revistas "Universidad" (Santa Fe), "Anuario de Historia" (México), del "Museo Mitre" (Bs. Aires), "Universidades" (Bs. Aires), "Revista de Historia Americana y Argentina" (Mendoza).*

EL propósito de caracterizar la historiografía argentina conforme a corrientes precisas de pensamiento resulta, en verdad, sumamente arriesgado, ya que entre nuestros autores ha reinado una gran confusión ideológica, y difícilmente puede hallarse uno solo que aplique a la investigación histórica la orientación de una determinada doctrina filosófico-historiográfica. Sin embargo, en el período que nos ocupa hay marcados rasgos de indudable influencia positivista, mezclados con otros que acusan herencia —ya un poco anacrónica— de la espiritualidad romántica y sus epígonos, y otros aún, también románticos, de fuerza tradicionalista. Si fuera menester calificar en una forma generalizadora la historiografía producida entre los años 1880 y 1930, quizá pudiera designarse como *romántico-positivista*. En un primer capítulo analizaremos, pues, estos rasgos característicos, para abocetar luego tres formas historiográficas: los *datistas*, los *ensayistas* y los *eruditos*, cuyos principales cultores mencionaremos en la segunda parte.

a) *Los rasgos románticos*

A partir de Herder, la concepción genética de la historia movió a los investigadores a hurgar en el pasado para hallar los rasgos definitorios del ser nacional a través de sus tradiciones. Ello engendró, como ha denunciado Croce, las más fantasiosas postulaciones en torno de la llamada filosofía de la historia, y se orientó, en general, a la formulación de principios político-moralizantes que se suponían rectores del destino nacional. En nuestro país, esa corriente tomó cuerpo con la *Ojeada retrospectiva* y el *Dogma Socialista* de Esteban Echeverría, y se prolongó por muchos años (casi hasta nuestros días) en toda la producción historiográfica.

En otra oportunidad hemos puntualizado detalladamente los rasgos peculiares de la historiografía romántica argentina. Es el caso señalar ahora cuáles rasgos perduraron en la producción posterior.

En cuanto a la índole de la realidad histórica quedó arraigado el principio de que existía un "espíritu nacional" al que debe remitirse la comprensión de lo cultural, la convicción de que la libertad es el valor político culminante, y la seguridad de que debía alcanzarse, por vía histórica, la organización de un Estado que asegure el logro de la plenitud moral. Desde el punto de vista del conocimiento, el enfoque apuntaba a considerar lo nacional como sujeto y objeto de la historia, en la convicción de que el fin de la historia es el progreso nacional. Pero, curiosamente, ese progreso nacional tenía que inspirarse en algo ajeno a lo vernáculo. El verdadero progreso se hallaba en Europa, cuna de la civilización, la libertad y el orden, y aquí había que adaptar lo europeo a las necesidades locales, eliminando los elementos "bárbaros", de estirpe hispana, que limitaban el espíritu creador y mantenían un régimen institucional estático e improductivo. A pesar, pues, del espíritu nacional, de la ponderación de las tradiciones y de la exaltación de lo "nacional", lo argentino, todavía no conformado, debía tener como modelo a lo europeo. Sin embargo, un resurgimiento romántico haría que al finalizar el siglo XIX, y más marcadamente en las tres primeras décadas del XX, apareciera un marcado tinte nacionalista que comenzaría a exigir la revisión de los esquemas llamados "liberales", y pondría el acento en la vindicación de personajes como Rosas y los caudillos, execrados a su hora por los representantes de la espiritualidad romántica y condenados por la historiografía en boga.

## **La historiografía**

### **b) Los rasgos positivistas**

En general, los autores de este período están íntimamente convencidos de que el mundo humano, igual que el mundo natural, está sujeto a un proceso evolutivo. La intelectualidad era entendida como algo enteramente natural, constituida por características físicas que se manifiestan en el lenguaje, el ingenio, las artes. El conocimiento de la evolución del hombre requería un método que permitiera ver el fenómeno general, para extraer las particularidades propias de cada evento. La historia, así, tendía a resolverse en sociología. Ellos estaban convencidos de que cada momento social, según el aforismo de Comte, “es el resultado necesario del precedente y el motor indispensable del siguiente”, y creían en la existencia de esas fuerzas motoras del devenir humano que Taine definió como “raza, medio y momento”.

Se observa también, con mayor o menor fuerza, una tendencia a aferrarse a la concepción organicista de la historia enunciada por Spencer, según la cual las sociedades humanas tenían que comportarse como “organismos sociales”. Y así como para conocer un organismo hay que atender necesariamente al comportamiento de las partes a fin de adentrarse en el comportamiento del todo, lo mismo tenía que ocurrir con los organismos sociales en sus respectivas evoluciones históricas. Para hallar esa estructura orgánica no quedaba más remedio que la revisión de la sociedad a través de la historia. Y así se refundía, por vías distintas, la necesidad —enunciada por Herder con distinta intención— de recurrir al *método genético*. Una vez hallada la génesis, el origen, la estructura orgánica básica, resultaría fácil seguir su desenvolvimiento paulatino conforme a la ley de la evolución universal, según la había enunciado Spencer: “por la evolución, la materia pasa de un estado de homogeneidad indeterminada e incoherente a un estado de heterogeneidad determinada y coherente”. Aplicado esto a nuestra nacionalidad incipiente, era menester advertir cómo, y por qué fuerzas impulsoras se iban formando diversas estratificaciones que paulatinamente se diferenciaban más y más dando lugar, así, al ordenamiento institucional.

La acción del medio tenía, para estos autores, una influencia decisiva. Y ellos, por la herencia romántica, creían también en la necesidad de adecuar lo vernáculo a lo europeo, aunque ahora se llegaba, en buena medida, a postular una mimesis de lo europeo, en la creencia de que la

ley de la evolución universal, como *universal* que era, habría de cumplirse inexorablemente en todas partes, y resultaba conveniente adelantarse mediante la captación acelerada de los elementos constitutivos del progreso que ostentaba Europa.

c) *Las formas historiográficas*

Ya había enunciado Taine, en la línea de Comte, que la investigación histórica debía partir de la minuciosa recolección de los hechos, para luego alcanzar el conocimiento de las causas. Este principio metodológico mordió fuertemente en toda la historiografía de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Ya ha señalado A. J. Toynbee, en la *Introducción* a su obra principal, que el "sistema industrial" aplicado a la bibliografía científica produjo una diversificación monográfica tal, que resultaba virtualmente imposible la síntesis de tanto detalle acumulado en folletos y opúsculos sobre circunstancias hasta inverosímiles. Ese fenómeno generalizado en toda investigación científica, cobró aquí características verdaderamente alarmantes respecto a la producción historiográfica, y proliferaron los *papelistas* (según la mordaz calificación de Groussac) que se dieron a una especie de iconolatría del documento, sacando a luz, en sendas publicaciones, circunstancias o "hechos" meramente anecdóticos, que muchas veces nada agregaban ni quitaban a lo ya conocido. Pero estos *datistas* (así los califica Carbia), a pesar de sus exageraciones, aportaron también nuevos elementos para el análisis crítico, pues entre millares de papeles inútiles aparecieron noticias de singular importancia que, agregadas al saber historiográfico del momento, permitieron la reelaboración de viejos supuestos y abrieron nuevas perspectivas a la investigación.

Por el otro lado, se renovó el afán reflexivo sobre la teleología histórica, y aparecieron filósofos de la historia argentina que procuraron formular "líneas de movimiento" que conciliaran el "espíritu nacional" postulado por la espiritualidad romántica con la evolución universal del organicismo. En el caso, por supuesto, hubo exageraciones por momentos hasta ridículas, pero no puede negarse la aportación de ideas que estos filósofos de la historia hicieron sobre todo para el momento hermenéutico del análisis crítico. El período que nos ocupa se inicia, precisamente, con la conocida polémica entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, en la cual el primero demuestra cabalmente a su contrincante la falta de sustentación de sus aseveraciones inspiradas en un supuesto "espíritu" del acaecer que no surge nítido del material heurístico disponible.



## **La historiografía**

Rómulo D. Carbia califica esa tendencia filosófica de la historia como *guizotiana*, y puede ser acertada respecto de algunos autores, en particular Lucio V. López, que se valieron de una presunta filosofía para defender posiciones doctrinarias y hasta familiares. Pero nos parece excesivo el término como sinónimo de reflexión trascendente sobre lo histórico. Hemos preferido, pues, denominar *ensayistas* a todos estos autores, por lo poco dedicados a la investigación formal y proclives a las generalizaciones.

Una tercera forma historiográfica, que podría calificarse de “erudita”, retomó los lineamientos fijados por Bartolomé Mitre e inició tareas de investigación exhaustiva y compilación de fuentes, con los auspicios de la Academia Nacional de la Historia y de instituciones oficiales dedicadas de lleno a la historiografía.

## **II. LA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA**

En el corto espacio de que disponemos, debemos limitarnos a una escueta selección de autores, que caracterizaremos según las formas historiográficas precedentemente enunciadas. Aclaremos también, cada vez que sea del caso, la posición “liberal” o “revisionista” del historiógrafo tratado.

### **a) *Los datistas***

El grueso de esta producción apareció en revistas especializadas, cuyos colaboradores, según señala Carbia, tenían unas veces el propósito de efectuar aportaciones heurísticas publicando, sin demasiada precisión técnica, documentos de los archivos oficiales y privados, y otras veces la intención de rectificar creencias generalizadas sin suficiente base testimonial; en el último caso, también se publicaba el documento inédito o poco conocido (a veces olvidado a pesar de haberse dado a luz en viejas publicaciones) pero seguido de un estudio crítico o de comentarios oportunos. En general, estos comentaristas no dieron pruebas de equilibrio científico, ya que, las más de las veces, las publicaciones obedecían a afanes polémicos con el objeto de destruir aseveraciones sin más argumento que la exhumación de un testimonio que, para el ingenuo juicio del autor, destruía por sí toda una gama de otros testimonios que lo contradecían. Esto fue harto común en las polémicas habidas entre “liberales” y “revisionistas”, cada uno de los cuales elegía lo más conveniente

para *defender* su tesis, sin advertir que la historia no es un pleito ni necesita abogados.

Este material heurístico y estos comentarios llenan las páginas de publicaciones sin duda riquísimas por sus contenidos, que en buena parte hacen las veces de compilaciones de fuentes, como la *Biblioteca* (1896-1898), la *Revista Nacional* (1886-1910), la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (1898-1923), *Atlántida* (1911-1913), *Nosotros* (1907-1938), *Estudios* (1912-1938), *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-1885), *Revista Nacional* (1886-1910), *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires* (1895-1938), y muchas otras que sería largo detallar aquí. Esos artículos llevaban firmas tan conocidas como Adolfo P. Carranza, Manuel Ricardo Trellés, Vicente G. Quesada, Angel Justiniano Carranza, Juan José Biedma, Adolfo Lamarque, Enrique Peña, en fin, algunos de los cuales ensayaron luego, con éxito, la edición de compilaciones documentales. Fruto de ese esfuerzo son la *Correspondencia de San Martín* (1906) y las *Memorias y Autobiografías* (1910) compiladas por Adolfo P. Carranza, *La Patagonia* (1875) y el *Catálogo de documentos del Archivo de Indias en Sevilla referentes a la historia de la República Argentina* (1901-1910) de Vicente G. Quesada, la *Contribución Histórica y Documental* (1922) de Gregorio F. Rodríguez, y las publicaciones del Archivo General de la Nación y del Museo Mitre sobre documentos referidos a la independencia, las campañas militares y la acción de hombres representativos del pasado argentino que aparecieron en la década 1910-1920 (*Antecedentes de la Revolución de Mayo, Paso de los Andes*, documentos de los archivos de Belgrano, San Martín, Pueyrredón, Mitre, etc.). Cabe incluir aquí, asimismo, alguna producción monográfica de mayor aliento, como las *Campañas Navales Argentinas*, obra póstuma de Angel Justiniano Carranza, publicada en 1914-1916, y los trabajos de Enrique Peña, Juan B. Terán, Ramón J. Cárcano, José Antonio Pillado, Manuel F. Mantilla, Jaimes Freyre, el presbítero Pablo Cabrera e incluso la rica producción del esforzado Samuel A. Lafone Quevedo, todos los cuales se limitan a conformar crónicas del pasado nacional mediante glosas de documentos sin mayor análisis crítico. Interesaba a estos autores influenciados por la idea positivista, solamente conformar "Series históricas", a la manera de Xénopol, enristrando datos extraídos de testimonios de época para tratar de describir lo acaecido, sin preocuparse por aprehender la intencionalidad subyacente.

#### b) *Los ensayistas*

Paralelamente a ese afán heurístico que denunciaron los datistas, surgió un movimiento de apariencia erudita cuya franca tendencia filosofante

## **La historiografía**

no conciliaba para nada con un espíritu de investigación minuciosa y seria. Tal vez sea lícito encabezar la nómina de ensayistas con el proficuo José Manuel Estrada, autodidacta pleno de inquietudes, místico de la libertad a la par que católico ferviente y sincero, para quien el destino nacional había sido fijado por la Providencia. Curiosamente, esta figura monitora del Partido Católico —armado para oponerse al Liberalismo “de moda”— era profundamente liberal en su concepción filosófico-historiográfica, convencido de que “la libertad es cristiana o no hay libertad”. Aferrado, sin embargo, a la creencia de que existe una ley del progreso que asegura el venturoso destino nacional, conforme a los postulados positivistas, armó una historia retórica y brillante, sin mayor comprobación testimonial pero ahita de fe en el triunfo de la democracia querida por Dios. Junto a Estrada, pero con fundamentos muy distintos —quizá hasta antagónicos—, cabe colocar al otro liberal a ultranza, Joaquín V. González, cuya idéntica fe en el progreso y en el destino nacional se fundamenta en su convicción de que la ciencia lleva de la mano a la humanidad. Ambos —Estrada y González— fueron oradores elocuentes y barrocos, seguros de que la historia *tenía* que desenvolverse como sus respectivas convicciones les dictaban, y sin más lanzaban afirmaciones sobre el pasado histórico que siempre servían para edificar sobre ellas un futuro venturoso.

Ellos, como la mayoría de los *ensayistas* de la generación del 80, crearon esa especie de seguridad que caracteriza aun a muchos argentinos, referente a que el país camina hacia destinos envidiables, porque cuenta con una historia gloriosa que ha fijado ya, de manera indestructible, esa grandeza nacional. Tan honda era esa convicción en la segunda década de nuestro siglo que el agudo José Ortega y Gasset anotó la siguiente reflexión: “El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras; quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un futuro soberbio, no le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar”. Esa seguridad intuitiva se halla presente en la casi totalidad de los *ensayistas*, desde Lucio V. López y Rodolfo Rivarola, hasta José María Ramos Mejía y José Ingenieros, cuyo pretendido científicismo terminó en generalizaciones de corte más o menos sociológico y de escaso valor historiográfico.

También incursionaron por la historia literatos de fuste, como Leopoldo Lugones, Mariano A. Pelliza, Joaquín Castellanos, Antonio Dellepiane e incluso Ricardo Rojas, produciendo obras en sus días muy ponderadas pero que, más tarde, han perdido vigencia porque la belleza literaria no logró satisfacer las calidades críticas que exige la historiografía moderna.

Seguramente cabe incluir entre los ensayistas a otro grupo de escritores que, provenientes sobre todo de la rama jurídica, enfrentaron el problema de la historia constitucional, abriendo perspectivas para la investigación. No fue ajeno a ello, en su vasta producción, Joaquín V. González, aunque la solidez del planteo jurídico-historiográfico fue mucho mayor en Juan A. González Calderón y, en alguna medida, también Aristóbulo del Valle. Por último, debe señalarse otros ensayistas que abrieron nuevos y valiosos campos en la historiografía atendiendo a los problemas social y económico. Así, *La ciudad indiana* de Juan Agustín García y *Las guerras civiles argentinas* de Juan Alvarez, son respectivamente ejemplos ponderables del esfuerzo dedicado a la comprensión de la sociedad argentina y de la incidencia del factor económico en el desenvolvimiento histórico.

c) *Los eruditos*

La corriente erudita en la historiografía argentina se inicia con Bartolomé Mitre, y aunque sus obras más celebradas, —Historia de Belgrano y de San Martín,— son anteriores al período que nos ocupa, las *Comprobaciones Históricas* escritas para rebatir a Vicente Fidel López contienen las primeras y más serias reflexiones sobre teoría y metodología de la historia, que están a la altura de lo que la alta erudición europea del momento analizaba con frenesí a través de Dilthey, de Droysen, de Taine, de Fustel de Coulanges. Por el contrario, no cabe incluir a su antagonista López entre los eruditos, ya que toda su obra está signada por un subjetivismo por momentos hasta nefasto, ya que no trepidaba en “inventar” documentos con tal de lograr la demostración de la tesis propuesta.

En la línea “revisionista”, seguramente el más meritorio por su esfuerzo haya sido Adolfo Saldías, cuya *Historia de la Confederación Argentina* sigue siendo hoy sumamente valiosa para el conocimiento de la llamada “época de Rosas”. Con indudable seriedad, Saldías se lanzó a la tarea de analizar, con gran acopio heurístico, esos años tan discutidos y afrontó en sus días la responsabilidad —nada fácil a la sazón— de señalar los aspectos positivos y negativos de Rosas y el rosismo.

Debe destacarse también la labor de Antonio Zinny, que a sus ealidades de paciente recopilador unió un juicio crítico nada despreciable, aportando decenas de obras hoy indispensables para cualquier investigación. Otro tanto debe decirse de Emilio Ravignani, que en esos días se perfilaba ya como historiógrafo sensato y prudente, aunque lo más importante de

## **La historiografía**

su producción corresponde a un período posterior. También eran promesas en 1930 Ricardo Levene y Roberto Leviller, más tarde directores de la corriente academicista.

Tareas eruditas cumplieron algunos bibliógrafos como Carlos I. Salas, Ricardo Victorica y Manuel Ricardo Trelles, aunque no lograron como Zinny resolver el análisis crítico en síntesis eficientes. Otros, por el contrario, apuraron la síntesis sin haber agotado el análisis, como el caso de Carlos Correa Luna, Manuel Bilbao y Carlos Ibarguren. Obras maduras de esta época son la *Historia del puerto de Buenos Aires* de Eduardo Madero, la *Historia de Entre Ríos* de Benigno T. Martínez, y una valiosa monografía sobre *Contribución a la historia financiera de la República Argentina* de José A. Terry.

Si la erudición supone, además de la información precisa, equilibrio analítico, seriedad crítica, claridad de exposición, corrección de formas y fuerza convincente, tal vez la palma de la historiografía erudita corresponda a Paul Groussac, ese francés acriollado que fustigó, a veces con cruel ironía, las ingenuas (cuando no interesadas) aseveraciones de muchos autores anteriores y contemporáneos. Cupo a Groussac el mérito de arrasar con la mitomanía, tan común en la época, tendiente a exaltar hasta lo hiperbólico las glorias de quienes eran considerados "padres de la patria". Esa corriente apologética surgió, precisamente, por haberse advertido que la inmigración masiva y la europeización de las instituciones y las costumbres habían desvirtuado todo vínculo de cohesión nacional. De allí el apresurado esfuerzo por indagar en las tradiciones vernáculas (iniciado con *La Tradición Nacional* de Joaquín V. González), por reivindicar al apaleado gaucho, y por sobrevalorar el pensamiento y la obra de los hombres que llevaron a cabo la emancipación y la organización del país. Groussac, sin caer en iconoclastia ni en un nihilismo patriótico, supo "desnudar santos laicos", poniendo de relieve las calidades humanas de los próceres mediante la ridiculización de sus apologistas.

## **C O N C L U S I Ó N**

Esta rápida visión de la historiografía argentina en los 50 años que nos ocupan, ha necesitado eliminar, por razones de espacio, muchos nombres y la mayoría de las obras, omitiendo, al mismo tiempo, precisiones concretas en orden a lo cronológico y a lo editorialístico. Hemos tomado como guía —o mejor como punto de partida— la *Historia de la Historio-*

*grafía Argentina* de Rómulo D. Carbia, única obra de conjunto que enuncia una clasificación fundada. Por eso mismo, hemos preferido poner el acento en aquellos aspectos no atendidos por Carbia, retocando su esquema clasificatorio sobre la base de la consulta directa de las obras historiográficas a que nos hemos referido.

Al cabo, reiteramos el juicio de que toda la historiografía argentina correspondiente a los años 1880-1930 está fuertemente influenciada por el positivismo, y conserva buena dosis de la emotividad romántica que conduce a la ponderación de un dorado porvenir nacional.

El axioma metodológico de los positivistas —primero la recolección de los hechos y luego la interpretación de las causas— produjo la proliferación de “datistas” convencidos de que con sus aportaciones sumaban nuevos “hechos”, y dio pie a los “ensayistas”, convencidos de que contaban con “hechos” suficientes, para lanzarse a formular teorías —a veces, en verdad, muy atendibles, como en el caso de Alvarez— y a trazar esquemas generales que, en algunos casos, —como las “ideas-fuerza”— han sido aceptados sin mayor análisis sobre todo en el campo de la sociología.

Los eruditos no quedaron, por cierto, marginados de esas influencias, y tanto los llamados “liberales” como los “revisionistas” aportaron sus investigaciones con ánimo de contribuir al conocimiento de la génesis nacional, a fin de aprehender los lineamientos básicos del ser argentino y de apurar la obtención del necesario destino venturoso que espera a la nación en su marcha hacia el progreso.

# La educación

RICARDO NASSIF

## LA CONTINUIDAD DE UN PROYECTO EDUCATIVO

*NACIDO EN SAN LUIS en 1924. Se graduó de profesor en filosofía y ciencias de la educación en la Facultad de Humanidades de La Plata. Fue profesor de pedagogía general y filosofía de la educación en la Universidad de Tucumán (1949-56), materias que actualmente dicta en la Universidad Nacional de La Plata como profesor con dedicación exclusiva. En esta Universidad fue director del Instituto de Pedagogía y jefe del Departamento de Ciencias de la Educación (1958-66). Ha sido vicedecano de la Facultad de Humanidades (1961-64) y miembro del Consejo Superior de la Universidad (1964-66). LIBROS: Pedagogía General (1958); El humanismo pedagógico de John Dewey (1961) y Pedagogía de nuestro tiempo (1965). Recibió el Premio Provincial de Ciencias (Grupo Ciencias de la Educación) instituido por el gobierno de la provincia de Buenos Aires (1965), por su último libro.*

**A**L período que nace con la primera presidencia de Roca y concluye con el derrocamiento de Yrigoyen, se debe la consolidación del sistema educativo argentino, a la vez fiel reflejo de los ideales de modernización y secularización que inspiraron ese peculiar momento de nuestra historia. En su transcurso se levantó nuestra educación primaria, asegurado el cuerpo de maestros necesario para atender a su crecimiento; se desarrolló —aunque no siempre con la articulación deseable— la enseñanza media, y se organizó y extendió la educación universitaria, al amparo de un coherente ideario pedagógico que recién comenzaría a perder vigencia en la tercera década del siglo xx. La experiencia educacional de esos años no ha sido superada en su conjunto, en lo que hace a fuerza y consistencia y, mucho menos, en lo que podría llamarse su “metodología”. Los arquitectos del sistema argentino de educación pública, se apoyaron en una determinada interpretación del país y de sus posibilidades. No importa si esa interpretación resulta, desde el

cómodo mirador actual, acertada o desacertada. Lo cierto es que esa necesidad de obrar en función del país, o, si se quiere, de "un" determinado país, impidió, a los hombres del ochenta, del noventa y seis y del diez, caer en las redes de un utopismo tecnicista o de un academicismo pedagógico faltos de sensibilidad social. En ello reside la fuerza de su obra y la explicación de que el sistema siga intacto en lo esencial, después de haber demostrado una respetable fecundidad formativa e histórica.

La historia de la educación argentina, limitada por los años ochenta y treinta, encuentra significado si se tiene en cuenta la línea de ideas que arranca de la Revolución de 1810. Los hombres de Mayo trajeron un proyecto de país, y de educación, que si bien no fue realizado plenamente por ellos, fue retomado y reelaborado en lo fundamental por los "proscritos" y concretado en la amplia gama de las instituciones políticas por los "constituyentes" del cincuenta y tres. Ellos produjeron, dentro del proyecto nacional, las piezas del proyecto educacional. La generación del 80, complementada por la del 96, y, a su modo, por la del 10, ensamblaron esas piezas en la legislación y en las instituciones y, sobre todo, intentaron llevarlas a la tarea cotidiana de la escuela, el colegio y la universidad. No se manejaron siempre con los mismos fundamentos ideológicos de sus antecesores, ya que debieron buscar otros que se adecuaban a las nuevas situaciones y a las perspectivas que podían entrever.

Remozaron así el viejo liberalismo y adoptaron, primero separadas de ese liberalismo y luego unidas a él, las concepciones positivistas de Comte y de Spencer que habrían de acompañar nuestro desarrollo educativo hasta 1920.

Naturalmente, las cosas se dieron así en la línea dominante del proceso, porque en el diálogo —muchas veces áspero— de las ideas, toda nuestra historia cultural asistió al enfrentamiento de diversas formas del liberalismo y del racionalismo con las expresiones del tradicionalismo católico. Porque si algo caracteriza los cincuenta años ulteriores al 80 es, justamente, la imposición de las primeras tendencias en la fundamentación, realización y conducción del sistema de educación pública. No obstante, la corriente antagonista, que tuvo figuras ilustres, ayuda a comprender el proceso total y las estrategias que en cada caso se adoptaron.

El 80 actualizó, pues, un proyecto más que septuagenario y común a todos los pueblos que, en el siglo, habían decidido penetrar en la vida histórica independiente. En ese proyecto, la educación se entendía como el instrumento irremplazable para la construcción de una sociedad democrática y liberal. Además, en nuestra historia, contamos con un hombre



## **La educación**

como Sarmiento, el cual con su formidable empuje, se convirtió en el guardián celoso de la continuidad del proyecto. “Hijo de la Revolución” —como él mismo gustaba calificarse—, y miembro principal de la generación del 37, estuvo al lado de los “constituyentes” e inspiró, en la vejez, a los hombres del 80. Su pedagogía, de acentuada tonalidad social y política, expresó un pensamiento bastante generalizado y suficientemente fuerte en su tiempo, como para matizar casi todo el período que apenas iniciado pudo dar la ley 1420 de educación común.

Al asumir Roca su primera presidencia, y oscilando entre los dos y los tres millones de habitantes, la República acababa de librar su batalla por la organización y la unidad nacionales, y en las tres décadas anteriores, la educación ya se había puesto conscientemente al servicio de esos objetivos. Desde el 80, pasó a ser algo más que medio de organización y de unidad espiritual de los hijos de las distintas regiones de un dilatado territorio. El aluvión inmigratorio se acrecienta en tal grado que —de modo semejante a lo que Sarmiento había visto en Estados Unidos— la educación no podía sino pensarse como la proveedora de los elementos básicos de cultura capaces de ligar las muy diferentes formas de vida y de pensamiento de las múltiples razas que se superponían al pueblo criollo de predominante origen español. Esa función unificadora de la educación, junto con la de promoción del desarrollo, se daba claramente como responsabilidad de la escuela primaria y formaba parte principal de la prédica sarmientina. Pero también resulta apto para cumplirlas, el Colegio *Nacional* que Mitre había creado en 1863, y hasta habría de trascender en la “Universidad nueva” cuyos fundamentos expusiera Joaquín V. González, al levantar la Universidad Nacional de La Plata.

### **LA EDUCACIÓN PRIMARIA EN ASCENSO**

La educación primaria fue la obra mayor de los cincuenta años que mediaron entre 1880 y 1930. Sarmiento había sostenido, con su típico empecinamiento, el papel civilizador de esa educación, aun a expensas de un aparente desprecio por la difusión de otros ciclos escolares. “Todos los pueblos —decía— han tenido siempre doctores y sabios, sin ser civilizados por eso. Son las escuelas (primarias) la base de la civilización”. Lo cual lo autorizaba a identificar educación primaria con *educación nacional*, esto es “con el grado de educación que tiene o recibe un pueblo culto para prepararse debidamente para el desempeño de sus funciones múltiples en la vida civilizada”.

En esa concepción echan sus raíces los objetivos de la escuela primaria que harían suyos los hombres de la época: desarrollo de las facultades morales e intelectuales, formación de hábitos útiles para la comunidad, cultivo de la "capacidad industrial" al servicio del progreso social y económico, y desenvolvimiento de la conciencia política del ciudadano. Por esa causa, y siguiendo el progreso iniciado en el 53, y afirmado a partir del 70, el 80 significa el pasaje definitivo de una idea de la escuela primaria que no iba más allá de una *escuela de primeras letras* o de una *escuela elemental*, a otra más amplia de la *escuela común y popular*, de la *escuela única*, base de todo el sistema de educación pública, y órgano para la constitución de una república.

Antes del 80 se habían dado algunos pasos importantes, concretados en las legislaciones provinciales y, muy especialmente, en la ley de educación común de la Provincia de Buenos Aires (1875), e incluso en la discutida, pero a la postre positiva, ley de subvenciones (1871). Pero más allá de las legislaciones, lo importante era un clima muy propicio para la expansión de la educación primaria, un gran optimismo sobre sus posibilidades alimentado por una situación general de impetuoso avance material y espiritual. Por otro lado no puede dejar de computarse el hecho de que el Estado federal debió enfrentarse con la necesidad de organizar las escuelas primarias de la ciudad de Buenos Aires que habían pasado a su jurisdicción.

El primer síntoma del nuevo espíritu se observa en la nota del ministro Pizarro (octubre de 1880) dirigida al gobernador de Córdoba, dando cuenta de la intención del gobierno nacional de ocuparse de la educación primaria en todo el país, y señalando el error de creer que esa educación fuera de exclusiva competencia de las provincias. En el mismo año, se creó el Consejo Nacional de Educación (enero de 1881), que integrado por un superintendente (que fue Sarmiento) y ocho vocales, sustituía, con grandes poderes, a la Comisión Nacional de Educación encargada hasta entonces de la administración de los fondos previstos en la ley de subvenciones. El nuevo Consejo tenía por misión redactar un proyecto de ley de educación, elaborar un informe sobre el estado de la educación primaria y un proyecto de una escuela de artes y oficios. El informe no se redactó, aunque lo hizo por sí solo Sarmiento, suscitándose serias discrepancias con Pizarro. El Consejo fue disuelto en enero de 1882, renunciando el ministro, reemplazado por Eduardo Wilde, firmante de las grandes leyes de ese tiempo. Una Comisión Nacional de Educación, pasó a presidir el Consejo, la cual, a pesar de no jugar un papel muy rele-

## ***La educación***

vante, fue la encargada de poner en marcha las escuelas dentro del régimen de la ley 1420.

En un ambiente tan favorable al progreso educativo, el Poder Ejecutivo aprovechó una exposición internacional efectuada en la Plaza Miserere (1882) para convocar un congreso pedagógico internacional destinado a discutir los problemas de la enseñanza primaria. Decretada su realización en diciembre de 1881, la convocatoria pretendía que esos problemas fueran tratados por especialistas, incorporando de paso a la Argentina en la corriente mundial de reformas de las legislaciones educativas. El Congreso fue presidido por Onésimo Leguizamón, el cual dirigiría en la Cámara de Diputados, el grupo que redactó el texto aprobado de la ley 1420.

Las declaraciones del Congreso del 82 resumían los distintos puntos de vista entonces en boga sobre los fines y organización de la primera enseñanza, con excepción de los relativos a la enseñanza religiosa que, deliberadamente, no fueron tratados en favor de la integridad del encuentro, aunque nada podría evitar que ese mismo problema encendiera los espíritus poco tiempo después. Del conjunto de las conclusiones del certamen surgiría el primer capítulo de la ley 1420 sobre los "principios generales de la enseñanza pública en las escuelas primarias".

En un mensaje al Senado (28 de enero de 1881) el Poder Ejecutivo solicitó la aprobación del antes mencionado Consejo de Educación. El despacho favorable pasó a la Cámara de Diputados, la cual no lo consideró hasta 1883. En esa oportunidad se presentaron dos proyectos, uno de los cuales repetía el texto del Ejecutivo e imponía la ley para toda la Nación. El otro, del grupo liberal, llevaba la firma de Onésimo y Luis Leguizamón, Germán Puebla, Luis Lagos García, Delfín Gallo, Juan B. Ocampo, Apolinario Benítez y Carlos Bouquet. El debate, memorable y ejemplar, tuvo en la oposición a figuras como las de Pedro Goyena y Achával Rodríguez. A su término se aprobó el proyecto liberal, imponiendo la neutralidad religiosa de la escuela, y que, en el debate, contó con el apoyo de la aguda y erudita argumentación del ministro Wilde. El Poder Ejecutivo lo promulgó el 8 de julio de 1884 con el N° 1420, concretando una de las leyes más sabias de nuestra historia, que instauraba la escuela común, popular, obligatoria y gratuita; la escuela para todos, sin discriminaciones de raza, nivel socio-económico o credo. Un instrumento de secularización al servicio de la unidad nacional y del desarrollo libre del pensamiento.

Ciertamente, la ley no resolvió —ni podía resolver— todos los problemas de la escolarización primaria. Pero dio forma definitiva al espí-

ritu de nuestra primera enseñanza, e impulsó su progreso ascendente, con la firme base de un buen número de centros de formación docente sin los cuales todas las previsiones legales hubieran sido vanas.

El avance de la escuela primaria, después de 1884, y pasado el tiempo necesario para aplicación generalizada de la ley, fue asombroso. Una idea clara de esa evolución se refleja en el siguiente cuadro que relaciona la población general y la escolar con el número de inscriptos y de no concurrentes, y la cantidad de escuelas y maestros, según los censos nacionales y escolares realizados entre 1869 y 1932: <sup>1</sup>

Años	Población general	Población escolar (6-14 a.)		Inscripción		No concurren		Maestros	Escuelas
		Total	%	Total	%	Total	%		
1869	1.737.076	413.465	23,8	82.671	20,0	330.794	80,0	1.778	1.082
1884	3.075.970	427.034	15,2	164.598	38,5	262.436	61,4	4.078	1.912
1895	3.954.911	794.127	20,0	285.854	36,0	508.273	64,0	8.515	3.326
1909	6.858.831	1.005.416	15,8	678.889	67,5	326.464	32,4	20.119	6.595
1914	7.885.237	1.485.785	18,9	863.290	58,1	622.495	41,9	26.689	7.575
1925	10.079.876	1.905.093	18,9	1.272.754	66,7	632.339	33,2	43.663	10.058
1932	11.846.655	2.239.117	18,9	1.545.238	69,0	693.879	30,9	53.838	11.125

De igual manera son significativas las cifras relativas al decrecimiento del analfabetismo, estimado sobre los habitantes de 14 y más años de edad: 77,9 % en 1869; 53,5 % en 1895; 35 % en 1914; y, 15 % en 1943 <sup>2</sup>.

El crecimiento del índice de escolaridad y el descenso de la proporción de analfabetos, son continuos, mostrando una aceleración hasta 1910, y un ritmo menos espectacular, aunque sostenido, hasta 1930. Después de la sanción de la Ley 4874, de creación de escuelas primarias en provincias (Ley Láinez del 19 de octubre de 1905) —que trajo la novedad del abandono de la política prescindente de la Nación en la jurisdicción edu-

<sup>1</sup> Cuadro tomado de URBANO DÍAZ: *La influencia de la ley de educación común N° 1420 sobre el desarrollo cultural de la República Argentina y medios eficaces para intensificar su aplicación*. Editado por el Comité Popular de Homenaje a la Ley 1420, Buenos Aires, 1934, p. 114 (Los porcentajes están establecidos, en el caso de la población escolar, en relación con la población general; los de inscripción y no concurrencia, sobre la población escolar).

<sup>2</sup> Los datos se han extraído de GINO GERMANI: *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Raigal, Buenos Aires, 1955, p. 231.

## **La educación**

cativa provincial—, la renovación fue escasa en la práctica. El sistema siguió, en la segunda y la tercera década del siglo xx, la ley del crecimiento natural impuesta por un potente nacimiento, sin que pudieran cambiar su curso algunas ideas de hombres como Joaquín V. González, Sáenz Peña y el mismo Hipólito Yrigoyen.

Las ideas quedaron en los proyectos. Entre éstos merece destacarse el de la “escuela intermedia” (1916, Ministerio Saavedra Lamas) cuya fundamentación psicológica fue hecha por Víctor Mercante en *La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas*. El proyecto suponía la reforma estructural de la escuela primaria, que quedaba reducida a cuatro años. Los tres años siguientes correspondían a la “escuela intermedia”, un verdadero ciclo de orientación y de enseñanza práctica, que, a la vez, buscaba preparar al niño para la escuela secundaria y técnica. El proyecto no tuvo sanción legislativa, y las pocas escuelas que lo aplicaron a título experimental, debieron abandonarlo al año de su vigencia. No obstante, por sólida fundamentación científica y por su innegable fuerza renovadora, constituye uno de los intentos más serios de la pedagogía argentina, capaz de crear entonces formas escolares semejantes a las que algunos países europeos intentarían después de 1945 (Francia, Italia, por ejemplo). No realizada en su momento, la idea vuelve en estos días a considerarse, en lo esencial, como una de las posibilidades para la reforma de la educación.

También no fue más allá del proyecto la ley orgánica de instrucción pública presentada por el primer gobierno radical al Congreso, el 31 de julio de 1918, y reiterado en 1920, 1922 y 1927. En lo relativo a la escuela primaria, significaba el propósito de actualizar la Ley 1420, en nombre del “reclamo de la civilización argentina” —según reza la Memoria ministerial— de “reformas urgentes que completen la caracterización de la instrucción general y la orienten definitivamente, dándole mayor consistencia y haciéndola *más nacional, más práctica*, más adaptada a las necesidades regionales de la República”.

La no realización de los proyectos en la esfera política, pareció compensarse en los primeros años del siglo con el trabajo dentro de la escuela. Sucedió que los “pedagogos” habían dejado de conducir el país, y se quedaron tras los muros de la escuela o del laboratorio, fundamentando la didáctica experimental y psicológica que satisficiera los reclamos de su cientificismo. Aparecen así algunas escuelas experimentales y modelos. El ejemplo más típico de esta tendencia, característica del positivismo pedagógico en boga, fue la creación de la Escuela Graduada (hoy Joaquín V. González), anexa a la Universidad Nacional de La Plata (1906), con-

forme a la concepción lineal y continua del proceso formativo que sustentara el creador de esa Universidad.

La impotencia de los últimos años (1910-1930) para renovar el sistema, no demostraba de ningún modo su falibilidad. La ley progresista previó de alguna manera la evolución del país, y levantó una escuela primaria para ese país. Pero en los postreros años del medio siglo posterior al 80, la educación no podía ir más allá de la infraestructura, ni era el medio para modificarla.

#### DEL COLEGIO NACIONAL A LA ENSEÑANZA MEDIA PROFESIONAL

La formación cultural de la juventud estuvo siempre presente en el pensamiento y en las obras de los constructores de la Argentina en el siglo XIX. Lo prueban, entre otros, los antecedentes del Colegio de la Unión del Sur, del Director Pueyrredón (1817); del Colegio de Ciencias Morales (1823) y del mismo Departamento Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires, creados por Rivadavia; del Colegio de Santa Rosa (1838), que, con tanto amor, fundara Sarmiento en San Juan; de los muchos colegios provinciales creados en los tiempos de Caseros; o del viejo colegio cordobés de Montserrat.

No obstante, fue Mitre quien, a partir de 1862, introdujo una nueva política en materia de enseñanza secundaria, transformando los colegios que entonces tenía la Nación (Córdoba y Concepción del Uruguay), y creando el Colegio Nacional de Buenos Aires (1863). Su objetivo fue promover la formación científica de la juventud, estimulándola en su intelectualidad, a la vez que fundar un centro de estudios preparativos para la Universidad. Y, más allá de ello, cimentar la unidad nacional por la cultura, de donde el nombre de Colegio *Nacional*, que si bien habían usado antes Pueyrredón y Rivadavia, adquiere en Mitre una acepción muy particular: Colegio de la Nación *para toda* la Nación. Amadeo Jacques, pocos años después, en su célebre *Memoria* de 1865, y con su recordada acción personal, le daría su sentido formativo más trascendente.

El destino de nuestra educación secundaria —como el de toda nuestra enseñanza media—, fue distinto al cumplido por la escuela primaria entre 1880 y 1930. Distinto en su organicidad y, conforme a una ley propia de todos los sistemas educativos de esos años, en su volumen. Determinaron esa diferencia, la preocupación predominante por la expansión de la primera enseñanza vista como medio de promoción del desarrollo de

## **La educación**

un país que, por otra parte, no estaba todavía en condiciones de permitir el acceso a la educación secundaria sino a una minoría privilegiada de jóvenes. El universalismo de la escuela primaria, se restringía en la concepción de la secundaria que parecía preocuparse sólo por la formación de una clase dirigente.

Después del impulso inicial —que fue anterior al 80— la educación secundaria argentina no pudo encontrar el rumbo hacia una forma coherente de organización, ni siquiera próxima a la que había conseguido el ciclo común. Su evolución fue muy lenta, hasta el punto de que en veinte años, los trece colegios nacionales que había en 1870 apenas llegaron a ser dieciséis en 1891. Se comprenden, pues, las palabras contenidas en el mensaje de José E. Uriburu (mayo de 1895), que, al referirse a los colegios nacionales y a las escuelas normales, sostenía que “es forzoso pensar en la conveniencia de suprimir o transformar algunos de esos institutos que no compensan los crecidos gastos que originan al tesoro de la Nación”. En compensación proponía “establecimientos de enseñanza especial, cuya necesidad es evidente para completar la organización escolar del país, deficiente en este momento, por estar encuadrada dentro de un sistema anticuado que no condice con las exigencias de la sociabilidad actual”. El problema de la “utilidad” de los Colegios Nacionales estaba planteado, pues, por las condiciones diferentes que se iban dando en el país, sin que para ese tipo de escuelas se pudiera fijar, a esa altura de nuestro desenvolvimiento histórico, una precisa teleología. Cuando ésta se establecía —dice Horacio Rivarola— “se formaba un instituto especial que dejaba al Colegio Nacional todo lo demás”, con la consecuencia de “una enseñanza vacilante, inclinándose ya a un lado, ya a otro, según el momento y la persona que estuviera al frente del ministerio”.

Y en efecto, todo el problema de nuestra enseñanza secundaria se resolvió, después del 80, en una sucesión de reformas de planes y programas, que no llegaba a afectar la estructura esencial de un tipo de enseñanza atacado por no satisfacer las exigencias de la sociabilidad argentina. Desfilan así los planes de 1884 y 1886 (ministerio Wilde); de 1888 (Posse); de 1891 (Garballido); de 1893 (Amancio Alcorta); de 1897 (Bermejo); de 1903 (Fernández); de 1905 (J. V. González); de 1916 (Saavedra Lamas); y de 1918 (Salinas). Entre esas reformas se insertan algunos proyectos, como lo fueron los de 1893 y 1918, o el de Guagliamone (ministerio Marcó, 1923) que ni siquiera alcanzó a publicarse. Merece especial mención, el interesante y realista proyecto de Magnasco (segunda presidencia de Roca) que proponía la eliminación de muchos

Colegios Nacionales, sustituyéndolos por escuelas de enseñanza práctica, profesional y técnica, y creando orientaciones especializadas del bachillerato trazadas según las impartidas en la Universidad. Esta sucesión de planes y proyectos no hacía más que demostrar que no se daba con la manera de renovar y de consolidar la enseñanza secundaria, salvo en aquellos colegios que dependieron de las Universidades, como el Montserrat, de Córdoba; el de La Plata, incorporado a la Universidad con su nacionalización (1906); y el de Buenos Aires, adscripto a la Universidad en 1913.

El Colegio Nacional no entraba en las preferencias de las generaciones positivistas, obstinadas en el desarrollo de estudios científicos, prácticos y profesionales. No obstante, no pudieron negar el valor histórico del Colegio como centro de formación general, como inspirador de ese tipo de educación en las restantes ramas de la enseñanza media. Por otra parte se sirvieron de él para montar sobre su estructura casi todas esas otras orientaciones.

La primera escuela profesional nacida del seno del Colegio fue la Escuela Normal. Después de los intentos de Buenos Aires, Mendoza y Corrientes (1852) y del de 1865, se ponen en funcionamiento los primeros cursos de formación docente anexando la enseñanza de la pedagogía y la práctica de la enseñanza a los Colegios Nacionales de Corrientes y de Concepción del Uruguay.

Igual origen tuvo la Escuela de Comercio, en 1867, al crearse cursos comerciales sobre la base de los tres primeros años del Colegio Nacional. No obstante, la primera Escuela autónoma de Comercio, dependiente de la Nación, fue establecida por Carlos Pellegrini (1891), la cual, luego de algunos tropiezos, funcionó regularmente y se extendió a partir de 1912.

La Escuela Industrial también bebió de la fuente del Colegio. Durante la presidencia de Mitre se habían creado cátedras de mineralogía anexas a los Colegios de Catamarca y de San Juan. Pero el año clave para el desarrollo de esta enseñanza fue el de 1897, al fundarse el Departamento Industrial agregado a la Escuela Nacional de Comercio de Buenos Aires. En 1899 (ministerio Magnasco), el Departamento alcanza la categoría de Escuela Industrial de la Nación, con el ingeniero Otto Krause en su dirección. Las Escuelas de Artes y Oficios, destinadas a la formación de los obreros, fueron creadas por Naón en 1909, pero su generalización recién se produce después de 1917, para organizarse con cierta coherencia a partir de 1924. Estas escuelas, ubicadas en lugares de escaso desarrollo industrial, languidecieron paulatinamente, revitalizándose en 1934



## **La educación**

con la creación de las Escuelas Técnicas de Oficios, una especie de punto intermedio entre las de Artes y Oficios y las Industriales.

Los mismos estudios agronómicos se originaron en el Colegio Nacional. En 1870, Sarmiento había creado los departamentos agronómicos anexos a los Colegios de Mendoza, Tucumán y Salta. Los de los dos primeros se independizaron luego para constituir las quintas agrícolas. En 1873 inició sus actividades la Escuela Práctica Regional de Agricultura y Ganadería de Santa Catalina (Provincia de Buenos Aires), que en 1906 quedó incorporada a la Universidad de La Plata, para clausurarse en 1928.

La enseñanza artística y las Escuelas Profesionales de mujeres, fueron las únicas orientaciones del ciclo medio que, en su organización, no se ligaron al Colegio Nacional. La primera hizo pie en la Academia de dibujo, pintura y escultura que sostenía la Sociedad Estímulo de Bellas Artes (1876), y que fuera nacionalizada por el ministro González en 1905. En este mismo año se inauguró la Academia Nacional. En 1924, la Escuela de Dibujo que funcionaba en el Museo de La Plata, se incorporó a la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad. En este mismo año se creaba el Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico, tres años después de que el presidente Yrigoyen (1921) había anexado a la Academia Nacional el instituto que hoy es la Escuela Nacional de Artes Visuales, Ciclo "de la Cárcova".

Por su parte, las Escuelas Profesionales, destinadas al aprendizaje de las labores típicamente femeninas y a las artes domésticas, se crearon en 1900 (ministerio Magnasco) para difundirse generosamente por todo el territorio.

Con todas esas creaciones —que nos hemos limitado a enumerar y sin tener en cuenta las realizaciones anteriores a 1880— el período iniciado en ese año, completaba el sistema de enseñanza media, en su casi totalidad sobre la base del Colegio Nacional. De esa manera, y a pesar de la frustración que muchos le atribuyeron, el Colegio prestaba su cuota de servicio al desarrollo de formas educativas que el país requería sobre la marcha. Los hombres del 80 al 30 se movieron, en cuanto a la expansión del ciclo medio, con una desarmonía que, al fin y al cabo, no hacía más que reflejar las contradicciones del mismo país en su ascenso hacia el Centenario. Las orientaciones profesionales alcanzaron más fuerza después del 30. El Colegio Nacional siguió buscando la suya, aunque con un clima mucho más propicio creado por el espiritualismo antipositivista.

## LA FORMACIÓN DOCENTE

Si la escuela primaria constituía la pieza fundamental del sistema educativo, necesariamente habría de verse al maestro como su agente principal. El maestro de escuela que quiso ser y fue Sarmiento, trajo esa inspiración y la impuso.

Sobre los antecedentes ya señalados de los cursos normales anexos a los Colegios Nacionales, y los aún más anteriores intentos de Rivadavia y los breves ensayos del 52 y del 65, se construyó el normalismo argentino. La primera escuela normal fue creada en Paraná en 1869 e inaugurada en 1870. En 1874 se crean dos en Buenos Aires (nacionalizadas en 1880); en 1875, se funda la de Tucumán, y en este mismo año una ley dispone la creación de una escuela de ese tipo en cada capital de provincia. De este modo, al promulgarse la Ley 1420 (1884) todas las provincias contaban con centros de formación de maestros, lo cual dio las bases necesarias para el eficaz desenvolvimiento del sistema de educación primaria y motivó una diferencia fundamental en cuanto a su desarrollo en comparación con otros países de América Latina.

La evolución del normalismo argentino estuvo sujeta a las mismas contingencias de toda nuestra enseñanza media. En 1886 se había logrado la primera unificación del sistema en todo el país, con un número de establecimientos que superaba largamente el de los Colegios Nacionales. En 1903 (ministerio Fernández) se reorganiza a las Escuelas Normales, pero dos años más tarde (Plan González) se produce un nuevo intento de armonización de planes. En 1911, las de jurisdicción federal pasan a depender del Consejo Nacional de Educación, para ser restituidas seis años más tarde al Ministerio de Instrucción Pública. Lo que sigue, hasta 1930, son proyectos: 1916, 1918 - 1923.

La formación docente no se quedó en el plano de la preparación de maestros primarios. Después de 1880 habría de extenderse a la formación de profesores para la enseñanza media. Fue Wilde quien fundó el sistema (1886) al dividir las escuelas normales en "elementales" (para formar maestros primarios) y "superiores", destinadas a preparar profesores competentes para la superintendencia, inspección y dirección de las escuelas comunes y la docencia en las escuelas normales. Los alumnos de estas escuelas superiores (que fueron las de Buenos Aires y de Paraná) recibían el título de "profesores normales". En 1887 se establecen las Escuelas Normales de Profesores, que se reorganizarían en 1914 para preparar profesores normales en ciencias y en letras, mientras algunas se espe-

## **La educación**

cializaban en el profesorado en lenguas vivas. Estas escuelas fueron suprimidas en 1953.

Por su parte las Universidades incorporaron la formación profesoral a sus planes. La necesidad de asegurar el más alto nivel en la enseñanza y la difusión de las ciencias y las letras, fue uno de los argumentos dados para solicitar la creación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, concretada en 1896. Diez años más tarde, al fundarse la Universidad Nacional de La Plata, se anexó a la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales una Sección Pedagógica con fines de formación docente. Esta Sección que comenzó a funcionar en 1906, se convirtió en 1914 en la Facultad de Ciencias de la Educación y, en 1921 —con el positivismo en retirada— en la actual Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

En 1903 surge un tercer sistema de formación profesoral, combinando cursos pedagógicos teóricos en la Universidad, cursos prácticos en la Escuela Normal de Profesores y un seminario pedagógico especial, al estilo prusiano. La iniciativa del ministro Juan Fernández fue modificada por su sucesor en el cargo, Joaquín V. González, con la creación del Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires (1905). Este Instituto estuvo bajo la dependencia de la Facultad de Filosofía y Letras durante los años 1907 y 1908. Fuera de éstos ha dependido del Ministerio de Instrucción Pública.

Por encima de objeciones o de elogios, la Escuela Normal tuvo un papel fundamental en la formación y la evolución de la cultura argentina, aparte de su directa incidencia sobre la consolidación de la enseñanza primaria. Además, en los primeros treinta años del período que nos ocupa, fue uno de los principales centros de irradiación del positivismo.

En efecto, la Escuela Normal de Paraná, pilar del normalismo argentino, fue a la vez el pilar del credo positivista que profesó el más brillante, abundante y homogéneo grupo de pedagogos argentinos. Grupo justamente llamado de los *normalistas* dentro del positivismo e integrado, entre otros, por J. Alfredo Ferreyra, Carlos N. Vergara, Maximio S. Victoria, Leopoldo Herrera, Alejandro Carbó, Ernesto Bavio, Víctor Mercante y Rodolfo Senet. Todos ellos se formaron en Paraná, bajo la influencia de las enseñanzas de José María Torres y de Pedro Scalabrini. Escuela a la cual Ferreyra consideraba “una escuela de Boston trasplantada a las soledades de América del Sud”, y símbolo, en el país, “de un hecho cardinal de esos que inconfundiblemente empujan la perenne mutación de las

cosas". La admiración por las aulas en que se había formado, también lo llevarían a decir: "La cátedra de Scalabrini, y las de algunos de sus discípulos; las utopías de la Escuela Normal de Mercedes en la Provincia de Buenos Aires, que removieron enérgicamente las ideas; las construcciones didáctico-sociales de Corrientes, Córdoba, Entre Ríos, Santa Fe y Santiago del Estero; las resoluciones técnicas del Consejo Nacional de Educación, previa su consulta y deliberación en la asamblea de maestros, son contribuciones a la didáctica universal, menos sensibles todavía, pero tan reales como la contribución de nuestros trigos, cueros y lanas en los mercados del mundo". El sentido misional que el normalismo argentino dio a los maestros ha sido elogiado por Alejandro Korn, a pesar de estar abroquelado en el antipositivismo. Refiriéndose también a la Escuela de Paraná, y a su encomiable fuerza, manifiesta que "esa disposición de ánimo, realmente apostólica", armó a sus egresados de una fe tan grande que, "en su esfera propia, realizaron una obra que habría sido aún más proficua si factores extraños a la enseñanza —los factores de la politiquería criolla— no los hubieran perturbado en su actuación". "Ellos —continúa Korn— llevaron a las provincias del interior junto con la enseñanza laica, la emancipación del dogmatismo chato de sacristía. Ellos formaron nuestra excelente magisterio femenino e iniciaron la emancipación espiritual y económica de la mujer argentina. Ellos, por fin, organizaron nuestra escuela elemental".

## LA UNIVERSIDAD

Los "normalistas" no fueron los únicos que profesaron el positivismo. Junto a ellos —y como ellos, formando parte de la generación de 1896— estuvieron los integrantes del llamado grupo *universitario*, entre cuyos nombres más ilustres se encuentran los de Horacio Piñero, Carlos Octavio Bunge, Joaquín V. González, José Nicolás Matienzo, Rodolfo Rivarola, Ernesto Quesada, Juan Agustín García y Agustín Alvarez. Estos hombres actuaron predominantemente en el campo de la educación superior, del periodismo y la política. No obstante, algunos normalistas como Mercante, Senet y el mismo Ferreyra, habrían de sumárseles en la construcción de una Universidad nueva.

En lo fundamental, el sistema universitario argentino es el fruto del esfuerzo de las generaciones del 80 —que echó sus bases legales—, del 96 —que creó universidades de nuevo tipo y modernizó las existentes— y

## **La educación**

del 10 —que habría de producir, en las postrimerías de la segunda década de nuestro siglo, la transformación sustancial de la Reforma Universitaria.

Al llegar a 1880, la República contaba con una Universidad Nacional, la de Córdoba (fundada por los jesuitas en 1613 y nacionalizada en 1854), y una provincial, la de Buenos Aires (fundada por Rivadavia en 1821), nacionalizada en 1881. Nicolás Avellaneda proyectó la ley para las universidades (promulgada el 3 de julio de 1885) estableciendo la autonomía universitaria, instaurando un tipo peculiar de educación superior e insuflándole un espíritu que, no sin tropiezos, ha mantenido a lo largo de los años, e inspirado las nuevas creaciones que se produjeron a partir de la Ley 1579. De este modo, el ciclo superior encontró la organicidad que no pudo lograr la enseñanza media, y, en su ámbito, y dentro de las posibilidades que el país ofrecía, tuvo un gran impulso.

Entre 1880 y 1930, no sólo se aumenta el número de Universidades nacionales (de dos a cinco), sino que tanto las ya existentes como las nuevas acrecientan sus orientaciones en un sentido altamente positivo. Las Universidades creadas fueron: Universidad Nacional de La Plata, en 1905, sobre la base de la Universidad Provincial fundada en 1890, aunque inaugurada tan sólo en 1897; la Universidad Nacional del Litoral, en 1919, levantada sobre la Universidad provincial de Santa Fe que funcionaba desde 1889; y, la Universidad Nacional de Tucumán, en 1921, apoyándose en la Universidad provincial creada en 1912.

De todas estas fundaciones la que mejor refleja la concepción universitaria sobre el filo de los dos siglos, fue la de la Universidad Nacional de La Plata, fundada como tal por Joaquín V. González, a la sazón ministro de Instrucción Pública y cuya presidencia ejerció entre 1906 y 1919. El pensamiento que alimentó, por ejemplo, la creación de la Universidad de Tucumán, claramente expuesto por Juan B. Terán, está más allá del positivismo y representa la transición hacia otras formas de pensamiento. Aunque es preciso reconocer la comunidad de muchas de las ideas de los fundadores de las Universidades de La Plata, del Litoral y de Tucumán.

La Universidad platense se sitúa y se engendra en el cruce de las nuevas tendencias pedagógicas que recorrían el mundo con el mismo proceso evolutivo de la sociedad y de la universidad argentina a principios de siglo, y el bien elaborado ideario pedagógico del fundador.

Al crear “su” Universidad, González no podía menos que hacer referencia a las ya existentes Universidades de Córdoba y de Buenos Aires. Reconociendo el aporte de las mismas en el mantenimiento del “fuego de

los altos estudios” y su proporcional renovación, “sin grandes retardos”, al ritmo de la transformación de las ciencias, sin embargo las califica como “universidades clásicas”. Entiende que “en el país no hay mucho ambiente ni espacio bastante para una tercera universidad de ese tipo”, proponiendo en cambio una Universidad “del tipo moderno y experimental”, que se aparte de aquéllas “por su organización, diferente carácter y métodos de estudio, sistema de gobierno interior y direcciones especiales y prácticas”. Una Universidad así, para González, “no sólo tendría fácil cabida, sino que respondería a una necesidad evidente de todas las clases sociales de la Nación y, en particular, de las que miran más a la prosperidad general, bajo su faz científica y económica, que del solo punto de vista literario al cual se han consagrado de preferencia los institutos docentes argentinos desde sus primeras fundaciones coloniales”. La Universidad es, en el pensamiento gonzaliano, “en sí misma, por la generalidad de las ciencias que cultiva, una síntesis, un universo, una *universitas*”. Mas no por eso un microcosmos ajeno al mundo de las cosas y de los hombres. La separación de la esfera de las ideas de la que comprende la vida real, es, en su pensamiento, una de las causas del infortunio humano, porque es preciso reconocer, afirma, que “por un hombre inclinado al estudio de las palabras, hay cincuenta inclinados al estudio de las cosas y a gozar de perpetuo, sencillo y religioso deleite al observar los procesos o al contemplar las criaturas del universo natural”. Por esa causa González buscaba asegurar para la Universidad el universo de la ciencia, mejor dicho el del método científico, a la luz de una interpretación argentina del positivismo de su generación, en él altamente espiritualizado, y echa las bases de la concepción de la Universidad hoy muy en boga, como servicio público. Protegida por la idea del servicio social y nacional, tomó vuelo en su pensamiento y en su práctica de la Universidad, la necesidad de la extensión universitaria, ligada a su bello sueño de hacer de aquélla un vasto hogar científico y moral, acogedor y atrayente para todos los aspirantes al saber y la cultura. De hacer de la Universidad un laboratorio de saber y de hacer, de formación general y profesional con el apoyo del espíritu crítico de la ciencia. Y esto no fue pura utopía, porque González estaba dispuesto a realizarla en los hechos al disponer la estructura de la Universidad no sólo como un laboratorio en sí misma, sino como la experiencia de un microsistema completo de educación capaz de proyectar su fuerza renovadora sobre la totalidad del sistema pedagógico argentino.

La concepción gonzaliana llevaba, pues, a una verdadera universidad nueva. Muchos de sus principios —aunque no siempre se lo reco-

## ***La educación***

nozca— bulleron en la revolución universitaria iniciada en 1918, en la Universidad de Córdoba, la más tradicionalista de las universidades argentinas. La Reforma fue realizada por los jóvenes bajo la inspiración de la generación del Centenario (Korn, Rojas, Alberini, Palacios, Terán, Taborada, Ingenieros, etc.), extendiéndose rápidamente a todas las universidades argentinas y, más tarde, a las de algunos países latinoamericanos. En el movimiento de la reforma universitaria del 18 incidieron los movimientos políticos y sociales posteriores a la primera guerra mundial, las nuevas ideas que ya habían comenzado a desplazar el positivismo y, el ascenso al gobierno argentino, de una nueva clase que se expresaba en el Partido Radical. La presión de los acontecimientos y de las nuevas filosofías, llevaron a la Universidad argentina a la búsqueda de aperturas hacia la democratización sobre la base de una acentuada sensibilidad social. La Reforma cierra los fecundos cincuenta años del 80 en la historia de nuestra educación, expresando un pensamiento que comenzaba a proyectarse no sólo en la educación superior. Comenzaba con ella la reacción antipositivista y el ingreso de nuestra cultura en los senderos del espiritualismo. La escuela primaria misma intentaría la renovación a la sombra de ese espiritualismo y de las corrientes de la escuela activa. A la vez todo el pensamiento educativo argentino tomaba nuevos rumbos. Así vistas las cosas, la fecha tiene importancia: entre junio y agosto de 1931, Juan Mantovani dicta en el Colegio Libre de Estudios Superiores un curso sobre "Introducción filosófica a los problemas pedagógicos", el mismo que daría contenido a su primer libro importante aparecido dos años después con el sugestivo título de *Educación y plenitud humana*.



"La Barca", xilografía (taco original) de VÍCTOR REBUFFO.



# La sociología

JOSÉ ŠAZBÓN

*NACIDO EN BS. AIRES en 1937. Se graduó de profesor de filosofía en la Universidad Nacional de La Plata en 1965. Actualmente es ayudante diplomado en la cátedra de sociología de la Facultad de Humanidades de La Plata y auxiliar de investigación en el Instituto de Estudios Sociales de la misma Facultad. Ha publicado, entre otros, los siguientes trabajos: El método de Sartre; Notas sobre estructura y estratificación y La razón estructuralista. Se desempeña como director de la colección "El pensamiento estructuralista" perteneciente a la Editorial Nueva Visión, de Buenos Aires. Ha traducido varios libros y gran cantidad de trabajos para distintas editoriales sobre asuntos relativos a las ciencias humanas. Ha colaborado en diversas revistas nacionales con artículos concernientes a temas de su especialidad y dictado conferencias en diversas instituciones culturales del país.*

**S**I diseñáramos un modelo estructural de la realidad argentina en el que tuvieran cabida por igual las invariantes básicas, los fenómenos acontecimentales y las reflexiones manifiestas que apuntan a la totalidad, no sería dudoso que en el primer siglo posterior a la independencia este modelo contara con una vigorosa bipartición: Buenos Aires/interior. Estos tres niveles —las invariantes, los hechos, la teoría— no pueden imaginarse, desde luego, de otro modo que en un envolvimiento recíproco en virtud del cual las invariantes son tales a causa de la poderosa estructuración que le viene de los otros dos niveles, a los cuales, a su vez, ellas condicionan. Llamo invariantes al predominio no abolido de un puerto, de una aduana, de un poder económico, de un poder político, de un foro cultural, determinaciones todas que constituyen esa realidad sintética que es Buenos Aires, y que lo es en la medida en que sobre ella cabalga el efecto de dominación de las distintas metrópolis sobre el conjunto del país. Este nivel es determinante en cuanto los

*acontecimientos* relevantes para la historia nacional del período, encuentran su inteligibilidad última al ser referidos a las dos alternativas en juego: su consolidación o su abolición. Desde el punto de vista de los acontecimientos, éstos aparecen como las acciones y prácticas sociales surgidas a partir de la facticidad de las invariantes de estructura, que tienden (consciente o inconscientemente) a convalidarlas o a disolverlas. Las guerras de las provincias contra Buenos Aires, los programas de acción del gobierno bonaerense, los fines y medios de la Confederación y toda una constelación de hechos menos globales no tienden sino a la reafirmación de *la fuerza de las cosas* (predominio, en múltiples niveles, de Buenos Aires) o, por el contrario, a su erosión. A estos acontecimientos, a esta estructura, están referidas todas las expresiones teóricas de escritores, pensadores y estadistas que han tematizado la realidad argentina. También ellas arrancan de una situación básica que puede o no estar presente en el centro de su reflexión pero que indiscutiblemente aparecerá en algún plano interno a su discurso, si éste es analizado suficientemente.

Este modelo estructural tridimensional que toma en consideración —en el orden mencionado— la sedimentación de la historia, la historia misma y la reflexión histórica, da cuenta de la dinámica de sus niveles apenas seguimos el movimiento que, arrancando de uno de ellos, nos conduce a los otros y a sí mismo a través de los apoyos que suscita y las resistencias que encuentra. El proyecto hegemónico de una clase de hacendados bonaerenses no se ejerce ni se consolida sin pasar por una cristalización institucional que promueve la resistencia armada de sectores del interior, a su vez provistos de instrumentos teóricos que aspiran a pasar a la vigencia práctica. Las “invariantes básicas” son defendidas *de hecho* mediante las armas y *de derecho* mediante las tesis centralistas. Estas zonas analíticas pueden ser recorridas en uno o en otro sentido: la Constitución de Rivadavia, las *Cuestiones nacionales* de Ferré, el Pronunciamiento de Urquiza, los debates de 1852 en la Legislatura de Buenos Aires, contienen núcleos de sentido, modelos de un ordenamiento nacional *diferido* que pretende erigirse en fáctico orden de cosas ratificando o destruyendo —por la acción— las invariantes de estructura.

Buenos Aires adoptó tempranamente una infraestructura liberal que no se desmentiría con el correr de los años y que condicionó no sólo los fenómenos acontecimentales en una escala nacional, sino también los pasajes más finos del encuadre mental y afectivo de la realidad humana del país. Desde *Facundo* hasta *Radiografía de la Pampa* se difunde el mismo enrarecimiento humano del contorno. Aun cuando Buenos Aires apa-

## La sociología

rezca fuera de foco, no deja de ser ella el sustento real, el modelo múltiple de un cierto tipo de existencia frente a la cual lo demás es *carencia*. Buenos Aires, a su vez, era la morigerada configuración de *la ciudad*: europea, paradigmática. Ciudad y campaña, ciudad y desierto, son los conceptos más abarcadores de los pensadores románticos. No existe un continuo unificador: son dos absolutos. Cada uno posee atributos enérgicamente soldados y directamente opuestos a los del otro. La ciudad es el conjunto de los movimientos de cohesión; la campaña, un abanico de disolución. La una, plenitud; la otra, negatividad. Nada tienen en común: “parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro”<sup>1</sup>. Contiguos en el espacio, lejanos en el tiempo: “El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas”<sup>2</sup>. La campaña no sólo cae fuera de la historia, sino también de la racionalidad: “Doquier cielo y soledades / de Dios sólo conocidas / que El sólo puede sondear”.

No obstante, el mismo Sarmiento lo dice: “la vida de los campos argentinos... es un orden de cosas”<sup>3</sup>. Y si lo que caracteriza a la generación romántica es escribir y teorizar contra ese orden de cosas, considerando a sus obras como el momento previo a la encarnación práctica de sus ideas, lo distintivo de los sociólogos del 80 es el instalarse en la cima de la sociedad organizada y consagrarse a su examen conceptual, sin horizontes fluctuantes a la vista. Diríamos que el corte entre los “sociólogos” anteriores al 80 y los de este período, pasa por la existencia, en este último caso, de una serie mayor de mediaciones entre el pensamiento social y la realidad estructural. Esto condiciona no sólo una sedimentación más acentuada de los estudios que están en su base y la referencia constante a los centros mundiales de producción sociológica, sino además —y esto nos parece más importante— la adopción, por parte de estos teóricos, de un status “científico” en tanto ese status funciona también como índice de una actividad especializada en el seno de una sociedad ya constituida, política y organizativamente.

<sup>1</sup> DOMINGO F. SARMIENTO: *Facundo. Civilización y barbarie*, Eudeba, Bs. As., 1961, p. 30.

<sup>2</sup> Idem, p. 49. La ecuación de Sarmiento fue luego discutida por Alberdi: “Ud. pone en los ‘campos’ la edad media y el antiguo régimen español y en las ‘ciudades’ el siglo XIX y el moderno régimen. La vista nos enseña que no es así. La colonia, es decir la edad media de la Europa, estaba en los campos y estaba en las ciudades, lo mismo que había existido en Europa. La revolución a su vez, es decir el siglo XIX de la Europa, invadió todo nuestro suelo, abrazó los campos y las ciudades... La localización de la civilización en las ciudades y la barbarie en las campañas, es un error de historia y de observación...”. Juan B. Alberdi: *Cartas Quillotanas (Polémica con Domingo F. Sarmiento)*, “La Cultura Argentina”. Bs. As., 1916, pp. 128-130.

<sup>3</sup> DOMINGO F. SARMIENTO: *Facundo...* cit., p. 57.

Los esquemas interpretativos del 40 se flexibilizan. En efecto: vencido Rosas, triunfante la Campaña del Desierto, ha cesado “la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia”<sup>4</sup>. Catedráticos, funcionarios, diplomáticos, los hombres del 80, tributarios de la *paz y administración* que acompañan al ensanchamiento de las bases productivas del país y la modernización de las pautas de vida en sus centros urbanos, no se dirigen ya —como sus antecesores— a un público disperso, aglutinado sólo por el común afán de restaurar los principios liberales desplazados del poder. Ahora el público está aquí, “entre nos”, contiguo y asentado en *la ciudad*: en la administración, en la universidad, en las redacciones de revistas y periódicos. Este nuevo momento constructivo, cuyo fundamento social es la cohesión de la clase en el poder, otorga a sus intelectuales un amplio margen de posibilidades. Dice Ricaurte Soler: “La realidad social nacional no es una realidad que, según ellos, exija transformaciones imperiosas, como era el caso en tiempos de Sarmiento y Alberdi. El pensamiento social se presenta así más libre, menos determinado en la escogencia de sus temas y en la elaboración de sus teorías”<sup>5</sup>.

El marco común de interpretación de los fenómenos sociales y culturales, en esta época, es el suministrado por el cientificismo y el positivismo. Esto ocurre en consonancia con la tónica predominante en las ciencias naturales, cuyo desarrollo se acentúa entre 1880 y fines de siglo. En cuanto al impulso que reciben las ciencias sociales, éste proviene de dos vertientes: el derecho y la biología. El origen jurídico de la sociología argentina radica, notablemente, en la orientación antropológica y positivista de la jurisprudencia italiana, cuya influencia fue notoria en la creación de la Sociedad de Antropología Jurídica Argentina, de la que participara Francisco Ramos Mejía (1847-1893), iniciador de la sociología positivista en el país. F. Ramos Mejía, quien en 1888 publicara su conferencia sobre los *Principios fundamentales de la escuela positiva del derecho*, editó en el año siguiente un estudio parcial sobre *El federalismo argentino*, subtulado: *Fragmentos de la Historia de la evolución argentina*: el conjunto —inconcluso— de sus trabajos sobre el tema apareció recién en 1921 con el título de *Historia de la evolución argentina*.

A partir de la década del 80 el término “evolución” se instalaría provechosamente y por largo tiempo en las ciencias sociales argentinas. Es

<sup>4</sup> *Idem*, p. 37.

<sup>5</sup> RICAURTE SOLER: *El pensamiento filosófico y sociológico del positivismo argentino*. Versión al español corregida y aumentada, París, 1956 [Copia mimeografiada], p. 204.

## **La sociología**

difícil no encontrar la palabra o el concepto en todas las obras editadas en el período. Desde F. Ramos Mejía y E. Quesada hasta Juan B. Justo o Ingenieros, la idea de evolución preside el encuadre de una realidad social a la que se supone discontinua, emergente, fuertemente conflictuada y desgastada por las fuerzas del medio. Es sin duda una prolongación de la línea del "realismo social"<sup>6</sup> de los emigrados del 40, que querían insertar su programa como una poderosa palanca que descongelara, de una vez por todas, una evolución social *detenida*. Pero la noción de "evolución" es una herramienta moderna suministrada por las ciencias biológicas: a través de ella, los positivistas piensan el espesor de su propio pasado, la génesis oscura que los condujo al presente inalterable. Mientras los proscriptos unificaban al país ausente como el campo de lucha de dos principios: Mayo y la Colonia, la democracia y el absolutismo, el progreso y la reacción, la sociología positivista busca engendrar ambos momentos en un continuo quebrado que depositará la verdad de la historia a sus pies: en el país organizado.

Así, la historiografía y la sociología positivista querrán apropiarse ese pasado turbulento y lo harán, aprovechando los esquemas científicos en boga: el evolucionismo, el determinismo biológico, o del "medio", o de la "época". Para Francisco Ramos Mejía, hay una "herencia social" que arranca de España y que incorporada a la "sociabilidad" argentina, hace que "el federalismo argentino [sea] el resultado exclusivo de nuestro desarrollo histórico, una mera evolución de nuestro propio organismo político"<sup>7</sup>. El sistema federal será la consecuencia de la influencia del medio y de las "fuerzas colectivas". Estas fuerzas colectivas constituirán asimismo el objeto del libro de José María Ramos Mejía (1849-1914), *Las multitudes argentinas* (1899). Este autor, médico psiquiatra, había estudiado la psicopatología de algunos personajes históricos en un trabajo publicado antes de graduarse, *La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* (1879), obra muy elogiada por el maestro de la antropología criminal, Cesare Lombroso. El estudio de las individualidades lo condujo a interesarse por los diferentes tipos de psicología de las multitudes. Cuatro años antes, Gustave Le Bon había publicado la *Psychologie des foules* y sus ideas servirán a Ramos Mejía para explicar el desarrollo de la historia argentina de acuerdo a la incidencia de la psicología de las masas. *Las multitudes argentinas* es un caso extremo de ortodoxia

<sup>6</sup> La expresión es de Alfredo Poviña.

<sup>7</sup> FRANCISCO RAMOS MEJÍA: *El federalismo argentino. Fragmentos de la historia de la evolución argentina*, Félix Lajouane editor, Bs. As., 1889, p. 5.

mecanicista. Según el autor, los hombres “*se combinan* para formar la multitud, como las moléculas para constituir los cuerpos. Existe, indudablemente, una *atomicidad* moral, como la capacidad de saturación de los átomos que limita sus valencias... A ese hombre de las multitudes deberíamos más bien llamarle el *hombre-carbono*, porque en el orden político o social desempeña, por su fuerza de afinidad, las funciones de aquél en la mecánica de los cuerpos orgánicos... El calor de la pasión... el ardiente estímulo de la lucha, aumentan su afinidad y las valencias del contagio, como un flujo de chispas eléctricas...”<sup>8</sup>. Para Ramos Mejía, la época de Rosas enfrentó dos estados diversos de las multitudes: la multitud rural, que poseía un exceso de energía y la multitud urbana, deficitaria en cuanto a ese atributo: eso explica el predominio de aquélla sobre ésta. Pero se trataba de controlar a ambas y aquí aparece, a propósito de los caudillos, una estratificación de aptitudes, que se eleva desde Facundo, pasando por Artigas y Ramírez, hasta Rosas, quien “es casi un vertebrado, en el sentido de una final perfección en ese transformismo mental”, que permite a este último ser “una expresión de las dos multitudes: de la multitud decrepita de la ciudad fatigada y de la barbarie rural, exuberante de sangre oxigenada”<sup>9</sup>.

*Las multitudes argentinas* era, explícitamente, la introducción a una obra sobre Rosas que apareció en 1907 con el título de *Rosas y su tiempo*. En ella se reclamaba la presencia del historiador-filósofo y del psicólogo-anatomista que dé el sentimiento de esa “estructura singular”. Pero en esos años, ya Ernesto Quesada (1858-1934) había rechazado la teoría de considerar a Rosas como ‘la encarnación misma de la neurosis’. El positivismo de Quesada, más ceñido a los datos institucionales y más dispuesto a acordar a una configuración temporal y a una legalidad histórica inmanente los principios de explicación del rosismo, rechazaba ese biologismo extremo: “un escritor argentino contemporáneo hace intervenir a la medicina en auxilio de la política y de la historia, y según sus neurosis, Rosas no es un gobernante ni un hombre sino un monstruo... y su época no ha sido una época sucesiva de la historia, sino algo que no cae bajo el análisis de la crítica histórica, y es sólo susceptible de las inducciones de la ciencia médica. Rosas vuelve a ser una monstruosidad inconsciente...” dice en su obra *La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico* (1898)<sup>10</sup>, anterior-

<sup>8</sup> JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA: *Las multitudes argentinas*, Kraft. Bs. As., 1952, pp. 59-61.

<sup>9</sup> Idem, pp. 294-295.

<sup>10</sup> ERNESTO QUESADA: *La época de Rosas. Su verdadero carácter histórico*, Arnoldo Moen editor, Bs. As., 1898, p. 225.

## La sociología

mente publicada en forma de artículos en la revista "La Quincena". Quesada exhuma archivos personales de personajes de la época y reconstruye un cuadro mucho más matizado que la unilateral versión unitaria. Por lo demás, eso es lo que se propone. No pretende justificar o absolver, sino comprender, hilar la trama nítida en la que se perciban los datos constitutivos del período estudiado. A cada momento aparecen en el texto expresiones en las que el juicio moral queda claramente deslindado del juicio científico: "no se justifica, pero se explica", "es explicable, aunque lo condenemos", etc. Es la permeabilidad de un fragmento histórico para su reconstitución científica lo que interesa a Quesada; logrado esto, desde luego, según los cánones deterministas del positivismo: "Todos los acontecimientos humanos tienen su explicación lógica, cuando se analiza la época en que se produjeron y los factores que en ella intervinieron. En la evolución histórica argentina, Rosas... representó la política de federalismo y autonomía, que la historia y la geografía imponían fatalmente al país..."<sup>11</sup>.

Ese año de 1898 fue también el de la creación de la primera cátedra de sociología en el país, creación promovida por la Universidad de Buenos Aires. Desde algunos años antes, el profesor Antonio Dellepiane venía dedicando parte de su curso de filosofía del derecho a temas sociológicos. La nueva materia debía comenzar su enseñanza en 1899, pero al no existir designación del profesor titular, se confió el curso respectivo al mismo Dellepiane, quien dictó la materia ese año. Luego de un interregno de cinco años, en que no fue enseñada la asignatura, el gobierno

<sup>11</sup> Idem, pp. 137-138. Palabras que a su vez merecerían el juicio condenatorio de Ingenieros: "Mediante sustituciones de palabras —no siempre inocentes— muchos historiadores argentinos pretenden hacer confundir [el] *feudalismo* con el *federalismo*, sin advertir que el primero es un obstáculo a todo propósito de unidad nacional, mientras que el segundo puede ser su base más segura cuando cada estado federal tiene vida autónoma y se basta a sí mismo". José Ingenieros: "La evolución sociológica argentina", en *Sociología argentina*, Losada, Bs. As., 1946, pp. 57-58. Por lo demás, el período candente del rosismo ya había sido profundizado por una historiografía que pretendía quebrar la atmósfera enrarecida que presidía su evocación. Así, decía Saldías al comienzo de su *Historia de la Confederación Argentina* (1877): "No se sirve a la libertad manteniendo los odios del pasado. Lo esencial es estudiar el *cuerpo social* que, a impulsos de su sangre y de los defectos de su educación, incubó y exaltó a los que tales odios inspiraron. Sólo así se puede señalar las *verdaderas causas* de esa postración estupenda del sentido moral..." Adolfo Saldías: *Historia de la Confederación Argentina. Rosas y su época*, Librería "La Facultad", 1911, tercera edición, tomo I, p. 2 [Los subrayados son míos, J. S.]. Pero estaban también quienes deseaban mantener incorruptible la visión de una época "famosamente infame". Mitre replicó a Saldías: "Se ha propuesto usted la rehabilitación histórica, política y filosófica de una tiranía y de un tirano... tratando de explicarla racionalmente por una ley anormal... [Pero] Caseros es una batalla final, lógica, necesaria y fecunda. Es el punto de partida de la época actual, de la evolución de la organización nacional... Protestar contra el triunfo de Caseros... es protestar contra la corriente del tiempo que nos envuelve...". Carta de Bartolomé Mitre a Adolfo Saldías, de octubre 15 de 1887. Reproducida en la edición citada de Saldías, pp. XV y XX.

designó en 1904 a Ernesto Quesada, quien sería así el primer profesor titular de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Al año siguiente se hace cargo Quesada y su conferencia inaugural es una erudita elucidación del “carácter científico de la enseñanza de la sociología”. Esta hace así su entrada en la Universidad, en franca polémica con quienes le niegan el carácter de ciencia basándose en que esta última “debe ser la región intangible en la que sólo viven las verdades y las leyes comprobadas”. Quien afirmaba esto era el doctor Miguel Cané, decano saliente de la Facultad de Filosofía, y lo hacía en el acto de la transmisión del decanato al Dr. Norberto Piñero. En el ataque, Cané extremaba las confrontaciones: no soportaba que se pudiera decir “sociología” en el mismo sentido en que se dice “álgebra” o “mecánica”. Relativizaba, además, el contenido de una materia que, de encargarse “a 20 profesores... la preparación de un programa, presentarían 20 programas diferentes, de acuerdo cada uno con la tendencia de su espíritu... en tanto que, entre 20 profesores de geometría, no habrá uno solo que se atreva a calumniar a la hipotenusa, atribuyéndole costumbres que no tiene”<sup>12</sup>.

El alegato de Quesada se dirige menos a probar la instalación de la sociología en esa pretendida “región intangible”, que a puntualizar críticamente lo perimido de tal concepción científica. Quesada menciona a Gauss, Rieman y Helmholtz; también los *Principles of mathematics* de Bertrand Russell, obra de recientísima aparición. No sólo las ciencias experimentales, también las exactas se encuentran lejos de poder formular verdades absolutas. ¿Cómo entonces se exigirá esos atributos a la sociología, que “es la ciencia filosófica más reciente y se encuentra en pleno período de formación evolutiva”. Pero “no es esto óbice a que su enseñanza figure en los cuadros universitarios, porque si sólo fuera permitido enseñar lo inmutable, nada podría enseñarse”<sup>13</sup>. La sociología, imposibilitada —como la astronomía— para experimentar, concreta su dominio a la observación y a la inducción<sup>14</sup>. Pero también es el estudio filosófico de los fenómenos sociales<sup>15</sup>, la “verdadera filosofía” de las disciplinas sociales, las cuales se diversifican según sean los aspectos del

<sup>12</sup> Discurso del decano cesante, doctor Miguel Cané, en el acto de la transmisión del decanato al doctor Norberto Piñero. En “Revista de la Universidad de Buenos Aires”, año I (1904), p. 183 y ss.

<sup>13</sup> ERNESTO QUESADA: *La Sociología. Carácter científico de su enseñanza*. Conferencia inaugural de la cátedra de Sociología, dada el sábado 1º de abril de 1905. En “Revista de la Universidad de Buenos Aires”, año II (1905), p. 227.

<sup>14</sup> Idem, p. 222.

<sup>15</sup> Idem, p. 225.



## La sociología

fenómeno estudiado<sup>16</sup>, poniendo de relieve cada una, una faz diversa: el conjunto de esos aportes, su “síntesis suprema”, es lo que constituye el objeto de la sociología<sup>17</sup>. Esta, es la investigación de la vida social a la luz de la filosofía<sup>18</sup>. La conferencia inaugural del flamante titular es fiel también a la inspiración institucionalista del positivismo<sup>19</sup>: “En el día de hoy, cabalmente, la solución de la cuestión social depende de la orientación sociológica... a fin de llegar a la deseada organización social... al equilibrio satisfactorio... por manera que deberá determinarse qué orientación es necesaria, en América, para llenar esas condiciones [y] para realizar, con mayor sabiduría y justicia, lo que hoy se trata de alcanzar por vías de violencia e imposición”<sup>20</sup>.

En 1896, había publicado Juan Agustín García (1862-1923) la *Introducción al estudio del derecho argentino*. Tres años después, este libro, ampliado, aparece con el título de *Introducción al estudio de las ciencias sociales argentinas*. En él recomendaba que “la sociología debe ser una ciencia nacional” consagrada a “determinar las fuerzas sociales que en las diversas épocas han presidido la evolución argentina”<sup>21</sup>. Esta evolución, sin embargo, es explicada como derivada de ciertos *sentimientos* con fuerza causal. Ellos son: El presentimiento de la futura grandeza del país, el culto nacional del coraje, el desprecio de la ley, la preocupación exclusiva de la fortuna: “toda nuestra historia política y social es el resultado de la acción de estas fuerzas”<sup>22</sup>. Un año después, García publica su trabajo más conocido e importante: *La ciudad indiana*, documentada descripción de las instituciones de la Colonia.

Pero ya en 1900 la ciudad indiana era una ciudad *fenicia*, según el término de J. M. Ramos Mejía: atareada, invadida por los inmigrantes, ocu-

<sup>16</sup> Idem, p. 224.

<sup>17</sup> Idem, p. 229.

<sup>18</sup> Idem, p. 234.

<sup>19</sup> Para Comte, su fundador, el positivismo debía “proteger a las clases que detentan el poder, contra toda invasión anárquica” y la sociología debía establecer “los límites generales de toda acción política”. Auguste Comte: *Cours de philosophie positive*, IV edic. vol. IV, 1877, p. 152 y 281. Cf. también Herbert Marcuse: “La nueva sociología debe mantenerse adherida a los hechos del orden social existente y, aunque no niegue la necesidad de correcciones y mejoras, excluye todo intento de destruir o de negar tal orden. De aquí se deriva que la actitud conceptual de la sociología positiva debe ser de apología y de justificación”. Herbert Marcuse: *Ragione e rivoluzione. Hegel e il sorgere della “teoria sociale”*, Il Mulino, Bologna, 1966, p. 377.

<sup>20</sup> ERNESTO QUESADA: *La Sociología...* cit., p. 242 y 246.

<sup>21</sup> JUAN AGUSTÍN GARCÍA: *Introducción al estudio de las ciencias sociales argentinas*, Angel Estrada & Cía. editores, Bs. As., 1907, cuarta edición, pp. 53-54.

<sup>22</sup> Idem, pp. 55-59.

pada por las multitudes de los tiempos modernos, que circulan, se hacen oír, reclaman. Si Ramos Mejía temía: "...temo que el día que la plebe tenga hambre, la multitud socialista que se organice sea implacable y los *meneurs* que la dirijan representen el acabado ejemplo de esa canalla virulenta que lo contamina todo"<sup>23</sup>, otro médico, Juan B. Justo (1865-1928), quien en 1898 publica *La teoría científica de la historia y la política argentina*, pretendía dar a esa masa un papel protagónico: "Venimos a representar en la prensa al proletariado inteligente y sensato" había dicho algún tiempo antes, en el primer editorial de "La Vanguardia"<sup>24</sup>. En dicho libro, Justo aspiraba a trazar un desarrollo de la historia argentina en el que pasaran a primer plano los fenómenos de la producción y de la lucha de clases, situando los problemas políticos del presente en relación a la dependencia nacional frente a un mercado mundial. Posteriormente, publicó *Teoría y práctica de la historia* (1909), fundando su interpretación económica de los fenómenos históricos en una teoría biológica de las sociedades humanas.

El biologismo sociológico, no obstante, contaría con un representante más destacado: Carlos Octavio Bunge (1875-1918), cuyo libro *El Derecho, ensayo de una teoría jurídica integral* (1915) se basa en una fundamentación del derecho a partir de la adaptación, la herencia, el principio del placer y del dolor, y la adquisición de la conciencia y de los instintos. Se ha señalado la independencia de las teorías de Bunge en relación con el organicismo y el darwinismo social: "el postulado de una selección mecánica en la lucha por la vida se encuentra en contradicción con las premisas de su filosofía biológica antimecanicista y antiintelectualista"<sup>25</sup>; el determinismo de Bunge se apoya en la función que desempeñan la conciencia social y los instintos. La obra más difundida de Bunge es *Nuestra América* (1903), que luego llevaría el subtítulo de *Ensayo de psicología social*. El autor la define como un "tratado de clínica social"; la enfermedad estudiada es la *política criolla*, practicada por los pueblos hispanoamericanos y originada en su psicología colectiva, a su vez condicionada por los factores étnicos y el ambiente físico y económico. Los tres principios liminares del estudio son los siguientes: 1º) cada pueblo posee una psicología social propia; 2º) aunque susceptible de transformaciones evolutivas, ella es relativamente neta y estable; 3º) las cualidades típicas que constituyen la psicología social de un pueblo -no son

<sup>23</sup> JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA: ob. cit., p. 347.

<sup>24</sup> "La Vanguardia", Bs. As., 7 de abril de 1894.

<sup>25</sup> RICAURTE SOLER: ob. cit., p. 263.

## **La sociología**

privativas de él sino en cuanto a su intensidad y su forma<sup>26</sup>. Bunge estudia luego los principales rasgos psicológicos de españoles, indios, negros y mestizos, cuya herencia (más el “ambiente físico-moral”) dará como resultado la psicología del criollo. La combinación de aquellos elementos, de acuerdo a su área de distribución, produce una *psicología nacional* en cada república, pero el carácter de los hispanoamericanos ostenta tres rasgos comunes, “tres cualidades que sostienen, como incommovibles columnas de piedra, el *genio de raza*: la PEREZA, la TRISTEZA y la ARROGANCIA...”<sup>27</sup>. Estos atributos están en “correlación forzosa” y son fuente de muchos males, defectos y desidias, sólo redimibles por la cultura y el trabajo, que a su vez suscitarán otros cambios. Bunge propone una “Fórmula de la Regeneración”, que enuncia de este modo: “La cultura por el trabajo, la división del trabajo por la modestia, el estímulo del trabajo por la alegría”<sup>28</sup>. En nuestro país, considera beneficioso el aporte inmigratorio, el cual “una vez nacionalizado y acriollado, amoldándose a los sentimientos e ideas del litoral, los mejora y tiende a formar una psicología argentina, la más bella y poderosa, la que amalgamará y refundirá en su crisol todos los factores y regiones para que fluyan en purísimo oro”<sup>29</sup>. La última parte del libro es un análisis de la política y de los políticos de Hispanoamérica. La política criolla es definida como las componendas de las camarillas y de sus jefes, quienes sólo ambicionan conservar el poder por el placer de mandar. La obra concluye presentando algunos ejemplos o “casos clínicos”: Rosas, gobernador de Buenos Aires; Gabriel García Moreno, presidente de Ecuador y Porfirio Díaz, presidente de México.

Al juzgar este libro, José Ingenieros (1875-1925) lo consideró “unilateral o incompleto, pero no inexacto... Por nuestra parte, preferimos el criterio del ‘economismo histórico’ ”<sup>30</sup>. Sin embargo, será una amalgama de biologismo y economismo lo que encontraremos en Ingenieros, autor que ha disfrutado de una posteridad más generosa que otros de su generación. Esta perduración de su obra, sin embargo, no está referida directamente a sus teorías sociológicas o científicas, sino a una suerte de ideal moral que él diseñó para uso de las juventudes ilustradas: *El hom-*

<sup>26</sup> CARLOS OCTAVIO BUNGE: *Nuestra América. Ensayo de psicología social*, Librería jurídica, Bs. As., 1905, pp. 6-11.

<sup>27</sup> Idem, p. 172.

<sup>28</sup> Idem, p. 238.

<sup>29</sup> Idem, p. 230.

<sup>30</sup> JOSÉ INGENIEROS: *Sociología argentina*, cit., p. 133.

*bre mediocre* (1913), *Hacia una moral sin dogmas* (1917) y *Las fuerzas morales* (1925), se dirigían a una juventud americana que escuchaba “por vez primera, la nueva gran voz que habría de llevarlos a la conciencia de sí mismos”<sup>31</sup>. Otra razón de su notoriedad era la brillante plataforma que sostenía cada una de sus presentaciones en instituciones y congresos científicos europeos, lo que, sumado a su activa vida pública local, proponía una imagen perfecta del intelectual prestigioso. A los 23 años, y antes aún de haber obtenido su diploma en la Facultad de Medicina, J. M. Ramos Mejía lo nombraba jefe de clínica en la cátedra de Neurología. Tres años después editaba su primera obra importante, *Simulación de la locura ante la Sociología Criminal y la Clínica Psiquiátrica, precedida por un estudio sobre la simulación en la lucha por la vida en el orden biológico y social* (1903). En las dos primeras décadas del siglo, publicó una cantidad considerable de libros y artículos —sobre psiquiatría, psicología, historia, derecho laboral, ética, sociología, filosofía, ciencias—, muchos de los cuales fueron pronto editados en otras lenguas. Su obra específicamente sociológica se concentra en los trabajos que luego aparecieron reunidos en la *Sociología argentina* (1918), y en *La evolución de las ideas argentinas* (1918); asimismo, son pertinentes en este sentido sus *Principios de psicología biológica* (1911, con el título de “Psicología genética”), donde también propone las bases de una “sociología biológica”.

Ingenieros, considerado el exponente máximo del positivismo sociológico, propuso netamente una sociología “como ciencia natural”, que estudie las sociedades humanas con el mismo criterio que los naturalistas aplican al estudio de las *otras* sociedades animales<sup>32</sup>. La conceptualización sociológica de Ingenieros es enteramente biologista en cuanto a su teoría general de la sociedad y de las naciones, lo que no impide que en sus análisis concretos de un período histórico determinado otorgue una relevancia decisiva a los factores económicos. Relevancia que se ocupa de distinguir de una exclusividad, que rechaza: “los resultados presentes de la sociología no prueban la *exclusividad* de los factores económicos en el determinismo de todo fenómeno social en particular, pero evidencian su *rol preponderante* en la orientación general de las

<sup>31</sup> ANÍBAL PONCE: *Para una historia de Ingenieros*, en “Revista de Filosofía”, Bs. As., año XII, n° 1, enero de 1926, p. 43.

<sup>32</sup> JOSÉ INGENIEROS: *De la sociología como ciencia natural* (1908), en “Sociología Argentina”, cit., p. 15.

## **La sociología**

transformaciones sociales”<sup>33</sup>. En el número que la “Revista de Filosofía” (fundada por él) le consagrara a su muerte, Raúl Orgaz define la teoría sociológica de Ingenieros como “a) monista; b) mecanicista; c) biológica; d) económica. Es un *monismo bio-económico*”<sup>34</sup>. Los dos primeros atributos asignados por Orgaz pueden ser referidos al cientificismo de Ingenieros; los dos últimos a su naturalismo evolucionista. En efecto, la dimensión económica aparece como una especificación del determinismo biológico de la lucha por la vida. “Los procesos económicos... son manifestaciones evolucionadas de simples fenómenos biológicos”,<sup>35</sup> “las formas de lucha por la vida entre los agregados sociales... varían al infinito... El principio darwiniano se repite, bajo mil formas, en el mundo social”<sup>36</sup>. Así, Ingenieros considerará a la política nacional como expresión de la lucha por la vida entre diversos grupos que tienen necesidades heterogéneas y a la política internacional como expresión de la misma lucha a partir de la heterogeneidad del medio físico, de la raza, etc.<sup>37</sup>. Será en *La evolución de las ideas argentinas* y en diversos ensayos críticos sobre obras sociológicas e históricas contemporáneas a propósito del pasado nacional, donde Ingenieros aprovechará los criterios economicistas en el análisis de los procesos sociales. En *La evolución...* se propuso describir las grandes líneas de fuerza estructurales e ideológicas que se enfrentaron en la sociedad argentina a partir de la colonia. En esta obra, tributaria de los esquemas interpretativos de la generación romántica<sup>38</sup>, Ingenieros se extiende en la caracterización del *feudalismo* argentino y describe en Rosas la *restauración* colonial, favorecida por el marco de una “realidad social” inmadura para el cumplimiento de los ideales de Mayo: “La ideología revolucionaria tendía a constituir la nacionalidad conforme a ideales inadaptados a la realidad social; la mayoría del país conservaba la estructura y las costumbres del feudalismo, incompatibles con la democracia

<sup>33</sup> JOSÉ INGENIEROS: *La anarquía argentina y el caudillismo* (1904), en “Sociología Argentina”, cit., p. 172.

<sup>34</sup> RAÚL ORGAZ: *Ingenieros, sociólogo*, en “Revista de Filosofía”, cit., p. 102.

<sup>35</sup> JOSÉ INGENIEROS: *De la sociología como ciencia natural*, cit., pp. 16-17.

<sup>36</sup> Idem, pp. 18-19.

<sup>37</sup> Idem, p. 20.

<sup>38</sup> El criterio que preside estos esquemas —y particularmente la recidiva que significó el rosismo— es atribuido por Ricardo Soler (ob. cit., pp. 200-201) a Andrés Lamas, de quien cita los *Escritos Políticos y Literarios de D. Andrés Lamas durante la Guerra contra la Tiranía de D. Juan Manuel Rosas*. (Coleccionados por Angel J. Carranza). Tomo primero, Bs. As. Casa Editora Calle de Cangallo, 1877 (p. 31).

política, el liberalismo económico y la tolerancia de creencias”<sup>39</sup>. En 1923 publicó su *Emilio Boutroux y la filosofía universitaria en Francia*, verdadero trabajo de sociología del conocimiento, donde examina la función ideológica del espiritualismo en un período concreto de la historia política francesa.

La muerte de Ingenieros en 1925 representa el fin del cientificismo en la Argentina. Nuevas tendencias filosóficas lo desplazan, instalando en su lugar diversas formas de conceptualización: neoidealista, neoespiritualista, neokantiana. La incidencia del antipositivismo en el campo sociológico marcaría entonces, según observa Germani, “el temporario eclipse de la sociología como disciplina científica”<sup>40</sup> en las décadas posteriores.

<sup>39</sup>. JOSÉ INGENIEROS: *La evolución de las ideas argentinas*, Futuro, Bs. As., 1961, tomo I, p. 325.

<sup>40</sup> GINO GERMANI: *La sociología en la América latina: problemas y perspectivas*, Eudeba, Bs. As., 1964, p. 29.

# La arquitectura

JOSÉ XAVIER MARTINI y JOSÉ MARÍA PEÑA

## I. INTRODUCCIÓN

*JOSE XAVIER MARTINI se graduó de arquitecto en la Universidad de Buenos Aires en 1960. Hizo estudios en Francia y Alemania como becario. Se desempeña en la cátedra de historia de la arquitectura en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires y como investigador en el Instituto de Arte Americano de la misma Facultad. Con el arqu. Peña publicó La ornamentación en la arquitectura de Buenos Aires. JOSÉ MARÍA PEÑA se graduó de arquitecto en 1961 en la Universidad de Bs. Aires. Viajó por Europa estudiando la arquitectura del siglo XIX. Es investigador en el Instituto de Arte Americano, especializándose en historia de la arquitectura argentina. Restauró la capilla colonial San Roque y la basílica San Francisco, ambas de Buenos Aires. Es director del Museo San Roque de arte de los siglos XVIII y XIX. Escribió Los murales.*

**L**OS años 1880 y 1930 limitan un lapso de historia argentina con suficiente unidad en sus características y en sus aspiraciones como para considerarlo un período homogéneo, a pesar de todas las limitaciones que tales parcelamientos de la historia, siempre algo arbitrarios, poseen. Cuál es el sentido de esa homogeneidad, los demás ensayos de este número tienen precisamente la misión de explicar. El presente estudio, por su lado, enfoca un tema en el que asimismo ella se detecta de manera clarísima; y no podía ser de otro modo: la arquitectura, independientemente de su calidad, es siempre testigo fiel de su tiempo y reflejo exacto de sus modalidades.<sup>1</sup> El medio siglo que nos ocupa vio desarrollarse dos ciclos en la arquitectura argentina, siguiendo, con ligeras variantes, lo que acontecía en el resto del mundo occidental durante las mismas décadas. El primero, que llamaremos el de la *arquitectura de los "estilos"*, si bien se vino insinuando desde algún tiempo antes de 1880, en especial a partir de Caseros, recién después de la federalización de Buenos

Aires se expandió con toda su dominadora potencia, durando justamente hasta las proximidades de 1930. El segundo ciclo, el de la *arquitectura moderna*, dio sus primeros pasos hacia fines del siglo pasado cuando el otro estaba en plena madurez, no siendo en ese temprano momento, más que una débil discordancia en el gran concierto de la arquitectura de los "estilos". Pero cuando ésta fue perdiendo fuerza y vigencia, aquélla tomó empuje y seguridad, hasta reemplazarla decididamente en magnífica eclosión al llegar el año 1930. El segundo ciclo, pues, no hace más que iniciarse dentro de los años que hemos tomado como topes, siendo sus obras maduras posteriores a ellos; el primero, en cambio, cumple toda su trayectoria antes de 1930 y además es, por mucho, el más importante en cuanto al número de sus ejemplos. Pero si bien ambos se distinguen, no debe pensarse que se oponen de forma radical o que marcharon por carriles incommunicados. Es frecuente presentar las cosas así, pero dista mucho de ser cierto, como puede deducirse de aquella constante histórica que excluye los cortes tajantes, los cambios repentinos, las innovaciones incondicionadas.

Por debajo de la multiplicidad de las formas visibles de los edificios, la arquitectura de esta media centuria posee rasgos comunes que es oportuno recordar. En especial debemos enfatizar la inmensa cantidad construida. El formidable crecimiento del país fue acompañado por un no menos formidable esfuerzo para levantar las construcciones de toda índole que albergaran aquella sociedad en expansión, cuyas necesidades, además, exigían tipos de edificios antes inexistentes en estas alejadas tierras. La administración pública requirió casas de gobierno, legislaturas, ministerios, tribunales, aduanas; el comercio y la industria pidieron almacenes, talleres, puertos, estaciones de ferrocarril, bolsas, bancos, oficinas; la educación estatal necesitó docenas de escuelas públicas de los distintos niveles; la salud de la población exigió hospitales; su entretenimiento reclamó teatros; sus nuevas formas de vida familiar precisaron nuevos y más complejos tipos de vivienda. El mismo hecho que marca el comienzo de nuestro período, la solución de la cuestión Capital, tuvo la más contundente consecuencia arquitectónica: la construcción de una ciudad entera, con todos sus edificios públicos y privados, para servir de cabeza a la primera provincia del país. Y al mismo tiempo que la época establecía las nuevas funciones que debían satisfacer sus edificios, proporcionaba los nuevos materiales y las nuevas técnicas que permitían mate-

<sup>1</sup> Una parte de las ideas expuestas aquí está desarrollada en el libro de los autores *La Ornamentación en la Arquitectura de Buenos Aires*, Instituto de Arte Americano, Universidad de Buenos Aires, 1966.



## ***La arquitectura***

rializarlos y producía el profesional arquitecto con la particular formación que tal momento requería.

La arquitectura que describiremos es producto, pues, de la circunstancia social y económica que la vio nacer; es también reflejo de la mentalidad de su tiempo. Acerca de lo primero no diremos más porque analizarlo sería tema demasiado técnico para este artículo; sobre lo segundo insistiremos algo. Pero, en realidad, no será ese nuestro punto de vista. El lector podrá, por su cuenta, advertir con facilidad cómo los edificios expresan su momento. Nosotros trataremos de ayudarle a comprender la calidad de las obras mismas, tarea que, en verdad, sólo tendrá éxito si la lectura de estas líneas se completa con la contemplación de los ejemplos citados. Habremos de referirnos sucesivamente a los dos ciclos nombrados y a sus variantes internas, previo resumir lo acontecido antes que ellos comenzaran.

## **II. LA ARQUITECTURA ANTES DE 1880**

Al momento de imponerse la arquitectura de los "estilos", en las dos últimas décadas del siglo XIX, el arte de construir tenía en estas tierras una antigüedad de, digamos, dos centurias y había visto sucederse varios cambios en la concepción y en la forma de los edificios. El lugar más importante en esa historia lo ocupaba la *arquitectura colonial*, muchos de cuyos ejemplos mayores perduraban entonces intactos, aunque en poco tiempo serían alterados, cuando no demolidos. Es que la arquitectura colonial era la antítesis de la deseada por un hombre de 1880; era blanca, simple, vigorosa y directa. Sus muros eran gruesos, sus materiales toscos, sus formas ingenuas, pero su calidad estética, incomprendida entonces y revalorada hoy, le confería la jerarquía propia de las obras de arte. Era, sobre todo, el resultado de una tradición en el oficio de construir a la que se agregaron algunos aires barrocos tardíamente llegados. A principios del siglo pasado la introducción del *neoclasicismo* marcó el primer cambio significativo: la fachada de la Catedral de Buenos Aires (arq. Próspero Catelin, 1822) o el "templo inglés" de la misma ciudad (arq. Richard Adams, 1830, calle 25 de Mayo 282), por su severa organización racional, contrastan notablemente con el ligero frente de la Estancia Santa Catalina (Córdoba) por ejemplo. Sin embargo, si bien el neoclasicismo hizo sentir su presencia intransigente en los edificios citados, en la mayoría de los levantados hasta casi 1850 su acción fue la de modificar más que substituir al viejo colonial, por lo que resulta claro denominarlos *arquitect-*

*tura post-colonial*. Un significativo exponente de esta combinación de formas coloniales con principios neoclásicos fue Palermo de San Benito, la casa de Rosas (ing. Felipe Senillosa, 1836, demolida). En seguida de Caseros tuvo lugar el siguiente cambio; el neoclasicismo fue substituido, como doctrina de vanguardia, por el renacimiento italiano, al tiempo que llegaban al país los arquitectos y constructores de esa nacionalidad. Por eso hemos llamado *italianizante* a la arquitectura de las tres décadas anteriores a 1880. Sus ejemplos son muchos y de no poca calidad, como el Club del Progreso (arq. Eduardo Taylor, 1856, H. Yrigoyen 618, Buenos Aires), el patio central de la Casa Rosada (arq. Francisco Tamburini, 1884), la iglesia de Belgrano (arqs. Canale y Buschiazzo, 1870-75), la catedral de Paraná (arq. Juan B. Arnaldi), el Teatro Rivera Indarte de Córdoba (arq. F. Tamburini, 1890), la actual catedral de Goya, Corrientes (arq. F. Pinaroli, circa 1870), la catedral y la iglesia de San Isidro, Catamarca (arq. Caravatti).

A pesar de los sucesivos cambios indicados hay un elemento común a toda esta arquitectura, desde el colonial hasta el italianizante, pasando por el neoclásico, elemento que la distingue de aquélla, tema del presente artículo. En términos generales resulta que esas obras más tempranas no fueron fruto de una concepción que ponía el acento en la elección a priori del "estilo". Las fórmulas manieristas o barrocas del colonial y las provenientes de la antigüedad o del renacimiento que se difundieron aquí durante buena parte del siglo XIX eran recursos para ordenar fachadas cuyas líneas básicas respondían a los hábitos tradicionales del construir y cuyos interiores reflejaban la vida patriarcal de las familias. El cuidado que recibían las formas exteriores era equiparable al dedicado a la proporción de los volúmenes, a la escala humana del conjunto, a la gracia de los detalles, etc. Era ésta, pues, una *arquitectura equilibrada*.

### III. LA ARQUITECTURA DE LOS "ESTILOS"

Desde 1880 hasta 1930 —naturalmente las fechas son sólo indicativas de la tendencia general y conocen más de una excepción— la arquitectura dominante fue la que hemos denominado de los "estilos". La preocupación primordial era la elaboración a priori de un repertorio de formas entonces denominado "estilo". Y decimos a priori porque tal tarea se cumplía desligándola en buena medida de los otros aspectos arriba mencionados, los cuales quedaban relegados a un lugar de segunda importancia. Pero el término estilo aquí puesto entre comillas tiene alcan-

## ***La arquitectura***

ces muy distintos del empleado por los historiadores del arte para explicar a posteriori una época. El “estilo” era para el siglo XIX un recetario formal autónomo en cuyas distintas variantes trataban los arquitectos de encuadrar a cada nuevo edificio. Así resulta que toda esta arquitectura, por encima de sus cualidades, posee un desequilibrio básico y primigenio; es, en su esencia, una *arquitectura desequilibrada*. Pero ello, si bien impone alguna limitación al juicio valorativo, no la descalifica, como pensaron los primeros arquitectos modernos. Igual que cualquier otra época, ésta produjo su parte de edificios de calidad, al lado de otros mediocres. Para facilitar su comprensión hemos dividido el tema en tres partes:

### a) *La arquitectura del Ochenta*

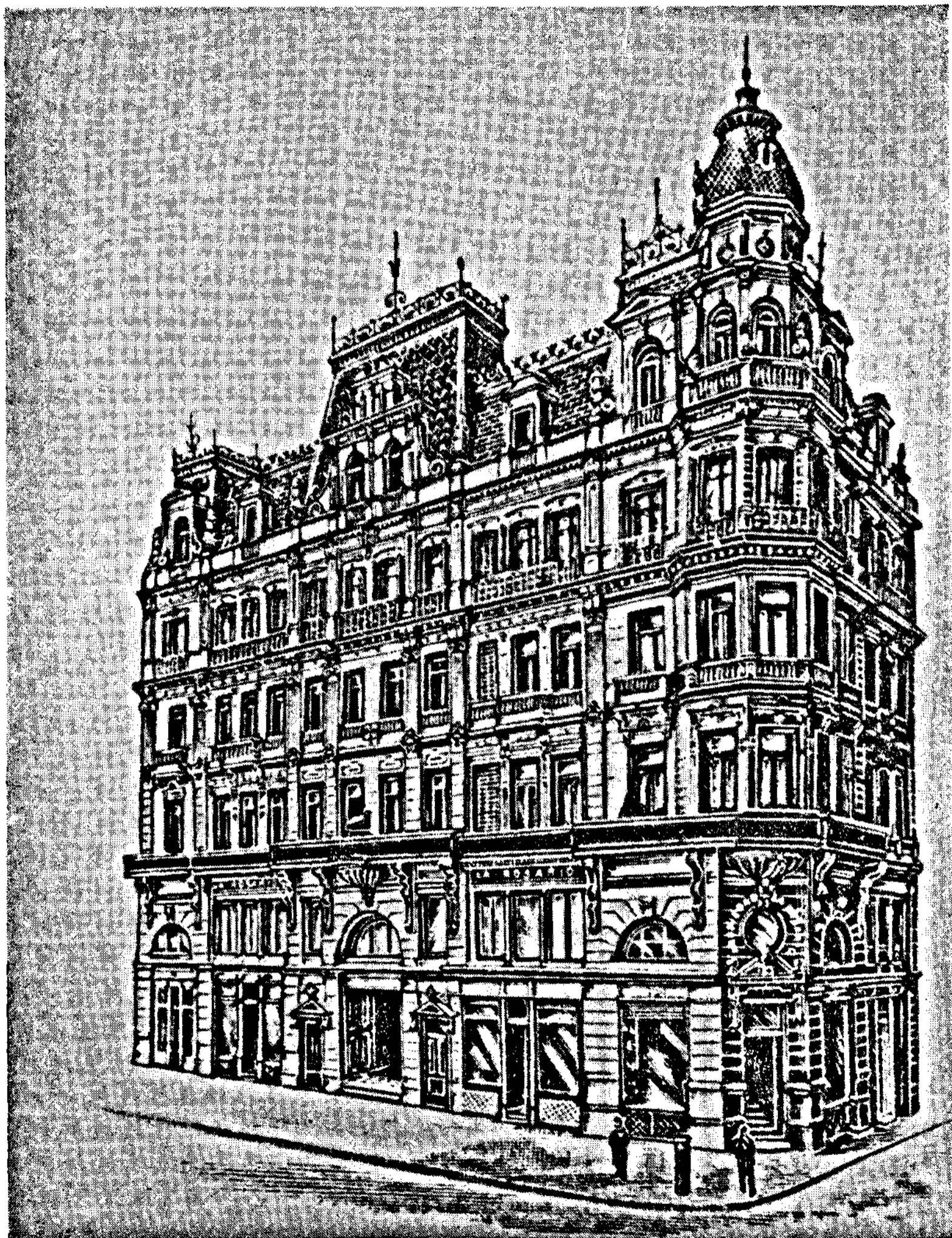
Así como la expresión “generación del ochenta” sirve para abarcar toda una época, hemos acuñado el giro de *arquitectura del ochenta* para calificar a una arquitectura que corresponde, a grandes trazos, a las dos últimas décadas del siglo pasado y cuyos rasgos permiten delimitarla bien. Básicamente se trata de la anterior italianizante que paulatinamente cambió sus proporciones haciéndose más estirada, se cubrió de abundante decoración en cuanto rincón pudo recibirla y se mezcló con toda clase de elementos de procedencia francesa como mansardas, chimeneas, lucernarios, guirnaldas y nuevos tipos de rejas. Este vuelco de Italia hacia Francia, además de coincidir con la contemporánea tendencia europea, respondía al nuevo ambiente cultural del Buenos Aires de un Miguel Cané, Carlos Pellegrini, Manuel Quintana o Eduardo Wilde. Ya no era más la “gran aldea”, somnolienta y provinciana, con calles pacíficas por donde caminaban los reposados vecinos después de sus profundas siestas. Coincidiendo con su nueva función de capital, la ciudad cambió de aspecto, la vida tomó otro “tempo” y los habitantes dirigieron sus ávidas miradas a Europa con la esperanza de reproducir aquí el mismo ambiente cosmopolita y el mismo complaciente lujo de París, Londres o Berlín. Pero sobre todo era París el lugar importante para estas cuestiones de arte y arquitectura —así como Londres lo era para el comercio y las finanzas. De ahí que a veces le den el nombre de *segundo imperio* a esta arquitectura argentina de los años 80 y 90. Sin embargo, su lejanía de lo que ese mismo nombre designa en Francia es tal que se hace imprescindible llamarla aquí de otra manera. La *arquitectura del ochenta* es un fenómeno casi exclusivamente porteño. Para cuando el fermento renovador que le dio origen llegó a las provin-

cias, los edificios ya respondían a otras mentalidades que veremos más abajo. La única excepción, si eso puede llamársela, es la ciudad de La Plata, cuyas construcciones públicas —no así privadas— exhiben también esa desbordante abundancia, esa vitalidad y alguna cándida torpeza que fueron características de la *arquitectura del ochenta* —tomando pues el nombre en sentido cualitativo y no meramente temporal.

La Avenida de Mayo es el ejemplo sobresaliente por muchos motivos. Aparte del esfuerzo y la energía que su construcción demandó, ella proporcionó a la ciudad por primera vez el espectáculo de un boulevard parisino o barcelonés, con edificación corrida de seis o siete pisos, con veredas anchas y llenas de bullicio, con tantas construcciones estupendas proclamando el valor del nuevo país y de sus hombres. No sólo es el conjunto, que aún se puede apreciar en bastante buen estado de conservación, sobre todo del primer piso para arriba, lo que interesa; hay que fijarse también en ciertos edificios y en sus detalles para tener la imagen de lo que fue esta *arquitectura del ochenta*. La sede del diario “La Prensa” (arqs. Gainza y Agote, 1897) por ejemplo, posee todos los ingredientes del caso, tanto en su exterior que corona la estatua de la “verdad iluminando al mundo”, como en su interior adornado con ricos mármoles. También los posee el Bon Marché (arq. Emilio Agrelo, 1893, hoy Galerías Pacífico) con sus columnas de mampostería imitando sillares alternativamente mayores y menores, o el edificio de la Universidad, del mismo autor (Viamonte 444, 1891), o el gran bloque de edificación que alberga al teatro Odeón (arq. Fernando Moog, 1893). En las pequeñas casas de familia, todavía dispuestas en torno a varios patios, los frentes muestran el mismo cambio de gusto. Otro valioso conjunto, casi del todo desaparecido, lo constituyó la Avenida Alvear, entre la actual plaza Carlos Pellegrini y la Recoleta. Fue el lugar de las grandes residencias, que debieron alejarse del hacinado centro. De las construidas en la Avenida Alvear quedan en pie la ubicada en el número 1850 (arqs. Dunant y Paquin), la sita en el 1693, que abarca toda la esquina separándose de la calle por una elaborada verja de hierro y una que otra más que el lector podrá descubrir.

La ciudad de La Plata, cuyos planos preparados por el Departamento de Ingenieros bajo la responsabilidad de Pedro Benoit fueron aprobados el 5 de junio de 1882, constituyó el mayor acontecimiento urbanístico de la Argentina de entonces. Dardo Rocha<sup>2</sup> expresaba sus deseos de una ciudad *hija robusta del trabajo y del comercio, en la que llame más la*

<sup>2</sup> Mensaje a la Honorable Asamblea Legislativa, Buenos Aires, marzo 14 de 1882.



ARQUITECTURA DEL OCHENTA. Edificio para *La Rosario*, en Avenida de Mayo 715, Buenos Aires, ca. 1890.



atención el tráfico ruidoso y continuo que hermosos edificios y jardines alineados en las calles solitarias y calladas. Pero a pesar de ello se llamó a concurso internacional para los "hermosos edificios" y se otorgaron dos premios: la Municipalidad (1883) la ganó Ubert Stier y la Legislatura (1882) Gustav Heine y Georg Hägemann, los tres de Hannover. Las demás obras las proyectaron: Casa de Gobierno (1882), el Departamento de Ingenieros con la intervención de Julio Dormal quien modificó el frente; Palacio de Justicia (1883), Adolfo Buttner; Banco Hipotecario (1884) hoy Universidad, Juan A. Buschiazzo; Museo (1884), Hayne-mann y Aberg; Catedral (1882), San Ponciano (1883) y Ministerio de Hacienda (1882), Pedro Benoit.

En cuanto al resto del interior, aún no le había arribado la hora del cambio; seguía en su tranquilo aislamiento cultivando una arquitectura italianizante, más o menos decorada, más o menos valiosa según los casos. A veces llegaban de la capital los planos para nuevos edificios como escuelas secundarias u hospitales, pero en esos casos no era el lujo porteño de la *arquitectura del ochenta* el que inspiraba las formas sino el acostumbrado italianizante cuya novedad era quizá un mayor ornamentalismo. Otras veces arquitectos locales —italianos en su buena parte— levantaban construcciones en las que se constaban idénticas características. Sólo con la arquitectura académica soplará por las capitales provincianas un viento de renovación.

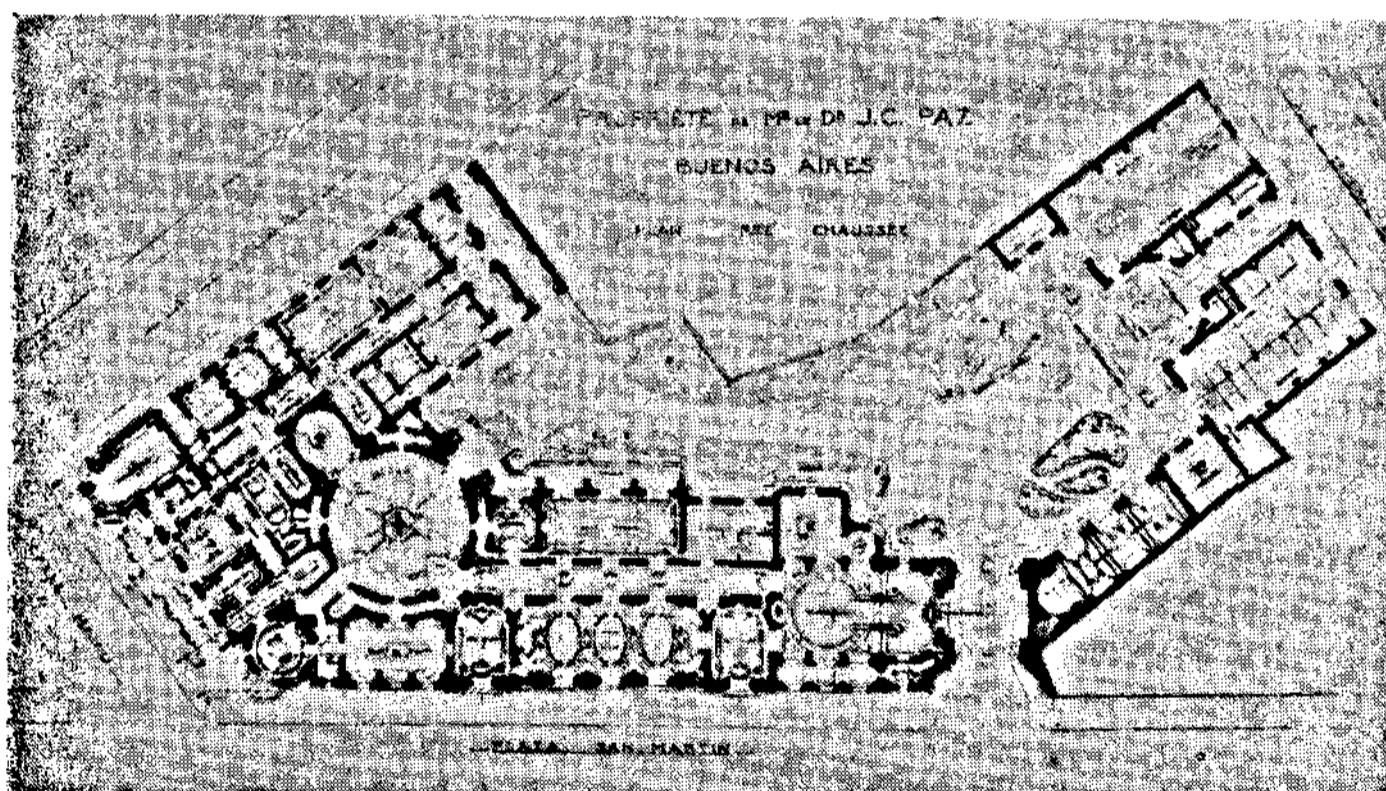
#### b) *La arquitectura académica*

La segunda forma que tomó la arquitectura de los "estilos" fue la *académica*. Apareció hacia 1900 y ocupó el centro del escenario por unos quince o veinte años hasta que nuevas corrientes le disputaron el lugar de privilegio. Para 1930, estas últimas bajo el nombre de arquitectura moderna se adueñaron de la escena, pero todavía aquélla duró un tiempo en posición marginal y produjo unas pocas obras de distinción antes de extinguirse definitivamente. Se la denominó *académica* aludiendo de manera genérica a las Academias de Bellas Artes donde se formaban los arquitectos, de modo que el título abarca una amplia gama de ejemplos de diversas apariencias. En la Argentina, la nota predominante de esta arquitectura es su afrancesamiento, directamente derivado de la más célebre de aquellas academias, *l'École des Beaux Arts* de París. Así culminó, hacia los años del centenario, el vuelco cultural iniciado por la generación del ochenta; sólo en segundo lugar se podrían citar ejemplos que

## La arquitectura

continuaron fieles a Italia, pero esos casos no difieren tanto de los otros porque la academia romana de San Lucas también seguía a su congénere parisina.

La arquitectura *académica* respondía a un sistema claro e inamovible de reglas de composición. Concebía a los edificios siguiendo principios como la simetría axial; ni las necesidades prácticas, ni las conveniencias técnicas de la construcción podían alterar aquellas intocables reglas. Los resultados fueron de líneas controladas y hasta severas en casos; tenían cuidada elegancia y un aire, en ocasiones, monumental. La ornamentación, a veces excesiva, era casi siempre de una mesurada abundancia. Los frentes ejecutados en revoque imitaban finos cortes de piedra en vez de rústicos sillares; las mansardas se coronaban con crestas de zinc; la herrería se enriqueció en los balcones y puertas siguiendo los modelos de los Luises; flores de lis, guirnaldas o mascarones humanos completaban las fachadas.



ARQUITECTURA ACADÉMICA. Planta del Palacio Paz, ubicado en Santa Fe 750, frente a la plaza San Martín. Proyecto del arquitecto francés Louis Sortais, construido por los arquitectos Gainza y Agote, Buenos Aires, 1912.

Los interiores recibieron bronce, mármoles, espejos y cuadros de madera natural, pintada o dorada a la que completaban sedas y brocados. Respondiendo a costumbres más mundanas, los ambientes de recepción crecieron en tamaño y lujo; las viviendas adoptaron la forma de *petit hôtel*, *grand hôtel* y departamentos; un número elevado de edificios públicos completó

el equipamiento del país iniciado pocas décadas antes: este es el momento en que recibieron, muchas capitales de provincia, sus monumentales construcciones, como las casas de Gobierno de Tucumán (ca. 1912) y Santa Fe, ambas por Domingo Selva.

Alejandro Christophersen fue una de las figuras más destacadas de la arquitectura académica argentina. Extranjero como la mayoría de sus colegas, dejó una extensa obra de la que sobresalen la Bolsa de Comercio (1916) y la residencia Anchorena (1909), hoy Ministerio de Relaciones Exteriores, esta última con sus ricas mansardas, sus elaborados frentes, su gran arco de entrada al patio de honor y sus suntuosos salones de recepción. Lanús y Hary construyeron numerosas residencias particulares, casas de departamentos (Paraguay 1122, Talcahuano esq. Lavalle) y edificios públicos como la Aduana (ca. 1905) en la cual una ordenadísima disposición de las partes se completa con el tratamiento de revoques, las mansardas y las infaltables estatuas alegóricas flanqueando el nombre de la institución. En realidad, el número de los ejemplos académicos de cierta calidad es considerable, sobre todo en Buenos Aires, donde se encuentran los recién citados. En Córdoba se destaca la residencia de los Ferreyra, proyectada en Francia por René Sergeant, cuyos dibujos, enviados a la Argentina, eran interpretados, posiblemente adaptados y luego construidos por los citados Lanús y Hary, por lo menos así aconteció con las residencias de Samuel Bosch y Matías Errázuriz, en Buenos Aires. En Mendoza, el Plaza Hotel con su gran terraza a la calle es también un digno representante de la corriente académica. En cambio el Jockey Club de Rosario, de Eduardo Le Monnier, es pesado, de malas proporciones y sobrecargado de tosca ornamentación. Otra obra cuyo proyecto se confeccionó en Francia fue la residencia de José C. Paz (1912), hoy Círculo Militar, debido a Louis Sortais y construido en Buenos Aires por Gainza y Agote. El Círculo Naval, por su lado, fue hecho para ese uso por Gastón Mallet (1914); de ahí los motivos usados en su cuidadosa ornamentación. Para no hacer demasiado larga esta lista sólo agregaremos, de entre los buenos ejemplos, al Teatro Municipal de Santa Fe, por Augusto Plou, también autor del Grand Hotel (ca. 1900) Buenos Aires; al inmueble de la Caja Internacional Mutua de Pensiones (1908), Pueyrredón y Corrientes, Buenos Aires, de los arqs. Dunant y Mallet y la casa de departamentos de Esmeralda y Santa Fe, Buenos Aires, obra de Julio Dormal.

La arquitectura *académica* tuvo muchas virtudes: la claridad de sus planteos, el ordenamiento racional de sus partes, la elegancia de sus líneas. Pero tanto su indiferencia estilística —sus principios de composición se



## **La arquitectura**

aplicaban a cualquier “estilo”, aunque aquí haya primado lo francés—<sup>3</sup> como su rigidez funcional y su falta de adaptación a la expresividad de los nuevos materiales, pusieron en crisis su vigencia hacia la década del 20 del nuevo siglo, según se verá más abajo.

### c) *La arquitectura de la “Restauración Nacionalista”*

Alrededor de 1920 tomó cuerpo un movimiento que separándose de la gran corriente académica, propuso “volver” a las formas de la arquitectura colonial hispanoamericana en primer término y en segundo a la arquitectura de la “madre patria”, según sus cultores nombraban inevitablemente a España. El fenómeno no fue local; reflejó similares actitudes de muchos otros países, las cuales oponían a los aspectos internacionales de la cultura occidental las diferencias nacionales e intentaban retornar a las fuentes de la “tradición” para dar sello propio a las creaciones de cada tierra. Su pensamiento era el siguiente: *prestigiado por el elemento intelectual de la República tiende a abrirse camino al principio nacionalista surgido entre nosotros para oponer una valla al cosmopolitismo que todo lo avasalla... y más específicamente: no debe pensarse en ejecutar el estilo colonial primitivo en las grandes ciudades, sino el Renacimiento Colonial, en el que, conservándose el mismo ideal, un nuevo principio técnico y artístico sea la exteriorización de las particularidades que exigen los programas modernos.*<sup>4</sup> A este nacionalismo lo hemos denominado con frase de Ricardo Rojas, quien fue en la literatura uno de sus representantes. Y si en política, en la que habría de tener campo muy propicio, hoy podemos medir la magnitud de su fracaso, en arquitectura sus yerros no fueron menores. No sólo es su teoría difícilmente sostenible; los edificios que produjo, como la estancia Acelain (arq. Martín Noel, 1922, Estación Pablo Acosta) y el hoy Museo Fernández Blanco, (Buenos Aires, mismo autor) a pesar del loable esfuerzo realizado para librarlos de las reglas académicas, evidencian una falta de ideas arquitectónicas que estuviesen a la altura de la vibrante teoría nacionalista que quisieron encarnar. Además, en lugar de inspirarse en los pocos ejemplos coloniales del Río de la Plata, se crearon un nostálgico arquetipo español. Es que, con toda la ingenuidad que a veces exhibía el siglo XIX, el neocolonialismo centraba su interés en la pintoresca evocación suscitada por las formas hispanas; muy

<sup>3</sup> Una de las excepciones es la escuela Roca, de formas neogriegas (Libertad y Tucumán, Buenos Aires), arq. Carlos Morra.

<sup>4</sup> Tomado de diversas notas aparecidas en la “Revista de Arquitectura”, Buenos Aires, 1917.

distinto habría de ser el caso de la iglesia de N. S. de Fátima (arqs. Caveri y Ellis, 1958, Estación Martínez) de la que todo pintoresquismo asociativo está ausente pero en cambio aparece la utilización, de un modo contemporáneo, de recursos plásticos semejantes a los coloniales, como los gruesos volúmenes de mampostería.

#### IV. ORÍGENES DE LA ARQUITECTURA MODERNA

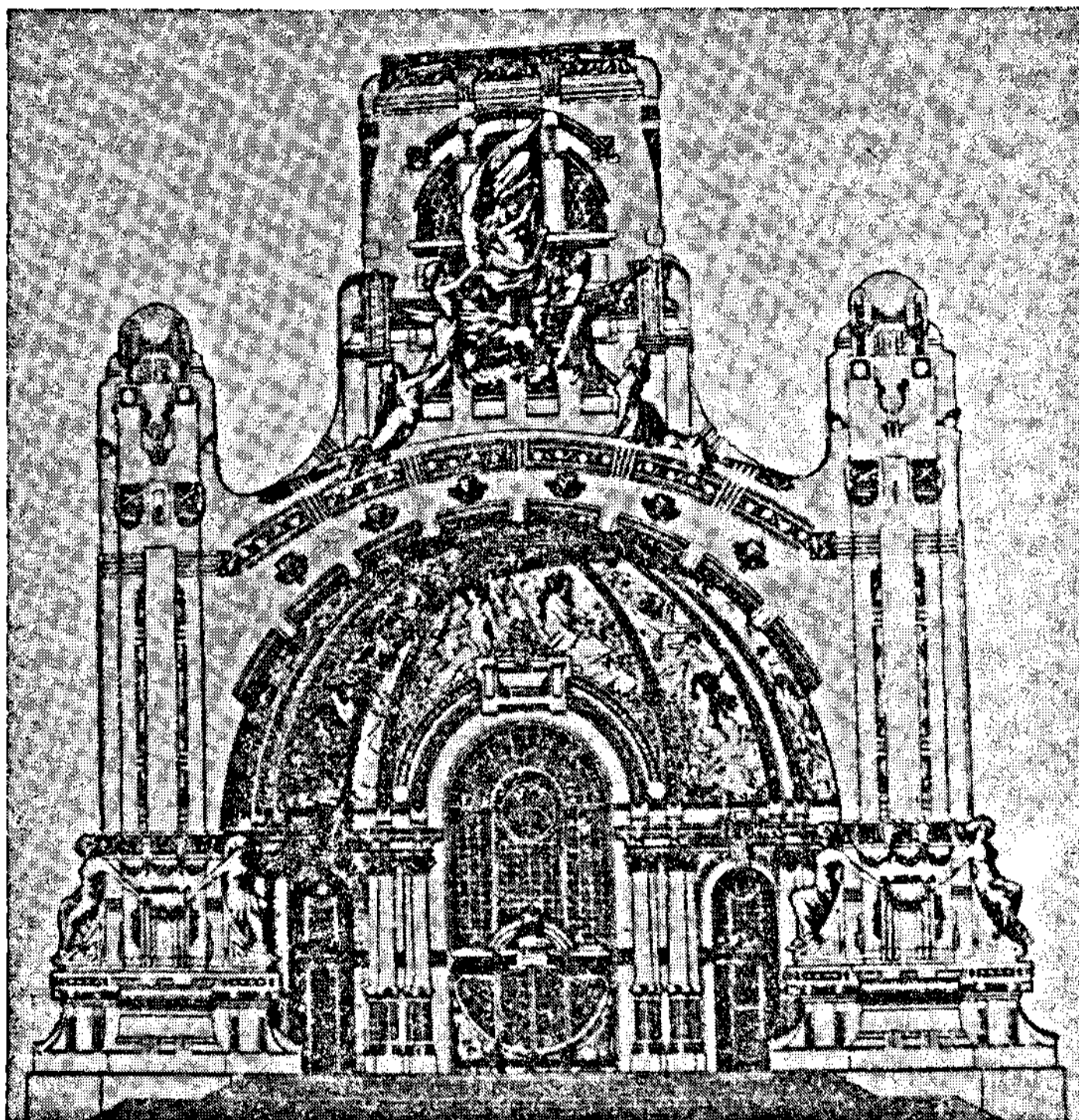
La nueva arquitectura que se difundió por todo el mundo hacia el año 1930 tuvo, antes de esta fecha, un largo período de maduración, especialmente en Europa, donde sus antecedentes no sólo abarcaron todo el siglo XIX, sino también pertenecieron, algunos de ellos, a las postrimerías del XVIII. En la Argentina, en cambio, datan de las décadas finales del siglo anterior y las primeras del actual, por lo que la transición posterior fue algo más brusca pero, de todos modos, ni fue caprichosa ni resultó inesperada como un análisis superficial la haría aparecer. Los edificios blancos, desnudos, casi elementales, conocidos como *arquitectura racionalista* o *estilo internacional* de los años 30, si bien son a primera vista la antítesis de aquellos académicos a que nos hemos referido, en verdad resultaron, por un lado, muy cercanos a ellos en muchos aspectos y, por otro, fueron la consecuencia de al menos medio siglo de antecedentes, según lo veremos a continuación. Es frecuente tomar la visita de Le Corbusier a la Argentina, en 1929, como el punto de arranque de la arquitectura moderna en este país. Ello es perfectamente cierto en lo que atañe al efectivo comienzo del *estilo internacional*, pero no es tan veraz en cuanto omite tres corrientes importantes que compendiamos en seguida y cuya responsabilidad en la difusión de la nueva arquitectura fue al menos tan notable como la presencia del maestro suizo-francés.

##### a) *El "Art Nouveau"*

Por ser la más usual hemos elegido la denominación francesa para este corto pero atractivo capítulo de la arquitectura de los años cercanos a 1900. Sin embargo su difusión fue tan amplia como su vida lo fue breve, ya que existió en casi todos los países recibiendo diversos nombres pero sólo duró alrededor de una década. No fue, principalmente, una revolución de la arquitectura, aunque como su nombre lo sugiere, tuvo conciencia de ser un cambio profundo que también abarcó a esta última; su mayor campo fue el de las artes gráficas, las artes decorativas y, en algún grado, la pin-

## *La arquitectura*

tura. En los edificios brilló con todo su esplendor en los detalles y recién en segunda instancia afectó al conjunto; no obstante, por la riqueza de su imaginación, por el acierto de muchos de sus diseños y por la renovación



“ART-NOVEAU”. Uno de los pabellones pertenecientes a la sección de los ferrocarriles que integró la Exposición del Centenario, Buenos Aires, 1910.

vivificadora que produjo, su papel en el nacimiento de la nueva arquitectura fue capital. No puede negarse que su posición preferentemente decorativista lo aproxima más al siglo XIX que al actual, pero sus energías renovadoras fueron tales que su aparición significó mucho para el cambio posterior.

En la arquitectura argentina el *art-nouveau* aparece de tres maneras. La primera es su fusión con la arquitectura académica en numerosos ejemplos que ostentan, al mismo tiempo, rasgos de una u otra modalidad (Riobamba 1175, arq. Pablo Pater; Avda. Alvear 1780, arq. Alejandro Christophersen; Talcahuano esq. Tucumán, arq. Alfredo Massüe; todos ellos de Buenos Aires). La segunda manera es la más importante; abarca edificios enteramente *art-nouveau* y con un diseño avanzado para su momento. Aquí la figura central es la de Julián García, que había estudiado en Barcelona y que es autor del recientemente demolido Hospital Español (1907), del Hospital Español de Lomas de Zamora y de numerosas casas de renta en Buenos Aires (Suipacha y Tucumán, Sáenz Peña 274, Otamendi y Yerbal, Pichincha 176, Independencia esq. Sarandí). La última manera está ejemplificada por la casa de Rivadavia 2031, Buenos Aires, (arq. Rodríguez Ortega, 1905), cuyo frente es un fantástico enjambre de curvas entrelazadas desparramándose a modo de barbas de un mascarón situado en lo alto. Extravagancias como ésta, no desprovistas de gracia, fueron los excesos de un estilo que en las obras de García tiene más de un punto de contacto con la arquitectura de hoy.

#### b) *La arquitectura utilitaria*

La revolución industrial y su consecuencia directa, el desarrollo económico, tuvieron sobre la arquitectura efectos tan radicales que aún hoy no están claros sus alcances. En los años que estamos tratando se produjeron los comienzos de este proceso en la Argentina, como resultado de la integración de ésta a la economía europea, en particular británica. Las actividades productivas del campo, los transportes, el comercio o las primeras industrias recibieron edificios que, debido a su peculiar destino, se vieron libres de la preocupación estilística y libres, por ende, de la mano de arquitectos; su rasgo distintivo es que fueron planeados para satisfacer las funciones a que había de destinárselos —de ahí el título que hemos colocado arriba— y que incorporaron con toda libertad los nuevos materiales de producción industrial como el hierro y el acero. Muy correctamente contruidos, alcanzaron sin proponérselo primordialmente una real calidad estética debida a la franca expresión de los recursos técnicos y a un acertadísimo uso de las proporciones, de los volúmenes y de los ritmos de llenos y vacíos. Sin embargo, todo esto fue logrado de manera casi inconsciente, por lo que difieren de ejemplos actuales que exteriormente se les parecen mucho y en los cuales aquellas cualidades se buscaron con toda intención como sistema expresivo. Constituyen, como arquitectura, un

## **La arquitectura**

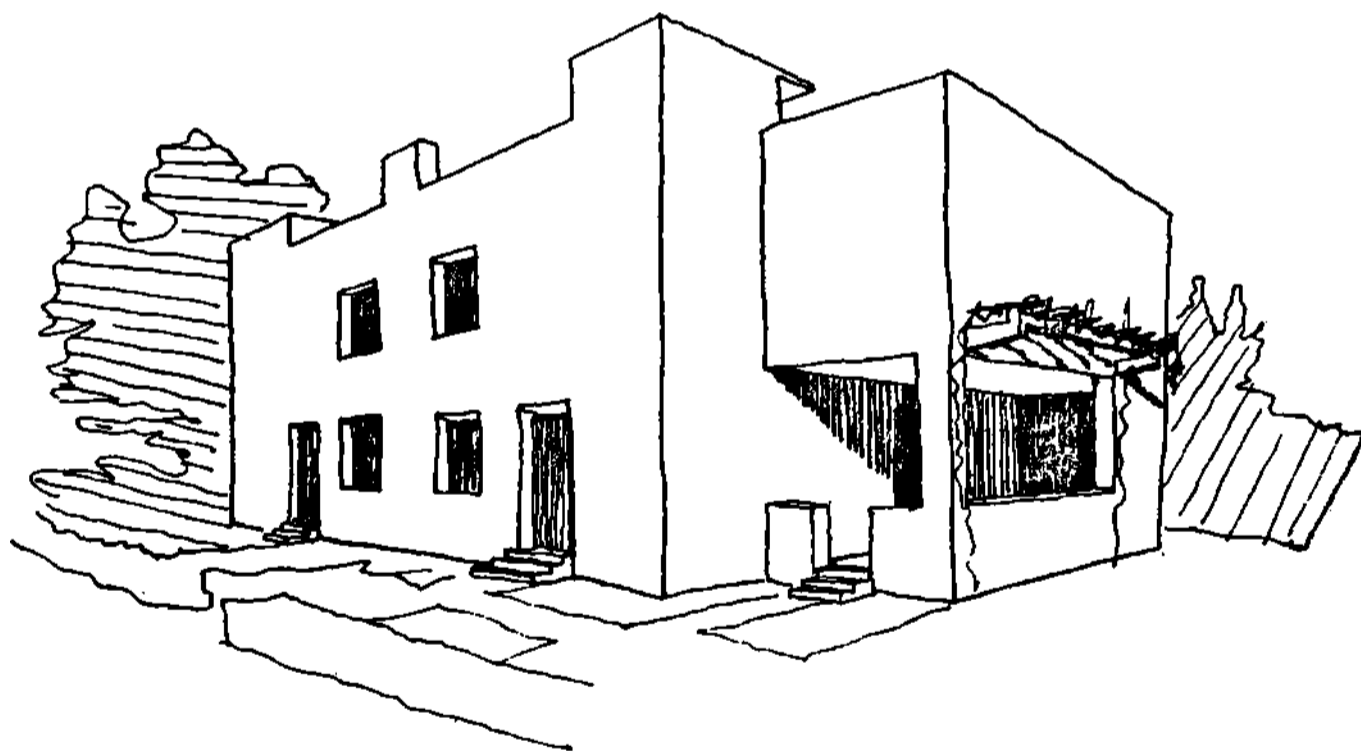
género menor, pero uno que señaló a la arquitectura moderna un camino que ésta habría de explorar con éxito notorio; por ello les cabe este lugar en nuestra historia. La gran estructura que cubre los andenes de la estación Retiro (FGBM) es un ejemplo sobresaliente; también los puentes de la misma línea en Palermo y los galpones de ladrillo bordeando los diques del Puerto Madero.

### **c) Precursores del movimiento moderno**

La gran guerra europea puso fin a la alegre y despreocupada *belle époque* e hizo sentir de un modo terminante que el siglo XIX, con su confiado materialismo y sus ilusiones de indefinido progreso, había concluido. En la Argentina, el punto culminante de aquellos años optimistas lo constituyó la Exposición del Centenario de la Revolución de Mayo, en cuyos pabellones desarrolló la arquitectura finisecular toda su fantástica capacidad de ilusión. Es que, desde la arquitectura del ochenta con su tumultuoso ímpetu, el despliegue ornamental, la exhuberancia y un cierto aire teatral habían sido las notas dominantes de los edificios, notas que eran el patente reflejo de aquella triunfante sociedad. Pero muy pronto llegarían la ley Sáenz Peña, la recesión comercial provocada por la guerra y el ascenso de Yrigoyen a la presidencia del país y con ellos, lentamente, fue cristalizando la convicción de que eran necesarias nuevas ideas en todos los campos para responder al desafío del siglo naciente.

La arquitectura, en particular, sintió la exigencia de zafarse del recetario de los "estilos" y de las abstractas reglas de la composición académica, pues ni el uno ni las otras resistían más los embates del progreso. La diferenciación y especialización de actividades en un país moderno requerían edificios de disposiciones tan variadas como originales que eran mal conciliadas con la simetría axial u otros principios de la escuela académica: *los temas nuevos son muchos: están pidiendo forzosamente un nuevo tipo de arquitectura; hay que hacer la arquitectura para su tema y no forzar y constreñir el tema a la rutina arquitectónica.* Por otro lado, los nuevos materiales de producción industrial habían entrado en la construcción y conducido a formas difícilmente compatibles con los hábitos estilísticos: *los arquitectos parecen haber olvidado que ciertos detalles respondían a problemas de técnica de las construcciones con otros materiales, de otros tiempos. Repiten contumaces estos detalles en las construcciones de cemento armado y así sobrecargan y adulteran la obra.* Para la primera década del siglo ya se habían insinuado dos caminos de salida:

el *art-nouveau*, cuyo limitado campo de acción no le permitiría llegar muy lejos, y lo que hemos llamado arquitectura utilitaria, cuya área de competencia la alejaba de las construcciones de género mayor aunque, de no haber sido por carecer de conciencia de sus propios postulados, hubiese estado muy cerca de señalar la buena ruta. Algunos edificios erigidos entre los años 10 y 20, producto directo y evidentísimo de esa conjunción de nuevos materiales y nuevos temas, constituyeron el siguiente paso hacia la renovación (Plaza Hotel, Florida 1005 y Edificio Villalonga, Balcarce esq. Moreno, ambos por Alfredo Zucker; Bazar Dos Mundos, Florida esq. B. Mitre, Casa Hirsch, Perú 535 y Casa Dellazoppa, Chacabuco 175, los tres de Lorenzo Siegerist; Edificio Maple, Suipacha 658 y el edificio de oficinas de Suipacha 588). Lo notable en todos ellos es que los requerimientos de la función —hotel, oficina, comercio— y las cualidades del material —hierro— habían conseguido desplazar los a priori estilísticos restableciendo en parte aquel equilibrio que, según vimos, se había perdido allá por el 80.



ARQUITECTURA MODERNA. Vivienda tipo para una ciudad azucarera. Arquitectos Prebisch y Vautier, Tucumán, 1924. Dibujo tomado del proyecto original por los autores de este artículo.

Para la década del 20 ya quedaba clarísimo a los espíritus más lúcidos que un cambio en la arquitectura era cosa urgente. *¿Seguiremos sin hallar para la lamparilla eléctrica forma mejor que el simulacro de vela chorreada? No es vela ni chorrea la lamparilla eléctrica, ni la vela que cho-*



## La arquitectura

*rea es cosa tan linda que merezca ser conservada... Pongamos nuestra práctica del arte de acuerdo con nuestra práctica de la vida... Hay un impulso universal, común a los que ven con ojos limpios de hombres vivos y modernos y no a través de los amarillentos manuales de arte antiguo... Pero una cosa era estar convencido de la necesidad del cambio —y aún de esto no muchos lo estaban, como lo prueba la enseñanza que se impartía a los estudiantes de la Facultad— y otra cosa era encontrar la manera de efectuar la transformación. Sólo cuando, en Europa, se aprovechó a estos fines el mundo imaginativo de la nueva pintura se dieron con las formas plásticas de la renovación arquitectónica, pero esta historia es, acá, posterior a 1930. Mientras tanto, emergiendo de un nivel medio no muy distinguido, algunos ejemplos académicos de depurada elegancia continuaban esa corriente, la que aún produciría, algo después, obras de equilibrada expresión, como las debidas a Acevedo, Becú y Moreno o a Alejandro Bustillo (antes de 1940); por otro lado, un grupo de arquitectos jóvenes entre los cuales sobresalían Moy, Gelly, Cantilo, Virasoro, Kalmay, Prebisch y Vautier, ensayaban un sistema de formas verdaderamente precursoras del *estilo internacional* ya próximo.*

Si alguien puede llamarse el pionero de la arquitectura moderna en la Argentina, esa distinción pertenece, con toda seguridad, a Alejandro Virasoro, de quien hemos tomado las frases citadas más arriba.<sup>5</sup> Virasoro, caló hondo en la situación de su momento e indicó con asombroso acierto la dirección de la nueva arquitectura: *... los hangares, los puertos, las casas de renta, las casas para obreros, los rascacielos, las salas cinematográficas, estas instituciones a que estamos habituados y que son singularísimas, novísimas; no lo echamos de ver por la ceguera de la costumbre y no alcanzamos a pensar que son los temas nuevos para una arquitectura nueva. Y hablando de los materiales: el cemento armado es el material ideal para construir... sus posibilidades son enormes. Apenas si estamos iniciando la era del hormigón armado. Ni cabe imaginar lo que va a poder hacerse con él cuando la arquitectura se practique sin las trabas tradicionales*, palabras cuyo cabal sentido recién hoy podemos apreciar ante edificios como el Banco de Londres (Reconquista esq. B. Mitre, Buenos Aires). La vasta obra de Virasoro (frente del cine Capitol, 1924; Hospital Rawson, 1925; residencia propia, Agüero 2038, 1926; Banco El Hogar Argentino, B. Mitre 575, 1926; Casa del Teatro, 1927; casas de departamentos en Las Heras 1679 e H. Yrigoyen 2966, 1929; edificio de la Equitativa del Plata, Florida y Diagonal, 1929), elaborada en base

<sup>5</sup> "Revista de Arquitectura", Buenos Aires, mayo de 1926.

a volúmenes claros, a superficies recuadradas, a elementos modulares y a trazados reguladores, posee una riqueza a la que difícilmente podríamos hacer justicia en tan rápida reseña.

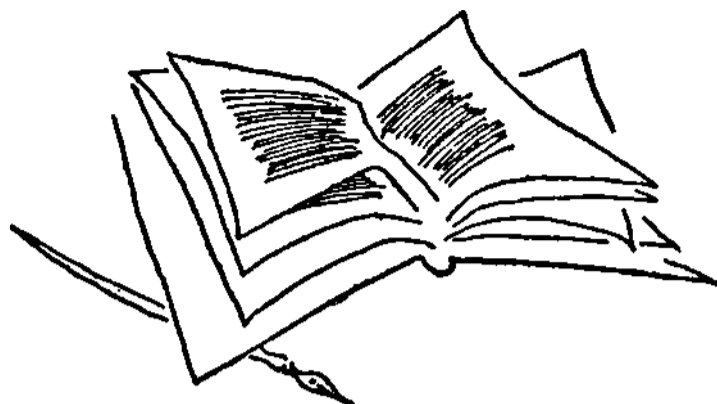
Por esos mismos años comenzaba a hacerse notar Alberto Prebisch, quien posteriormente, con el Cine Gran Rex (Corrientes 855, 1937) levantaría quizá la obra cumbre del *estilo internacional* en Buenos Aires. Además de escribir sobre la nueva arquitectura en "Martín Fierro", presentó al Salón Nacional de Bellas Artes de 1924, junto con Ernesto Vautier, un notable proyecto para una ciudad azucarera en su Tucumán natal. Visiblemente inspirado en Tony Garnier, que había causado en Prebisch profunda impresión, según nos relatara éste recientemente, el proyecto sufrió también —nos dijo— otra marcada influencia: la arquitectura popular mediterránea con sus blancos volúmenes bajo el sol intenso.

Comentándolo, decían los autores: *Hemos huido como de una mala cosa de esa preocupación del "pintoresquismo", arbitrario y rebuscado. Y también: Asistimos actualmente a la formación de un estilo nuevo. Nosotros pensamos que es volver a la tradición el hacer que la obra de arte producida en una época esté de acuerdo con la naturaleza de esta época.*<sup>6</sup>

En 1929 llegó a la Argentina Le Corbusier. El movimiento cuya génesis hemos resumido se desató en forma incontenible durante la década siguiente. Pero eso, como hubiese dicho Rudyard Kipling, *is another story*, en la que, muy a pesar nuestro, no podemos entrar.

<sup>6</sup> "Revista de Arquitectura", Buenos Aires, noviembre de 1924.





# TESTIMONIOS

---

◆ CARLOS ANTONIO MONCAUT. Investigador de temas vinculados a la historia de la vida rural bonaerense. Ha publicado *Viaje del vapor "Río Salado del Sur" de Buenos Aires a Chascomús en 1857* (1957), *Reminiscencias del gaucho Guillermo Enrique Hudson* y *breviario de sus pájaros del Plata* (1961), que mereció, en 1961, la Faja de Honor de la Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires. Tiene en preparación *Bosquejos históricos del pago de la Magdalena*.

◆ EUGENIO PUCCIARELLI. Director del Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Ha sido profesor en la Universidad de La Plata y en la de Tucumán, en la que se desempeñó asimismo como decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Actuó como profesor contratado en la Universidad Central de Venezuela y también en la de Puerto Rico (1962). Dictó conferencias en universidades de Brasil, Chile, Perú, Colombia, Guatemala y México; también en las alemanas de Heidelberg y Maguncia. Posee una vasta y valiosa bibliografía.

◆ EMILIO J. RINGUELET. Fue profesor de idiomas en el Colegio Nacional y de botánica en la Facultad de Agronomía —instituciones ambas de la Universidad de La Plata—, retirándose de la docencia en 1960. Fue director de Cultura de la Provincia de Buenos Aires (1963) y es cónsul honorario de Bélgica en La Plata. Fue distinguido con el premio a la producción científica (Región pampeana) de la Comisión Nacional de Cultura (1938). Autor de numerosos trabajos en disciplinas botánicas.

◆ HERNÁN SAN MARTÍN. Profesor de medicina social en la Facultad de Medicina de Valparaíso (Chile). Se graduó como master en Salud Pública en la Universidad de Johns Hopkins (EE. UU.), en 1944, y se doctoró en medicina social y antropología en la Uni-

versidad de Londres (1951). En 1962 le fue otorgado en su patria un importante premio por su libro *Viajes a través del arte universal*, que resume una experiencia personal de antropología cultural acumulada en numerosos viajes a través de los cinco continentes y de los siete mares.

◆ CEFERINO P. MERBILHAA. Prestigioso jurisculto platense. Fue interventor federal en la provincia de Buenos Aires (1962), ministro de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires (1955-58) y presidente del Colegio de Abogados de La Plata y de la Provincia. Un libro íntimo y conmovedor, publicado en edición privada en 1944, lo mostró como un escritor de fuste, condición que se pone asimismo de relieve en un libro de memorias aún inédito.

◆ EMILIO AZZARINI. Fue secretario de publicaciones de la Universidad de La Plata, colaborando en la edición de importantes obras, como el *Facundo*, de Sarmiento, y el *Dogma Socialista*, de Echeverría. Experto en musicología, formó una rica colección de instrumentos musicales que donó a la Universidad de La Plata. El artículo que se publica —como homenaje a su memoria— condensa los primeros capítulos de un libro sobre el mundo estudiantil y su influencia en la formación cultural y social de La Plata, que venía preparando cuando falleció, el 14 de febrero de 1963.

◆ AZUL COSTA ALVAREZ DE SAPIN. Profesora de filosofía y ciencias de la educación graduada en la Facultad de Humanidades de La Plata, casa en la que fue profesora de bibliotecología (2º curso). Desde hace largos años se desempeña como vicedirectora de la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata. En diversas revistas ha publicado artículos relacionados con organización y administración de bibliotecas.

---

VIAJES - CRÓNICAS

SEMBLANZAS - EVOCACIONES

PAPELES DE ARCHIVO

## UN NUEVO HUDSON

**P**OR curiosa determinación del destino ha sido la rinconada del Tuyú, en la provincia de Buenos Aires, nido de dos destacadísimos ornitólogos argentinos, muy poco recordados y acaso, para muchos, nunca conocidos. De este pago fue Ernesto Gibson.

John Gibson es el primer miembro de esta familia que vino, en 1819, al Río de la Plata, adquiriendo en 1825 un establecimiento de campo al que denominó "Los Yngleses", situado en el Tuyú. Sucesivamente llegaron sus hermanos George (1823), Robert (1827) y Thomas (1838), dedicándose todos a las faenas rurales y a los negocios, fundando la firma Gibson Hermanos, hoy la más antigua de Buenos Aires. Primogénito de Tomás —que dejara una deliciosa serie de acuarelas de esa rinconada pampeana— fue Ernesto, el ornitólogo, que vivió largamente en la estancia "Los Yngleses", donde murió el 26 de octubre de 1919. Admirador y amigo de Guillermo Enrique Hudson dedicó su vida —como el autor de *Allá lejos y hace mucho tiempo*— al estudio de las aves que poblaron esta hermosa región bonaerense.

Fue Ernesto Gibson sin duda un escrupuloso y sagaz observador de las costumbres de las aves. Contaba alrededor de 25 años de edad cuando publicó su

primer trabajo: *Ornithological Notes from the Neighbourhood of Cape San Antonio, Buenos Aires*, en la revista "The Ibis" (Londres) de los años 1879 y 1880. Allí describió 61 especies. Cuarenta años después y poco antes de fallecer, volvió a escribir sobre el tema, para ampliarlo considerablemente, en la misma revista.

Su obra constituye un complemento excelente de la de Hudson, quien en su libro inconcebiblemente aún no vertido al castellano, *Birds of La Plata*, cita en muchos pasajes a Gibson, de quien transcribe sus observaciones. *Birds of La Plata* constituye una obra de positivo valor y hasta ahora única para el conocimiento biológico de las aves de la región del Plata.

Pero de quien ahora habremos de ocuparnos es de un verdadero nuevo Hudson, que vivió también en el Tuyú, donde sintió el mismo influjo de la naturaleza que poseyó a éste, y que, por curiosísima coincidencia, abandonó el país natal siendo muy joven para dirigirse a Inglaterra y no regresar nunca más a su querida tierra. Nuestro personaje se llama Ernesto Ronaldo Runnacles.

El partido de General Lavalle, recostado sobre la zona más oriental de la

## *Imágenes a la distancia*

provincia de Buenos Aires, está caracterizado por hallarse casi por completo invadido por bañados y lagunas. Presenta un extenso cordón costero que se extiende desde el sur de la Bahía o Ensenada de Samborombón, y que una faja de altos médanos divide, por el lado oriental, en pacíficas y extendidas playas de blancas arenas, y tierra adentro en cangreiales barrocos y traicioneros.

En esta zona, de características tan particulares, se halla la "Cañada del Malo", mágico topónimo que circunscribe la región más rica en lagunas que se extienden al sur y al este de la estancia "La Esperanza" de Runnacles, y que separa a ésta de "Los Yngleses". En su mayor parte la cubren juncales altísimos que ocultan por completo al jinete que se aventure en ellos.

Todo el distrito del Tuyú permaneció prácticamente aislado hasta hace muy pocos años, por la falta de vías de comunicación, inclusive el ferrocarril que nunca llegó. Otra garantía de protección de la fauna la constituyó el hecho de que sin un guía o baqueano, era inútil probar rumbo en aquellos campos primitivos, atravesados por numerosos cangreiales a los que los comarcanos llaman "despuntos". Estos "despuntos" circunscriben "islas" y están siempre comunicados con el mar.

Es el mismo Runnacles el que tan bien describe la zona en estos términos: "Saliendo de San Clemente del Tuyú para el faro San Antonio, como quien va a la par del arroyo San Clemente, se observa la divisoria de los campos influidos por la vecindad atlántica, y los de la ensenada. Existen diferencias de suelos, de pastos y de fauna; esta última respecto de la nidificación, por ejemplo.

"Entre los vegetales predomina el pajonal, con pasto seco, llamado 'cola de zorro' localmente, frecuentemente acosado por el viento, y debajo del cual

hay trébol y otras plantas, incluso el trébol de olor, los cuales contrastan por su verde fresco. Abundan las matas de espartilla y los lotes de paja brava. Los talas están diseminados y en algunos casos, forman montecitos de 4, 8 ó 12 árboles. La brusquilla de un verde oscuro y reluciente, acompaña en algunos casos al talar en matas que llegan a la altura del encuentro del caballo. Entre el pajonal hay un junquillo negro, a veces aislado, pero por lo general, en manchones de matas poderosas y es una planta muy incómoda por los pinchazos que produce. En los bordes del cangrejal abunda el carrizo, y en parte viene luego el manto del espartillar pero falta el junco. El cangrejal es una capa de barro negruzco, perforado por multitud de cuevas o galerías de cangrejos, y que cubre el fondo de los canales, arroyos, bajos o lagunas que reciben el agua salobre de las mareas; queda en descubierto en marea baja y entonces se presencia el espectáculo de las andanzas de los cangrejos. Es muy peligroso porque cede al peso del cuerpo y 'se traga' al incauto, sin defensa posible."

En este medio nace Runnacles en 1915. A la edad de seis años comienza su afición por las aves.

Es Eric Paterson, —su amigo—, quien le escribe presentándosele a Alberto Casares Lumb. En carta fechada en Hurlingham el 24 de diciembre de 1932, este último se dirige a Runnacles diciéndole:

"Habiendo sabido por nuestro común amigo Eric Paterson su gran cariño por los pájaros y admiración por Hudson, me permito remitirle un folleto publicado por mi hermano mayor, que, como Ud., siente gran entusiasmo por nuestras aves y veneración por 'nuestro' primer ornitólogo Henry Hudson. Dentro de pocos días le mandaré el último número de la revista *El Hornero*, publicada por la Sociedad Ornitológica del Plata de la cual mi hermano Jorge es presidente. Lo saluda muy atentamente (Alberto Casares Lumb)."

Sólo cuatro días después recibe carta de quien durante tantos años sería su guía, su maestro, su consejero, su amigo: el Dr. Jorge Casares.

“Señor Ronald Runnacles. Estimado señor: Por información de mi hermano Alberto Casares, quien a su vez está informado por el señor Eric Paterson, he sabido que Ud. se interesa en las aves. Me permito dirigirme a Ud., en mi carácter de miembro de la Comisión Directiva (y ex Presidente) de la Sociedad Ornitológica del Plata (calle Perú 268 Bs. As.) para ponerme a sus órdenes en todo lo que pueda serle útil en lo que se refiera a su afición. Si llega a necesitar algún dato puede escribirme que yo me encargaría de buscarlo entre mis libros —o en la biblioteca del Museo— y en caso necesario consultaría con el Dr. Roberto Dabbene, el ornitólogo más autorizado para las aves de la Argentina, ex jefe de la sección Zoológica del Museo. Me dicen que Ud. tiene una serie de observaciones anotadas sobre las costumbres de las aves —lo que es muy interesante y puede ser muy útil porque debe tener datos nuevos—. Si tiene algunas ordenadas le agradecería me las remitiera para publicarlas en nuestra revista *El Hornero* que Ud. debe conocer. Quedo pues a sus órdenes y de Ud. (Casares). P. D. cuando venga por Buenos Aires tendría mucho gusto en recibirlo. Le interesarán mis libros sobre pájaros además de una colección de primeras ediciones de W. H. Hudson, algunas con dedicatorias, y las acuarelas originales publicadas en *Birds of La Plata*.”

Por instigación de Casares publica en *El Hornero* un artículo titulado “Una cachirla afortunada” en el número correspondiente al mes de julio de 1934.

El 14 de junio de 1934 era aceptado como “miembro activo” de la Sociedad Ornitológica del Plata.

En el año 1935 Ronald es llamado a prestar el servicio militar en Campo de Mayo. Durante este año estréchase la amistad con Casares. Los días francos lo visita y es recibido con toda familiaridad por aquél, quien además de su sincera amistad (lo titula en sus cartas “aventajado discípulo”), le ofrece su biblioteca especializada en la que entre

otras obras se encuentran las de Hudson, en todas sus ediciones, aun las más raras.

En abril de 1936 Runnacles sale ya del servicio militar. Entonces Casares le dice en una carta:

“Me imagino con cuanto gusto se habrá encontrado de nuevo en ‘La Esperanza’. Cómo le habrá parecido de lindo comer en mesa con mantel, dormir en cama limpia, bañarse con agua tibia, tener con quien hablar, recorrer las lagunas y el monte y ocuparse de su colección. La conscripción habrá tenido la virtud de hacerle apreciar más todo lo que tiene.”

Por su vinculación cada vez más íntima con la Sociedad Ornitológica del Plata, traba amistad muy honda con otro ornitólogo, el Dr. José A. Peireyra, a quien llega a apreciar muchísimo y con quien mantiene una nutrida correspondencia. En carta del 7 de octubre de 1936 Runnacles le decía:

“Mucho me alegro saber que Ud. está dispuesto a venir a ésta cuando se ofrezca la oportunidad. Que venga también su señora es el deseo nuestro, y para todo el tiempo que pueda. Nosotros también somos muy sencillos en casa; todos hacemos algo todos los días; yo por mi parte salgo diariamente (casi) a caballo al campo, ganando un humilde sueldo pero pasando así una vida sana y teniendo mucha oportunidad para observar a los pájaros en su estado natural. Generalmente se empieza a esquilar a fines de octubre y hay trabajo para unos 9 días, pero casi siempre llueve y entonces se atrasa y se prolonga el trabajo hasta unos 15 días, tal vez más aún.”

El 5 de noviembre de ese mismo año le decía:

“Es un año excepcional, y nunca he visto tan magnífico espectáculo como el domingo pasado presencié. Se trata de una colonia de garzas blancas, de tal vez 250 ó 300 nidos, y además, unos 50 nidos de espátula, ubicada en el medio de un formidable cañadón.”

Diez días más tarde volvía a escribirle para referirle:

## *Imágenes a la distancia*

“Ud. me ha encargado los huevos de chajá y estos tal vez le puedo mandar este año, aunque ya es tarde. Resulta que son tan comunes aquí que mi padre los considera plaga y a pesar de mis protestas, este año ha pagado cinco centavos por cada huevo de chajá que le ha entregado cualquier peón de la estancia. De esta manera ha destruido casi 800 huevos este año. Si vuelven a traer más huevos los peones vaciaré alguna nidada para Ud. porque yo si halló algún nido dejo los huevos en la esperanza que no lo encuentran la peonada y saquen pichones los chajáes. También se ha pagado diez centavos por huevo de carancho, y se ha recibido arriba de cien huevos. El carancho agujerea los cueritos que ahora están en valor y con pocos tajos de su pico, puede destruir un cuero que hubiera valido hasta \$ 5.”

El 10 de diciembre, accediendo a la invitación, Pereyra concurre con su esposa a “La Esperanza” y con este motivo, publica meses después en la revista *El Hornero*, un sabrosísimo trabajo titulado “Viaje al paraíso de nuestras aves acuáticas”, donde refiere sus impresiones —por demás gratas— de su visita a aquellos cañadones del Tuyú.

Preocupa a Ronald como a Hudson, la supervivencia de las aves amenazadas de extinción. El 22 de octubre de 1937, en carta a Pereyra le expresa:

“Hoy hice una excursión a los grandes cañadones en busca de nidos de cisnes. ¿Quiere creer que no vi a ningún cisne? La razón: el cuero vale \$ 1,60 y todos los persiguen hasta exterminarlos. Hay un muchacho en “Los Yngleses” que hasta el 11 de agosto había matado 147 cisnes en los cañadones de allí y dos veces lo hemos hecho retirar de “El Palenque”. Resulta que hace poco ha vuelto a entrar, y esta vez vamos avisarle al comisario para que intervenga la policía. Para salvar a la especie del Género *Cygnus* es indispensable tomar medidas inmediatamente, prohibiendo totalmente la entrada de cueros al mercado. No teniendo valor el cuero, los cazadores profesionales —que son los exterminadores— no tendrían por qué matarlos y esa es la única forma eficaz de proteger a esta hermosa ave.”

El 19 de noviembre le escribe:

“El domingo fui a caballo hasta el faro San Antonio (son 20 leguas ida y vuelta) en busca de huevos de ostrer y gaviota cocinera. No tuve éxito pero hallé un nido de Pecho Colorado Grande, con 4 huevos y 4 más de Tordo. También un casal de halcones *Circus Cynereus*, andaban cerca del Faro, y a unos 500 metros del mismo Cabo San Antonio encontré lo que me pareció el nido pero todavía sin huevos. Si hubiera podido conseguir bote hubiera llegado a la isla donde anidan los *Larus Dominicanus* pero fue imposible. Bueno mi amigo, ya es tarde y estoy cansado. Estamos en plena tarea de las esquilas que no le permiten a uno tiempo para otras cosas.”

Otro amigo directo de Runnacles llega a ser el estanciero de Magdalena don E. Mauricio Earnshaw —también ornitólogo— quien, en la primavera de 1937 pasó una semana en “La Esperanza”, pudiendo varias veces entrar a caballo en los enormes pajonales y cañadones que abundaban por allá. En la primavera del año siguiente fue Runnacles quien visitó a Earnshaw en su establecimiento sobre la costa, donde son comunes los montes naturales de talas y coronillos, teniendo oportunidad el visitante de estudiar un grupo de pájaros de los montes, nuevo para él. “Lo que más me llamó la atención en Runnacles —me refería Earnshaw—, era su capacidad de identificar cualquier pájaro, aun en esta estancia con pájaros nuevos para él.”

En su arrevesado castellano dice Runnacles en carta a Pereyra, (8-1-1939):

“Están ya por hacer un canal que tiene por objeto llegar al sitio (y desagotarlo) donde vimos anidar los *Plegadis Larus* en 1936 y donde han anidado desde siglos pasados. Parece una mentira que eso se llama “progreso” o “civilización” pero que podemos hacer nosotros en un país tan político que es gobernado por gente que no se den cuenta de lo que hacen. Bueno, mi amigo, es mejor que dejo de escribir antes que digo cosas que no me corresponden. Con mi mayor respeto (Runnacles).”

## Imágenes a la distancia

Por referencias facilitadas por el doctor Casares, se sabe que Runnacles comienza a formar su colección de huevos el 15 de setiembre de 1932. El 28 de mayo de 1939 ha reunido ya 2031 piezas correspondientes a 134 variedades.

Un carpintero de la zona, don Humberto J. Galinelli, en octubre de 1933, le entrega una cómoda para colección de huevos, compuesta de 33 cajones, que aquél le encargara y que aún hoy se encuentra en la estancia.

Sus anotaciones son casi siempre en inglés; cuando lo hace en castellano adquiere un lenguaje defectuoso pero muy simpático; siempre de un detalle y precisión impresionante. Registra en columnas de su libro de *Index* estos datos: See Nest Book / Ref n° / Nomenclature / English name / Spanish name / date 1932 / Found by... Collected by / State of eggs of number / Eggs collected because / General Comment /. Luego en cinco tomos reúne sus "Birds'egg collection notes".

Para introducirnos en el conocimiento de su obra y reconocer su parangón con Hudson, nada mejor que transcribir algunas de sus páginas (inéditas) extraídas de sus cuadernos de notas en las que, al par de su minuciosa referencia ornitológica, pinta con delicado y fiel trazo, el ambiente en que se desarrollan aquellas vidas. De este modo conocemos sus inquietudes, sus sensaciones, sus experiencias y aun con detalle geográfico, sus andanzas por el Tuyú.

Sabemos de sus primeros pasos por él mismo, quien registra en sus notas: "Cuando yo era muy chico y vivíamos en la estancia 'Linconia'..."

En otros pasajes de sus cuadernos refiere:

"Cuando primeramente en 1922 nos establecimos en 'La Esperanza', ubicada en el monte de 'El Palenque', había varios casales de este fringílido bonito, el

único de su género en General Lavalle. El bosque de tala estaba en aquel tiempo en un estado muy natural, las ramas más bajas tocando al suelo y un matorral espeso de duraznillo negro, cicuta y cardos, se entretregía con ellas."

De su muy temprano despertar en el amor a las aves, dan cuenta estas líneas referidas a algunas especies:

"Durante nuestra niñez, mi hermano menor y yo conocíamos a este carpintero por el nombre de 'carpintero de Santo Domingo' porque únicamente lo veíamos cuando, en ruta al colegio, íbamos a dicha estación ferroviaria. Los pájaros de que se trata se veían desde la estancia 'San Francisco' en adelante (una distancia de unas siete leguas), siendo la razón que el teléfono particular de dicho establecimiento que comunicaba con el pueblo mencionado, seguía al camino y los postes empleados eran de palmeras."

Hablando del lechuzón lucífugo refiere:

"Todavía habita el techo de la lechería 'Linconia'. Desgraciadamente para los lechuzones los edificios del saladero han sido desarmados (después de más de 30 años de desocupación) pero menos mal que aquellos ya se habían establecido en otras partes del partido. En la altilla de 'La Esperanza' se reproducen en casi todos los meses del año (more by token) mientras que escribo estas notas a las 19 horas del 14 de junio de 1936, puedo sentir a una nidada de pichones, ya grandes, que están reclamando alimentación a sus padres)."

"Son tan útiles a la agricultura que mi padre los protege vigorosamente y creo que actualmente nuestra altilla es el sitio más preferido por ellos del partido. En el piso de la altilla hay una carpeta de pelotillas que han sido vomitadas por los lechuzones. Me informan que aparte de las lauchas que comen, cazan los murciélagos, declaración que no dudo, pues en la altilla no hay ni señas de murciélagos. Han sido observados debajo un puente grande, en el palomar de 'Los Yngleses' y en los nidos de cotorras en el mismo establecimiento. No vuelan de día sino por obligación, y entonces los persiguen mucho no solamente los tiránidos, sino pájaros de otras familias también, causándoles mucha molestia. Ponen de 3 a

## **Imágenes a la distancia**

8 huevos blancos de forma variada, que miden de 40 a 45 mm de largo por 31 a 32 mm de ancho."

Al registrar anotaciones relativas al esbelto cisne de cuello negro dice que:

"Desgraciadamente no es ni cerca a tan abundante como antaño (y tengo por comprobante la opinión de mi padre quien desde 1900 ha vivido en General Lavalle y cuya vida ha sido caracterizada por salidas diarias al campo —en toda época del año—) debido al precio alto que suelen pagar para los cueros."

Es muy curioso lo que anota respecto al halcón alilargo, o águila de los campos:

"Este halcón parece pasar todo el día volando lentamente a pocos metros de altura en busca de pequeños mamíferos (cuises, tucu-tucu, lauchas y ratas), y, en la época en que los hay, pichones y huevos de pájaros que anidan en el campo abierto o en los cañadones. Una vez vi a un halcón alilargo descender a una loma pelada a pesar de la oposición furiosa de varios teros. Al rato se levantó al vuelo en dirección mía siempre perseguido por un casal de teros desesperados. Cuando había volado tal vez 200 metros y le faltaba unos 60 metros más para llegar al sitio en que yo me encontraba, se bajó nuevamente, y pude ver claramente que en su pico llevaba un huevo. Mientras tanto, debido a los gritos bulliciosos de todos los teros de la vecindad, se congregaron como ochenta de estas aves en la loma en donde se encontraba el nido. Así que cuando volvió el halcón alilargo para repetir el plato tenía que imponerse frente a casi 100 teros furiosos y lo hizo sin demora ninguna. Después cuando ya se había alejado con el segundo huevo (y el nido no habría contenido otros, pues no volvió más el halcón), empezaron los teros a divertirse en un gran baile, muchos grupos marchando al compás, sacando pecho, con la cabeza bien derecha, mientras que otros, en pequeños grupos, volaban al estilo del carau, todos gritando como poseídos de un frenesí. Luego, de a poco, se desparramaron nuevamente por el campo, cada casal volviendo a la loma que le correspondía."

Pero otras inquietudes solapadas aleataban en su mente. De ahí la carta que

el 1º de julio de 1940 le escribe el Dr. Jorge Casares, concebida en estos términos:

"Querido Ronald: He recibido su carta del 25. Espero que ésta lo alcanzará en ésa. Me ha producido una gran emoción el anuncio de su propósito de irse a la guerra. Comprendo que responde más que a un deber, a un sentimiento muy noble y respetable, por cierto, pero con todo me ha causado tristeza el pensar en todo lo que abandona. Que Dios lo proteja. Para mí será una verdadera satisfacción cuidar de todos sus papeles; ya sabe que soy su amigo de verdad y que puede fiarse en mí, como en Ud. mismo. Hasta pronto, dear old chap. Un abrazo (Casares)."

Ocho días más tarde Runnacles comunicaba su decisión a Pereyra, en estos términos:

"Aquí ha llovido durante 1940 ya 625 mm. Para mí todo sería un encanto pues es una oportunidad única para observar las aves lavallenses durante una inundación pero mientras que dura la guerra, yo no puedo estar cómodamente aquí coleccionando huevos. Siento que debo estar defendiendo la causa de la democracia y me da vergüenza estar aquí. En cuanto se encuentra uno quien me reemplace en el trabajo, yo marcharé. En esto estoy resuelto." Y continuaba luego: "Le voy a contar de los huevos más interesantes que coleccioné durante la temporada pasada. Encontré dos nidos de..."

El 5 de marzo de 1941 se embarca por fin, y desde a bordo, en el puerto de La Plata, manda a Jorge Casares, a quien designa su albacea, estas líneas:

"On board, The Royal Mail Liner Highland Chieftain: Mi muy estimado amigo: en primer lugar debo manifestar nuevamente mi gratitud por todo lo que a Ud. le debo. No es necesario repetir que me siento muy satisfecho por haber dejado con Ud. las anotaciones ornitológicas que he hecho durante los últimos años. Ya sabemos que no podrían estar en mejores manos. Espero no las considere como una responsabilidad. Ya sabe que cualquier dato que contengan, que sea útil para Ud. lo puede usar sin ningún compromiso."



Para mí sería un motivo de verdadera satisfacción. Al mismo tiempo debo advertirle que podrían haber algunos errores pequeños pues no tuve tiempo para revisar las anotaciones antes de entregárselas. Ahora me gustaría dejar constancia del destino que desearía que tuvieran algunas cosas de mi propiedad, por si acaso no regreso del viaje que estoy por emprender. Mi colección de huevos de aves, con su correspondiente catálogo quedarán para el Museo de La Plata; Ud. y el Dr. Emiliano Mac Donagh serían las personas más indicadas para retirarla de 'La Esperanza'. Cualquiera de mis hermanas, Phillis o Mor-na, podrían ser útiles para la entrega, También he dejado en 'La Esperanza' algunos huevos que había coleccionado con motivo de canje. Estos quedarían para el Dr. José A. Pereyra. El catálogo quedó en el escritorio, en casa, junto con algunos de los huevos. Todas las anotaciones que hice, que no corresponden directamente al catálogo de huevos, quedarían para Ud. si es que tienen algún valor. (Diaries 1938, 1939, 1940, etc.) Los libros de mi 'biblioteca' ornitológica también le podrían ser útiles. Los que no resulten así, podrían interesar a mi madre. Mi canoa plegadiza podría ser útil para mi hermano mayor, Lionel; y él también podría disponer de mi escopeta. Estamos todavía a bordo esperando que zarpe el buque, y esto no puede ser mientras no suba la marea. Quién sabe cuántos días estaremos aquí 'presos' sin necesidad; bueno, mi gran amigo, creo que he dejado constancia de lo principal. Más adelante, cuando tenga tiempo, le mandaré alguna tarjeta; pero hay que tener paciencia. No se me ocurre ninguna frase adecuada de despedida. Quizá sea 'hasta pronto'. (Runnacles)."

El Museo de La Plata guarda hoy la colección de huevos que aquél le legara con un valioso catálogo donde se registran las anotaciones sobre frecuencia de los nidos, número de huevos por nidada, posición de los huevos, materiales utilizados por el ave en la construcción del nido, época de cría, etcétera.

En aquella policromía de belleza extraordinaria, se han reunido huevos en su gran mayoría de Lavalle, y algunos pocos del Delta, Uruguay, Tandil, Zelaya y Magdalena.

El 22 de mayo Casares recibe una carta de su amigo desde Inglaterra, en que le dice:

"Mi estimado Casares: por fin me pongo a escribirle y me encuentro sorprendido del modo en que me extraña hacer una comunicación en castellano, después de casi tres meses de hablar puramente en inglés. Bueno, mi amigo, aquí me encuentro muy bien de salud y encantado de la vida que hasta ahora voy llevando. He terminado ya el período de recluta y estoy esperando que me manden a otro lugar para seguir el curso de aprendizaje. Actualmente figuro como, 'Air Observer' (observador?) pero estoy haciendo los trámites necesarios para que me instruyan como piloto, pues el 'observador' no aprende a pilotear; es decir que para después de la guerra no habría aprendido nada que me podría ser útil en la vida civil si no soy piloto. No he tenido oportunidades buenas para hallar nidos de pájaros, pero he examinado nidos con huevos de tres o cuatro especies comunes. Creo que no me es permitido darle la dirección en que actualmente me hallo, pues podría caer en manos del enemigo y serle útil. La impresión que tiene que recibir cualquiera persona que llega a Inglaterra es que este país no puede ser vencido. No es sino una gran fortaleza y nadie parece pensar en la posibilidad de una derrota decisiva; es decir que la victoria final será nuestra. Cuando llegué en abril el tiempo no era muy agradable. La temperatura era baja como en julio en Buenos Aires pero esto no me hubiera causado impresión desfavorable si hubiera habido un poco de sol. Menos mal que ahora no hace frío y todas las semanas experimentamos algunos días lindos de sol. Nunca sopla fuerte el viento. Las sirenas de alarma suenan bastante a menudo, pues me hallo en un lugar de la costa sur, pero jamás he podido percibir una batalla seria y menos un avión enemigo. La verdad es que de día no se animan internarse mucho sobre Inglaterra, y esto solamente cuando está nublado. Hasta ahora no me han molestado de noche, pero quizás he tenido suerte en este sentido. Desde que me embarqué a principios de marzo hasta este momento no he sentido jamás el deseo de volver a la querencia. Esto me extraña bastante y lo atribuyo enteramente a que siempre me encuentro divertido y todo lo que veo me interesa: no tengo ni el tiempo ni la instigación para meditar



## Imágenes a la distancia

en la vida rural que antes llevaba. Una vez en una película vi un caballo alazán parecido al mío, 'Pibe', y en esta ocasión admito que me sentí algo conmovido. Mi hermano Philip ya debe ser piloto y llevaría el grado de 'Pilot Officer'. Bueno, mi amigo, saludos a su señora, y escríbame cuando tenga tiempo. Reciba un abrazo de su amigo (E. R. Runnacles)."

Luego se pierde contacto. *El Hornero*, en diciembre de 1944, reproduce este artículo:

*"Ornitólogos en la guerra: Ronald Runnacles.* — La víspera de su partida, en que nos reunimos en una comida para despedirlo, nos expresó su decisión de incorporarse a las fuerzas británicas 'para defender la democracia'. Algunos amigos tuvieron noticias posteriormente a su ingreso a las R.A.F. y nuestro consocio Dr. José A. Pereyra recibió la foto que publicamos, en la que aparece Ronald 'junto a una manga de reclutas' como risueñamente consignaba en ocasión de recibir el uniforme de aviador. Hace unos meses su señora madre nos escribió dándonos la triste nueva de que 'su hijo Ronald, piloto oficial de la Real Fuerza Aérea es presunto muerto el día de su desaparición: 11 de septiembre de 1942 —no se sabe la suerte de él ni de cinco de sus compañeros, después de bombardear Düsseldorf, la noche del 10 de septiembre. Abrigamos la esperanza de que en algún lugar de Europa, esperando la hora de la cesación de esta enorme catástrofe que destruye los pueblos, estará nuestro consocio anhelando reintegrarse a la vida útil y a sus pájaros."

El 23 de enero de 1948, la señora de Runnacles recibe una comunicación del Ministerio del Aire (Londres) que traducida, dice así:

"He titubeado referirme nuevamente a la pérdida de vuestro hijo: Piloto Oficial E.M.R. Runnacles, pero tengo la seguridad que a Ud. le agrada saber que 'The Royal Air Force Missing Research

and Enquiry Service' en Holanda, ha localizado el lugar de su enterramiento. Los oficiales investigadores han determinado que en la noche del 10 al 11 de septiembre de 1942, un cuatrimotor se estrelló en Litbosch, aproximadamente 4 km al S.E. de Echt. Los restos de la tripulación que se encontraba en el avión cuando se estrelló, fueron recobrados por las autoridades germanas y llevados al cementerio de Venlo, donde fueron enterrados en 2 tumbas numeradas 165 y 166. Recientemente han sido exhumados y en la tumba n° 165 fueron encontrados los restos de 2 aviadores, como así un guante perteneciente al piloto oficial Runnacles y una insignia de oficial de aviación. Todo esto parece, por consiguiente, no dejar duda alguna que vuestro hijo y el teniente de aviación, L. R. Barr, D.F.C., el capitán, fueron enterrados, mientras el otro teniente de aviación de la tripulación, Cook, se salvó.

"A fin de que sus tumbas puedan ser veneradas, vigiladas y guardadas por las autoridades militares de la Comisión de Tumbas de Guerra del Imperio, han sido nuevamente enterrados en el Cementerio Militar Británico de Yonkersbosch Nijmegen, donde descansan ahora en la tumba n° 8, fila D, parcela 12. Esta tumba será registrada por las *Autoridades de Tumbas de Guerra*, y marcada con una cruz conveniente, con los nombres inscriptos de vuestro hijo y su acompañante.

"Lamento que debido a la formidable tarea de nuestros equipos de búsqueda en el Continente, no haya sido posible notificarla antes.

"Confío, sin embargo, que esta tardía información proporcionará algún consuelo a tan triste pérdida. Sinceramente vuestro. (firmado): S. Rowley."

¿Queda acaso alguna duda sobre el valor del nuevo Hudson? Ernesto R. Runnacles adquiere ya personería propia, y su figura, de mágico y poético destino, merece ser destacada lo mismo que su obra que, aunque inconclusa, es de méritos innegables y valor incalculable.

## HÄNNY SIMONS EN MI RECUERDO

**D**ESDE el momento de su incorporación a la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, en junio de 1919, Hännny Simons se consagra a la misma aunando sus esfuerzos a los de aquellos que, en una u otra forma y desde las distintas dependencias universitarias, bregan por el engrandecimiento de nuestra Alma Mater. Su amor por los libros, sus conocimientos bibliotecológicos y su dominio de idiomas —había perfeccionado el inglés en Brighton y el francés en Lausana—, a lo que se suman condiciones poco comunes para la conducción bibliotecaria puestas de manifiesto desde que asume la vicedirección, en 1920, aseguran su feliz desempeño en tareas de tanta responsabilidad. En 1949, cuando, tras un período de treinta años en el que no decaen el interés y dinamismo que pone en todo momento al servicio del quehacer bibliotecario, se aleja de la Biblioteca, su ausencia deja un sentido vacío y nos revela, de pronto, el tamaño de su personalidad.

A poco de radicada en La Plata, Hännny Simons, ante el inesperado fallecimiento de su esposo, profesor Konrad

Simons, debe afrontar una situación difícil, alejada de su patria, no familiarizada aún con nuestro idioma y con dos hijos pequeños cuya educación queda ahora a su exclusivo cuidado. El doctor Simons había llegado aquí, procedente de Jena, donde ocupaba la dirección del Instituto Zeiss, integrando el selecto cuerpo de profesores invitados por el Dr. Joaquín V. González para colaborar en la moderna estructuración que éste ha de dar a la Universidad de La Plata, a poco de sancionada la nacionalización de la casa de altos estudios cuya presidencia ejerce. Contratado para organizar cursos de electrotécnica e instalar el instituto de la materia en la Facultad de ciencias fisicomatemáticas, el doctor Simons comienza, en abril de 1911, su labor docente y de investigación, basada en la experiencia que adquiriera junto a Edison, Nernst y Einstein. Simultáneamente continúa su fecunda obra bibliográfica iniciada en Alemania, a principios de siglo, y que habría de culminar aquí con un tratado sobre la materia de su especialidad<sup>1</sup> que dedica a sus alumnos, a poco de creada

<sup>1</sup> SIMONS, KONRAD: *Mediciones electrotécnicas en las usinas e instalaciones de fuerza motriz y de alumbrado*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas, 1917. XI, 308 pp.

## Evocación

la carrera de ingeniero electricista. En octubre de 1918, hallándose por entero consagrado a sus múltiples tareas, la misma fatal dolencia que extinguiera la vida del Dr. Emil Bose —colega que lo decide, en su oportunidad, a aceptar la invitación de González— lo arrebató a los suyos. Queda así trunca una obra emprendida y llevada adelante con entusiasmo y dedicación ejemplares, cuyo celo no decae ni aún cuando, por causas ajenas a la Facultad misma, el Prof. Simons debe postergar la instalación del Instituto de Electrotecnia —su máxima aspiración—, obra que rebasa el ámbito universitario y alcanza al Comité Electrotécnico Argentino y a la Asociación Argentina de Electrotécnicos cuya fundación propiciara.

Si bien no es mi propósito extenderme aquí acerca de las actividades del Prof. Simons —las que, por otra parte, han sido cabal y detalladamente expuestas, en un artículo que pone asimismo de manifiesto la condición moral e intelectual de este científico<sup>2</sup>, he querido recordar las circunstancias de su arribo, su brillante actuación y su sorpresivo deceso cuando sólo contaba cuarenta y cuatro años, por considerar que todo ello puede aportar antecedentes que hacen a la justa comprensión de la fortaleza moral que caracteriza la recia personalidad de su compañera.

En Elberfeld —donde naciera, en enero de 1882—, una auténtica vocación había orientado a Hännny Simons hacia el estudio y práctica de las incipientes disciplinas bibliotecológicas, hasta llevarla a desempeñarse allí como bibliotecaria profesional. No debe, pues, resultarnos extraño que, en los momentos críticos que atraviesa aquí a raíz del sorpresivo deceso de su compañero, se vuelva hacia el campo de su especialidad y

solicite su ingreso a la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata. El cargo que se le asigna no es tan sólo la fuente que ampliará sus recursos; con él se le brinda la oportunidad de ejercer funciones que, como el magisterio, tienen mucho de apostolado. Hännny Simons no pasa en vano por esta casa. Aun haciendo abstracción de la cátedra viva que sabe dictar en toda ocasión, quedan aquí sus obras como testimonios: grandes iniciativas hechas realidad.

Colaboradora eficaz durante la dirección de Carlos Vega Belgrano y de Alberto Palcos, sugiere la adopción de medidas que agilitan el funcionamiento de la Biblioteca y contribuyen a multiplicar notablemente el movimiento de libros y lectores. Señalemos, en primer término, la reglamentación del servicio de préstamo de libros a domicilio, soplo vivificante de insospechadas proyecciones. Al respecto, suele sacarse a colación el hecho de que, en 1888, el entonces director de la institución, Augusto Belín Sarmiento, ya había considerado la posibilidad de crear una biblioteca circulante para lo cual cada lector debía contribuir con la cuota asignada; pero el proyecto no llegó a realizarse. Fue necesaria la acción dinámica y tesonera de Hännny Simons —capaz de vencer las objeciones que, por espacio de casi cuatro décadas, se venían formulando a dicho sistema de préstamo— para lograr, en forma definitiva, la implantación de este beneficio totalmente gratuito que, desde 1926 y sin interrupción, se brinda a los vecinos de esta ciudad. Son también obras suyas las modificaciones introducidas al sistema de clasificación adoptado durante la dirección del Dr. Luis Ricardo Fors, modificaciones que no provienen de una arriesgada improvisación sino

<sup>2</sup> Cf. CAPDEVILA, PEDRO M.: *Profesor Conrado Simons. Contribución al estudio de las ciencias físicas y matemáticas*. Serie técnica, La Plata, 1: 521-538, (1918).

que son resultado de serios y pacientes estudios para lo cual busca el asesoramiento de las opiniones más autorizadas (al respecto, pláciale recordar la colaboración del Padre Astelarra y de los profesores César Díaz Cisneros, Rómulo Carbia, Agustín Millares Carlo y Roberto Lehmann Nitsche, entre otros). Para citar únicamente obras de aliento —ya que sería prolijo enumerar todo cuanto hace por la institución en el dilatado período de su permanencia en la misma—, mencionemos la compilación de los primeros catálogos topográficos; la *Guía de clasificación del material bibliográfico con instrucciones para el uso de los ficheros* y la creación de un sistema de signaturas, basado en principios mnemónicos, que responden a la nueva clasificación; el primer catálogo biográfico —base de los actuales ficheros de biografías de argentinos y extranjeros— que hace copiar de su propio peculio al no contar la Biblioteca con personal suficiente o partida que le permitiera afrontar el gasto, en esos momentos; la *Reglamentación de los servicios de la Biblioteca* que aún se mantiene, con ligeras variantes, y las *Listas de libros más leídos* que, muy a su pesar, deben convertirse en *Listas de libros entrados*. Por otra parte, nada queda definitivamente acabado para ella. Nada hay que no pueda mejorarse. Y no pierde oportunidad de perfeccionar tal o cual detalle, en la organización que ella misma ha dispuesto. Por ello, cuando en 1930, las autoridades de nuestra Universidad le encomiendan la misión de visitar bibliotecas europeas, sus observaciones se traducen en la sugestión de múltiples medidas, tendientes a incrementar los servicios de esta casa.

Hänny Simons nos deja en su libro, dedicado a la ciudad de La Plata en

su cincuentenario, y en colaboraciones en revistas nacionales y extranjeras, mucho de sus incursiones en el campo de la bibliotecología y algunos ensayos de carácter biográfico. Su producción literaria está representada, en la Biblioteca de la Universidad, por los siguientes títulos: Algunos aspectos de la biblioteconomía, *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, La Plata, 18, 4: 37-70, 1934; Bibliotecas y bibliotecarios. Prólogo del Ing. Nicolás Besio Moreno, La Plata, Olivieri y Domínguez, 1932, 146 p.; Bibliothekswesen in Argentinien, *Minerva-Zeitschrift*, Berlín, 2, 2/3: 44-47, 1926; Breve noticia sobre el Conde Keyserling, *Sagitario*, La Plata, 1: 206-209, 1926; Don Carlos Vega Belgrano, *Revista de educación*, La Plata, 68, 5: 1103-1106, 1927; Erasmo y sus impresores, *Humanidades. Publicación de la Facultad de humanidades y ciencias de la educación*, La Plata, 11:313-319, 1925; Goethe y las bibliotecas, *Fénix. Revista de la Sociedad científica alemana*, Buenos Aires, 6, 3: 234-238, 1926 y Die Quesadas als Foerderer geistiger Beziehungen zwischen Argentinien und Deutschland, *Ibero-Amerikanisches Archiv*, Berlín, 7, 2: 6 p., 1933.

Hänny Simons figura entre los benefactores de la Biblioteca de la Universidad de La Plata. En el transcurso de los años en que permanece ligada a la misma, trae, una a una, muchas de las obras que componen su biblioteca particular. Algunas de estas piezas conservan su *ex-libris*. En él, la lechuza prudente y sabia se afirma en el enhiesto y espinoso cardo, símbolo, para la heráldica, de “un corazón noblemente humilde, pero tan cuidadoso de su honor que defiende con su espada el lustre de su linaje”<sup>3</sup>. Al pie, la frase de San Pe-

<sup>3</sup> CASTAÑEDA Y ALCOVER, V.: *Arte del blasón. Manual de heráldica*. Madrid, V. Suárez, 1923, 111-112.

## Evocación

dro a Jesús, "Et si omnes, ego non"<sup>4</sup>, rubrica, como divisa, la intención del grabado<sup>5</sup>.

He tenido el privilegio de trabajar junto a Hännny Simons durante más de dos décadas y puedo afirmar que ni la violenta interrupción de mis servicios, en 1949, ni el desconcierto que debí superar al reintegrarme a mis funciones, en 1950, lograron empañar mis más caros recuerdos de aquellos años. ¿Cómo no habrá de ser merecedora de nuestra más reconocida gratitud quien con paciencia inagotable y extraordinaria eficiencia, con energía pero con bondad, obró el milagro de atemperar tanta torpeza e in-experiencia como encerraban nuestros años mozos? Y mi caso no es, por cierto, un caso aislado. Y por eso, precisamente, lo traigo a colación. Porque Hännny Simons, a la par que cumple sus tareas específicas, es "maestra" en la más alta acepción de la palabra. Despierta vocaciones, forma bibliotecarios, sabe comunicar sus inquietudes. Su actividad, curiosidad e interés, puestos al servicio de una búsqueda, resultan contagiosos. Excita nuestro amor propio —un amor propio bien entendido—; suscita emulación —una emulación constructiva—, y a propósito de esa aparente contradicción de su carácter enérgico y bondadoso, arrollador y comprensivo, viene a mi memoria su natural reacción tras las "borrascas", y la veo llegar, en bonanza, portadora de la "pipa de la paz" encarnada en la más hermosa flor de su jardín —una dalia, un jazmín o sus clemátides—, un pliego que ella misma pintaba a mano de acuerdo con fórmulas que constituían un secreto de familia o alguno de sus apetitosos manjares cuya

delicada preparación revelaba su fino paladar.

Su carácter y temperamento no son de los que pueden ser bosquejados con unos pocos trazos. En ella, no se sabe qué admirar más: si su capacidad poco común de trabajo, el orden, método y perseverancia que mantiene en todo el curso de una investigación y su sólida preparación técnica o su sentido de equidad, la rectitud de sus juicios y su firmeza de carácter; si su cultura exquisita y amplitud de miras o su agilidad mental, su réplica vivaz, su infalible intuición, la agudeza de sus observaciones, sus expresiones felices, su facilidad para captar, en las personas y en las cosas, el aspecto cómico y ridículo de las mismas, su fina ironía.

En la tibieza acogedora de su hogar, se revela como verdadero anfitrión. Cuando nos es dado irrumpir en su vida hogareña, en el marco encantador de sus plantas y de sus flores, nos sorprenden y deslumbran su buen gusto y su don de gentes. Dentro de ese marco habría de irse apagando su vida hasta extinguirse en el otoño de 1958. Y es en él donde he fijado definitivamente a Hännny Simons, en mi recuerdo.

Al pretender evocar aquí esta figura prestigiosa, no han escapado a mi juicio la magnitud de la empresa ni lo precario de mis medios. Pero si mi esfuerzo lograra revivir su recuerdo en quienes la conocieron y dar a quienes no la conocieron una valoración de las múltiples facetas de una personalidad que, lejos de desleírse, se acrecienta más y más con el correr del tiempo, cabríame la satisfacción de haber rendido a su memoria el homenaje que ella merece.

<sup>4</sup> Evangelio de S. Mateo, cap. XXVI, v. 35.

<sup>5</sup> Cf. GELLI, J.: (*Tre mille cinquecento*) *3500 ex-libris italiani...*, U. Hoepli, Milán, 1908, p. 482 y *Nouveau Larousse illustré...*, Librairie Larousse, París, 4: 335, (s. f.).

Noel H. Sbarra ❀

## “EL VIEJO PANCHO” A ORILLAS DEL RÍO EO

**E**N Oviedo nos detuvimos el tiempo suficiente para conocer la catedral, magnífico exponente del arte gótico español. Promediaba la tarde y nuestra próxima meta era La Coruña, distante 324 kilómetros siguiendo la carretera por la cornisa cantábrica. Resolvimos, pues, hacer noche en la villa de Ribadeo, situada a poco más de la mitad del trayecto, cuyas casas, de techo de pizarra, cayendo hacia el río Eo —que marca el límite de las provincias de Lugo (Galicia) y Asturias— nos ofrecían, desde lo alto del camino, una vista encantadora. Por lo demás, la guía Michelin nos indicaba que había allí uno de esos excelentes albergues levantados por la Subsecretaría de Turismo. Y a él nos dirigíamos cuando, ya en las inmediaciones, nos cortó el paso una pareja de la guardia civil: no podríamos pernoctar en el albergue, donde se alojaba, durante la pausa de Semana Santa, el Caudillo, que, como otros años, había venido a pescar truchas y salmones, abundantes en los ríos de la región.

En busca de un hotel pasamos frente a la plaza España, la principal de la villa, donde, ya de anochecida, comenzaba a desarrollarse un espectáculo de bailes regionales. Instalados, pues, en una

decorosa hostería, dejamos nuestro coche y a pie nos dirigimos presurosos a gozar de la fiesta popular. Ya en la cercanía de la plaza el nombre de una calle, leído al pasar en la chapa indicadora, atrajo fuertemente nuestra atención: *Calle del Viejo Pancho*. Y como somos dados a la literatura nativista rioplatense, asociamos rápidamente: “El Viejo Pancho” era el seudónimo de uno de los mejores poetas criollos del Uruguay, el gallego José Alonso y Trelles. Nos olvidamos, pues, por completo de las muñeiras y las gaitas; interrogamos a un “municipa” —que así llaman a los agentes de la policía provincial—, quien nos indicó que en el N° 10 de esa calle, que no tiene sino tres cuadras, estaba la casa que había sido de Trelles.

La casona del poeta —habitada ahora por una sobrina de este— es un edificio de dos plantas, de noble aspecto, en cuyo frente, donde se abren la puerta y cinco ventanas, una placa dice así: “Aquí nació —para no morir— el 7 de mayo de 1857, un ribadenense universal: el poeta José María Alonso Trelles y Jaren, que bajo el seudónimo patriarcal de El Viejo Pancho llegó a consagrarse como el más alto intérprete de la psicología criolla uruguaya. Falleció

## Itinerario español

en El Tala el 28 de julio de 1924. Su pueblo natal le ofrenda esta lápida conmemorativa. Ribadeo, 28 de julio de 1946." Absortos estábamos frente a la casa del autor de "La güeya" cuando acertó a pasar por allí, camino de la plaza, un matrimonio, que cordialmente se acercó a nosotros preguntándonos él si éramos uruguayos y si podía sernos útil en algo.

—“No señor —repliqué—, pero es como si lo fuera; soy argentino y también a los argentinos nos alcanza la gloria de El Viejo Pancho.”

—“¡Enhorabuena! —nos contestó, presentándose—, me llamo José María Puebla Pumariño, para servirle. Viví varios años en Buenos Aires y siendo casi un niño, por los días de vuestro Centenario entré a trabajar en la editorial Guillermo Kraft; después me atacó la morriña y en 1918 regresé a mi Ribadeo y aquí me tiene Ud. como director-propietario del semanario *Las Riberas del Eo*, que es el decano de la prensa provincial. Y ahora, si Ud. me permite —añadió— le haré de cicerone, pues frente a la plaza, que Ud. ya habrá visto, está la Biblioteca Pública Municipal El Viejo Pancho.”

Complacidos aceptamos la gentil invitación y nos pusimos en marcha. Lo primero fue conocer, a pocos pasos de donde estábamos, el local del periódico —cuatro páginas compuestas a mano—, obsequiándonos su director con un ejemplar de la última edición aparecida: 10 de abril de 1965. Ya en la plaza, nos detuvimos ante un busto de Trelles, obra del escultor ribadenense Eduardo Osorio, que lleva esta inscripción: “El Viejo Pancho (1857-1924). Poeta gauchesco uruguayo nacido en esta villa. Ofrenda de los españoles residentes en Montevideo, 1º de septiembre de 1957.” Y frente mismo, calle por medio, en el pa-

lacio que fuera del conde de Ribadeo, de la casa de Alba, está la biblioteca El Viejo Pancho.

Compraron el tal palacio y lo donaron al municipio los hermanos Pedro y Juan María Moreno Ulloa, dos gallegos establecidos en Buenos Aires, donde hicieron fortuna con un comercio instalado en la entonces calle Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen), llegando a la plaza Lorea.

—“Ahí tiene Ud. —acota don José María en tanto nos informa—, la emigración derrotando a la nobleza...”

Es verdad, y a fe que no podía tener más precioso destino el ex palacio del conde de Ribadeo y duque de Alba. Como era de noche y la biblioteca estaba cerrada, don José María se las ingenió para que se hiciera presente el bibliotecario y nos atendiese. El repositorio, pulcramente mantenido, tiene un fondo bibliográfico de 10.000 volúmenes y en una de las paredes un cuadro de gran tamaño representa a José Alonso y Trelles joven, vistiendo la ropa del paisano uruguayo actual y montando un caballo áperado con lomillo y freno, riendas y estribos de plata.

Salimos finalmente a la calle y allí cerca, en una esquina, al lado de la Aduana, vemos una placa con una leyenda que es para los argentinos un conmovedor mensaje de afecto: “En homenaje a la República Argentina y a petición de los ribadenenses allí residentes se designa esta calle con el nombre de Buenos Aires. Obsequio del Centro Ribadeo y sus distritos, de Buenos Aires, al Excelentísimo Ayuntamiento de esta villa. Inaugurada en agosto de 1934.”

—“También tenemos una Avenida República Argentina; aquélla” —remata don José María, extendiendo la diestra. Fue, ciertamente, un impacto emocional que puso fin a una hora de cordialísima

charla. (De este linaje humano —pensamos— son los gallegos, que tan bien conocemos y queremos en la Argentina.)

En el tablادillo improvisado en la plaza habían cesado la música y el ajetreo de las danzas populares; las luces se habían reducido a lo normal y las gentes, en alegres grupos, se alejaban entre voces y risas.

\* \* \*

El inesperado encuentro con el Viejo Pancho a orillas del río Eo, en su Galicia natal, nos ha servido para recordar al autor de tantas celebradas composiciones camperas: “renglones desiguales (¡cualquier día los llamo yo versos!)”, diría el propio Trelles —sin falsa modestia y con puntas de ironía— cuando se decidió reunirlos en 1915 en un libro titulado *Paja Brava*.

Hombre joven, en 1874 llegó Alonso y Trelles a la Argentina, radicándose por algún tiempo en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires, donde trabajó como dependiente en una casa de comercio al par que escribía en un periódico lugareño. Al año siguiente abandonó nuestro país para establecerse definitivamente en la Banda Oriental, afincándose en El Tala, pequeño poblado rural del departamento de Canelones. Había hecho en España estudios de teneduría de libros y el oficio le sirvió para ganarse laboriosamente la vida. Ya no habría de dejar más El Tala, sino para realizar, primero, estudios notariales en Montevideo y luego, en 1908, para representar en la Legislatura a Canelones como diputado por el Partido Nacional.

*Mi Tala Cómico* se llama un periódico satírico que funda en 1894 y que él solo escribe, ilustra e imprime. Su director es Juan Monga, seudónimo que para el caso usa Trelles, quien firmó asimismo sus escritos y versos con otros nombres literarios o de fantasía: El Viejo

Pancho Chingolo, El Manco y El Viejo Pancho. Precisamente, este último aparece un día en *Mi Tala Cómico* al pie de unos versos gauchescos titulados “La güeya”. Son ocho estrofas, que empiezan así:

Pulpero, eche caña,  
Caña de la güena,  
Yene hasta los topes ese vaso grande,  
No ande con miserias.

Son versos distintos a los que se hacen comúnmente en lenguaje gauchesco. ¿Quién es ese Viejo Pancho —se pregunta la gente— que cala tan hondo en el alma compleja del paisano? La nueva composición hace fortuna y se reproduce largamente en ambas márgenes del Plata. Ahí está todo el dolor contenido y al mismo tiempo toda la triste ilusión del paisano que un día, de madrugada, llega a su rancho: “Y oservé en el pasto mojáo po’el sereno / Yo no sé que güeyas.”

Y aquellos encontrados sentimientos —la ilusión y el dolor— quedan fijados en las dos últimas estrofas:

Yo tengo, pulpero,  
Pa que usté lo sepa,  
La moza más linda que han visto los ojos  
En tuita la tierra.  
  
Con eya mi rancho  
Ni al cielo envidéa  
Pero eche otro vaso pa ver si me olvido  
Que he visto una güeya...

El misterio se aclara finalmente y los versos de El Viejo Pancho comienzan a aparecer periódicamente en la revista “El Fogón”, de Montevideo, junto a los de Elías Regules, Alcides De María, Moratorio, etc., y a los relatos de Javier de Viana y de Acevedo Díaz, entre los más conspicuos cultores del género gauchesco.

*Paja Brava* —libro del que han aparecido varias ediciones— incluye ochenta composiciones, entre las que cabe señalar como las más logradas, a “La güeya”,



## Itinerario español

ya citada, "Cosas de viejo", "Tiento sobao", "Cuando pases cerca mío", "Pa ejemplo", "Volver p'atrás" y sobre todo la admirable "¡Hopa!, ¡hopa!, ¡hopa...", que trascribimos:

Casi anocheciendo, cerquita e mi rancho  
Cuando con mis penas conversaba a solas,  
Sentí ayer ruidaje como de pezuñas  
Y el grito campero de ¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!...

Salí, y en el oscuro vide uno de poncho,  
Yevando a los tientos lazo y boleadoras,  
Que al tranco espacioso de un matungo záino  
Arriaba animales que parecían sombras.

—“Paresé, aparcerero, paresé y disculpe —  
Le dije. — ¿Qué bichos lleva en esa tropa?”  
—“Voy pa la tablada de los gauchos zonzos  
A venderles miles de esperanzas gordas”. —

—“Si el mercáo promete, y engolosinao  
Güelve po'estos pagos en procura de otras,  
No olvide que tengo mis potreros yenos,  
Y que hasta e regalo se las cedo todas”

Sonrióse el tropero, que era el Desengaño,  
Talonó el matungo derecho a las sombras,  
Y aún tráe a mis óidos el viento e la noche  
Su grito campero de ¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!...

En el prólogo de *Paja Brava*, el autor resume en una pregunta la razón sustancial de sus viriles y sentidos versos: “¿No podrían ser sencillamente mis pasiones, mis penas, imaginarias o reales, que da lo mismo, mis secretas ternuras, el mundo misterioso e ignorado que lleva cada uno dentro de sí, lo que, en el pintoresco lenguaje criollo, aprendido en mi larga convivencia con la gente del campo, expresan y traducen mis toscos versos?”

Claro que sí; y esa autenticidad es, precisamente, la que ha dado vida y proyección a los “renglones desiguales” de El Viejo Pancho.

Emilio J. Ringuelet ❀

## EL ENCANTO DE LOS PAÍSES MINÚSCULOS DE EUROPA OCCIDENTAL

**T**ODO el que ha visitado los países de Europa llamados alguna vez minúsculos, conservará sin duda un recuerdo imborrable. Es como si operara un embrujo en nuestro espíritu, tanto saben las gentes y las cosas cautivar y embelesar. Claro que no todos en igual medida. ¿A qué se debe ese hechizo en países tan pequeños que casi parecen absurdos al hombre habituado a los extensos países americanos, inclusive al nuestro? Precisamente al hecho de constituir pequeñísimos conglomerados humanos y diminutas unidades geográficas, que pueden poseer, sin embargo, bellezas naturales, particularidades étnicas, históricas, artísticas, técnicas y folklóricas de gran poder evocador y sugestivo. Pero ante todo, porque poseen en mayor o menor grado, una población que por reducida y a veces en relativo aislamiento, conserva sus tradiciones y su espíritu con más pureza e ingenuidad, una voluntad y una exultación agigantadas por su propia pequeñez. Así, por ejemplo, entre ellos mismos, puede observarse una muy sensible diferencia entre Andorra, enclavada en la montaña y bloqueada por la nieve del invierno, y Mónaco, asentada en un litoral acogedor en cualquier estación del año y sobre una ruta de las más transitadas por el gran turismo internacional.

Todos ellos pueden despertar vivísimo interés en el viajero. Lo importante es descubrir la riqueza interior de la gente y observar la belleza del paisaje, una perspectiva feliz o una escena callejera pintoresca, con espíritu ampliamente receptivo, penetrando en finura y en profundidad. El goce espiritual que le proporcionará la observación será el mejor premio a sus inquietudes. En esta nota, basada en apuntes de viaje, trato de reflejar, siquiera en mínima parte, el encantamiento que surge de la visión de esos países, en general poco conocidos. Por supuesto que no pretendo, como lo expresé en otra oportunidad, lograr la hipotiposis, pues el efecto que produce en nuestro espíritu lo desconocido, lo original, las bellezas naturales o producto del hombre mismo, es muy difícil, hasta imposible de transmitir con éxito. La verdadera penetración sólo se obtiene con la visión directa, la participación personal. En lugares como estos se deplora con razón no ser artista para dibujar más de un rincón o una perspectiva, pues en ellos, más que el color, impresiona la línea y la composición.

Cuatro de esos países minúsculos son indiscutidos como tales: Mónaco, San Marino, Liechtenstein y Andorra. Pero

## ***Carné de viaje***

existe uno al que algunos niegan esa condición, Luxemburgo, el más grande y a la vez más poblado de los cinco, que bien puede llamarse el gigante de los países minúsculos.

### **PRINCIPADO DE MÓNACO**

Es el más diminuto de los cinco aunque de densa población. Por otra parte, es el más conocido de todos por hallarse en la fascinante Costa Azul. Es raro que un viajero, ya provenga de Europa septentrional, del cercano Oriente, de América del Norte o del Sud, deje de visitar esa zona del Mediterráneo, a mitad de camino entre París o Madrid y Roma, y por lo tanto de conocer Mónaco. Sin embargo pocos se compenetran de la estructura de ese país que apenas cuenta con 1,5 km<sup>2</sup> de superficie y 22.297 habitantes<sup>1</sup>, enclavado dentro de Francia y muy cerca de la frontera de Italia, al que se entra y del que se sale sin darse cuenta de los límites.

Es fácil abarcar en una visita, aunque breve, sus tres zonas principales: la antigua Mónaco, la capital, asentada sobre el promontorio rocoso de 58 m de altura, que avanza dentro del mar azul, con el palacio y el museo; Monte Carlo y su casino; y entre ambas, la Condamine, con su pequeño y bello puerto de placer. Nadie deja de ver el Casino, antiguo y reducido, pero único en el mundo como meca del juego y la sociabilidad, así como el Tiro a la paloma, o el puerto, que se luce aún sin quererlo desde las alturas que lo circundan. Bastantes curiosos se detienen ante el palacio del Príncipe Rainiero, especialmente desde que Grace Kelly es la soberana, pero no son tantos los que visitan la suntuosa catedral de San Nicolás, de es-

tilo bizantino, y menos los que se interesan por el material que exhibe el Museo Oceanográfico, donde estudió e investigó su creador, el Príncipe Alberto, que tanto hizo por la ciencia oceanográfica.

Bien vale la pena deambular por los distintos barrios del principado, tal vez el más célebre lugar de turismo, entretenimiento y vida mundana, alternando en sus calles y parques con una muchedumbre cosmopolita. Así se gozará de su extraordinaria belleza, armoniosa combinación de pequeñas montañas y costas recortadas, suntuosa edificación y parques exóticos o jardines siempre florecidos, color verde de la vegetación, azul luminoso del mar y del cielo, blanco de las nubes y de las rompientes en las rocas rojizas.

### **REPÚBLICA DE SAN MARINO**

La República de San Marino es uno de los más pequeños y antiguos estados libres del mundo, con unos 17.000 sanmarineses en 60 km<sup>2</sup> de superficie. Según la tradición, este país nació a mediados del siglo IV con Marino el Ermitaño, refugiado en el árido y escarpado cerro, llamado el monte Titano, a raíz de las persecuciones de Dioclesiano. El primer documento que atestigua la independencia de San Marino se remonta al año 885, su constitución se basa en el Estatuto de 1295, participó de las luchas contra los Malatesta de Rímini, fue respetada por Napoleón 1º y dio asilo a Garibaldi en el pasado siglo. En el actual, sufrió el fascismo hacia 1923 y un efímero poder comunista en 1937, por lo que debió duplicar sus efectivos hasta tener 120 soldados. San Marino conserva celosamente su soberanía y sus

<sup>1</sup> Todos los datos demográficos aquí consignados han sido extraídos del "Calendario Atlántico" para 1967 editado por el Instituto Geográfico De Agostino (Modena, Italia), pues el autor visitó los países que someramente describe en 1960.

libertades, como lo recuerda la frase que se lee en la frontera: "Benvenuti nell'antica terra della Libertá", junto a su bandera blanca y azul. Se halla a 24 km de Rímíni, sobre su cerro de 743 m.s.m., en plena Italia. Pero no es Italia, es la República de San Marino.

Saliendo de Rímíni por un camino bordeado de tilos, se ve cada vez más cerca el monte Titano y a poco se comienza a distinguir en la cima tres picos rocosos coronados por una torre, llamados las tres "torri" o "penne" (las tres plumas): Rocca della Guaita, Rocca della Frata, Rocca della Montale, que rematan en veletas en forma de pluma. Después de pasar por Borgo Maggiore, se asciende por un camino de cornisa, luego por la "strada panorámica" que rodea el espolón pétreo y ofrece hermosas vistas de la campiña. Atravesando barrios de casas encaramadas en distintos planos, se llega a la misma capital, en la cima, donde se halla el centro ciudadano. Emplazamiento admirable, con mucho de nido de águilas, estructura urbana muy pintoresca y de aspecto medieval, con callejas sinuosas y estrechas pobladas de gentes bulliciosas, vista panorámica espléndida hacia todos los rumbos. Se goza de la visión de valles y cerros vecinos, pequeños ríos y campos cultivados; a lo lejos, hacia el oeste, los Apeninos, hacia el naciente Rímíni, el Adriático y, a veces, la costa dálmata. Las faldas del Titano, al sud y al oeste, son abruptas y caen a pico sobre los precipicios.

Se accede a la ciudad por un camino en zig-zag y por una de las dos puertas de su recinto amurallado. En lo alto del primer tramo se halla la plaza de la República y al trasponer el segundo tramo, más elevado, se encuentra la plaza de la Libertad, con el consiguiente monumento en su centro, el Palacio del Correo en un extremo y en el opuesto el

Palacio de Gobierno. Estos edificios, como la mayor parte de las casas, de tres y cuatro pisos, son de piedra. El correo tiene gran importancia en estos países minúsculos, pues en su pequeñez y en la órbita económica del país dentro del cual se hallan ubicados, la emisión y venta de sus sellos postales es una de las principales fuentes de recursos.

El palacio de Gobierno es el edificio más importante de esta simpática y original ciudad de San Marino. A pesar de que fue construido en el siglo pasado, reproduce en estilo gótico los edificios comunales del siglo XIII. Sobre el pórtico de tres arcos campea el escudo de armas de la república, que ostenta las tres rocas simbólicas, cada una con su pluma en el remate, entre una rama de laurel y otra de roble y debajo la palabra LIBERTAS.

Sobre un costado de la plaza y en las calles adyacentes se hallan instalados numerosos restaurantes y comercios donde se pueden adquirir fácilmente artículos variados y a veces primorosos de la artesanía local. El otro costado de la plaza da directamente sobre el valle. Hay en San Marino varios templos. Uno de los principales es la basílica de San Marino, ubicada en la vecina Piazza Antonio Onofri, que lleva el nombre del Padre de la Patria, autor de la divisa "In piccolezza, libertá". La basílica contiene la tumba del Santo bajo el altar mayor.

En esta diminuta nación, llena de bellezas y ambientes evocadores, se "siente" vivir un cuarto de hora distinto al tiempo de la vida corriente. Su recuerdo se asocia al de ciertas canciones marciales de Frescobaldi para órgano y bronces, o de Corelli, para trompetas, por su aire arcaico y fresco a la vez. El viajero lamenta no poder llevarse consigo algo representativo de su esencia, de su intimidad espiritual, y sólo se lleva

## ***Carné de viaje***

el recuerdo vivo, que por cierto vale mucho.

### **PRINCIPADO DE LIECHTENSTEIN**

Entre Suiza y Austria se encuentra el Principado de Liechtenstein, el tercero en superficie. La ruta internacional que recorre ambas naciones es de las más hermosas de Europa para todo aquel que gusta de los paisajes movidos; involucran la sugestión de las montañas, los lagos, los bosques y las ciudades pintorescas en armoniosa combinación. Más hermosa aún y más completa si se parte de los lagos franceses de Le Bourget y Annecy y las ciudades de Chambery, Aix-les-Bains y Annecy, para cruzar Suiza y visitar el Tirol austríaco con ciudades como Bludenz, Innsbruck y Salzburg, luego Sankt Florian y Viena.

Justamente en la frontera suizo-austríaca, en plenos Alpes, se cruza el *Fürstentum Liechtenstein*, del que se ha dicho que es un "fragmento anacrónico" de la antigua Confederación Germánica. Fue erigido en principado autónomo por el emperador Carlos VI en 1719, a favor del príncipe Hans Adam de Liechtenstein. Con un gobierno monárquico constitucional dependió de Austria por varios conceptos, hasta 1919. Subsistió a través de la convulsionada historia de Europa gracias a la prudente política del príncipe Juan II, apodado "el Bueno", que reinó 71 años (1858-1929). Este largo reinado fue sobrepasado en duración —y sólo por un año— por el de Luis XIV de Francia (1643-1715).

La superficie de Liechtenstein es de 160 km<sup>2</sup> y su población de 19.304 habitantes. Desde 1919, como consecuencia de la primera guerra mundial, se ha desvinculado de Austria para formar parte del espacio económico de la Confederación Helvética, por medio de convenciones de orden comercial, monetario,

aduanero y diplomático. Su capital es Vaduz, ciudad de unos 3.500 h., situada a 460 m.s.m. y a escasa distancia de la orilla derecha del Rin. Casi reducida a su calle principal y aledaños, se extiende al pie de un cerro rocoso y cubierto de vegetación, coronado por el castillo de piedra de la familia principesca, simpático y casi imponente. Esta construcción medieval está pues a más de 50 m. de altura sobre la plataforma de granito que cae a pico sobre la calle principal. Esta luce una edificación bastante nueva, con numerosos comercios, hoteles y restaurantes con terraza; bancos, oficinas de turismo, estaciones de servicio y correo. Aquí como en San Marino, el correo es una institución importante para el estado (que tiene el privilegio de emitir sellos propios), para el turismo y para los filatelistas.

Vaduz es una de las capitales más atractivas de Europa, pues a pesar de su pequeñez constituye un centro animado y entretenido, merced a una corriente turística, rumorosa y renovada. Su calle principal, a ciertas horas y en la buena estación, muestra un enjambre de transeúntes curiosos que apenas se miran por mirar todo a su alrededor. Se entrecruzan sonriendo y dando voces en todos los idiomas, haciendo de la pequeña ciudad un centro colorido y bullicioso.

El valle del Rin está sembrado de pueblitos esparcidos, de los que sobresale siempre el agudo campanario de la iglesia. Las aldeas, los cultivos prolijos, los verdes bosquecillos y el marco imponente de las montañas, imprimen al país su sello característico, agreste, pintoresco, simpático. En verdad, Liechtenstein nos transporta imaginariamente a esos pequeños países de fantasía que conocimos en ciertas novelas, como la que casualmente recuerdo en este momento, *Ruritania* en "La

novela de un rey", de Anthony Hope. Este escenario, agreste y hermoso, es un exquisito anticipo del Tirol que se extiende allende la frontera...

#### PRINCIPADO DE ANDORRA

Este pequeño país gana en extensión a los anteriores, en tanto que posee una población mucho más reducida: en 453 km<sup>2</sup> alberga 11.000 montañeses andorranos. Se halla situado en el corazón de los Pirineos, entre Francia y España y se ha dicho de él que representa la última célula del mundo feudal de occidente. Este país es capaz de embelesar al viajero exigente por la imponente belleza de sus paisajes, el aspecto pintoresco de sus poblaciones y el arcaísmo de sus costumbres tradicionales.

Andorra es regido por un representante del presidente de Francia, que es el Prefecto del departamento de los Pirineos Orientales, y otro del Obispo de Seo de Urgel. Esto se basa en el acuerdo firmado en 1278 por el obispo Pedro de Urgio y Roger Bernard III, Conde de Foix, ambos ungidos como copríncipes. Ellos designan jueces y legisladores. El gobierno ejecutivo es ejercido por un Consejo General llamado "Consell de la Terra" o "Consell dell Vint-Quatre". Lo curioso es que en tal principado no existe ningún príncipe y su régimen es bastante democrático. Su nombre proviene sin duda de que los obispos son príncipes de la Iglesia y que en el convenio de 1278 mediaron también príncipes de distintas casas, sucesivamente de Foix, Bearn, Navarra y Francia.

El país de los Valles de Andorra hallase formado por dos valles principales y sus ríos, el Valira de Oriente y el Valira del Norte, que al confluír forman el Gran Valira. Este se vierte en el Segre, afluente a su vez del Ebro, que

baña a Zaragoza. Andorra se extiende más próxima a España que a Francia y un cordón de altas montañas de 2.500 a 3.000 m de altitud la separan de este último país. El paso que las comunica por la ruta internacional es el "Coll d'Envalira", a 2.407 m.s.m. Como consecuencia, las comunicaciones de los andorranos son más fáciles con España por el valle del Segre y más difíciles con Francia por el Coll d'Envalira, al punto de hallarse suspendidas durante los meses de invierno. En principio, el paso se abre el 16 de abril, en plena primavera.

Por algunos de los nombres anotados, puede advertirse que los habitantes son en su mayoría de origen, de raza y de lengua catalana. En verdad, allí se habla el catalán, el castellano y el francés. Los andorranos se consagran a la agricultura y la ganadería, y cultivan en terrazas (o andenes) sobre las laderas expuestas al sol o "solanas". Se explotan sus bosques y se cultiva trigo, centeno, tabaco y productos de huerta. El tabaco se elabora en buenas fábricas y en cantidades que permiten la exportación, y ha sido antaño objeto de un importante contrabando.

Se ha dicho siempre que los andorranos son celosos de su libertad, su independencia y sus costumbres tradicionales. Además, son fieles guardadores de los privilegios conquistados por sus antepasados. En la histórica "Casa de la Vall" de Andorra la Velha sesiona el Consell dell Vint-Quatre. El escudo de Andorra ostenta la mitra y el báculo, símbolos de la soberanía del obispo de Urgel, las dos vacas del Príncipe de Bearn que señalan las de Francia, y las cuatro barras catalanas que recuerdan el origen étnico. Son los andorranos muy religiosos y veneran a Nuestra Señora de Maritzell, patrona del país. La fiesta nacional se celebra el 8 de septiembre con una peregrinación

## *Carné de viaje*

a la ermita de N. S. de Maritzell, ubicada entre Encamp y Canillo, sobre la margen izquierda del Valira, en una casa edificada al borde de un precipicio.

Viajando de España a Francia, se atraviesa el país sobre 43 km de buena ruta, pasando por San Juliá de Loria, a 17 km de la capital y a 909 m.s.m., población muy pintoresca sobre el Valira. Luego por Santa Coloma, aún más pequeña, cuya iglesia, con elegante campanario circular del siglo XII, goza de gran popularidad. En seguida se llega a la capital, Andorra la Velha (la vieja) que es, sin discusión posible, bellamente pintoresca y original, y con curiosos contrastes. Población de alta montaña, pues se halla a 1.500 m. de altitud, con más de 1.500 habitantes, dista poco más de 20 km de Urgel y 32 de L'Hospitalet, la primera población francesa después de la frontera.

Andorra ofrece el vívido y atractivo contraste entre la rusticidad primitiva bien conservada, y los elementos modernos que allí penetraron. Su calle principal tiene buenos hoteles y negocios de modas, óptica, automóviles o cosmetología, con la última expresión, alternando con inmuebles modernos. Pero algunos de ellos están incrustados o asentados sobre la roca viva, a varios metros de altura. Las demás calles son generalmente antiguas callejas angostas, con viejas casas de piedra y techos a dos aguas, de paredes lisas y ventanas sin balcones. Por ellas pasan los borricos cargados, sin inmutarse por el rodar de los coches en las calles vecinas.

De todas partes se tienen excelentes perspectivas y se goza de la vista que generosamente ofrecen las montañas boscosas a media altura, con las manchas oscuras de las coníferas que a principios de Primavera —cuando por allí pasamos— parecen clavadas en el blanquísimo manto de nieve, que llega sin máculas hasta las cimas, junto al

cielo azul. Casi sin solución de continuidad, pues sólo las separa el Valira que se franquea por un puente de piedra, está Les Escaldes, semejante a Andorra, con manantiales de aguas sulfurosas y la Estación de Radio Andorra, que transmite en castellano y en francés. La ruta asciende siempre hacia la frontera francesa, pasando por Encamp (1313 m.s.m., 700 habitantes), con modernos hoteles y un "night club", y por Canillo. A esta altura el paisaje gana progresivamente en grandiosidad y el camino de cornisa llega a estar casi a la altura de los picos nevados. Los gigantes vegetales, muchas veces, emergen sólo por su extremidad aguda del manto ondulado de nieve. Numerosos torrentes caen sonoros al valle y se confunden con el agua revuelta del Valira, hecho torrente encajonado. Este hermoso paisaje admite la comparación con los imponentes escenarios de los Alpes o de los Andes.

Después de Soldeu, a 1850 m.s.m., se avanza entre paredones de hielo y se llega a la barrera del Col d'Envalira a 2.407 m. de altitud. Luego comienza el descenso, cruzando Pas de la Casa para detenerse en la frontera con sus dos puestos de rigor, aduanero y policial, sobre los cuales ondea la bandera de Francia. Continuando el descenso se pasa por L'Hospitalet, en camino a Aix-les-Thermes y Foix, donde el viajero no se cansa de admirar paisajes hermosos y pueblos pintorescos.

## GRAN DUCADO DE LUXEMBURGO

Justamente entre Francia, Bélgica y Alemania, en la meseta de las Ardenas, se extiende el Gran Ducado de Luxemburgo, a una altitud que varía entre 300 y 400 m. Este pequeño país milenario, el más grande de los países minúsculos, tiene 2.586 km<sup>2</sup> y 328.000 habitantes. Es agradablemente accidentado, montuoso,

con ríos profundos, encajonados, de recorrido sinuoso: el Mosela, el Sauer, el Alzette, el Petrusse, etc. De ahí lo notablemente pintoresco de su aspecto físico, primera condición para atraer al buen turismo. Pero hay otras bellezas... Si se entra por Francia, cruzando una región eminentemente minera y siderúrgica, cuyas pintorescas ciudades, por una suerte de mimetismo, adquirieron un color dominante gris pardo, se penetra en Luxemburgo sin transición, pues la fisiografía de ambos países es allí igual. Se trata de una misma región, minera e industrial.

Avanzando hacia la capital, se cruzan varias poblaciones semejantes, entre ellas Pétrange, comunidad de unas 5.000 a 6.000 almas, con casas de tipo chalet de 2 y 3 pisos, en general oscuras y con techo de pizarra. Pero se tornan atractivas por los jardincillos que las rodean y que lucen abundantes rosas. Esto no extraña a quien sabe de antemano que Luxemburgo es un país de floricultores, de notables creadores de variedades de rosas, que se distingue como Francia por la selecta y gran producción de variedades nuevas. En estas poblaciones llaman la atención las casas por tener subsuelo y una escalera exterior que da acceso al piso principal, escalera que está ubicada a veces al centro y otras veces al costado.

Este recorrido por excelente y bien señalado camino, es siempre pintoresco, mostrando pueblitos con casas campesinas, todas oscuras, así como la iglesia, de campanario cuadrado con flecha muy aguda, a veces con reloj de números y agujas doradas visibles a la distancia. Otros se ven instalados en una altura y sus casas trepan del valle a la cima de la colina; son chalets rodeados de flores que cubren el frente con el apoyo de los balcones. La campiña, máxime si está alejada de la zona minera fronte-

riza, es agradablemente ondulada, tiene abundantes bosquecillos, praderas donde pacen vacas y parcelas prolijamente cultivadas.

Así se llega a Luxemburgo, la capital del ducado, ciudad grande, aireada, armoniosa y sumamente pintoresca, que posee cerca de 75.000 almas. Tiene importante y hermosa edificación, amplias avenidas, abundantes jardines; fue antaño plaza fuerte instalada en una altura abrupta, de la que conserva vestigios interesantes, y se halla cruzada en su centro por un río profundo. Como plaza fuerte fue muy codiciada, y guarda restos de fortificaciones debidas al genio de Vauban, así como galerías y reductos abiertos en la roca, todo transformado en paseos y jardines. Este país perteneció en épocas sucesivas a los españoles y a los franceses, así como a los austríacos y a los alemanes. En 1354 se erigió en Ducado y más tarde en Gran Ducado. Desde 1867, la conferencia de Londres aseguró su neutralidad, con lo cual fueron desmanteladas sus poderosas defensas. No obstante ello fue invadida por Alemania en las dos guerras mundiales de este siglo. En Luxemburgo se habla un dialecto germánico (el *letzeburgesch*), el alemán y el francés.

La ciudad comprende dos sectores, la ciudad alta, antigua, y en torno la ciudad nueva. Ambas separadas por el tajo profundo del Petrusse, de elevadas barrancas y franqueado por varios puentes. Además, el valle está cruzado por cuatro grandes viaductos de acceso a la ciudad. Dentro de la misma, donde el Petrusse se une con el Alzette, se alza el "Bock" o "le Bouc" (el macho cabrío), una roca elevada y su casamata, resto de una antigua fortificación romana, y más tarde viejo castillo que originó la ciudad en la Edad Media. En el centro, las casas son de 5 pisos, de color arena y techo de pizarra. En la ave-



## *Carné de viaje*

nida Monterrey se aprecia el aspecto moderno de la edificación y la abundancia de buenos negocios. En el mismo centro se halla la Plaza de Armas y muy vecina la Plaza Guillermo, con la estatua ecuestre del Gran Duque Guillermo II, obra de Mercié. En ese barrio están emplazados el Correo, varios bancos, hoteles y comercios importantes. También está próximo el Palacio Gran Ducal, grande y curioso edificio de tres pisos y mansarda, de diferentes épocas y estilos. Carece de verjas y de parque, está rodeado de inmuebles y su entrada, con dos garitas, abre directamente sobre la vereda. El ala derecha tiene un amplio frente renacimiento, mientras el ala izquierda es más antigua y característica, del siglo XVI. La fachada tiene salientes y grandes ventanas, paredes decoradas y techos de pizarra muy inclinados. Es curioso asistir al cambio de guardia y ver la marcha de los soldados hacia el cuartel próximo, con paso marcial y vistoso uniforme, por calles estrechas y antiguas. También se encuentra en la vecindad la catedral de Nôtre Dame (siglo XVII), cuyo pórtico, muy decorado, data del año 1621.

Otro recorrido provechoso es el del Boulevard Roosevelt y el de la Costanera, con sus jardines sobre el río Pe-

trusse y su edificación de categoría, en parte de grandes y lujosos hoteles. Si se cruza el río por el Puente Adolfo, construido en 1903, con un arco único de 84 m. se goza de vistas magníficas. No serán tan originales, únicas en su tipo, como las que ofrece Gante desde el puente sobre el río Lyss, pero en cambio más pintorescas y sonrientes. Debajo del puente, en lo profundo, corre el río con escasa agua. A ambos lados, se extienden hermosos jardines de fino césped, arbustos y flores. Los árboles de los costados elevan sus copas casi hasta el puente. Desde la cabecera del mismo se tiene una excelente perspectiva: en primer plano una plazuela con grandes inmuebles y árboles en las veredas; luego la espléndida "Avenue de la Libération", que pasa por la "Place des Martyrs" y la "Place Paris" y conduce a la estación del ferrocarril.

Con estos paseos se tiene una idea bastante cabal del bello trazado urbano de Luxemburgo, que data del siglo XVI, luego modernizado, cautivante y siempre ornado de flores. ¿Qué más puede brindar Luxemburgo? Algo que olvidaba mencionar, una cocina de gran calidad y buenos vinos, motivo de orgullo de los luxemburgueses.

## ¿VISITARON LOS INCAS LA POLINESIA?

**E**l asunto de las relaciones entre América y la Polinesia, antes de la llegada de Colón a nuestro Continente, sigue siendo un tema de actualidad. Se ha demostrado la posibilidad de estas relaciones, en ambos sentidos, a través de varios viajeros aventurados que han cruzado el Pacífico en embarcaciones muy primitivas, tales como las que deben haber usado los hombres precolombinos.

Motivados doblemente por un viaje en preparación a Polinesia y por el hallazgo de un enorme "matá" pascuense de obsidiana que hiciéramos hace dos años excavando un cementerio mapuche en la isla Mocha, hemos buscado antecedentes históricos de los viajes de los Incas a las islas de Oceanía, (Sarmiento de Gamboa: *Historia de los Incas*; Garcilazo de la Vega: *Comentarios Reales sobre los Incas*.)

Sarmiento de Gamboa, navegante y cronista de la Conquista, fue quien primero dio a conocer (1572) la información, obtenida de los mismos Incas, sobre la existencia de las islas habitadas "al otro lado del mar". Estaba tan persuadido de la verdad de esta información, que obtuvo del Gobernador el enviar una expedición guiándose por los informes de los nativos americanos. Esa expedición partió, efectivamente, el 19

de noviembre de 1507 desde el Callao. Después hubo otra y ambas obtuvieron éxito llegando hasta las islas Salomón.

Sarmiento supo que los Incas usaban balsas marítimas de gran radio de acción. Los españoles las encontraron en las costas de Colombia y en las de Ecuador. Eran balsas con velas que llevaban pesos de hasta 30 toneladas a bordo con 20 y más nativos. Las balsas que los españoles encontraron venían del puerto peruano de Tumbes e iban a Panamá. Ya los americanos del Istmo, en 1512, habían informado a los europeos de la existencia de un gran imperio al sur, que conocían por los viajes de estas balsas que venían a hacer trueque con los panameños.

Cuando Sarmiento llegó a Perú en 1559, esas balsas estaban aún en uso para el comercio, existiendo activo intercambio con Guayaquil y, hacia el sur, hasta Arica. La pesca en el mar y el comercio de cabotaje formaban parte importante del sistema económico de los Incas (Garcilazo, 1609).

Oviedo también deja testimonio de la existencia del tráfico marítimo cuando informa (1535-48) cómo Francisco Pizarro, con sus soldados y caballos, fue transportado en esas balsas nativas hasta la isla de Puna. Eran unas balsas muy grandes, de madera muy liviana y blan-

## ***Dos continentes***

ca, unidas con cuerdas vegetales, y con grandes velas. Lo más probable es que la madera liviana y el bambú lo obtuvieran de los bosques tropicales que rodean el río Guayas y que los astilleros estuvieran allí.

En sus crónicas, Sarmiento deja testimonio de las leyendas y rumores que circulaban en el Perú, en el siglo XVI, acerca de los largos viajes marítimos de los Incas en balsas con velas y remos. Antes que Sarmiento, Betanzos (1551) que llegó con los descubridores, había recogido la vieja leyenda de Viracocha que había partido en tiempos preincásicos, desde Tiahuanaco (lago Titicaca) a través del Cuzco hasta la costa Ecuatoriana (Manta) desde donde se hizo a la mar anunciando que regresaría. Por esto a los Incas les sucedió lo mismo que a los aztecas cuando llegó Cortés a las costas mexicanas: éstos creyeron que regresaba el mítico Quetzalcoatl; los Incas pensaron que Viracocha volvía a protegerlos.

### **LEYENDAS QUE TIENEN BASE REAL**

Las leyendas tienen siempre alguna base real. Los hechos así lo han ido demostrando. La ecuatoriana alrededor del puerto de Manta jugó un papel importante en estos viajes y esto no por simple coincidencia. Manta, al norte de la desembocadura del río Guayas, está exactamente en el punto en que la línea ecuatorial corre hacia el Pacífico sur y donde las corrientes ecuatoriales viran en esa misma dirección. Desde Manta partió el Inca Tupac Yupanqui, abuelo de los hermanos en lucha que encontraron los españoles cuando llegaron al Perú.

Tupac Inca hizo construir una gran flota de balsas en la que embarcó 20 mil hombres. Capitanes de la expedición fueron Huaman Achachi, Cuntí Chupanqui, Quihual Tupal, Yancán

Mayta, Quisú Mayta, Cachimapaca Macus Yupanqui, Llimpita Usca Mayta; Capitán general fue designado Tilca Yupanqui, hermano de Tupac Inca. Este también fue en la expedición, que duró alrededor de un año a través del "mamacocha" (madre de los lagos). Cuando regresaron traían como rehenes gente de color negro y muchos artefactos no conocidos en América. Estos objetos se guardaron en la fortaleza del Cuzco y los españoles, según Sarmiento, los encontraron a su llegada. Los incas mencionaban nombres de muchas islas en las cuales habían desembarcado, situadas en el pacífico sur. Las agrupaban en Hagna Chumbi y Nina Chumbi.

Es posible que Tupac Inca haya llegado hasta Melanesia en su viaje; los rehenes negros así lo sugieren. En todo caso en el Archipiélago de Tuamotú existe todavía la leyenda, escrita en el manuscrito Tiripone por algún jefe local, sobre la visita de un personaje importante, de color distinto al de los polinesios llamado Tupa, que bien pudo ser Tupac Inca.

El padre José de Acosta, cronista, registra (1590) que los indios de Ica y los de Arica informaron a los españoles que en tiempos muy antiguos ellos navegaban hacia el Pacífico sur y comerciaban con muchas islas y que la navegación se hacía en balsas de madera y en flotadores de pieles de lobo infladas. Arica, como el Callao, parece haber sido un sitio muy usado para la partida de estas expediciones marítimas. Iban directamente a las islas de Salas y Gómez, de allí a Rapanui (isla de Pascua) y de ésta a Mangareva (archipiélago Tuamotú). Dos mil millas al suroeste de El Callao describían una isla habitada densamente y que correspondería a Pascua. Demoraban en el viaje dos meses. Varios navegantes han demostrado en los últimos años que, partiendo del Perú o del norte de Chile, se puede llegar a esas

islas en dos meses siguiendo los vientos y las corrientes marítimas, hecho que comprueba la información de los Incas.

Por otra parte, los españoles también hicieron dos expediciones a Polinesia, guiadas por Mendaña, doscientos años antes que las islas fueran redescubiertas por los europeos en la segunda mitad del siglo XVIII. Estas expediciones, al igual que el viaje del capitán don Felipe González a la isla de Pascua, fueron olvidadas completamente debido a que no se encontró lo que se buscaba: oro y otras materias valiosas.

Thor Heyerdahall, en carta reciente (9 de noviembre del pasado año) hablándome de este asunto, dice: "Estoy convencido que hubo muchos viajes de Sudamérica a Rapa Nui durante el período inmediatamente anterior a la llegada de los europeos a América." El mismo Thor Hayerdahall demostró la

factibilidad de estos viajes en balsas cuando obtuvo éxito con la *Kontiki* al atravesar el Pacífico.

Sin embargo, es posible que antes hayan venido los polinesios a América trayendo muchas innovaciones, como el arte de construir balsas y artefactos domésticos como el *matá* (matá o matáa significa obsidiana, en lengua polinésica). El hecho es que el descubrimiento de *matás* polinésicos en Chile no ha sido un hecho frecuente. Se han descrito uno en Llole, tres en la zona de Zapallar y uno en la Isla Mocha. El hallazgo de estos artefactos en excavaciones en tierra chilena puede significar la venida de los polinésicos, pero también puede haber sucedido que los americanos los hayan traído y enterrado en sus cementerios junto a artefactos autóctonos, como sucedió con el *matá* que encontramos en la isla Mocha.

Ceferino P. Merbilhaa ❀

## CRÓNICA DE UN VIAJE AL PAÍS DE MI INFANCIA

### CÓMO EMPRENDÍ ESTE VIAJE

**C**UANDO vinimos a la ciudad, el niño que yo había sido ya no existía. Y mi pueblo, abandonado en algún punto del espacio como el hatillo de las prendas que no podría usar nunca más, se fue borrando de mi memoria.

Lentamente pasaron mi adolescencia y mi juventud. Estudié, viajé, olvidé.

Muchos años después, en pleno ejercicio de la abogacía, volví, sin reconocer en el escenario de los conflictos que venía a resolver, aquel remoto caserío rural de mi infancia. El "progreso" había cambiado la decoración.

Mas, un día en que, como tantas veces, atravesaba la comarca sin verla, encapsulado en mi automóvil y en mis pensamientos, una "panne" imprevista despertó mi conciencia y rasgó la membrana que la separaba del ámbito exterior. Miré hacia el campo para precisar mi ubicación y revelar en el cuarto oscuro de mi mente las imágenes del trayecto recorrido; pero sólo pude rescatar las primeras de la ciudad, dejada a la luz incierta del alba.

Apartándome, entonces, del camino

me interné, sin rumbo, en el corazón de aquella soledad. De pronto, el cajón de un río escondido en la trampa de su maleza me detuvo. Por la llanura hendida El Salado se deslizaba en silencio, lenta y sigilosamente. Mis nervios, excitados por el frenesí de una carrera de horas, se distendieron en la paz campesina como la viva corriente de un arroyo, tras la brega terrestre, en el seno del mar.

Por la barranca hirsuta descendí. A la orilla del agua me fui liberando de las absurdas ropas ciudadanas. Mi cuerpo iba saliendo de ellas como un gusanillo de su celda, feo, con sus carnes pálidas de sombra y ciudad. Desnudo ante el esplendor solar, sin pudor de mi miseria, me sumergí en la frescura salobre, en un acto ritual de purificación.

Después me tendí sobre el yuyal en la hondura de aquel foso perdido en la infinitud de la pampa, desierta bajo el sol estival del mediodía. Sólo el ojo de Dios podía descubrirme. Y me veía sin duda. Algunos insectos trepaban sus cordilleras de terrones y diminutos pece-

\* Prólogo (*Cómo emprendí este viaje*) y cuatro capítulos del libro de Memorias, inédito, titulado "Viaje al país de mi infancia".

## Recuerdos de infancia

cillos nadaban en el palmo de agua de los charcos costeros. A medida que la placidez de la tierra me ganaba fui reconociendo imágenes, olores, formas y colores del país habitado en una vida anterior. Una dulce beatitud me envolvió. A través de la brecha abierta por estas sensaciones el tiempo pasado empezó a fluir. Cerré los ojos y, dejándome llevar por su corriente, inicié una blanda navegación por mi infancia remota.

Estas son algunas crónicas del viaje.

### LA "a"

Las primeras lecturas filosóficas me revelaron que mi drama en aquella lejana tarde de mi infancia, fue el eterno drama del hombre, según el griego Alceon: no podía unir el principio y el fin en un círculo perfecto sin principio ni fin, al modo del Ser.

Doblado sobre el cuaderno hasta humedecerlo bajo el aliento de mi boca entreabierta —y, acaso, con alguna lágrima— concentraba en la obra todas mis fuerzas vitales que, sumadas sin transformarse, eran una sola fuerza bruta sobre el pobre lápiz, convertido en buril, del que salían mis aes en forma de peras unidas a inútiles pedúnculos.

Por desgracia, como todas las madres, la mía creía ciegamente en la inteligencia de su hijo; pero desconfiaba de su voluntad. Y estos dos prejuicios, conjugados, hacíanle ver en mis periformes letras mero capricho o indolencia; por lo que, cayendo, goma en mano, sobre ellas, las borraba con vigor, desviado de reprimidos moquetes, para sustituirlas por nuevos modelos trazados en rápidos movimientos, al tiempo que exclamaba; ¡así! ¡así!, con un acento que era un modo fonético de refregármelos por las narices. Y, sin revelarme su truco de prestidigitación, se iba, rauda como ha-

bía venido, envuelta en el repiqueteo de su paso menudo.

Su severidad había creado un clima de tensión y producido el desbande a mi alrededor. Quedé solo en el cuarto vacío, aguantando las ganas de llorar. Sabía que afuera brillaba el sol; mi primo Enrique andaría por los corrales, tío Bernardo podando sus manzanos, la tía Dominga buscando niales en el pajonal, y la tarde yéndose con los pájaros, el monte, los caballos...

De pronto, una alharaca de teros quebró el suspenso y los agudos de la tía Dominga anunciaron la llegada de un mercachifle en un carro cargado de baratijas; visita sensacional en aquella lejana estancia, casi inaccesible, aislada por cañadones, donde nadie, desde nuestro arribo, había puesto el pie.

Di un brinco; pero, anticipándose a la fuerza de la gravedad, la voz materna, venida no sé de donde, me repuso en mi asiento con estas sencillas palabras:

"No irás hasta que no hayas hecho la *a*."

Consternado, como en los primeros momentos de una desgracia repentina e irreparable, volví a la tarea sin fe, sin conciencia de lo que mi mano de autómeta dibujaba.

Mas; ¡oh, sorpresa!, ella, librada a sí misma, acaba de trazar un círculo perfecto. Yo lo contemplaba incrédulo. Sin embargo, la *a* estaba allí, hermosa, mirándome fijo, con su ojo bien redondo, enigmático, de lechuza, del que pendía una pequeña cola, semejante a una lagrimita.

¿Cómo la habría hecho? ¿le saldría otra vez?

Mi mano era muda, como su obra. Su hermetismo me indujo a dejarla en libertad, haciéndome el distraído, con la

## Recuerdos de infancia

vaga esperanza que repitiera la hazaña. En esto estaba cuando apareció mamá; vio mi espléndida "a" y dijo con sorna:

"Parece que ahora podés. Basta, por hoy."

Ningún detonante alcanzará la fuerza impulsiva con que estas tres últimas palabras me despidieron de la silla. Sus ondas iban aún por el éter cuando yo estaba ya muy lejos, en el corazón mismo de la tarde.

De esta manera misteriosa fue cómo, a los cinco años, resolví el problema metafísico de Alcmeon. Las historias de la filosofía no mencionan la proeza ni, menos, mi nombre; pero en el arte moderno —considerado hoy un medio de conocimiento— son muchos los que, creyendo imitar mi método, liberan conscientemente el subconciente. Y pueblan el mundo de híbridos mamarrachos.

Ignoran que mi círculo, donde el principio y el fin se unían de un modo tan perfecto que no había principio ni fin, no era obra de las fuerzas oscuras sino de mi clara inocencia.

Pero ¿acaso mi propia madre llegó a creerlo?

En verdad, no lo sé; a pesar de que muchos años después del episodio, siendo hombre maduro y abogado con clientela, intenté, repetidas veces, disipar la duda quemante contenida en el irónico fundamento de aquella suerte de sobreseimiento provisional: "Parece que ahora podés..."

Yo reabría el proceso en cuanta ocasión se me presentaba. ¿Pruebas? La declaración de ese testigo sobreviviente que había visto *por dentro*, de ese extraño que ahora era yo y juraba deponer sin complacencia. Mamá escuchaba mi cálida defensa del pequeño reo con una sonrisa entre burlona y divertida; pero

no se pronunciaba nunca. Y la causa no se falló jamás.

Fue mi mayor fracaso profesional.

### EL LECTOR Y SU CICATRIZ

Papa, papa  
toi qui sais tout  
et lis dans tous les livres  
et même dans les journaux  
où les lettres sont si fines...

En mi caso, a la inversa de lo que ocurría en la vieja adivinanza, quien estaba a punto de saberlo todo, por su aptitud para leer de corrido hasta la menuda letra de los diarios, no era mi padre sino yo.

Esta habilidad y la cicatriz de una reciente operación de hernia —la única practicada en el pueblo, por el primer cirujano llegado a él— fueron los fenómenos que, a los cinco años, hicieron de mí un objeto de pública curiosidad.

La cicatriz era administrada por mamá. Bien se merecía esta satisfacción ella, que durante años sufriera en el alma las escoriaciones que los bragueros producían en mi carne, amén de la permanente zozobra en aquel pueblito desamparado, sin más recurso terapéutico que las purgas de un médico viejo, ignorante y bebedor.

En las tardes de visitas ambulaba yo, fugitivo y triste, por los alrededores de la casa hasta el momento en que la llamada fatal cortaba mi vagabundeo.

Entraba, entonces, a la soleada salita, oliente a bizcochos y vino generoso; en cada silla recibía un beso y un cumplido, sosos como el moblaje que alhajaba la habitación. Luego, tras algunas preguntas bobas, a las que nunca encontraba respuesta, era conducido por mi madre, seguida de las visitas, al dormitorio contiguo donde, tendiéndome sobre la cama, les mostraba, entre mis paños menores,

la cicatriz. Bajo mi insospechada docilidad, un pudor incipiente debatíase con el respeto religioso hacia esa estela leve, casi luminosa, que el paso de la ciencia había dejado en mi piel menguada e indigna.

Terminada la exhibición, con los pantalones en su sitio, retornaba lentamente, sin volver la cabeza, a refugiarse en mi soledad.

A su turno, mi padre presentaba al lector que mamá había hecho de mí. En cuanto llegaba un amigo, con repentina decisión de hombre activo, tendíame un diario que yo acercaba a mis narices como para olerlo —a causa de mi miopía— y leía a todo viento, sin pausa ni respiro, sin entender nada, un fragmento del editorial impenetrable, frente a cuyo esotérico hermetismo el visitante se mantenía respetuoso e indiferente, como ante la imagen de un Dios en el cual no se cree, hasta que papá, satisfecho, cortaba en seco aquel chorro.

Por unos instantes el amor paterno había malgastado sus margaritas en la fingida admiración del amigo; pero ahora éste, cumplido su deber de cortesía, hablaba con sincero interés de otra cosa.

Completamente olvidado, deslizábame de la silla con mi diario, símbolo de la gloria efímera.

#### MI ABUELA PATERNA

¿Dónde encontrar un tipo de abuela que me sirva para explicar cómo era la mía? Recorro mentalmente mi experiencia vital y las galerías novelescas y contemplo el largo desfile: *abuelas-bibelot*, puro encaje, volado y puntilla, perfumadas, coquetas, deliciosas, decorativas; *abuelas raíces*, rústicas, nudosas, astutas, cohesivas, mantienen la unión familiar; *abuelas-reliquia*, desecadas, momificadas, piezas de museo antropológico, objetos de curiosidad para visitar a ciertas horas;

*abuelas reina-madre*, nobles, dignas, altivas, en cuyas manos la sombrilla, el abanico, el impertinente o cualquier otro superfluo adminículo son transfiguraciones del cetro, emblema de la autoridad con que gobiernan el clan familiar; *abuelas-no abuelas*, independientes, despreocupadas, vivaces, amuchachadas, viajeras, canasteras, programeras y, a ratos, hasta abuelas; *abuelas por antonomasia*, *né grand-mère*, que lo son no solamente de sus nietos sino de toda la familia, con cuyo peso cargan hasta la muerte. Y tantas otras, innúmeras, que no me sirven de nada, porque no tienen ninguno de los rasgos de la mía y, sobre todo, porque ¿acaso sé yo bien cómo era mi abuela?

En la época de mis más remotos recuerdos ella estaba ya estacionada —sabe Dios desde cuándo— en una edad indefinible, inmutable, como si fuera su propia viñeta, la que yo quisiera copiar justamente aquí.

La vejez es un muro ante el cual los niños se detienen presintiendo, quizás, el misterio que esconde. Yo nunca supe los dolores, las alegrías, las peripecias que hubo detrás de la edad de mi abuela. Cuando sentí la ansiedad de saberlo, de conocer el sector de su vida pasada, advertí la soledad dramática en que me habían dejado quienes en vida hubieran podido responderme.

Al evocarla hoy en mi memoria, tan pequeñita que bajo su media capa cerrada al cuello y su pollera acampanada hasta el suelo parecía una gallinita echada, la imagino joven, rodeada del halo de sus diez polluelos, moviéndose en el medio semisalvaje en que vivía, con la intrepidez propia de la inocencia y del amor maternal.

Y al advertir que nunca oí elevarse el tono de su voz, ni vi una lágrima ni una sonrisa en la invariable placidez de su rostro, pienso que los años de vida dura



## **Recuerdos de infancia**

en aquellas pampas primitivas de la rincónada del Siasgo imprimieron en su arcilla montañesa la serenidad, la resignación y la dulzura característica de los hijos de nuestras llanuras.

Con sus ojos hundidos, brillantes, impávidos, fijos, de Esfinge o de Diosa, contemplaba, desde la margen del tiempo, el curso de nuestras vidas. La serenidad del rostro velaba la dura luz de la mirada, perdonando de antemano lo que ésta descubría.

Tenía los cabellos cenicientos, la tez mate, usaba siempre ropas de tonos ambiguos; el todo se fundía en un acorde gris pardusco de paloma montera. Y, como el arrullo de ésta, su voz era un susurro ubicuo, milagrosamente audible, que traía, a través de los mares, la cadencia y el ritmo de la lengua hablada bajo el "bet ceu de Pau", acompasado por el metrónomo bearnés de los "¡té!".

En la edad definitiva en que la conocí, vivía ya en el pueblo. Su casa, oculta entre paraísos, a pocos metros de la plaza, era una pulcra cuevita hecha a su medida, como si ella misma la hubiera horadado para velar en las oscuras celdillas, la metamorfosis de sus últimas crisálidas, convertidas en dos hermosas muchachas que me cubrían de besos y me sonreían con sus blanquísimos dientes parejitos y sus grandes ojos, redondos y negros.

Un zaguán angosto, bajo, penumbroso, casi un túnel, dábale acceso.

Allí dentro la luz, las voces, los colores, todo, era apagado, afelpado, tranquilo; los muebles y los objetos aparecían en sus tonos naturales, sin ese brillo intimidatorio con que algunas amas de casa malogran la domesticación de las cosas y las mantienen semi-virgenes en su prosaica condición de artículos de bazar.

En lo más íntimo de aquella opacidad envolvente, inviolables armarios guarda-

ban, intactos, para mí, biscochos, dulces y golosinas.

Había también un pequeño jardín, tan interior y secreto como lo demás, en el cual solía silbar una invisible calandria. Entre sus canteros, bordeados del consabido boj, correteaba con mis tías, huyendo a veces de sus efusiones, para refugiarme en el ámbito sosegado de la abuela.

No faltaba, por último, la inevitable sala, estirada y fría, lugar de nadie, que con los asientos enfundados esperaba su inconfesado destino de recibir un novio algún día. En el centro, sobre una mesita de mármol con patas doradas, un gran caracol marino guardaba, en su más recóndito repliegue, el rumor del mar donde naciera. Al término de cada visita entraba yo tímidamente a ese santuario y pegando mi vil orejita terrosa a la otra enorme, rígida y nacarada escuchaba, trémulo, la voz grave y remota, que me parecía la voz de Dios traída por el viento.

Después devolvía el caracol a su altar con la unción y el respeto que inspiran las cosas presuntivamente sagradas.

Y regresaba a mi casa con el corazón ligero, como si saliera de la iglesia.

### **LA CASA, LA ESTANCIA Y YO**

En el año en que nací, mi padre había comprado una casa recién construida —donde vi la luz— y fundado una estancia. Y así los tres —la casa, la estancia y yo— vinimos a tener la misma edad.

La primera tenía jardín, huerta, frutales, gallinero, cochera y dos potreros alfalfados; uno para la vaca, el otro para el caballo.

Un artista —"retirado", según decían— la había hecho edificar al borde de la población en que se enroscaba el río. Los gustos del vendedor —nunca supe

## *Recuerdos de infancia*

qué arte había ejercido— se revelaban en las armoniosas proporciones del edificio, en la alegría que irradiaba su sencilla arquitectura y en el paisaje de colores claros con arroyo, puente, árboles y mucho cielo, pintado en la pared de la galería.

A esta última daban el dormitorio principal y el comedor; la salita y la cocina cerraban las cabeceras dejando abierto sólo el costado norte hacia un jardín circundado por un bello cerco de maderas pintadas de verde y sostenidas por un murete y pilares de mampostería color ocre.

Entre el jardín y la galería extendíase el patio de entrada a la casa, cubierto de crujientes tosquillas extraídas del vecino río.

En un ángulo del jardín hostezaba el pozo, arqueando la línea del cerco con la boca circular de su brocal. Junto a la immaculada blancura de sus ladrillos encalados un arriate brindaba su enorme bandeja oval de verdinegros berros.

Por último, al fondo, tres casuarinas altísimas, elevándose por sobre todas las cosas, como oscuros vigías, aullaban, lejanas y lúgubres, en las noches de viento.

El pueblo se había llamado El Salado (“paraje denominado El Salado”, dicen los viejos títulos); pero el ardor patriótico de los gobernantes, al elevarlo a la categoría de partido, suplantó este topónimo por el nombre de un prócer que destruía con la resonancia de su gloria la intimidad de aquel recodo encantador.

En cuanto a la estancia estaba en “el Oeste”, en el lejano Oeste de nuestra dilatada provincia, y consistía en media legua de pajonal donde mi padre, después de alambrar su perímetro, plantó un rancho como si clavara su propio estandarte, bautizando el recién fundado establecimiento con el nombre de Santa María, en homenaje a su mujer.

Yo lo conocí cuando los dos —Santa María y yo— teníamos siete años. Bajo una fina llovizna llegamos en break, después de nueve horas de tren. Ya había otro rancho, compuesto de una larga hilera de piezas, del color de su barro, un galpón de chapas y un montecito de paraísos y frutales, entre los que desaparecí mientras papá y su hermano menor —mi tío Emilio— iban mostrando con orgullo a mamá las construcciones hechas por sus manos. Aún mi pensamiento vagabundea, a veces, por aquel bosquecillo solitario velado por la lluvia, aún siento los cólicos que los duraznitos verdes y la mojadura me produjeron y oigo el materno responso inaugural de mi estada en Santa María.

Esta duró dos meses que los pasé sobre un petiso sebón, más bien un caballito criollo jubilado, gordo y casero. El día se me iba en un solo galope, de sol a sol, dividido en dos partes iguales por el puchero y el insomnio de la obligatoria siesta. Recorría el campo con mi padre y mi tío; ellos enlazaban, pialaban, capaban, curaban terneros agusanados; yo “ayudaba” cumpliendo órdenes cuya finalidad nunca descubría.

Para la yerra se paraba el rodeo. La hacienda, arreada hasta el centro del campo sin divisiones interiores, se mantenía dentro de un cerco vivo de caballos y jinetes. En cada “entrada” para hacer los apartes se producían un remolino y un desparramo; algunos animales rompían el sitio y entonces eran los gritos, las corridas, la persecución y el traer de vuelta a lonjazo limpio, a pechazos o prensados entre dos, a veces entre tres jinetes a los prófugos que volvían mujiendo, babeando, echando de soslayo miradas recelosas y escrutadoras en busca de una brecha para huir de nuevo.

Yo participé en aquella ocasión, con la consigna de atajar en una punta. Mi sector era tranquilo como el de un co-

## **Recuerdos de infancia**

mandante en jefe. Desde mi puesto veía las maniobras y me iba cubriendo de gloria sin hacer otra cosa que integrar la partida con mi presencia.

Mas de pronto, como las olas que no se ven nacer ni se advierten sino cuando aparecen con el lomo hinchado creciendo arrolladoras, una avalancha se me vino encima y me rebasó por todos lados. Con más susto que convicción taloné mi petiso y le di rienda a izquierda y derecha alternativamente —casi simultáneamente— en un desesperado esfuerzo para detener la correntada; pero el colorado era cachaciento y reflexivo, no tomaba determinaciones así no más, sin previa meditación; por otra parte nuestras comunicaciones eran difíciles, se nos interponía el grueso cuero de su panza, a través del cual las órdenes transmitidas por mis talones le llegaban tan debilitadas

que más bien parecían súplicas. Ya los peones cubrían mi defección pasando a mi lado como refucilos y la voz de mi padre —que nunca se había levantado contra mí— me llegó, enérgica, desde la montonera, llamándome “muchacho de miércoles”.

“Volqué” hacia “las casas”. Esta vez el petiso me entendió en seguida y enfiló a media rienda como si hubiera estado reservándose para ese momento.

Llegamos; él alegre y retozón, preguntando la libertad; yo, llorando, a contar a mamá que ellos armaban los revoltilos dejándome, a mí solo, la tarea de restablecer el orden.

No advertía entonces que ésta era una manifestación precoz de mi destino. Después me he pasado la vida procurando arreglar los barullos que hacen los demás.

Eugenio Pucciarelli ❀

## PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y LA FILOSOFÍA

**D**ESCUBRIR las convicciones filosóficas de un hombre equivale a sorprender la mano oculta que gobierna los hilos que mueven su pensamiento y permiten entender los derroteros de su acción. La tarea no es sencilla, pero si el éxito acompaña al esfuerzo se puede asistir a la fuente de donde brotan, de manera espontánea, acciones y omisiones, palabras y silencios. Equivale también a posesionarse de un principio simple que permite dominar intelectualmente considerable variedad de ideas.

Si las convicciones se articulan en un sistema orgánico, los frutos de la inteligencia y del carácter exhibirán el rasgo de la coherencia, y la obra entera del hombre lucirá armonía y, en el orden social, estará dotada de fuerza. Si, por el contrario, las convicciones aparecen desarticuladas, la misma incoherencia se reflejará en los productos de su razón y de su voluntad, y es probable que la acción se resienta por falta de unidad.

No todos los hombres toman a su cargo la tarea de auto-examinarse y expresar luego lo que sienten y piensan en su más recóndita intimidad. El filósofo experimenta el deber de hacerlo y siente también la exigencia de hallar un fun-

damento para cada acción. En hombres que cultivan otros campos —literatura, crítica, investigación histórica— es menos frecuente ese golpe de sonda en la profundidad de sí mismo. A veces no queda excluido del todo.

Pedro Henríquez Ureña, que no perteneció al gremio de los filósofos, no disimulaba, sin embargo, sus intereses filosóficos. Los exteriorizaba en su actitud ante la vida y ante la cultura: en la atención que prestaba a los problemas estéticos y en su clara y bien razonada posición moral. Sus investigaciones minuciosas en los dominios de la literatura y de la lengua —que siempre marcaron sus preferencias— no le habían adormecido el gusto por las ideas generales, que concebía como caminos de acceso al corazón de la realidad. Enseñaba a afrontar los problemas con criterio independiente y a pensar las cosas desde la raíz. No ocultaba su gusto por la especulación y, en una época en que la metafísica padecía aún el desdén de los positivistas devotos de la ciencia, proclamaba en alta voz el derecho inalienable de la metafísica. Sin restar valor a lo empírico, asignaba a la metafísica la misión de unificar las concepciones humanas, de

## **Hombre e ideas**

lograr la "totalización de la experiencia", de "pensar las cosas en conjunto", y, con certero conocimiento de la historia de la filosofía, ponía la primera caracterización bajo el signo de Kant y reclamaba, para la segunda, el alto patrocinio de Hegel. No ocultaba sus simpatías por uno y otro, en la medida en que hasta ambos, y con acentos diferentes, llega el aliento de Platón.

No disponemos, sin embargo, de una confesión personal que nos ilustre acerca de la articulación de sus principales convicciones, aquellas que constituían los fundamentos de su saber y de su obrar. Pero tampoco es difícil reconstruirla a través de sus propios escritos. Se presta, para esa tarea, multitud de expresiones aisladas: críticas a filósofos cuyas doctrinas exponía acreditando familiaridad con los textos originales —Spinoza, Comte, Mill, Nietzsche—; referencias frecuentes, a veces con entusiasmo atemperado por oportunas reflexiones críticas, a Platón, Kant, Hegel, Croce, Boutroux, James, Bergson, Santayana, Husserl; mención de figuras importantes, como puntos de referencia para facilitar la ubicación de ciertas ideas, —Descartes, Hobbes, Hume, Hamilton, Taine, Renán—; utilización de los textos de historia de la filosofía que se consultaban hace cuarenta años: Zeller, Windelband, Höffding, Weber, Fouillée. A ello ha de añadirse, como fuente no despreciable, sus frecuentes exploraciones en las ideas de pensadores americanos —Sarmiento, Bello, Martí, Hostos, Varona, Rodó—, en cuyas obras se esforzaba por descubrir el acento personal, ahogado, muchas veces, bajo la coraza de expresiones extrañas. Con este cúmulo de elementos, lo mismo que con las reflexiones que pueden desprenderse acerca del método y la finalidad de sus trabajos de investigación en el dominio de las ciencias

de la cultura, es posible señalar sus preferencias filosóficas, el núcleo de convicciones fundamentales que inspiró sus teorías y la conducción de su vida.

## II

Siendo muy joven, Henríquez Ureña hizo un agudo análisis del espíritu filosófico, que aclara con felicidad sus incursiones posteriores en el dominio de las ideas. Destacaba la conjunción de los aspectos intelectual y artístico, destinados a fecundarse mutuamente; le atribuía una dimensión personal, rasgo que lo contrapone a la visión objetiva de la ciencia; y le asignaba la misión de abarcar los dominios del mundo, de la vida y de la sociedad, en el plano intelectual del concepto. Consideraba que, sin menoscabo de los detalles que es posible captar en cada dominio de hechos cuando se está dotado de fina percepción, le incumbe la tarea de analizar los paralelismos de la evolución histórica y los imprevistos giros a que está sometido el desarrollo de las artes, a causa de la incidencia del elemento individual.<sup>1</sup>

La facultad artística, que es poder de síntesis desarrollado y afinado gracias a la crítica, integra el espíritu filosófico. La aptitud creadora de la imaginación no entorpece el trabajo analítico de la razón y, en diversas medidas, a veces en grado sobresaliente, contribuye a ampliar su horizonte y a enriquecer su contenido. Un pensamiento afin, aunque expresado con mayor precisión conceptual y fundamentado en una metafísica coherente, se había abierto camino desde los días de Schelling: el arte era concebido como método y documento de la filosofía. Despojado de su base metafísica, reaparece en la concepción de Dilthey que considera al arte como expresión de una cosmovisión,

<sup>1</sup> Conferencias, en *Obra crítica* (México 1960), pág. 171.

y a la filosofía como teoría de la cosmovisión. No está ausente de la interpretación de Croce del arte como aurora del saber y fase previa al dominio de lo lógico; ni de la concepción de Berdiaeff de la filosofía como arte. En última instancia, toda obra humana arraiga en una filosofía, y el arte no puede estar excluido de esta regla. A su vez, el cultivo del arte exige la colaboración de la crítica, que, a su turno, supone ideas.

El espíritu filosófico es incompatible con las imposiciones del ambiente: requiere libertad, y su ejercicio compromete a esfuerzo serio y sostenido. Aferrarse a una secta o insertarse perezosamente en una tradición de ideas que ahorra el trabajo de pensar, equivale a abdicar del espíritu filosófico que impone una visión renovadora por lo mismo que es resultado del esfuerzo personal.

### III

Como los hombres de su generación, Henríquez Ureña había nacido a la vida intelectual en una época dominada por el positivismo. No es extraño que sus primeros dardos hayan sido dirigidos contra esta orientación filosófica, en su tiempo ya estrecha y asfixiante. Una amalgama extraña de las ideas de Comte, Spencer y Mill, forjada por epígonos menos atentos a los matices del pensamiento que a las coincidencias doctrinales, imperaba en el mundo oficial: inspiraba planes y programas de enseñanza e imponía su orientación a los maestros, y se la invocaba como base ideológica de los partidos políticos. América —México, Brasil, Argentina— se

mostraba rezagada respecto de Europa, donde ese movimiento de ideas era ya cosa del pasado. Las nuevas orientaciones —Bradley y Bosanquet, en Inglaterra; Boutroux y Bergson, en Francia; Croce y Gentile, en Italia— lo habían superado.

Se imponía realizar una superación equivalente en América. Henríquez Ureña que, por natural inclinación a la objetividad de juicio, veía a Comte en la perspectiva histórica, a la luz del pensamiento moderno, hizo una disección implacable de sus ideas: estaba persuadido de la influencia nociva de los errores del positivismo. Mostró la distorsión que sobre su filosofía ejercían sus concepciones de la sociedad, y no perdonó ninguna de sus incoherencias, que señaló también en sus discípulos Littré y Lévy-Bruhl. Denunció la metafísica implícita en el credo positivista de Comte. Rechazó la ley de los tres estados, que descansaba en la hipótesis teleológica del progreso. Pero no dejó de reconocer algunas virtudes, dignas de señalarse en la situación histórica de la aparición del positivismo: le asignaba el mérito de haber llevado a las mayorías la inquietud filosófica, democratizado a la razón y proclamado que en filosofía nadie había de quedar excluido.<sup>2</sup>

Un agudo sentido de los matices del pensamiento condujo a Henríquez Ureña a señalar que las ideas de Mill<sup>3</sup>, lejos de desenvolverse dentro de la órbita de Comte, siguen una línea tangente respecto del positivismo francés. Sin adherir a su filosofía le reconoce los méritos de no esquivar la crítica a las propias ideas, no sacrificar la filosofía a la ciencia y no desdeñar el pensamien-

<sup>2</sup> *El positivismo de Comte*, en 'Revista Moderna', México, julio 1909, págs. 301-310; reproducido en *Obra crítica*, págs. 52-63.

<sup>3</sup> *El positivismo independiente*, en 'Revista Moderna', México, agosto 1909, págs. 362-369; reproducido en *Obra crítica*, págs. 64-72.

## **Hombre e ideas**

to clásico. Anota igualmente como virtud el haber tratado con espíritu crítico el problema del conocimiento. Pero no ahorra censuras a la posición de Mill: destaca sus inconsecuencias en la solución del problema de la realidad de los otros espíritus, lo mismo que sus vacilaciones respecto al determinismo fundado en la existencia de leyes, cognoscibles por la experiencia, y la admisión de la posibilidad de la ausencia de toda ley. Los nombres de Spencer, Taine y Renán, que aparecen a propósito del examen de la doctrina de Mill, renuevan la oportunidad para hacer gala de igual sagacidad en la crítica de las respectivas teorías.

No está de más señalar que las censuras al positivismo formuladas por Henríquez Ureña en México son contemporáneas de las que en la Argentina elevaban, desde la cátedra universitaria, Alejandro Korn y Coriolano Alberini, hacia la misma época. En ambos países los críticos estimulaban la asimilación de las nuevas corrientes de pensamiento como un medio adecuado para promover una reflexión original.

Agudas en extremo son también las consideraciones que Henríquez Ureña había formulado a propósito de las coincidencias entre Nietzsche<sup>4</sup> y William James, acerca de algunas tesis pragmatistas. No se limitaba a contraponer las afirmaciones de uno y otro, sino que retrocedía hasta Peirce, quien veinte años antes que James, había afirmado que nuestras creencias son reglas de acción y que para captar la significación de una idea hemos de determinar el tipo de conducta que es capaz de originar. James enriqueció y transformó la concepción pragmatista de Peirce. Para él, como para Nietzsche, la teoría es un ins-

trumento, no la respuesta a un enigma. Henríquez Ureña no adhiere al pragmatismo y, con su habitual penetración, señala las inconsecuencias de Nietzsche.

## IV

Su aversión al positivismo, especialmente a la estrechez intelectual derivada de la negación de la metafísica y del planteo de todo problema humano en términos científicos, había acercado a Henríquez Ureña a las nuevas corrientes de la filosofía. Ya desde fines del siglo pasado, Bergson representaba de un modo vigoroso la crítica y, a la vez, la superación del positivismo y, lo que parecía más promisor, la tentativa de vencer al adversario dentro de su propio reducto: la experiencia.

A Henríquez Ureña, como a otros contemporáneos suyos —Samuel Ramos, en México, Alejandro Korn, en la Argentina—, le resultaba monótona y nada convincente la insistencia en el determinismo, no sólo físico sino también psicológico, que se repetía en las versiones naturalistas del positivismo. Por eso, no podía dejar de atraerle la original concepción bergsoniana de la libertad, centrada en la espontaneidad del yo profundo. Pero su estimación del papel de la razón en la conducta humana, resultado de las influencias de Platón y de Spinoza, que había asimilado profundamente, le impedía prestar una total adhesión a la tesis bergsoniana. El hecho de que Bergson apelara de continuo al ejemplo de la obra de arte para ilustrar sus ideas sobre la libertad, y que desarrollara una teoría acerca de la función del lenguaje en la vida espiritual, eran motivos que determinaron el

<sup>4</sup> *Nietzsche y el pragmatismo*, en 'Revista Moderna', México, mayo 1909, págs. 176-180; reproducido en *Obra crítica*, págs. 73-78.

interés que su obra despertara en Henríquez Ureña.<sup>5</sup>

A muchos había seducido la teoría del arte que se desprendía del sistema de Bergson. La existencia de una intuición artística, que Henríquez Ureña, en forma del todo independiente, había considerado parte integrante del espíritu filosófico; la afinidad del arte con el ensueño y su vinculación con la memoria; la acción deformadora de la palabra en la función de expresar los estados del alma, eran aspectos que atraían el interés de críticos y expositores de Bergson.

La percepción normal, siempre al servicio de intereses prácticos, en razón de la condición de *homo faber* que distingue a los integrantes de nuestra especie, empobrece el campo de la realidad accesible al sujeto en el proceso del conocimiento. Por el contrario, la intuición artística, esencialmente desinteresada, lo ensancha y enriquece. Colores, sonidos, palabras, gestos, formas, movimientos, son los medios de que se vale el artista para provocar en el espectador u oyente los cambios anímicos que neutralizan las disposiciones ordinarias reclamadas por la acción. La obra de arte adormece esos poderes activos y conduce a un estado de docilidad perfecta que permite vibrar al unísono con la emoción expresada. Es dudoso que Henríquez Ureña, que prefería el esfuerzo disciplinado a la inspiración, adhiriese a la tesis del artista como espectador desinteresado, del arte como gracia que sobreviene por obra de una actitud de pasiva receptividad frente a lo real. En cambio, parecía otorgar más crédito a otros aspectos del bergsonismo: la solución propuesta para el problema del esfuerzo intelectual, aplicada al dominio de

la creación artística, y que consistía en el tránsito del esquema dinámico, cuyos elementos se interpenetran, a la imagen, cuyas partes se yuxtaponen; y la teoría relativa a la significación de lo cómico, desarrollada sobre la base de lo mecánico calcado sobre lo viviente. Más que a cuestiones de psicología del arte, en las que sobresale Bergson, Henríquez Ureña se sentía inclinado al estudio de problemas de formas: palabra y sintaxis, a propósito de las lenguas, investigaciones sobre métrica, en el campo del verso. Y en contraste con la apreciación negativa de Bergson, la palabra era concebida como instrumento idóneo para la expresión de estados anímicos y, por ende, de amplio valor poético.

Hacia la misma época, Henríquez Ureña había de experimentar la seducción del idealismo espiritualista de Benedetto Croce, atraído, quizá, por su atrevida concepción del arte como intuición y de la intuición como expresión, lo cual conducía a concebir a la estética como lingüística general. En esta original asimilación del arte al lenguaje resultaba ampliado el concepto corriente de lenguaje: de un sistema de signos, a que había querido reducirse, pasaba a la condición de imagen, obra espontánea de la fantasía, que, ulteriormente y sin mengua de su propio carácter, podía tomar a su cargo la función de signo.

En relación con estas ideas había estudiado a Vossler, que aplicaba a la lingüística las concepciones enunciadas por Croce, y no había omitido esfuerzos para seguir con interés las ideas desarrolladas por Husserl en su exploración de las conexiones entre significación y expresión. No ignoraba, por eso, la importancia de

<sup>5</sup> Ante un grupo reducido de amigos —Francisco López Merino, Guillermo Korn, Juan Manuel Villarreal, Aníbal Sánchez Reulet, Enrique Moreno Báez y yo— desarrolló en su casa, de La Plata, durante el año 1926, en que había reuniones todas las semanas, un cursillo de comentario de textos filosóficos, que versó sobre *La Risa*, de Bergson, y el *Breviario de Estética*, de Croce.



## Hombre e ideas

la función de comunicación, que se desenvuelve en el plano lógico, pero estaba lejos de reducir la lengua a un fenómeno puramente intelectual. La concebía, más bien, como resultado de la colaboración de todas las facultades del espíritu humano —inteligencia, emoción, voluntad— ejercidas en el curso de la actividad social.<sup>6</sup>

La extensión del lenguaje al dominio entero del arte no dejaba de ser seductora para un intelectual animado de hondo sentido estético, que había hecho de la lingüística uno de los campos de sus investigaciones favoritas. No es extraño que Henríquez Ureña le prestara particular atención, pero la exigencia de someter a examen científico riguroso el hecho lingüístico lo apartaba de la tesis crociana.

De Croce aceptaba, en cambio, las implicaciones de la tesis del arte-intuición y, en primer término, las exclusiones: el arte no es lo útil, ni lo agradable, ni lo bueno; no se confunde con el juego ni con el mito, y es distinto de la ciencia y de la filosofía. No sin reservas admitía la tesis del arte como etapa preconceptual del pensamiento, como aurora del saber, compatible con su carácter alógico, y no negaba que su idealidad proviene de la fantasía, a la que Croce, siguiendo el precedente de De Sanctis, asignaba función artística, en contraste con la imaginación, que concebía como meramente combinadora y, por lo tanto, de índole extra-estética.

Compartía también ampliamente la tesis de Croce sobre el rechazo de los géneros literarios concebidos como unidades estéticas cerradas, con estructura y legalidad propias: —lírica, épica, drama, tragedia, comedia, novela, idilio—.

Croce había reaccionado ásperamente contra los teorizadores que separaban los géneros y contra los críticos que juzgaban las obras según ese criterio, y no había dejado de seguir igual conducta contra los historiadores que exponían la literatura como historia de géneros. Partía de la convicción, fundada por otra parte en la historia efectiva de las artes, de que el mismo artista produce formas diversas en el curso de su desenvolvimiento espiritual, y que el creador genuino viola con su obra original los límites de los géneros fraccionados en casilleros. El nervio de su argumentación no lo constituía, sin embargo, la prueba empírica, a la que acudía para ilustrar sus ideas, sino que se encontraba en la estructura de su sistema filosófico: en la imposibilidad de una delimitación lógica de las artes y de los géneros. Cada obra de arte es un mundo en sí, individual e incomparable, como una criatura viva, y, como tal, tiene valor pleno. Henríquez Ureña participaba de igual convicción y, bajo la influencia de Croce, rechazaba los géneros literarios como categorías estéticas. Lo mismo que Croce les reservaba el papel modesto de designaciones prácticas. Así, al referirse a la novela en América, señalaba que “aún atribuyendo valor sustancial a la noción de género, en cualquier época hay multitud de obras que escapan a las clasificaciones, y resulta puerilidad escolástica empeñarse en definirlos. Hay casos, como el de la *Celestina*, en que interesaría saber cómo pensó el autor: para mí, pensó dramáticamente, y escribió su obra, no tal vez con propósitos de representación, pero sí teniendo en la mente el escenario de ‘decoraciones simultáneas’.”<sup>7</sup>

<sup>6</sup> *El lenguaje*, en “Humanidades” (La Plata, 1930), tomo XXI, págs. 107-125.

<sup>7</sup> *Apuntaciones sobre la novela en América*, en ‘Humanidades’ (La Plata, 1927), tomo XV, págs. 133-146; reproducido en *Obra crítica*, págs. 720, N° 4.

Mientras Croce había puesto más peso en el motivo filosófico, para invalidar la existencia de los géneros literarios, Henríquez Ureña ponía énfasis en la prueba empírica y cedía la palabra a la historia, pero no dejaba de calificar como pueril el intento de encerrar en definiciones a la obra de arte. Croce había sido más explícito al sostener que las definiciones oscilan entre dos extremos igualmente inaceptables: o se diluyen en la concepción general de arte, o proceden arbitrariamente a elevar a la categoría de normas a obras individuales. En ambos casos fracasan: en el primero naufraga el género; en el segundo no se cumplen los requisitos lógicos de la definición. Al insistir sobre el mismo tópico, Henríquez Ureña mostraba, con el ejemplo fácil de la novela, que bajo su armazón puede encontrarse sustancia alegórica o prédica religiosa. En ambos casos se han quebrantado los límites del género al mezclar contenidos y estructuras heterogéneos en el mismo producto.

En su crítica de los prejuicios de la vieja retórica<sup>8</sup>, que emprendía bajo la divisa de la libertad del artista frente a las restricciones de toda preceptiva, Henríquez Ureña coincidía con Croce en su juicio acerca de la invalidez de la distinción de dos tipos de expresión —la desnuda y la adornada—; la primera, de orden lógico; la otra, de índole retórica. Croce había impugnado esa distinción en nombre de la unidad de la expresión estética: el ornato no es una sobrecarga que se añade a una frase desnuda con el propósito de lograr un acrecentamiento de su belleza. Para Croce, esa opinión era hija de dos tesis solidarias, ambas explícitamente rechazadas en su sistema: la concepción lógica del

lenguaje y la doctrina retórica de la expresión.

Otra distinción, la que contrapone el contenido y la forma y los califica separadamente como artísticos, poniendo el acento en el primero, de acuerdo con Hegel, o en el segundo, siguiendo a Herbart, había sido invalidada por Croce en nombre de la teoría del arte como síntesis. Henríquez Ureña lo acompañaba en este punto con algunas reservas: la unidad de la obra de arte no debía impedir el análisis de la poesía, que pertenece al orden del espíritu, y del verso, que corresponde a los fenómenos del sonido. Aprovechando esta distinción, Henríquez Ureña había podido realizar finos análisis de las formas de la versificación española. De más está decir que no reducía el arte al verso, ni calificaba separadamente como artísticos a ninguno de los dos aspectos, que sólo en la unidad de una síntesis constituyen la obra de arte.<sup>9</sup>

En lo que concierne a los lineamientos generales del sistema filosófico, Henríquez Ureña acompañaba a Croce en la concepción dinámica de la realidad y hubiera podido adherir a su exigente historicismo. No suscribía, en cambio, las tesis más generales, de claro timbre hegeliano, como el idealismo absoluto, la identificación de ser y pensar, la creencia en la plena racionalidad de los hechos y el rechazo de toda trascendencia. No obstante, la gravitación de Croce se percibe en muchas ideas suyas, sin desmedro de la originalidad de sus fundamentos o de la motivación personal de su propia posición.

Entre las figuras de la filosofía contemporánea corresponde recordar al es-

<sup>8</sup> *Aspectos de la enseñanza literaria en la Escuela común*, en 'Cuadernos de temas para la Escuela primaria', (La Plata, 1930), N° 20; reproducido en *Obras crítica*, págs. 659-669.

<sup>9</sup> *En busca del verso puro*, en *Estudios de versificación española*, Universidad de Buenos Aires, 1961, págs. 253-270.

## Hombre e ideas

pañol-inglés George Santayana<sup>10</sup>, que Henríquez Ureña había seguido en su evolución espiritual, desde su iniciación como poeta hasta su culminación como ensayista y filósofo. Lo juzgaba producto de la cultura inglesa y española, sin mayores influjos del pensamiento norteamericano, aunque su obra filosófica más considerable encerraba gérmenes de las tendencias que, con el nombre de realismo crítico, habían de imponerse en cierto momento en aquel país del Norte. Lo mismo que en Royce y en James, que ponía al lado de Santayana, celebraba las virtudes de un estilo impecable, de gran riqueza expresiva y un pensamiento en extremo depurado. Alababa en Santayana su capacidad de renovación, su sinceridad extremada, que le había llevado, en plena madurez, a rehacer desde la raíz su sistema filosófico: llevar el escepticismo hasta sus mismas raíces para terminar acogándose a la fe animal en el problema de la existencia real del mundo. No le resultaba difícil compartir las ideas acerca de la misión privilegiada que Santayana atribuye al arte: llevar a su plenitud las empresas de la vida, transfigurar la naturaleza y asegurar la participación del hombre en lo eterno.

### V

La crítica a las ideas ajenas, al margen de la función estimulante para el desarrollo de un pensamiento original, era, para Henríquez Ureña, una especie de homenaje al autor criticado. Recordaba, en ocasiones como ésta, las palabras de Hegel: "sólo un grande hombre nos condena a la tarea de explicarlo", lo cual implicaba una justificación de la histo-

ria de la filosofía cuando se la emprende con criterio filosófico.

Una historia de las ideas en América hispánica, encaminada a destacar las aportaciones originales, por humildes que parezcan, se le presentaba como una tarea urgente y, a la vez, como un medio para adquirir conciencia de nuestra propia personalidad intelectual. Señalaba el error de aplicar el mismo criterio para la apreciación de la obra filosófica en América y en Europa. Si el especialista que se aísla de su medio para emprender con libertad tareas de investigación es el ideal del europeo, y gracias a esta actitud ha podido alcanzar frutos originales, en América el intelectual "es hombre del ágora, compelido a crearse doctrinas en cuyo rigor debe vivir, pelear y morir"; por eso, "su pensamiento va urdido con la trama de la existencia".<sup>11</sup> El acento personal de los pensadores americanos proviene de la función social que asignan a la filosofía. En trance de señalar algunas aportaciones originales, Henríquez Ureña enumeraba la 'ética del devenir', de Rodó; la 'lógica viva', de Vaz Ferreira; la 'libertad creadora', de Korn; 'la teoría del acto desinteresado', de Vasconcelos; la 'doctrina de la existencia como economía, desinterés y caridad', de Antonio Caso. Señalaba, de paso, que el rasgo común a todos ellos había sido su condición de pensadores activos, que aunque no desarrollaran todas las consecuencias de sus ideas, habían vivido dramáticamente sus doctrinas.

Sobre la base del reconocimiento de estas aportaciones originales pedía una historia de las ideas que no se limitara a ser mero registro de influencias padecidas. Insistía en la urgencia de destacar la obra de los pensadores de América

<sup>10</sup> *Veinte años de literatura en los Estados Unidos*, en *Nosotros* (Buenos Aires, 1927), tomo 57, págs. 353-371; reproducido en *Obra crítica*, págs. 309-323.

<sup>11</sup> *Filosofía y originalidad*, en *Sur* (Buenos Aires, 1936) n° 24, pág. 126.

hispanica. No se limitaba a exaltar sus virtudes prácticas de militantes, ya que en muchos casos la acción era aliada natural del pensamiento por imperio de las circunstancias históricas, sino que se complacía en poner de relieve los matices originales de sus ideas más importantes.

Esta insistencia, que por momentos parecía obsesiva, no era el resultado de una inclinación nacionalista, nacida del amor a la 'magna patria'. Provenía, tal vez, del deseo de contribuir a vencer el sentimiento de inferioridad que embarga al habitante culto de estas tierras, cuando compara los frutos de su inteligencia con los del europeo y aún con los del americano del Norte. Ese sentimiento obraba como un freno que inhibía todo impulso para entregarse a la tarea de organizar una cultura original. Era menester sobreponerse a su maléfico influjo. En su afán de servir a la causa de la cultura en América hispánica, Henríquez Ureña se dejó llevar por el optimismo en la apreciación del valor de la obra filosófica: exaltó ideas de Bello, Rodó, Korn, Vaz Ferreyra.

Examinados ahora sus juicios, con más amplia perspectiva temporal y sin dejar de apreciar los méritos de los autores que menciona, méritos agrandados sin duda por las circunstancias públicas en que les tocara actuar —indiferencia rayana en la hostilidad del público, desorden social, intolerancia política o confesional, precariedad de los medios materiales que resentían la información—, no puede dejar de señalarse que la América de habla española no ha producido, en el campo filosófico, figuras de la talla de un Royce, un Peirce, un James o un Dewey, que exhibe en su haber intelectual la América de habla inglesa. Y no menciono los nombres de Whitehead, Santayana o Carnap, incor-

porados a la cultura de los EE. UU., por tratarse de extranjeros, pero tampoco ignoro que su obra filosófica de mayores quilates ha visto la luz en el medio universitario de ese país. Muy lejos estoy de compartir la creencia en la superioridad de los países anglo-sajones sobre los latinos; anoto sólo diferencias de valor en las obras de unos y otros. A la luz de esta apreciación, el juicio de Henríquez Ureña se resiente por exceso de indulgencia.

## VI

Henríquez Ureña estaba lejos de ser una naturaleza contemplativa: los problemas prácticos de la filosofía le atraían tanto como los teóricos, y en alguna ocasión no vaciló en estimar en más al hombre entregado a la conquista del bien que al apasionado por la verdad y la belleza. Esto explica su acercamiento a las soluciones prácticas propuestas por dos autores, Platón y Spinoza.

Respecto de Spinoza no le seducía tanto el fondo metafísico de su sistema, con su doctrina de la unidad de la sustancia, que desemboca en panteísmo, como los aspectos sociales y políticos de sus trabajos menores.<sup>12</sup> Le atraían sus ideas sobre democracia, paz y libertad, lo mismo que sus disquisiciones acerca de la dignidad del hombre y su independencia social. No adhería a la extraña tesis general de la libertad, entendida como conciencia de la necesidad que ata a todas las cosas en un rígido marco determinista. Más bien, se trataba de la libertad de pensamiento, que debe poder ejercitarse en toda nación, y que resulta indispensable para asegurar la autenticidad de una conducta religiosa y para afianzar la paz política interior. Henríquez Ureña no se limitaba a deplorar la tempestad de insul-

<sup>12</sup> *Las ideas sociales de Spinoza, en 'Trapalanda'* (Buenos Aires 1933), nº 2, págs. 79-87.

## **Hombre e ideas**

tos y excomuniones que provocaron en su momento las ideas sociales de Spinoza, maliciosamente presentadas como ejemplo de ateísmo corruptor. Compartía la confianza de Spinoza en la libertad del hombre en sociedad, resultado de una indagación apoyada en un método riguroso y como conclusión de premisas metafísicas, de las cuales la primera consistía en la afirmación de la soberanía de la razón. Creía que sólo el hombre plenamente racional era del todo libre. Veía en la sujeción a las pasiones la causa de las desinteligencias entre los hombres, y, sin dejarse arrastrar por el exigente intelectualismo de Spinoza, consideraba que la razón era apta para crear un clima de bondad entre los hombres gracias a su capacidad de resolver los conflictos teórico-prácticos entre las tendencias individuales y las colectivas. Amaba la paz y, lo mismo que Spinoza, no la fundaba en una tranquilidad que surgía del temor, sino en la unión de los corazones. Afirmaba que sólo en la vida social hay verdadero derecho y enunciaba sus principios fundamentales. Entre las formas de gobierno —monarquía, aristocracia, democracia—, lúcidamente analizadas ya por Aristóteles, proclamaba, con Spinoza, las ventajas de la democracia, por ser la que mejor se adapta al ejercicio de la libertad, y sostenía que el individuo recibe sus derechos, no ya de la naturaleza, sino de la sociedad, que tiene origen y trayectoria históricos. Consideraba que la doctrina social de Spinoza, en la que el acento político prevalece sobre el aspecto sociológico, no sólo era continuación de la filosofía social y jurídica del Renacimiento, sino que constituía el preludio

del pensamiento social del siglo XVIII. Pero la estimaba, sobre todo, por las sugerencias valiosas y todavía vivas que se desprenden de ella para la constitución de la democracia.

Por sus inclinaciones íntimas, traducidas en la obra de toda su vida, Henríquez Ureña pertenece a los hombres de estirpe platónica. Él mismo no ignoraba los componentes de ese temperamento y, al estudiar la personalidad y la obra de artistas contemporáneos y del pasado, había llamado la atención sobre esa fusión de elementos espirituales en que el goce que depara la creación de la belleza se conjuga con la avidez por la verdad y la apasionada inclinación al bien.<sup>13</sup>

Los rasgos de su espíritu resaltan en su sobrevaloración de la utopía, ilusión fecunda, apoyada en la razón, que guía la acción, la encamina hacia objetivos valiosos y confiere sentido moral al obrar humano. No olvidaba los aspectos de la realidad reacios a entrar en el marco de la utopía. Consideraba que la utopía no es un ornamento imaginado para embellecer la realidad y dejar para un futuro indeterminado la conquista de la perfección. La concebía como un medio para criticar a la sociedad de su época con deseos de mejorarla, y la esgrimía como instrumento de una voluntad de reforma que pugna por hacerse carne en la realidad más próxima.<sup>14</sup> El contenido de su utopía, que hechos recientes han venido a prestar actualidad, era la unidad de América hispánica.

Platónica era también en Henríquez Ureña su concepción de la justicia como

<sup>13</sup> *El espíritu platónico*, en 'Listin Diario' (Santo Domingo, 1907); reproducido en *Obra crítica*, págs. 154-156.

<sup>14</sup> *La cultura de las humanidades*, en 'Revista Bimestre Cubana' (La Habana, 1914), vol 9, nº 4, págs. 242-252; reproducida en *Obra crítica*, págs. 595-603. *La utopía de América (+ Patria de la justicia)*, Estudiantina (La Plata, 1925).

virtud reguladora, tanto en la esfera siempre amplia de lo social como en la más restringida de la vida individual de cada miembro de la comunidad. La justicia contribuye a constituir nuestra excelencia y es la fuente de nuestra felicidad más íntima. Platón la estimaba como la clase más noble de los bienes, aquellos que hay que apreciar por sí mismos, si se aspira a ser feliz. Para Henríquez Ureña la justicia era la virtud más alta y, a la vez, la estrella polar que había de guiar toda la acción del gobernante. Sin ella, las otras virtudes —templanza, coraje, sabiduría— no tendrían posibilidades de surgir y, una vez nacidas, no podrían mantenerse duraderamente. Esta virtud era la condición del equilibrio en la vida individual y el orden que mantiene la cohesión y la armonía social. Sin justicia toda acción política se desliza hacia los fondos cenagosos de la degradación social.

Platónica era igualmente en Henríquez Ureña su estimación de la educación. Estaba firmemente persuadido de que el individuo no alcanza su plenitud en la soledad, sino en la comunidad, y que ésta impone sutiles exigencias. Creía que el ennoblecimiento moral sólo puede lograrse por el camino de la educación. No concebía a ésta como acumulación de saber sino como formación de un alma armónica. Y sólo puede alcanzarse la armonía allí donde se ha determinado la jerarquía de los valores que habrán de regir el comportamiento de los hombres. Pugnaba por una reforma de nuestros sistemas educativos, atentos en exceso a las exigencias del conocimiento y negligentes en lo que concierne a la formación moral del individuo. Creía en la eficacia de la prédica, aún en medios y épocas en que la palabra y el ejemplo parecen diluirse en el desierto. América hispánica reclamaba, en todos

los niveles, desde el más elemental de la escuela primaria hasta el más exigente de los grados superiores de la Universidad, información y disciplina, saber y técnicas de investigación y acción. La verdadera integración social, que los países de este lado del Atlántico reclaman con imperio, sólo podrá lograrse por el esfuerzo conjugado y sostenido de la educación. Pero la educación es también la posibilidad de un mayor acceso al goce de la belleza, una superación de la vulgaridad en los gustos y en la apreciación de la obra de arte.

Platónica era, además, su complacencia por el gobernante formado en las disciplinas humanísticas y que se esfuerza por imprimir un claro sentido ideal a su obra de gobierno. Henríquez Ureña no ocultaba su amargura al advertir que la división de las funciones sociales, consecuencia de la organización política y la estabilidad social, conspira contra la colaboración de los hombres de letras en las funciones públicas. Los filósofos ya no aspiraban a ser reyes, y los reyes se reclutaban entre los estrategos del juego electoral, ajenos, muchas veces, a esa grandeza de alma y a esa pureza de intenciones que sólo se adquiere y se consolida al contacto con la cultura humanística. Con el nacimiento de un tipo puro de intelectual, que en sí mismo no es nocivo, decaía automáticamente el primado espiritual en el ejercicio de la función pública. Y la comunidad entera padecía a causa de ese abandono de la acción por quienes podían dignificarla con el pensamiento.

Platónica era, por último, su concepción del arte en relación con la vida social. Sin llegar a los extremos del filósofo antiguo, que expulsaba de su república a los poetas cuya obra no estuviera explícitamente al servicio de la moral y con vistas al bien de la comunidad, Henríquez Ureña consideraba que el

## ***Hombre e ideas***

arte no es incompatible con el encomio de los grandes ideales de la humanidad.<sup>15</sup> Pero no se le ocultaba la calidad egregia de la creación solitaria, expresión del júbilo o la desesperación de almas individuales. Proclamaba, por encima de toda subordinación, la libertad omnímoda del artista.

Si es forzoso que, como quiere Coleridge, los hombres hayan de nacer platónicos o aristotélicos, Henríquez Ureña pertenece a la clase de los primeros por derecho de nacimiento. Y seguramente este linaje original explica su avidez por la belleza y su pasión por la justicia.

<sup>15</sup> *Las corrientes literarias en la América hispánica* (México, 1949), págs. 197-198.

Emilio Azzarini ❖

## EN TORNO A LA CIUDAD UNIVERSITARIA

La Universidad Provincial (1897-1904)

**L**A PLATA, “poema de cal y piedra” —ciudad del milagro, ciudad de la conciliación nacional— arroja con altiva arrogancia “un audaz desafío a los siglos”. Sobre los dominios mismos del desierto, justamente en los potreros de la vieja estancia de la familia Iraola, como por arte de magia, florece de golpe una opulenta urbe, plena de frescura. Es menester aventurar apenas un trienio.

Amanece en Sudamérica el primer alumbrado público a luz eléctrica, brindando el asombro de un halo de incandescencia apreciable desde 50 kilómetros de distancia; y un puerto, hecho a pura fatiga humana, a pico y pala de buey, con el designio de construir 39 kilómetros de muelles. “Me parece —exclama azorado Sarmiento, cuya primera visita a La Plata le quita el sueño— estar en Norteamérica”. Concieta la admiración del mundo y “hará de La Plata el más admirable centro comercial de la República”. Surgen enormes palacios, de airosas y bien cinceladas siluetas, antes que las modestas y, a veces, misérrimas moradas de los futuros habitantes empañen el horizonte. Geométricamente trazada, damero urbano, producto de la más pura esencia cartesiana, demasiado exacta —argüirán—

la nueva urbe nace adulta y materializa el viejo anhelo de Sarmiento —incurable civilizador— quien enfáticamente clama: “¡Calles anchas! ¡Calles anchas!”.

Contemporáneamente, luce las más refinadas expresiones de cultura, concretadas antes que la ciudad adquiera el privilegio de afincarse sobre los mapas geográficos. En continentes atascados de milenios de cultura, tamaña proeza se prodiga merced al esfuerzo concertado de sendas generaciones. Porque, en pureza, ¿cuántas multicientenarias metrópolis del mundo pueden vanagloriarse de albergar joya similar al incomparable Museo de Ciencias Naturales? “Haría empalidecer de envidia a los museos de París”, asentirá expresivamente el príncipe Luis de Orléans-Braganza.

A pesar del derroche implícito en semejante lujuria edilicia y no obstante la mentalidad palaciega que preside la gestación, La Plata no podrá ocultar los indicios de centro urbano improvisado y sin infancia.

Agobiada de burocracia, presa de los insaciables especuladores en tierras, a los linajudos señores de pro se les filtran los “indeseables”, aunque imprescindibles, “parientes” pobres. Entonces cobra el singular sesgo de desaliño, que



## *Papeles de archivo*

tanto acucia la atención del forastero, por el hosco contraste que despliega la veintena de cuspidantes palacios, en oposición a las 1.307 casas achatadas de ladrillo y a las 1.339 casuchas de madera. La ciudad de Dardo Rocha —acota un pulcro “monsieur”— produce el chocante efecto de una persona que viste de gala y, al mismo tiempo, calza alpargatas.

En ella es posible atisbar un poco de todo, como en una gigantesca caja de sorpresas: inverosímil mezcla de los más diversos estilos arquitectónicos; fábricas de ladrillos de “desproporciones” tan descomunales que atizan la pluma del viajero; mástiles de barcos que parecen emerger, como por obra de hechizo, directamente de las inconmensurables planicies de la pampa vecina; y —puerto a medias, ciudad a medias— el aluvión masculino, al exceder notoriamente la población femenina en la relación de uno a nueve, excita la impúdica codicia de los agencieros de matrimonios y el repulsivo comercio de los abastecedores y traficantes de carne humana. En fin, “la locura, suelta, sin freno, en la urbe naciente”.

Al parecer el pesimismo no tiene porvenir, ni cabe en La Plata. Se convierte en la ciudad de la esperanza, en la “gran ciudad presunta”, al decir de Sarmiento. Se vinculan estrechamente a la nueva capital personalidades de elevada jerarquía en la vida intelectual y política del país, como José Hernández, el autor del *Martín Fierro*, quien la bautiza con el nombre hoy universalizado.

Siguiendo las huellas trazadas por Francisco P. Moreno, afluyen, en compactas filas, hombres de ciencia, algunos del peso de Florentino Ameghino y Carlos Spegazzini; músicos de los quilates de Angel Menchaca, Carlos García Tolsa y Dalmiro Costa; filósofos, humanistas y poetas de singular relieve, como Alejan-

dro Korn, Juan M. Larsen y Matías Behety, atraídos todos por el embrujo de la pujante vitalidad creadora. El elenco, por cierto, no deja de ser impresionante. Constituye el núcleo de los prohombres platenses de la primera promoción. La Plata, pues, pasa a ser ciudad monitora.

En tono menor —reflejo y resonancia de los desplantes conjugados con la euforia— el coplero popular canturrea, socarrón, los conocidos versos, al son de los bulliciosos acordeones “gringos” y al compás de las chispeantes guitarras criollas:

*Iremos a La Plata,  
la nueva Capital,  
a ganar mucho dinero,  
con poco trabajar.*

Empero, otro canto más viril, de más entrañables raíces, cubierto de gloria, distante en el tiempo, grato y cercano al corazón, irrumpe desde los trasfondos mismos de la historia patria. Vale la pena detenerse un poco. Produce uno de los primeros milagros de la urbe en cimientos. Transcurre 1885, a menos de tres años de la fundación. La Plata cambia de fisonomía y crece mes a mes, a ojos vistas. A marcha forzada, los empleados públicos vense obligados a instalarse en casillas de madera, traídas expresamente de los Estados Unidos.

En las cercanías del repentino barrio burocrático, se alza una humilde edificación, también de madera. Oficia de local para la escuela destinada a los hijos de los funcionarios provinciales. Es la número 1 de la incipiente capital. En el grupo de educadores figura Vicente Solari, quien, además de las tareas corrientes de maestro de grado, ejerce el cargo de director del pequeño coro escolar. De amplia humanidad —verdadero monumento de carne— los alumnos prodíganle admiración, por llevar bajo el

brazo el implemento que termina de "redondear" su atrayente personalidad: un reluciente pistón en si bemol. Los vibrantes sonos del metálico instrumento despiertan el fervoroso entusiasmo de los niños. Las frescas voces se suman a sus enérgicos acordes, doblando la melodía con el canto marcial que aprenden de memoria.

Por fortuna, uno de ellos conserva —primero en la mente y luego en el pentagrama— la música y la letra de un canto peregrino. Muchos años después, es posible comprobar que se trata de *La Azulada Bandera del Plata*, "extraviada" canción popular, creada entre los años 1818 a 1820, en los albores de la nacionalidad, que, por un verdadero milagro, se salva del olvido. Una estupenda reliquia histórica —la única canción anónima que nos queda de las luchas de la Independencia— que aquella humildísima escuelita platense "acoge en su seno para hacerla perdurar en el recuerdo de las generaciones que pasaron por sus aulas" y que, en mérito a las circunstancias portentosas que apuntamos, la ciudad aún en pañales rescata del pasado y la transfiere generosamente al porvenir.

Prodigio de rapidez, la fundación de La Plata —calificada como la octava maravilla del mundo— "constituye uno de los fenómenos sociológicos más extraordinarios del siglo XIX". Abarca el magno período faraónico de la capital de la Provincia, es decir, la era de las grandes construcciones.

\* \*

"La Plata no ha empezado bien", anota el diario *La Prensa* el 21 de noviembre de 1882, al aludir a las desagradables peripecias sobrevenidas dos días antes, con motivo de la colocación de la piedra fundamental de la nueva capital.

El mal presagio desborda la jornada inicial de los festejos. En efecto, bien poco durará el fortuito maridaje con los dioses de la abundancia. Súbitamente sobrevienen tiempos harto difíciles, magros, mechados de convulsiones civiles y de desastres económicos.

Los fondos del Estado quedan exhaustos. Apenas transcurridos pocos años de la fundación, al son del estampido de los cañones, se inicia la espantosa crisis del 90.

La Plata opta y se obstina en no darse por enterada. Con gran boato y cientos de luces resplandecientes, el 19 de noviembre de 1890 —exactamente al cumplir el octavo aniversario— inaugura el teatro Argentino, "el primer teatro lírico de América". Constituye, tal vez, el último alarde de pomposidad de la ciudad faraónica.

Al poco tiempo, la flamante capital se desploma. El Banco Hipotecario Provincial, sobresaturado de papeles sin valor, quiebra ruidosamente. A su turno, el poderoso Banco de la Provincia —llamado "el coloso" y considerado el tercero del mundo— se ve constreñido a clausurar sus puertas, asediado por la desesperación de los clientes y acreedores. Presto se imputa a La Plata ser una de las principales causas promotoras del desastre que agobia al país. Se despilfarró en exceso —dicen— hasta comprometer la economía y desbarajustar las finanzas de toda la Nación.

El Estado provincial malvende, primero, el Ferrocarril Oeste. Pronto se cuchichea sobre la supresión de importantes reparticiones de servicio público. Cae en desgracia el flamante Cuerpo de Bomberos y luego le toca el turno a la Asistencia Pública. El Hospital de Niños se salva milagrosamente del desastre. Como ocurre con el puerto, muchos otros audaces proyectos, orgánicamente planeados en la vigilia misma de la fundación y es-

## *Papeles de archivo*

trictamente elementales para la correcta convivencia humana en grandes centros poblados —tal el matadero—, jamás llegan a cristalizar. La Plata se detiene. Queda inconclusa.

Los acontecimientos, desencadenándose a ritmo acelerado, parecen confabularse para acentuar la irreprimible tendencia de la nueva capital en convertirse en mero satélite de la vecina y opulenta Buenos Aires. Comienza el período del éxodo. La Plata se descampa y deshábilita irrefrenablemente, hostigada por una tremenda calamidad. Cae postrada en un prolongado letargo, inmersa en un verdadero estado de catalepsia. Asume grandiosidad silenciosa. ¡Ni un alma por las melancólicas calles adormecidas! “De noche es un vasto cementerio de vivos”, una verdadera necrópolis nocturna, que engulle millares de seres. La portentosa ciudad faraónica se trueca en la recoleta ciudad fantasma: tiene de todo menos habitantes.

Con el propósito de “evitar el fastidio” de las tediosas noches platenses, una pintoresca población flotante, de pocas horas —la enorme mayoría constituida por empleados provinciales noctívagos en la Capital Federal— se trasiega diariamente en “ferrocarreta” a la ciudad de Rocha, con el fin de cumplir, reloj en mano, la rutinaria labor burocrática. Es perfectamente inútil la sanción de la famosa Ley de Residencia. La Plata subsiste como lejano suburbio de Buenos Aires. El mal persistirá crónico durante varias décadas. La capital de la Provincia queda meramente confinada a cumplir el menguado papel de “ciudad oficial”.

Por las amplias calles descuidadas, tristes, mustias, sin tráfico que altere la monotonía, invadidas por hierbas y malezas, pastorean mansamente manadas de caballos y hatos de vacas, lo mismo que en la pradera colindante, sin que nadie ose estorbarlos. Todo ocurre como si

la vieja estancia pugnase por reconquistar los antiguos fueros y quisiera resarcirse de los bienes perdidos.

Los pobladores recurren a expedientes increíbles con el fin de deshacerse de las cada vez más desvalorizadas fincas. El gobierno, en julio de 1890, se ve constreñido a prohibir que los propietarios inhibidos rifen sus inmuebles. Pronto el desaliento cunde incontenible. Se percibe por doquier y se vuelca entero a la calle. Es fácil descubrirlo en las desoladas aceras, al enfrentar el interminable rosario de casas y más casas, engarzadas unas tras otras, ostentando, bien visibles, los carteles rojos: “Se alquila” o “Se vende”. Con gran sorpresa se comprueba que el número de viviendas vacías supera holgadamente al resto, que, por añadidura y debido a la enorme extensión de la planta urbana, le vale el mote de la ciudad de las “magníficas distancias” y asumen ellas también la curiosa apariencia de hallarse completamente abandonadas. Estímase que del sesenta al setenta y cinco por ciento de las residencias y hogares carecen de moradores. Los dueños —fustigados por el lacerante látigo de la crisis— han huido desencantados en busca de horizontes más propicios. Y es perfectamente inútil abrigar la esperanza de dar con ocasionales ocupantes.

La urbe tórnase anémica, de vida precaria, embotada y triste hasta la hostilidad. Inclusive llega a encararse la conveniencia del traslado de la sede del gobierno provincial a centros urbanos de más fuste, como Bahía Blanca, San Nicolás y otros.

En una caricatura inserta en su revista “Arlequín”, Roberto J. Payró brinda un patente testimonio de época. En ella es factible contemplar un largo tren de carga, con los grandes edificios públicos de La Plata dispuestos sobre los vagones,

enfilando la marcha hacia la capital federal. Debajo, escueta y expresiva, léese esta lapidaria leyenda: "La única solución".

\* \*

Empero la historia rehuye y se resiste a transitar por la senda escogida por Payró. Todo lo que resta de lo creado o ha pretendido crearse con el propósito de infundir nueva vitalidad a la "ciudad fracasada" —al decir de Mas y Pi— será luego "absorbido por las aulas".

La Plata se aquieta, se serena. Se arropa de parquedad aldeana. En su interior reina un silencio que se oye. Se retrae, hasta convertirse en la "ciudad del recogimiento, en la ciudad del remanso", predestinada a la meditación y al estudio.

Abandonadas, sin probables inquilinos a la vista, numerosas casas y, a veces, verdaderas mansiones, son cedidas por los dueños con el fin de que las ocupen estudiantes del interior y aun del exterior. Llegan a La Plata con el propósito de cursar estudios en la Facultad de Agronomía y Veterinaria, en la modesta Universidad Provincial o bien en los establecimientos docentes secundarios. Los jóvenes, a la vez, contraen con los propietarios el compromiso de conservarlas con esmero y cuidarlas como corresponde. De manera tan sencilla, por aparente obra del azar, surgen, pues, las famosas colonias estudiantiles platenses, con normas de vida y estatutos muy originales, algunos de los cuales se conservan impresos.

Poco a poco, brindan a la joven urbe un sello impar, específico, harto significativo y único. Rasgo tan peculiar diferencia de modo sustancial la futura

Salamanca de América de la congénere del Viejo Mundo. En la nueva ciudad es innecesaria la presencia de los Conservadores del Estudio, instituidos por Alfonso el Sabio con el objeto de evitar que los estudiantes sucumban en las garras de los especuladores en viviendas. En La Plata las obtienen gratis.

Con escasos habitantes y sin la angustia del alquiler, el costo ínfimo de la vida tórnase proverbial. Trasciende hacia los cuatro puntos cardinales del país. Pocos pesos por mes bastan para sobrellevar una existencia tranquila. Por cierto, austera; pero sin mayores tropiezos. Bodegón barato, para entonar de vez en cuando el espíritu a cinco centavos la copa de caña "Pasita".

Carente de las solitaciones de la vida social intensa, la ciudad elude las tentaciones mundanas. Como Brujas, "La muerta", poetiza:

*En el largo silencio del otoño.  
Cada amargura es un florecimiento  
de belleza doliente,  
Que hace llorar de hermoso el  
[pensamiento]*

*La música adhiere a las paredes  
vencidas y musgosas...  
Y se descuelga de los ventanales  
Como un milagro trémulo de rosas.*

"Abrigamos la convicción sincera de que la institución vivirá —dice, en julio de 1900, Dalmiro E. Alsina, presidente del Centro de Estudiantes, cinco años antes de la creación de la Universidad Nacional, al alzar la voz en defensa de la Universidad Provincial— porque su fundación propende a la descentralización de la instrucción superior, porque la Universidad de La Plata, ciudad higiénica, tranquila, con vida intelectual incipiente y materialmente acomodada, atraerá hacia ella la corriente

## ***Papeles de archivo***

emigratoria que se opera en las provincias hermanas a la capital de la República, de estudiantes pobres, cuyos hábitos y circunstancias pecuniarias están mucho más en armonía con las condiciones de la primera”.

Por lo general, las bizarras colonias estudiantiles apíñanse en torno a la Facultad de Agronomía y Veterinaria —que inicia los cursos en 1890—, es decir en la antigua barriada del “Mondongo”, a la vera de aquel nostálgico parque de 60.000 eucaliptos de la vieja estancia de Iraola, más conocido por el “Bosque”, cuya majestuosa grandeza asombra a Sarmiento.

Rebautizado “Barrio de las colonias”, en el atractivo lugar pronto hay hervor de juventud, espumando risas y donaires, hasta alterar la adusta geografía humana de la ciudad. Termina por diseñarle una sonrisa amable al rostro severo y torvo, confiriéndole un rasgo tan típico y autóctono, que atrapa de inmediato la atención de los peregrinos extranjeros que se le aproximan con el propósito de admirar el fabuloso “milagro del siglo”.

La siempre burbujeante imaginación estudiantil no tarda en desplegar ancho vuelo. Las residencias juveniles visten permanente y primaveral bonhomía. La ciudad triste y yerta, se desentumece y comienza a resucitar. Urge el derecho a la alegría. Pronto abundan las diversiones de fabricación casera, en las que luego coparticipará toda la ciudad.

Impregnadas del indefinible y evanescente perfume de las añoranzas, algunas colonias tórnanse gratisimas a la evocación. En primer término, la tradicional Arca de Noé —múltipara en briosas generaciones estudiantiles— alberga “animales de todas clases”, según mentan. Otra, también legendaria, trasciende las fronteras de la memoria, apunta al futuro y ostenta el intencionado título que

vaga ambiguo entre la realidad y el ensueño: “Recuerdos del porvenir”. Las hay que llevan el apodo otorgado por alguna llamativa peculiaridad del miembro más indispensable para la comunidad. En términos concretos, el de mayor solidez económica. Su presencia, rara como el dinero, no es fundamental, pero calma los nervios. De él depende toda la estructura y la seguridad material del “clan” estudiantil, en su mayor parte formado por expertos en hambrunas, acorralados por problemas triviales, pero de temible presencia. Tal ocurre con la del “Sombrero Ancho”, denominada así porque el de la “guita” es hijo de un poderoso yerbatero de Misiones y usa, como sus coterráneos, un sombrero de reluciente fieltro negro y de grandes alones. Apareado a la tez cetrina y a la cabellera lacia de “cerdas” azabaches, confiérenle un aspecto subidamente exótico.

En el fondo, el sombrero aludo constituye un tácito desafío, como el birrete de los estudiantes de Cambridge y Oxford: los restantes componentes de las colonias de Agronomía y Veterinaria calan la clásica galerita hongo. Su empleo persiste durante mucho tiempo. En 1918 todavía puede descubrirse uno que otro estudiante de los extramuros o del “Bosque” —como también se los llama, para distinguirlos de los del “Asfalto”, que cursan sus estudios en el céntrico edificio del ex Banco Hipotecario Provincial— luciendo imperturbable el tradicional adminículo.

Por supuesto, coexisten diversas modalidades y categorías de colonias estudiantiles. En primer término, las “moradas de los dioses”, como *El Paraíso*, *El Edén*, *El Nirvana* o *El Olimpo*. Otras reflejan el sentir de la “patria chica”. Ellas prolongan y rinden culto al lejano rincón natal. Son las de los “provincianos”: entrerrianos —como la *Chajari*

*House*—, correntinos, misioneros, etc., etc. Urquiza y Berón de Astrada constituyen temas de frecuentes disputas y de rencillas “intercoloniales” y, a veces, de enconos y hasta de verdaderos líos personales. Mas en el conjunto de toda la tupida gama, una sobresale en particular. Cobra raudo vuelo y con el correr del tiempo se torna famosa. Nos referimos a *La Colonia*, a secas, de Agustín Lantero. Reúne en su seno espíritus bisoños, altruistas, conmovidos por los conflictos sociales y los temas filosóficos que comienzan a alborear a fines del siglo XIX. Se vuelca entera al pueblo, erige la Universidad Popular y edita una revista: “Germinal”. Está constituida por elementos del “Bosque” y del “Asfalto”, indistintamente, aunque la mayoría cursa estudios en la Universidad Provincial.

La mencionada casa fue fundada en 1889, a instancias de Rafael Hernández, entonces senador provincial, en vísperas de la revolución del 90. El acontecimiento le cae mal. Recién en 1897 podrá iniciar las actividades docentes.

No obstante los siete largos años de asueto forzoso, la Universidad diferida sale, como la grey estudiantil, gananciosa de la liquidación de la crisis económica del 90. En pleno corazón urbano, hereda el monumental palacio que perteneció al fracasado Banco Hipotecario de la Provincia. Allí instala su sede. En los portones de hierro forjado que dan a la calle 6 y sirven de entrada a la actual Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, pueden observarse las letras iniciales —B y H— de la mencionada institución de crédito.

La base material y el “clima espiritual” de la futura ciudad universitaria eclosionan, pues, a la sombra de una gran desgracia nacional. Con la construcción y la entrega con fines educacionales del edificio bancario, se conden-

sa la auténtica historia de la ciudad: su erección corresponde a la era de grandeza y esplendor de los primeros ocho años de vida; su caída implica la rutina de la fastuosa prosperidad “faraónica”, marca el término de la larga crisis del 90 e inicia la aurora de los tiempos nuevos, que prosiguen, sin pausa ni sosiego, hasta nuestros propios días.

\* \*

El largo pleito entablado entre porteños y provincianos desemboca en el movimiento revolucionario de 1880 y en la improvisada fundación, en 1882, de La Plata, ciudad de la conciliación nacional. La nueva urbe resuelve el candente bicefalismo de la ciudad de Buenos Aires, capital de la República y, a la vez, simultáneamente de la Provincia. Como secuela directa de los turbulentos acontecimientos, el decapitado Estado provincial no sólo debe deplorar el desprendimiento de cuantiosos bienes materiales, sino la pérdida de irrescatables elementos culturales, como la Biblioteca Pública, el Museo de Ciencias Naturales y la Universidad. Espíritus resentidos protestan: “La ley ha cedido la capital porteña para usos nacionales”.

Aún en pañales, La Plata, en su faena rectora de bisoña capital del primer estado argentino, brega por reponerle los elementos de cultura que le fueron “birrados”. En junio de 1885, a menos de tres años de la fundación, el número inicial de la primogénita REVISTA DE LA PLATA, de Juan Mariano Larsen —médico y humanista de nota, traductor de Horacio, Virgilio y Píndaro— presagia que la ciudad “no tardará en plantear su *alma mater studiorum* o, por otro nombre, su Universidad, con todas sus facultades sin perjuicio de las escuelas técnicas”.

## Papeles de archivo

El acontecimiento no se hace esperar mucho. El 12 de junio de 1889, cuatro años después, Rafael Hernández —ilustre hermano del autor del *Martín Fierro*— presenta el proyecto de creación de la Universidad de La Plata. Al fundamentarlo, afirma: “Y es esto lo que nos reclama la opinión pública: que no se crea que la provincia de Buenos Aires está tan completamente materializada que, a trueque de realizar negocios y progresos en lo material, se olvida de lo intelectual. Un país materializado al exceso es nación que se arruina. Nada amenaza más que la avaricia...”

En otra oportunidad, 2 de agosto de 1889, en el mismo recinto del Senado Provincial— proclama:

*“Voy a pedir que se consigne en el acta, con toda especialidad, que el proyecto de ley que acabamos de sancionar lo ha sido por unanimidad de votos, por la trascendencia, por la importancia que él tiene. Esta no es una de las leyes ordinarias que diariamente sancionamos, para que más tarde se modifique o derogue; no. Es, por el contrario, una ley que perpetúa el nombre de cada uno de los senadores que la han votado. Es una ley fundamental, de vital importancia para el progreso de la Provincia; y estoy seguro que han de transcurrir años y años sin que podamos dejar en la estela de nuestra vida parlamentaria otro acto más notable y más benéfico que el que entraña este proyecto.”*

La ley queda promulgada el 2 de enero de 1890 y desencadena inusitado júbilo en la población platense.

Pero pocos meses después estalla la estrepitosa crisis del 90, originariamente motejada por el presidente Juárez Cel-

man con el idílico nombre de “Crisis de progreso”.

Bien pronto adviértese que las consecuencias de la misma son mucho más graves que el comienzo. Acusado su gobierno de “unicato”, Juárez Celman abandona el poder. Carlos Pellegrini, en calidad de vice sustituto, inaugura un período de austeridad nacional. “Ha llegado la hora del té con leche”, afirma. Como resultado inmediato, La Plata sufre frecuentes laceraciones; y, a la par de otras muchas iniciativas, la ley de fundación de la Universidad queda soterrada durante siete largos años.

\* \*

En su novela *La bolsa* (1891), Julián Martel (seudónimo de José María Miró, 1867-1896) pinta, con maestría, la derrochona mentalidad que campea soberana desde la aurora misma de la crisis. Reina la fiebre del oro e imperan las maniobras dolosamente especulativas de *La Bolsa*. La juventud revienta de pujas aristocratizantes. Siente asco por el trabajo manual, vergüenza por la pobreza y envidia por el lujo y la molicie.

La faz educativa también está “inflada” y muestra notorias deficiencias, anomalías y deformaciones. Los programas universitarios son ampulosos y considéranse una monstruosidad. Y, con el propósito de poner de relieve alguna consecuencia, recordemos la urente frase pronunciada por un distinguido y culto diputado nacional: “Soy un fugitivo de la Universidad”. No obstante las deserciones frecuentes de las aulas, en el período que va de 1869 a 1895, los médicos ascienden de 494 a 1648 y los abogados de 459 a 1047. La enorme mayoría afincados en la metrópoli, aclara no sin asombro un comentarista de la épo-



ca<sup>1</sup>. Como moneda corriente, pronto entra a la circulación pública una frase insólita: plétora profesional.

No es todo. "La utilización arbitraria del título de *doctor* —recalca el testimonio de un extranjero— sirve para crear diferencias, tributos y sinecuras sociales". "No hay nación en el mundo —añade— en que se prodigue más dicho título... que confiere a quienes lo poseen una especie de mandarinato..." Además, la incoherencia intelectual y el desencuentro entre el padre jornalero inmigrante y el hijo "doctor" abre un abismo en las familias y, por extensión, plantea un conflicto de desajuste mental entre dos ge-

neraciones, magistralmente evocado en la obra teatral de Florencio Sánchez.<sup>2</sup>

La clase dirigente cala hondo en el problema; pero, evidentemente, no acierta en solucionarlo. Con criterio simplista, límitase a oponerse infructuosamente —como se verá con posterioridad— a la instalación de nuevos centros de enseñanza que sirvan para alimentar a las "doctoreras", en otros términos a las Universidades. Las califican de "fábricas de médicos y abogados".

El virus doctoricida cunde con pasmosa rapidez y contamina a amplios sectores de la opinión pública. Pero un *dirigente* estudiantil observa: "Propiamente:

<sup>1</sup> El mal persistió. En 1901, a once años de la crisis del 90, el número de estudiantes matriculados en las cuatro Facultades constituyentes de la Universidad Nacional de Buenos Aires es el que sigue: Facultad de Derecho: 700; Facultad de Medicina: 1.664; Facultad de Ciencias Fisicomatemáticas: 275; Facultad de Filosofía y Letras: sólo 43. "A juzgar por estas cifras —comenta *El País*, de la Capital Federal, el 4 de noviembre del mismo año— la difícil ciencia de Hipócrates y Galeno es la que cuenta con más prosélitos entre nuestra juventud estudiosa". Tal constancia, demuestra lo difícil que es pretender torcer las inclinaciones de los estudiantes, cualesquiera sean los motivos que las hayan determinado.

No obstante, la teoría de la presunta plétora de galenos y estudiantes de medicina, que tanto preocupa a las clases dirigentes del país, deja sin explicación un hecho singular y fundamental: la carencia de médicos en el interior del país.

El mal es crónico. Recordemos que, alrededor de 1880 —si la memoria no nos falla— en la extensa provincia de Catamarca sólo existía un médico diplomado. En 1890 recién se eleva a tres. La situación asume contornos de tal gravedad que el gobierno provincial resuelve, por ley especial, permitir el ejercicio de la medicina a *curanderos autorizados*.

En el fondo, el problema tiene raíces extrauniversitarias. Juan B. Alberdi las establece en su conocida fórmula del desarrollo histórico social de la Argentina: "No son dos *partidos*; son dos *países*. No son *unitarios* y *federales*, son *Buenos Aires* y las *provincias*". En términos más precisos, es el multisecular conflicto emergente de la falta de desarrollo armónico entre el litoral y el interior, entre el campo y la ciudad.

<sup>2</sup> En 1889 —es decir, en la vigilia de la revolución del 90— los extranjeros residentes en la Argentina eran tantos que sólo en la ciudad de Buenos Aires, había 300.000, sobre sus 526.000 habitantes. En La Plata la desproporción fue mucho mayor. Si tomamos en cuenta el censo de 1884 —único que tenemos a mano— sobre 10.407 habitantes sólo son argentinos 2.278. Los italianos llegan a duplicarlos: 4.585. Y el citado Martel —seudónimo de José Miró— descendiente él mismo de extranjeros, en la obra citada afirma: "Ya no sabemos lo que somos; no sabemos si somos franceses o españoles, italianos o ingleses. Y lo que es más grave es que junto con el engrandecimiento material nos traen el indiferentismo político. Maldito lo que importa al extranjero que estemos bien o mal gobernados. Haya dinero, y se ríe de los demás. Y lo peor del caso es que nos ha contagiado a nosotros, los argentinos, ese culpable egoísmo importado...". Forzando un poco los términos del problema, constituye una de las tantas facetas del conflicto entre las dos generaciones; pero no el conflicto mismo. Hubo muchos extranjeros que fueron bien altruistas y dieron inclusive la vida por el progreso del país. Las raíces del mal calan, pues, mucho más hondo, en las entrañas mismas del desmirriado cuerpo social.



## ***Papeles de archivo***

no hay exceso de abogados; hay exceso de pleitos. Y éstos —debieran saberlo los hombres de gobierno— tienen, en mucho, su origen en que una de las partes, o las dos, no saben leer correctamente”.

Surge un clamor general por las enseñanzas llamadas prácticas. El remedio asume proporciones de deslumbradora panacea universal. En definitiva, la hora “requiere más industriales y artesanos y menos hombres ilustres” que ostentan títulos “más sonoros que provechosos”.

En tesis general, los fundadores concuerdan con el criterio de las autoridades nacionales. Las primeras medidas que adoptan en materia educacional prohíben la erección del Instituto Agronómico-Veterinario de Santa Catalina (1883) y de la Escuela de Artes y Oficios (1884).

Sin embargo, importantes acontecimientos testimonian la persistencia de otras corrientes espirituales, frutos de verdaderos remanentes históricos. “La Provincia para la Provincia”, claman quienes dicen oponerse a la absorción de la metrópoli, “único vivero de ilustraciones”. El triunfo militar de los partidarios de federalizar la ciudad de Buenos Aires no logra, pues, anegar las ambiciones localistas de autonomía cultural que embarga a sus prohombres, férreamente arraigados ahora en la ciudad de La Plata. Nos referimos, en primer término, a la fundación, en segunda edición provincial y, a la vez, platense, del Museo

de Ciencias Naturales, de la Biblioteca Pública y de la Universidad.

A pesar del clima hostil vigente hacia los organismos que otorgan el título de “doctor”, a iniciativa de una comisión de vecinos presidida por el doctor Dardo Rocha, cúpole al gobierno de Guillermo Udaondo cumplir con los designios de la ley sepultada. Por decreto del 8 de febrero de 1897, ordena poner en marcha la diferida Universidad Provincial.

Resulta electo primer rector Dardo Rocha. Coincidencia realmente congratulatoria: la Ciudad y la Universidad, reencarnándose en la persona del ilustre fundador, configura, por así decirlo, la más original tramazón cultural entretejida por la historia argentina.

Los cursos inauguránse solemnemente el 16 de abril de 1897.

La nueva casa de estudios consta de cuatro facultades. Se matriculan 16 alumnos en Ciencias Jurídicas; otros 16 en Fisicomatemáticas; y 22 en Química y Farmacia. En la Facultad de Medicina no hubo inscriptos. La población estudiantil alcanza, pues, escasamente a 54 alumnos.

Al año siguiente, erigen su organismo gremial: “La filiación del Centro Universitario no es un misterio; hijo legítimo de la Universidad de La Plata, nació a la vida intelectual el 3 de junio de 1898, congregando a los estudiantes facultativos residentes en La Plata; el acta de la Asamblea Constituyente está firmada por cuarenta y cinco estudiantes”. Así se expide su primer presidente, Dalmiro E. Alsina.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> En los primeros momentos, también forman parte del citado centro las delegaciones de alumnos de la Facultad de Agronomía y Veterinaria. Uno de ellos —León Villamonte— fue designado secretario. Los alumnos de la Facultad del “Bosque” abandonaron el organismo en julio de 1898, a raíz de desavenencias producidas con sus compañeros del “Asfalto”, es decir de la Universidad provincial. A pesar del precoz desprendimiento, el Centro Universitario tiene el mérito de constituir el primer intento de integración universitaria realizado en La Plata. Analizaremos tales acontecimientos en el capítulo dedicado a la gestión de los estudiantes de la mencionada Facultad, en el período 1890-1904, es decir el que precede a su incorporación a la Universidad Nacional (1905).

De inmediato, el mencionado Centro compartió las responsabilidades y asume la defensa del incipiente núcleo cultural que va plasmándose en el seno de la ciudad, aún convaleciente de la enfermiza "orgia" que antecede a la conmoción del 90.

Es notable la modestia de medios y gastos. "Por él se verá —expone el citado dirigente— cómo ha ahorrado sobre la sed y el hambre: Local, pesos treinta<sup>4</sup>; Luz (por mes), pesos dos; Reuniones, pesos cinco, que no los ha gastado; Secretaría, pesos cinco. Ha hecho vida franciscana, y hubiera gastado menos si las circunstancias lo hubiesen exigido".

\* \*

Apenas nacida, la Universidad Provincial afronta dos serios problemas: carencia de recursos y desconocimiento por los organismos nacionales de los títulos que expide.

Se traban rudos combates por la prensa. Unos diarios defienden la puesta en marcha de la Universidad. Otros la atacan. Lucha tenaz que pone en serio peligro la suerte de la Casa de Estudios. Los estudiantes levantan la voz "para condenar acerbamente la oposición anti-patriótica, engendrada por algunos órganos importantes del periodismo platense, tendiente a desprestigiar y hundir nuestra Universidad. Uno de ellos, *La mañana*, ha muerto. "Debo perdonar sus errores", declara Dalmiro E. Alsina, evi-

dentemente con visos de participar el prematuro fallecimiento de uno de los más espontáneos sepultureros de la Universidad.

Un hombre público vinculado de modo íntimo a la erección de la nueva Capital de la Provincia y principal colaborador de Dardo Rocha —el doctor Carlos D'Amico, nada menos— expresa:

*He visto que en La Plata se ha formado otra Universidad, hasta ahora con el carácter de libre; el sentimiento de que pueda crearse una institución más para elaborar letrados y médicos, me ha compensado la de que las Provincias de Buenos Aires, Corrientes y no sé qué otras van a crear escuelas de Agronomía práctica. Son más útiles y necesarias, hoy por hoy.<sup>5</sup>*

\* \*

En 1901, la Universidad cuenta con 129 alumnos. El número de profesores elevase a 34. En el cuerpo docente figuran maestros de la talla de Ameghino, Spegazzini y Korn. En 1900, el presupuesto alcanza a \$ 5.385 mensuales. Y en 1901 —año en que la Provincia pretende suprimirle la subvención— reduce a \$ 1.290 m/n., es decir a cuatro veces menos.

No obstante, en mayo de 1902, el Centro estudiantil afirma, al referirse a la Universidad Provincial:

<sup>4</sup> Posteriormente, obtiene un local gratuito en los altos del Palacio Municipal.

<sup>5</sup> Con el propósito de orientar a los estudiantes hacia la agricultura, el ministro Magnasco incluyó, en 1901, la asignatura Práctica Agrícola como obligatoria en los planes de estudios de los colegios nacionales y escuelas normales. La enseñanza debía impartirse en quintas escolares anexas. A tal fin, contrató, en Francia, tres especialistas para "encauzar dicha enseñanza en los rumbos por los cuales se haya de llegar a la realización de los propósitos que indujeron a implantarla". En pluralidad, nunca dejó de ser una asignatura postiza dentro del plan de estudios de los establecimientos de segunda enseñanza y sólo logra cosechar un fruto: el fracaso.

## **Papeles de archivo**

*No hace mucho este centro de instrucción se distinguía por la soledad de necrópolis que reinaba en sus aulas, y hoy día cuenta ya con un número no escaso de alumnos de las diferentes ramas que abarca, número que, según es de esperar, ha de acrecentarse año a año, si no intervienen, lo que no es de esperar, mayores obstáculos a su marcha.*

Pero las dificultades siguen reapareciendo.

*El Senado está hoy en el caso de borrar la mala impresión que produjera, volviendo sobre sus pasos, aceptando en silencio la sanción de la Cámara de Diputados, que reintegró la Universidad al presupuesto. Sólo no viviendo en esta ciudad, no auscultando sus palpitaciones o bien teniendo agravios contra esa institución se puede votar en contra del primer centro intelectual de la Provincia.*

Tales palabras figuran insertas en un matutino de La Plata a fines de enero de 1903.

Ni las exigencias de la opinión pública, ni las invocaciones de los estudiantes, ni el reclamo del periodismo, fueron auscultados. Por trece votos contra once, el Senado confirma la supresión.

El senador Cordero gruñe que la Universidad es una parodia y califica a los abogados en ella recibidos "como guardias nacionales". "...Y ahora viene un presupuesto de \$ 60.000 m/n. para hacer abogados y parteras. Ni por los estudios que se hacen, ni por los catedráticos que dictan las clases, que son medianías, debe subsistir esa Universidad. La Universidad de La Plata —continúa sofisticando el senador Bianco— no representa intelectualidad, ni cultura, ni

nada: representa la satisfacción de una vanidad". Un tercer opinante —el senador Vattuone— rumia como vocero de una mentalidad de "feriero": el sostenimiento de cada alumno cuesta al erario público la suma de \$ 9.000 m/n., "lo que es una enormidad". En fin, la hostilidad compacta, urdida por los oscurantistas, sigue obrando concertada y con asombrosa tozudez.

Pero la Universidad tiene algo adentro y dista de ser un lujo inútil. "Afronta el problema de tan vital importancia para la intelectualidad de la Provincia y para la cultura de sus hijos y de los que ya vienen de las regiones más apartadas de la República a engrosar sus filas", asevera Dalmiro E. Alsina, el brioso líder estudiantil. "La estadística no es aplicable a las instituciones científicas, según la plantea el señor Vattuone. El cálculo de lo que cuesta un alumno, no puede servir de base para apreciar los beneficios que estos aportan. Esa es la estadística de un estanciero que quiere saber lo que le cuesta un ternero", responde el señor Weigel Muñoz. "Es una vergüenza que la provincia más grande de la república, que tiene un millón de habitantes, discuta un gasto de \$ 60.000 m/n. al año, para levantar el nivel intelectual de la juventud", agrega el senador Uriburu. Por fin, un diario platense, al abordar el tema, refuta la supresión de la Universidad como un delito de lesa cultura. Y, al referirse en especial a los argumentos y a la persona del senador Bianco —expresión de la función legislativa elevada a la mayor necedad e impugnado el año anterior como profesor de Filosofía del Derecho por el Consejo Académico y los alumnos de la Facultad— estampa frases irónicas y, a la vez cáusticas:

*El senador Bianco, con esa lógica que caracteriza sus oraciones, afirma que la Universidad sólo sir-*

*ve para diplomar abogados y parteras —cuando no ignora que no existe Facultad de medicina— y opina que los profesores que tienen a su cargo la enseñanza en las distintas facultades universitarias son mediocridades. ¡Cuando Salomón lo dijo!... no lo dice por despecho por haber sido desalojado del personal docente, ni por encono a aquellos que quisieron y consiguieron mantener el cuerpo de catedráticos a toda la altura y dignidad que exigen esos cargos; lo hace por razones de patriotismo de horca y cuchillo.*

\* \*

“Por cuarta o quinta vez la Universidad de La Plata, ha logrado vencer las fuerzas que *anualmente* la combaten”, deja constancia en abril de 1903 un periódico platense. “Tocó al Centro Universitario —expone, por su parte, su presidente— la misión de disipar la mala atmósfera creada por la propaganda periodística”... Amenazada de muerte, el organismo estudiantil hace una “defensa brillante de los derechos e intereses que representa, costeadando primero el alegato presentado por los estudiantes colectivamente, y después el presentado por el Centro para defender la no supresión de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales”. “No diré —continúa— que esos alegatos hayan llegado a convertir a los señores legisladores; pero sí pienso que sin esa defensa de parte interesada, la Universidad hubiera sido asesinada”. Es la pura verdad. La partida de defunción se le extiende por anticipado: documentos oficiales, impresos en 1903, mencionan “la extinguida Universidad Provincial”.

El estudiantado logra, pues, descorrer el telón que muestra la escena de mero

corte académico, para descubrir otra de innegable interés público y de indiscutibles proyecciones sociales. Rebasa el estrecho límite del fuero universitario y concita a la ciudadanía platense a cerrar filas en torno a la Universidad amenazada. El nuevo escenario —el que conviene al futuro de la cultura— cobra entonces jerarquía no sólo para el centenar de jóvenes altruistas, sino que se convierte en centro de interés, en la gran cuestión, que conmueve a decenas de miles de seres humanos. Amuralla a la Universidad y la salva. “Se cuentan por millares las firmas de adherentes recogidas hasta ahora, como que la mayoría de toda la población participa del anhelo de los estudiantes”, atestigua el más importante diario de la ciudad, al comenzar la extraordinaria acogida que obtiene la iniciativa del Centro de Estudiantes, de elevar a las cámaras legislativas un petitorio en favor de la subsistencia de la Universidad Provincial. Sabia y positiva actitud de la juventud universitaria: logra neutralizar los ataques obstinados de poderosos y bien ubicados adversarios.

Si hay en la República —argúyese— alguna provincia que tiene derecho para sostener una Universidad es la de Buenos Aires. Su población, su riqueza, las necesidades de su foro y de sus obras públicas lo exigen. Ella, por otra parte, la ha tenido y si la cedió al dar su hermosa capital para asiento de las autoridades nacionales nada más natural y lógico que levante en La Plata otra entidad docente en la que puedan formarse y educarse sus hombres dirigentes.

\* \*

Contemporáneamente, los adversarios al “doctor” abren otro frente de batalla, al amparo del desafortunado proyecto de ley del Dr. Osvaldo M. Magnasco,

## ***Papeles de archivo***

ministro de Justicia e Instrucción Pública, elevado a la legislatura nacional en 1900. En él se pide, lisa y llanamente, la supresión de los colegios nacionales y su substitución por escuelas de artes y oficios. De inmediato, como es lógico inferirlo, el proyecto plantea embarazosas situaciones a los anhelos de la mocedad platense.

Los alumnos de la Universidad siéntense compelidos a participar en el apasionante debate. Sostienen que las vocaciones no se imponen por decreto. Uno de sus mentores afirma: "Pero si las más elementales normas aconsejan la fundación de las referidas escuelas, no existe ninguna para la supresión de los Colegios Nacionales". Y rechaza de plano el proyecto por múltiples razones, pero, principalmente, "porque halla un inconveniente gravísimo en que la juventud, sacrificando sus nobles ideales, dirija sus pasos hacia donde el gobierno piensa encaminarla".

Ubicándose a nivel de las exigencias políticosociales de la época y a tono con las aspiraciones ministeriales, Dardo Rocha, a su vez, con el propósito —no confesado, por cierto— de frenar los ataques frontales dirigidos contra la Universidad Provincial, proyecta, en 1901, la creación de un original instituto de enseñanza técnica: la Escuela de Electricistas de La Plata.

Al comentarlo, un dirigente estudiantil expresa: "Si la iniciativa tan felizmente lanzada no cae en el vacío y se le dispensa toda la atención que merece, se habrá dado un gran paso al cambiar de rumbos a la educación de muchos jóvenes y se habrá llenado, de una manera sólida, parte del programa del Dr. Magnasco". Pero ni el desventurado plan ministerial, ni la singular escuela técnica, consiguen entrar en funciones.

Las muestras de "vasallaje" ofrecidas por la Universidad Provincial no logran

congraciarse con las altas esferas nacionales. Bien es cierto que, en teoría, el gobierno central concede validez a los títulos que otorga. Empero, en la práctica, ese reconocimiento nunca llega a concretarse. Los estudiantes entonces llevan el pleito al presidente de la República. El resultado de las gestiones queda resumido en la cáustica frase atribuida al general Roca: "Al Gobierno no le interesan los abogados. Les aconsejo vayan a trabajar al campo".

\* \*

Al segundo año de vida, el Centro de Estudiantes publica una interesante revista, "Sin duda alguna, una de las mejores que aparecen en esta Capital", sostienen los propios editores. El número inicial ve la luz el 1º de junio de 1900.

El artículo de fondo expresa:

*Jóvenes estudiantes, hace ya tiempo reunidos en un vínculo tan fuerte como la comunidad de propósitos en la vida, con esta publicación dan un órgano a sus ideas. Ellos no quieren realizar más que una labor de difusión literaria y científica, objeto primordial de las revistas periódicas, tan popularizadas en todas partes, pero que en La Plata, por razones que constituyen un pequeño problema sociológico —que cae en suerte resolver a los directores de ésta— no han podido hallar ambiente propicio para prosperar.*

*Tienen por escenario una ciudad abatida por la dura sanción de errores y abusos de triste recordación y de severo ejemplo: una crisis económica paraliza sus músculos que, en otro tiempo, se agitaban febriles en una maravillosa apoteosis de la industria, que alucinaba a los espíritus... Hoy los ojos del viajero no*

*ven más que una población lánguida, que arrastra una existencia abotargada por el desconsuelo de sus esfuerzos, inútiles para reconquistar su pasada prosperidad. Ha huido el ingenio; el espíritu de industria duerme; los grandes entusiasmos ya no se sienten...*

El cuadro es bien desalentador. Sin embargo, la *Revista* perdura hasta fines de 1903 y llega a totalizar 28 entregas, las dos últimas con el nombre de *Ciencias y Letras*.

\* \*

“Continúa en pie el conflicto producido entre los estudiantes y los catedráticos de Civil y Administrativo, por la razón de haber enviado éstos sus hijos a estudiar a la Facultad de Buenos Aires...”

El párrafo transcrito encabeza la sorprendente noticia aparecida en el número de mayo de 1903 de la REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES.

Prosigue: “...acto que disculpan, alegando que tienen razones privadas poderosísimas para proceder en esa forma; pero que no pueden conformar a los estudiantes desde que lo que se tendrá en cuenta en oportunidad será la existencia del hecho y no las razones privadas de mayor o menor peso que hayan podido producirlo. Como hay quienes apoyan en su actitud a los profesores, es del caso preguntarse si es

posible que hayan de sacrificarse los intereses de la Universidad y sus estudiantes a los personales de los profesores aludidos”.

De inmediato, las aulas quedan desiertas, en los claustros efectúanse manifestaciones de protesta contra ambos profesores, amagan hechos de violencia. La prensa local se hace eco de las incidencias y se inquieta. “Si en nuestros claustros estuviesen implantadas las medioevales costumbres de las universidades alemanas, varios de los estudiantes platenses estarían a estas horas con las mejillas cortadas por filosos sables esgrimidos en duelo. Mejor que así no sea”, asienta un matutino. Llama, luego, a la cordura a los airados estudiantes: “Encontrando fundado el desagrado de los jóvenes, los incitamos a reflexionar maduramente sus resoluciones; en el gremio estudiantil, como en el de los obreros, los agitadores abundan; y éstos que, por lo general, son los que menos tienen que perder, arrastran a los otros que van a pura pérdida. Recuerden los futuros adalides de los derechos en las justas del estrado, que la imposición de hechos no emanados de ley obligatoria importa un atentado a la libertad individual...”<sup>6</sup>

La situación de permanente emergencia en que vive sumida la Universidad provincial, impulsa, al parecer, a los estudiantes a contemporizar. Pero la actitud dubitativa de los docentes cuestionados, motiva un párrafo agrio y condenatorio, incluido, a renglón seguido, en el mismo periódico: “Si los profesores de la Facultad la descalifican así en

<sup>6</sup> Sin duda, en esas circunstancias ciertos sectores del país viven horas confusas y la prevención en materia educacional se torna más suspicaz. Al enjuiciar el grave movimiento estudiantil que estalla a fines de 1903 en la Facultad de Derecho metropolitana, con inmediatas repercusiones en La Plata, un diario platense subraya: “Lo ocurrido reviste excepcional importancia, pues ha puesto de manifiesto una fuerza nueva, llamada a tener gran influencia”. Luego, en contradicción con los fundamentos de su prédica anterior en favor de la estatización de la Universidad Provincial, añade: “En nuestro sentir nada es más propicio que eso para desoficializar las universidades y hacerlas libres, que es, en definitiva, lo mejor”.

## **Papeles de archivo**

el hecho cuando se trata de los suyos, la desconfianza sobre su capacidad debe necesariamente cundir entre los extraños; farmacéutico que envía por drogas a la farmacia vecina, acusa que su frasquería está vacía o que sus contenidos son adulterados”.

\* \*

El carácter peculiar de la Universidad provincial no radica en las modalidades de su organización, ni tampoco en la reconocida calidad de su personal docente, ni menos aún en las llamativas actitudes de intransigencia, a veces extralimitadas, de sus estudiantes, sino en la presencia de un hecho de heroísmo civil, único, sin parangón en los anales de la vida educacional argentina. Frente al absorbente hipercentralismo de la vecina metrópoli y en salvaguardia de los valores culturales del incipiente centro urbano, los jóvenes platenses renuncian a los diplomas expedidos por la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Con motivo de la colación de grados realizada en agosto 8 de 1903, la revista estudiantil estampa un patético mensaje de despedida a los primeros graduados de la Universidad Provincial. Dice así:

*Vanguardia arrojada, que ni la prédica de una parte de la prensa, ni la fuga de los que han desertado de sus filas para viajar a las Facultades de la Capital Federal, ni las dudas de un decreto de nacionalización, ni la injustificable actitud de aquéllas que han tratado de desconocer y rechazar nuestros certificados han arredrado... Vanguardia altiva, que rehusa un título expedido por la Universidad Nacional de*

*Buenos Aires, siente palpitaciones nobles y patrióticas y tiene conciencia de los sagrados deberes que la vinculan con el suelo natal y concurren allí donde éstos les llaman, renunciando a los halagos y placeres de la vida metropolitana para formar su inteligencia, tributar su ilustración, rendir su cuerpo y formar su hogar, donde respiró el aire que infló la sangre generosa de sus venas.*

Y uno de ellos, henchido de fervor, exclama: “Es que no queremos perder nuestra Universidad, que representa para el futuro: Progreso, ilustración, riqueza”.

Conmover el espíritu el de esos platenses enteros, que hacen caso omiso al “sirenismo” de la vecina gran urbe, al declinar las ventajas que supone el ejercicio de una profesión liberal y escogen la defensa del solar propio, haciendo suya la áurea enseñanza de Horacio: “Admira el jardín grande; pero cultiva tu jardín pequeño”.

\* \*

Es necesario, pues, resistir a la ingratitud por más humana que sea y valorar con justicia la misión que le cupo a la modesta casa de estudios. El recuerdo del abnegado civilizador que fue Rafael Hernández reclama fidelidad. La Universidad Provincial “se ha vinculado en forma íntima a la existencia de La Plata”, afirma un matutino de la época. A tal efecto, la nueva ciudad rompe con los moldes espirituales que hacen de ella la sucursal o “la filial de una gran ciudad matriz”. Y si con el correr del tiempo goza del privilegio de ser mundialmente reconocida como una “cultural city”, como una ciudad universita-

ria, lo debe en gran escala —no lo dudemos— a los desvelos de aquella humilde y provinciana entidad y a la incommovible militancia de su juventud estudiosa.

Ciudad inventada, sin historia, ni tradición propia, La Plata logra forjar su destino con criterio específico y diferencial. Llevado como de la mano por los acontecimientos y con la “colabora-

ción del ambiente” —al decir de Hipólito Taine—, haciendo pie en el vaticinio de aquel noble estudiante que fue Dalmiro E. Alsina —presidente del primer Centro universitario platense—, cinco años después, en 1905, Joaquín V. González, al inaugurar la era nacional de la Universidad, a su vez, profetiza: “La Plata quedará como absorbida por la vida escolar...”



## Revista de libros

---

KURT BALDINGER: *La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica*, Madrid, Editorial Gredos, 1963. Volumen en rústica, 398 págs.

El presente trabajo es el de alcance temático más amplio de los escritos por el Dr. Baldinger, actual director del Instituto Románico de Heidelberg y editor de la célebre "Zeitschrift für romanische Philologie" de Tübingen. Su fecunda actividad lingüística abarca campos diversos: el del Galorrománico y Gascón, el Iberorrománico, el de la Lexicología, Lexicografía y Semántica. Sobre algunos de estos temas versaron sus conferencias pronunciadas en La Plata hacia la primavera de 1963, invitado por el Instituto de Filología: "Estructuralismo histórico y métodos tradicionales" y "Palabra, noción y cosa: problemas fundamentales del lenguaje".

El trabajo, que sólo comentaremos a grandes rasgos —justo es reconocer que a cada capítulo pueden dedicárseles amplios estudios individuales: así son de substanciosos— sintetiza con ponderable y a veces, evasiva claridad, el estado de los problemas lingüísticos de la Península Ibérica; ofrece, a la vez, un esbozo del desarrollo de la lingüística hispánica en los muy fecundos cuarenta años poste-

riores a la aparición de los "Orígenes del español" de Menéndez Pidal, en 1926. Queda delimitada así la personal fisonomía de los problemas y métodos de esta fructífera rama de la lingüística románica.

No es éste el mérito menor de la obra: se propone, además, ser un ensayo de conjunto "de la investigación y sus resultados" con el objeto de ver el nacimiento y desarrollo "de los dominios lingüísticos en relación con los impulsos históricos y culturales recibidos", propósito que Baldinger fundamenta con acierto en la historia peninsular porque España ha sido "camino y encrucijada de invasiones" como ha escrito García de Diego.

Partiendo de la comparación de las principales características fonéticas de los tres idiomas literarios de la Península Ibérica (los criterios fonéticos ocupan el primer lugar en la atención del autor aunque abundan, también, las referencias lexicológicas, sintácticas y morfológicas) mediante el análisis de una misma frase en español, portugués y cata-

lán, el autor examina —como punto de arranque de su trabajo y, en sentido restringido, de la propia disciplina— las áreas fonéticas establecidas por Menéndez Pidal en el trabajo mencionado, a través de las cuales se perfilan el nacimiento y expansión del castellano con la reconquista política de España y la fundamentación histórica de la fragmentación lingüística ibérica: “La fragmentación lingüística actual de la Península Ibérica es, en lo fundamental y decisivo, resultado de la Reconquista” (M. Pidal).

Impulsada por los resultados de los “Orígenes del español”, la investigación se desplazó temporal y geográficamente. Geográficamente, al atender los problemas de los dialectos gallego-portugués y catalán-aragonés y la influencia del árabe en la cultura y el idioma. Temporalmente, porque acuciada por nuevos y complejos interrogantes derivó hacia la época visigótica, romana y prerromana, con especial detenimiento en los problemas ibero-vasco-ligur y en la cuestión de la influencia céltica.

Con respecto a los árabes Baldinger reclama, con fundamento, una revaloración de su influencia que se manifestó —no sólo porque provocaron la guerra de reconquista— especialmente en el campo léxico, en los usos científicos y cotidianos. Hay que esperar de la investigación futura, escribe Baldinger, modificaciones fundamentales de lo que hasta ahora se cree que fue su influencia en los campos sintáctico y estilístico y posiblemente, también, en el fonético y morfológico.

La diptongación de ‘e’ y ‘o’ breves y la palatización de la ‘l’ inicial (‘l’ que produce ‘ll’) lo conducen a examinar las teorías que atribuyen como causa del fenómeno a las costumbres germánicas de acentuación. Afirma que existen poderosas razones para pensar que no es

así y señala, entre otras, la circunstancia de que los visigodos al llegar a España (año 411) estaban ya muy romanizados. Baldinger parece coincidir con Reinhart y Gamillscheg en cuanto a que “el influjo visigótico en la lingüística careció prácticamente de importancia”.

Los efectos de la romanización (años 218 a 19 a. C.) sobre la posterior fragmentación lingüística de la Península es un problema que también estudia la investigación actual. Después de verificar las opiniones de Griera, Menéndez Pidal, Amado Alonso, H. Meier, Sanchis Guarner pasa Baldinger a la consideración de la influencia que los inmigrantes osco-umbros pudieron tener en el fonetismo español, en especial, en la asimilación de MB en ‘m’ y ND en ‘n’ y en el paso de ‘l’ a ‘ll’. Baldinger concluye con una cautelosa afirmación: “Opinamos con Rohlf’s que es posible suponer una fuerte participación de colonos procedentes de Italia del Sur, pero las consecuencias de este hecho no están aún probadas”.

Al afirmar la posición puente del catalán entre los dominios iberorrománico y galorrománico, pero con una clara distinción entre el origen de la lengua y su posterior desarrollo, el autor evidencia su mesura y objetividad científicas: “Desde el punto de vista histórico, no puede haber duda alguna de que el catalán pertenece a las lenguas iberorrománicas ni de que, sólo secundariamente, a causa de sus estrechas relaciones con el Norte, y por el peculiar desarrollo castellano, llegó a adquirir el catalán su especial posición puente”. Este acertado punto de vista —que Baldinger comparte con otros eruditos: Rohlf’s, Kuhn, García de Diego, Badía Margarit y otros— está apoyado en abundantes testimonios léxicos y en rasgos sintácticos. La discusión en torno a este problema ha obtenido nuevas dimensiones y perspectivas a tal punto que, en la caracterización

## *Revista de libros*

del catalán y sus dialectos, se ha comenzado a analizar los influjos latinos y prerromanos, célticos e ibéricos, y a poner en duda los alcances que para el dominio catalán tiene la tesis de la Reconquista de Menéndez Pidal.

El dominio gallego-portugués es otro de los problemas arduos que se plantea a los investigadores. Estas lenguas tienen características en parte conservadoras y en parte revolucionarias, hecho común en las zonas lingüísticas marginales. Como revolucionarias se destacan la pérdida de N (nasalización) y L intervocálicas y el paso de los grupos latinos PL, CL y FL a 'ch', cuya explicación retrotrae la investigación a etapas históricamente muy alejadas: épocas romana y prerromana. Lo mismo ocurre con los rasgos conservadores (palabras latinas no conservadas en otros idiomas peninsulares; el infinitivo flexionado; empleo del artículo con el pronombre posesivo). Fenómenos similares aparecen a lo largo de la cordillera cántabro-pirenaica, desde Portugal hasta la Gascuña. Es lícito que los investigadores piensen en una unidad lingüística primitiva, sólo posible por la existencia de un común substrato étnico prerromano. Hasta aquí están de acuerdo, no así cuando se trata de determinar a qué pueblo o pueblos perteneció ese substrato: celta, lígur, ibero-tartesio.

Las relaciones de substrato en la cordillera norte mencionada llevan a Baldinger a adelantar el tema céltico y vasco-ibérico, al que le dedicará el último capítulo del libro. En cuanto al influjo de los celtas, la investigación se mueve con

(relativa) comodidad. Mucho más complicado es el problema vasco-ibérico. Se ha desechado la tesis de W. von Humboldt de que los vascos eran los últimos descendientes de los iberos. Además de la relación entre estos dos pueblos, a los que no se considera emparentados, pero sí en contacto (tal vez estrecho), analizan los estudiosos sus relaciones con el norte de Africa y con los pueblos caucásicos. Las cuestiones que se discuten son sumamente complejas a raíz de su extraordinaria antigüedad; con todo, una conclusión es segura: no hubo un substrato ibérico único.

Mención aparte merece el aparato bibliográfico, realmente admirable, de esta obra. Además de la bibliografía que cita y discute en las notas de los distintos capítulos ofrece al final una "Bibliografía" crítica sobre los dominios lingüísticos hispánicos y los problemas prerromanos. La obra alcanza, por un lado, la claridad esquemática —sólo dificultada en algunos pasajes (los dedicados a las influencias de substratos) por la complejidad de la materia en sí— de los cuadros de conjunto y, por otro, la rica, matizada y erudita discusión de los especialistas; propósitos que, necesario es decirlo, no siempre van de la mano.

Los especialistas de nuestra América hallarán en este ensayo de Baldinger un ejemplar estímulo para estudios parciales y de conjunto sobre la expansión y desarrollo de los idiomas ibéricos en estos territorios.

*Jorge Díaz Vélez*

RODOLFO M. ACOGLIA: *Platón*. Centro Editor de América Latina, Enciclopedia del pensamiento esencial, Buenos Aires, 1967. Volumen en rústica, 127 págs.

Este libro viene precedido por una laboriosa dedicación del autor a la filosofía platónica y al pensamiento griego en general. Su traducción de *Parménides* (publicada en Buenos Aires en 1943 por la Editorial Interamericana) fue la primera versión castellana de una obra platónica realizada en nuestro país. Esa traducción iba acompañada por un trabajo introductorio sobre la dialéctica, y a él se agregaron estudios acerca de la doctrina del ser y los problemas gnoseológicos y éticos en dicho filósofo, aparecidos luego en otras publicaciones.

Quizá fue esta larga frecuentación del tema la que permitió a Agoglia una sistematización tan clara como correcta, en la que el manejo erudito de las más diversas interpretaciones no entorpece en ningún momento la función didáctica de la Colección en la cual se publica. Es así que, pese al carácter básicamente propedéutico, su trabajo posee interés también para el iniciado por el meduloso análisis de puntos claves del pensamiento platónico, por la discusión de los criterios exegéticos de los comentadores y por algunas interpretaciones originales apoyadas en un sutil examen de los textos.

Luego de una breve presentación sobre el lugar y la influencia de Platón en la historia de la filosofía, sobre su vida y la estructura de la obra, la casi totalidad del estudio se concentra en la doctrina del pensador griego. Examina particularmente la concepción de la filosofía y del conocimiento, la teoría de las ideas, las etapas en su interpretación del ser, los cuatro momentos que distingue en el método dialéctico, y la visión del mundo y el hombre.

Dentro de estos diversos aspectos, nos parece que la interpretación del contenido de las ideas, no sólo como lógico-significativo sino también axiológico, es el mejor ejemplo de la penetración personal característica de este ensayo. Contra la opinión generalizada que atribuye a la *episteme* —el conocimiento intelectual— el tipo más alto de saber, Agoglia sostiene que ciertas partes de *República*, *Banquete*, *Teeteto* y *Leyes* conducen a una valoración aún mayor de la Idea del Bien, denominada no ya *episteme* sino *máthema*, y que “la *sofía* es un saber (llamado ahora *fronéin*) acerca de lo Bueno (absoluto que, no olvidemos, reúne la doble condición de *arjé* teórico y práctico, de principio no sólo del ser sino también del obrar)”. De ello deduce que “la verdadera ciencia no tendría un carácter exclusivamente racional”; “la *sofía* debe constituir un conocimiento más amplio, no sólo lógico, sino también axiológico y valorativo”.

En general, dos méritos sobresalen en el presente estudio. Por una parte, el considerar que los escritos platónicos constituyen un sistema abierto, que apela a una hermenéutica constante y a la prosecución de la búsqueda filosófica. Otra virtud procede de su demostración de que la filosofía no era para Platón un conocimiento meramente especulativo en tanto tenía una proyección ética, estaba al servicio de “la armonía de la vida humana individual”; y a la vez no era individualista, pues procuraba la integración de cada hombre en la vida de la ciudad.

Como en todas las obras de esta Colección, al estudio preliminar sigue una

## Revista de libros

selección de textos del autor comentado, que ilustra los puntos fundamentales de su pensamiento. En este caso se incluyen fragmentos de *Teeteto* y *República* sobre el valor teórico y práctico de la filosofía; de *Cratilo*, *Teeteto*, *Menón* y *República* respecto de diversos problemas gnoseológicos; los pasajes de *República* referidos a la alegoría de la caverna y a las Ideas como fundamento ontológico de la ciencia; de *Parménides* sobre la relación entre el mundo eidético y el sensible; de *Parménides* y *Sofista* sobre la dialéctica; y de *Repú-*

*blica* respecto de la naturaleza del hombre y las funciones del alma.

Completan el volumen un cuadro cronológico de la vida de Platón, y una selecta bibliografía que menciona las principales ediciones generales de las obras platónicas, las mejores traducciones francesas, inglesas, italianas, alemanas y castellanas, los léxicos platónicos, y una lista de estudios fundamentales para cada uno de los temas analizados en la introducción.

Néstor García Canclini

OSVALDO LOUDET: *Médicos argentinos*. Editorial Huemul, Buenos Aires, 1966. Volumen en rústica, 238 págs.

En una notícula aparecida en el diario "La Prensa", bajo el título de *Granos de sal y arena*, el Dr. Osvaldo Loudet —médico y escritor que ocupa sendos sillones en la Academia Nacional de Medicina y en la Academia Argentina de Letras— escribió: "Yo tuve la suerte de ser discípulo de Güemes, de Ayerza, de Sicardi, de Allende. Fueron los 'clásicos' de nuestra medicina. Luego vinieron los 'modernistas', sabios eruditos que en su mayoría sustituyeron el pensamiento por la máquina". Y bien: de tales *clásicos*, "maestros de épocas pretéritas que le daban a la medicina una dimensión humana que hoy ha sido arrebatada por la técnica", se ocupa el autor en esta galería de grandes médicos argentinos a la que él mismo, psiquiatra de viejo cuño —buceador de almas— ha de ingresar algún día.

Los retratos que forman parte de esta galería de médicos ilustres, "ensombrecidos por la pátina del tiempo" —dice el autor—, pero iluminados —añadimos nosotros— por una claridad interior que transparenta, nítida, la psicología de

cada personaje a favor de una prosa precisa y límpida, tocada aquí y allá por trazos de contenida emoción. Es que casi todos ellos —de los retratos hablamos— son testimonios de vidas, pues que el autor conoció personalmente a la mayoría de sus biografiados. Y en esto estriba, en buena medida, el grande interés del libro que reseñamos. En verdad, la galería de maestros —todos nacidos promediando el siglo pasado o en el último tercio, excepto Pedro Mallo, "un historiador de la medicina", prolongando sus vidas hasta muy avanzada nuestra centuria— es ciertamente representativa.

Cronológicamente la serie podría haberse iniciado con la biografía del mencionado Mallo (1837-1899), que pertenece a la pléyade de los historiadores de la medicina argentina —Nicanor Albarellos, Garzón Maceda, Eliseo Cantón, etc.— y cuya labor como primer historiador del Protomedicato —fundado por el virrey Vértiz en 1778— constituye, al decir de Quesada, una "obra de benedictino". Pero el doctor Loudet prefirió, justicieramente, poner, a

modo de pórtico, la figura de un patricio de la medicina nacional, la del Dr. Luis Güemes (1856-1927) —nieta del héroe de la “guerra gaucha”—, a quien el autor llama “un médico cartesiano”, en cuyos exámenes clínicos —sagaces y humanos— “tenía muy presentes las cuatro reglas de Descartes: evitar toda precipitación y juzgar después de un examen minucioso; percibir el punto central de la cuestión, dividiendo las dificultades para vencerlas; no contentarse con dividir las, sino escalonarlas, yendo de lo simple a lo compuesto, de lo más fácil a lo más difícil; y, por último, coordinar, es decir reunir todos los datos del problema, sin omitir dato alguno, para llegar a la conclusión.”

En seguida aparece la imagen de Abel Ayerza (1861-1918), que fue el más encumbrado clínico de su época, como que su tesis, que parecería haber signado su destino, versó sobre “Observaciones clínicas”. Profesor titular de clínica médica, es fama que durante treinta años no faltó un solo día a sus clases, que eran verdaderas “obras de arte, no sólo desde el punto de vista pedagógico, sino desde el desarrollo del problema clínico”. Y José María Ramos Mejía (1842-1914), “un médico sociólogo”, espíritu múltiple: higienista práctico, fino psicólogo, penetrante historiador, psiquiatra perspicaz, escritor ameno y educador sembrador de escuelas en todo el ámbito del país. Ahí están, vigentes, sus libros: *Las neurosis de los hombres célebres*, *La locura en la historia*, *Las multitudes argentinas*, *Los simuladores del talento* y *Rosas y su tiempo*, entre otros.

“Un cirujano bibliófilo” subtitula el autor a la semblanza de don Marcelino Herrera Vegas (1870-1958), poligloto —conocía inclusive el latín y el griego— que en 1938 donó su espléndida biblioteca, iniciada en 1865 por su padre, don Rafael, también médico, a la Academia Nacional de Medicina. Evoca a conti-

nuación al Dr. Juan B. Señorans (1859-1933), “un fisiólogo anunciador” —hombre de amplia cultura con vocación por la medicina experimental— y a Domingo Cabred (1859-1929), el psiquiatra que implantó en el país la enseñanza de la psiquiatría y que como Felipe Pinel, en la Francia del siglo XVIII, fue, en nuestro medio, el “médico y abogado de los alienados”: él planeó y construyó todas las colonias de puertas abiertas que existen en el país.

Se suceden tres figuras de reciente desaparición: Juan M. Obarrio (1878-1958), “un neurólogo clásico”, autor del completísimo proyecto *Legislación sobre alienados*; Lucio V. López (1877-1959— hijo del autor de *La Gran Aldea*—, médico forense, “modelo de perito por su ciencia, su sagacidad y su prudencia”; y “un sabio modesto”, Juan A. Sánchez (1875-1953), farmacéutico de barrio primero, que después de doctorarse en química llegó a ser notable docente e investigador.

Dos medallones de maestros hispanos: Gregorio Marañón —“un médico humanista”— y Pedro Lain Entralgo —“un historiador filósofo”— cierran el atractivo y ameno libro, escrito, repetimos, en un lenguaje espontáneo y natural que es gala del autor.

Sin duda el Dr. Osvaldo Loudet —de quien escuchamos inolvidables lecciones hace más de 30 años en nuestra Universidad, de la que se retiró en 1946— siente admiración —hija a nuestro ver de una noble afinidad espiritual— por la personalidad y la obra fecunda y múltiple de Gregorio Marañón. Su misma labor tiene acaso similar variedad de facetas a las del docto español, hombre de ciencia y hombre de letras. La enumeración de sus libros dice, en la elocuencia de sus títulos: *Más allá de la clínica*, *Vida y espíritu del médico*, *De los días y las noches*, *Humanistas y médicos del Renacimiento*, *Problemas de pedagogía*

## Revista de libros

*universitaria, Política del espíritu, El padre Castañeda a la luz de la psicología patológica, Qué es la locura, etc.*, la amplia gama de los temas por él tratados.

Indeclinable intelectual y físicamente al filo de sus primeros 80 años, el profesor Loudet sigue dándonos anualmen-

te, o casi, un nuevo libro y decenas de artículos periodísticos. De Maraón escribió que "Crear y trabajar" era su divisa. Pero también es, admirablemente, la suya propia.

Noel H. Sbarra

ANGEL J. BATTISTESSA: *El poeta en su poema*. Buenos Aires, Nova, 1965. (Colección Biblioteca Arte y Ciencia de la Expresión). Volumen en rústica, 385 págs.

Vasta y admirable es la labor del doctor Angel J. Battistessa en el campo de las humanidades, tanto en nuestro país como en el extranjero, reunida ahora en un libro ejemplar, en el cual concreta su "demorada y gustosa peregrinación por los anchos campos de la poesía", según las palabras de presentación de Dámaso Alonso. En los ensayos que integran *El poeta en su poema*, publicados ya anteriormente, nos presenta los más diversos autores que, en sucesión cronológica, van desde las leyendas medievales de Tristán e Isolda y la Vie de Saint Alexis hasta el "Magnificat" de Claudel, pasando por Góngora, Lope de Vega, Racine, Vicente López y Planes, Esteban de Luca, Echeverría, Goethe, Hölderlin, Heine, Schumann, Leopardi, Tennyson, Patmore, Samain, Regnier, D'Annunzio, Vielé-Griffin y Valéry.

Sobre la base de los textos considerados, el profesor Battistessa muestra que en todos esos autores se encuentra una actitud común, desentrañada en su propósito de mostrar al "poeta en su poema", mediante la elección de páginas que "manifiesten lo que en ellas son de fundamental manera: sostenidos testimonios de una personal y ya dilatada expe-

riencia frente a los grandes textos poéticos".

En este sentido, la obra del doctor Battistessa ilumina y esclarece en forma brillante la esencia de lo humano, dejando a un lado "la biografía extrínseca". Expone al hombre en su más honda dimensión: al hombre-poeta, pues "cada poeta, cada poeta verdadero está presente en su poema". Además, el texto ha de señalar el espíritu de la época y distinguir en él "un rasgo esencial": el "panorama de un alma".

Para lograr semejante empeño el profesor Battistessa ha traducido, con su capacidad ya reconocida, los poemas pertinentes acompañándolos de las versiones originales, con el fin de "facilitar la comprensión aproximativa del lector idiomáticamente menos pertrechado". El doctor Angel J. Battistessa nos da la ocasión de acercarnos y estudiar a los autores en sus textos, y de ese modo podemos "evitar las engañosas facilidades del impresionismo crítico". Bastaría este solo mérito —si no existiesen otras excelencias— para convertir a la obra que comentamos en un aporte tan original como imprescindible.

Carlos Adam

ALMA NOVELLA MARANI: *Narrativa y Testimonio: Ignazio Silone*. Buenos Aires, Nova, 1967. (Compendio Minor Nova). Volumen en rústica, 137 págs.

Los novelistas italianos de las últimas décadas se han caracterizado por el afán de romper los esquemas lingüísticos y estéticos heredados. Estas tentativas se inician en la primera post-guerra y se concretan en los años siguientes a la segunda guerra mundial.

Alma Marani en su ensayo *Narrativa y Testimonio: Ignazio Silone* señala que la angustia existencial "marca mucho más hondamente que los artificios de estilo, las tendencias principales de la narrativa italiana actual". Seis capítulos conforman el estudio mencionado precedidos por una introducción —Premisa—, en donde la autora expone sus propósitos y define el método: "En nuestro intento de comprender el mensaje de esta narrativa directa y seria, de apreciar la inalterable lealtad de su autor, hemos reconstruido con orden la trayectoria siloniana: lo juzgamos el método que con mayores probabilidades permitiría abarcar el ancho y austero panorama, captar los estados de ánimo que impulsan el progresivo despliegue de los temas, descubrir las intenciones que enriquecen incesantemente los símbolos".

En el capítulo primero —"Salidas de emergencia"— analiza a través de los subtemas: "Revolución como fraternidad", "Los dos caminos del Abruzzo", el impulso solidario, más tarde convertido en rebeldía, que lleva a Silone a tomar partido y ubicarse al lado de los *cafoni*, de los desheredados, de los perseguidos. La adhesión que en su origen es pasiva, ideal, se transforma bien pronto en activa, su incorporación a la Unión Giovanile Socialista muestra su conversión ideológica, en esta etapa se inicia en el periodismo revolucionario, la

experiencia en él, no era nueva. La autora enhebra analíticamente, hechos y sucesos en los que Silone interviene: la condena en Barcelona y su colaboración en el periódico *La Batalla*, su paso por Francia, el retorno a Italia, la Jefatura del Centro Interno y el viaje a Moscú en el año 1927. Los episodios de este nuevo viaje —señala— "forzaron a Silone a un cotejo definitivo entre las ideas que lo persuadieran y la realidad que se decía nutrida por esas ideas. Así comenzó el duro tramo que no acabaría hasta su desgarramiento del partido". Se insinúa ya, la angustia de la ruptura.

El capítulo segundo —"Fontamara: piedad y denuncia"— se subdivide en cuatro temas: "Realismo sin maestros", "Narrar como tejer", "Coralidad del dolor" y "La nueva opresión". Fontamara es el punto de partida y clave para comprender la trayectoria literaria de Silone, no es sólo la "recreación de una patria imaginaria" sino "el comienzo de un largo empeño por descifrar su vicisitud, la primera respuesta a una absoluta necesidad de testimoniar, de afirmar el sentido y los límites de una dolorosa pero definitiva ruptura".

Se expone la técnica narrativa de Silone, su realismo "se alimenta —y algunos rasgos perdurarán largamente— en la visión del mundo que aprendiera de Marx". Tres *cafoni* refieren los hechos alternadamente. El autor sortea el problema del habla "creando un lenguaje enjuto, grave, consciente de sus límites" y la misma liberalidad muestra al estructurar el relato.

Los diez años siguientes a la ruptura con el partido se caracterizan por la ausencia de todo matiz político. Sin em-



## Revista de libros

bargo, por su sensibilidad no puede dejar de sentir y vivir el drama de su época, "los graves sucesos" que desembocan en la segunda contienda mundial, "fueron continuo acicate a su reflexión sobre la crisis del hombre moderno, sobre esta trágica situación de ficticias ganancias y real empobrecimiento". *Vino e pane* testimonia la nueva posición de Silone: Pietro Spina vive "la misma crisis por la que él pasara, el temor de estar desvirtuando los ideales primeros[...] la creciente advertencia del divorcio entre teoría y realidad".

En 1940, unos meses antes de publicar *Il seme sotto la neve* (1941) retorna a la actividad política. En 1944, al finalizar la guerra para Italia, regresa a su patria e inicia dos años de lucha que sólo termina cuando acepta, "quizá definitivamente, la evidencia de que sus planes no caben dentro de una política de partidos".

En los capítulos tercero "El díptico de Pietro Spina", cuarto "La revolución de la amistad", y quinto "El secreto de Luca", se pone de relieve la madurez lograda por Silone en el arte de narrar, se destaca el trazado de los caracteres, la habilidad para mover los hilos de la intriga.

En 1953 publica *Una manciata di more*, tres años después, es decir en 1956, se conoce *Il segreto di Luca*, "la novela unánimemente reconocida como una de las más perfectas de su autor, y en la que la vehemencia de libros anteriores parece arremansarse, quizá para dar fiereza de eternidad al extraño arquetipo que es su centro".

*Vino e pane*, *Il seme sotto la neve* e *Il segreto di Luca* presentan un denominador común: la búsqueda empecinada del sentido del dolor. Este se da en etapas: los pesares "franquean al hombre de viejos menoscabos sólo si los acepta

libremente". Silone lo había intuido en *Fontamara*. En *Vino e pane*, el dolor estéril y destructor lo encarna en Uliva; mientras que en *Il segreto di Luca* el dolor aceptado se transforma en potencia fecunda.

La doctora Marani asevera en la *Premisa* que Ignazio Silone concibe su obra no "como una fuga" sino "como militancia ardorosa por sus ideales". Cada obra señala "una clara etapa de su andar" en el que "el redescubrimiento de la herencia cristiana es quizá la conquista más importante".

Todo el ensayo tiende a demostrar la validez de la tesis propuesta; es posible que no todos la acepten, pero es indudable que el trabajo está avalado por una real solidez: seriedad en el estudio, conocimiento de la época y trayectoria siloniana, ahondamiento en la obra total del autor.

Cierra el volumen una nutrida nómina bibliográfica en la que se incluye sólo las ediciones italianas y las versiones al castellano realizadas en España o en América Latina. Cita la traducción a otros idiomas sólo al tratarse de primeras ediciones de libros escritos por Silone durante el exilio. Comprende: I. *Ediciones*: a) Narrativa; b) Teatro; c) Diálogo filosófico-político; d) Ensayos (menciona los más conocidos y destaca la necesidad de consultar las revistas que fundó o dirigió Silone: *Information*, de Zurich, entre 1931 y 1933; *L'Avvenire dei Lavoratori*, entre febrero y octubre de 1944; *Europa Socialista* (1945-1947) y *Tempo presente* (Roma de 1956). II. *Declaraciones y entrevistas*. III. *Estudios y artículos sobre el autor*: a) Juicios de conjunto; b) Juicios sobre las distintas obras.

Delia Zaccardi

FRANCISCO J. MENCHACA: *Diccionario Médico-Social*. Imprenta de la Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe, 1967. Volumen en rústica, 259 págs.

El autor, profesor de higiene materno-infantil en la Escuela de Sanidad de la Universidad del Litoral, es un pediatra y médico sociólogo vastamente conocido en nuestro país en esos dos campos fundamentales, y en buena medida complementarios, de su actividad profesional y técnica: la medicina infantil y la salud pública.

Producto de su inquietud y de su experiencia es este libro: un diccionario técnico, no escrito empero en el estilo ceñido y seco propio de los catálogos lexicográficos sino usando una expresión más libre y espontánea para definir no sólo vocablos sino también locuciones y denominaciones más complejas extraídas de las más diversas materias en relación interdisciplinaria con el hecho médico. De tal suerte se encontrarán en él temas provenientes de la sociología, la antropología cultural, la psicología social, la bioestadística, la administración sanitaria, la economía, el servicio social, entre otros campos transitados por los múltiples intereses del autor. Esto le ha dado al libro un "tono" particular.

"Más de un sociólogo —dice el Dr. Menchaca en el prefacio— encontrará ingenuo el enfoque de un tema que él considera trascendental; para algún antropólogo ésta o aquella fuente bibliográfica no será de primerísima calidad, y habrá eruditos que hallarán deficiencias en la presentación de criterios que podrían expresarse mejor. A todos ellos les recordamos quién escribió este libro y para quiénes fue escrito: por un médico y para médicos. Más que un estricto científicismo social, esta obra tuvo su barro original en lecturas, labor docente, tarea de funcionario, trabajo profesional, investigación médico-social, via-

jes, intercambio de ideas con colegas y no colegas". La cita, a despecho de su extensión, era necesaria, porque ella fija de entrada el verdadero sentido de este diccionario.

¿Qué espera encontrar o qué busca el que adquiere un lexicón técnico? Sin duda, la fácil consulta que le resuelva prontamente sus dudas acerca del verdadero significado de un término o de una expresión, o le aclare un concepto, de modo que pueda adquirir, al mismo tiempo, orientación para ahondar posteriormente los conocimientos. En suma, obtener sin mayores búsquedas ni esfuerzos una información sintética sobre un asunto determinado.

Y esa finalidad es cumplida cabalmente por el libro del doctor Menchaca. Los temas están ordenados alfabéticamente y muchos de ellos llevan al pie la fuente de la cual el autor obtuvo la definición o los elementos para elaborar por sí la reseña del caso. Veamos algunos ejemplos:

DEMOGRAFÍA FORMAL O PURA. Estudio de las relaciones cuantitativas entre los fenómenos demográficos con abstracción de su relación con otros fenómenos.

DEMOGRAMA. Término usado por J. Maurín Navarro para significar la representación gráfica de valores demográficos.

MAURÍN NAVARRO, J.: "Esquemas de Pediatría Sanitaria y Social", p. 3, edición del autor: Mendoza, 1956.

EPIDEMIOLOGÍA SOCIAL. Estudio de la incidencia y prevalencia de las

## Revista de libros

enfermedades de acuerdo con las características socio-culturales de los individuos.

SUCHMAN, E.: "Sociology and the Field of Public Health", p. 97, Russell Sage Fund., 1963.

ESPERANZA DE VIDA. Llámase así en materia de Bioestadística al promedio de años de vida que, según las tablas que al respecto se han elaborado, habrá de tener un individuo a partir de un determinado cumpleaños.

El *Diccionario Médico-Social*, pues, es no sólo una útil herramienta de trabajo para el médico —especialmente el sanitarista—, sino también para trabajadores sociales, estadísticos, administradores sanitarios y enfermeras profesionales, y asimismo para el graduado reciente, y aun el estudiante, que al compás de los tiempos deben aprender a manejar un lenguaje que no es extraño —aunque podría parecerlo— a la medicina de nuestra época. Y cada vez más.

Noel H. Sbarra

JOSÉ LUIS ABELLÁN: *Filosofía española en América (1936-1966)*. Ediciones Guadarrama S. L. con Seminarios y Ediciones S. A., Madrid, 1966. Volumen de 326 págs., con ilustraciones.

Nos faltaba una obra de conjunto que estudiara con extensión y profundidad la ingente labor que buena parte de la intelectualidad española obligada a emigrar a América por causa de la guerra civil realizó esforzada y silenciosamente en las tierras que generosamente los acogieron. Y esa obra la ha llevado a cabo inteligentemente y sin salir de España, con relación a la filosofía, José Luis Abellán en el libro que reseñamos. Sin que falte la indispensable información bio-bibliográfica ubicatoria, el autor ha escrito muy exactas y serenas páginas, eligiendo para ello una preferente visión doctrinal. Evita expresiones paternalistas tan del agrado de algunos escritores españoles quienes parecen olvidar que la América latina, desde su independencia, ha estado y está bajo diversas influencias culturales, a más de las exigencias que surgen de su suelo y de la condición americana. Reconoce una verdad que experimentamos quienes estamos consagrados al cultivo de la es-

peculación en estos países: "La filosofía española en América, escribe, es ya, en proporción difícil de discernir aún, filosofía americana, en la que muchos autores se han inspirado". Los autores aquí estudiados encontraron en este continente inesperadas posibilidades de desarrollo y menos coacción doctrinal y han sabido aprovecharlas.

Esta emigración, "por la calidad humana e intelectual de sus hombres, es sin duda la más señalada de nuestras emigraciones". Tres rasgos la distinguen: el primero, así era de esperar por la comunidad del idioma, una instalación preferida en la América de habla hispana. Sólo algunos, con posterioridad, Ferrater Mora por ejemplo, se trasladaron a los Estados Unidos. Otro rasgo es la despolitización, lo cual ha contribuido a que se consagren más densamente a tareas intelectuales. Estos españoles, en tercer lugar, aunque no todos, sienten lo americano como una prolongación, con algunos matices diferenciales, de lo que de-

biera ser España. Opino que las ideas de José Gaos en el particular son algo exageradas, especialmente aplicadas a México, donde destaca un elemento indígena que intenta una autenticidad, a veces extremada, pero legítima.

Advierte luego Abellán cinco constantes: tendencia al liberalismo, incluso en aquellos que previamente mantuvieron posturas de izquierda avanzada; incorporación a la España de los perennes valores culturales, avivada por el hecho de haber perdido la España concreta; la influencia de Ortega y Gasset y de la Institución Libre de Enseñanza de Madrid y, una última constante, a mi parecer menos evidente, la división entre madrileñistas y catalanistas. Expone rasgos y constantes con los recaudos requeridos, pues no resulta fácil dictaminar con exacta precisión cuando se trata de pensadores, quienes, ya en el exilio, han seguido rutas bastante divergentes.

En los capítulos sucesivos agrupa a los filósofos por su origen, por las preferencias y por los países en donde moran, cuando se trata de pensadores menos conocidos. Optimo acierto haber reunido en un capítulo a Joaquín Xirau, Eduardo Nicol y José Ferrater Mora, catalanes los tres. Del primero destaca la concepción del amor, analiza las preocupaciones antropológicas e historicistas de Nicol y le formula reparos, muy acertados, por ausencia de una problemática metafísica auténtica. No es fácil encontrar una orientación unitaria en el pensamiento de Ferrater Mora: quizá consista en un cierto integracionismo, muy empírico, aunque la expresión "empirismo dialéctico" puede ocasionar confusiones. Ferrater Mora, intelecto atento a los datos de la ciencia y a cualquier nuevo tipo de filosofar, cultiva una amplitud de pensamiento que, si otorga densidad a sus obras, lo aleja de la fácil clasificación.

No está menos lograda la sección titulada "La herencia de Ortega y Gasset". Quienes se ocupan de filosofía en la América latina, especialmente en la Argentina, no ignoran el estímulo que significaron sus visitas, especialmente la primera; aunque, con posterioridad, ha sido muy diversamente comentado y hasta combatido. Figuran en esta sección José Gaos, el más conocido y de mayor influencia en América; Luis Recasens Siches, dedicado principalmente a estudios jurídicos; Francisco Ayala, sociólogo, y María Zembrano, consagrada a estudios de estética.

En cuanto a Juan D. García Bacca, aunque Nicol quiere integrarlo en la escuela catalana, creo acertada la decisión de Abellán al estudiarlo como filósofo independiente. Por sus múltiples y variados conocimientos y por su garra metafísica, bastante escasa en algunos españoles analizados en este libro, es el que con más razón puede ser denominado filósofo. Entre los independientes figura también Eugenio Imaz, fallecido prematuramente en México.

En la cuarta parte agrupa a los emigrados según los países donde se han establecido. Algunos publicaron muy poco, otros sólo benévolamente pueden ubicarse entre los filósofos; de todas maneras se trata de españoles que han realizado o están realizando destacadas tareas intelectuales, especialmente docentes, en los países latinoamericanos.

Abellán reconoce modestamente en el epílogo que el libro podría ser ampliado con otros nombres y otorgar realce a algunos mencionados brevemente. Siempre cabe esta posibilidad en obras de tal índole, lo cual no desmerece en lo más mínimo su valor, pues el autor ha realizado un notable esfuerzo en la búsqueda de nombres y obras; pero, en especial, es digno de elogio por sus finos análisis y acertadas críticas. Lo último otorga a esta obra una calidad realmente su-

## Revista de libros

perior. Si faltara hondura en la exposición y en la crítica, no sería sino una simple enumeración erudita. Felizmente, sin que lo último esté ausente, la obra pone de relieve no sólo las opiniones de

un notable grupo de españoles emigrados a América, sino también los amplios y serios conocimientos filosóficos del autor.

Luis Farré

RAÚL H. CASTAGNINO: *Tiempo y expresión literaria*. Buenos Aires. Nova, 1967. (Compendios Nova de Iniciación Cultural). Volumen en rústica, 114 págs.

Raúl H. Castagnino es vastamente conocido en los círculos intelectuales argentinos y extranjeros. Ha desarrollado —continúa haciéndolo— una intensa labor en los campos de la investigación y la docencia; resultado de ella son las numerosas obras y ensayos publicados. En esta oportunidad he de referirme al editado recientemente por Nova en la Colección de Compendios de Iniciación cultural, titulado *Tiempo y expresión literaria*.

El Tiempo y sus implicancias en la creación literaria constituyen los hilos vertebradores de este trabajo. El enfoque que está realizado a la luz de las interpretaciones filosóficas, científicas y literarias actuales.

Doce capítulos integran el volumen, agrupados en dos partes: I. Tiempo y Literatura; II. Tiempo y Teatro.

*Tiempo y Literatura* abarca seis subtemas desarrollados en otros tantos capítulos. El primero de ellos se intitula: "La dimensión temporal". Apunta que "el tiempo integra la esencia de la vida y de lo humano". A pesar de la imposibilidad de definirlo, la idea sobre el Tiempo es universal y omnitemporal. La conciencia "crítica y sistematizadora" de lo temporal se afina aguzándose en el siglo XX y, esencialmente, en esta década. Analiza aquí la relación tiempo-literatura.

"La distancia interior" constituye el subtema II, señala que la literatura es

signo impreso y como tal silencioso... La literatura "es silencio" y en este aspecto destaca la existencia de dos tipos de silencio en el orden literario: por el primero se reconocen en lectura silenciosa, estilos, sonoridades intrínsecas, ritmos, permite captar la melodía; en el segundo —o sea el que marca la "distancia interior"—, a través del signo "el poeta o narrador reconstruyen el lugar donde pasa algo, caracterizan una criatura, colorean una emoción". Subraya la "participación activa del lector para cerrar el ciclo creador" dado en tres niveles: el de la realidad, el de la creación estética y el del lector.

En el tercer capítulo el autor define a la palabra *época* como "fijación del tiempo entre dos puntos de referencia" y establece, en un plano metafórico, "la materialización del tiempo, cristalización de su fluir, delimitación estática entre fronteras cronológicas, parcelación convencional".

Castagnino señala —capítulo IV— que la literatura reconoce *modos objetivos* —considera el tiempo exterior a la mente—, y *modos subjetivos* —es decir el tiempo supeditado al sujeto—, de connotación temporal. El tiempo ofrece variaciones para cada sujeto, este hecho lleva desde un punto de vista psicológico a distinguir un "tiempo subjetivo" y un "tiempo psicológico" o "del alma".

En el subtema "Tiempo y lírica" —capítulo V— el autor retoma conceptos vertidos en *El análisis literario*: la lírica es "presente en su fugacidad", la *épica* apunta al pasado; la *dramática* arranca del presente y encadena situaciones hacia el futuro. *El predominio del presente configura a la lírica como ahistórica*.

En el continuo indagar se suceden nombres de poetas, filósofos y teorizadores: Machado, M. Bowra, Blake, Cernuda, Weninger, Mallarmé, Novalis, José Olivio Jiménez, S. R. Levin, Bernard Bloch, Havranek y Mukarovsky.

"Tiempo y novela" —capítulo VI— cierra la primera parte de este ensayo. Dada su actual condición —narración de hechos—, la *épica*, novela, cuento, se dan encadenadas al tiempo.

La narrativa —vista desde el ángulo mira que nos proporciona la perspectiva histórica— pasa de un tiempo lineal (cronológico) a una superposición de tiempos (problemáticas del Tiempo).

La segunda parte de este ensayo: *Tiempo y Teatro*, fue, en parte, publicado por la Revista de la Universidad Nacional de La Plata N° 18 del año 1964.

"El teatro representación espacio-temporal de la vida y de lo humano, tam-

bién conlleva en su esencia razón de tiempo". Sobre el teatro occidental, casi desde los orígenes, ha pesado la conciencia crítica acerca del tiempo.

A lo largo de los capítulos VII, VIII, IX, X, XI y XII desarrolla cuatro aspectos de la relación *tiempo-teatro*:

- 1º) Problemática del teatro desde la relación *hecho literario - hecho teatral*, frente al Tiempo.
- 2º) Problemática del teatro en la *tradición aristotélica y sus negadores* (detractores).
- 3º) Problemática del *tiempo relativista y el teatro actual*, especialmente la relación entre *el concepto del tiempo serial* y los ensayos de Priestley.
- 4º) El examen de dicha concepción a través de *El tiempo y los Conway*.

Cierra el volumen una síntesis bibliográfica que abarca una nutrida selección de autores no sólo de habla hispanoamericana sino también franceses e ingleses.

Delia M. Zaccardi

ABRAHAM ROSENVASSER: *Egipto y Palestina en la Antigüedad*. (Examen de los problemas de contacto e influencia), Universidad Nacional de La Plata, 1964. Volumen en rústica, 60 págs.

Se trata de un valioso trabajo del Dr. Abraham Rosenvasser, cuyas anteriores obras han constituido importantes contribuciones a la dilucidación de problemas de reconstrucción histórica en el área del Cercano Oriente. Analiza en él, con profunda versación en la materia, las influencias de civilización o de recepción

cultural en las relaciones entre Egipto y Palestina.

Comienza anotando que las influencias entre ambas culturas presentan un claro campo de investigación en los períodos que abarcan las dinastías 18, 19 y 20 y la dominación persa. Dentro de este intercambio es mucho más seguro determi-

nar qué influencia sufrió Egipto del Asia Occidental en tiempos de su máxima expansión imperial, que la influencia y recepción culturales de Egipto en Asia.

La historia hebrea, de aparición tardía en el Cercano Oriente, ofrece un rico campo para una investigación de fenómenos de este tipo, especialmente durante la época del Imperio egipcio, en que recibe directamente la influencia del país conquistador. Sin embargo, de acuerdo con el autor, Israel "pudo ser, entonces, heredero de los egipcios a través de los modos cananeos que adopte y por medio de la población cananea que integra la estructura cultural a partir de Salomón".

Aparte de las referencias encontradas en Génesis y Exodo, no hay ninguna fuente que atestigüe una historia del pueblo hebreo en la época del establecimiento y posterior salida de Egipto, lo que hace difícil determinar la realidad de Moisés y su obra y las posibles influencias egipcias en la religión hebrea.

El proceso de investigación del problema ha arribado en estos días a dos puntos de vista opuestos. Uno es el de Martín Noth, que considera como punto

de partida de la historia de Israel el establecimiento de las tribus israelitas en Palestina y su estructuración unitaria en una liga sagrada, descartando que pueda utilizarse el Pentateuco como obra histórica. El otro es la opinión de William F. Albright, quien reconoce la historicidad de las tradiciones de los Patriarcas y de la figura y obra de Moisés.

Para Rosenvasser, una historia crítica que se atenga a los resultados del saber actual descartaría a la historia "posible" construida con tan heterogéneo material (escasos datos históricos, relatos tradicionales varios y datos comparativos de otras estructuras sociales). Recomienda, como conclusión final del trabajo, que se busquen los ingredientes del desarrollo institucional hebreo "sopesándolo con los elementos de la tradición y cotejándolos con los datos históricos y arqueológicos de las civilizaciones a que se refieren, y no insistir en una búsqueda de cuanto pueda servir para confirmar la historia tradicional —por mucho que se la despoje de sus elementos maravillosos— como aparece en el Pentateuco".

*Horacio Otero Santa María*

**EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL:** *Genio y figura de Horacio Quiroga*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires. (Biblioteca de América. Colección Genio y figura, N° 14). Buenos Aires, 1967. Volumen en rústica, 192 págs.

La Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) ha dado a conocer en su "Biblioteca de América" y para su colección "Genio y figura" una obra del autor uruguayo Emir Rodríguez Monegal. Se trata de *Genio y figura de Horacio Quiroga*. En verdad, esta labor no era desconocida por el crítico de *El juicio de los parricidas* por haber dedicado ya otro ensayo, tiempo atrás, a va-

lorar la figura y la obra del autor de los *Cuentos de la selva*. Señalemos también que es, además, el responsable de la edición anotada del *Diario de viaje a París* de Horacio Quiroga que se publicó en 1949, en Montevideo, en la Revista del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios.

Hace varios años que no sólo los estudiosos de nuestro país sino también

los del extranjero se dedican a examinar y evaluar la obra de Horacio Quiroga. Desde aquella inicial, escrita por quienes fueron sus amigos, José Delgado y Alberto Brignole, *Vida y obra de Horacio Quiroga*, pasando por los trabajos de Noé Jitrik, Pedro Orgambide y Ezequiel Martínez Estrada —para citar solamente algunos autores y no abrumar al lector con demasiados nombres— es muy abundante la bibliografía quiroguiana. Pero es justo señalar que no todos los trabajos son satisfactorios, como así tampoco muchos alcanzan la dimensión que requiere el cuentista rioplatense. Es nuestra intención señalar que, de la bibliografía quiroguiana editada en los últimos años, uno de los aportes más estimables y más valiosos es la obra de Ezequiel Martínez Estrada *El hermano Quiroga*. Se trata de un testimonio personal y afectivo que muestra a un Quiroga desconocido por muchos de sus lectores y que el fino poeta de *Humoresca* ha sabido captar y mostrar en su esencia. Señala al respecto Rodríguez Monegal, en el libro que comentamos, que “ese Quiroga que capta Martínez Estrada con el ojo del recuerdo está más increíblemente vivo en sus contradicciones, en su demonismo, que la imagen más convencional que ofrecen otros amigos y sobre todo sus biógrafos salteños...” “...porque Martínez Estrada —continúa Rodríguez Monegal— se ha limitado a ofrecer instantáneas poéticas

sin pretender ir al fondo del abismo. Pero es un Quiroga que por fin encuentra el espejo que lo muestra entero”.

En cuanto al trabajo de Emir Rodríguez Monegal diremos que contiene una cronología de Quiroga y, luego, en un largo capítulo analiza “los primeros pasos” y “los bohemios y los señoritos”, es decir, la parte principal de su vida en Salto, con sus amigos, su Consistorio del Gay Saber, su vida en París, el accidente que costó la vida a su amigo Ferrando, etc., etc. Pasa, después, a “la edad del hombre” que es cuando Quiroga, ya en Buenos Aires, está en “el aprendizaje de la objetividad”, hasta culminar con “la consagración del narrador”. En el trabajo se transcriben algunas cartas de Horacio Quiroga a sus amigos que son el testimonio fiel del proceso que va mostrando Rodríguez Monegal.

Si tenemos en cuenta las limitaciones que le impone la colección, la obra contiene un exhaustivo análisis de la reproducción literaria de Quiroga. Por otra parte, hemos notado algunos datos biográficos erróneos; no obstante lo cual podemos considerar a este trabajo como una buena introducción a la vida y a la obra de Horacio Quiroga, que va acompañado de valiosas fotografías, algunas de ellas inéditas en nuestro medio, y de una sumaria bibliografía.

Carlos Adam

RAFAEL ALBERTO ARRIETA: *Lejano Ayer*. Ediciones Culturales Argentinas. Serie: Autobiografías, memorias y recuerdos. Ministerio de Educación y Justicia. Buenos Aires, 1966. Volumen en rústica, 196 págs., con ilustraciones.

Este libro —el más reciente de su autor, actual presidente de la Academia Argentina de Letras, institución a la que se incorporó en 1935— está com-

puesto por las evocaciones —suerte de medallones finamente burilados— de una veintena de figuras que tuvieron relevante actuación en el campo de las



## Revista de libros

letras y las artes. Rafael Alberto Arrieta enhebra cronológicamente tales recuerdos con el hilillo sutil de discretas referencias autobiográficas.

Esos hitos se extienden desde principios de siglo —y aquí nos dice de su nacimiento en Rauch (en 1889, añadamos nosotros), sus tres años vividos en San Sebastián, España, donde repentinamente fallece su padre, por lo que la familia debe regresar prontamente a aquel pueblo bonaerense, en el que el niño termina la escuela primaria para continuar luego en La Plata sus estudios secundarios— cuando conoce a “Almafuerte” y escribe sus primeros versos siendo alumno del viejo Colegio Nacional, hasta el día en que muere Ezequiel Martínez Estrada: 4 de noviembre de 1964. (Precisamente, el autor fecha la última página el 20 de diciembre de ese año).

Sin duda que Arrieta ha conocido, en su más de medio siglo de vida literaria, (su primer libro de versos, *Alma y momento*, data de 1910), muchas otras notables personalidades de las que hubiera podido componer significativos retratos, pero es evidente que ha preferido autolimitarse para no dar al libro la proyección de verdaderas memorias, lo que le hubiera obligado a hablar más de sí mismo —de sus experiencias vitales—, cosa que ha tratado de eludir con mucho tacto a través de todo el volumen.

En un libro anterior, pleno de gracia evocativa —*La ciudad del bosque* (1935)—, Rafael Alberto Arrieta, tomando como nexo temático la ciudad de La Plata, en la que vivió desde 1902 a 1922, cursando en ella sus estudios secundarios, como queda dicho, y luego los universitarios, traza asimismo, en un tono más poético, imágenes de gente que conoció en ella a través de tres décadas,

pues ya alejado de la capital provincial, continuó vinculado a ésta como profesor del Colegio Nacional —del que inclusive fue rector desde 1928 a 1931— y de la Facultad de Humanidades, antes de ingresar, en 1930, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Aquí, en este libro que reseñamos, vuelve sobre algunas de ellas como las de Pedro B. Palacios (“Almafuerte”), Joaquín V. González y Francisco López Merino, el malogrado poeta de *Las tardes y Tono menor*. La galería se enriquece ahora con las semblanzas de Evaristo Carriego, José Enrique Rodó, María Eugenia Vaz Ferreira, Ernesto Grangosch —el músico—, Juan Zorrilla de San Martín, Lola Mora, Calixto Oyuela, Leopoldo Lugones, Marco M. Avellaneda —el cultísimo hijo del presidente Nicolás Avellaneda, cuyas tertulias fueron célebres en Buenos Aires—, de los escritores chilenos Eduardo Barrios, Armando Donoso y Pedro Prado; Octavio Pinto, Leopoldo Díaz, José Luis Busaniche, Pedro Henríquez Ureña y Martínez Estrada. Son siempre agudos retratos, comprensivos de la naturaleza humana, que muestran lo más enaltecedor de los biografiados. En ellos se refleja de manera cabal el espíritu elegante y mesurado de Rafael Alberto Arrieta, “fiel y dulcísimo amante de los bellos libros”, como alguna vez lo llamara el doctor Osvaldo Loudet.

El autor, uno de los mayores poetas líricos de nuestro país, entrega en *Lejano ayer* una serie de testimonios personales que se leen con grande interés a favor de una prosa transparente y equilibrada, donde al par que los rasgos físicos aparecen con precisión las características psicológicas más definidoras de sus personajes.

Noel H. Sbarra

EL ESTRUCTURALISMO, HOY

CLAUDE LÉVI-STRAUSS: *The Scope of Anthropology*. Translated from the French by Sherry Ortner Paul and Robert A. Paul. Cape Editions, London, 1967. Volumen encuadernado, 53 págs.

Esta versión inglesa de la *Leçon inaugurale* dictada por el autor en la cátedra de Antropología social del Collège de France el 5 de enero de 1960 es actualmente la más accesible en cualquier idioma, incluyendo el original. En efecto, en Francia la *Leçon inaugurale* sólo fue publicada íntegramente por el "Annuaire" de 1960 del Collège de France, y nunca reeditada posteriormente. Si se considera que el "Annuaire" tiene una ínfima tirada y que tampoco es librado a la venta, se medirá la importancia que adquirió en su momento la iniciativa de la revista italiana "Aut-Aut", que cinco años después decidió incluir a la *Lección inaugural* en su número 88 (1965) con el título de *Elogio dell'Antropología* (un homenaje indirecto a Merleau-Ponty, autor —siete años antes que Lévi-Strauss— de otra lección inaugural: *Eloge de la philosophie*). Conscientes de que el texto francés era inencontrable, "Aut-Aut" lo publicó en su idioma original, agotando muy pronto la edición. Sólo fragmentos habían circulado hasta entonces: uno, editado por "Annales" (15<sup>e</sup> année, n<sup>o</sup> 4, Juillet - août 1960): *L'Anthropologie sociale devant l'Histoire*; otro, por "Diógenes" (edición castellana, año VII, n<sup>o</sup> 31, setiembre de 1960): *El problema de la invariancia en antropología*. El presente volumen reproduce la traducción aparecida en la revista norteamericana "Current Anthropology" (vol. 7, n<sup>o</sup> 2, 1966) y se convierte así en la fuente más accesible para el conocimiento de la *Lección*.

La conferencia de Lévi-Strauss es significativa en más de un sentido: el autor ubica su propia obra en continuidad con la de los maestros de la antropología francesa —Durkheim y Mauss— y establece al mismo tiempo una inmejorable introducción al método estructural, que deslinda nitidamente lo que lo separa de la antropología anglosajona —y de su figura más importante: Radcliffe-Brown—, así como también de sus predecesores, los citados Durkheim y Mauss. Estos no llegaron a percibir la fecundidad potencial del método en acción en la ciencia humana más avanzada: la lingüística. Retomando una idea de Ferdinand de Saussure, Lévi-Strauss concibe a la antropología como parte integrante de una semiología general; para de Saussure, la lingüística se ocupaba de una región determinada de esa ciencia futura: Lévi-Strauss recupera el proyecto y establece a su propia disciplina en el interior de ese campo mayor: los signos en el seno de la vida social. "Si los hombres se comunican por medio de signos y símbolos, para la antropología —que es una conversación del hombre con el hombre— es signo y símbolo todo lo que sirve de mediación entre dos sujetos" (p. 20).

Pero signos y símbolos son tales en tanto integran un sistema y ciertas leyes internas al sistema les dan un valor de posición. Y si es cierto que hay sistemas conscientes, más lo es que éstos están sostenidos por una multiplicidad de sistemas inconscientes que operan en

## Revista de libros

diferentes niveles de la realidad social. Uno de los centros decisivos del pensamiento de Lévi-Strauss es que no existe una continuidad puntual, ni histórica ni lógica, entre los diferentes sistemas: esto, como se ve, elimina por un lado el reduccionismo y por otro lado el historicismo.

“Lo propio de un sistema de signos —dice Lévi-Strauss— es el ser transformable, en otras palabras: *traducible* al lenguaje de otro sistema, con la ayuda de permutaciones” (p. 31). Procediendo así, se reduce considerablemente la cantidad de reglas que presi-

den la organización de las sociedades, “primitivas” o contemporáneas. Se arriba a una suerte de gramática, de sintaxis de las transformaciones que, con pocas reglas, da cuenta de una serie de fenómenos considerados hasta entonces diferentes.

De este modo, luego de su extenso rodeo a través del concreto irreductible de cada sociedad particular, la antropología recupera el postulado filosófico de una unidad del espíritu humano. La “Lección inaugural” señala los principios de esa articulación.

José Szabón

VARIOS AUTORES: *Structuralism*. Yale French Studies n° 36-37. Yale University, New Haven, Connecticut; 1966, 272 págs.

Hace ya varios años, decía Kroeber: “Probablemente la noción de ‘estructura’ no sea nada más que una concesión a la moda... [puesto que] cualquier cosa, siempre que no sea completamente amorfa, posee una estructura. Al parecer, el término ‘estructura’ no agrega completamente nada a lo que tenemos en la mente cuando lo empleamos, salvo una agradable sensación...” (*Anthropology*, 2ª ed., New York, 1948, p. 325). En los últimos cinco años, esa reserva se ha visto confirmada. Mientras antropólogos, lingüistas y otros especialistas de las ciencias humanas intentan, con evidente esfuerzo, delimitar la utilización del término frente al abuso unánime de los órganos culturales de difusión, un público ávido que ha abandonado las aventuras de la dialéctica por los avatares de la estructura, se deja penetrar por la onda expansiva de un concepto que lo promete todo en la medida misma en que no otorga nada, aplazado como está su verdadero campo de aplicación por la búsqueda concreta y nada espectacular de los investigadores.

De manera que cada publicación sería que se consagra al examen del tema, no puede menos que advertir: “más allá de la moda...” etc., etc. Esa advertencia también figura en la “Introducción” de este número de los Yale French Studies, dedicado a presentar al público norteamericano la apertura de la corriente estructuralista a las distintas disciplinas, por medio de una selección de estudios serios que ilustran esa perspectiva. Los campos abordados: lingüística, antropología, arte, psicoanálisis, literatura. Casi la mitad de los trabajos incluidos son traducciones de autores franceses: André Martinet (*Structure et langue*); Jacques Lacan (*L'instance de la lettre dans l'inconscient ou la raison depuis Freud*); Jacques Ehrmann (*Les structures de l'échange dans 'Cinna'*) y Claude Lévi-Strauss (*Ouverture [a] 'Le cru et le cuit'*); el plan de este libro de L. S., como se sabe, está concebido según una correspondencia con formas musicales: la “obertura” equivale al prólogo). De estos cuatro, sólo en el artículo

de Ehrmann se ve al método en acción: las estructuras internas de la obra de Corneille son iluminadas desde un punto de vista literario; pero las metáforas del texto descubren, para el autor, un tema que abordará a partir de los conceptos de don, intercambio, precio, *potlach*; no es sin embargo una antropología de la literatura lo que pretende hacer. Al finalizar el estudio, Ehrmann plantea "la cuestión de saber en qué momento el análisis de las estructuras literarias deja de reenviar a un objeto artístico (estético) para apuntar a un objeto sociológico o antropológico", ya que el tema y las estructuras descubiertas remiten "a una realidad (económica, religiosa, política... incluso mágica), exterior a la obra, pero que la funda histórica y antropológicamente" (pp. 197 y 198).

Los trabajos de Lévi-Strauss y Martinet son indicaciones metodológicas generales. En el primer caso, como se ha dicho, porque introducen al estudio propiamente dicho del vasto *corpus* del universo mítico. Y en cuanto a Martinet, porque busca depurar el uso del término 'estructura' para ajustarlo a su aplicación en el estudio de la lengua. La inclusión de Jacques Lacan —primera traducción al inglés de un texto suyo— permite hacer conocer uno de sus artículos teóricos más importantes, en el que asimismo aparece claramente desarrollada la orientación lingüística de su psicoanálisis. Originalmente, fue una conferencia pronunciada en el anfiteatro Descartes de la Sorbona y luego redactada y publicada en "La Psychanalyse" (vol. 3, 1957).

En el volumen colaboran profesores de la Universidad de Yale (Philip E. Lewis, Sheldon Nodelman y Harold Scheffler), del University College de Londres (Victoria L. Rippere) y de las Universidades de Cornell (Geoffrey Hartman), Columbia (Michael Riffaterre) y

Wesleyan (Jan Miel). En la rúbrica 'Lingüística', Philip E. Lewis estudia a "Merleau-Ponty y la fenomenología del lenguaje". Para el autor, la dirección general de toda la obra de M. - P. se orienta a la resolución de las oposiciones tradicionales o la liquidación de las aparentes dicotomías entre las perspectivas conductista y estructuralista. La teoría del lenguaje de Merleau-Ponty, por otro lado, constituiría una alternativa a las soluciones analíticas del problema del significado.

Harold W. Scheffler ("El estructuralismo en antropología") observa que la antropología estructural de Lévi-Strauss se propone los mismos objetivos que lo que los antropólogos norteamericanos llaman 'etnografía formal'; es decir, aislar, describir, comparar y generalizar los modelos conceptuales de los grupos humanos y su significación para el comportamiento social. No obstante, para el etnógrafo formalista el modelo que construye es satisfactorio cuando es *adecuado* y lo es en el caso de que lo capacite para especificar las condiciones bajo las cuales ciertos tipos de comportamiento serán considerados *apropiados* por sus informantes. Lévi-Strauss se desinteresa de este requisito [por nuestra parte diremos más: en la perspectiva de L. - S. dicho criterio es un obstáculo para la investigación, la cual debe alejarse del saber consciente del informante en la medida en que quiera alcanzar los fundamentos inconscientes del comportamiento social] y sólo comparte con el etnógrafo formalista otros dos criterios: simplicidad, consistencia.

El único artículo de la sección 'Arte' es de Sheldon Nodelman: "El análisis estructural en arte y en antropología". El autor aproxima el análisis estructural en antropología, tal como lo desarrolla Lévi-Strauss, a la escuela alemana de la *Strukturforschung*, cuyo campo de estudio son las artes plásticas. En ambas

## Revista de libros

corrientes, predominaría un punto de vista holístico e integrador; en ambas, también, la realidad del objeto consistiría en la textura total de todas las relaciones que mantiene con su medio. Para Nodelman, la coincidencia no sería asombrosa porque tanto una como otra escuela tendrían sus raíces en las actitudes funcionalistas y organicistas que impregnan el pensamiento del siglo XX y cuyos orígenes pueden rastrearse hasta Hegel.

La sección 'Literatura' cuenta, además del artículo de Ehrmann, con tres trabajos más: Geoffrey Hartman ("La aventura angloamericana del estructuralismo") describe los aportes de algunos críticos de ese origen, al estudio del mito, deteniéndose particularmente en los trabajos de Northrop Frye; Mi-

chael Riffaterre realiza una "Descripción de estructuras poéticas: dos aproximaciones a 'Los gatos' de Baudelaire" y Victoria L. Rippere aprovecha los 'Elementos de crítica e interpretación' de Alan C. Purves para orientarse "Hacia una antropología de la literatura".

El volumen cuenta además con una presentación de Lacan a cargo de Jan Miel ("Jacques Lacan y la estructura del inconsciente") y varias bibliografías: de lingüística (reunida por Elizabeth Barber), de antropología (Allen R. Maxwell), de Jacques Lacan (Anthony G. Wilden), de estructuralismo y crítica literaria (T. Todorov) y una bibliografía general escogida, reunida por el editor de este número, Jacques Ehrmann.

José Szabón

JEAN VIET: *Les méthodes structuralistes dans les sciences sociales*. Mouton & Co., La Haya y Maison des Sciences de l'Homme, París, 1965, 246 págs.

Sin duda las proposiciones científicas ganan en nitidez y precisión cuando, paulatinamente, sustituyen la abundancia de sentido de las nociones que usan, por denotaciones acotadas que delimiten claramente el campo operatorio de esas nociones. A veces se llega, incluso, a desechar términos que ofrecen una carga semántica demasiado rica como para poder ser manipulados sin equivocidad. En la dirección inversa, no pocos son los investigadores de vocación interdisciplinaria que pretenden, abriéndose al diálogo con sus colegas, fijar los límites de aplicación de nociones poco dispuestas a confirmarse a una o a dos disciplinas. Una de esas nociones invasoras, seguramente, es la de *estructura*. Dos importantes coloquios —el organizado por el Centro Internacional de Síntesis en 1957 y el de la Escuela Práctica de Altos Estudios (VI Sección) de

París en 1962— demostraron que más allá de una generalidad poco auspiciosa, los diversos usos de la noción no parecían prestarse, por el momento, a una definición unívoca.

La elección que realizó Jean Viet al redactar su libro es consciente de estos problemas: no será la noción sino los *métodos* estructuralistas, el objeto de estudio. Partiendo de la acepción más general y menos discutible de aquélla, Viet descubre cuatro tendencias principales en el método estructuralista. Ellas son: la que concibe a la estructura sólo en términos de modelos (p. ej., Lévi-Strauss), la que pretende dar cuenta de la realidad concreta y juzga a los modelos inaptos para hacerlo (Gurvitch), la que vincula a la estructura con las nociones fenomenológicas de significación y comprensión (Merleau-Ponty), la que inserta a la totalidad dinámica

de la estructura en el interior del movimiento dialéctico (Goldmann).

Las cuatro corrientes mencionadas son nada más que un sistema de referencia que servirá a Viet para encuadrar la diversidad (y también la convergencia) de los métodos estructuralistas en cada una de estas cinco disciplinas: la psicología (incluyendo en ella al psicoanálisis y la psicología social), la antropología social y cultural, la sociología, la ciencia económica, la ciencia política.

En las áreas de observación y de explicación de la vida psíquica se ponen de manifiesto distintas acepciones de la estructura: así, la caracterología seguirá la orientación de los modelos, el psicoanálisis (en una de sus corrientes) considerará al inconsciente estructurado como un lenguaje, la Gestalttheorie asimilará aquella noción a la de forma y Kurt Lewin a la de campo, y la orientación genética del estructuralismo estará reservada a la escuela de Jean Piaget.

En antropología, donde la emergencia de la noción guarda relación con el desplazamiento de las corrientes historicista y evolucionista, se pueden identificar tres tendencias. La primera de ellas, que tiende a confundirse con el funcionalismo, ve en la estructura social un sistema de relaciones sociales existentes; la segunda encuentra su expresión en el concepto de "personalidad básica", elaborado por Kardiner; la última, a la que se vincula el uso, hoy habitual, del vocablo "estructuralismo", acentúa el predominio de los modelos y sólo estudia la 'estructura social' a través de las combinaciones y transformaciones a que dan lugar dichos modelos. Esta última corriente se diferencia netamente, en el campo sociológico, de las de Nadel o Parsons. Estos autores plantean el estudio de las estructuras sociales en el nivel inmediato de las relaciones sociales existentes (el sistema de roles de Na-

del) o se preocupan por las *condiciones estructurales* de la acción social (las pautas-variables de Parsons), pero en ningún caso esa preocupación pasa por la exigencia de una construcción de modelos que, transformando al hecho vivido en objeto abstracto, defina —como dice Granger— sus correlaciones con otros objetos en un sistema formal.

Las estructuras económicas pasaron a primer plano luego de la crisis de los años 30: la planificación, las reformas sugeridas por los economistas, no podían menos que insistir en la configuración estructural del aparato económico. Desde un punto de vista estático, la estructura será definida como la suma de proporciones y relaciones que caracterizan a un conjunto económico (Perroux); desde una perspectiva dinámica, la estructura será la contextura que aparece, a corto plazo, como invariable, contrastando con las variaciones del tipo del ciclo económico (Akerman). Por otro lado, conductas como la del empresario o del consumidor situarán a la investigación económica en el nivel microestructural, en tanto nociones teóricas más abarcadoras, como la mercancía, el valor, etc., encuentran su campo de explicación en la macroestructura. En la ciencia política, el término 'estructura' se confunde generalmente con el de 'organización'; Viet rastrea el uso de la noción en Duverger (estructura de los partidos), Meynaud (estructura de los grupos de presión) y otros autores que han estudiado el 'sistema político' apoyándose, como Easton, en el método analítico que definió Leontief en economía.

Frente a la diversidad de manifestaciones del pensamiento estructuralista, Viet se inclina, en las páginas finales, a considerar que el estructuralismo puede ser definido enteramente por su método, ligado a toda una problemática del sentido.

José Szabón

# INDICE GENERAL \*

Del N° 16 al N° 20/21 — Años: 1962 a julio 1967

## M A T E R I A S

### I ARTE

(Artes plásticas, Cine, Música, Teatro, Arquitectura)

- Babini, Nicolás: *La arquitectura de la cultura de masas*. N° 19 (1965), p. 89/115.  
Breyer, Gastón: *Tiempo y arquitectura*. N° 18 (1964), p. 219/237.  
Castagnino, Raúl H.: *Tiempo y teatro*. N° 18 (1964), p. 173/201.  
Eichelbaum, Edmundo E.: *El cine y las masas*. N° 19 (1965), p. 125/136.  
Epstein, Ernesto: *La música y la sociedad de masas*. N° 19 (1965), p. 53/69.  
Fornari, Tulio: *Producto y sociedad. En torno al diseño industrial*. N° 19 (1965), p. 137/156.  
Gené, Juan Carlos: *El teatro y las masas*. N° 19 (1965), p. 117/123.  
Martini, José X. y Peña, José M.: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La arquitectura"). N° 20/21 (1966-67), p. 369.  
Nessi, Ángel Osvaldo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("El arte"). N° 20/21 (1966-67), p. 299.  
Nessi, Ángel Osvaldo: *Homenaje a Emilio Pettoruti*. N° 16 (1962), p. 11/21.  
Piccione, Alicia: *El tiempo en la pintura*. N° 18 (1964), p. 203/217.  
Romero Brest, Jorge: *Apuntes sobre la cuestión desde el punto de vista artístico*. N° 19 (1965), p. 71/76.

### II CIENCIA

(Ciencias Naturales, Ciencias Físicas y Naturales)

- Babini, José: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("Las ciencias físicas y matemáticas"). N° 20/21 (1966-67), p. 263.  
Biraben, Max: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("Las ciencias biológicas"). N° 20/21 (1966-67), p. 273.  
Cernuschi, Félix: *El tiempo físico*. N° 18 (1964), p. 47/77.  
Prieto Díaz, Herberto E.: *Algunos problemas de la genética actual y la relación con la patología humana*. N° 16 (1962), p. 77/86.  
Sadosky, Manuel: *El tiempo y la técnica*. N° 18 (1964), p. 289/295.  
Vivante, Armando: *La marcha sobre el fuego*. N° 16 (1962), p. 87/108.

\* En el N° 15 se incluye el índice general, por materias y autores, correspondiente a los quince primeros volúmenes de esta publicación.

### III DERECHO

- Borga, Ernesto Eduardo: *Tiempo y derecho*. Nº 18 (1964), p. 239/255.
- Díaz Cisneros, César: *El pensamiento de Joaquín V. González en el derecho y la política internacionales*. Nº 17 (1963), p. 69/84.
- Sánchez Viamonte, Carlos: *Influjo de González en la evolución del derecho argentino*. Nº 17 (1963), p. 57/68.

### IV EDUCACIÓN

- Nassif, Ricardo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La educación"). Nº 20/21 (1966-67), p. 337.
- Nassif, Ricardo: *Joaquín V. González, pedagogo y educador*. Nº 17 (1963), p. 41/56.
- Peco, José: *Joaquín V. González y la Universidad* (Discurso pronunciado en el acto de inauguración del año lectivo 1963). Nº 17 (1963), p. 101/109.
- Weinberg, Gregorio: *Entre la producción y el consumo. Algunos problemas de la educación en una sociedad de masas*. Nº 19 (1965), p. 77/87.

### V FILOSOFÍA Y PSICOLOGÍA

- Asti Vera, Armando: *El tiempo en la religión*. Nº 18 (1964), p. 127/150.
- Canal Feijóo, Bernardo: *Sobre el humanismo en la doctrina de González*. Nº 17 (1963), p. 111/116.
- Farré, Luis: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La filosofía") Nº 20/21 (1966-67), p. 285.
- Knobel, Mauricio: *Psicología de la adolescencia*. Nº 16 (1962), p. 55/75.
- Kogan, Jacobo: *El tiempo metafísico*. Nº 18 (1964), p. 79-97.
- Maci, Guillermo A.: *El tiempo psíquico*. Nº 18 (1964), p. 99/125.
- Pucciarelli, Eugenio: *El tiempo en la filosofía actual*. Nº 18 (1964), p. 7/45.

### VI HISTORIA Y GEOGRAFÍA

- Barba, Enrique M.: *González y la historia*. Nº 17 (1963), p. 85/99.
- Cuccorese, Horacio Juan: *Juan Luis Vives y la concepción de la historiografía integral*. Nº 16 (1962), p. 109/131.
- Pérez Amuchástegui, Antonio J.: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La historiografía"). Nº 20/21 (1966-67), p. 327.
- Weinberg, Gregorio: *González y la tradición nacional*. Nº 17 (1963), p. 129/137.

### VII LETRAS

- Castagnino, Raúl H.: *Proposiciones para un estudio sobre la novela argentina*. Nº 16 (1962), p. 23/36.
- Ghiano, Juan Carlos: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La literatura"). Nº 20/21 (1966-67), p. 313.



Ghiano, Juan Carlos: *González y la misión del escritor (a través de sus narraciones)*. Nº 17 (1963), p. 13/39.

Rest, Jaime: *Alcances literarios de una dicotomía cultural contemporánea*. Nº 19 (1965), p. 23/52.

Tabernig, Elsa: *El tiempo en la novela*. Nº 18 (1964), p. 151/171.

#### VIII SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS ECONÓMICAS

Bejarano, Manuel: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("Tierra y colonización"). Nº 20/21 (1966-67), p. 109.

Colman, Oscar E.: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("El sector servicios: su expansión complementaria"). Nº 20/21 (1966-67), p. 41.

Galletti, Alfredo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La formación de los partidos políticos modernos"). Nº 20/21 (1966-67), p. 237.

Gutiérrez, Leandro: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("El campo: cincuenta años de expansión"). Nº 20/21 (1966-67), p. 19.

Paradiso, José: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("Los cambios en el modo de vida"). Nº 20/21 (1966-67), p. 187.

Pereyra, Horacio J.: *El hombre de estado y el cambio social*. Nº 17 (1963), p. 117/128.

Pereyra, Horacio y Pucciarelli, Alfredo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("Contexto estructural para el estudio de la estratificación social"). Nº 20/21 (1966-67), p. 137.

Pereyra, Horacio J.: *¿Es la Argentina una sociedad de masas?* Nº 19 (1965), p. 157/174.

Pereyra, Horacio J.: *Evolución demográfica argentina. II. El problema: ruptura estructural del país*. Nº 16 (1962), p. 37/54.

Pérez Aznar, Ataúlfo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La política tradicional y la Argentina moderna"). Nº 20/21 (1966-67), p. 207.

Rodríguez Bustamante, Norberto: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("Introducción"). Nº 20/21 (1966-67), p. 11.

Rodríguez Bustamante, Norberto: *Problemática de la cultura de masas*. Nº 19 (1965), p. 7/21.

Sazbón, José: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La sociología"). Nº 20/21 (1966-67), p. 355.

Teubal, Miguel: *El tiempo y la economía*. Nº 18 (1964), p. 257/288.

Ventura, Ovidio: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("El desarrollo demográfico"). Nº 20/21 (1966-67), p. 97.

#### IX COLABORACIÓN EXTRANJERA

Aubrun, Charles V.: *Realismo y poesía en el teatro: Abstracciones morales y referencias a lo real en la tragedia lírica de Calderón*. Nº 18 (1964), p. 297/305.

Oblitas Poblete, Enrique: *Khochqas o amuletos que usan los callawayas*. Nº 16 (1962), p. 133/148.

#### EDITORIAL

- La Dirección: *Instituto de ordenación de vertientes e ingeniería forestal*. Nº 16 (1962), p. 7/8.
- La Dirección: *Homenaje a Joaquín V. González en el centenario de su nacimiento (1863-1963)*. Nº 17 (1963), p. 7/10.
- La Dirección: *Nueva dimensión de la revista*. Nº 18 (1964), p. 5/6.
- La Dirección: *Cultura de masas y cultura de "élite"*. Nº 19 (1965), p. 5/6.
- La Dirección: *Nota preliminar*. Nº 20/21 (1966-67), p. 7.

#### CRÓNICAS Y COMENTARIOS

- Danna, Ives Lys: *Esquema de la psicología actual en Francia*. Nº 18 (1964), p. 322/327.
- Motas, Constantino: *Emil G. Racovitza, científico rumano y explorador antártico*. Nº 19 (1965), p. 197/203.
- Ross, Waldo: *La filosofía en la Argentina*. Nº 16 (1962), p. 189/195.

#### TESTIMONIOS

(Viajes, Crónicas, Semblanzas, Cartas de becarios, Papeles de archivo)

- Abeledo, Amaranto: *Recordando a Joaquín V. González*. Nº 17 (1963), p. 149/154.
- Albarracín Sarmiento, Carlos: *Desde España*. Nº 19 (1965), p. 188/192.
- Andretto, Miguel Ángel: *Dos cuentos de Ambrosetti*. Nº 16 (1962), p. 166/168.
- Antelo de Husson, Catalina: *Francisca Sánchez en Madrid*. Nº 16 (1962), p. 153/160.
- Azzarini, Emilio: *En torno a la ciudad universitaria. La Universidad Provincial (1897-1904)*. Nº 20/21 (1966-67), p. 434.
- Cáceres Freyre, Julián: *Reflejos de una amistad entre poetas. Correspondencia entre Obligado y González*. Nº 17 (1963), p. 163/176.
- Caletti, Oberdan: *Evocación de Balmori*. Nº 19 (1965), p. 180/182.
- Calveyra, Arnaldo: *Desde Francia*. Nº 16 (1962), p. 174/176.
- Ciafardo, Roberto: *Alejandro Korn, alienista eminente*. Nº 16 (1962), p. 177/183.
- Ciafardo, Roberto: *Arturo Ameghino, príncipe de la psiquiatría argentina*. Nº 18 (1964), p. 312/316.
- Correia Pacheco, Armando: *Jorge Luis Borges, escritor universal de América*. Nº 16 (1962), p. 184/188.
- Corte Carrillo, César: *Pequeño homenaje*. Nº 18 (1964), p. 320/321.
- Corti, Dalmiro: *José María Cao y la caricatura en la Argentina*. Nº 16 (1962), p. 150/158.
- Costa Álvarez de Sapin, Azul y Rossi, Estela E.: *Seminario regional sobre el desarrollo de las bibliotecas universitarias en América Latina*. Nº 16 (1962), p. 205/208.

- Costa Álvarez de Sapin, Azul: *Hänny Simons en mi recuerdo*. Nº 20/21 (1966-1967), p. 396.
- González de Lagos, Esther: *Joaquín V. González, mi padre*. Nº 17 (1963), p. 141/142.
- Manzo, Ana Inés: *Visita a la casa de Jorge Isaacs*. Nº 19 (1965), p. 183/187.
- Marasso, Arturo: *De mi amistad con don Joaquín*. Nº 17 (1963), p. 155/158.
- Marinkev, Nicolás: *Recordación del 250 aniversario del natalicio de Juan Jacobo Rousseau*. Nº 16 (1962), p. 196/204.
- Merbilhaa, Ceferino P.: *Crónicas de un viaje al país de mi infancia*. Nº 20/21 (1966-67), p. 415.
- Moncaut, Carlos Antonio: *Un nuevo Hudson*. Nº 20/21 (1966-67), p. 388.
- Panceira, Julio: *La casa del descanso*. Nº 17 (1963), p. 143/148.
- Pettoruti, Eduardo: *Síntesis cronológica de la vida y la obra de Joaquín V. González*. Nº 17 (1963), p. 177/215.
- Pucciarelli, Eugenio: *Pedro Henríquez Ureña y la filosofía*. Nº 20/21 (1966-1967), p. 422.
- Ringuelet, Emilio J.: *El encanto de los países minúsculos de Europa occidental*. Nº 20/21 (1966-67), p. 404.
- Rodríguez Molas, Ricardo: *Memorias de una cautiva entre los indios*. Nº 16 (1962), p. 161/165.
- San Martín, Hernán: *En la barca de Ulises*. Nº 18 (1964), p. 308/311.
- San Martín, Hernán: *¿Visitaron los incas la Polinesia?* Nº 20/21 (1966-67), p. 412.
- Sbarra, Noel H.: *"El viejo Pancho" a orillas del río Eo*. Nº 20/21 (1966-1967), p. 400.
- Sbarra, Noel H.: *Un museo entre los pinos de la Costa Azul*. Nº 19 (1965), p. 193/196.
- Svec, William R.: *Lo que significa Joaquín V. González para un estudiante norteamericano*, Nº 17 (1963), p. 159/162.
- Teruggi, Mario E.: *Llegada a la India*. Nº 19 (1965), p. 176/179.
- Tri, Segundo: *Un ciclo gauchesco: cambio y permanencia*. Nº 16 (1962), p. 169/173.
- Yurkievich, Saúl: *Desde Francia*. Nº 18 (1964), p. 317/319.

#### REVISTA DE LIBROS

(Índice por autores de las obras reseñadas)

- Friedrich Hebbel, 1813-1863: *Homenaje del instituto de literatura alemana* (Nº 19, p. 212). Univ. Nac. de La Plata. Fac. de Humanidades y Cs. de la Educ. Departamento de Letras. Instituto de Literatura Alemana.
- Abellán, José Luis: *Filosofía española en América (1936-1966)*. (Nº 20/21, p. 461).
- Agoglia, Rodolfo M.: *Platón*. (Nº 20/21, p. 454).
- Alves de Mattos, Luiz: *Compendio de didáctica general*. (Nº 18, p. 350).
- Arrieta, Rafael Alberto: *Lejano ayer*. (Nº 20/21, p. 466).

- Baldinger, Kurt: *La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica*. N° 20/21, p. 451.
- Battistessa, Ángel J.: *El poeta en su poema*. (N° 20/21, p. 457).
- Cassani, Jorge L.: *Del epos a la historia científica*. En colab. con Antonio J. Pérez Amuchástegui. (N° 16, p. 217).
- Castagnino, Raúl H.: *Tiempo y expresión literaria* (N° 20/21, p. 463).
- Cutolo, Vicente Osvaldo: *Diccionario de alfonimos y seudónimos en la Argentina (1800-1930)*. (N° 18, p. 353).
- Debesse, Maurice: *Las etapas de la educación*. (N° 19, p. 208).
- Dottrens, Robert: *Cómo mejoran los programas escolares, de acuerdo con la pedagogía experimental*. (N° 16, p. 214).
- Estiú, Emilio: *De la vida a la existencia en la filosofía contemporánea*. (N° 18, p. 336).
- Feijóo y Montenegro, Benito Gerónimo: *Trabajos, comunicaciones y conferencias*. T. V. (N° 19, p. 210).
- Ferrater Mora, José: *La filosofía en el mundo de hoy*. (N° 18, p. 338).
- Giusti, Roberto F.: *Visto y vivido*. (N° 19, p. 207).
- González Asenjo, F.: *El todo y las partes*. (N° 19, p. 204).
- Gurvitch, Georges (director) y col.: *Tratado de sociología*. T. 1. (N° 18, p. 328).
- Husserl, Edmund: *La filosofía como ciencia estricta*. (N° 16, p. 212).
- Jaccard, Pierre: *Política del empleo y de la educación*. (N° 16, p. 221).
- Kant, Immanuel: *Filosofía de la historia*. (N° 18, p. 347).
- Lalou, René: *Medio siglo de teatro francés*. (N° 16, p. 211).
- Lévi-Strauss, Claude: *The Scope of Anthropology* (N° 20/21, p. 468).
- Lévi-Strauss, Claude: *El pensamiento salvaje*. (N° 19, p. 209).
- Loudet, Osvaldo: *Médicos argentinos* (N° 20/21, p. 455).
- Marani, Alma Novella: *Narrativa y testimonio: Ignazio Silone*. (N° 20/21, p. 458).
- Menchaca, Francisco: *Diccionario médico-social* (N° 20/21, p. 460).
- Miguens, José Enrique y col.: *Capacidades profesionales y su aprovechamiento en la Argentina*. (N° 19, p. 216).
- Mounin, Georges: *Poesía y sociedad*. (Biblioteca Arte y Ciencia de la expresión). (N° 18, p. 346).
- Pauling, Linus: *Uniones químicas*. (N° 19, p. 214).
- Pradines, Maurice: *Tratado de psicología general*. (N° 18, p. 342).
- Prélat, Carlos E.: *Química general*. (N° 18, p. 349).
- Rodríguez Monegal: *Genio y figura de Horacio Quiroga* (N° 20/21, p. 465).
- Roggiano, Alfredo: *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. (N° 16, p. 219).
- San Martín, Hernán: *Salud y enfermedad*. (Problemas de medicina social en América latina). (N° 18, p. 351).
- San Martín, Hernán: *Viajes a través del arte universal*. (N° 16, p. 209).
- Schultz de Mantovani, Fryda: *Victoria Ocampo*. (N° 18, p. 344).
- Schweitzer, Albert: *Filosofía de la civilización*. T. I: Decaimiento y restauración de la civilización; T. II: Civilización y ética. (N° 18, p. 340).

- Scobie, James R.: *Revolution on the pampas. A social history on Argentine Wheat, 1860-1910.* (Nº 18, p. 356).
- Sonis, Abraam: *Salud, medicina y desarrollo económico-social.* (Nº 18, p. 354).
- Toranzos, Fausto I.: *Estadística.* (Nº 16, p. 216).
- Viet, Jean: *Les méthodes structuralistes dans les sciences sociales* (Nº 20/21, p. 471).
- Zazzo, René: *Manual para el examen psicológico del niño.* (Nº 18, p. 332).

#### ÍNDICE POR AUTORES

- La Dirección: *Instituto de ordenación de vertientes e ingeniería forestal.* Nº 16 (1962), p. 7/8.
- La Dirección: *Homenaje a Joaquín V. González en el centenario de su nacimiento (1863-1963).* Nº 17 (1963), p. 7/10.
- La Dirección: *Nueva dimensión de la revista.* Nº 18 (1964), p. 5/6.
- La Dirección: *Cultura de masas y cultura de "élite".* Nº 19 (1965), p. 5/6.
- La Dirección: *Presentación* Nº 20/21 (1966-67), p. 7.
- Abeledo, Amaranto: *Recordando a Joaquín V. González.* Nº 17 (1963), p. 149/154.
- Albarracín Sarmiento, Carlos: *Desde España.* Nº 19 (1965), p. 188/192.
- Andreetto, Miguel Ángel: *Dos cuentos de Ambrosetti.* Nº 16 (1962), p. 166/168.
- Antelo de Husson, Catalina: *Francisca Sánchez en Madrid.* Nº 16 (1962), p. 159/160.
- Asti Vera, Armando: *El tiempo en la religión.* Nº 18 (1964), p. 127/150.
- Aubrun, Charles V.: *Realismo y poesía en el teatro. Abstracciones morales y referencias a lo real en la tragedia lírica de Calderón.* Nº 18 (1964), p. 297/305.
- Azzarini, Emilio: *En torno a la ciudad universitaria. La Universidad Provincial (1897-1904).* Nº 20/21 (1966-67), p. 434.
- Babini, José: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930 ("Las ciencias físicas y matemáticas").* Nº 20/21 (1966-67), p. 263.
- Babini, Nicolás: *La arquitectura de la cultura de masas.* Nº 19 (1965), p. 89/115.
- Barba, Enrique M.: *González y la historia.* Nº 17 (1963), p. 85/99.
- Bejarano, Manuel: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930 ("Tierra y colonización").* Nº 20/21 (1966-67), p. 109.
- Birabén, Max: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930 ("Las ciencias biológicas").* Nº 20/21 (1966-67), p. 273.
- Borga, Ernesto Eduardo: *Tiempo y derecho.* Nº 18 (1964), p. 239/255.
- Breyer, Gastón: *Tiempo y arquitectura.* Nº 18 (1964), p. 219/237.
- Cáceres Freyre, Julián: *Reflejos de una amistad entre poetas. Correspondencia entre Obligado y González.* Nº 17 (1963), p. 163/176.
- Caletti, Oberdan: *Evocación de Balmori.* Nº 19 (1965), p. 180/182.
- Calveyra, Arnaldo: *Desde Francia.* Nº 16 (1962), p. 174/176.
- Canal Feijóo, Bernardo: *Sobre el humanismo en la doctrina de González.* Nº 17 (1963), p. 111/116.
- Castagnino, Raúl H.: *Proposiciones para un estudio sobre la novela argentina.* Nº 16 (1962), p. 23/36.

- Castagnino, Raúl H.: *Tiempo y teatro*. N° 18 (1964), p. 173/201.
- Cernuschi, Félix: *El tiempo físico*. N° 18 (1964), p. 47/77.
- Ciafardo, Roberto: *Alejandro Korn, alienista eminente*. N° 16 (1962), p. 177/183.
- Ciafardo, Roberto: *Arturo Ameghino, príncipe de la psiquiatría argentina*. N° 18 (1964), p. 312/316.
- Colman, Oscar E.: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("El sector servicios: su expansión complementaria"). N° 20/21 (1966-67), p. 41.
- Correia Pacheco, Armando: *Jorge Luis Borges escritor universal de América*. N° 16 (1962), p. 184/188.
- Corte Carrillo, César: *Pequeño homenaje*. N° 18 (1964), p. 320/321.
- Corti, Dalmiro: *José María Cao y la caricatura en la Argentina*. N° 16 (1963), p. 150/158.
- Costa Álvarez de Sapin, Azul y Rossi, Estela E.: *Seminario regional sobre el desarrollo de las bibliotecas universitarias en América Latina*. N° 16 (1962), p. 205/208.
- Costa Álvarez de Sapin, Azul: *Hänny Simons en mi recuerdo*. N° 20/21 (1966-67), p. 396.
- Cuccorese, Horacio Juan: *Juan Luis Vives y la concepción de la historiografía integral*. N° 16 (1962), p. 109/131.
- Danna, Ives Lys: *Esquema de la psicología actual en Francia*. N° 18 (1964), p. 322/327.
- Díaz Cisneros, César: *El pensamiento de Joaquín V. González en el derecho y la política internacionales*. N° 17 (1963), p. 69/84.
- Eichelbaum, Edmundo E.: *El cine y las masas*. N° 19 (1965), p. 125/136.
- Epstein, Ernesto: *La música y la sociedad de masas*. N° 19 (1965), p. 53/69.
- Farré, Luis: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La filosofía"). N° 20/21 (1966-67), p. 285.
- Fornari, Tulio: *Producto y sociedad. En torno al diseño industrial*. N° 19 (1965), p. 137-156.
- Galletti, Alfredo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La formación de los partidos políticos modernos"). N° 20/21 (1966-67), p. 237.
- Gené, Juan Carlos: *El teatro y las masas*. N° 19 (1965), p. 117/123.
- Ghiano, Juan Carlos: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La literatura"). N° 20/21 (1966-67), p. 313.
- Ghiano, Juan Carlos: *González y la misión del escritor (a través de sus narraciones)*. N° 17 (1963), p. 13/39.
- González de Lagos, Esther: *Joaquín V. González, mi padre*. N° 17 (1963), p. 141/142.
- Gutiérrez, Leandro: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("El campo: cincuenta años de expansión"). N° 20/21 (1966-67), p. 19.
- Knobel, Mauricio: *Psicología de la adolescencia*. N° 16 (1962), p. 55/75.
- Kogan, Jacobo: *El tiempo metafísico*. N° 18 (1964), p. 79/97.
- Maci, Guillermo A.: *El tiempo psíquico*. N° 18 (1964), p. 99/125.

- Manzo, Ana Inés: *Visita a la casa de Jorge Isaacs*. N° 19 (1965), p. 183/187.
- Marasso, Arturo: *De mi amistad con don Joaquín*. N° 17 (1963), p. 155/158.
- Marinkev, Nicolás: *Recordación del 250 aniversario del natalicio de Juan Jacobo Rousseau*. N° 16 (1962), p. 196/204.
- Martini, José X. y Peña, José M.: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La arquitectura"). N° 20/21 (1966-67), p. 369.
- Merbilhaa, Ceferino P.: *Crónicas de un viaje al país de mi infancia*. N° 20/21 (1966-1967), p. 415.
- Moncaut, Carlos Antonio: *Un nuevo Hudson*. N° 20/21 (1966-67), p. 388.
- Motas, Constantino: *Emil G. Racovitza, científico rumano y explorador antártico*. N° 19 (1965), p. 197/203.
- Nassif, Ricardo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La educación"). N° 20/21 (1966-67), p. 337.
- Nassif, Ricardo: *Joaquín V. González, pedagogo y educador*. N° 17 (1963), p. 41/56.
- Nessi, Ángel Osvaldo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("El arte"). N° 20/21 (1966-67), p. 299.
- Nessi, Ángel Osvaldo: *Homenaje a Emilio Pettoruti*. N° 16 (1962), p. 11/21.
- Oblitas Poblete, Enrique: *Khochqas o amuletos que usan los callawayas*. N° 16 (1962), p. 133/148.
- Painceira, Julio: *La casa del descanso*. N° 17 (1963), p. 143/148.
- Paradiso, José: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("Los cambios en el modo de vida"). N° 20/21 (1966-67), p. 187.
- Peco, José: *Joaquín V. González y la Universidad* (Discurso pronunciado en el acto de inauguración del año lectivo 1963). N° 17 (1963), p. 101/109.
- Pereyra, Horacio: *El hombre de estado y el cambio social*. N° 17 (1963), p. 117/128.
- Pereyra, Horacio José: *¿Es la Argentina una sociedad de masas?* N° 19 (1965), p. 157/174.
- Pereyra, Horacio José: *Evolución demográfica argentina. II. El problema: ruptura estructural del país*. N° 16 (1962), p. 37/54.
- Pereyra, Horacio y Pucciarelli, Alfredo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("Contexto estructural para el estudio de la estratificación social"). N° 20/21 (1966-67), p. 137.
- Pérez Amuchástegui, Antonio J.: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La historiografía"). N° 20/21 (1966-67), p. 327.
- Pérez Aznar, Ataúlfo: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La política tradicional y la Argentina moderna"). N° 20/21 (1966-67), p. 207.
- Pettoruti, Eduardo: *Síntesis cronológica de la vida y la obra de Joaquín V. González*. N° 17 (1963), p. 177/215.
- Piccione, Alicia: *El tiempo en la pintura*. N° 18 (1964), p. 203/217.
- Prieto Díaz, Herberto E.: *Algunos problemas de la genética actual en relación con la patología humana*. N° 16 (1962), p. 77/86.

- Pucciarelli, Eugenio: *El tiempo en la filosofía actual*. N° 18 (1964), p. 7/45.
- Pucciarelli, Eugenio: *Pedro Henríquez Ureña y la filosofía*. N° 20/21 (1966-67), p. 422.
- Rest, Jaime: *Alcances literarios de una dicotomía cultural contemporánea*. N° 19 (1965), p. 23/52.
- Ringuelet, Emilio J.: *El encanto de los países minúsculos de Europa occidental*. N° 20/21 (1966-67), p. 404.
- Rodríguez Bustamante, Norberto: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("Introducción"). N° 20/21 (1966-67), p. 11.
- Rodríguez Bustamante, Norberto: *Problemática de la cultura de masas*. N° 19 (1965), p. 7/21.
- Rodríguez Molas, Ricardo: *Memorias de una cautiva entre los indios*. N° 16 (1962), p. 161/165.
- Romero Brest, Jorge: *Apuntes sobre la cuestión desde el punto de vista artístico*. N° 19 (1965), p. 71/76.
- Ross, Waldo: *La filosofía en la Argentina*. N° 16 (1962), 189/195.
- Sadosky, Manuel: *El tiempo y la técnica*. N° 18 (1964), p. 289/295.
- Sánchez Viamonte, Carlos: *Influjo de González en la evolución del derecho argentino*. N° 17 (1963), p. 57/68.
- San Martín, Hernán: *En la barca de Ulises*. N° 18 (1964), p. 308/311.
- San Martín, Hernán: *¿Visitaron los incas la Polinesia?* N° 20/21 (1966-67), p. 412.
- Sazbón, José: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("La sociología"). N° 20/21 (1966-67), p. 355.
- Sbarra, Noel H.: *"El viejo Pancho" a orillas del río Eo*. N° 20/21 (1966-67), p. 400.
- Sbarra, Noel H.: *Un museo entre los pinos de la Costa Azul*. N° 19 (1965), p. 193/196.
- Svec, William R.: *Lo que significa Joaquín V. González para un estudiante norteamericano*. N° 17 (1963), p. 159/162.
- Tabernig, Elsa: *El tiempo en la novela*. N° 18 (1964), p. 151/171.
- Teruggi, Mario E.: *Llegada a la India*. N° 19 (1965), p. 176/179.
- Teubal, Miguel: *El tiempo y la economía*. N° 18 (1964), p. 257/288.
- Tri, Segundo: *Un ciclo gauchesco: cambio y permanencia*. N° 16 (1962), p. 169/173.
- Ventura, Ovidio: *El proceso de modernización de la Argentina: 1880-1930* ("El desarrollo demográfico"). N° 20/21 (1966-67), p. 97.
- Vivante, Armando: *La marcha sobre el fuego*. N° 16 (1962), p. 87/108.
- Weinberg, Gregorio: *Entre la producción y el consumo. Algunos problemas de la educación en una sociedad de masas*. N° 19 (1965), p. 77/87.
- Weinberg, Gregorio: *González y la tradición nacional*. N° 17 (1963), p. 129/137.
- Yurkievich, Saúl: *Desde Francia*. N° 18 (1964), p. 317/319.



**SE TERMINO DE IMPRIMIR  
EN LAS PRENSAS TIPOGRAFICAS DE  
PEUSER,  
PATRICIOS 567. BUENOS AIRES,  
EN LA PRIMERA QUINCENA DE  
DICIEMBRE DE 1968.**



## ILUSTRAN ESTE NUMERO

### \* *EMILIO PETTORUTI*

Nacido en La Plata en 1892. Pintor de relieve universal, vive en París desde 1953. La bibliografía sobre su personalidad y su obra es muy copiosa. Consagrado por el Premio Guggenheim en 1956, este mismo año fue designado miembro de número de la Academia Nacional de Bellas Artes. En 1962 se le tributó en el país un homenaje nacional con motivo de cumplir 50 años de labor artística. Este año 1957 ha sido laureado con el Gran Premio del Fondo Nacional de las Artes.

### \* *VICTOR L. REBUFFO*

Nacido en Turín (Italia) en 1905, reside en el país desde los 3 años. Argentino naturalizado, es uno de los más destacados xilógrafos, y como tal poseen estampas suyas importantes museos de toda América. Expuso en diversas muestras internacionales. Obtuvo numerosos premios, entre ellos el Nacional de Grabado (1934). Obras suyas en diversas colecciones privadas.

### \* *LIBERO BADI*

Nacido en Arezzo (Italia) en 1916. Reside en el país desde los 11 años y es argentino naturalizado. Estudió en la Escuela Superior de Bellas Artes con Carlos de la Cárcova y José Fioravanti. Trabajador fervoroso, "pertenece a la mejor línea de la escultura argentina actual". En 1959 recibió el Premio Palanza, una de las más altas distinciones artísticas concedidas en nuestro país. En 1962, retrospectiva en el Museo Nacional.

### \* *RUBEN ELOSEGUI*

Escultor. Nacido en La Plata en 1925, estudió en la Escuela Superior de Bellas Artes de esa ciudad. Expuso en la Primera Bienal Internacional de Artistas Jóvenes (París, 1959), en la Segunda Exposición Internacional de Escultura Contemporánea (Museo Rodin, París, 1961) y Primera Exposición Internacional "du petite bronze" (París, 1962). Obtuvo diversos premios en el país.

### \* *CESAR LOPEZ OSORNIO*

Pintor. Nacido en 1930 en La Plata, en cuya Escuela Superior de Bellas Artes estudió. Residió dos años en Japón, exponiendo en Tokio, Kobbe, Osaka y Kyoto. En 1965 fue invitado al Premio Braque y Premio Esso. Obtuvo el Premio Martini (1966). Obras suyas en diversos museos del país y de América.

# REVISTA DE LA UNIVERSIDAD

PUBLICACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

LA PLATA (REP. ARGENTINA)

ENERO 1966 - JULIO 1967

## COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

*ARTÍCULOS:* NORBERTO RODRIGUEZ BUSTAMANTE  
LEANDRO GUTIERREZ <> OSCAR E. COLMAN  
OVIDIO VENTURA <> MANUEL BEJARANO  
HORACIO PEREYRA <> ALFREDO PUCCIARELLI  
JOSE PARADISO <> ATAUFO PEREZ AZNAR  
ALFREDO GALLETI <> JOSE BABINI <> MAX  
BIRABEN <> LUIS FARRE <> ANGEL O. NESSI  
JUAN CARLOS GHIANO <> ANTONIO J. PEREZ  
AMUCHASTEGUI <> RICARDO NASSIF <> JOSE  
X. MARTINI <> JOSE M. PEÑA

*TESTIMONIOS:* CARLOS A. MONCAUT <> AZUL  
COSTA ALVAREZ DE SAPIN <> NOEL H. SBARRA  
EMILIO J. RINGUELET <> HERNAN SAN MARTIN  
CEFERINO MERBILHAA <> EUGENIO PUCCIARELLI  
EMILIO AZZARINI

*REVISTA DE LIBROS:* JORGE DIAZ VELEZ  
NESTOR GARCIA CANCLINI <> NOEL H. SBARRA  
DELIA ZACCARDI <> CARLOS ADAM <> LUIS  
FARRE <> HORACIO OTERO SAN MARTIN  
JOSE SAZBON